



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

PROGRAMA DE DOCTORADO Y MAESTRÍA EN HISTORIA

**LA ACTUACIÓN POLÍTICA Y MILITAR DEL GENERAL ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA
DURANTE LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTOR EN HISTORIA

PRESENTA:

FAUSTINO AMADO AQUINO SÁNCHEZ

TUTORA PRINCIPAL: ANA ROSA ZUÁREZ ARGÜELLO, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

**COTUTORA: - MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS, UNAM,**

COTUTOR: BERNARDO IBARROLA ZAMORA, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

SINODAL: CECILIA NORIEGA ELÍO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Dr. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

**SINODAL: GERARDO GURZA LAVALLE, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Dr. JOSÉ MARÍA LUIS
MORA**

CIUDAD DE MÉXICO, JUNIO, 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

El estudio de un tema tan grande y complejo como el que se aborda en este trabajo ha exigido años de intensa labor de investigación e interpretación de fuentes, en los cuales ha sido invaluable la asesoría de la Dra. Ana Rosa Zuárez Argüello, tutora principal en mi comité tutorial, aun cuando las ideas y tesis que se exponen sean de mi exclusiva responsabilidad. A ella también debo una esmerada corrección de estilo que me ha permitido presentar un trabajo final dignamente escrito. Al resto de mi comité, integrado por los Doctores María del Carmen Vázquez Mantecón, Cecilia Noriega Elío, Gerardo Gurza Lavalle y Bernardo Ibarrola Zamora debo acertadas críticas que han enriquecido y perfeccionado este trabajo. El destino no permitió que la Dra. Margarita Carbó Daranculleta, cotutora en el comité original, siguiera brindándome sus consejos y amistad; siempre guardaré de ella un bello recuerdo.

A mi esposa, Martha Alicia Ortiz Caballero, agradezco el regalo de su siempre amorosa compañía.

Índice

Introducción	6
Capítulo I	
Texas: un capital negociable	33
Santa Anna y Texas	40
Capítulo II	
El gobierno de Herrera: pacifismo oficial, belicismo secreto	62
La intriga británica	71
<i>Ad hoc</i> o no <i>ad hoc</i> , esa es la cuestión	89
La conspiración monárquica	93
¿Un mensaje a propósito?	99
Capítulo III	
Monroísmo y antimonarquismo	103
Un mensaje con consecuencias	105
“Sí, nuestra unión a aquella república”	110
La misión de Almonte	120
Reconocimiento de estado de guerra	126
Dejad absolutamente todo al Congreso	135
La misión de McKenzie	139
El Plan de la Ciudadela	143
Dinero para comprar la paz	148
Una respuesta compleja	150

Capítulo IV	
Reforma, dictadura y guerra a ultranza	155
Monterrey	170
Los <i>meetings</i>	173
Repliegue en el norte	177
Golpismo radical	181
Postura moderada	188
Capítulo V	
Despojo frustrado, paz frustrada	215
El decreto de 11 de enero de 1847	220
Léperos y polkos	226
Los panes y los peces	233
La segunda misión de Atocha	236
La gran batalla	242
El motín de los polkos	249
La caída de Veracruz	271
Sólo fue un susto	281
Capítulo VI	
Los estados Vs el centro	289
La traición se hace evidente	293
Optimismo oficial	298
Cerro Gordo	300
Facultades extraordinarias para no hacer nada	302
El voto particular de Mariano Otero	305
La mediación inglesa	308
Otro Agua Nueva: “volveré al ataque”	312
Capital apática, estados armamentistas	314
La embarazosa corporación	322
Puebla	328
Ayotla	334
Los agentes secretos del enemigo	343
La proclama de Scott	346
La renuncia	350

Capítulo VII	
El rescoldo habanero	357
Fortificación de la capital	358
Nuevo gabinete de coalición	362
Se confirma el acuerdo	367
Desfacer el entuerto	374
“Sí señores, precisamente eso es”	377
Santa Anna y Scott	384
Capítulo VIII	
Las batallas del valle de México	396
Padierna	413
“En el punto crítico de su destino”	420
La derrota se consuma	433
Capítulo IX	
El confederalismo anexionista	448
“La paz continúa siendo el deseo de mi gobierno”	475
El Tratado de Paz	479
¡Gloria al Coloso!	509
Conclusiones	515
Bibliografía	536

Introducción

Los estudios sobre la guerra entre México y Estados Unidos de 1846-1848, hasta hace apenas tres décadas, estaban tan atrasados que podía decirse que la mayoría del material publicado se reducía a fuentes de diversa índole,¹ mientras que los libros y tesis brillaban por su escasez.² En el mismo lapso tal situación ha cambiado sustancialmente pues, en una guía bibliográfica de reciente elaboración, se pueden contar 250 títulos de libros, artículos, capítulos de libros y tesis producidos hasta 2005, en un universo de 400 trabajos dedicados a las relaciones México-Estados Unidos.³

Los análisis de las doctoras Josefina Z. Vázquez y Marcela Terrazas sobre la historiografía de la guerra coinciden en que el nacionalismo ha sido la característica principal de la misma: desde ambos lados de la frontera se ha tratado de echar sobre el vecino toda la culpa de la guerra. Los historiadores mexicanos han presentado al expansionismo estadounidense y la anexión de Texas a los Estados Unidos como las causas principales, mientras que para los estadounidenses (con algunas excepciones, como Bancroft, Caruso, Livermore, Mills, Price y Greenberg, que coinciden con los mexicanos y reconocen la injusticia de la guerra) la causa estuvo en la beligerancia mostrada por los

¹ Vid. Norman E. Tutorow, *The Mexican-american War. An Annotated Bibliography*, 1981.

² La doctora Josefina Z. Vázquez, en *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*, México, Ediciones Ateneo, 1977, contó menos de un centenar de trabajos sobre el tema.

³ Marcela Terrazas y Basante, coordinadora, *Dos siglos de relaciones México-Estados Unidos. Guía bibliohemerográfica, 1974-2005*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2006.

mexicanos ante dicha anexión, la cual mostraba que eran inconscientes de su caos político y debilidad económica.⁴

En términos generales, la guerra se ha estudiado más en Estados Unidos que en México, lo cual queda evidenciado por la mayor producción historiográfica en el primer país. Tal vez esto se debe, como señala la doctora Vázquez, a que la total impotencia ante la agresión y la humillante derrota siguen siendo para nosotros un trauma desagradable de recordar, y porque, a la vez, éste produce encono entre los historiadores mexicanos, quienes, afiliándose a partidismos pasados, han terminado haciendo historias pesimistas en las que campean los rencores y las acusaciones.⁵

En cuanto a las líneas de investigación en la historiografía de la guerra, la doctora Terrazas concluye que la relación entre ambas naciones sigue estudiándose predominantemente desde el enfoque político-diplomático, con los Estados nacionales como actores centrales. Sigue en importancia la historia regional, cultivada principalmente en los Estados Unidos, y después la militar y de testimonios, en las que también los trabajos estadounidenses sobrepasan en número a los mexicanos. La historia cultural y de la prensa están en tercer lugar, mientras las historias social, de género y económica casi no han dado frutos.⁶

⁴ Josefina Vázquez, *op. cit.*; Marcela Terrazas y Bazante, "Nuevos enfoques sobre un periodo crítico. Una ventana a la producción bibliográfica de los últimos treinta años sobre las relaciones entre México y Estados Unidos, 1822-1848", *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, # 34, julio-diciembre, 2007: 5-27.

⁵ Josefina Vázquez, *op. cit.*, p. 48.

⁶ Marcela Terrazas, *op. cit.*, 2007, p. 23-27.

En los últimos dos decenios, la historia regional ha constituido la alternativa al tradicional enfoque político, ya que ha descubierto que los Estados nacionales estaban lejos de ser homogéneos y consolidados, y que las regiones tuvieron intereses y posturas propios ante la conflagración, que no siempre coincidieron con los de la autoridad central. Esto ha ayudado a entender, por ejemplo, por qué, en el caso mexicano, no todas las entidades estuvieron dispuestas a apoyar al gobierno federal.⁷ En el caso estadounidense se ha derrumbado el mito de que todos los estados, regiones y grupos respondieron al unísono al llamado de las armas, y se ha detallado la postura e intereses de quienes se opusieron a la guerra.⁸

Las historias testimonial y militar consisten en diarios y correspondencia de personajes que fueron protagonistas o testigos de la guerra. En el caso de México estos testimonios proceden principalmente del sector ilustrado de la sociedad y, puede decirse, son escasos, mientras que en el estadounidense es abrumadora la cantidad de diarios y correspondencia de soldados que describen la vida militar en el campamento y la violencia del campo de batalla. Esta diferencia es atribuible al analfabetismo que imperó en México en el siglo XIX y a una pobre tradición de cultura escrita, aún entre las clases instruidas.

⁷ En el caso mexicano, la pionera en los estudios regionales de la guerra ha sido la doctora Ángela Moyano Pahissa, con obras como *El comercio de Santa Fe y la guerra del 47*, México, SepSetentas (283), 1976. La conmemoración del 150 aniversario de la guerra en 1996 inspiró la convocatoria de un congreso en el Museo Nacional de las Intervenciones, ciudad de México, y un simposio en la ciudad de Nuevo Laredo, Tamaulipas, que tuvieron por objetivo abordar el conflicto mexicano-estadunidense desde la perspectiva regional; fruto de tales reuniones académicas son dos obras colectivas: *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, coordinada por Laura Herrera Serna, y *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, coordinada por la doctora Josefina Z. Vázquez.

⁸ Terrazas, *op. cit.*, 2007, p. 23.

Para caracterizar el trabajo que aquí presentamos conforme a estos lineamientos, podemos decir que insistimos en el enfoque predominante: la historia política, la cual pone al Estado y, sobre todo, a los estadistas, como actores centrales por su poder de decisión. Sin embargo, proponemos un ángulo distinto al del nacionalismo tradicional: en vez de tratar de señalar a un culpable de la guerra, exponemos como causa de la misma al resultado de las independencias americanas: la división ideológica del mundo occidental entre un continente americano republicano y una Europa monárquica.

Esto cuestiona la interpretación generalmente aceptada en México, que es en esencia la que nos legó la obra clásica *Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos*. Dicha interpretación sostiene que el choque entre México y los Estados Unidos tuvo como causa principal el expansionismo del segundo, el cual encontró en el primero una víctima fácil. Desde antes de su independencia, los estadounidenses habían evidenciado una insaciable sed de territorios, misma que fue expresada por líderes como Thomas Jefferson y John Quincy Adams - que creían en el derecho de su país a expandir su sistema de gobierno - y concretada con la compra de la Louisiana a Francia en 1803, la adquisición de las Floridas por tratado con España en 1819 y la paralela exploración y penetración en el territorio de Oregón. Esta rápida expansión, que triplicó el territorio original de las trece colonias inglesas en menos de dos décadas, se vio repentinamente frenada cuando se intentó comprar la provincia de Texas al recién independizado México.

Los autores de los *Apuntes* refieren que los primeros representantes diplomáticos de los Estados Unidos en México, Joel R. Poinsett y Anthony Butler, intentaron negociar la compra de Texas con los gobiernos de Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero y Anastasio

Bustamante, pero chocaron con su decidida resistencia a vender. Esta resistencia no detuvo la ambición estadounidense. La apertura de Texas a la colonización extranjera desde 1821, la rebelión de los colonos texanos de origen estadounidense contra la soberanía mexicana en 1835-1836 y su proclamación de independencia, todo ello propiciado en buena medida por agentes manejados por el presidente Andrew Jackson, añadió un triunfo más al expansionismo, que se consumó en 1845 con la anexión de Texas, impulsada en el Congreso por el presidente John Tyler. Pero no fue suficiente. La vieja creencia de que los Estados Unidos tenían la misión y el derecho divinos de ampliar el territorio de la libertad y la democracia hasta la costa del Pacífico y por el sur, al menos hasta Centroamérica, bautizada en 1845 como doctrina del Destino Manifiesto, siguió haciendo de los territorios del norte de México una presa codiciada.

En la ruta de la ambición estadounidense – seguimos con la interpretación de los *Apuntes* - estaban ahora Nuevo México y California, pero, como en éstos no había una penetración colonizadora como en Texas e incuestionablemente pertenecían a México, su apropiación parecía lejana, a menos que la República del norte emprendiese una guerra de conquista que resultaría contraria tanto al derecho internacional de la época como a los principios de libertad y autodeterminación sobre los que ella misma se había fundado. Para los autores mexicanos e incluso para algunos estadounidenses, este dilema fue resuelto por el presidente James Knox Polk, quien hizo suyo el reclamo que los texanos hacían del río Bravo como el límite sur-occidental de Texas, cuando éste siempre había sido el Nueces, con lo cual convirtió al territorio comprendido entre ambos ríos en motivo de disputa con México. De esta forma Polk se hizo de un motivo más o menos válido para

provocar la guerra necesaria para continuar el avance hacia el Pacífico y el sur. En junio de 1845 ordenó al general Zachary Taylor cruzar el Nueces con 3,000 mil hombres para tomar posesión del territorio en disputa y en julio sentar sus reales a orillas del Bravo para defenderlo, al tiempo que la marina hacía acto de presencia en los puertos mexicanos del golfo.

En contraste con la prudencia (o temor, según algunos) de anteriores gobiernos mexicanos, que a pesar de la continua provocación en Texas nunca se decidieron a declarar la guerra, el presidente Mariano Paredes respondió enviando tropas al Bravo. Éstas cruzaron el río en abril de 1846 y tuvieron un primer encuentro con un escuadrón de caballería estadounidense el 25, con lo cual Polk se sintió autorizado para sostener que sangre estadounidense había sido derramada en suelo estadounidense, declarar la guerra el 13 de mayo e iniciar la invasión de los territorios ambicionados. Debido al poderío militar de los Estados Unidos, cuyo ejército estaba dirigido por oficiales egresados de West Point y debidamente equipado y avituallado, los mexicanos fueron derrotados en todas las batallas, hasta que su capital cayó en manos de los invasores en septiembre de 1847.

En opinión no sólo de los autores de los *Apuntes*, sino de prácticamente la totalidad de los historiadores mexicanos e incluso de algunos estadounidenses, Polk fue un expansionista muy hábil pues, aunque llegó a la presidencia decidido a provocar la guerra para adueñarse de California, no habló de ella para no despertar la oposición de los estados norteamericanos y otros sectores de la política de su país, sino que dio al avance militar hacia el Bravo un carácter defensivo, aunque de hecho constituyese un desafío para los mexicanos. Luego de obligarlos a levantar el guante y derrotarlos, declaró que no tenían

medios para indemnizar a los Estados Unidos por los gastos de guerra y las reclamaciones diplomáticas pendientes, como no fuera con sus territorios norteros, con lo cual develó su verdadero propósito. En el Tratado de paz, firmado el 2 de febrero de 1848 en la Villa de Guadalupe, fue incluido el ansiado contrato de compra-venta del norte de México por 15 millones de dólares, con lo cual el Destino Manifiesto alcanzó su culminación. La guerra tuvo entonces un apenas disimulado carácter de conquista y una naturaleza injusta, pues una nación rica y políticamente estable agredió a una pobre y caótica.

Esta interpretación de la guerra es acorde con la visión que en general se tiene del imperialismo de las grandes potencias en el siglo XIX, que las presenta como conquistadoras avasallantes e implacables que sojuzgaron a países pasivos, débiles e inermes. Acostumbrados a ver al vecino del norte como la superpotencia mundial, este esquema siempre ha convencido, sin embargo, existen elementos que lo ponen en duda.

En primer lugar, la imagen del pueblo estadounidense como fanática y absolutamente expansionista no es del todo exacta, pues trabajos del siglo XX han subrayado que hasta la década de 1840 no estuvo interesado en México ni en los problemas fronterizos y que el partido *whig* y seguidores, que representaban al menos la mitad de la clase política, eran abiertamente antiexpansionistas, lo cual, como veremos, terminó reflejándose en el desenlace de la guerra.

En segundo lugar, en contra de lo que comúnmente se piensa en México, en la década de 1840 se decía que el país era la gran potencia militar de Norteamérica, no los

Estados Unidos. Tenía un ejército de 24,000 soldados,⁹ que era la envidia de los militares estadounidenses, quienes reconocían el alto nivel académico y técnico de los ingenieros y artilleros mexicanos, educados en Europa; también sabían que la caballería mexicana era de las mejores del mundo, como correspondía a un país de jinetes, y que los numerosos regimientos de infantería eran mandados por la flor de la sociedad.¹⁰ Todo sin mencionar que se trataba de tropas aguerridas, pues las guerras civiles les habían dado ocasión de adquirir experiencia en combate.

Aunque no faltan autores que afirman que si bien el ejército mexicano era de probada bizarría, también estaba mal equipado, peor organizado, plagado de oficiales ineptos y fraccionado bajo la influencia de generales que participaban en política o ejercían cacicazgos regionales,¹¹ la crónica de las batallas, el hecho de que el ejército invasor estadounidense hubiera sido puesto al borde de la derrota en varias ocasiones y las terribles bajas que sufrió hablan de que la capacidad de los militares mexicanos se acercaba a la que los estadounidenses coetáneos les atribuían. Además, en los años inmediatamente anteriores al estallido del conflicto con los Estados Unidos y en sus

⁹ Manuel de la Peña y Peña, *Comunicación circular que el Exmo. Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, estendió en el año 1845 como Ministro de Relaciones, para dirigirse a los gobiernos y asambleas departamentales, sobre la cuestión de paz o guerra, según el estado que guardaban en aquella época*, Querétaro, J. M. Lara, 1848, p.42; Marcela Terrazas, *op. cit.*, v. 1, p. 211.

¹⁰ Otis A. Singletary, *The Mexican War*, Chicago, University of Chicago Press, 1962, p. 21. Justin Smith, *The war with Mexico*, 2 v., New York, The MacMillan Company, 1919, v. 1, p. 105-110. No contamos con datos suficientes para explicar el respeto que los militares estadounidenses mostraban por los mexicanos, por el momento sólo hemos podido encontrar dos casos de un ingeniero y un artillero mexicanos con estudios en Europa y elevado nivel académico: el coronel Juan Cano, que luego de brillantes estudios de ingeniería militar en la Escuela Central de París, recibió una invitación del rey Luis Felipe de Orleans para unirse al cuerpo de ingenieros de la Legión Extranjera, la cual declinó, *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 5 ed., México, Porrúa, 1986, v. 1, p. 478-479. El segundo caso es el del general Antonio Corona, comandante general de artillería en 1847, cuyo currículum luce pletórico de estudios de posgrado en las academias militares europeas, puede verse en Archivo de Cancelados, SEDENA, exp. XI/III/2-171.

¹¹ *Vid.*, por ejemplo, Günter Kahle, *El ejército y la formación del Estado en los comienzos de la independencia de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

mismos inicios, los gobiernos de José Joaquín de Herrera, Mariano Paredes y Mariano Salas tomaron medidas para comprar armamento, fabricar municiones y reequipar a las tropas, mientras que la incorporación a filas de un número importante de jóvenes oficiales egresados del Colegio Militar (fundado en 1833, activado en 1837 y con un alumnado que variaba de 50 a 100 cadetes) había subsanado en cierta medida el daño infligido a la disciplina por la oficialidad corrupta e inepta de años anteriores, lo que estaba devolviendo al ejército el carácter profesional.¹²

Por su parte, los estadounidenses eran enemigos declarados del militarismo; tenían una modesta marina de guerra y su ejército no pasaba de 9000 hombres. Hasta antes de la guerra civil, los Estados Unidos carecieron de una casta de oficiales entrenados comparable con la de otros países, que pudiera dirigir un ejército profesional de siquiera medianas proporciones. De hecho, la oficialidad se contraponía a los principios de igualdad y repudio a los privilegios con que se había fundado la República. La matrícula de la academia militar de West Point era tan pequeña que, en el momento del estallido de la guerra con México, el Congreso estaba debatiendo sobre la conveniencia de cerrarla. Excepto por las campañas indias, desde 1815 no habían librado una guerra y su pequeño ejército, en buena medida integrado por extranjeros y diseminado en numerosas guarniciones en las costas y fronteras, era incapaz de maniobrar en batalla.¹³

¹² Pedro García Conde, *Memoria del secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, leída a la Cámara de Senadores el día 10 y en la de diputados el día 11 de marzo de 1845*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1845. Juan N. Almonte, *Memoria del Ministerio de Estado y del Despacho de Guerra y Marina del Gobierno Supremo de la República Mexicana. Leída al Augusto Congreso Nacional del día 9 de diciembre de 1846 por el general Almonte*, México, Imprenta de Torres, 1846.

¹³ Singletary, *op. cit.*, p. 23-24. Justin Smith, *op. cit.*, v. 1, p. 105-110. John Keegan, *Secesión. La guerra civil americana*, Madrid, Turner, 2011, p. 67 y 80. Véase también el artículo de periódico, sin título, incluido en el

Esta situación militar, aunada al hecho de que si se proponían agredir a México los estadounidenses tendrían que emprender una campaña ofensiva a gran escala sobre un país compuesto por montañas, desiertos y costas mortíferas (por la fiebre amarilla), carente de caminos, canales y ríos navegables, contra un enemigo conocedor del terreno, dueño de fortificaciones y que podría cortar las líneas de comunicación del invasor con facilidad, propició que por décadas los líderes mexicanos confiaran en sus evidentes ventajas y considerasen que los estadounidenses difícilmente se plantearían la posibilidad de una invasión.¹⁴

En tercer lugar, la investigación reciente ha demostrado que, también en contra de lo que siempre hemos pensado, en la década de 1840 México estaba lejos de ser un país pobre. Para entonces, se habían recuperado los niveles de producción agrícola, minera e industrial de la Colonia.¹⁵ El que siempre estuvo en bancarrota financiera fue el aparato estatal, no el país, y a lo largo de este trabajo veremos que la capacidad económica para enfrentar la invasión era mucho mayor de lo que hubiéramos sospechado, pero no fue aprovechada por razones de política interna.

despacho del representante mexicano en Londres, Tomás Murphy, de 23 de junio de 1845, en Carlos Bosch García, *Documentos de la Relación de México con los Estados Unidos. De las reclamaciones, la guerra y la paz*, México, UNAM, 1985, v. 4, p. 500-504.

¹⁴ Singletary, *op. cit.*, p. 23-24. Justin Smith, *op. cit.*, v. 1, p. 105-110. Artículo de periódico, sin título, incluido en el despacho del representante mexicano en Londres, Tomás Murphy, de 23 de junio de 1845, en Carlos Bosch García, *Documentos de la Relación de México con los Estados Unidos. De las reclamaciones, la guerra y la paz*, México, UNAM, 1985, v. 4, p. 500-504. Amy S. Greenberg, *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U. S. invasion of Mexico*, New York, Vintage Books, 2012, p. 143. Después de la derrota de 1847, *Los Debates*, de Querétaro, preguntó: “¿Cuánto tiempo se nos estuvo diciendo que era imposible que los Estados Unidos nos hiciesen la guerra?”, *vid. El Monitor Republicano*, 22 de mayo de 1848.

¹⁵ *Vid.* Ernest Sánchez Santiró, “El desempeño de la economía mexicana, 1810-1860: de la colonia al Estado-nación”, en Sandra Kuntz Ficker, *et al.*, *Historia económica de México. De la Colonia a nuestros días*, El Colegio de México, Secretaría de Economía, 2010, p. 275-298.

En cuarto lugar, existen indicios de que la tozuda negativa de los líderes mexicanos a vender territorio era engañosa. Como veremos, en torno al territorio nacional siempre existió un velado utilitarismo, pues varios políticos estaban en realidad dispuestos a vender, siempre y cuando conviniera a sus intereses.

En quinto lugar, no está muy claro que Polk se hubiera propuesto provocar la guerra. Se sabe que llegó a la presidencia decidido a adquirir California, pero las instrucciones que dio al cónsul estadounidense en esa provincia hablan de que tenía pensado repetir el proceso que llevó a la anexión de Texas, es decir, introducir colonos, promover el separatismo con respecto a México entre la población local, promover la independencia del territorio y luego la anexión a los Estados Unidos. Otra estrategia era la compra del territorio, para lo cual envió a la ciudad de México a un representante diplomático encargado de ello y de limar asperezas con el gobierno mexicano. El provocador Polk es sólo una apariencia, nacida de su decidido acercamiento al Bravo para hacer valer los derechos que los texanos afirmaban tener sobre la rivera de ese río, pues sus documentos personales testimonian que estaba seguro de que los líderes mexicanos eran tan ineptos y cobardes que terminarían por vender en cuanto se vieran ante la posibilidad de una guerra, de modo que se decidió a tomar Texas sin creer que pudiera estallar el conflicto.¹⁶

¹⁶ Greenber, *op. cit.*, p. 76-77. David M Pletcher, *La diplomacia de la anexión*, trad. Jorge Brash, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1999, v. 1, p. 509.

En sexto lugar, la prudencia, o el supuesto miedo de los líderes mexicanos a la guerra también es discutible; en este trabajo veremos que varios de ellos no sólo estaban dispuestos a llegar a ese extremo, sino incluso a provocarlo.

En séptimo lugar, estamos hablando de una guerra llena de anomalías. Si una guerra es un enfrentamiento en el que ambos contrincantes procuran hacerse todo el daño posible, el de México y los Estados Unidos no cumple con esta definición. Por un lado, aunque el gobierno de Polk improvisó un ejército de alrededor de 40,000 voluntarios bisoños (100,000 hacia el final de la guerra, aunque nunca pisaron México más de 30,000), lo empleó sobre todo para ocupar los territorios y ciudades que fue ganando,¹⁷ mientras que las campañas y batallas principales siempre fueron emprendidas con menos de 10,000 soldados (básicamente su ejército regular, el único que sus oficiales profesionales podían comandar y que el propio general Scott prefería), aprovisionamiento deficiente (algo que ha escapado a la mirada de los historiadores mexicanos, quienes han visto en los ejércitos de Zachary Taylor y Winfield Scott máquinas de guerra invencibles) y en desventaja numérica a pesar de estar a la ofensiva, todo lo cual los puso al borde de la derrota en momentos decisivos, pues de manera al parecer inexplicable no hicieron nada para contrarrestar las ventajas mexicanas antes mencionadas. Como veremos en su momento, los periódicos estadounidenses y británicos criticaron esta situación y calificaron a Polk de irresponsable y poco serio por su manera de dirigir la guerra. Por el otro, los mexicanos no sólo no supieron aprovechar su superioridad numérica ni las ventajas que su territorio ofrecía a la estrategia defensiva, sino que en repetidas ocasiones dejaron

¹⁷ Tutorow, *op. cit.*, p. 360.

escapar el triunfo por errores inexplicables. Esto pareció confirmar la información difundida por la prensa estadounidense en el sentido de que existió un acuerdo entre los presidentes Polk y Antonio López de Santa Anna, consistente en que el segundo presentaría una resistencia fingida dejándose vencer en cada batalla, a cambio de que el primero apoyara la dictadura que Santa Anna tenía contemplado imponer en México.

La comunicación entre los líderes enemigos es otra anomalía. Es sabido que el presidente Polk se empeñó en seguir las sugerencias que Santa Anna le hizo llegar a través de una diplomacia oficiosa y truculenta, desarrollada mediante agentes secretos, la cual llevó a más anomalías, como las continuas solicitudes de paz de parte del país que iba ganando la guerra a sugerencia de Santa Anna, solicitudes de dinero al Congreso de parte del presidente Polk para comprar dicha paz al caudillo mexicano, coincidencias del plan de campaña de Scott con lineamientos sugeridos por Santa Anna, acuerdos de éste con el mismo general para obligar al Congreso mexicano a autorizar negociaciones de paz y para salvar al caudillo del derrocamiento.

En octavo lugar, lo que los autores de los *Apuntes* no mencionan es que los liberales mexicanos de la década de 1840 eran convencidos monroístas y fervientes creyentes del Destino Manifiesto estadounidense,¹⁸ lo cual, como veremos, explica la serie de anomalías mencionadas.

Independientemente de que logremos convencer al lector de que la humillante derrota de México se debió la traición de Santa Anna, es evidente que, si los supuestos

¹⁸ Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas 196), 1975, *passim*.

básicos sobre los que ha descansado la interpretación del conflicto - esto es, una potencia militar que invadió y derrotó a un país pobre, impotente y timorato, y un presidente expansionista decidido a provocar - son por lo menos discutibles, si no es que de plano falsos, se requiere de una revisión del tema y sus fuentes.

Estado de la cuestión

La actuación del general Santa Anna en la guerra con los Estados Unidos fue de tal ambigüedad que produjo serias sospechas de traición, que siguen vivas en la mente del pueblo mexicano, no obstante que la mayoría de los contados historiadores que han expresado una opinión al respecto tienden a desecharlas. Las sospechas tuvieron origen en junio de 1846, a raíz de la entrevista que el caudillo sostuvo en La Habana con Alexander Slidell MacKenzie, agente secreto del presidente James K. Polk, ampliamente difundida por la prensa estadounidense, así como su posible objeto: acordar con Santa Anna una guerra fingida, en la cual éste se dejaría vencer con el fin de disimular la entrega de los territorios del norte mexicano; como premio a este notable servicio, los estadounidenses apoyarían la dictadura que Santa Anna pretendía imponer sobre México.

El desembarco del caudillo en el puerto de Veracruz el siguiente agosto, sin oposición de la escuadra estadounidense que lo bloqueaba, sus continuos errores en la dirección de las batallas, así como la aparición en los periódicos de la República del norte de la noticia de que Polk solicitó al Congreso tres millones de dólares para comprar la paz a Santa Anna en febrero de 1847, parecieron confirmar la existencia del acuerdo traidor.

Este manejo corrupto pareció ser confirmado dos años después por Roswell Sabine Ripley en su obra *The War with Mexico*, al narrar las negociaciones que Santa Anna sostuvo secretamente con el general Winfield Scott en junio-julio de 1847, cuando éste se encontraba en Puebla, con el fin de solicitarle dinero para sobornar al Congreso mexicano y convencerlo de aceptar un tratado de paz.¹⁹

Sin embargo, los escritores mexicanos que atestiguaron los hechos o que escribieron sobre la guerra en la segunda mitad del siglo XIX (Francisco de Paula Arrangoiz, Enrique Olavarría y Ferrari, Guillermo Prieto y los autores de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, José María Roa Bárcena), preocupados por intereses partidistas que después veremos, prefirieron soslayar o negar las evidencias de traición que aparecieron en la prensa mexicana y estadounidense a lo largo de la guerra, así como el furibundo clamor popular contra Santa Anna que éstas produjeron. Optaron en cambio por criticar los defectos de Santa Anna como persona y su ineptitud como general, pero siempre reconociendo sus esfuerzos por defender a México, para terminar explicando la derrota con otros factores, tales como el poderío estadounidense, el divisionismo entre los mexicanos y la carencia de recursos para sostener la guerra.

El único autor del siglo XIX que, por su peculiar carácter, y ante la avalancha de evidencias que hemos mencionado, denunció sin ambages la traición de Santa Anna, fue Carlos María de Bustamante, al grado de afirmar que su libro, *El Nuevo Bernal Díaz del*

¹⁹ Roswell Sabine Ripley, *The War with Mexico*, 2 v., Nueva York, Burt Franklin, 1970, p. 148-168. La primera edición data de 1849.

Castillo, tenía por objetivo “mostrar al mundo que México no ha sido subyugado por la fuerza extranjera, sino entregado vilmente por un mal mexicano”.²⁰

La tesis de la traición fue descalificada por José María Roa Bárcena, quien consideró la indignación del pueblo contra Santa Anna como propia de un vulgo patriota, pero “ininteligente”, a la vez que calificó la actitud de reconocer los esfuerzos del caudillo en la defensa como propia “del partido ilustrado de la guerra”.²¹ También interpretó la evidencia de traición presentada por Ripley como un intento de Santa Anna por entretener a Scott en Puebla, dándole la engañosa y seductora esperanza de que estaba dispuesto a cabildear en el Congreso a favor del tratado que Polk ambicionaba, con la verdadera intención de ganar tiempo para preparar la defensa de la capital, y después atraerlo hacia una trampa en la que el ejército invasor iba a encontrar su aniquilación. Surgió así lo que en adelante llamaremos la tesis del engaño, según la cual la disposición del jalapeño a traicionar a su patria no tuvo otro objeto que engañar a los estadounidenses para asegurar el triunfo de México.

Con el tiempo, la prensa de la guerra y sus denuncias, descuidadas por los historiadores, fue quedando en el olvido, al grado que la tesis del engaño se vio reforzada a principios del siglo XX, cuando Jesse S. Reeves dio a conocer el informe de Slidell MacKenzie y M. M. Quayle publicó el *Diario del presidente Polk*.²² En efecto, en tales

²⁰ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, ed. facsimilar de la de 1847, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987, p. 235.

²¹ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, 2 v., México, Cien de México, 1991, v. 2, p. 532.

²² Jesse S. Reeves, *American diplomacy under Tyler and Polk*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1907, p. 299-308. Este informe también puede verse en *Diario del presidente Polk, 1845-1849, Reproducción de todos*

documentos, Santa Anna aparece ofreciendo territorios a cambio de que se le reinstalara como gobernante de México y Polk dispuesto a apoyarlo por considerar que era el único líder mexicano con el que podía negociarse un acuerdo territorial satisfactorio para los Estados Unidos. No obstante que esto demostró que el caudillo se presentó ante Polk como un traidor, pues además de ofrecer territorios lo alentó a invadir y le proporcionó asesoría estratégica sobre la mejor manera de hacerlo, su posterior actuación como líder de la defensa de México, en la que derrochó energía y expuso vida y propiedades, llevó también a los historiadores estadounidenses a concluir que su traición fue simulada para engañar a Polk y lograr que éste le permitiese penetrar el bloqueo naval en Veracruz.

A partir de entonces han sido pocos los historiadores mexicanos que se han adherido a una u otra de las tesis descritas. Entre los partidarios de la del engaño sólo podemos mencionar a Carlos Alvear Acevedo, Alberto María Carreño, Mariano Cuevas, Alfonso Trueba y José C. Valadés, quienes, al igual que Roa Bárcena, opinaron que Santa Anna intentó atraer a Scott a la capital con engaños para tenderle una trampa. Por otra parte, la inocencia de Santa Anna ha encontrado una decidida defensora en Josefina Zoraida Vázquez, quien por lo menos en las últimas tres décadas ha sostenido que el general ha sido acusado injustamente y utilizado como chivo expiatorio de los defectos y miserias del México de su época;²³ no solo concuerda con la tesis del engaño afirmando

los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M. M. Quaije, con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos, recopilación, traducción, prólogo y notas de Luis Cabrera, 2 v., México, Antigua Librería Robredo, 1848, v. 2, apéndice J, n. 2, p. 303-309.

²³ Josefina Z. Vázquez, *Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma*, México, Condumex, 1987, p. 12; *La Intervención Norteamericana, 1846-1848. Simposium de historia regional. Memoria*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997, p. 8,

que Santa Anna entró en tratos con Polk tan sólo para conseguir que se le permitiera desembarcar en Veracruz,²⁴ sino también con la postura de Roa Bárcena de que: “Cualesquiera que hayan sido sus errores y faltas la historia lo colocará en el honroso puesto de primer batallador de México en la campaña de 1846 a 1848”.²⁵

Esta postura, basada en que Santa Anna no se proclamó dictador ni entregó los territorios en las negociaciones de septiembre de 1847 y, por el contrario, publicó abundante documentación oficial en la que se pintó a sí mismo como genio organizador de ejércitos, dilapidador de su fortuna personal en aras de la salvación de la patria y general temerario pero desafortunado, ha llegado prácticamente al panegírico con la obra de Will Fowler, *Santa Anna*, biografía que se adhiere a la tesis del engaño y a la defensa del personaje, pues considera que el jalapeño fue un “buen mexicano”, “no fue traidor, chaquetero ni siempre tirano”, “no combatió la guerra mexicano-estadunidense con intención de perderla”, “el tiempo ha venido a resquebrajar estos mitos”.²⁶ Por tales expresiones, y otras más que citaremos enseguida, puede decirse que esta obra representa la cúspide de la tesis del engaño.

Fowler sostiene que un estudio de la vida del caudillo mexicano no puede sino revelar que el señalamiento de traidor en su contra “es una mala y distorsionada interpretación de los acontecimientos que originaron esa acusación”, tanto en la guerra de Texas como en la de 1846-1848, su intención fue engañar a sus captores texanos y al

²⁴ Josefina Vázquez, “Una injusta invasión, 1846-1848”, en Comisión organizadora de los homenajes del CL aniversario de los niños héroes, *En defensa de la patria, 1846-1848*, México, Secretaría de Gobernación, Archivo general de la Nación, 1997, p. 101.

²⁵ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p.665.

²⁶ Will Fowler, *Santa Anna*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2010, p. 9-12.

gobierno del presidente Polk. “Se suponía que ellos saldrían burlados, no México”, y que fallara en ambos casos dio al traste con su prestigio. Para este autor, los mexicanos hemos recurrido, más que al sentido común, a la frustración y al rencor para juzgar a Santa Anna, pues no hemos sido capaces de comprender que hasta el plan más astuto y mejor concebido puede revertirse a su creador, y por eso hemos visto en las derrotas de Texas y de 1847 un plan maquiavélico para hundir a México en la humillación: “la verdad es que él esperaba ganar tiempo y aprovechar la ingenuidad estadounidense en su beneficio. Si Santa Anna hubiese logrado lo imposible – ganar la guerra mexicano-estadunidense –, el tratado de Velasco y la reunión con Slidell MacKenzie formarían parte de su gloriosa historia. Equivaldría a tantas otras admirables y heroicas hazañas militares basadas en el engaño”.²⁷

Si pocos han sido los historiadores que han tomado partido por la tesis del engaño, son menos aun los que lo han hecho por la de la traición. Entre éstos sólo podemos contar a José Fuentes Mares, María Gayón, Benjamín Arredondo Muñozledo y Héctor Díaz Zermeño. Estos autores, sin dejarse impresionar por los aspavientos del caudillo de genio organizador, patriota desafortunado y soldado temerario, han hecho valer la reunión con Slidell MacKenzie, los testimonios de Polk en su *Diario*, el regreso de Santa Anna a través del bloqueo estadounidense y sus “errores” durante la guerra como hechos irrefutables y, por tanto, pruebas de traición.

Una postura intermedia vendría a ser la de la doctora María del Carmen Vázquez Mantecón, quien considera que, desde el punto de vista jurídico, es indudable que, en sus

²⁷ *Ibid.*, p. 446-451.

tratos con Polk, Santa Anna cometió el delito de alta traición, y sin embargo no sabe si es posible dilucidar “si su fin último [en 1846-1847] era defenderla [a la patria] como tanto repitió en su discurso, o si sólo actuó para sí mismo”, obsesionado por arrancar un triunfo a la fortuna.²⁸

Como puede verse, el debate historiográfico sobre el carácter traidor o patriota del personaje ha sido, en realidad, escaso, y Santa Anna incluso goza de una mayoría académica a su favor, por lo que es preciso concluir que, si hoy en día, para la generalidad de los mexicanos, sigue siendo el gran traidor de nuestra historia, se debe tan solo a que, desde 1847, el clamor de indignación en su contra sigue vivo de alguna manera en el imaginario popular, y ha encontrado expresión en novelas y otros trabajos no históricos que han exigido visceralmente una especie de quema en efígie del personaje.²⁹

Por nuestra parte, gracias a la exploración de la prensa de la época, creemos haber encontrado huellas de la traición suficientes para, si bien no demostrarla con documentos firmados de puño y letra de Santa Anna, sí ponerla en evidencia, al grado que nos resulta difícil concederle el beneficio de la duda.

²⁸ María del Carmen Vázquez Mantecón, “Santa Anna y su guerra con los angloamericanos. Las versiones de una larga polémica”, *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, vol. XLVII, # 22, julio-diciembre 2001, p. 51.

²⁹ *Vid*, por ejemplo, Francisco Martín Moreno, *México mutilado. La raza maldita*, México, Alfaguara, 2004. Rafael F. Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, México, Fondo de Cultura económica, 1983. Enrique Serna, *El seductor de la patria*, México, Booket, 2003. Jorge Veraza Urtuzuástegui, *Perfil del traidor. Santa Anna en la historiografía y en el sentido común*, México, Ítaca, 2000. Agustín Yáñez, *Santa Anna, espectro de una sociedad*, 2 ed., México, Océano, 1982. Armando Fuentes Aguirre, *La otra historia de México. Antonio López de Santa Anna*, México, Diana, 2012. Mario Melgar Adalid, *La última jugada de Santa Anna*, México, Ediciones B México, 2014.

Hipótesis

- Que la guerra entre México y los Estados Unidos, si bien tuvo como antecedente el expansionismo del segundo, fue producto en última instancia de la pugna ideológica intercontinental entre monroísmo y monarquismo, es decir, entre una América republicana y una Europa monárquica.
- Que el general Antonio López de Santa Anna era un anexionista que se propuso entregar los territorios del norte mexicano utilizando al Congreso constituyente de 1846 para que, en ejercicio del poder constituyente (el nuevo concepto de soberanía), fuese el encargado no sólo de imponer una Constitución de corte republicano, federal y liberal, sino también de aprobar negociaciones de paz con el invasor y ratificar el tratado resultante, de modo que la entrega de territorios pasara a la historia como una decisión soberana.

Planteamiento del problema

El problema que marcó el desarrollo político de México fue la ruptura con el soberano legítimo. Se trató de una ruptura de la continuidad jurídica que era necesario restaurar. Agustín de Iturbide intentó hacerlo devolviendo el trono de México a la dinastía legítima pero, al ser rechazado, se recurrió a la nueva fuente de legitimidad: el poder constituyente

del pueblo, el nuevo concepto de soberanía que inauguró la etapa constitucional en la historia de Occidente³⁰ y que permitió la proclamación de la Constitución de 1824.

Antes de las revoluciones estadounidense y francesa, las únicas autoridades constituidas con derecho a reformar al Estado eran el Papa y el rey, pues su soberanía o poder absoluto provenía de Dios, la única fuente legítima del poder. La filosofía política de los siglos XVII y XVIII desacralizó el poder y, de acuerdo con Jean Jaques Rousseau y Emmanuel J. Sieyès, la voluntad del pueblo se identificó con la soberanía y ésta, a su vez, con el poder constituyente, por lo cual, según concluyó Carl Schmitt a principios del siglo XX, en la era moderna el verdadero soberano es quien ejerce el poder constituyente y decide las características del Estado nacional dictando una Constitución. Así, el poder constituyente se convirtió en el instrumento necesario para transitar de un ordenamiento jurídico establecido por la voluntad de Dios, con un rey con derecho divino a ejercer la soberanía, a uno establecido por la voluntad de un pueblo soberano que ejerce su soberanía a través de un Congreso constituyente y una Constitución. La continuidad jurídica, rota por la desaparición del antiguo soberano, pudo ser restaurada con la aparición del pueblo soberano.³¹

Esta restauración, sin embargo, llevaba en sí misma el germen de la revolución recurrente. Igual que en Francia y otros países que rompieron con sus soberanos de Antiguo Régimen, en México se observa el estallido de sucesivas revoluciones, cada una

³⁰ German J. Bidart Campos, *Manual de historia política*, Buenos Aires, Sociedad anónima editora, comercial, industrial y financiera, 2007, p. 237.

³¹ Carl Schmitt, *La dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, *passim*.

con un proyecto de nación plasmado en una Constitución.³² Así, mientras Francia cuenta en su historia con quince Constituciones, México tiene seis (1814, 1824, 1836, 1843, 1857 y 1917). Esto fue resultado de la desacralización de la soberanía para ponerla al servicio de la voluntad del pueblo, la cual, en esencia, tiene un carácter ficticio, pues la idea de que esa masa llamada “pueblo” sea en verdad capaz de expresar una voluntad definida no es más que una ficción jurídica, una convención necesaria para el funcionamiento del régimen democrático.³³ Así, en los hechos y en todos los países que adoptaron la democracia en el siglo XIX, el pueblo soberano se redujo a una elite política y, entre los miembros de ésta, prácticamente cualquiera que contara con apoyo político y militar (dígase caudillos y facciones) tenía derecho a asumir el papel de minoría capaz de interpretar la voluntad general, a convocar un Congreso constituyente para presentar su propuesta de Constitución – es decir, su proyecto de nación – como la más acorde con las aspiraciones del pueblo y así derogar la Constitución vigente para imponer su propuesta.³⁴ Tal situación fue calificada por el jurista mexicano Emilio Rabasa de golpismo parlamentario,³⁵ y por Schmitt, una década después, de dictadura soberana, pues un Congreso constituyente, dueño del poder constituyente, es decir, el poder absoluto, tiene

³² Emilio Rabasa, *La Constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México*, prologado por Jorge F. Hernández, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, *op. cit.*, p. 130.

³³ Sobre el carácter ficticio de la democracia *vid.* Edmund S. Morgan, *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo XIX, 2006, *passim*.

³⁴ Emilio Rabasa afirma que en la primera mitad del siglo XIX la voluntad del pueblo “tenía tantos intérpretes como facciosos había en las tierras mexicanas”, *op. cit.*, p. 35.

³⁵ Rabasa, *op. cit.*, p. 33.

un carácter dictatorial, por lo cual dio a este tipo de Congreso el título de dictador soberano.³⁶

La precaria democracia que caracterizó al México del siglo XIX es un buen ejemplo de ficción democrática, pues el pueblo soberano se reducía a unas cuantas facciones (la fracción del pueblo políticamente consciente y activa) y las elecciones eran un simple trámite fraudulento por el que se imponía la más fuerte. En tales circunstancias, un Congreso constituyente, y el poder constituyente con él, podían caer en manos de un grupo específico e incluso de un solo individuo capaz de manipularlos. Por ello, ninguna de las Constituciones promulgadas en el siglo XIX logró echar raíces, y fueron derogadas por los grupos que derrocaban a aquellos que las habían impuesto, hasta que los liberales, luego de dos sangrientas guerras (la de Reforma y la Intervención Francesa), eliminaron a sus rivales conservadores e impusieron la de 1857.

La independencia fue tan sólo la primera ruptura de la continuidad jurídica, pues a ésta le sucedieron una serie de nuevas rupturas y restauraciones con cada una de las diversas Constituciones propuestas y derogadas por las facciones que se disputaban la soberanía, el derecho a constituir a la nación. Esta problemática restauración de la continuidad jurídica, esta lucha por la soberanía, costó a México no sólo décadas de inestabilidad política y revoluciones, sino también más de la mitad de su territorio original pues, en la pugna por imponer el republicanismo o el monarquismo, los mexicanos acudieron al extranjero en busca de apoyo militar para vencer a sus rivales políticos y se

³⁶ Schmitt, *op. cit.*, p. 197-198.

mostraron dispuestos a pagar las intervenciones extranjeras, ya fuera con territorios o con el trono de un imperio.

Metodología

El presente trabajo está elaborado principalmente con fuentes primarias debido a que seguimos una línea de investigación que no ha sido trabajada por la historiografía de la guerra: el notable y continuo empeño del lado mexicano por hacer recaer en los Congresos toda la responsabilidad de las difíciles relaciones con Texas y los Estados Unidos, así como el aparente acuerdo entre los gobiernos de Santa Anna y Polk de que tenía que ser el Congreso constituyente de 1846 el encargado de decidir sobre la paz. El manejo de la política exterior es una facultad exclusiva del Ejecutivo, por lo cual llamó nuestra atención que este poder, sin importar quién fuera su titular, estuviese siempre dispuesto a declinarla en favor del Legislativo pues, técnicamente, la desaparición de la separación de poderes implicaba una situación dictatorial, en este caso a favor del Congreso.³⁷

Estas observaciones, más la afirmación de François Xavier Guerra de que la desaparición del soberano legítimo se convirtió en el problema esencial del México del siglo XIX, pues engendró un problema de legitimidad,³⁸ nos llevaron a estudiar el concepto de soberanía y a tratar de entender la importancia del poder constituyente y del Congreso

³⁷ Schmitt, *op. cit.*, p. 178-179. Rabasa, *op. cit.*, p. 162.

³⁸ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la revolución*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 2003, v. 1, p. 183

que lo ejerce. Pareció entonces claro que Santa Anna y los liberales se habían propuesto utilizar a este poder y al Congreso constituyente de 1846 para cumplir las promesas hechas a Polk. También surgió la pregunta acerca del motivo que pudieron tener para ponerse al servicio de la ambición estadounidense, que resultó no ser otro que el temor a una intervención europea.

Para comprobar la sospecha y responder la pregunta han resultado ser claves el Archivo de Valentín Gómez Farías (en adelante AVGF, conservado en microfilm en la Biblioteca “Ernesto de la Torre Villar” del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora) y el Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHGESRE), en donde hemos encontrado documentación que pone en evidencia que Santa Anna y los liberales temían una intervención europea y estaban conscientes de la conveniencia de utilizar al Congreso constituyente que pensaban convocar no sólo para restaurar el federalismo y eliminar el monarquismo, sino también para disimular la entrega de territorios haciéndola pasar como una decisión soberana.

En el Archivo Histórico y de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSEDENA), el Archivo del Foreign Office británico (conservado en microfilm en la Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” de El Colegio de México) y, sobre todo, en la prensa de la época (*El Monitor Republicano*, *El Republicano*, *Diario del Gobierno*, *Don Simplicio*) hemos también encontrado datos que respaldan nuestras hipótesis (principalmente en el primer periódico mencionado, que reprodujo artículos de otros que se han perdido), pero develan además una guerra en muchos aspectos distinta e incluso contraria a aquella que nos relatan los *Apuntes* y la mayoría de las fuentes secundarias. Tal como han destacado

autores como Michael P. Costeloe y François Xavier Guerra, la prensa es fundamental para entender el siglo XIX mexicano.

Capítulo I

Texas: un capital negociable

De todos los aspectos de la vida política del México del siglo XIX, tal vez sea el problema de Texas el que mejor ilustre la conciencia que los políticos mexicanos tenían de que la nación estaba aún por moldearse y, en esa medida, existía la posibilidad de determinar de *motu proprio*, con base en intereses personales o de partido, los elementos integrantes del Estado, en este caso, el territorio.³⁹

El primer ejemplo de este tipo de político puede ser nada menos que el generalísimo José María Morelos, como consta de su puño y letra en un documento en el que decía a uno de sus subordinados: “Ya no estamos en aquel estado de aflicción, como cuando comisioné para los Estados Unidos al inglés David con Tavares, en cuyo apuro les cedía la provincia de Texas.”⁴⁰

Semejantes palabras ponen en entredicho la versión tradicional de que los mexicanos de la primera mitad del siglo XIX defendieron siempre, y a todo trance, a la provincia de Texas, y vieron en su pérdida una nota de deshonor y tragedia. De acuerdo

³⁹ En la teoría jurídica moderna, el Estado se encuentra formado por tres órganos principales, a saber: territorio, pueblo y gobierno, Norberto Bobbio, *Diccionario de Política*, 2 v., 13 ed., México, Siglo XXI, 2002, v.2, p. 1488.

⁴⁰ Citado por Miguel Soto en Ana Rosa Suárez, *et al.*, *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, UNAM - I. I. Dr. José María Luis Mora, 1997, p. 24.

con tal versión, Morelos pudo ser tomado como un “traidor” por los políticos que décadas después señalaban de tal a cualquiera que pretendiera ceder territorio a los Estados Unidos, y por generaciones de historiadores adeptos a la idea de que en esa época la defensa de Texas equivalía a la del honor nacional.⁴¹

¿Las palabras del generalísimo en efecto lo exhiben como un traidor? Es necesario analizarlo con cuidado. La palabra traición viene del latín *tradere*, que significa entregar, por lo que ofrecer un territorio pudiera ser interpretado como traición. Para ser más específicos, diremos que, según el derecho mexicano de la primera mitad del siglo XIX, traición significaba falta de fidelidad al príncipe, de modo que traidor era aquel que atentaba contra la seguridad general del Estado, “descubriendo al enemigo los secretos que le había confiado el gobierno”, “entregándole una plaza fuerte” o “facilitándole los medios de invasión”. Todo ello constituía - igual que en nuestros días - el delito de *alta traición*, aquel que se cometía contra el soberano y por lo tanto contra la soberanía misma.⁴²

Así, la franqueza con la que Morelos ponía por escrito su intención de entregar Texas al vecino del norte lo exhibe como traidor al soberano, sin embargo, para entonces el generalísimo renegaba de la fidelidad al rey: era un insurgente con el propósito de eliminar la soberanía española sobre México. Una vez logrado este objetivo, habría un interregno,⁴³ una ruptura de la continuidad jurídica y, por tanto, quien gozara del dominio de la fuerza y la política podría erigirse en forjador de un nuevo ordenamiento jurídico, es

⁴¹ Véanse por ejemplo los trabajos de José C. Valadés o de Gastón García Cantú.

⁴² María del Carmen Vázquez Mantecón, "Santa Anna y su guerra con los angloamericanos. Las versiones de una larga polémica", *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, vol. XLVII, # 22, julio-diciembre 2001, p. 27.

⁴³ Espacio de tiempo en el que un país no tiene soberano.

decir, de un Estado. Que Morelos promoviera la reunión del Congreso de Chilpancingo y la redacción de la Constitución de Apatzingán sería la prueba de que su propósito era apelar al nuevo concepto de soberanía: el poder constituyente del pueblo, para fundar un Estado mexicano independiente.

Es un hecho también que aquellas frases del generalísimo denotan una postura pragmática ante Texas. Evidentemente, para él se trataba de territorio sobrante y, por tanto, utilizable como instrumento para alcanzar una meta política, en este caso la independencia. Pero Morelos sólo fue el primero que sucumbió a esa tentación, enseguida vendría su discípulo, Vicente Guerrero.

Éste fue fusilado, entre otros cargos, por el de alta traición al intentar vender Texas a los Estados Unidos, a fin de obtener recursos para financiar su rebelión contra Anastasio Bustamante y recuperar el poder de que había sido despojado a fines de 1829. En este caso, se trató de una traición contra la soberanía del Estado nacional postulada en la Constitución de 1824, en la que se especificaba que Texas era parte de México; es sólo una muestra del poco respeto que, en un momento dado, podía inspirar una Constitución a los caudillos militares, cuando ésta no se apegaba a su idea de lo que debía ser el Estado mexicano o se hallaban empeñados en eliminar a un enemigo político. Miguel Soto, autor del interesante artículo que estamos siguiendo, ha encontrado indicios de la veracidad de esta traición en las maniobras especulativas, con concesiones de tierras en Texas, del principal consejero de Guerrero, Lorenzo de Zavala, quien tenía como socios en dichas actividades a Joel R. Poinsett y Anthony Butler, los dos primeros representantes

diplomáticos de los Estados Unidos en México, cuya principal misión había sido la compra de Texas.

Otro destacado político que estuvo dispuesto a vender Texas en momentos de apremio fue Lucas Alamán, precisamente el político que mayores esfuerzos empeñó para garantizar su conservación mediante la ley de colonización de 1830, con la cual intentó detener y reglamentar la emigración de anglosajones a aquel territorio. Dicha ley, y la postura digna que mostró ante la ambición territorial estadounidense y las constantes ofertas por Texas de Butler, lo mantuvieron en un pedestal, respetado hasta por los historiadores liberales, incluso los menos afectos a la figura del gran conservador, de modo que, sin dudar, se tacharon de ridículos los informes que Butler dio al presidente Andrew Jackson en el sentido de que al fin, en julio de 1832, el mismo defensor de Texas había aceptado vender ese territorio.

La posibilidad de que Alamán pudiera ser un traidor resultaba inconcebible, de modo que para los historiadores preocupados por reivindicar la dignidad y honorabilidad de los políticos mexicanos de esa época:

Todo esto [la disposición de Alamán a vender], como es natural, sólo es consecuencia de la inventiva de Butler, pues de lo que el ministro aseguraba haber tratado con el gobierno de México no existe huella alguna. Podría, ciertamente haberse ocultado tales negociaciones. Sin embargo, las noticias en las comunicaciones oficiales de Butler, no concuerdan con las actividades del ministro de Relaciones de México, que han sido objeto de una cuidadosa revisión y compulsas en el archivo de la Secretaría de Relaciones.⁴⁴

⁴⁴ José C. Valadés, *Santa Anna y la Guerra de Texas*, 2 ed., México, Patria, 1951, p. 174-175.

Pero se ha encontrado evidencia de la disposición de Alamán a vender Texas, no sólo en la correspondencia diplomática de Butler, que retrata con fehaciente credibilidad la desesperación del ministro mexicano por conseguir recursos para combatir la rebelión de Santa Anna y salvar el gobierno de Anastasio Bustamante, sino también en las estrechas relaciones personales que Alamán tuvo con Butler, que hablan del grado en que el primero buscó apoyarse en el segundo y de que entre ambos personajes existió, en su momento, una comunidad de acción y propósitos. Así, las palabras de Butler, al lamentarse ante Jackson de que la caída de Alamán y Bustamante frustró la venta de Texas, resultan creíbles: “Si el Sr. Alamán hubiera podido continuar en su cargo tres meses más, hubiéramos concluido todo”.⁴⁵

Al parecer, la convicción de que, de darse una rebelión en Texas, sería imposible recuperar el territorio y sostener allí un ejército que lo resguardara permanentemente era el principal motivo que impulsó a los políticos más prominentes de la época a actuar con pragmatismo, e incluso utilitarismo, al tratar de sacar algún provecho de la casi segura pérdida, a pesar de que la Constitución de 1824 no concedía facultades a ninguna autoridad para ceder territorios a una potencia extranjera. La difícil retención de Texas fue el principal argumento que Butler utilizó para convencer a Alamán de optar por el pragmatismo maquiavélico de permitir la mutilación geográfica a cambio de mantenerse en el poder.

El siguiente en la lista fue Valentín Gómez Farías. Luego del derrumbe de la Federación en 1835 (un Congreso constituyente de mayoría conservadora y centralista

⁴⁵ Citado por Soto en Suárez, *op. cit.*, 1997, p.51.

derogó la Constitución de 1824 y redactó una nueva Carta en 1835-1836, conocida como Las Siete Leyes), el líder federalista se refugió en Nueva Orleans, donde se reunió con otros correligionarios que tenían fuertes intereses en Texas, como Lorenzo de Zavala y José Antonio Mejía, con quienes participó, en septiembre de ese mismo año, en las juntas del llamado Consejo Anfictiónico, organización formada por ciudadanos texanos y mexicanos que pretendían lograr la separación temporal de Texas como medida de presión en contra del centralismo recién instaurado en México. Estos personajes no dudaron en organizar una expedición militar en contra del gobierno mexicano con financiamiento texano y comandada por Mejía, la cual desembarcó en Tampico a principios de noviembre y terminó en fracaso gracias a la fuerte resistencia que encontró en el puerto. Al mismo tiempo, los exiliados alentaron los esfuerzos de los rebeldes texanos por doblegar a las fuerzas mexicanas del general Martín Perfecto de Cos, que sostenía en Béjar la soberanía mexicana frente al movimiento secesionista de los colonos.⁴⁶ Así, Gómez Farías y los federalistas radicales coquetearon con la traición al unir su causa a la rebelde, que si bien podía considerarse un movimiento nacional, apoyado en el pacto federal, que daba a los texanos el derecho a separarse del país en ejercicio de su soberanía, la verdad era que por entonces ya resultaba obvio que se trataba de un movimiento instigado por agentes de los Estados Unidos.

⁴⁶ José Fuentes Mares, *Santa Anna, aurora y ocaso de un comediante*, México, Jus, 1956, p. 129-138.

Aunque los historiadores liberales se han empeñado en tachar de calumnia esta historia, o en justificar a Gómez Farías,⁴⁷ la tendencia federalista a favorecer intereses extranjeros en contra de gobiernos mexicanos contrarios a su ideología (dígase traición, con todas sus letras, misma por la que siempre se ha señalado a los conservadores de la época de Benito Juárez), quedó en total evidencia en 1838, con motivo de la intervención conocida como Guerra de los Pasteles. En esa ocasión, luego de que los franceses impusieron un bloqueo sobre la costa del golfo para exigir el pago de un cúmulo de reclamaciones diplomáticas, los federalistas que combatían al gobierno centralista de Bustamante, liderados por Gómez Farías, no sólo se negaron a unirse a la lucha contra el extranjero, sino que después de que la fortaleza de San Juan de Ulúa fue bombardeada en noviembre y el gobierno de Bustamante declaró la guerra, el general José Urrea, jefe de las fuerzas federalistas que habían ocupado Tampico, propuso al comandante enemigo, el contraalmirante Charles Baudin, unir fuerzas en contra del gobierno centralista para imponer en México “los principios propios de la ilustración del siglo”.⁴⁸

Estas actitudes, tanto de liberales como de conservadores, muestran hasta qué punto el afán de un individuo o un partido por imponer su ideología mediante una constitución fue siempre prioritario ante la fidelidad debida a la herencia colonial. La nación moderna estaba aún por forjarse, y cada uno de estos personajes o facciones políticas, según hemos visto, podían sentirse con derecho a ser sus forjadores, imponiendo a sus rivales su proyecto de Estado, por más que los métodos utilizados

⁴⁷ Un intento puede verse en, Lillian Briseño Senosiáin, *et al.*, *Valentín Gómez Farías y su lucha por el federalismo, 1822-1858*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora - Gobierno del Estado de Jalisco, 1991, p. 127-129.

⁴⁸ Citado por *Ibid.*, p. 287.

implicaran una traición a la nación histórica⁴⁹ y hayan horrorizado a generaciones de historiadores encuadrados en el ideal de que aquellos debieron ser fieles a ésta y no a sus respectivos proyectos. El conflicto de fondo podía resumirse en esta pregunta: ¿cómo ser fiel a la nación moderna planteada por mi enemigo político en *su* constitución? Exigir a los políticos de la época tal fidelidad y que, por tanto, se abstuvieran de destruir las constituciones planteadas por sus rivales para imponer las propias, ha sido siempre un anacronismo, pues desde el presente hemos ignorado las circunstancias de los hombres del pasado, quienes sentían en carne propia los efectos de la ausencia de un ente soberano (ya fuera un rey o un pueblo moderno) que impusiera una constitución definitiva, y carecían por tanto de un objeto de fidelidad y unión al cual tener como valor político supremo, un principio que les impidiera caer en la tentación de acudir al extranjero en busca de apoyo para vencer a sus compatriotas rivales.

Santa Anna y Texas

El personaje que con mayor claridad exhibe - gracias a su cinismo – la permisividad que las circunstancias de la época daban a los políticos con respecto a la formación del Estado nacional es el general Antonio López de Santa Anna. La noticia de su falta de valor y patriotismo al caer prisionero en San Jacinto tuvo tal difusión que, luego de la campaña de Texas, pocos de sus contemporáneos pudieron negar que al estar frente a él contemplaban a un militar carente de pundonor. Esto costó a Santa Anna el ostracismo por algún tiempo; pero sólo por algún tiempo, y es esta capacidad de perdón de la elite

⁴⁹ Aquella forjada por tres siglos de historia colonial.

mexicana lo que más ha admirado e intrigado a muchos autores durante más de 150 años. Ahora podemos decir que, si se toman en cuenta los actos de otros políticos - al menos los analizados en el apartado anterior -, la respuesta puede ser muy simple: como todos vivían la misma circunstancia, ninguno podía con absoluta justicia condenarlo.

La misma permisividad se nota en los actos de Santa Anna en Texas, sólo que de manera más evidente. La historia de la guerra de Texas es bastante conocida como para relatarla aquí: sólo recordaremos que, luego de que los rebeldes expulsaron del territorio a las tropas del general Martín Perfecto de Cos y declararon su independencia de México en noviembre de 1835, Santa Anna organizó una expedición que a pesar de sus carencias en materia de logística logró sofocar el levantamiento, a veces cruentamente, como en el caso de la masacre de El Álamo y los fusilamientos de Goliad, hasta que en marzo de 1836 fue hecho prisionero después del desastre de San Jacinto. Cautivo de los texanos en el pueblo de Velasco, el general aceptó, con tal de salvar la vida, firmar los llamados Tratados de Velasco, documentos en que se comprometió a no volver a tomar las armas en contra de Texas, a declarar un alto al fuego, ordenar la evacuación del territorio ocupado por las tropas mexicanas y trabajar en México porque se reconociera la independencia del nuevo país.

Luego, un grupo de soldados texanos, inconformes con que Santa Anna fuera liberado, y sedientos de venganza por sus actos sangrientos, impidieron su regreso a México, y el prisionero, junto con el entonces coronel Juan Nepomuceno Almonte, quien había sido apresado también después de San Jacinto, fue trasladado de un pueblo a otro durante algunos meses para evitar su linchamiento a manos de una población enardecida

contra su persona. En tal situación, el general decidió escribir al presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, con el objeto de pedir su intercesión para que se le permitiera volver a México a cumplir con los acuerdos y así cooperar ambos al logro de la independencia de Texas. En su carta decía que, después de haber adquirido nueva información sobre el territorio, estaba convencido de lo inútil que resultaba para su país continuar la guerra y que lo apropiado era terminarla mediante una negociación.⁵⁰

Por supuesto, el caudillo no pensaba así cuando estaba a punto de expulsar de Texas al ejército de Samuel Houston. De cualquier forma, aquí aparece de nuevo la misma convicción de Alamán y otros de que Texas estaba perdida y de allí su justificación; pero lo que ahora queremos subrayar es que Santa Anna no se hallaba solo. La mayoría de los autores olvida que, en su cautividad, el general contó con la compañía y cooperación de Almonte, al menos como intérprete, por lo que podría agregarse a la lista de quienes estaban dispuestos a ceder Texas en momentos difíciles.

Volviendo a la disposición de Santa Anna a ceder Texas, agregaremos que la imposibilidad de retenerla no era el único argumento con el que el caudillo buscaba justificar su carencia de orgullo y pudor ante texanos y estadounidenses, sino que el principal, exhibido sin ambages ante un agente de Jackson, era nada menos que la inexistencia de un pueblo soberano en México. Al no recibir respuesta del presidente de los Estados Unidos a su petición de interceder para que se le liberara, se puso en contacto con Henry M. Morfit, agente de ese país en Texas, para suplicarle que convenciera a su gobierno de que lo trasladara a Washington. En la entrevista, Morfit advirtió al mexicano

⁵⁰ Santa Anna a Jackson, 4 de julio de 1836, W. Manning, *Diplomatic Correspondence of the United States*, Washington, Carnegie Endowment, 1937, v. 8, p. 63.

lo inconveniente de que revelara ante un agente sin mayor autoridad lo que podía ofrecer respecto de Texas, pero el cautivo respondió despreocupado que el pueblo mexicano era “peculiar y dominado por el hombre en el poder” y que sólo necesitaba regresar para restaurar su influencia. Estaba seguro de que podía lograr un “fácil ajuste de la guerra con Texas, que llevaría al inmediato reconocimiento de su independencia”. Sorprendido por esta seguridad, Morfit le preguntó si el pueblo mexicano no se opondría a la pérdida territorial o, al menos, no exigiría una compensación, a lo que Santa Anna contestó “que los pocos individuos llamados al gobierno manejaban los asuntos de la nación, y que los negocios públicos eran poco regulados y menos entendidos por los ciudadanos”. Al ver la incredulidad de su interlocutor ante tales declaraciones, Santa Anna, para convencerlo, le confesó que en el gobierno mexicano había hombres que ni siquiera sabían dónde estaba Texas, y por tanto podían desentenderse de una guerra y un territorio que les eran indiferentes.⁵¹

Pocos ejemplos habrá de un testimonio que exprese con tanta claridad la realidad que se vivía en México: la inexistencia de un pueblo soberano, lo que llevaba a que la ciudadanía estuviese concentrada en los “pocos individuos” que formaban la elite gobernante ilustrada, la cual, según Santa Anna, podía ser manipulada para ceder territorio.⁵² En otras palabras, el general era consciente de la inexistencia del Estado moderno, y de que los tres órganos de este último: pueblo, territorio y gobierno, estaban

⁵¹ Morfit a Forsyth, 6 de septiembre de 1836, *Ibid.*, v. 12, p. 110.

⁵² Puede decirse que lo mismo ocurría en todos los países del mundo, sin embargo también se afirma que en Europa y los Estados Unidos la elite política era mucho más amplia al incluir amplios sectores populares, activos en política, gracias a una profunda ideologización. Véase por ejemplo la participación popular en la Revolución Francesa y las llamadas revoluciones burguesas de mediados del siglo XIX. Por otra parte, eso no afectaba la convicción de Santa Anna de que al ser la política asunto de unos cuantos, éstos tenían gran libertad para disponer del territorio y hacer toda clase de ofrecimientos al extranjero.

aún por definirse; el primero no podía ser considerado soberano, pues, como él mismo afirmaba, carecía de conciencia política; el segundo no sólo corría el riesgo de ser presa fácil del expansionismo extranjero, sino que la misma elite gobernante lo utilizaba como carta en el juego diplomático, y el tercero oscilaba todo el tiempo entre la república, la monarquía y la dictadura con diferentes modalidades, como el federalismo y el centralismo. Como conclusión del propio caudillo, eso concedía a los políticos un amplio margen de maniobra para determinar las características de uno o todos los órganos integrantes del Estado nacional. Si en algún momento pudo pensarse que Santa Anna era un militar ignorante que no entendía de teoría política y se dejaba guiar por sus impulsos y sus asesores, este testimonio demuestra que sus conocimientos, o de menos, su intuición, le alcanzaban para ver con claridad que el elemento que distinguía a un Estado moderno era el pueblo soberano y que, al no existir éste, un hombre hábil y decidido podía moldear a la nación.

Gracias al cinismo mostrado por el general en esa entrevista, podemos afirmar, con bastante seguridad, que la mayoría de la elite política del país debía de ser también consciente de la inexistencia del pueblo soberano y del Estado nacional moderno a los cuales ser fiel, pues no es de pensarse que el general fuera más perspicaz que otros políticos más instruidos e inteligentes, sobre todo cuando éstos, como hemos visto, tampoco dudaban en disponer de Texas si lo juzgaban conveniente para sus propias metas e intereses. Lo que sorprende es la tenacidad con la que casi toda la elite disimuló esta realidad, y mantuvo la ficción de que el Estado nacional existía tan sólo porque algún caudillo o partido promulgaban, de cuando en cuando, una constitución que no tardaría

en ser desconocida y eliminada por sus rivales. Tal vez resultaba necesario disimular, pues la imposición de una Carta Magna era la de un proyecto de Estado, y por muy efímeros que fuesen los proyectos que se ensayaron, la elite tenía que hablar y actuar en función de ellos, no de la realidad subyacente, si es que se aspiraba a tener un poco de legitimidad.

Por su parte, Morfit comunicó a su gobierno el contenido de la entrevista el 6 de septiembre de 1836, añadiendo que el prisionero le había asegurado encontrarse investido de las facultades de un presidente de México. Poco después, el gobierno de Washington comunicó al general haber sido notificado por el mexicano de “que mientras usted permanezca prisionero, ningún acto suyo será considerado como obligatorio para las autoridades mexicanas.”⁵³ Con todo, cuando en septiembre de 1836 Samuel Houston tomó la presidencia de Texas, el presidente Andrew Jackson, su antiguo mentor, le pidió que permitiera a Santa Anna reunirse con él; Houston accedió y el caudillo fue puesto en libertad el 25 de noviembre, con la única condición de viajar a la capital de los Estados Unidos.⁵⁴

Santa Anna y Almonte llegaron a Washington el 4 de enero de 1837; según testimonio del primero, el presidente Jackson le propuso indemnizar a México con seis millones de dólares a cambio del reconocimiento de la independencia de Texas. Mucho se ha especulado sobre este episodio. Algunos han afirmado que el general se indignó al oír tal propuesta,⁵⁵ pero, a juzgar por su comportamiento, es dudoso que esa haya sido su

⁵³ Citado por Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 179.

⁵⁴ Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 174.

⁵⁵ Valadés, *Breve historia de la Guerra con los Estados Unidos, México, Patria*, 1947, p. 13.

reacción. Otros dicen que evadió definir su postura,⁵⁶ y otros que después inventó el pasaje tal vez para darse tono.⁵⁷ Alejandro Sobarzo, en cambio, encontró evidencia de que fue el propio Santa Anna quien no sólo reiteró ante Jackson estar dispuesto a trabajar para que México cediera Texas a cambio de su libertad, sino que trató de obtener la liquidación de las reclamaciones que los Estados Unidos tenían contra México a cambio del territorio. También mostró abiertamente esta postura utilitarista sobre el problema texano ante el comisionado de Texas en Washington, a quien comentó estar dispuesto a aceptar tres y medio millones de dólares por el territorio, suma que no tendría otro objeto que dar al asunto un cariz de compra-venta para vencer la resistencia que, de otra forma, surgiría en México.⁵⁸ Al parecer, la idea de que un gobierno encabezado por él mismo pudiera obtener algunos millones por cesión de territorios era ya un principio de pragmatismo político en su mente.

Unos años después, en febrero de 1844, la disposición de Santa Anna y Almonte a ceder Texas a cambio de alguna utilidad, fue confirmada por el segundo en una conversación sostenida con el secretario de Estado, Abel P. Upshur, cuando el gobierno mexicano expresaba, con amargura y disgusto – a través del propio Almonte, a la sazón su ministro en Washington –, sus sospechas de que los estadounidenses planeaban anexarse el territorio. Upshur aseguró entonces que no existía ninguna negociación para incorporar Texas a su país; pero que, como el sentimiento del pueblo texano era universalmente

⁵⁶ Rafael F. Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, México, Fondo de Cultura económica, 1983, p. 146.

⁵⁷ Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 174.

⁵⁸ Alejandro Sobarzo, *Deber y conciencia. Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la guerra del 47*, 2 ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 138.

favorable a ello, resultaba muy probable que la cuestión fuese presentada al gobierno, por lo que también quería darle a conocer el punto de vista de Washington sobre el particular. Upshur asentó que en esa capital se consideraba que la reconquista mexicana era en extremo difícil; que el pueblo texano jamás consentiría en regresar al dominio de México, no sólo porque sentía real antipatía por el centralismo, sino porque no estaba dispuesto a sacrificar sus intereses esclavistas. Por tales razones, los mexicanos debían reconocer la independencia de Texas.

Según Upshur, el general Almonte le concedió la razón y confesó no estar muy convencido de la conveniencia para México de emprender otra invasión contra Texas. Había dicho lo mismo al general Santa Anna luego de San Jacinto, “pero creía que un punto de honor estaba involucrado” y eso determinaría la política de México. Además, se habían difundido rumores sobre los Tratados de Velasco, y por ello Santa Anna temía confirmarlos reconociendo la independencia de Texas sin antes hacer un nuevo esfuerzo por someterla.⁵⁹

Upshur replicó que el honor de los pueblos radicaba en ser gobernados de acuerdo con su voluntad, y que la mejor manera que tenía el general Santa Anna de refutar rumores falsos y maliciosos era demostrar al pueblo que lo había gobernado con sabiduría. ¿Sabría lo que Santa Anna opinaba del “pueblo” mexicano? Upshur afirmó en seguida que Texas sería anexada a los Estados Unidos, o alcanzaría su independencia bajo la protección de Inglaterra, y así las cosas era mucho mejor para México que pasara a

⁵⁹ Reporte de una conversación entre Abel P. Upshur, secretario de Estado de los Estados Unidos, y Juan N. Almonte, ministro mexicano en Washington, 16 de febrero de 1844, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 578.

formar parte de su vecino a que se convirtiese en una dependencia comercial británica. Según él, en este punto Almonte se mostró totalmente de acuerdo.⁶⁰

O sea que, en efecto, en su cautiverio Santa Anna y Almonte habían discutido la cesión de Texas, y concluyeron que el único obstáculo a vencer serían las reservas de honor que pudieran surgir en México. Es interesante notar que Almonte, igual que en su momento lo hiciera Alamán, no dudaba en plegarse a la opinión estadounidense en cuanto uno de sus representantes esgrimía el argumento de que para México era imposible recuperar Texas. Luego de que tanto él como Santa Anna mostraran su disposición a cooperar con el expansionismo yanqui, el presidente Jackson puso a su servicio un buque de guerra para que viajaran a Veracruz. Partieron de Norfolk el 2 de febrero y llegaron al puerto mexicano el día 21.⁶¹

La mayoría de los historiadores han sostenido, en la que hemos llamado tesis del engaño,⁶² que Santa Anna podía prometer cualquier cosa al enemigo para salvarse sin quedar obligado a cumplir, y que gracias a tal artimaña logró tomar el pelo a los estadounidenses en repetidas ocasiones. Sus detractores, en cambio, han sostenido que el general era sincero con el extranjero y traidor con México. Ya veremos más adelante lo serias que podían ser las promesas que hacía a Washington, en particular al presidente James K. Polk en vísperas de la guerra mexicano-estadunidense.

Resulta entonces que el territorio, y las guerras empeñadas en su defensa, no pasaban de ser meros instrumentos para la elite mexicana. La actitud de Santa Anna y

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Sobarzo, *op. cit.*, p. 138-139.

⁶² *Vid.* introducción de este trabajo.

otros con respecto a Texas lo comprueba; pero también quedó muy claro en ocasiones posteriores, pues casi todos los casos de intervención extranjera en México, como en cualquier país y época, tuvieron un elemento de manipulación por parte de los políticos y los partidos para hacer triunfar sus ideales y principios. Como veremos en su momento, la guerra contra los Estados Unidos sirvió de instrumento a distintas facciones.

En realidad, la actuación del general Santa Anna y otros hombres de su época no carecía de lógica, pues, como él mismo dijo, al no existir un pueblo soberano ante el cual rendir cuentas y ser manipulable la reducida elite política consciente, que hacía las veces de pueblo, podía darse el lujo de prometer cualquier cosa a Jackson y los texanos sin mayor remordimiento o peligro que el de traicionar a una mera ficción (la aún inexistente nación moderna), y a la nación histórica (la herencia colonial), que para él no eran más que un capital moldeable y sujeto a explotación. Por eso no es extraño que la elite estuviera siempre dispuesta a perdonar y olvidar las faltas del caudillo, pues ¿quién se atrevería a condenarlo si otros políticos de alto nivel habían caído en actos y actitudes similares? El hecho de que, lejos de fusilarlo, lo llamaran una y otra vez al poder, ¿no prueba que lo entendían perfectamente?

Este continuo llamado al poder, así como la capacidad de la elite para perdonar, han sido paradojas difíciles de explicar para la historiografía mexicana. Costeloe resume y aporta ciertos elementos explicativos. Considera el primero y más evidente el hecho de que, gracias a su trayectoria política, el general fuera el hombre más célebre e influyente del país: sin importar lo dudoso de sus intervenciones en casi todos los acontecimientos políticos de relevancia, siempre se las arregló para presentarse como un patriota

auténtico, preocupado tan sólo por el bien de la nación, y por hipócrita que fuese su manera de justificarse en cada ocasión, hasta antes de la guerra con los Estados Unidos pocos periódicos se atrevieron a cuestionarlo o exhibirlo de manera abierta. Además, sus partidarios se esmeraban en la prensa por elogiar sus presuntos logros y por dar publicidad a sus victorias militares, aunque fuesen pocas y esporádicas, y los títulos de benemérito y héroe de Tampico, Veracruz y Acajete servían para mantenerlo como un adalid invencible en la imaginación popular.⁶³

Todo ello podía dar razón de su popularidad e influencia, pero, como hace notar el mismo Costeloe, todavía hay que explicar que quienes lo llamaran continuamente al poder no fuesen la masa amorfa y anónima, sino políticos hábiles e inteligentes, como Lucas Alamán o Valentín Gómez Farías. El autor presenta como posibles explicaciones, primera, el hecho de que el general fuese reconocido por su extraordinaria energía y dinamismo en el ejercicio del poder; segunda, que los políticos y partidos que lo entronizaban lo hacían siempre en la confianza de que era manipulable y, en esa medida, útil a sus propios intereses; y tercera - para Costeloe la razón más importante -, que Santa Anna tuvo siempre cuidado de asegurarse el apoyo y la lealtad de diversos grupos (como el ejército, los grandes capitalistas y ciertos sectores de la burocracia), mediante su generosidad en el reparto de puestos, premios y negocios cuando ocupaba la presidencia de la República.⁶⁴

⁶³ Michael P. Costeloe, *La República central en México, 1835-1846. "Hombres de bien" en la época de Santa Anna*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 242-243.

⁶⁴ *Ibid.*

El ministro de España en México en 1841, P. Olivier, mencionó otra razón, a la que Costeloe concede poca importancia, pero que para nosotros resulta ser la clave para explicar aquella obsesión de la elite por entronizar al caudillo. Según el diplomático, los “hombres de bien” (la clase media de tendencias conservadoras) reconocían como necesario algún grado de autocracia para alcanzar la estabilidad que el país necesitaba, por ello estuvieron dispuestos a pasar por alto las faltas de Santa Anna, a quien consideraban el único capaz de dominar al ejército para imponer el orden público. En otras palabras, a cambio del poder autocrático, Santa Anna ofrecía la promesa de estabilidad y orden y, especialmente, de contener la declinación de los valores que amenazaba con la “disolución social”.⁶⁵

Es decir, en determinados momentos, uno u otro partido veían en el general al dictador ideal, ya fuera en el sentido moderno de la expresión: un gobernante antidemocrático, o en el sentido soberano: aquel capaz de resolver el estado de emergencia mediante la imposición de alguna forma de gobierno definitiva.

La vocación dictatorial (en sentido moderno) del general Santa Anna data por lo menos de 1832, cuando derrocó por primera vez a Anastasio Bustamante.⁶⁶ Es notorio que en cada crisis política que sufría la República, sondeara la opinión pública y preparase el terreno para erigirse en dictador vitalicio aprovechando su popularidad en el ejército; él mismo declaró en alguna ocasión estar convencido de que el tipo de gobierno más

⁶⁵ En *Ibid.*, p. 244-245. Las cursivas son nuestras.

⁶⁶ Michael P. Costeloe, *op. cit.*, 2000, p. 275.

apropiado para México era “un despotismo sabio y virtuoso”,⁶⁷ pero según Costeloe, antes de 1853 en cada oportunidad que se le presentó no se atrevió a establecer la ansiada dictadura. Por el contrario, siempre expresó su fe en el sistema republicano representativo y cuando tomaba el poder no era raro que permitiera la elección de un nuevo Congreso y la promulgación de una nueva Constitución, como en 1835, 1841 y 1842.⁶⁸

Costeloe explica el enigma de la indecisión de Santa Anna afirmando que, en cada ocasión, el general sintió que el apoyo militar era insuficiente para establecer la dictadura, y necesario el de algunos grupos civiles que dominaban la vida social y económica del país. La insuficiencia del elemento castrense fue muy clara en 1834, cuando el Congreso liberal no sólo se empeñó en promover una seria reducción del ejército, sino en supeditarlo a las milicias cívicas de los estados, que constituían el brazo armado con el que las diversas regiones defendían su soberanía, es decir, su concepto plural de la nación. Ante cada intento de centralización del poder, los estados formaban coaliciones armadas en abierto desafío a las aspiraciones dictatoriales de los caudillos militares y otros intentos por destruir a la Federación.⁶⁹ La rivalidad entre las tropas regulares y las milicias cívicas estatales no era sino un reflejo de la lucha de fondo entre el unitarismo y el pluralismo,

⁶⁷ Citado por Michael P. Costeloe, *La primera República federal de México (1825-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 431.

⁶⁸ Costeloe, *op. cit.*, 2000, p. 275.

⁶⁹ Vid. Jaime Olveda, “El desacuerdo sobre el ejercicio de la soberanía, 1808-1834. La postura de Jalisco” en Cristina Gómez Álvarez, *et al.*, *Transición y cultura política. De la colonia al México independiente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 245-280.

pues un ejército poderoso al servicio del gobierno nacional, quizá dictatorial, resultaba intolerable a regiones recalcitrantemente celosas de su soberanía.

Además de esta resistencia a la dictadura, el caudillo debía enfrentar el problema de que, no obstante ser el político más célebre del país, en realidad era el más aislado: nunca había sido fiel a un partido y nadie podía decir cuáles eran sus ideales o principios políticos, si es que tenía alguno. Era claro que se trataba de un oportunista pragmático, no de un ideólogo y, como no se afiliaba a ningún partido, ninguno lo aceptaba como jefe ni confiaba en él. Sin el apoyo de los políticos, no podía esperar que se le aceptase como dictador.⁷⁰

Así, lejos de imponer una dictadura personal, en 1835 el general se apoyó en los centralistas para evitar la reforma del ejército y les permitió destruir a la Federación y establecer una República central con la promulgación de las Siete Leyes al año siguiente.

Ahora bien, visto desde la óptica de Emilio Rabasa y de Carl Schmitt, el caudillo no renunciaba al autoritarismo, pues, ante la imposibilidad de imponer una dictadura personal, recurría al abuso del poder constituyente: eso implicaba convocar congresos constituyentes que redactaran nuevas constituciones. Esta manipulación del poder constituyente de un cuerpo legislativo (es decir, de la soberanía misma) en beneficio personal se nota más claramente en 1842, cuando, luego de derrocar a Bustamante y disolver al Congreso Constituyente que acababa de redactar un proyecto constitucional - que, sin restaurar la Federación, sí devolvía a las regiones un importante grado de autonomía -, Santa Anna eligió a su capricho una Junta Legislativa encargada de redactar

⁷⁰ Costeloe, *op. cit.*, 1983, p. 432.

una nueva Carta Magna, conocida después como Bases Orgánicas de 1843, la cual depositó en el Ejecutivo un poder desmedido al entregarle el control de las decisiones del Legislativo y llevó el centralismo al extremo de hacer depender de aquel la política interna de los departamentos.⁷¹ En otras palabras, a través de la Junta constituyente de 1842, Santa Anna entregó al Ejecutivo - ejercido por él mismo -, además del ejercicio de la fuerza, la otra facultad de la soberanía: la de legislar, lo que prácticamente acababa con la división de poderes y convertía al Ejecutivo en una especie de dictador constitucional.⁷²

Que un hombre tuviera el poder suficiente para elegir a su gusto un cuerpo legislativo daba al poder constituyente un carácter peculiar – diríamos “muy mexicano” –, pues, al erigirse en “Gran Elector” de un cuerpo legislativo constituyente, el general Santa Anna se ponía en aptitud de ejercer ese poder, aunque fuese de manera indirecta.

Como veremos más adelante, esta manera de imponer la propia voluntad a través del poder constituyente devino en un método de acción política en sus manos y las de otros políticos y caudillos. Esto es de gran importancia para entender la política desarrollada por el jalapeño durante la guerra con los Estados Unidos.

⁷¹ Jorge Sayeg Helú, *El constitucionalismo social mexicano. La integración constitucional de México (1808-1986)*, prologado por Jorge Gabriel García Rojas, 2 ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Acciones y Valores de México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987, p. 312-314. *Bases Orgánicas de la República Mexicana, acordadas por la honorable Junta Legislativa establecida conforme a los decretos de 19 y 23 de diciembre de 1842, y sancionadas por el Supremo Gobierno provisional con arreglo a los mismos decretos el día 12 de junio del año de 1843*. México, Imprenta de J. M. Lara, 1843. Por los artículos 25 y 32 de esta Constitución, el Ejecutivo tenía derecho a sancionar las leyes decretadas por el Legislativo, mientras que el art. 134 le concedía el derecho de controlar la economía de los departamentos y nombrar a los gobernadores.

⁷² Rabasa, *op. cit.*, p. 35-36.

Sin embargo, Santa Anna iba a comprobar siempre que esta forma indirecta de ejercer la soberanía era esencialmente efímera,⁷³ pues bajo las Bases Orgánicas se eligió un Congreso ordinario de mayoría conservadora que, no obstante estar atado por las desmedidas facultades del Ejecutivo, terminaría por derrocar y desterrar al mismo promotor de esa Constitución. Su conflicto con este Congreso surgió cuando intentó convertir la reconquista de Texas en una causa nacional para restaurar el prestigio perdido luego de ejercer el poder de manera despótica apoyado en las mismas Bases Orgánicas. Su actitud soberbia, corrupta y autoritaria, reflejada en altos impuestos para financiar el culto a su persona y su despilfarro en lujos extravagantes lo llevó a enemistarse con los oficiales más importantes del ejército, las clases acomodadas y la burocracia. Con ello quedó más aislado en el poder, pues se enajenó el apoyo de todos los grupos de influencia.⁷⁴

El resultado fue la reacción del Congreso en su contra, que consistió en retirarle el 27 de enero de 1844 las facultades que las Bases Orgánicas concedían al Ejecutivo para legislar, lo que significó el fortalecimiento de la división de poderes, inexistente en la Constitución, y para Santa Anna una importante merma en el poder que se había reservado.⁷⁵

Para marzo, la oposición al caudillo seguía en aumento. Por fuera del Congreso, los liberales, excluidos de la política oficial, hicieron alianzas y compromisos con varios diputados con el fin de eliminar a Santa Anna de la escena, mientras que, desde Nueva

⁷³ El poder constituyente de un cuerpo legislativo termina en el momento en que proclama la nueva constitución que tenía el encargo de redactar, por lo que la soberanía, en la época moderna, es un poder transicional entre una constitución y otra, es decir, el Legislativo lo ejerce de manera efímera, Schmitt, *op. cit.*, p. 193.

⁷⁴ Costeloe, *op. cit.*, 2000, p. 282-294.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 301.

Orleáns, Valentín Gómez Farías instigaba a sus seguidores para armar una revuelta. Para colmo, Santa Anna expulsó del gobierno al general José María Tornel,⁷⁶ y militares de alto rango se mostraron inconformes con una proyectada reforma del ejército. Con semejantes faltas políticas, el caudillo se vio de pronto en serios problemas, pues el descontento en su contra crecía cada vez más. En esta situación, como señala Costeloe, es muy posible que pensara que lo que requería era un conflicto externo que distrajera la atención del interno. Esto le había servido en ocasiones anteriores (1829 y 1838) para restaurar su prestigio y autoridad; ahora, mayo de 1844, llegó a su hacienda la confirmación de que los Estados Unidos se disponían a apoderarse de Texas. De inmediato salió hacia la ciudad de México. “Ya tenía el motivo. A la reconquista de Texas apostaría una vez más su carrera”.⁷⁷ Es decir, el caudillo se proponía hacer de Texas una causa nacional para salir del aislamiento político en el que se encontraba, y que había sido siempre su problema principal para ejercer el poder de manera autocrática.

Sin embargo, parece ser que, si en un principio Santa Anna buscó provocar una guerra para recuperar autoridad y prestigio, poco después surgió un nuevo plan, cuyo objetivo era cambiar una vez más la Constitución por otra acorde con los ideales e intereses de un grupo particular. Esto puede verse en una carta que Manuel Crescencio Rejón, a la sazón ministro de Relaciones, dirigió un año después a Valentín Gómez Farías, a fin explicarle sus razones para expedir el decreto con el que suspendió las sesiones del Congreso cuando éste se negó a autorizar los recursos para la guerra contra Texas. En

⁷⁶ María del Carmen Vázquez Mantecón, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel, 1795-1853*, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México, (Historia moderna y contemporánea, 28), 2008, p. 168.

⁷⁷ Costeloe, *op. cit.*, p. 304.

dicha misiva, Rejón expresaba su disposición a trabajar con Gómez Farías “*para poner a la República en entera libertad de constituirse*” (precisemos: para poner a Rejón y sus correligionarios en entera libertad para constituir a la República) y continuaba:

Cansado de trabajar por esto en revoluciones malogradas, me propuse ver si en ésta [ocasión] conseguía, valiéndome de la amistad del Sr. Santa Anna, orillar las cosas al punto que yo deseaba, aprovechándome de la primera coyuntura favorable que se me presentase. Hallé esto en la cuestión de Tejas [sic] que, próxima a llevarse a sus extremidades [...] no podía tener otro desenlace por nuestra parte que una declaración de guerra a los Estados Unidos, la cual no podía hacerse con éxito sin satisfacer las exigencias de la Nación para poderla electrizar de una manera conveniente.⁷⁸

En otras palabras, Manuel Crescencio Rejón proponía aprovechar la declaración de guerra como una situación de emergencia con la cual pretextar la necesidad de un cambio de Constitución que restaurara la Federación (para él, como seguiremos viendo en capítulos posteriores, únicamente los principios liberales y federalistas podían “electrizar” a la nación, es decir, llevarla al triunfo sobre los Estados Unidos). Según dice, Santa Anna estuvo de acuerdo con dejar actuar a los federalistas que componían su gabinete y dispuesto a renunciar al poder político para dedicarse a las actividades militares en la proyectada conflagración.⁷⁹

⁷⁸ Manuel Crescencio Rejón a Valentín Gómez Farías, La Habana, 7 de julio de 1845, AVGF, 1225, f. 48. También puede verse en Josefina Z. Vázquez, compiladora, *Manuel Crescencio Rejón*, México, Senado de la República, LIII Legislatura, (Los Senadores), 1987, p. 85-87.

⁷⁹ *Ibid.* Fowler, *op. cit.*, p. 303-306, hace notar que para entonces Santa Anna se había distanciado de los políticos y militares incondicionales que habían formado su gobierno de 1843 a 1844: había pedido la renuncia a José María Tornel como ministro de Guerra, y en son de protesta renunciaron José María Bocanegra e Ignacio Trigueros; al parecer, en un giro difícil de explicar, había encontrado nuevos aliados en los federalistas.

Explicaba el derrocamiento de Santa Anna afirmando en la misma carta que el Legislativo, compuesto en su mayoría por centralistas, estaba enterado del plan de restaurar la Federación usando a la guerra como palanca, por lo cual rechazó firmemente las sucesivas solicitudes de recursos que le hizo el Ejecutivo para emprenderla, aun cuando éste se dedicó a promover el conflicto en su prensa y rechazó la propuesta de Lord Aberdeen de que Inglaterra y Francia garantizaran la independencia de Texas a cambio de que los texanos se negaran a anexarse a los Estados Unidos.⁸⁰

Luego de constantes ataques y amenazas entre ambos poderes, a principios de noviembre estalló en Guadalajara una rebelión dirigida por Mariano Paredes, quien exigía cuentas al gobierno por los 60 millones de pesos gastados en los dos años anteriores. Como el Congreso apoyó la exigencia de Paredes, cuando Santa Anna salió a campaña para reprimir a éste último, en la capital su sustituto, Valentín Canalizo, publicó el 2 de diciembre el decreto firmado por Rejón “suspendiendo las sesiones del Congreso, para después no volver a permitir su reunión, llamando en su lugar una Convención que, compuesta de hombres libremente elegidos por la Nación... dispusiese de la suerte futura del país como pareciese conforme a la voluntad general”.⁸¹ Se trataba una vez más del caso en el que una minoría virtuosa se disponía a imponer su voluntad - presentada como voluntad general - mediante un cuerpo legislativo en ejercicio del poder constituyente.

Sin embargo, la oposición al federalismo resultó ser muy fuerte: “Los serviles, los retrógrados [...] penetrados de estos designios que debían temer tanto más, cuanto que

⁸⁰ Pletcher, *op. cit.*, v. 1, p. 305-306.

⁸¹ Rejón a Gómez Farías, La Habana, 7 de julio de 1845, loc. cit.

eran federalistas veteranos los cuatro secretarios del despacho nombrados por el señor Santa Anna, redoblaron sus ataques combatiendo al gobierno [...]”⁸²

En efecto, la supresión del Congreso produjo el descontento general en la capital, hasta que el 6 de diciembre la guarnición se pronunció en contra del gobierno y Canalizo capituló casi de inmediato. El populacho rubricó el triunfo del Congreso descargando su odio contra el caudillo. Su estatua fue derribada y destruida, igual que otras efigies y retratos, su nombre borrado del teatro recién construido y su pierna desenterrada y arrastrada por las calles. El mismo día 6, una vez recuperado el recinto legislativo, los diputados decidieron procesar al general y a su gabinete y nombraron nuevos ministros (Pedro García Conde en Guerra, Pedro Echeverría en Hacienda, Luis G. Cuevas en Relaciones y Mariano Riva Palacio en Justicia). Al día siguiente, el general José Joaquín de Herrera fue designado presidente provisional y se ordenó aprehender a los ministros del gobierno derrocado (Ignacio Basadre, Antonio Haro, Manuel Baranda y Manuel Crescencio Rejón). Poco después, Santa Anna, Canalizo y los miembros de su gabinete fueron aprehendidos y condenados al destierro.⁸³

Queda claro entonces que es necesario olvidar la visión romántica de los mexicanos sosteniendo una lucha titánica y desesperada contra la adversidad en Texas. El territorio era una moneda de cambio en manos de políticos pragmáticos y utilitaristas que consideraban a la nación histórica como un capital moldeable y sujeto a negociación y, en esa medida, traicionable. Santa Anna no fue sino el ejemplo más evidente de ello, pues dejó testimonio de estar consciente de que la nación moderna no existía y por tanto él

⁸² *Ibid.*

⁸³ Costeloe, op. cit., 2000, p. 308-332.

podía convertirse en forjador de la misma. Que compartiera esta situación con muchos políticos de su tiempo determinó no sólo que le fueran perdonadas sus faltas, sino que además se le llamara de continuo al poder pues, para la elite política, sus peculiares dotes de carisma y liderazgo lo hacían el único capaz de resolver la lucha por la soberanía que se vivía y que amenazaba con llevar a la temida “disolución social”.

Para el caudillo, la única solución a la lucha por la soberanía era la dictadura, pero ante la imposibilidad de establecer una de tipo personal o autocrático, en 1842 recurrió a la artimaña de erigirse en el “elector” de la asamblea constituyente que dio a luz a las Bases Orgánicas, para establecer por este medio un régimen tan presidencialista que puso en sus manos gran parte del Poder Legislativo, lo que equivalió a servirse del poder constituyente para establecer una especie de dictadura sancionada constitucionalmente. Que fuera capaz de realizar tal maniobra demuestra cuán manipulables podían ser los políticos mexicanos en un momento dado, lo que a su vez hacía posible que en el país un solo hombre fuera capaz de ejercer el poder constituyente, la soberanía, la dictadura soberana, el golpismo parlamentario, aunque fuera de manera indirecta.

Sin embargo, Santa Anna tuvo también que enfrentar el hecho de que un poder así establecido no tenía por qué ser permanente, pues un Congreso ordinario podía volverse opositor del gobierno o en cualquier momento derrocarlo una revolución. Como hace notar Costeloe, Santa Anna no previó que el Legislativo formado bajo su influjo pudiera minar su autoridad, pero “los legisladores hicieron precisamente eso desde el primer día de sesiones, y, como en muchas asambleas anteriores, un número considerable manifestó

su intención de sostener el principio de la separación de poderes”.⁸⁴ En otras palabras, el Congreso no podía sino oponerse a una situación que de hecho era dictatorial.

Santa Anna habría de sacar importantes lecciones de esta experiencia; como veremos en capítulos subsiguientes, el plan de utilizar a una guerra con los Estados Unidos como palanca para restaurar la Federación no iba a ser abandonado y, a su regreso al país, con los mismos hombres que integraron su último gabinete en 1844, iba a recurrir una vez más, en medio de dicha guerra, al poder constituyente, no sólo para restaurar a la Federación, sino para que el Congreso constituyente de 1846, encargado de dicha restauración, entregara al presidente James K. Polk los territorios del norte. Esta vez el caudillo no pretendería ser el “elector” del constituyente, sino un aliado de los federalistas que iban a formarlo, no iba a aspirar a que le fuese entregado el poder soberano, sino permitiría que el Congreso lo ejerciera para que, luego de convencerlo de la necesidad de hacer la paz, tomara la decisión soberana de entregar el norte al invasor. Éstas serían las directrices de su política durante esa guerra.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 306.

Capítulo II

El gobierno de Herrera: pacifismo oficial, belicismo secreto

Manuel Crescencio Rejón no exageraba al expresar su hastío ante tantas revoluciones malogradas, que nunca alcanzaban la meta de imponer los principios liberales y federalistas de manera definitiva. Luego de que la Constitución federal de 1824 fuera derogada en 1836, para ser sustituida por una centralista (las llamadas Siete Leyes), el estado de guerra civil se había tornado casi continuo a causa de las numerosas rebeliones contra el segundo gobierno de Anastasio Bustamante, que no sólo no lograron restaurar la Federación, sino condujeron, como hemos mencionado, al centralismo recalcitrante de las Bases Orgánicas y la “dictadura constitucional” de Santa Anna. La idea de Rejón de aprovechar la proyectada guerra contra los Estados Unidos para cambiar la Constitución centralista por una federal representaba un intento de lograr, por la vía política, lo que no se lograba por la de las armas.

Esta pugna entre las facciones por imponer la Constitución se debía a que no existía un consenso acerca de cómo constituir a la nación, es decir, lo que ésta debía ser, pues en el momento en que la soberanía del rey fue desechada para sustituirla con el poder constituyente del pueblo, la nación moderna plasmada en una Constitución no era otra cosa que un proyecto para el futuro.⁸⁵ Ante la caída del soberano legítimo, fue necesario restaurar la continuidad jurídica, y ante tal necesidad, cada partido, facción o caudillo se sentía con derecho a asumir el papel de la minoría que se considera capaz

⁸⁵ Guerra, *op. cit.*, 2003, p. 319.

de interpretar la voluntad general y, por ello, con derecho a convocar a un cuerpo legislativo constituyente a través del cual presentar su Constitución como emanada de la voluntad del pueblo, tal como Rejón intentó hacer en 1844, según explicó a Gómez Farías.

Dado que el objeto de discordia era el derecho a ejercer el poder constituyente, podría decirse que la razón fundamental de la inestabilidad política del México de la primera mitad del siglo XIX fue la lucha por la soberanía. A raíz de la independencia, ésta se dio entre dos tendencias principales: federalismo y centralismo, para después derivar hacia una lucha entre republicanism y monarquismo. A su vez, cada tendencia era defendida por diversos partidos o facciones con características propias, que fueron evolucionando desde la independencia hasta el triunfo definitivo del partido liberal en 1867. En la década de 1840 el espectro de las facciones, por llamarlo de algún modo, estaba integrado por los liberales federalistas - divididos entre radicales y moderados -, los centralistas, los monarquistas y el general Santa Anna con sus incondicionales, entre los cuales, en determinados momentos, podía incluirse a los anteriores.⁸⁶

El origen de la pugna entre federalismo y centralismo puede ubicarse en el periodo colonial por la contradicción que se dio entre un desarrollo inicial autónomo de las diversas regiones y la posterior tendencia de la corona española a concentrar el poder en la ciudad de México con las reformas borbónicas de mediados del siglo XVIII. Sin embargo se hizo patente en los debates del Congreso constituyente de 1823, en el que los federalistas lograron imponerse a los centralistas con la promulgación de la

⁸⁶ El análisis de los grupos políticos está basado en las conclusiones de Costeloe, *op. cit.*, 1983 y 2000.

Constitución de 1824. Los republicanos federalistas, por lo general miembros de los estratos más bajos de las clases medias ilustradas, estaban convencidos de que un país tan grande como México, con problemas por resolver tan diversos como las regiones de que estaba formado, no podía gobernarse desde una capital central por un gobierno distante y sin recursos materiales ni burocráticos, por lo que era necesario permitir a las regiones gobernarse autónomamente, pero ligadas entre sí por un pacto federal. Al mismo tiempo, eran de ideología liberal, lo que significa que aspiraban a transformar a la sociedad tradicional de la colonia en una sociedad moderna, basada en los ideales de las grandes revoluciones de occidente (la inglesa, la estadounidense y la francesa), es decir, la libertad, la igualdad, el individualismo y la democracia. Debido a que su postura avanzada implicaba una amenaza para los valores tradicionales, sus rivales siempre se refirieron a ellos como anarquistas, demagogos, *sans-culottes* o yorkinos.⁸⁷

Por el contrario, los republicanos centralistas, miembros de las clases acomodadas y los niveles superiores de la burocracia y el ejército - por lo cual se les asignaron los mote de aristócratas, “hombres de bien” o escoceses -, estaban interesados en conservar ciertos valores y estructuras coloniales, tales como el gobierno centralizado en la ciudad de México, los privilegios de corporaciones como la Iglesia y el ejército, libertad limitada en materia de pensamiento y religión, el papel prominente de la Iglesia como guía espiritual de la nación. Deseaban que las reformas que condujeran a una sociedad moderna se aplicaran de manera gradual, sin alteraciones repentinas de la vida económica, política y social. Esta sería la postura típica del conservadurismo mexicano,

⁸⁷ *Ibid.*

la cual, no obstante el triunfo federalista en el Congreso de 1823, logró introducirse en la Constitución de 1824.⁸⁸

Esto se refleja con claridad en el contenido de esa primera Carta Magna, en la que, debido a la intensidad de los debates entre federalistas y centralistas, se intentó una verdadera alquimia al pretender conciliar posturas mutuamente excluyentes, lo cual derivó en un amasijo de principios a medias: soberanía nacional proclamada sólo en su aspecto externo al declarar la independencia de la nación respecto de cualquier otra, pero estableciendo la República por voluntad de Dios y no del pueblo. Al no contener una declaración de los derechos del hombre, éstos no se asentaron más que de manera indirecta. La libertad no aparece más que en escasas referencias y la igualdad ni siquiera es mencionada, de modo que los constituyentes de 1824 no se ocuparon de proscribir la esclavitud ni de abolir los fueros y privilegios del ejército y la Iglesia.⁸⁹ En síntesis, la lucha por la soberanía se resolvió, en un principio, en un compromiso entre federalismo y centralismo, contenido en la Constitución de 1824: una República federal a cambio de negar la soberanía popular y los ideales del liberalismo.

Este compromiso no pudo ser satisfactorio para ninguna de las partes, por lo cual fue inevitable que en los años siguientes hubiera muestras de inconformidad e intentos de inclinar la balanza hacia uno u otro bando, siempre con el objetivo de expulsar al rival de la administración pública y de toda instancia de poder. Primero, el movimiento

⁸⁸ *Ibid.*

⁸⁹ Jorge Sayeg Helú, *El constitucionalismo social mexicano. La integración constitucional de México (1808-1986)*, prologado por Jorge Gabriel García Rojas, 2 ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Acciones y Valores de México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987, v. 1, p. 239-241.

yorkino, con una impresionante agitación popular que tenía como banderas el poder del pueblo, la democracia, la igualdad y el odio contra los privilegiados, logró expulsar del país a muchos españoles, intentó echar del gobierno a los funcionarios tachados de aristócratas y postuló a Vicente Guerrero como candidato en las elecciones de 1828. Esto tuvo como reacción la alianza de un sector moderado de las clases medias con los aristócratas para derrotarlo en las elecciones y luego derrocarlo en 1830, año en que Anastasio Bustamante y Lucas Alamán formaron un gobierno abocado a eliminar del gobierno a los individuos identificados como liberales, así como a formar una gran alianza de las clases privilegiadas de todo el país para centralizar el poder y devolver a la Iglesia su lugar como fuerza política dominante, sin cambiar la Constitución.⁹⁰

A su vez, los liberales reaccionaron en 1832 derrocando a Bustamante y eliminando del gobierno a todos los aristócratas u “hombres de bien” para después, bajo el liderazgo de Valentín Gómez Farías, emprender un ambicioso programa de reforma liberal en 1833, que tendría por objetivos establecer un orden moderno basado en los ideales del liberalismo y transformar la educación, el ejército y, sobre todo, eliminar o limitar la influencia que la Iglesia ejercía en casi todos los aspectos de la vida social (espiritual, económico, político, cultural, etc.), pues representaba un estorbo para desarrollar la soñada sociedad moderna. De nueva cuenta, para ganar apoyo popular, los liberales movilizaron a las masas de pobres urbanos y la insistencia de Valentín Gómez Farías en institucionalizar el voto masculino universal, abolir todas las formas de privilegio, redistribuir la riqueza (sobre todo de la tierra) e imponer el librecambio en política

⁹⁰ Costeloe, *op. cit.*, 1983 y 2000.

comercial los convirtió en la viva imagen del populismo y el radicalismo al amenazar la posición de la elite colonial con la llamada “disolución social”.⁹¹

Este peligro provocó que los centralistas también afinaran sus posturas y objetivos. Se propusieron suprimir el liberalismo radical con una nueva Constitución que, a través de la institucionalización del voto capacitario - la restricción de los derechos de ciudadanía a aquellos individuos que gozaran de un cierto nivel de ingresos y educación - garantizara el acceso al poder exclusivamente a los “hombres de bien”. Una vez que el poder estuviese en manos de este tipo de ciudadanos sería posible centralizarlo en la ciudad de México, pues los intereses de clase superarían los problemas que planteaban las grandes distancias, la topografía y las comunicaciones para imponer políticas nacionales sobre intereses regionales distantes y diversos. Una Constitución así podía terminar con la división partidista, devolver respeto y prestigio a la Iglesia y al ejército y frenar la expansión de las ideas liberales que, a su juicio, corrompían a la juventud.⁹²

Con este programa, y con el apoyo del presidente Santa Anna, en 1835 los centralistas derrocaron al vicepresidente Gómez Farías, pusieron fin a su reforma y llevaron a cabo la acostumbrada purga de rivales en el gobierno. Esto condujo un año después a la derogación de la Constitución de 1824 y a la promulgación de la Constitución centralista conocida como las Siete Leyes que, a su vez, provocó un estado de guerra civil continuo por los numerosos pronunciamientos y rebeliones que intentaron restablecer el federalismo y no lograron, como hemos comentado, más que acentuar el

⁹¹ *Ibid.*

⁹² *Ibid.*

centralismo con la Constitución de 1843 hasta el velado intento federalista de Manuel Crescencio Rejón en 1844.

La política mexicana devino en una pugna entre federalismo y centralismo, en la que ninguna de las facciones lograba eliminar a la otra e imponer su proyecto de nación de manera definitiva. Esto se debía, en parte, a que si bien incluía rebeliones y guerras civiles, la lucha política en la cúpula no era cruenta: en cada crisis los líderes de las facciones rivales se eliminaban de los puestos de poder, pero no físicamente, es decir, los vencedores, salvo contadas excepciones, no mandaban al patíbulo a los vencidos, lo que permitía que éstos siempre volvieran al juego en busca de otra oportunidad.⁹³

Lo incruento de la lucha en la cúpula se debía, a su vez, a que si bien las facciones tenían características y objetivos distintivos, no contaban con programas políticos que permitieran hablar de verdaderos partidos y diesen a la lucha un carácter frontal y la polarizaran. Prueba de esto fue el papel jugado por los liberales moderados, quienes fueron una fracción de las clases medias ilustradas que tendían a imponer moderación a la lucha, aliándose lo mismo con los radicales que con los aristócratas cada vez que unos u otros pretendían llevar su política a límites extremos. Así, en 1828-1830, ante el amenazante carácter popular del movimiento yorkino, se aliaron a los aristócratas para derrocar a Vicente Guerrero en defensa del orden y la propiedad. Después, cuando Bustamante y Alamán pretendieron centralizar el gobierno, reservarlo para las clases acomodadas y la Iglesia y perseguir a los liberales, se unieron a los radicales en defensa del federalismo y de ideales como los derechos individuales, la libertad de prensa y la

⁹³ *Ibid.*

reducción del poder de la Iglesia. Luego, en 1835, ante la reforma radical y las amenazas de Gómez Farías de imponer la democracia universal y hacer una redistribución de la riqueza, volvieron a unirse a los aristócratas, esta vez para apoyar la promulgación de una Constitución centralista. A partir de entonces, ante la evidencia de que el centralismo no era la panacea que resolvería los problemas económicos y sociales, volvieron a unirse a los radicales para luchar por el restablecimiento del federalismo, pero, por su aversión a la violencia y el extremismo, mientras los radicales empuñaban las armas en numerosos pronunciamientos y rebeliones, ellos, liderados por Manuel Gómez Pedraza y Juan Rodríguez Puebla, lucharon mediante la prensa y maniobras políticas en el segundo gobierno de Anastasio Bustamante, en lo que llamaron “revolución filosófica”, para distinguir su lucha pacífica de la violenta de los radicales. Este enfoque distinto de la lucha separó para siempre al liberalismo radical del moderado y originó una enemistad personal entre los dos Gómez: Farías y Pedraza.

El comportamiento pendular y acomodaticio de los moderados se debía a que estaban en el centro del espectro político, al compartir a la vez con los radicales la vocación federalista y los ideales del liberalismo, y con los centralistas intereses concretos como la salvaguarda del orden y la propiedad, la aplicación gradual de las reformas así como la exclusión de las masas empobrecidas de la vida pública mediante el voto capacitario. Esto hizo que los radicales también se refirieran a ellos como aristócratas, “hombres de bien” y escoceses, pues era claro que, no obstante profesar el liberalismo, no podían confiar en ellos ni considerarlos como verdaderos correligionarios.

Este era el panorama faccional o partidista en 1844, en el momento en que Santa Anna fue derrocado y fracasó el plan rejoniano de restaurar el federalismo. Sin embargo, dicho fracaso estaba lejos de representar el fin de la lucha por ejercer el poder constituyente. En cuanto José Joaquín de Herrera asumió la presidencia interina el 6 de diciembre de 1844, las facciones trataron de presionarlo para que se afiliara a sus respectivos programas, aunque el hecho de que el general fuera un distinguido moderado zanjó la cuestión pues adoptó una postura típica de su partido. Desde sus primeros discursos, para escándalo y disgusto de los radicales, puso en claro que se proponía mantener en vigor las Bases Orgánicas hasta que pudiera realizarse un proceso de consulta en todos los departamentos acerca de una futura reforma constitucional. No ocultó su preferencia por el federalismo, lo que demostró dando pasos hacia la descentralización tributaria y con una reforma del ejército que arrebató a los comandantes generales influencia sobre los gobiernos estatales, pero con la postura de que las reformas “prudentes y graduales” que se proponía desarrollar debían hacerse dentro del marco legal existente.⁹⁴

Tal actitud por parte de Herrera era lógica, ya que, como hemos visto, los moderados eran partidarios de la reforma gradual y el voto capacitario, y si éste se hallaba sancionado por las Bases Orgánicas, el presidente no tenía ninguna prisa por cambiar la Constitución. Esto le enajenó por completo el apoyo de los radicales, a la vez que su programa de descentralización financiera y reforma del ejército el de los centralistas. No había manera de conciliar los diferentes objetivos de cada facción, de modo que la

⁹⁴ Costeloe, *op. cit.*, 2000, p. 333-340.

lucha política hubo de proseguir, y aunque el problema de fondo era definir las características del Estado nacional, el pretexto utilizado esta vez por la oposición radical para atacar al gobierno e intentar destruirlo sería la política adoptada por Herrera respecto del problema de Texas.

La intriga británica

Conforme pasa el tiempo, es cada vez más claro que la cuestión texana fue un asunto que estuvo lejos de ser exclusivo de México y los Estados Unidos. Debido al notorio expansionismo del segundo, Inglaterra y Francia se interesaron en contenerlo para conservar el equilibrio del poder en el mundo occidental y por ello, desde 1839, el gobierno británico recomendó al presidente Anastasio Bustamante reconocer la independencia de Texas para establecer una barrera territorial entre México y su ambicioso vecino. Pletcher incluso afirma que a la mayoría de los estadounidenses no les interesaba la anexión de Texas y que, en general, su opinión pública veía con simpatía al vecino del sur; pero en 1843 un rabioso expansionista llamado Duff Green, quien era un agente diplomático estadounidense en Londres, esparció el rumor de que los británicos se proponían obligar a México a reconocer la independencia de Texas para quedar en libertad de invadirla, y desde allí penetrar en el sur de los Estados Unidos para liberar a los esclavos, asegurar el monopolio del comercio internacional y bloquear el expansionismo estadounidense. No obstante lo exagerado del rumor, El presidente John Tyler, ansioso por ganar prestigio entre los demócratas tras romper

con los whigs en el momento de asumir la presidencia, concedió una importancia exagerada al rumor con el fin de justificar la futura anexión de Texas.⁹⁵

La prensa demócrata estadounidense reaccionó ante el rumor apoyando la anexión de Texas y el Congreso se mostró dispuesto a considerarla, por lo que el gobierno mexicano, a través de su representante en Washington, advirtió el 23 de agosto de 1843 que México vería como una declaración de guerra la aprobación de medida semejante.⁹⁶

El ministro británico de Asuntos Extranjeros, Lord Aberdeen, aseguró a Tyler la inexistencia de la intriga, pero éste hizo caso omiso y se dispuso a presentar al Congreso un tratado de anexión de Texas, el cual fue rechazado el año siguiente debido a la divergencia de intereses entre las distintas regiones de los Estados Unidos y, sobre todo, a que establecía al río Bravo como frontera con México, cuando ésta siempre había sido el Nueces. Por su parte, los whigs denunciaron que la intriga británica era ficticia y que una frontera en el Bravo provocaría la guerra.⁹⁷

Al mismo tiempo, entre Inglaterra y Francia se estaba desatando una animosidad bélica debida la inquietud británica ante el fortalecimiento de la armada francesa, por lo que a Aberdeen se le ocurrió reforzar la *entente cordiale* y evitar la guerra, involucrando a Francia en la defensa de la independencia texana. Tenía un motivo más para empeñarse en esta causa: estaba seguro de que una guerra entre

⁹⁵ Los detalles sobre la intriga británica pueden verse en Pletcher, *op. cit.*, v. 1, caps. 4-6 y en Frederick Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849*, Buenos Aires, Paidós, 1966, cap. 2.

⁹⁶ *Ibid.*

⁹⁷ *Ibid.*

México y los Estados Unidos por la posesión de Texas daría a los segundos el derecho de invadir California de inmediato, lo que a fin de cuentas redundaría en beneficio del expansionismo estadounidense.⁹⁸ En Londres intentó hacer ver al representante mexicano, Tomás Murphy, que la reconquista de Texas que Santa Anna se proponía realizar era errónea, pues ponía en riesgo a California, y mediante sus agentes en Texas, trató de influenciar al presidente Anson Jones en contra de la anexión.⁹⁹

Murphy respondió que México tenía los recursos necesarios para enfrentar a los Estados Unidos, pero que, de acceder a reconocer la independencia de Texas, sólo lo haría en caso de contar con la garantía de que Inglaterra y Francia impedirían a los texanos anexarse y defenderían a México de cualquier ataque estadounidense.¹⁰⁰ Debido a la intensa anglofobia de la prensa francesa, que acusaba al ministro de Negocios Extranjeros, François Guizot, de ser demasiado blando ante la presencia británica en Marruecos y Tahití, Aberdeen nunca pudo dar tal garantía, y tampoco se atrevió a comprometer a Gran Bretaña en una guerra con los Estados Unidos sin el apoyo francés.¹⁰¹

En los Estados Unidos, los recelos hacia Gran Bretaña crecían día a día, y en diciembre de 1844 el presidente Tyler tomó la reciente elección del demócrata y anexionista James K. Polk como prueba de que el pueblo estaba a favor de la anexión de Texas y exhortó al Congreso a reconsiderarla. El 25 de enero de 1845 la Cámara de

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ Carlos Bosch García *Documentos de la Relación de México con los Estados Unidos. De las reclamaciones, la guerra y la paz*, México, UNAM, 1985, v. 4, p. 406-407.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 408.

¹⁰¹ Pletcher, *op. cit.*, v. 1, cap. 7. Merk, *op. cit.*, cap. 2.

Representantes aprobó la anexión de Texas y pasó el dictamen al Senado. Esto favoreció la política de Aberdeen, pues el presidente Herrera se mostró dispuesto a reconocer la independencia de Texas y el presidente Jones a firmar un tratado en ese sentido antes de que los partidarios texanos de la anexión la proclamaran. Un agente británico, Charles Elliot, llegó en abril a la ciudad de México con un proyecto de tratado y Herrera anunció oficialmente esta política.¹⁰²

El panorama se complicó todavía más cuando Valentín Gómez Farías, recién llegado de su último destierro en los Estados Unidos, totalmente seguro de que los rumores sobre la intriga británica antiesclavista eran ciertos, convenció a sus partidarios, los liberales radicales, de que Herrera y su ministro de Relaciones Exteriores, Luis G. Cuevas, servían a dicha intriga, y por tanto la política del reconocimiento tenía el propósito no sólo de facilitar su ocupación de Texas por los británicos, sino también el de realizar el proyecto monárquico de José María Gutiérrez Estrada.¹⁰³ Desde entonces, los radicales se convencieron de que con los moderados en el poder - los “falsos e hipócritas liberales”-, jamás podrían constituir a la nación conforme a los principios liberales que, según ellos, el pueblo añoraba, y vieron en la reconquista de Texas no sólo una manera de reivindicar el honor nacional, sino sobre

¹⁰² Pletcher, *op. cit.*, v. 1, p. 349.

¹⁰³ Borrador autógrafa de Valentín Gómez Farías, s/l, s/f, AVGF, 5181. Gómez Farías a Manuel González Cosío, México, 26 de abril de 1845, AVGF, 5210. José María Gutiérrez Estrada sostuvo, en una carta dirigida al presidente Anastasio Bustamante, publicada el 25 de agosto de 1840, que el republicanismo federal no era aplicable a México, pues éste venía de un tronco histórico distinto al de Estados Unidos. Desde su origen, el pueblo mexicano no había conocido otro sistema que el monárquico, por lo cual, éste era el que le convenía. Además, sostuvo, sólo la monarquía podía salvar a la nacionalidad mexicana de la intervención ideológica y territorial de Estados Unidos, el que, vaticinó, algún día terminaría por izar su bandera en Palacio Nacional, *vid.* Edmundo O’Gorman, *La supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Fundación Cultural de Condumex, S. A, Centro de Estudios de Historia de México, 1969, p. 28-29.

todo, proteger el republicanismo: “Se dice que corremos mucho riesgo si la anexión se verifica, y en esto no hay duda; pero menos la hay, en que lo corremos mayor si los ingleses se quedan con Texas, porque entonces es indudable que pone el pie en nuestro suelo la monarquía extranjera” .¹⁰⁴

Esto resultaba absurdo, pues al gobierno británico le interesaba mantener a Texas independiente para reforzar la *entente cordiale* y evitar una guerra que pusiera a California en manos de los Estados Unidos. Era absurdo que el gobierno de Herrera estuviera comprometido con los británicos para imponer un príncipe extranjero en México y esto se iba a comprobar después con la oposición de los moderados a la conspiración monárquica organizada por Lucas Alamán. Sin embargo, Gómez Farías, se mostraba convencido del peligro y es difícil saber si tal candidez – puesto que la intriga, de por sí bastante inverisímil, había sido denunciada por el partido antianexionista estadounidense – era genuina o sólo constituía un pretexto para revolucionar.

Frustrar la hipotética y temida conquista británica de Texas se convirtió en asunto de “vida o muerte” para los radicales, de modo que acusaron de traición al gobierno de Herrera e hicieron lo mismo que había hecho Manuel Crescencio Rejón el año anterior: hermanaron su propuesta de restablecer el federalismo con la reconquista de ese territorio: “Federación y guerra a Texas, es el grito del pueblo”.¹⁰⁵ Era, para entenderlo mejor, el grito de quienes, adjudicándose la voluntad popular, pretendían imponer a cualquier costo su propia concepción del Estado.

¹⁰⁴ Valentín Gómez Farías a Bernardo González Angulo, México, 2 de mayo de 1845, AVGF, 5209.

¹⁰⁵ Citado por Costeloe, *op. cit.*, 2000, p. 342.

Los periódicos radicales comenzaron a clamar por la guerra contra Texas y, de ser necesario, contra los Estados Unidos, al tiempo que Gómez Farías reforzaba la alianza que se venía dando con los santanistas desde el inicio del gobierno de Herrera al entrar en contacto con Rejón, quien le indicó que podía contar, para la organización de un levantamiento, con el apoyo económico de santanistas como Valentín Canalizo. También trabajó para convencer al ejército de las supuestas intenciones traidoras de Herrera y el 7 de junio estaba lista una rebelión militar contra el gobierno. Ese día, Gómez Farías redactó el obligado plan político con el cual justificar la nueva revolución. Acusaba al gobierno de pasividad ante la ambición extranjera, declaraba que la simple adopción de los principios liberales y federalistas convertiría a México en una potencia, por lo que el objetivo del levantamiento era convocar a un Congreso extraordinario (constituyente) que reformara la Constitución de 1824 y la reinstaurara.¹⁰⁶

Gómez Farías se presentaba una vez más como el hombre capaz de interpretar la voluntad general y con ello determinar que ésta era ir a la guerra y restablecer el federalismo. Igual que había hecho Rejón, utilizaba a la defensa de la integridad territorial como un pretexto legítimo para rebelarse y llegar a la verdadera meta: una Constitución liberal-federalista.

La rebelión del 7 de junio terminó en fracaso, lo que pareció reforzar la política de Herrera de renunciar a Texas; según reportó William S. Parrot, agente confidencial en México del presidente Polk, el Congreso no estaba dispuesto a escuchar los clamores

¹⁰⁶ Borrador autógrafo de Gómez Farías, 7 de junio de 1845, AVGF, 5205.

de guerra de la prensa radical.¹⁰⁷ Sin embargo, al mes siguiente la situación dio un giro. Elliot regresó a Texas el 3 de junio con un tratado de paz, el presidente Jones anunció la postura conciliadora de México, pero para entonces los agentes del gobierno de Tyler ya habían trabajado el terreno para que se señalara de pro-británico a quien se opusiera a la anexión, lo cual obligó a Jones a ordenar que la legislatura se pronunciara sobre el problema el 16 y a convocar para el 4 de julio una convención constituyente, especialmente elegida, que votó por la anexión a los Estados Unidos.¹⁰⁸ El general Herrera se abstuvo de declarar la guerra por miedo a que los radicales de los departamentos la aprovecharan para levantarse en armas y de que los estadounidenses invadieran California. Haciendo a un lado la anterior advertencia de que la anexión implicaría la guerra, se conformó con declarar que tal estado existiría sólo cuando la anexión se consumara plenamente, o si las tropas estadounidenses cruzaban el río Sabina, y con solicitar al Congreso autorización para contratar un préstamo de guerra de 15 millones de pesos.¹⁰⁹

En adelante, según reportaron los agentes estadounidenses en México, la postura del presidente Herrera fue pacifista y conciliadora, lo que pareció confirmarse cuando, luego de ser electo presidente constitucional a mediados de agosto, y nombrar nuevo

¹⁰⁷ Carlos Bosch García, *Material para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos, 1820-1848)*, México, UNAM, 1957, p. 509.

¹⁰⁸ Merk, *op. cit.*, p. 42-45.

¹⁰⁹ Pletcher, *op. cit.*, v. 1, p. 367.

gabinete, escogió para Relaciones Exteriores a Manuel de la Peña y Peña, cuya posición ante el país del norte era conciliatoria.¹¹⁰

Tal pacifismo era sólo apariencia, pues lo que Herrera y De la Peña tenían en mente era obtener a toda costa el auxilio británico. Por medio de Murphy comunicaron a Lord Aberdeen que se disponían a entrar en guerra con los Estados Unidos y por ello solicitaban el apoyo de la armada británica para defender la costa californiana durante las hostilidades.¹¹¹ Como Aberdeen no deseaba comprometer a su país en una guerra por Texas, respondió al ministro mexicano que brindaría el apoyo solicitado únicamente en el caso de que, primero, se llevara a efecto un antiguo proyecto de colonización británica en California, con lo cual Gran Bretaña tendría un justificante para impedir a los estadounidenses invadir ese territorio, y segundo, que Francia secundara este plan.¹¹² La aceptación del gobierno de Herrera significa el ofrecimiento a los europeos de un protectorado sobre California, lo cual ya no nos resulta extraño, pues, como venimos diciendo, los gobiernos mexicanos siempre estuvieron dispuestos a utilizar el territorio como moneda de negociación con el extranjero en momentos de crisis; lo que sí hay que resaltar es que este nuevo ofrecimiento habría de tener consecuencias, ya que, como veremos en el capítulo siguiente, al abrir la puerta de

¹¹⁰ Santoni, *op. cit.*, p. 57.

¹¹¹ Murphy a su gobierno, Londres, 1 de octubre de 1845, Bosch, *op. cit.*, 1985, v.4, p. 590.

¹¹² En 1837-1839, el ministro mexicano en Londres y los acreedores ingleses llegaron a un acuerdo luego de que los títulos mexicanos habían vencido. En virtud de dicho acuerdo, los acreedores recibieron una oferta de tierras desocupadas en varias provincias mexicanas, incluidas las Californias, en lugar del monto del capital diferido. Los acreedores no habían hecho uso de la oferta pero esta fue suficiente para que Duff Green esparciera el rumor de que la garantía del préstamo eran las Californias y que éstas podía ser cedidas a Gran Bretaña en caso de reclamo. La prensa expansionista estadounidense de la década de 1840 armó un verdadero escándalo con estas verdades a medias, Merk, *op. cit.*, p. 105.

California a los europeos iba a terminar uniendo a Polk con los radicales mexicanos en defensa de la doctrina Monroe.

Sin conocer los planes de Herrera, los radicales seguían impulsando su programa de guerra y federalismo. Más o menos a principios de agosto, Gómez Farías debió de recibir la carta de Manuel Crescencio Rejón que hemos comentado en el capítulo anterior, en la que éste le confesaba que uno de los propósitos que tuvo el gobierno de Santa Anna para convocar a la guerra contra Texas y los Estados Unidos había sido el cambio de Constitución. En la segunda parte de dicha carta, Rejón decía que, sabiendo “que la marcha que lleva V. [usted] según la dirección de sus periódicos, va a dar al mismo punto a que se encaminaba la mía me atrevo a ofrecerle mis servicios, para ayudarle desde aquí en lo que crea que puedo ser útil”. Agregaba que el general Santa Anna también estaba dispuesto a trabajar en el logro de esos “nobles designios”, sin ninguna ambición de volver al mando de la República y sin más condición o recompensa que el que se le dejara retirarse al “rincón que eligió hace tiempo para descansar en su vejez”.¹¹³

Según Rejón, el general Santa Anna había cobrado consciencia de que sus verdaderos enemigos, y de la República, eran los moderados, por lo cual convenía aliarse con él para derrocar al gobierno y salvar a la patria, tanto de la absorción estadounidense como de la política anglofrancesa, que se oponía a la reconquista de Texas. No contamos con la respuesta del líder radical, pero ya veremos que, luego de varios meses de pensarlo - en los que seguramente tuvo que forjar un acto de fe a fin convencerse de que Santa Anna de verdad se había propuesto provocar la guerra para restaurar el federalismo (no hay que olvidar que los

¹¹³ Rejón a Gómez Farías, La Habana, 7 de Julio de 1845, loc. cit.

radicales participaron en su derrocamiento) -, y en vista de la uniformidad de inquietudes y metas con Rejón, decidió aliarse con el jalapeño para hacer triunfar su causa.

También ignorante de que el presidente Herrera velaba armas y estaba a punto de involucrar a las monarquías europeas en la guerra, el presidente Polk se ocupaba, como uno de los primeros actos de su gobierno, de consumir y asegurar la anexión de Texas. En primer lugar, reconoció la supuesta obligación estadounidense de defender el río Bravo como frontera sur-occidental de ese territorio, aun cuando dicha frontera había sido siempre el río Nueces y los texanos comenzaron a reclamar el Bravo apenas pocos meses antes de la anexión. Esto ahondó el alejamiento entre México y los Estados Unidos, pues convirtió al territorio entre ambos ríos en un serio motivo de disputa. A mediados de junio de 1845, Polk ordenó al general Zachary Taylor penetrar en Texas con 3000 hombres para repeler cualquier “invasión” mexicana y al mes siguiente acercarse al Bravo. Aunque esto parecía una medida provocadora, lo que ha llevado a pensar que el presidente había llegado al poder con el premeditado propósito de emprender la guerra, como sabemos en realidad estaba seguro que ésta no iba a estallar, no sólo porque no creía a los mexicanos con los arrestos para aceptar el desafío, sino también porque no esperaba que cometieran el error de cruzar el Bravo y con ello poner en sus manos el derecho de invadir California.¹¹⁴ No le faltaba razón, pues hemos visto que Herrera se había guardado bien de cometer semejante error y en esos momentos buscaba la manera de asegurar a California antes de cruzar el Bravo.

Aunque Polk estaba a la expectativa de cualquier agresión mexicana para tomarla como pretexto para invadir California,¹¹⁵ su certeza de que los mexicanos no le darían tal

¹¹⁴ Pletcher, *op. cit.*, V. 1, p. 454.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 462, 499-500.

oportunidad¹¹⁶ se confirmó al recibir nuevos reportes de Parrot, quien afirmaba que éstos estaban dispuestos a negociar y recibir un representante estadounidense. Polk creía que podía obtener el territorio deseado por medios pacíficos, de modo que para hacerse cargo de tal misión y negociar nuevos límites fronterizos, que incluyeran la venta a los Estados Unidos de California y Nuevo México, pensó en John Slidell, un político de Louisiana. Consideraba que la línea divisoria debía estar en el río Bravo, desde su desembocadura hasta El Paso, y de allí hacia el oeste hasta el océano Pacífico. Por el territorio que esto implicaba, concluía que el monto de la remuneración pecuniaria que habría de pagarse era lo de menos, aunque suponía que podía obtenerse por unos quince o veinte millones de dólares, incluso “estaba listo a pagar hasta cuarenta millones”.¹¹⁷

Esta era la situación en torno a California cuando un nuevo acontecimiento vino a despertar el monroísmo del presidente Polk. En Francia, la oposición seguía denunciando como servilismo la disposición de Guizot a cooperar con Gran Bretaña en el sostenimiento de la independencia de Texas. El ministro francés negó tal cooperación y declaró que Texas, como estado soberano, tenía derecho a renunciar a su independencia, sin embargo, si hubiera preferido ser independiente, Francia se habría congratulado de tal decisión, y aclaró que el interés de esta potencia en América era

Que los estados independientes sigan siendo independientes, que prevalezca el equilibrio de fuerzas entre las grandes masas que dividen a América; que ninguna de ellas llegue a predominar sobre las otras. En América, como en Europa, necesitamos la independencia y el equilibrio de los diversos estados, debido a nuestros intereses políticos y comerciales. Esta es la idea esencial que debe determinar la política de Francia en América [...] no está llamada a comprometerse en lo tocante a las

¹¹⁶ Buchanan a Larkin, 17 de octubre de 1845, en Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice B, doc. 2, p. 18.

¹¹⁷ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 12-13.

dificultades futuras; pero le corresponde proteger, bajo la autoridad de su nombre, la independencia de los estados y la conservación del equilibrio de las grandes potencias políticas de América.¹¹⁸

Las frases “equilibrio de fuerzas”, “equilibrio de los estados”, “equilibrio de las grandes potencias” traían a la mente la doctrina conocida como equilibrio de poderes que, desde la Paz de Westfalia (1648), fue utilizada como justificante de alianzas y guerras entre las potencias europeas para impedir que alguna de ellas pudiera ejercer cualquier tipo de hegemonía sobre las otras.¹¹⁹ Esto tenía que sonar en los oídos de Polk y de la prensa expansionista como una advertencia de que Europa pretendía llevar dicha doctrina a América para limitar el expansionismo estadounidense. Por su parte, los diarios Whigs publicaron el discurso íntegro e hicieron notar que no incluía la frase “equilibrio de poderes en América”, pero los demócratas asentaron que todo intento de imponer la doctrina del equilibrio sería combatido con las armas. El temor se hacía más acuciante cuando se recordaba que, en la década pasada, se habían dado declaraciones en el Parlamento y la prensa ingleses en el sentido de que Gran Bretaña tenía el deber de preservar el *equilibrio* americano tanto como el europeo. Ante el peligro de intervención europea, según los diarios estadounidenses, no quedaba más que reafirmar la doctrina Monroe y alentar la anexión pacífica de los países hispanoamericanos.¹²⁰

La reacción de Polk ante el equilibrismo europeo fue romper negociaciones sobre la cuestión de Oregón con el ministro británico en Washington, Richard Pakenham, y

¹¹⁸ Citado por Pletcher, *op. cit.*, p. 474. La presión de la prensa francesa sobre Guizot, que lo orilló a dar esta declaración, puede verse en detalle en Merk, *op. cit.*, p. 48-55.

¹¹⁹ Jacques Pirenne, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, 13 ed., México, Cumbre, 1978, v. 3, cap. 6.

¹²⁰ Merk, *op. cit.*, p. 57-63.

retomar el monroísmo con que llegó a la Casa Blanca y se había abstenido de exhibir en su discurso de toma de posesión.¹²¹ Por si fuera poco, comenzaron a recibirse informes acerca de un pertrechamiento naval generalizado en Inglaterra. Al parecer, no tenía manera de saber que el armamentismo británico se debía a que se estaba incubando una nueva guerra franco-británica y, para evitarla, Aberdeen y Guizot se empeñaban en reforzar la *entente* mediante su política de preservar la independencia texana y, con ella, el equilibrio en América. Su embajador en Londres creía, en cambio, que los preparativos bélicos iban dirigidos a una posible guerra por Oregón con los Estados Unidos, o a sostener a la dinastía de los Orleáns en Francia. En Washington, Pakenham, quien por tacto diplomático jamás habría confesado que el enemigo más inmediato de Inglaterra era Francia, sólo pudo asegurar que aquella amenaza no se dirigía contra los Estados Unidos.¹²²

En adelante, la inquietud de Polk ante los rumores sobre el interés de los ingleses por California no se iba a deber tan sólo a la posibilidad de perderla a manos de un rival, sino a que Inglaterra, una vez situada en el continente, con California como nueva colonia, pudiera tomar parte en los asuntos americanos e introducir su sistema político-ideológico. Gómez Farías no era el único que veía al mundo occidental dividido en dos bloques ideológicos - una América republicana y una Europa monárquica - y abominaba cualquier influencia europea. La paranoia de Polk respecto a las intenciones de Gran Bretaña había sido estimulada desde meses atrás por el cónsul estadounidense en California, Thomas O. Larkin, quien, basado en rumores, había informado que Santa Anna había vendido ese

¹²¹ Pletcher, *op. cit.*, v. 1, p. 480-481.

¹²² *Ibid.*, p. 521, Bosch, *op. cit.*, 1985, v. 4, p. 629-630.

territorio a los ingleses y que la expedición mexicana que se preparaba en Acapulco para ir a defenderlo iba a ser financiada por la compañía británica del Hudson. Por ello, en octubre, Polk reiteró a Taylor la orden de acercarse al Bravo, y mandó a Larkin instrucciones de indisponer a los californios (quienes recientemente habían derrocado a las autoridades locales y renegaban de la soberanía mexicana) en contra del monarquismo europeo, ofrecerles apoyo en el caso de que optaran por la independencia, asegurarles que los Estados Unidos no permitiría ningún tipo de penetración británica y convencerlos de la conveniencia de una futura anexión a los Estados Unidos.¹²³

Al mismo tiempo que Polk se acercaba al Bravo y ponía en marcha en California casi la misma estrategia de anexión que se había aplicado en Texas (apoyar la independencia del territorio, estrechar sus lazos con los Estados Unidos y promover la anexión), en la ciudad de México el cónsul estadounidense John Black preguntó verbalmente a De la Peña si, en efecto, el gobierno estaba dispuesto a recibir un agente de los Estados Unidos “investido de todos los poderes (es decir, un plenipotenciario) para ajustar todas las cuestiones en disputa entre los dos gobiernos”, a lo que el ministro mexicano respondió días después confirmando su disposición a recibir “al comisionado que de los Estados Unidos venga a esta capital con plenos poderes (un plenipotenciario) de su gobierno para arreglar la contienda presente”.¹²⁴

Es necesario aclarar que, si bien ambas partes acordaron que ese enviado iba a ser un plenipotenciario, el gobierno de Polk hablaba de todas las cuestiones en disputa, mientras que

¹²³ Buchanan a Larkin, 17 de octubre de 1845, en Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice B, doc. 2, p. 18.

¹²⁴ Manuel de la Peña y Peña a John Black, México, 15 de octubre de 1845, en Polk, *op. cit.*, v.2, apéndice D, doc.3, p. 51.

De la Peña usaba el singular al referirse a “la contienda presente”. El ministro mexicano no aclaró su uso del singular, y más tarde, por las razones que veremos, iba a utilizar esta discrepancia para evadir el compromiso que acababa de adquirir.

En Washington, Polk se entrevistó con el recién llegado Parrot, quien lo convenció de que Herrera estaba ansioso de negociar los problemas pendientes, incluso el de los límites fronterizos, y envió a John Slidell su nombramiento e instrucciones. Los principales objetivos que éste habría de perseguir en su misión eran, en primer lugar, contrarrestar la influencia de las potencias europeas sobre México, dejar establecido que la anexión de Texas era definitiva, con el Bravo como línea divisoria, y declarar que la deuda de México por reclamaciones (3,336,837 dólares) podía ser condonada si se aceptaba vender a los Estados Unidos los territorios de California y Nuevo México por 30 millones de dólares.¹²⁵

Entre tanto, Herrera seguía desarrollando su doble política: la secreta, consistente en lograr el protectorado británico sobre California, y la oficial, de corte pacifista y conciliatorio. Respecto de la primera, Murphy reportaba desde Londres que Aberdeen trabajaba en resucitar el plan de colonización que haría cuajar el protectorado, lo que le permitiría incluso prescindir de la participación francesa al darle el derecho de intervenir en defensa de intereses británicos evitando todo conflicto con los Estados Unidos.¹²⁶ Sobre la segunda, y mientras la primera se concretaba, Herrera daba falsas muestras de mansedumbre y timidez declarando que la Hacienda y el ejército estaban poco menos que en ruinas y que se había fracasado en reunir el préstamo de 15 millones de pesos.¹²⁷

¹²⁵ James Buchanan a John Slidell, 10 de noviembre de 1845, en Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice D, doc. 7.

¹²⁶ Murphy a su gobierno, Londres, 1 de noviembre de 1845, en Bosch, 1985, v. 4, p. 604-609.

¹²⁷ Manuel de la Peña y Peña, *Comunicación circular que el Exmo. Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, estendió en el año 1845 como Ministro de Relaciones, para dirigirse a los gobiernos y asambleas departamentales, sobre la cuestión de paz o guerra, según el estado que guardaban en aquella época*, Querétaro, J. M. Lara, 1848, p. 42.

Por otro lado, y por otros motivos, Gómez Farías y los santanistas no dejaban de intrigar a favor de la guerra. En la correspondencia del líder radical luego de su fracasado golpe, hay numerosas comunicaciones a sus colaboradores en el sentido de que los elementos de la revolución subsistían y muy pronto volverían a combinarse.¹²⁸ Gómez Farías tampoco dejó de trabajar para volver a ganar el apoyo del ejército; en octubre, se puso en contacto con Mariano Paredes y Arrillaga, comandante del principal cuerpo de ejército que se encontraba acantonado en San Luis Potosí, quien se mostraba reacio a obedecer las órdenes del gobierno de marchar a la frontera, para invitarlo a conferenciar sobre los supuestos desaciertos del gobierno y evitar “la ruina total y próxima de nuestra patria”. Decía estar dispuesto a sacrificarse por la independencia del país, la integridad de su territorio y porque se diera a los ciudadanos “una constitución conforme a la voluntad nacional”.¹²⁹

Gómez Farías no tardó en quedar decepcionado, pues Paredes rechazó su invitación a conferenciar por ser partidario de conservar las Bases Orgánicas.¹³⁰ Tampoco tardó en entender el porqué de este rechazo, pues se enteró vagamente de que Alamán, Paredes y el clero fraguaban una intervención europea para proclamar una monarquía.¹³¹ Esta noticia pareció entusiasmarlo aún más por la guerra con los Estados Unidos, pues pensaba que el pueblo mexicano, imbuido de liberalismo, era invencible:

¹²⁸ Gómez Farías a Valentín Canalizo, México, 22 de septiembre de 1845, AVGF, 1263, Basadre a Gómez Farías, Veracruz, 27 de septiembre de 1845, AVGF, 1267.

¹²⁹ Gómez Farías a Paredes, México, octubre, s/d, 1845, AVGF, 1297.

¹³⁰ Paredes a Gómez Farías, San Luis Potosí, octubre, s/d, 1845, AVGF, 1285.

¹³¹ Gómez Farías a Manuel González Cosío, México, 25 de octubre de 1845, AVGF, 1291.

Armados los pueblos se opondrían vigorosamente a los que quieren darnos un rey y repelerían al que viene a subyugarnos, si el gobierno no les daba armas, ellos se las proporcionarían; no sucedería entonces lo que ahora, que se ven invadidos [por los Estados Unidos] y que no tienen con qué defenderse, ni se les entretendría con mentiras diciéndoles que las han pedido a Europa, y que aquí no las hay en los almacenes, lo que es falso porque en Perote hay actualmente catorce o quince mil fusiles, la mayor parte nuevos y la otra en estado de servir con muy pequeñas composturas.¹³²

Esta fe en la capacidad de defensa iba a contrastar con la mostrada un año después en plena guerra, cuando Gómez Farías fuera el primero en afirmar que el país carecía de recursos para defenderse. En adelante veremos una y otra vez que la existencia o inexistencia de recursos dependía en realidad de los intereses de partido.

A la sospecha de que el gobierno moderado estaba coludido con Inglaterra en una conspiración monárquica, se añadía la noticia de que existía otra conspiración fraguada por centralistas conservadores como Lucas Alamán. Por otra parte, las actividades de la alianza radical-santanista debieron ser tan serias que el gobierno se mostró dispuesto a llegar a límites extremos: en la misma carta a Manuel González Cosío (un colaborador de Zacatecas), Gómez Farías le informaba que el líder moderado Manuel Gómez Pedraza había ordenado el asesinato del general Santa Anna. El sicario acababa de ser atrapado en La Habana y había confesado a quién servía.¹³³ En el último capítulo veremos que, hacia el final de la guerra con los Estados Unidos, Santa Anna señaló a Manuel de la Peña y Peña como autor intelectual del atentado.

¹³² *Ibid.*

¹³³ *Ibid.*

La nueva intriga monárquica exacerbó los ánimos radicales; en su correspondencia con Gómez Farías, González Cosío se deshizo en críticas a la política pacifista del gobierno y planteó la necesidad de la violencia. Afirmaba que el principio moderado del cambio gradual y pacífico era una “superchería” más peligrosa que las maniobras de los enemigos de la libertad, “porque con aquella maldita ilusión [sus defensores] no sólo han adormecido sino casi extinguido el espíritu público, han introducido la división y la desconfianza entre los mejores patriotas”. Aun cuando el cambio pacífico fuera posible, decía preferir uno “turbulento y sangriento” que dejara profundas huellas, pues las transacciones y las mentiras sólo servían para dar cuartel al vencido y que éste pudiera “reponer sus pérdidas y volver al ataque con más encono y experiencia”.¹³⁴ Agregaba que esto había perdido a la Federación y dificultado su restablecimiento. Pero si el cambio “pacífico y filosófico” era imposible, temía que también lo fuera el revolucionario, por la sencilla razón de la inexistencia de un pueblo moderno, es decir, ilustrado y activo en política: “porque hablando francamente, el espíritu público y el patriotismo verdadero no existen entre nosotros; los muy pocos hombres que lo conservan se estrellan inútilmente contra una masa inerte, que es capaz de ver con la más fría indiferencia hasta el trastorno universal de la naturaleza entera”. Lo peor era que tal indiferencia se veía fomentada por las infames escisiones de los falsos liberales: los moderados. “Este ha sido el fruto óptimo de tan decantado plan de una revolución filosófica”.¹³⁵

González Cosío creía que la “revolución filosófica” tenía por objetivo cansar y envilecer a los liberales, “para que recibamos como una gracia, como un don del cielo, un

¹³⁴ González Cosío a Valentín Gómez Farías, Zacatecas, 7 de noviembre de 1845, AGF, 1302.

¹³⁵ *Ibid.*

monarca... y por supuesto vendrá como rogado y adornado con sus ribetes de constitucional moderado” y una constitución hecha en Londres, mientras Inglaterra “nos hará el favor de salir garante de ella”. Este era, a su juicio, el verdadero plan “filosófico-jesuítico”.¹³⁶

Ad hoc o no ad hoc, esa es la cuestión

Mientras los radicales se debatían en estos temores respecto de Inglaterra, nuevos acontecimientos vinieron a exacerbar su sensación de acoso. El 30 de noviembre, Slidell desembarcó en Veracruz en medio de alarmantes noticias sobre el avance de Taylor desde Corpus Christy hacia Matamoros, de modo que su llegada fue vista como una amenaza por los radicales, quienes, por medio de sus periódicos, denunciaron que su misión consistía en comprar California y Nuevo México, acusaron al gobierno de traición e hicieron un nuevo llamado a las armas.¹³⁷

En tales circunstancias De la Peña declaró a Black que al gobierno le resultaba imposible recibir a Slidell sin ponerse en peligro de ser derrocado, por lo que tal recepción tendría que esperar hasta enero, cuando ya se hubiese ganado la voluntad y permiso de las legislaturas departamentales para entrar en tratos con los Estados Unidos. Entre tanto, aceptó recibir las credenciales del agente y las envió al Consejo de Gobierno para que fuesen analizadas.

Se trataba de una medida dilatoria, pues la dirección de la política exterior era exclusiva del Ejecutivo y el Consejo no era un órgano consultivo. Además, De la Peña

¹³⁶ *Ibid.*

¹³⁷ Bosch, *op. cit.*, 1985, v. 4, p. 626-627.

acompañó las credenciales con la aclaración de que el gobierno sólo quería oír la opinión del Consejo ya que tenía decidido rechazar a Slidell pues, cuando el gobierno aceptó recibirlo, dio por hecho que se marchaba “sobre el presupuesto preciso y terminante de que el comisionado fuese nombrado *ad hoc*, esto es, para arreglar de un modo pacífico y decoroso las cuestiones de Tejas”.¹³⁸ No obstante que, como hemos visto, De la Peña aceptó recibir un plenipotenciario y no declaró con suficiente explicitud que el único asunto de interés para su gobierno era el de Texas, ni tampoco exigió el envío de un agente *ad hoc* para tal asunto, ahora afirmó incoherentemente que la misión de Slidell había “degenerado” porque no correspondía al tipo de misión propuesto por el gobierno de los Estados Unidos, de lo cual desprendió una serie de consecuencias (que el Consejo de Gobierno iba a juzgar después exageradas y absurdas) que, a su juicio, iban a resultar perniciosas para México.¹³⁹

A fin de ganar tiempo para aplacar a la oposición, y tal vez también para que Lord Aberdeen lograra concretar el protectorado sobre California, De la Peña decidió aplazar la recepción de Slidell con meros pretextos. Con el mismo objetivo de dilación - y como se había anunciado a Black -, Herrera y De la Peña planeaban renunciar a la facultad de dirigir la política exterior para hacer caer en las legislaturas departamentales la responsabilidad de decidir la conducta que debía seguirse ante la llegada de John Slidell. Esto se desprende de una circular a los gobiernos estatales de 11 de diciembre de 1845, en la que además el gobierno central fingía

¹³⁸ Polk, *op. cit.*, apéndice D, doc. 9, p. 70.

¹³⁹ *Ibid.*

mansedumbre al presentar a la guerra como una opción impensable y aconsejaba vender Texas para sacar algún provecho de la supuestamente inevitable pérdida territorial.¹⁴⁰

Sin embargo, mientras llegaba el momento de que el gobierno develara su verdadera política, es decir, el belicismo, Gómez Farías seguía acusándolo de traidor y trabajando para ganarse al ejército. Continuó su correspondencia con el general Mariano Paredes para insistir en la necesidad de detener el proyecto entreguista de Herrera y le envió el plan político con el que pensaba rebelarse (no tenemos claro si era el mismo cuyo borrador hemos analizado arriba, o uno nuevo). Paredes respondió diciendo estar de acuerdo con la necesidad de un Congreso extraordinario (constituyente), que era uno de los principales objetivos de Gómez Farías, pero no en que éste sirviese para restablecer la Federación:

Yo desearía una completa fusión, y que esta se verificase, haciendo cada uno de nosotros el pequeño sacrificio de ceder un tanto de nuestras creencias a favor de la comunidad [...] procurando hoy un arranque arrollador sobre los invasores que han pisado nuestro suelo [...] Si fuera posible una revolución en que los jefes de ella no tuvieran después en la formación del gobierno la menor influencia, yo estaría contento. ¿Y no sería posible esta revolución dejando al Congreso extraordinario que lo hiciese todo, absolutamente todo?¹⁴¹

Al margen de la observación de que Paredes también quería ir a la guerra, hay que subrayar que tanto el radical Gómez Farías como el militar conservador coincidían en que podían formar un nuevo orden de cosas mediante un Congreso “extraordinario”, o constituyente, que era lo que querían decir con esa palabra. Es decir, la única manera de restaurar la continuidad jurídica luego de romper o eliminar el orden establecido era

¹⁴⁰ Manuel de la Peña y Peña, *Op. cit.*

¹⁴¹ Paredes a Gómez Farías, San Luis Potosí, 10 de diciembre de 1845, AVGF, 1329.

asumir la soberanía (ejercer el poder constituyente) mediante un Congreso constituyente que gozara de poder absoluto para encargarse “absolutamente de todo”. Es evidente que los hombres de la época tenían consciencia de que mediante un legislador todopoderoso podían imponer su voluntad, pues las características del nuevo orden iban a depender de quiénes fueran los encargados de convocarlo, integrarlo y, sobre todo, dominarlo.

Por eso Paredes advertía a Gómez Farías que, si iban a trabajar juntos y sobre la base de que los jefes de la revolución no tuvieran la menor influencia en el orden por establecer, era necesario que cada partido renunciara a una parte de sus aspiraciones en aras de un acuerdo, por lo cual terminaba su nota invitándolo a sacrificar sus convicciones. Por supuesto, un político como el líder radical, cuya única motivación para convocar un nuevo Congreso constituyente era imponer el federalismo, es decir, su voluntad personal disfrazada de voluntad general, jamás iba a aceptar semejante acuerdo – ya fuera porque asumía que sus rivales tampoco lo harían, o porque Paredes proponía un compromiso como el de 1824, condenado al fracaso-, por lo cual, al parecer, no volvió a acercarse al militar.

El cónsul Black visitó a De la Peña en su casa el 13 de diciembre, para insistir en que se diera a Slidell una respuesta respecto de su recepción por el gobierno mexicano. El ministro le contestó que el asunto había sido sometido al Consejo de Gobierno ese mismo día y le adelantó que consideraba, como hemos visto, que las credenciales de Slidell no correspondían con la misión que en un principio había propuesto el gobierno estadounidense. Ante la sorpresa e inconformidad del cónsul, De la Peña le dio a entender

que se iba a rechazar a Slidell tan sólo para proteger al Ejecutivo de los ataques de la oposición.¹⁴² Por su parte, Black reportó esta situación a su gobierno días después.¹⁴³

Entre tanto, el general Paredes seguía negándose a partir al norte con sus tropas, y todo el mundo suponía que se rebelaría en sólo cuestión de días. Desde principios de diciembre había escrito a Herrera para sin ambages pedirle que renunciara. Por su parte los radicales comenzaron a llamar abiertamente a la rebelión para derrocar al gobierno antes de que lograra vender Texas; insistían en llamar al ejército para que interviniera, pero ya hemos visto que el jefe radical y el jefe del ejército no pudieron ponerse de acuerdo, por lo que Paredes no dudó en adherirse a la conspiración monárquica que estaban organizando Lucas Alamán y el ministro español Salvador Bermúdez de Castro.

La conspiración monárquica

Se había iniciado hacia fines de agosto, cuando el ministro español informó a su gobierno que el momento era propicio para establecer una monarquía, pues se contaba con el apoyo del general en jefe del mayor cuerpo de ejército que por entonces tenía México, acantonado en San Luis Potosí, y con la colaboración de importantes sectores de la sociedad. Afirmaba que aquel estaba dispuesto a servir de “gobernante transitorio” mientras llegaba el príncipe elegido. En efecto, de manera secreta, Paredes mantuvo abundante correspondencia con los conspiradores monarquistas Bermúdez y Alamán, y

¹⁴² John Black a John Slidell, 15 de diciembre de 1845, en Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 779. Peña y Peña comunicó a Slidell los inconvenientes encontrados en sus credenciales en nota de 16 de diciembre, no incluida en las colecciones documentales que estamos analizando.

¹⁴³ John Slidell a James Buchanan, 17 de diciembre de 1845, en *Ibid.*, p. 780-81.

los tres trabajaron contra el gobierno de Herrera; esto, aunado a las intrigas que por su parte desarrollaba la alianza radical-santanista, favoreció la atmósfera de incertidumbre y amenaza constante que tanto presionó a Herrera y su ministro de Relaciones.¹⁴⁴

Alamán y Bermúdez deseaban que el plan político de la nueva insurrección fuera tan explícito que anunciase una monarquía que encarnara el ideal de los “hombres de bien”, de corte conservador y garante de los intereses del clero y las clases acomodadas, y a la vez ignorase el problema de Texas, pues consideraban que lo conveniente era dejar que Herrera cargara con la responsabilidad de entregar el territorio, tal como tenía anunciado. Sin embargo, Paredes insistió en asignar un papel preponderante al ejército en el plan político - y así atraerlo -, mediante la inclusión del punto de la reconquista de Texas. Pensaba que el compromiso de hacer la guerra no era motivo para que en efecto ésta estallara, y mucho menos para que los estadounidenses despojaran a México de sus territorios del norte. Estaba persuadido de que estos últimos no declararían la guerra; pero, aun en el caso de que decidieran hacerlo, “un gobierno fuerte” en México podría sostenerla de manera digna “*aunque no venciera*”, pues el compromiso no sería triunfar, “sino el de restaurar el honor de la nación”.¹⁴⁵ Paredes parecía no darse cuenta (como sí lo hacía el resto de los políticos implicados en la cuestión de Texas) de que con ello pondría en peligro a California y Nuevo México.

Aquí se conjuntaba la visión del político práctico y del militar, para quien la guerra, el territorio y la vida de los soldados eran meros instrumentos, y el honor de la nación una

¹⁴⁴ Los detalles de esta conspiración pueden verse en Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*, México, EOSA, 1988, cap. 2, y Costeloe, *op. cit.*, 2000, cap. 11.

¹⁴⁵ Citado por Soto, *op. cit.*, p. 57, Las cursivas son nuestras.

simple apariencia que se podía mantener mediante una demostración de fuerza. Si era deshonoroso ceder sin pelear, se pelearía, pero sólo hasta el punto en que el ejército adquiriera prestigio como defensor de la patria. La guerra, entonces, no pasaría de ser una puesta en escena; por tanto, no deberían sorprender los vergonzosos y casi increíbles resultados obtenidos más tarde, no por Paredes, sino por Santa Anna, cuyo enfoque estratégico, tanto en lo político como en lo militar, no sería distinto al del primero.

Paredes impuso a los conspiradores la inclusión de la reconquista de Texas. El 14 de diciembre, apenas un día después de que De la Peña dejara ver a Black su intención de rechazar las credenciales de Slidell, las tropas acantonadas en San Luis Potosí se pronunciaron en contra del gobierno en un documento que después fue conocido como Plan de San Luis, en el que se acusaba a Herrera de traición por pretender vender Texas y destruir al ejército. Al día siguiente, Paredes aceptó el mando de la rebelión en un manifiesto. En ambos documentos se hacía la ya típica representación ficticia de la soberanía popular: una facción – la monárquica en este caso - se adjudicaba el papel de intérprete de la voluntad general para declarar que el “pueblo” se hallaba inconforme, y llamaba a constituir de nuevo a la nación mediante la convocatoria a un Congreso constituyente. Esto satisfizo las exigencias de los monarquistas de abrir las puertas a un cambio de régimen; pero lo que quedó como punto medular del Plan de San Luis, a contrapelo de los consejos de Alamán y Bermúdez de Castro, fue el ardiente llamado a emprender cuanto antes la guerra contra los Estados Unidos.¹⁴⁶

¹⁴⁶ Soto, *op. cit.*, p. 68-72.

Muchas vestiduras hemos rasgado los historiadores mexicanos siempre que narramos la manera en que Paredes, lejos de partir al norte a defender la frontera, dirigió al mejor ejército que entonces se tenía en contra del gobierno central; luego de todo lo analizado, creemos que los lamentos no tienen lugar ni sentido: Paredes actuaba en función de la lógica política reinante: lo primordial era imponer la propia ideología pues, como veremos más adelante, en el mundo moderno ésta constituye la nacionalidad misma.

Al mismo tiempo que la esperada rebelión contra Herrera cobraba forma y fuerza, una comisión del Consejo de gobierno expidió su dictamen sobre la recepción de John Slidell. Se reprochó a De la Peña el no haber sido lo suficientemente explícito en cuanto a que sólo estaba dispuesto a recibir un enviado *ad hoc*, y sus argumentos para rechazar a Slidell fueron descalificados debido a que era evidente que la plenipotenciaria incluía poderes especiales para tratar sobre Texas.¹⁴⁷

Sin embargo, debido a que el Consejo temía que la reanudación de las relaciones pudiera restar gravedad a la cuestión texana y permitiese a los Estados Unidos dominar la negociación, recomendó al gobierno rechazar al agente con el subterfugio de que el compromiso de recibir un plenipotenciario no lo obligaba a recibir un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, que era el carácter que sus credenciales daban a Slidell.¹⁴⁸

Aunque De la Peña, en la nota en que comunicó a Slidell la decisión del Consejo, le dio a entender que tan pronto como el gobierno se impusiera a sus rivales estaría

¹⁴⁷ Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice D, doc. 12, p. 74-75.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 81.

dispuesto a negociar únicamente sobre el asunto de Texas, el enviado estadounidense calificó su rechazo de “renuncia incalificable” a toda relación con los Estados Unidos, advirtió que su país estaba dispuesto para la guerra y expresó su sospecha de que el gobierno mexicano estaba siendo manipulado por Inglaterra.¹⁴⁹ Esto no era del todo falso, pues el ministro británico Charles Bankhead brindaba su asesoría en las relaciones con los Estados Unidos.¹⁵⁰ Sin embargo, De la Peña pidió al mismo Bankhead que visitara a Slidell para convencerlo de lo contrario.

Luego de esta entrevista, e ignorante de las intenciones bélicas de Herrera, Slidell reportó a su gobierno que estaba convencido de que éste deseaba negociar, y que no lo hacía tan sólo por miedo a la oposición, pero que tan pronto superara la crisis restablecería las relaciones. A Bankhead en cambio no le creyó una palabra sobre la neutralidad británica, pues reportó a Buchanan: “Mi impresión es que la política del gobierno británico es prevenir, de ser posible, una guerra entre México y los Estados Unidos, a la vez que vería con disgusto el establecimiento de relaciones cordiales, y Mr. Bankhead ha actuado conforme a esta política”.¹⁵¹

Ya hemos dicho que, en efecto, Aberdeen deseaba evitar la guerra para salvar California. Bankhead actuaba conforme a esta política, aunque más tarde Aberdeen lo censuraría por mostrarse conciliador en exceso, pues no hizo sino evidenciar las

¹⁴⁹ John Slidell a Manuel de la Peña y Peña, 24 de diciembre de 1845. *Ibid.*, doc. 17, p. 90-93.

¹⁵⁰ Pletcher, *op. cit.*, v. 1, *passim*.

¹⁵¹ John Slidell a James Buchanan, 29 de diciembre de 1845, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 805.

intenciones británicas y aumentar las prevenciones estadounidenses contra Gran Bretaña.¹⁵²

Las esperanzas de que el gobierno de Herrera pudiera sostenerse resultaron vanas; casi todas las guarniciones de las principales ciudades anunciaron su apoyo al Plan de San Luis, hasta que el 30 de diciembre la guarnición de la capital, encabezada por Gabriel Valencia, se pronunció también y obligó a Herrera a renunciar.

Así terminó un gobierno en el que la pugna internacional por Texas y California comenzó a proyectar la sombra del monarquismo europeo sobre México e incluir al extranjero en la lucha por la soberanía, aun cuando esa sombra no existiese más que en las paranoicas mentes de Polk y Gómez Farías. Como hemos visto, lo que Aberdeen y Guizot pretendían era limitar el expansionismo estadounidense mediante la formación de “republicuitas” (parafraseando a Rejón¹⁵³) en Texas y California (Aberdeen iba a terminar recomendando también el reconocimiento de la independencia de California), y así procurar un equilibrio de poderes en América, política que al mismo tiempo tenía como verdadero incentivo restaurar la *entente cordiale* y evitar una inminente guerra franco-británica; sin embargo, tal injerencia no pudo ser vista por los estadounidenses más que con los ojos del monroísmo, y por los radicales mexicanos con los del antimonarquismo.

¹⁵² Murphy a su gobierno, Londres, 3 de diciembre de 1845, en Bosch, 1985, v. 4, p. 627.

¹⁵³ Rejón a Gómez Farías, La Habana, 7 de Julio de 1845, loc. cit.

¿Un mensaje a propósito?

Monroísmo y antimonarquismo eran prácticamente hermanos, lo cual hacía de la Casa Blanca y el liberalismo mexicano aliados naturales. Como veremos enseguida, es muy probable que, en su primer mensaje al Congreso de 2 de diciembre de 1845, Polk hubiera intentado hacer ver esto a quienes en el país del sur profesaban los principios de la Constitución estadounidense y, por tanto, eran sus correligionarios.

Como hemos mencionado, durante la segunda mitad de 1845 la prensa expansionista estadounidense se dedicó a reivindicar la doctrina Monroe para repudiar cualquier intento de penetración del sistema monárquico en América, así como la pretensión de los europeos de imponer la doctrina del equilibrio de poderes. Se decía que esta última era un instrumento para detener el avance de los Estados Unidos, principal preocupación al otro lado del Atlántico, por lo cual no quedaba más camino que rechazarla, incluso mediante las armas, y alentar la anexión pacífica de las naciones hispanoamericanas.

Lo que más llama la atención del mensaje del presidente Polk del 2 de diciembre es su carácter propagandístico, pues repitió la propaganda de los periódicos prácticamente de manera literal al plasmar no sólo sus ideas, sino incluso sus frases y hasta párrafos enteros con el mismo objetivo de producir un ambiente de alarma,¹⁵⁴ lo cual, como veremos al tratar el estallido de la guerra mexicano-estadunidense, le iba a ser de gran utilidad. También es posible que tal objetivo consistiera en ganar aliados en Hispanoamérica y, en primer lugar, en México pues, tal como propusieron los

¹⁵⁴ Merk, *op. cit.*, p. 63-66.

expansionistas, ofreció la anexión pacífica a los Estados Unidos,¹⁵⁵ anzuelo que, como veremos a lo largo de este trabajo, levantó gran entusiasmo entre algunos sectores del liberalismo mexicano.

Haciendo énfasis en que la principal preocupación de su país era el subcontinente norteamericano, Polk afirmó que las naciones hispanoamericanas eran soberanas y por tanto, si desearan anexarse a la Unión Americana nadie podía impedirles ejercer ese derecho. Con ello, añadió un corolario a la doctrina Monroe, que en el fondo equivalía a sostener el derecho de su país a absorber a los hispanoamericanos. Este corolario, evidentemente, era una respuesta a la doctrina del equilibrio de poderes que Guizot y también el conde de Aberdeen proponían para América.¹⁵⁶ Constituía así mismo una justificación tanto de la consumada anexión de Texas como de la proyectada de California, un mensaje claro a Inglaterra y Francia de que debían olvidarse de esta última y un anuncio de nuevos objetivos, pues la interpretación polkiana de la doctrina Monroe, acotada a Norteamérica, tenía otra implicación: la nación con derecho inmediato a anexarse a los Estados Unidos venía a ser México, precisamente por pertenecer al subcontinente. A juzgar por el entusiasmo que, en la guerra con el vecino del norte, mostraron algunos liberales mexicanos por ejercer ese derecho, parece ser que interpretaron el mensaje de Polk como una invitación, no sólo a la defensa en común del gobierno republicano en contra de Europa, sino también a la anexión. Al parecer, entre el

¹⁵⁵ Polk, *op. cit.*, v.2, p. 403, apéndice M, doc. 1.

¹⁵⁶ Que la política de imponer el equilibrio de poderes en América era sostenida también por George Hamilton-Gordon, 4º conde de Aberdeen, se comprueba por una declaración de su sucesor, Robert Peel, quien, luego de que los Estados Unidos salió triunfante de la guerra, declaró: “El gobierno británico ha desechado todo principio de intervención en esos países, toda pretensión de conservar el equilibrio del poder, y todo deseo de disputar a los Estados Unidos su influencia superior en el Nuevo Mundo”, *The London Daily News* de 23, febrero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1848.

expansionismo estadounidense y un, hasta hoy, poco conocido anexionismo mexicano, debieron existir tales lazos que hacían plausibles las propuestas de la prensa expansionista, tanto que el presidente decidió ponerlas en marcha mediante su primer mensaje al Congreso.

Tan plausible parecía ser la estrategia, que el partido whig reaccionó al mensaje presidencial anunciando su postura anti-expansionista, la cual, como veremos en el último capítulo, resultaría ser clave en el desenlace de la guerra mexicano-estadunidense. Poco después de publicado el mensaje presidencial, apareció en *American Review* un artículo titulado “El partido whig: su posición y deberes”, que reafirmaba también la doctrina Monroe pero sostenía que los Estados Unidos podían ejercer su derecho a rechazar a Europa sólo si se abstenía de entrometerse en los asuntos de sus vecinos o de coaccionarlos: “No anhelamos ni reclamamos el derecho de inmiscuirnos en sus asuntos internos, y nos conformamos con que ellos resuelvan dichas cuestiones según convenga a los interesados inmediatos...” Respecto de las tierras despobladas de otras naciones americanas, si bien no podía permitirse que cayesen en manos europeas ni que se les aplicara el equilibrio de poder europeo, “no aspiramos a apoderarnos de ellas, conformes con dejar que el tiempo y la oportunidad y el carácter de su población futura arbitren su destino”.¹⁵⁷

Así, el expansionismo, con Polk a la cabeza, estaba logrando que, tanto la pugna por las llanuras de Texas y los puertos de California como la mítica intriga británica comenzaran a ser contemplados, más que desde el punto de vista económico, desde el

¹⁵⁷ Citado por Merk, *op. cit.*, p. 20.

ideológico: como una lucha entre republicanismismo y monarquismo, entre libertad y esclavitud. Esta visión hacía de Europa un enemigo común para Polk y los radicales mexicanos, pues estos últimos consideraban a Gran Bretaña un enemigo más peligroso que los Estados Unidos. Por el viejo principio de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, esta comunión iba a culminar en alianza.

Capítulo III

Monroísmo y antimonarquismo

Mariano Paredes y Arrillaga entró en la ciudad de México el 2 de enero de 1846 y de inmediato convocó a una asamblea de generales para decidir la manera en que se designaría un presidente interino mientras se llamaba a un Congreso extraordinario. Tal asamblea decidió ese mismo día que Paredes nombrara personalmente a los miembros de una Junta de Representantes de los departamentos, que sería la encargada de la elección; pero tal vez enterados de la connivencia de Paredes con los monarquistas, los militares estipularon, en una serie de adiciones al Plan de San Luis, que esa junta tomaría también protesta al nuevo jefe del Ejecutivo de defender la independencia nacional y mantener el sistema republicano como forma de gobierno. De acuerdo con ello, al día siguiente el general nombró a los integrantes de la junta y éstos, a su vez, lo nombraron presidente interino.¹⁵⁸

Paredes juró el cargo el 4 aceptando tales condiciones, lo que le acarreó problemas con sus cómplices monarquistas, ante quienes reconoció como un error el permitir que los militares impusieran el respeto a las instituciones republicanas, de modo que accedió a publicar un manifiesto, en el que volvió a abrir la posibilidad de un cambio en la forma de gobierno. El documento, publicado el 10 de enero, hizo recaer en el futuro Congreso el derecho de decidir el tipo de instituciones que necesitaba el país.¹⁵⁹ Esto significaba que

¹⁵⁸ Los detalles de los primeros días del gobierno de Paredes pueden verse en Soto, *op. cit.*, y Costeloe, *op. cit.*, 2000.

¹⁵⁹ Soto, *op. cit.*, 101-103.

dicho Congreso tendría que ser de carácter constituyente, lo que implicaba dar inicio a un nuevo ejercicio del poder constituyente: “La asamblea que va a formarse [...] revestida de toda clase de poderes, sin término, límite ni valladar alguno a sus decisiones soberanas, sin que pueda existir autoridad superior a la suya, constituirá libre y definitivamente a la nación”.¹⁶⁰ Por supuesto, Paredes y sus partidarios tenían planeado que tal asamblea fuese de carácter monarquista y constituyera a la nación como una monarquía.

Dos semanas después, el 27 de enero, el general lanzó la convocatoria para elegir al Congreso extraordinario, cuya redacción estuvo a cargo de Lucas Alamán. Consciente de que, dada la escasa participación del pueblo, los procesos electorales no pasaban de ser un juego sucio entre las facciones y por lo tanto era regla la imposición del grupo que manejaba el proceso,¹⁶¹ Alamán redactó la convocatoria de manera que el gobierno quedara en aptitud de elegir a los integrantes del futuro Congreso, integrado por 160 individuos, representantes de las clases acomodadas.¹⁶²

Era muy claro que Alamán consideraba llegado el momento de dar a las “clases productivas” el poder y la influencia necesarios para definir el futuro del país. El método era un Congreso constituyente encargado de establecer un nuevo orden de tipo monárquico y garante de la supremacía de los propietarios. Por supuesto, arrogarse el derecho de elegir a quienes habrían de redactar la nueva Carta Magna no era sino lo

¹⁶⁰ Manifiesto de Paredes a la nación, 10 de enero de 1846, citado por Santoni, *op. cit.*, p. 194.

¹⁶¹ A lo largo de su carrera política, Alamán subrayó en repetidas ocasiones el hecho de que el pueblo llano no se interesaba ni participaba en los procesos electorales, e incluso en 1830 expidió un decreto por el que se multaba a aquellos que no se presentaran a votar, lo que, podría decirse, constituyó el primer intento de educación cívica en el país. Valadés, 1987, p. 304.

5 Soto, *op. cit.*, p. 118.

mismo que había hecho Santa Anna en 1842; se trataba de otro intento de manipular el poder constituyente para imponer los ideales e intereses de un individuo o partido.¹⁶³

Mientras Alamán se encargaba de desencadenar este proceso, Paredes se esforzó por mantener una imagen de neutralidad ante la creciente oposición a la influencia de los monarquistas en su gobierno. Cuando éstos expusieron de manera franca su programa el 12 de febrero en las páginas de su nuevo periódico, *El Tiempo*, él no se manifestó de igual forma y tuvo una posición muy ambigua que no lo relacionaba con ningún partido. Al parecer, veía con claridad la fuerza que estaba adquiriendo la oposición a la conspiración monárquica y temía quedarse sin apoyo si se declaraba por la causa de Alamán. Desde el principio, su gobierno había sido objeto de intensos ataques en la prensa y los políticos influyentes y gobernadores departamentales le aconsejaron desligarse de los monarquistas. Así que, sin comprometerse con nadie, mantuvo la postura de que la forma de gobierno sería decidida por el futuro Congreso.

Un mensaje con consecuencias

No obstante el decidido lenguaje de Polk al reafirmar la doctrina Monroe, la política exterior mexicana siguió su rumbo hacia la alianza con Inglaterra sobre la base de la futura colonización británica de California. Sin saber que estaba por servir al nuevo gobierno de Paredes, el 31 de diciembre Tomás Murphy se entrevistó con Lord Aberdeen y se dio cuenta de que británicos y franceses estaban sumamente ofendidos por el primer mensaje de Polk al Congreso, lo cual, aunado a la probabilidad de guerra entre los Estados

¹⁶³ Vid. Capítulo 1.

Unidos y Gran Bretaña por el territorio de Oregón, llevó al ministro británico a recomendarle que el gobierno mexicano diese largas a la recepción de Slidell y a toda forma de negociación con los estadounidenses: “*ya que siempre andan vuestras mercedes despacio por hábito, ahora pueden hacerlo por cálculo*”.¹⁶⁴

En vista de estos informes, Paredes decidió dar continuidad a la política trazada por Herrera. El 28 de enero su gobierno comunicó a Murphy que habría que seguir esperando a que aquellos gobiernos hiciesen alguna proposición de ayuda indirecta, lo cual se refería al plan de colonización en California.¹⁶⁵ Murphy respondió dando cuenta de una nueva reunión con Aberdeen, de la cual sacó en claro que, estallara o no la guerra por Oregón, el apoyo británico para salvar a California estaba asegurado.¹⁶⁶ El agente se convenció cada vez más de esto luego de nuevas reuniones con el ministro británico, en las que éste le aseguró que México tenía recursos para enfrentar a los Estados Unidos y lo único que necesitaba era “medio arreglar” su hacienda pública.¹⁶⁷

Sin saber que los gobiernos mexicano y británico se disponían a pasar sobre la doctrina Monroe, James Buchanan escribió el 17 de enero a John Slidell (quien observaba los hechos desde Jalapa y esperaba la decisión del nuevo gobierno respecto a su recepción) para instruirlo en el sentido de que debía presionar para ser recibido y cumplir con su misión.¹⁶⁸ Le hizo ver que si ese gobierno lo rechazaba definitivamente, a Washington le no quedaría más camino que tomar en sus manos la reparación de las

¹⁶⁴ Murphy a su gobierno, 1 de enero de 1846, Bosch, *op. cit.*, 1985, v. 4, p. 660.

¹⁶⁵ Murphy a su gobierno, Londres, 1 de abril de 1846, AHGESRE, L-E-1641, f. 160 v., Bosch, 1985, v. 4, p. 690-692.

¹⁶⁶ Murphy a su gobierno, 1 de febrero de 1846, en Bosch, *op. cit.*, 1985, v. 4, p. 666.

¹⁶⁷ Murphy a su gobierno, 1 de abril de 1846, en Bosch, *op. cit.*, 1985, v. 4, p. 691.

¹⁶⁸ James Buchanan a John Slidell, 17 de enero de 1846, Manning, *op. cit.*, p. 184.

reclamaciones de sus ciudadanos. Slidell tendría entonces que hacer caer sobre los mexicanos la culpa de lo que pudiera pasar. “En el ínterin, el presidente [...] ha ordenado al ejército de Texas avanzar y tomar posiciones en la orilla izquierda del Río Grande y ha dispuesto que una poderosa flota se reúna en el Golfo de México. Así, él estará preparado para actuar con vigor en el momento en que el Congreso le conceda autoridad”.¹⁶⁹

Slidell respondió narrando el derrocamiento de Herrera y criticando la incapacidad de los mexicanos para gobernarse a sí mismos.¹⁷⁰ Ignorante de que Paredes continuaba la doble política de Herrera, en sus informes afirmaba que su recepción dependía más que nada de la cuestión de Oregón, pues si las relaciones de los Estados Unidos con la Gran Bretaña continuaban mostrando una clara perspectiva de guerra, había poca esperanza de llevar adelante cualquier plan de acción en México, pues éste se aliaría a aquella; si por el contrario, los problemas eran solucionados, Paredes no dudaría en recibirlo al fin.

Lo que tampoco sabía Slidell era que, para esas fechas, un grupo de mexicanos acababa de ser decididamente influenciado por el mensaje del presidente Polk y, como ya mencionamos, lo había visto como una velada invitación. Los días 13 y 16 de febrero de 1846 el presidente Polk describió en su *Diario* las dos famosas visitas del coronel español, nacionalizado estadounidense, Alejandro Atocha, quien de parte del general Santa Anna le hizo saber que estaba por recuperar el poder en México, que favorecía un tratado con los Estados Unidos que hiciera del río Bravo el límite sur-occidental de Texas y del Colorado el límite norte de México hasta la bahía de San Francisco, a cambio de una compensación pecuniaria que podía ser de 30 millones de dólares, suma con la que el general estaría en

¹⁶⁹ James Buchanan a John Slidel, 20 de enero de 1846, *Ibid.*, p. 186.

¹⁷⁰ John Slidell a James Buchanan, 14 de enero de 1846, *Ibid.*

aptitud sostener al ejército y formar un gobierno estable. Santa Anna también le hacía saber que jamás podría tratar con México sin la presencia de fuerzas importantes de mar y tierra, por lo que estaba “sorprendido” de que hasta ese momento no había hecho avanzar a su ejército hasta el Bravo y a sus fuerzas navales hasta el golfo.¹⁷¹

Cuando Polk preguntó a Atocha por qué razón tales propuestas no se hacían de manera oficial (si Paredes y personalidades como Mariano Arista y Juan N. Almonte estaban de acuerdo con ellas), éste le respondió “que no había gobierno o administración en México que se atreviera a hacer semejante proposición, porque si la hiciera, sobrevendría otra revolución por medio de la cual sería derrocado”; necesitaban aparentar “que se les obliga a consentir en semejante proposición”. Santa Anna consideraba que las condiciones para su regreso estarían dadas para marzo o abril, y que con medio millón podría firmar un tratado y mantenerse hasta que se pagara la indemnización.¹⁷²

A pesar de que es cuestionable que Santa Anna pudiera estar de acuerdo con personajes como Paredes, Arista y Almonte, todos distanciados en esos momentos,¹⁷³ y de que Polk apuntó en su *Diario* que Atocha le parecía indigno de confianza, la verdad es que el presidente de inmediato se mostró dispuesto a seguir los consejos de Santa Anna. Luego de meses de considerar a la guerra como la posibilidad más remota, comenzó a perfilarse hacia ella. Propuso a su gabinete enviar instrucciones a Slidell de exigir al gobierno mexicano el pago de las reclamaciones estadounidenses mediante ultimátum y

¹⁷¹ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 26.

¹⁷² *Ibid.*, p. 28-29.

¹⁷³ Francisco Castillo Nájera, *Invasión norteamericana. Efectivos y estado de los beligerantes. Consideraciones sobre la campaña*, México, Congreso Mexicano de Historia, 1947, p. 9-10.

poner al país en estado de defensa, tal como se le acababa de sugerir, pero ante la oposición de Buchanan desistió hasta recibir nuevos informes del enviado en México.¹⁷⁴

La idea de Santa Anna de que el mexicano que firmase el tratado tendría que contar con dinero para sostenerse en el gobierno caló tan hondo en la mente de Polk que, apoyado en el antecedente de que el Congreso había autorizado a Thomas Jefferson a disponer de dos millones de dólares para comprar las Floridas, decidió impulsar en la Cámara de Representantes (con el apoyo de los senadores Thomas Hart Benton, William Allen y Lewis Cass) una asignación de fondos por un millón de dólares para el “ajuste” de las diferencias con México.¹⁷⁵ Al parecer, no dudaba de lo expuesto por Atocha, pues pensó que con medio o un millón de dólares cualquier gobierno mexicano podría sostenerse hasta que el Congreso estadounidense ratificara el hipotético tratado: “Lo cierto es que yo consideraba que el pago inmediato de semejante suma lo induciría [a Paredes] a celebrar un tratado que de otra manera no se atrevería a hacer”.¹⁷⁶

Así, a través de Atocha, el caudillo jalapeño hizo vislumbrar a Polk un camino que podía conducir a la compra de California: el acuerdo podía y tenía que ser insertado en un tratado de paz después de la guerra que se le urgía a emprender, pues en efecto ningún gobierno mexicano se atrevería a vender (y menos luego de la experiencia de Herrera), a menos que apareciese como obligado por las circunstancias. Luego entonces, la guerra era necesaria, lo que explica el impulso del presidente por seguir al pie de la letra los consejos

¹⁷⁴ Polk, *op. cit.*, p. 33.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 36-38.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 37.

de Santa Anna y adoptar una actitud más agresiva contra México. Su última orden a Taylor de tomar posiciones en el Bravo debió parecerle muy oportuna.

Como veremos en el siguiente apartado, los ofrecimientos del general Santa Anna parecen ser motivados por el primer mensaje de Polk al Congreso. Despachó a Atocha a Washington poco después de conocerlo, ya que para esas fechas él y Manuel Crescencio Rejón tenían noticias de que Gran Bretaña estaba detrás de la intriga monárquica española, y es de suponer que el caudillo jalapeño no habría abordado al presidente de una nación enemiga con ofrecimientos que lo exhibían como un traidor, sin tener la seguridad de que encontraría un interlocutor expectante y abierto a semejantes ofrecimientos. Además, Polk no tardaría en ser informado de que éstos obedecían también a la necesidad que los liberales mexicanos creían tener de una potencia protectora ante las supuestas pretensiones de conquista de Gran Bretaña. Si el inquilino de la Casa Blanca pronunció su mensaje con la premeditada intención de atraer a los liberales mexicanos para convertirlos en aliados contra la amenaza europea, su cálculo resultó exacto; si lo pronunció por pura convicción ideológica, el premio a su fe republicana resultó inesperado y, a la larga, descomunal.

“Sí, nuestra unión a aquella república...”

Mientras Atocha daba en Washington los primeros pasos hacia una alianza antieuropea con Polk, que tendría como primera condición que éste permitiera el regreso de Santa Anna, la segunda parte del plan se desarrollaba en México. El mismo mes de febrero, la prensa de la capital comenzó a restaurar el prestigio del caudillo jalapeño y a presentarlo

como el campeón idóneo para combatir a Paredes. El 19, *El memorial histórico* publicó un manifiesto de Santa Anna en el que desmentía el rumor de que planeaba invadir México con tropas cubanas como parte del proyecto monarquista y se retrataba como un patriota ejemplar. A principios de marzo, Rejón publicó una vindicación de su propia conducta como ministro de Relaciones Exteriores en 1844, en la que no confesó la intención de utilizar la guerra contra Texas y los Estados Unidos como un instrumento para cambiar la Constitución, pero sí subrayó su decisión y la de Santa Anna de defender el territorio a todo trance.¹⁷⁷ Tales documentos tuvieron el efecto deseado y a juicio de Carlos María de Bustamante, el jalapeño habría gozado de un recibimiento triunfal de haber desembarcado en esos momentos en Veracruz.¹⁷⁸

Santa Anna y Rejón no sólo buscaron el apoyo de los radicales; a través de José María Lafragua, quien por razones que se desconocen había dejado de ser colaborador de Gómez Farías para unirse al partido moderado, entraron en contacto con este último. En el mismo mes de febrero, Lafragua recibió una carta de Rejón, en “que en nombre de Santa Anna me invitaba a trabajar en contra del gobierno de Paredes”,¹⁷⁹ como juzgó que ése era el único medio de realizar un levantamiento, consultó con los líderes de su partido, Manuel Gómez Pedraza y Juan Rodríguez Puebla, la conveniencia de aceptar. En uno de los típicos giros de los moderados, por los que eran capaces de convertirse en aliados del enemigo mortal de la víspera, éstos se mostraron favorables y ofrecieron su apoyo. Lafragua contestó a Rejón que aceptaba, pero puso como condición el inmediato

¹⁷⁷ *El Republicano*, 3-7 de marzo de 1846.

¹⁷⁸ Pedro Santoni, “Los federalistas radicales y la guerra del 47”, El Colegio de México, 1987, p. 226-227.

¹⁷⁹ Manuscrito de José María Lafragua sobre los acontecimientos de 1846 y 1847, Colección Lafragua, 5163, f. 2.

restablecimiento de la Federación. “Santa Anna me escribió entonces dándome su palabra de hacerlo tan luego como pusiese el pie en la república y mandándome firmado el plan que en agosto se proclamó en la Ciudadela”. Con tal garantía, Lafragua convenció de entrar en el movimiento a más federalistas, tanto radicales como moderados, y a varios oficiales del ejército.¹⁸⁰

Todo ello explica la popularidad de Santa Anna entre la elite política en febrero de 1846. Sin embargo, como dijimos en el capítulo anterior, Gómez Farías seguía sin aceptar por completo la alianza con Santa Anna, pues primero tenía que meditarlo y convencerse de que, en efecto, el objetivo de la última administración del caudillo, al proponerse ir a la guerra contra Texas y los Estados Unidos, fue el cambio de Constitución. Para diciembre de 1845, el líder radical comenzó a dar las primeras señales de disposición a la alianza en una carta a Rejón, en la que expresó que la única manera de imponer en el país un nuevo orden constitucional era contar con un líder de carácter fuerte.¹⁸¹

Al llegar Paredes y el monarquismo al poder, la alianza liberal-santanista comenzó a verse como una necesidad. En respuesta a una de las cartas de Gómez Farías, Rejón calificó el Plan de San Luis como inadecuado “para satisfacer las exigencias de la nación”, y advirtió que en Europa existía el proyecto de establecer en México una monarquía con un príncipe español, en el cual la mano británica era notoria.¹⁸²

¹⁸⁰ *Ibid.*, f. 3-5.

¹⁸¹ Gómez Farías a Rejón, borrador de carta inconclusa, México, s. d., diciembre de 1845, AVGF, 1352.

¹⁸² Manuel Crescencio Rejón a Valentín Gómez Farías, La Habana, 9 de enero de 1846, AVGF, 1363. Ocho meses después, Rejón, ya instalado en México como ministro de Relaciones Exteriores del gobierno del general Mariano Salas, expresó al ministro español Salvador Bermúdez de Castro su convicción de que, a juzgar por ciertos artículos de *The Times* de Londres, *Le Journal des débats* de París y *El Heraldo* de Madrid, la intriga monárquica había tenido origen en el gabinete de Londres, *vid.* Raúl Figueroa Esquer, compilador, *España frente al México amenazado, 1845-1848*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, p. 80.

Un mes después, Rejón reiteraba su alarma por lo que publicaba la prensa europea sobre el plan monárquico, y por las maniobras del gobierno español en Cuba, que lo llevaban a afirmar que “todo, todo manifiesta que se piensa seriamente realizar ese sueño”. Informaba que acababan de llegar pliegos de dicho gobierno a La Habana para su ministro en México que hacían dar por seguro que el Congreso constituyente convocado por Paredes se disponía a adoptar la monarquía, con la infanta María Luisa Fernanda y el duque de Montpensier, el menor de los hijos de Luis Felipe, en el trono.¹⁸³

Tales noticias alarmaron sobremanera a Gómez Farías y sus colaboradores, pues parecía evidente que la intriga monárquica contaba con apoyo no sólo de España, sino de las grandes potencias europeas, lo que confirmaba los peores temores que el líder radical llevaba meses infundiéndole en su partido. A juzgar por una carta de Manuel González Cosío, futuro gobernador radical de Zacatecas, esto los llevó a tomar decisiones extremas:

Sí amigo mío, los zacatecanos, y principalmente los zacatecanos, estamos desesperados por el giro que ha tomado la cosa pública [...] Si como la posición geográfica de nuestro desgraciado estado es tan central fuera limítrofe, siquiera como Chihuahua, ya habríamos proclamado nuestra independencia y aun nuestra unión a los Estados Unidos. Sí, nuestra unión a aquella república, porque en la forzada y dura alternativa de perder la libertad y la nacionalidad, la elección es muy obvia, Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California, y todos los mexicanos que puedan sustraerse a la dominación jesuítica que se nos prepara, o que ya tenemos encima. Por mi parte aseguro a usted que no hay hombre a quien más deteste que al cojo Santa Anna, pues con todo y eso me echaría gustoso en sus brazos, si se le antojara venir a combatir a la facción funesta que nos domina porque en aquel no veo más que un ladrón revoltoso, pero en ésta veo una hidra de infinitas cabezas y un plan sistemado y muy ramificado de despotismo horrible y sin límites y de eterna duración.¹⁸⁴

¹⁸³ Rejón a Gómez Farías, La Habana, 9 de febrero de 1846, AVGF, 1369.

¹⁸⁴ Manuel González Cosío a Gómez Farías, Zacatecas, 27 de febrero de 1846 AVGF, 1376.

Tomar en cuenta la invitación anexionista de Polk y la alianza con Santa Anna; esas parecerían ser las decisiones tomadas por el partido radical ante la fuerza de las circunstancias (o de las apariencias). Al inicio de su paranoia por la intriga británica, Gómez Farías había dicho que no se trataba de elegir a uno de los dos ladrones (los Estados Unidos e Inglaterra) que amenazaban a México, sino de combatirlos a los dos,¹⁸⁵ pero ante una amenaza virtualmente real e inminente sus colaboradores comenzaron a considerar la necesidad de elegir.

En esos mismos momentos Santa Anna estaba ofreciendo a Polk, por conducto de Atocha, California, Nuevo México y el Bravo; no es fácil saber si para hacerlo contaba ya con el acuerdo de los liberales radicales, aun cuando, como hemos visto, habían trabajado juntos en contra de Herrera y lo estaban haciendo también contra Paredes. A juzgar por una carta que el jalapeño dirigió a un colaborador llamado Manuel Teulet para ser entregada al líder radical, todavía estaba empeñado en convencer a Gómez Farías de que ahora profesaba los principios liberales y federalistas y su objetivo al proponer la guerra contra los Estados Unidos en 1844 fue el cambio de Constitución.

La carta iniciaba halagando el oído de don Valentín al afirmar que la República no había logrado un orden de cosas que satisficiera sus exigencias, por lo que era llegado el momento de hacer un esfuerzo para constituirla. Santa Anna reconocía que el “espíritu democrático” era el dominante, que el centralismo era inaplicable en México y que su

¹⁸⁵ Gómez Farías a Francisco Vital Fernández, México, 4 de junio de 1845, AVGF, 1194.

unitarismo del pasado no había dado resultado porque enajenaba al gobierno el apoyo de “los pueblos”.¹⁸⁶

En dos palabras, me persuadí de que si no se dejaba a la república constituirse de la manera que quisiese y acogíamos las ideas del siglo, arreglando por ellas todos los ramos de nuestra administración, no se lograba la paz, el orden, ni había para nosotros prosperidad, ni podríamos salvar nuestra nacionalidad de la ambición de nuestros vecinos septentrionales que sólo pueden contenerse con principios [,] y principios que ellos nos han enseñado con resultados felices.¹⁸⁷

Adjunto a la carta estaba el mismo plan político enviado casi paralelamente a Lafragua, que proclamaba el cambio de Constitución y con el cual la alianza radical-santanista se rebelaría contra Paredes meses después. En opinión de Rejón, este plan serviría “para uniformar la opinión y hacer del pueblo [Gómez Farías] y del ejército [Santa Anna] una masa compacta”.¹⁸⁸

Es de notar que, al mismo tiempo que ofrecía los territorios del norte a Polk, el jalapeño hablaba a Gómez Farías de salvar al país de la ambición estadounidense, pero usando como arma los principios políticos de los propios Estados Unidos, que eran los mismos profesados por el partido liberal. La idea fue expresada también por Rejón en una de sus cartas.¹⁸⁹ Esta correspondencia no fue la única documentación en la que los liberales mexicanos reconocieron su pupilaje respecto de los Estados Unidos e incluso su monroísmo; ya en el *Acta constitutiva* de 31 de enero de 1824 habían reconocido que, al redactar la primera Constitución mexicana, se disponían a tomar como modelo “la

¹⁸⁶ Santa Anna a Manuel Teulet, 8 de marzo de 1846, AVGF, 1377-1378.

¹⁸⁷ *Ibid.*

¹⁸⁸ Rejón a Crescencio Boves, La Habana, 9 de marzo de 1846, AVGF, 1384.

¹⁸⁹ Rejón a Gómez Farías, La Habana, 9 de enero de 1846, AVGF, 1363.

república floreciente de nuestros vecinos del norte”.¹⁹⁰ Además, se afiliaron al dogma postulado por Fray Servando, idéntico al de Monroe, de que el sistema apropiado para las naciones americanas era, “por naturaleza”, el republicano: “Un pacto implícito y eterno liga a los pueblos de América independiente, para no permitir en su seno otra forma de gobierno [como la monarquía]”, y así como en Europa se afirmó el sistema monárquico, “así en el continente de Colón debía necesariamente dominar al fin el democrático”. Veinte años después, y a pesar de la humillación sufrida en la guerra, los liberales seguían expresando sin tapujos su admiración por el vecino: en la parte expositiva del dictamen del proyecto de Constitución, elaborado por la comisión correspondiente del Congreso constituyente de 1856, los autores del mismo declararon que los Estados Unidos era el país “más ilustrado de América”, cuyo “pueblo [añadieron] marcha sin trabas por el camino de la libertad y cuyos adelantos nos infunden tanto temor como deseos de imitarle”. Según Edmundo O’Gorman, en la primera mitad del siglo XIX la gran meta liberal era “transformar a la sociedad mexicana a imagen de la ‘república-modelo’, hasta donde pudiera llegar la semejanza”.¹⁹¹

Así, parece evidente que, con sus alarmantes informes sobre la participación franco-británica en la intriga monárquica y la idea de que el vecino del norte, más que un enemigo, era un maestro, Santa Anna y Rejón pensaban seguir insinuando la necesidad de una alianza con el supuesto enemigo para defenderse de Europa - el verdadero enemigo -, aun a costa de algún sacrificio territorial. Esta línea de acción iba a resultar eficaz, pues,

¹⁹⁰ *Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos, Sancionada por el Congreso General Constituyente el 1 de octubre de 1824*, México, Imprenta del Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, en Palacio, 1824, p. VI.

¹⁹¹ O’Gorman, *op. cit.*, 1969, p. 21-22 y 54-57.

como acabamos de ver, los radicales estaban llegando por su lado a la conclusión de que no había alternativa. Sólo así se podría alcanzar la gran meta de cambiar la Constitución centralista por una federal-liberal, pues cuando Santa Anna hablaba de satisfacer las aspiraciones de las masas y dejar al pueblo en entera libertad de constituirse, en realidad hablaba, ya lo hemos explicado, de satisfacer las aspiraciones del partido liberal, dándole libertad para constituir a la nación como le pareciese.

La decisión definitiva de los liberales, tanto radicales como moderados, de acceder a una alianza antimonárquica con el monroísmo estadounidense fue precipitada por las acciones de Paredes y los monarquistas. El presidente, sin declararse por ningún partido, siguió sosteniendo la postura de que la forma de gobierno sería decidida por el Congreso Constituyente, lo cual fue, prácticamente, anunciar la monarquía. Tal vez como reacción a la creciente popularidad de Santa Anna, el periódico *El Tiempo*, que bajo la dirección de Lucas Alamán se había dedicado a ponderar las ventajas del sistema monárquico sobre el republicano, lo pidió abiertamente el 12 de febrero.¹⁹² Esto produjo una amenaza armada en Michoacán, por lo que *El Tiempo*, como medida distractora, trató de despertar el entusiasmo por la guerra con los Estados Unidos.¹⁹³

Poco a poco, la discusión fue sacando a la luz las verdaderas intenciones del partido monárquico. Después de que Lucas Alamán y Salvador Bermúdez de Castro habían descartado ir a la guerra contra los Estados Unidos, en las páginas de *El Tiempo* se unieron a Paredes en su condena de la política pacifista seguida por Herrera y defendieron el belicismo con pasión. Conscientes de la insignificancia del ejército estadounidense,

¹⁹² Soto, *op. cit.*, p. 117, Santoni, *op. cit.*, p. 194.

¹⁹³ Soto, *op. cit.*, p. 159.

afirmaron que el mexicano era superior y destacaron que el próximo conflicto sería una magnífica oportunidad para que los “verdaderos amigos de México”: las potencias europeas, intervinieran para eliminar de una vez por todas al expansionismo del vecino; de paso podrían poner orden en la desastrosa vida política mexicana.¹⁹⁴ En realidad, se trataba de la confesión de que el poder de cualquier partido resultaba insuficiente para sostener el sistema o forma de gobierno que se impusiera, pues siempre podía ser derogado por las facciones rivales, por lo cual se juzgaba necesaria la intervención extranjera, para dar al sistema la estabilidad que el pueblo mexicano era incapaz de aportar debido a su ausencia en la vida política.

La declaración abierta de los monarquistas de que estaban pensando en convocar una intervención europea terminó con los titubeos liberales de entregarse al monroísmo estadounidense. Según comunicaron al cónsul Black, para enfrentar al intervencionismo europeo estaban dispuestos a aceptar, como potencia interventora alterna, a los Estados Unidos.

Afirman [los liberales] que no puede haber duda de que el presente gobierno ha sido establecido y sostenido por un ejercicio indebido de esta influencia [europea], dirigida a la destrucción de los principios liberales y del gobierno libre en este continente; saben que los Estados Unidos no podrían interferir en sus disensiones internas, pero consideran que este es un caso extraordinario que justificaría tal interferencia sobre el principio de la propia defensa, que el partido liberal estaría bien dispuesto hacia los Estados Unidos, y que de volver al poder se apresurarían a tener un amigable y generoso ajuste de todas las diferencias.¹⁹⁵

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 187.

¹⁹⁵ John Black a James Buchanan, México, 19 de marzo de 1846, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 833.

El último ofrecimiento resultaba notable, pues insinuaba la disposición de los liberales a satisfacer la ambición territorial del vecino norteamericano.

Los liberales no se equivocaban respecto a las intenciones del gobierno y los monarquistas pues, siguiendo los consejos de Aberdeen, transmitidos por Tomás Murphy, Paredes comenzó a tomar medidas para retrasar toda negociación con los estadounidenses y seguir negociando la ayuda europea.

Respecto del primer punto, ratificó el rechazo de Slidell. El nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Joaquín M. Castillo y Lanzas, se lo comunicó a Slidell el 12 de marzo,¹⁹⁶ ante lo cual el agente de Polk reaccionó refutando las acusaciones de usurpación de Texas que el ministro mexicano hacía contra su gobierno, y declarando que el derrocamiento de Herrera por no iniciar la guerra contra los Estados Unidos y las belicosas declaraciones de Paredes demostraban que era México el que sostenía una actitud hostil.¹⁹⁷ Para el 2 de abril navegaba frustrado hacia su país. En sus últimos informes a Buchanan expresó que no estaba seguro de los motivos del segundo rechazo, pues no sabía si atribuirlo a que Paredes, igual que Herrera, estaba acosado por la oposición o si de verdad confiaba en recibir muy pronto ayuda europea. Al principio de su misión no había dado crédito a los rumores sobre la intriga monárquica, pero luego de ser rechazado definitivamente comenzaba a creer en ellos, y además sospechaba que era Charles Bankhead, el ministro británico, y no Salvador Bermúdez de Castro, el principal instigador.¹⁹⁸

¹⁹⁶ Castillo y Lanzas a John Slidell, 12 de marzo de 1846, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 818, Polk, *op. cit.*, v.2, apéndice D, doc. 26, p. 115.

¹⁹⁷ Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 824, Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice D, doc. 27, p. 121.

¹⁹⁸ Pletcher, *op. cit.*, p. 110.

Por su parte, mediante un manifiesto, Paredes declaró el 21 de marzo que, una vez despojado México de Texas y descubiertos los designios estadounidenses de apoderarse de otros territorios del norte, protestaba que la nación “no reconocerá la bandera americana en el suelo de Tejas [*sic*], que defenderá su propiedad invadida y que no permitirá jamás, por jamás, nuevas conquistas”. Enseguida declinaba el derecho del Ejecutivo a declarar la guerra en el Congreso, y anunciaba que su gobierno se limitaría a repeler cualquier ataque. Finalmente llamaba a la unión para defender al país y negaba sus intenciones monárquicas.¹⁹⁹

Paredes se abstuvo de declarar la guerra porque, como hemos explicado, su verdadera intención era retrasar el conflicto a fin de ganar tiempo y seguir negociando el apoyo anglo-francés para proteger a California durante las hostilidades. Con este último objeto despachó a Europa al general Juan Nepomuceno Almonte como enviado extraordinario cerca del gobierno francés, con la misión de obtener una respuesta definitiva a la petición de ayuda naval hecha por el gobierno de Herrera el año anterior.

La misión de Almonte

El nombramiento de Almonte para una misión tan delicada resulta un tanto sorprendente, pues en esos momentos era un personaje que hacía alarde de principios liberales y republicanos, estaba destinado a ser el líder de un levantamiento liberal en Veracruz y por

¹⁹⁹ Mariano Paredes y Arrillaga, *Ultimas comunicaciones entre el gobierno mexicano y el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario nombrado por el de los Estados Unidos, sobre la cuestión de Texas y admisión de dicho agente*, México, Ignacio Cumplido, 1846.

ello era vigilado estrechamente por el gobierno.²⁰⁰ Según Santoni, por todo lo anterior el presidente lo despachó a Europa, es decir, para alejarlo;²⁰¹ por nuestra parte creemos que, aunque pareciera absurdo elegir para esa misión a un enemigo político, la elección de Almonte obedecía a su experiencia en Texas y como diplomático.

Castillo y Lanzas expidió las instrucciones de Almonte el 23 de marzo. Debía proseguir en Europa la negociación pendiente acerca de los auxilios que pudieran prestar los gobiernos de Francia e Inglaterra para impedir que los Estados Unidos se apoderase de las Californias en caso de guerra: “Esto parece ya inevitable según las últimas contestaciones habidas con el ministro americano John Slidell”. En los archivos de la legación mexicana en París encontraría la documentación pertinente, en Londres Tomás Murphy lo pondría al tanto de los antecedentes del negocio y juntos habrían de trabajar para obtener de dichos gobiernos una decisión definitiva.²⁰²

Al mismo tiempo, el ministro de Relaciones recomendaba a ambos que los términos en que se estableciera el protectorado y realizara la planeada colonización franco-británica de las Californias deberían ser tan claros y precisos que se evitase una usurpación como la de Texas.²⁰³ Quizás ésta sea la clave para entender por qué se pensó en Almonte para esa misión, pues, gracias a su viaje de estudio a Texas (1834), su experiencia en la guerra por dicho territorio y como ministro de México en Washington,

²⁰⁰ Santoni, *op. cit.*, 215-225.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 234.

²⁰² “Instrucciones que por el Ministerio de relaciones exteriores y Gobernación, se dan al Exmo. Sr. D. Juan Nepomuceno Almonte nombrado enviado extraordinario cerca de S. M. el Rey de los franceses”, AGESRE, L-E-302, A, f. 99.

²⁰³ *Ibid.*

era uno de los políticos que mejor conocía el proceso de cómo una apertura a la colonización extranjera podía derivar en un caso de usurpación.

Almonte aceptó su misión el mismo 23 de marzo pero, antes de ponerse en marcha hacia Europa, entró en contacto con quienes estaban organizando el regreso de Santa Anna. Lafragua asentó en uno de sus manuscritos que, en momentos en que la conspiración santanista seguía viento en popa, se le presentó el general Almonte, dispuesto a incorporarse y con una propuesta de plan político, que fue rechazada por los militares comprometidos a favor del plan que Santa Anna le había enviado tanto a él como a Gómez Farías. “Almonte se vio obligado a ceder y adoptó el referido plan: salió para desempeñar la misión diplomática que le confió Paredes, ofreciendo pronunciarse en Veracruz. No lo hizo, siguió hasta La Habana donde quedó con Santa Anna...”²⁰⁴

En efecto, en su camino al puerto de Veracruz, Almonte se detuvo en Puebla a fin de buscar apoyo para el levantamiento que estaba preparando con los radicales, pero al ser rechazado por distinguidos políticos y militares de esa ciudad, siguió su camino y se embarcó para La Habana.²⁰⁵ En esta ciudad se reunió con Santa Anna y al parecer le comunicó que Paredes sostenía negociaciones con las potencias europeas para obtener su ayuda en la guerra que se disponía a emprender. Esto produjo una nueva carta a Gómez Farías en la que el jalapeño insistía en la necesidad de formalizar de una buena vez la alianza liberal-santanista: “La patria así nos lo demanda en la angustiada posición en que se encuentra”²⁰⁶.

²⁰⁴ Lafragua, *loc. cit.*, f. 5.

²⁰⁵ Santoni, *op. cit.*, p. 236.

²⁰⁶ Santa Anna a Gómez Farías, Cerro, 23 de abril de 1846, AVGF, 1400.

Luego de afirmar que, bajo el liderazgo de ambos, el pueblo y el ejército regenerarían a la nación, salvándola a la vez “de la ambición voraz de los Estados Unidos y de la política maquiavélica de los gabinetes europeos interesados en volverla a esclavizar”, Santa Anna dejaba ver la influencia de Almonte al afirmar que estaba alarmado tanto por la amenaza europea como por la traición de Paredes. Los grandes aprestos militares que se hacían en Inglaterra y Francia no podían tener otro propósito que el de “volver a subyugar a la raza hispanoamericana, empezando por nuestra república”, en la que pretendían imponer, junto con España, un príncipe extranjero. “Todo esto indica que debemos apresurarnos a quitar el poder de las manos del detestable partido de los denominados “*hombres de bien*” a que con tanta justicia ha hecho U. siempre la guerra, y que tan incauta y noblemente protegí de 1834 en adelante”.²⁰⁷

El cinismo al tachar de traidor a Paredes era notable, pues mientras el jalapeño acababa de ofrecer a Polk los territorios del norte y lo estimulaba a invadirlos, el primero pretendía, era verdad, abrir California al poder europeo, pero en condiciones tales que México conservara la soberanía sobre esa provincia. A los ojos de Santa Anna, la misión de Almonte y los preparativos europeos parecían confirmar los exagerados anuncios de la prensa monárquica, tanto mexicana como europea, en el sentido de que aquellas potencias se disponían a imponer una monarquía y, por tanto, eran ellas quienes estaban detrás de España y su intrigante ministro Bermúdez de Castro, cuando la verdad era que Lord Aberdeen tan sólo estaba dispuesto a proteger las Californias de la invasión estadounidense, pero sin comprometer a la Gran Bretaña en la guerra, al tiempo que

²⁰⁷ *Ibid.*

existían serias dificultades para lograr que la anglofobia francesa permitiera a Guizot involucrar a Francia como aliada de México contra los Estados Unidos.

Igualmente notable era que Santa Anna siguiera hablando de defender a México de la voraz ambición estadounidense. Por lo visto, o no sabía que por medio del cónsul Black, e igualmente estimulados por el monroísmo, los radicales también se habían acercado al inquilino de la Casa Blanca con peticiones de auxilio, o simplemente existía un acuerdo de disimular en la correspondencia, pues, como hemos visto, tanto él como los radicales llegaron a la conclusión de que, en “la angustiada posición” en que se encontraba la república, amenazada por el monarquismo europeo, no había más alternativa que aceptar la invitación de Polk a defender al continente norteamericano de las acechanzas de Europa y aliarse con él, aun cuando esto implicara la entrega de territorios como retribución por la intervención que estaban solicitando.

Puede ser que el caudillo tampoco supiera que en México monarquistas y liberales acababan de hacer públicas sus respectivas políticas. En su número del 12 de febrero, *El Tiempo* afirmó que México no podía enfrentar solo la embestida del norte, por lo cual tenía que buscar una alianza con Europa y dar garantías a las naciones de aquel continente. Tal parece que preparaba el terreno para anunciar el protectorado británico sobre California. Por su parte, los diarios liberales respondían que eso era dar argumentos a los estadounidenses para invadir México, y ante las acusaciones de traición que les hacía el diario monarquista, *El Republicano* del 28 de marzo afirmó que era preferible una alianza con los Estados Unidos que con cualquier potencia europea y se declaró

monroísta, así como sostenedor de los principios expresados por el presidente Polk en su mensaje del 2 de diciembre de 1845.

El mismo diario, en una serie de artículos a lo largo de 1846, siguió defendiendo el republicanism haciendo suya la visión de Polk de un mundo dividido entre este sistema y el monárquico, así como la teoría del Destino Manifiesto al afirmar que el Nuevo continente había sido señalado por la Providencia para mostrar al Viejo el camino del progreso. Para los redactores, era un hecho que el futuro estaba a lado del republicanism defendido por los norteamericanos en la palestra internacional, lo cual explicaba que, ante la amenaza monárquica, el separatismo comenzara a manifestarse en el norte y Yucatán y muchos liberales radicales, ante la posibilidad de la instauración de una monarquía en México, estuvieran dispuestos a anexarse a los Estados Unidos.²⁰⁸

El regreso de Santa Anna siguió fraguándose en abril con el reclutamiento de más liberales, como el general Juan Álvarez, quien también se carteaba con el caudillo, detuvo en Acapulco la expedición enviada por Paredes a defender California y proclamó en ese puerto un plan en el que desconocía al gobierno por sus tendencias monárquicas, pedía la ratificación de la forma de gobierno republicana y reconocía como presidente al general Santa Anna.²⁰⁹ Ese levantamiento fue un duro golpe para Paredes, no sólo porque Álvarez se apoderó de las tropas y pertrechos de la expedición, sino porque no podía lanzarse a la guerra sin asegurar de algún modo a California. Esto implicaba que los liberales comenzaban a poner su grano de arena a favor de la causa estadounidense en esa provincia

²⁰⁸ Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública, (1845-1848)*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas 196), 1975, p. 110-111.

²⁰⁹ Santoni, *op. cit.*, p. 240.

y también significó el apretón de manos final entre Santa Anna y Gómez Farías, pues el 28 de abril éste escribió al jalapeño para sellar su alianza de manera definitiva. En su respuesta, el caudillo señaló que sólo faltaba resolver el problema de su regreso, por lo que el líder radical debía proporcionarle un punto de desembarco en el que pudiera encontrar apoyo, y Veracruz parecía ser el más indicado. Al terminar su carta comentó a don Valentín que acababa de escribir a Juan Álvarez para alentarle a “llevar adelante su noble empresa”.²¹⁰

Reconocimiento de estado de guerra

Entre tanto, el 7 de abril se tuvieron noticias en Washington de que Slidell acababa de ser rechazado, lo cual decidió a Polk a enviar una recomendación al Congreso para adoptar medidas que pusieran “remedio por nuestra propia mano a las injurias y agravios que hemos sufrido”.²¹¹ Sin embargo, antes de hacer tal recomendación, conversó al respecto con el senador Benton, conversación en la que salió a la luz el hecho de que lo que verdaderamente los llevaba a la guerra era la hipotética y temida intervención europea:

Tuvimos una amplia conversación respecto a nuestras relaciones con México, y a los pasos que sería apropiado dar, especialmente en el caso de que las principales potencias de Europa intentaran imponer por la fuerza un Príncipe extranjero en un trono en México. En el curso de la conversación el coronel Benton manifestó su opinión de que los más capaces de nuestros hombres deberían ser Ministros en los Países Sud Americanos, y que deberíamos cultivar la amistad de éstos y marchar de acuerdo con ellos, mientras las testas coronadas de Europa se mantuvieran unidas.²¹²

²¹⁰ Santa Anna a Gómez Farías, La Habana, 9 de mayo de 1846, AVGF, 1406.

²¹¹ Polk, *op. cit.*, p. 43.

²¹² *Ibid.*, p. 44.

Es decir, ni la ambición por California, ni las reclamaciones contra México, ni la negativa de éste a reconocer la pérdida de Texas, ni las bravatas de Paredes ocuparon el primer lugar en el panorama que se abría con la guerra, sino la necesidad de impedir la implantación de un trono europeizante en América y de llamar a la unión a las naciones americanas en momentos en que se disponían a agredir a una de éstas. Esto sugiere que, en efecto, Polk y consejeros como Benton marchaban a la guerra para satisfacer la solicitud de intervención presentada por los liberales mexicanos, los aliados naturales del sur en contra de las testas coronadas y, de paso, cobrar una jugosa comisión territorial.

La conversación entre Polk y Benton era reflejo del hecho de que en los Estados Unidos existía la seguridad de que Europa estaba decidida a salvar a México de su expansión, nacida de la misma fuente que alarmaba a los liberales mexicanos: la prensa del Viejo Continente que, enterada de la existencia de una intriga monárquica española, comenzó a anunciar y apoyar la proyectada monarquía y a impugnar la doctrina Monroe. En los Estados Unidos, tales noticias hicieron temer por California y suscitaron que la prensa refrendara su monroísmo. Según Pletcher, esta era la postura de Polk: “El presidente había escuchado rumores sobre la intriga monárquica desde noviembre de 1845 y, evidentemente, pensaba que no era España sino el Reino Unido, el principal instigador, pues su idea del papel que la Gran Bretaña desempeñaba en Texas, California y Oregón lo predisponía a creer que Peel y Aberdeen eran capaces casi de cualquier triquiñuela para contener la expansión estadounidense”.²¹³

²¹³ Pletcher, *op. cit.*, v. 2, p. 97.

A partir de entonces, el inquilino de la Casa Blanca, que al llegar a la presidencia descartó la posibilidad de que su ambición por Texas y California pudiera desatar una guerra, se mostró notablemente ansioso por declararla. Varias veces propuso a su gabinete el envío de un mensaje al Congreso en ese sentido. Al parecer, el rechazo de Slidell y la intriga monárquica lo convencieron de que era necesario marchar a la guerra sin titubeos, es decir, sin esperar a que los mexicanos cometieran el error de cruzar el Bravo e iniciar las hostilidades.²¹⁴ Es muy probable que para entonces ya tuviese decidido que era conveniente invadir México y destruir a Paredes antes de que éste lograra su propósito de involucrar a Gran Bretaña en los asuntos americanos. Sus asesores y los miembros de su gabinete, en cambio, preferían seguir esperando el ataque mexicano y procuraron calmar su ansiedad.²¹⁵

Dado el avance de las tropas estadounidenses sobre el Bravo era tan sólo cuestión de tiempo que se iniciaran hostilidades. Taylor y su ejército alcanzaron ese río el 24 de marzo y acamparon en el Frontón de Santa Isabel, a pocas leguas de Matamoros; luego de que los invasores construyeron un fuerte a la vista de esta ciudad y el general Pedro Ampudia conminara a Taylor a retirarse al otro lado del Nueces, fuerzas mexicanas cruzaron el Bravo y las hostilidades comenzaron en forma de pequeñas escaramuzas desde el 11 de abril.

Por su parte, en la ciudad de México, Paredes notificó la ocupación de la ribera del Bravo y la necesidad de repeler la invasión, sin embargo decretó una guerra puramente

²¹⁴ Polk, *op. cit.*, p. 45-50.

²¹⁵ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 46-50.

defensiva.²¹⁶ Privado de la posibilidad de proteger a California por el levantamiento de Juan Álvarez en Acapulco, seguía absteniéndose de declarar la guerra para ganar tiempo hasta contar con el apoyo naval inglés en aquella provincia y tal vez incluso con la alianza franco-británica contra los Estados Unidos a causa de Oregón y Texas. No sabía que la negociación de esta ayuda acababa de ser interrumpida por la defección de Almonte, quien por esas fechas todavía era esperado en Londres por Tomás Murphy,²¹⁷ con lo que el partido liberal estaba logrando su objeto de aislar al gobierno monarquista de sus aliados europeos.

Antes de recibir la ansiada noticia de alguna agresión mexicana, a quien Polk recibió en su oficina el 8 de mayo fue a John Slidell. Por desgracia, no es posible conocer los detalles de esta entrevista, pues el presidente sólo escribió en su *Diario* que el frustrado agente le expresó su opinión de que a los Estados Unidos no le quedaba otro camino que hacer justicia por propia mano y actuar con prontitud y energía, a lo que él contestó que preparaba un mensaje al Congreso en ese sentido.²¹⁸ Sin embargo, es fácil imaginar los términos en los que Slidell habrá expresado, como hizo en su correspondencia, su perplejidad ante el caos político de México, sus sospechas de la participación británica en la intriga monárquica y los extremos a los que los partidos estaban llegando en sus disensiones internas, como el de convocar intervenciones extranjeras para eliminar al rival político, todo lo cual debió confirmar la decisión de Polk de ir a la guerra en contra del monarquista Paredes y en apoyo del partido liberal.

²¹⁶ Paredes, decreto de 23 de abril de 1846, citado en Olavarría, *op. cit.*, v. 8, p. 124.

²¹⁷ Tomás Murphy a su gobierno, Londres, 1 de junio de 1846, Bosch, 1985, v. 4, p. 696.

²¹⁸ Polk, *op. cit.*, p. 51.

Por fin, el 9 de mayo llegó a Washington la noticia de que se había dado una escaramuza el 25 de abril a orillas del Bravo en la que la caballería mexicana había derrotado a un escuadrón estadounidense. Esa tarde la guerra fue aprobada por el gabinete y Polk y Buchanan se entregaron a una actividad febril para tener listo un mensaje bélico a primera hora del lunes 11 de mayo.²¹⁹

Ese día el presidente envió su mensaje al Congreso. Luego de recordar que México seguía sin satisfacer las reclamaciones estadounidenses y llevaba años mostrando una actitud hostil hacia su vecino, anunció el rechazo de Slidell y declaró que el gobierno mexicano “al fin ha invadido nuestro territorio y derramado la sangre de nuestros ciudadanos en nuestro propio suelo”.²²⁰ Denunció a Mariano Paredes como un gobernante espurio que había subvertido el orden constitucional de su país, justificó la ocupación del Bravo con las pretensiones de los texanos sobre ese río y pidió autorización para llamar a las armas a una fuerza abrumadora.

No era que Polk pidiera al Congreso declarar la guerra, sino que éste reconociese que tal estado de hecho existía por culpa de México, y por tanto, el deber obligaba “a vindicar con decisión el honor, los derechos y los intereses de nuestro país”. Se trataba de una jugada astuta:

Empaquetando la solicitud de fondos de guerra con una declaración de guerra atribuida a México, los demócratas se aseguraban de que cualquier oponente a la medida podía ser acusado de traición. Hábilmente, se limitó el debate a tan sólo media hora, la oposición *whig* fue tomada por sorpresa y no pudo sino ver cómo los demócratas le endilgaban la guerra al Congreso y al país.²²¹

²¹⁹ *Ibid.*, p. 55-56.

²²⁰ Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice F, doc. 1, p. 167.

²²¹ Amy S. Greenberg, *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U. S. Invasion of Mexico*, New York, Vintage Books, p. 105.

Todavía faltaba la aprobación del Senado, pero esa noche Polk se fue a la cama seguro de que sin importar que algunos senadores pudieran exigir más debate antes de aprobar su mensaje, éste iba a ser salvado “por el miedo del pueblo”.²²² Gracias a la propaganda expansionista, que había despertado la desconfianza hacia Europa y la ansiedad por verla metida en Texas y California, la gente quería la guerra, y el presidente esperaba que sus opositores se darían cuenta del costo que tendrían que pagar por su oposición.²²³

En efecto, no obstante que varios senadores denunciaron en la palestra que Polk estaba provocando la guerra, la mayoría no quiso aparecer como poco patriota o cobarde y votó a favor. A las 6:30 del 12 de mayo el mensaje de Polk fue aprobado por 42 votos a 2. El demócrata John C. Calhoun estaba seguro de que ni la décima parte del Congreso habría votado a favor, “pero hemos sido forzados a ir a la guerra” a causa del “miedo del pueblo”, lo cual sentaba el precedente funesto de que el Congreso podía ser obligado a actuar en contra de su sentido de justicia e incluso de conveniencia. Por todo ello, el conflicto que iniciaba fue de inmediato bautizado como “la guerra de Mr. Polk”.²²⁴

El decreto en el que el Congreso reconoció la existencia de un estado de guerra por actos hostiles de México fue publicado el 13 de mayo, mientras que Polk publicó una proclama en el mismo sentido. Curiosamente, el mismo día en que George Bancroft, como secretario de Marina, redactaba el siguiente mensaje destinado al comodoro David

²²² *Ibid.*, p. 108.

²²³ *Ibid.*

²²⁴ *Ibid.*

Conner, jefe de la escuadra encargada de bloquear el puerto de Veracruz y la costa del golfo: “Si Santa Anna trata de entrar a puertos mexicanos, le permitirá usted pasar libremente”.²²⁵

Polk olvidaba sus primeras reservas sobre la confiabilidad de Atocha y la autenticidad de las declaraciones de Santa Anna, y no tenía la menor duda de la conveniencia de permitir el regreso del caudillo. Explicó este proceder en diciembre, en su segundo mensaje al Congreso, en el que declaró que lo último obedeció a la necesidad de apoyar al partido liberal mexicano en su lucha contra el monarquismo, medida que podía impedir una intervención europea en Norteamérica y ahorrar serios conflictos a los Estados Unidos. Explicó que Paredes, mediante un Congreso constituyente subordinado a su voluntad, se había propuesto imponer en México un príncipe extranjero, y por ello se consideró conveniente el surgimiento de una revolución que lo impidiera, así como el retorno del hombre idóneo para encabezarla.²²⁶

La seguridad de que Santa Anna era un republicano dispuesto a oponerse al monarquismo de Paredes no la iba a obtener Polk sino hasta después de la misión de Alexander Slidell MacKenzie, dos meses después del reconocimiento del estado de guerra. Sin embargo, sus agentes en México le aseguraban que el liberalismo mexicano estaba convertido en partidario del monroísmo y dispuesto a ceder los territorios ambicionados a cambio de una intervención militar, la cual ya estaba en marcha, pues el 8 y 9 de mayo se

²²⁵ George Bancroft a David Conner, 13 de mayo de 1846. Polk, *op cit.*, v. 2, apéndice J, doc. 1, p. 303.

²²⁶ Segundo mensaje anual del presidente Polk al Congreso, 8 de diciembre de 1846, Polk, *op. cit.*, apéndice M, doc. 2, p. 441-442.

habían librado las primeras batallas formales en Palo Alto y Resaca de Guerrero, Texas, con contundentes derrotas mexicanas (o, si se quiere, paredistas) como resultado.

Con la proclamación del estado de guerra, Polk se ponía a sí mismo en aptitud de tomar California y Nuevo México en represalia por el ataque mexicano al supuesto territorio estadounidense; sin embargo, en la medida de que se trataba de un acto de conquista, la jugada presidencial no dejó de suscitar dudas e inquietudes en la mente de James Buchanan, quien temió que pudiera conducir a la guerra con Inglaterra y tal vez también con Francia, por lo que propuso que el gobierno hiciera una declaración a las potencias extranjeras en la que se comprometiese a no tomar más territorio mexicano. Luego de intensas discusiones en las que Polk calificó de absurda e inconveniente semejante declaración, aplastó la propuesta de su secretario de Estado declarándose dispuesto a pelear con toda Europa para defender la doctrina Monroe.²²⁷

Es interesante observar que, lejos de compartir las dudas y temores de Buchanan, derivadas de la insignificancia militar de los Estados Unidos, Polk tenía ya en mente la salida al riesgo que estaba dispuesto correr: como señalamos anteriormente, al parecer Santa Anna y Atocha le habían hecho ver que el atrevimiento de tomar California y Nuevo México podía legitimarse en el momento en que los mexicanos cedieran esas provincias en un tratado de paz: “yo estaba casi seguro de que, pagando esa cantidad [propuesta por Santa Anna] al firmar el Tratado, podríamos obtener California y la línea divisoria que deseáramos...”²²⁸ Con tal indemnización para México, el tratado que se suscribiese alejaría el estigma de conquista de la apropiación territorial y la acercaría a una simple transacción

²²⁷ Polk, *Op. cit.*, v. 1, p. 64.

²²⁸ *Ibid.*, p. 101.

de compra-venta y los europeos no tendrían nada que alegar ante la nueva adquisición. El tratado de paz resultaba entonces vital para la política exterior estadounidense, y así se comprende que, a partir de entonces, Polk se mostrara obsesionado y ansioso por llegar a su firma, y se obstinase también en negar que la anexión mediante las armas de una enorme superficie de territorio mexicano implicara una conquista. Por eso prefirió hablar de la “conquista de la paz”.²²⁹ Es casi seguro que su aplomo ante las posibles consecuencias internacionales de su plan, y su seguridad de que era posible llevarlo a buen término, se debían a que contaba con la promesa de Santa Anna y los liberales de que, una vez que tomaran el poder en México, estarían dispuestos a vender el norte (o “cederlo” a cambio de una compensación, como se decía eufemísticamente). Sólo así se explica que Polk dejara a un lado su inicial desconfianza ante las proposiciones vertidas por Atocha, ordenase el mismo día que firmó su proclama llamando a la guerra que se permitiera al jalapeño penetrar el bloqueo y, sobre todo, que en adelante estuviera seguro de que la cooperación de Santa Anna garantizaba que la guerra iba a ser muy corta.²³⁰

Un día después de la declaración de guerra y de la disputa con Buchanan, Polk puso en marcha la conquista del suroeste. En una reunión con William L. Marcy, secretario de Guerra, y con el general Winfield Scott, recién nombrado general en jefe de las tropas estadounidenses en México, declaró que el primer movimiento de la guerra sería organizar

²²⁹ La circular de Buchanan a los representantes estadounidenses en el extranjero, en la que se explicaban a las potencias extranjeras los objetivos estadounidenses en la guerra, quedó de la siguiente forma: “*Vamos a la guerra con México únicamente con el propósito de conquistar una paz honrosa y permanente*. Al mismo tiempo que nos proponemos proseguir la guerra con vigor tanto por tierra como por mar, llevaremos la rama de la oliva en una mano y la espada en la otra, y cuando se acepte aquella envainaremos ésta”. Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice F, doc. 4, p. 179. Las cursivas son del original.

²³⁰ Greenber, *op. cit.*, p. 109-110 y 148-149.

y enviar a las provincias del norte mexicano una fuerza competente para ocuparlas y retenerlas. Algo que llama poderosamente la atención es que Polk considerara excesiva la propuesta del general Scott de reunir de inmediato 20,000 voluntarios, además del ejército regular, para la invasión de México, pues: “Yo no creo que fueran necesarios tanto así...”²³¹ Esta actitud de escatimar recursos en los momentos en los que estaba lanzando a su país a una guerra para la cual, según hemos dicho en la introducción, no estaba preparado, no sólo resulta desconcertante, sino que iba a despertar el odio y desprecio de sus generales en su contra, pues la mantuvo durante toda la guerra.²³² La creencia de que se iba a requerir de pocos soldados para invadir y derrotar a un país enorme parece ser otra muestra de la seguridad que tenía de que Santa Anna le iba a proporcionar una guerra breve. Luego de dos días de trabajo de organización, quedó formado un destacamento de caballería bajo el mando del general Stephen W. Kearny, y la conquista del noroeste mexicano fue aprobada por el gabinete el 2 de junio.²³³

Dejad absolutamente todo al Congreso

Pronunciamientos con los mismos objetivos que el de Álvarez se sucedieron en varios departamentos de la República, lo cual, aunado a las primeras derrotas en Texas surtió el efecto esperado por la alianza liberal-santanista: llevar al gobierno a una situación

²³¹ Polk. *Op. cit.*, v. 1, p. 66.

²³² Otis A. Singletary, *op. cit.*, cap. 5.

²³³ Polk, *op. cit.*, v.1, p. 85.

desesperada. Paredes abandonó su actitud beligerante y trató de negociar con el cónsul Black, quien declaró no tener poderes para hacerlo.²³⁴

Por su parte, Bermúdez de Castro escribió a su gobierno para anunciar que las derrotas en el norte significaban el fin del movimiento monárquico, pues el presidente estaba desprestigiado, aunque *El Tiempo* no sólo siguió impulsando la monarquía, sino que afirmaba que era necesaria para recibir ayuda de las potencias europeas en contra del expansionismo estadounidense.²³⁵ El gobierno reaccionó encarcelando sospechosos de sedición, entre ellos a Valentín Gómez Farías, pero el movimiento continuó bajo la dirección de su hijo Fermín, quien informaba a Santa Anna de los adelantos.²³⁶

La alianza liberal-santanista se consolidaba cada día más y parecía que sus integrantes trataban de convencerse unos a otros de los pasos que estaban dando; un ejemplo es una carta de Rejón, fechada el 6 de junio, en la que insistía ante Gómez Farías en la necesidad de detener la amenaza franco-británica. La carta llevaba adjuntos “impresos importantes” que hablaban de los proyectos de Europa para devolver México a España y de las recientes derrotas del ejército mexicano en el Bravo. “*El Heraldo* del 18 del último abril, y el *Comercio de Cádiz*... revelarán a los militares lo que les decía el *Tiempo* [sic] para engañarlos de que se establecería en México la monarquía sin pensarse en remitir un ejército extranjero para sostenerla. Descubren así mismo que se cuenta con Gran Bretaña para aquel proyecto...”²³⁷

²³⁴ Black a Conner, 9 de julio de 1846, citado por Anna Kasten Nelson, “The secret diplomacy of James K. Plok during the Mexican War, 1846-1847”, Universidad de Oklahoma, 1972, p. 88.

²³⁵ Soto, *op. cit.*, p. 189-191.

²³⁶ Fermín Gómez Farías a Santa Anna, México, 29 de mayo de 1846, AVGF, 1412.

²³⁷ Rejón a Valentín Gómez Farías, La Habana, 6 de junio de 1846, AVGF, 1414.

Según Rejón, era indudable que Paredes había desafiado al vecino del norte para poner al país “en la abrumativa de elegir entre los Estados Unidos y la dominación europea con un príncipe español”; por tanto, el mejor servicio que podía hacerse a la nación era ponerla “cuanto antes en el camino de los principios”.²³⁸ Volvía a presentar a éstos - liberales, por supuesto - como la única salvación; pero daba la casualidad que - como había dicho Santa Anna - se trataba los principios que los propios Estados Unidos habían enseñado a México, con lo que tenemos una nueva insinuación de la conveniencia de escuchar el llamado monroísta de Polk a defender Norteamérica.

Mientras este delicado punto era tratado con insinuaciones, había otros que se trataban abiertamente. En respuesta a una carta de Santa Anna, fechada el 10 de junio, Gómez Farías proponía convocar a un Congreso constituyente encargado de cambiar la Constitución, y subrayaba el carácter soberano de dicho cuerpo al establecer que ningún jefe revolucionario podría estar sobre él y al darle la facultad de nombrar un Ejecutivo interino, sin más función que la de un encargado de la administración durante el tiempo en el que el Congreso cumpliera su cometido.²³⁹ La división de poderes quedaría así formalmente eliminada y establecido el poder absoluto, es decir, soberano, del Congreso: “De este modo se deja todo, absolutamente todo a dicho Congreso según U. [Santa Anna] lo indica”.²⁴⁰ Más tarde, los conspiradores iban a declarar que ese Congreso omnipotente estaría encargado también de decidir todo lo relativo a la guerra y al destino de los territorios del norte. Llama la atención que Santa Anna y Gómez Farías utilizaran el mismo

²³⁸ *Ibid.*

²³⁹ Gómez Farías a Santa Anna, s/d, junio de 1846, borrador con letra de Fermín Gómez Farías, AVGF, 1427.

²⁴⁰ *Ibid.*

lenguaje de Paredes al planear el futuro Congreso Constituyente; es evidente que, al igual que éste último (y que Paredes y Alamán cuando se propuso imponer la monarquía mediante un Congreso elegido por ellos mismos) tenían plena consciencia de que, a través del poder absoluto de un Congreso constituyente podían imponer su proyecto de nación.

Gómez Farías terminaba su carta calificando a la “guerra de Texas” como una necesidad patriótica, lo cual indica que, a esas alturas, ni él ni Santa Anna se atrevían a hablar abiertamente de la alianza con Polk, aunque cada uno por su lado lo tuviera decidido.

La necesidad de la guerra radicaba en que se la iba a tomar como pretexto para derrocar al gobierno, cambiar la Constitución y frenar la temida intervención europea, por lo cual había que impedir que Paredes lograra la paz antes que la alianza liberal-santanista alcanzara sus fines, o simplemente dejara a la oposición sin pretextos, como sucedió a principios de junio, cuando por fin se reunió el Congreso convocado por Alamán y en su discurso de apertura Paredes exhortó a los legisladores a mantener las instituciones republicanas. Al día siguiente, *El Tiempo* salió de circulación y los monarquistas pasaron de aliados a opositores del gobierno.²⁴¹

La abstinencia a tratar abiertamente sobre la alianza con Polk se debía tal vez a un acuerdo de no hacerlo en la correspondencia - para no ofrecer testimonios escritos a los rivales ni a la historia - pues es un hecho que los conspiradores contaban con agentes encargados de transmitir mensajes e instrucciones verbales: “Lerdo, el secretario de Almonte, regresa a esa con el pretexto de llevar unos pliegos, pero con el verdadero

²⁴¹ Soto, *op. cit.*, p. 189-191.

objeto de hablar con U. y otros amigos para acabar de arreglar nuestras cosas”.²⁴² Según Salvador Bermúdez de Castro, otro de estos agentes era Antonio Haro y Tamariz, antiguo integrante del gabinete de Santa Anna en 1844, quien desarrolló en Washington una misteriosa misión y al concluirla fletó un vapor expresamente para reunirse con Santa Anna en Cuba. También se supo en los medios diplomáticos que la rebelión santanista iba a contar con financiamiento estadounidense.²⁴³

Como quiera que fuese, a principios de julio el regreso de Santa Anna estaban por alcanzar su punto de maduración gracias a las negociaciones con el presidente de la nación enemiga.

La misión de MacKenzie

La prisión de Gómez Farías y otros conspiradores obligó a Santa Anna a posponer su regreso a México por algunas semanas, lo cual al parecer puso nervioso a Polk, pues sus informantes le habían asegurado que Santa Anna estaría gobernando en mayo; retomó entonces la idea (inspirada por las charlas sostenidas con Atocha) de enviar un agente a La Habana para tratar de manera directa. Aquí se vuelve a notar la influencia de Slidell, pues la persona elegida para desempeñar esa misión – que sería la de un agente secreto, ya que no podría hacerse público que se iba a entrar en contacto con el futuro gobernante de un país enemigo – fue un oficial de la marina llamado Alexander Slidell MacKenzie,

²⁴² Rejón a Gómez Farías, La Habana, 9 de abril de 1846, AVGF, 1394.

²⁴³ Salvador Bermúdez de Castro a su gobierno, México, 28 de agosto de 1846, en Figueroa Esquer, *op. cit.*, 2002, p. 76.

hermano de John Slidell.²⁴⁴ Es de comprender que éste, sabedor de que iban a tratarse con Santa Anna materias de dudosa honorabilidad, se apresurara a proponer a su hermano como persona de absoluta confianza,²⁴⁵ y llama la atención que Polk aceptase, no obstante que MacKenzie tenía reputación de ser una persona impulsiva, vanidosa e irresponsable a raíz de haber ahorcado, sin juicio, a tres marinos en alta mar después de un motín y estar por ello bajo proceso en una corte marcial naval.²⁴⁶

A principios de julio, el presidente Polk entregó a MacKenzie un mensaje para Santa Anna de manera verbal, que sin embargo el agente trasladó al papel sin autorización. Esta fue la primera muestra de su ineptitud como agente secreto, pues, al llegar a La Habana el 5 y obtener una cita con el caudillo mexicano por intermediación del cónsul estadounidense, se dirigió a la misma el 6 en uniforme y en coche descubierto, y al no encontrar al general en su casa, entregó a la servidumbre una tarjeta en la que constaban su identidad y misión.²⁴⁷

En la entrevista, desarrollada a la mañana del día siguiente, MacKenzie declaró que Polk esperaba el pronto derrocamiento de Paredes y su sustitución con Santa Anna, a quien creía capacitado para gobernar y negociar las cuestiones pendientes, así como enemigo de prolongar una guerra que podía ser desastrosa. Por ello, el presidente había ordenado que la escuadra que bloqueaba los puertos mexicanos le permitiera desembarcar. Recordando las declaraciones de Atocha, Polk subrayaba por medio de su

²⁴⁴ Alexander Slidell adoptó el apellido MacKenzie a cambio de un beneficio económico cedido por un tío suyo. Nelson, *op. cit.*, p. 51.

²⁴⁵ Según el senador Benton, Buchanan fue quien, influenciado por John Slidell, propuso a Alexander Slidell MacKenzie para la misión en La Habana, Nelson, *op. cit.*, p. 56-57.

²⁴⁶ Nelson, *op. cit.*, p. 52.

²⁴⁷ Informe de Alexander Slidell MacKenzie a Buchanan sobre su entrevista con Santa Anna, Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice J, doc. 2, p. 304.

agente que estaba de acuerdo con Santa Anna en la conveniencia que representaba para ambas partes el que México aceptara ceder sus territorios norteros a cambio de una compensación pecuniaria que fortalecería las débiles finanzas del país y apuntalaría el gobierno que Santa Anna se encargaría de formar.²⁴⁸

A juicio de MacKenzie, Santa Anna recibió el mensaje de Polk “con notoria satisfacción”, y agradeció que se le permitiera regresar a su país. Aunque afirmó que la frontera de Texas siempre había sido el Nueces, MacKenzie le aseguró que su país jamás aceptaría otra que no fuese el Bravo y de ahí hasta San Francisco, a lo que Santa Anna respondió que, de retomar el poder, haría concesiones antes de permitir que se instaurara una monarquía en México. Deseaba que los principios republicanos triunfaran allí y se estableciera una constitución enteramente liberal, lo cual era su programa; si el gobierno de los Estados Unidos estimulaba “sus patrióticos deseos”, ofrecía responder con una paz tal como la describía MacKenzie. Solicitaba que los esfuerzos se encaminaran a favorecer su regreso y a proteger al partido republicano.²⁴⁹

Para obtener este último objeto, el jalapeño consideraba necesario que el ejército estadounidense avanzara hasta Saltillo (más adelante veremos la importancia estratégica de esta ciudad), pues eso obligaría a Paredes a luchar y precipitaría su derrocamiento. Un avance más hasta San Luis Potosí obligaría a todos los partidos a clamar por su regreso. Otra recomendación estratégica fue la inmediata toma de Veracruz, San Juan de Ulúa y Tampico. Como profundo conocedor del pueblo mexicano, se permitió dar al enemigo un consejo - que después, como veremos, iba a ser parte fundamental del plan de campaña

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 305.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 307.

del general Winfield Scott -: que el pueblo de las ciudades ocupadas por el ejército estadounidense no fuera maltratado para no despertar su odio. Por último, pidió que se le presentara ante la prensa “como el mexicano que mejor entiende los intereses de su país y como republicano que nunca transigirá con los monarquistas ni estará jamás a favor de una intervención extranjera europea”.²⁵⁰

La estrategia de pinza que proponía el jalapeño – que era la que iban a adoptar los estadounidenses -, consistente en un avance sobre Saltillo y San Luis Potosí y un ataque simultáneo por el oriente contra Tampico y Veracruz, pareció tan importante a McKenzie que, luego de terminar la conferencia, preguntó si el general estaría de acuerdo con que le fuera comunicada a Taylor (más adelante veremos la importancia de Saltillo). Santa Anna respondió que eso sería conveniente siempre que Taylor fuera una persona reservada, y luego de que McKenzie se lo aseguró, accedió a que el agente estadounidense partiera de inmediato al cuartel de su ejército en el río Bravo. De esta manera, por fuente fidedigna, Taylor iba a ser enterado de la postura del caudillo y de sus relaciones con su gobierno.

Santa Anna confirmó de viva voz las afirmaciones de Atocha y de los liberales mexicanos, así como los informes de John Slidell y el cónsul Black: declaró que prefería hacer concesiones territoriales a Washington antes que permitir la intervención europea y la instauración de una monarquía en México y, al recomendar la estrategia para la invasión, confirmaba que para la alianza liberal-santanista la intervención europea sólo podía evitarse con la estadounidense, pues también afirmó que la única manera de proteger las instituciones liberales en México era la ocupación militar por la república más

²⁵⁰ *Ibid.*, p. 307-309.

importante del mundo (“Para obtener este objeto [la defensa del partido republicano] considera necesario que el Ejército del General Taylor avance a la ciudad de Saltillo...”).

La filiación de Santa Anna al corolario monroísta de Polk fue confirmada por el cónsul en La Habana, Robert Campbell, quien el 9 de julio, día en que MacKenzie abandonó ese puerto, escribió al comodoro David Conner para describirle su propia entrevista con el caudillo mexicano; decía que, en presencia de Almonte, aquel se declaró en contra de la intervención europea y aseguró que, de regresar a su país, establecería un gobierno más republicano. Por su parte, Almonte afirmó que los partidarios de Santa Anna (es decir, los liberales) compartían esa postura.²⁵¹

El Plan de la Ciudadela

El arrepentimiento de Paredes no fue suficiente para evitar el progreso de la conspiración liberal-santanista. El 4 de agosto, el general Mariano Salas, ganado para la causa por el líder moderado Juan Rodríguez Puebla,²⁵² liquidó al gobierno con un pronunciamiento en la Ciudadela, cuyo plan político, en su exposición de motivos, declaraba que la lucha por imponer una Constitución era la causa principal de la inestabilidad política del país, proclamaba el cese del Congreso en funciones y anunciaba la formación de uno nuevo y de un código fundamental, “con arreglo a la voluntad de la gran mayoría de la nación [entendámonos, la nación eran los propios revolucionarios y sus partidarios]”, que daría

²⁵¹ Nelson, *op. cit.*, p. 70.

²⁵² Lafragua, *loc. cit.*, f. 9.

(la eterna esperanza) estabilidad al país y terminaría para siempre “nuestras agitaciones interiores”.²⁵³

En su artículo primero, además de proscribir para siempre la forma monárquica de gobierno, el plan anunciaba que el futuro Congreso constituyente no sólo se encargaría de constituir nuevamente a la nación, sino también “de todo lo relativo a la Guerra con los Estados Unidos y a la cuestión de Texas y demás departamentos fronterizos”. El artículo segundo reconocía al general Santa Anna como general en jefe del ejército que repelería la invasión. El tercero encomendaba al Ejecutivo, sin designar a nadie para el cargo, tomar las medidas necesarias para la defensa nacional en tanto se reunía el Congreso. El cuarto disponía que el Congreso tendría que estar reunido a los cuatro meses del triunfo de la revolución y sería el general en jefe el encargado de expedir la convocatoria; el quinto garantizaba la existencia y abastecimiento del ejército y el sexto declaraba traidor a quien intentara retardar la reunión del Congreso, atentara en su contra de cualquier forma o se opusiera a la Constitución y leyes que elaborase.²⁵⁴

Por supuesto, todo ello no era más que el mismo y ya desgastado ritual de las revoluciones mexicanas: la sustitución de una facción por otra en el ejercicio del poder constituyente. Esta vez no había un “gran elector” del Congreso, pero la eliminación de los rivales aseguraba que sería un cuerpo exclusivamente liberal-santanista; lo que sí venía a ser una novedad era el sobresaliente papel que se asignaba al Congreso, al encargársele no sólo constituir a la nación, sino decidir en todo lo referente a la guerra y *al destino de*

²⁵³ Plan de la Ciudadela, citado en Riva Palacio, 1981, v. 8, p. 134.

²⁵⁴ *Ibid.*

los departamentos fronterizos, como si estos estuvieran en disputa o pudiesen ser objeto de negociación.

Ese detalle encerraba el genio político de Santa Anna (hay que recordar que el plan de la Ciudadela era obra suya y había acordado tal detalle con Gómez Farías), pues, al ya no presentarse como elector, sino como simple aliado de las facciones que iban a integrar al Congreso, depositaba en éste la responsabilidad de entregar el norte al invasor. Se trataba de la conciencia de que la decisión de ceder el norte no podía ser tomada por un gobierno, sino por un Congreso, y si éste tenía el carácter de constituyente, mejor, pues sólo un cuerpo representativo en ejercicio del poder constituyente tenía el poder absoluto para reconstituir a la nación con nuevos límites territoriales. En otros términos, el objetivo de Santa Anna era convertir la entrega del norte en una decisión soberana. Más adelante veremos los extremos a los que llegó para convencer u obligar al poder Legislativo a ceder a las exigencias territoriales de Polk. Una vez más se disponía a manipular el poder constituyente para concretar sus designios.

Por la imprecisión del Plan de la Ciudadela, que no aclaraba quién se encargaría del poder Ejecutivo en tanto llegaba el caudillo jalapeño, el general Salas asumió el manejo de la situación. Inseguro en el mando por carecer de legitimidad, se abstuvo de actuar en espera de las órdenes de Santa Anna, pero el líder reconocido del movimiento era Gómez Farías, quien se trasladó a Palacio Nacional y comenzó a dar disposiciones.²⁵⁵

Salas anunció el 6 de agosto, mediante otro manifiesto, la elección de un nuevo Congreso constituyente, cuya convocatoria estaría basada en las regulaciones electorales

²⁵⁵ *El Monitor Republicano*, 26 de diciembre de 1846.

de 1823, en las que se establecía el voto ideal de los radicales, el no limitado por requisitos de ingreso y propiedad. Además de condenar la política conservadora de entregar la soberanía a las clases cultas y adineradas y denunciar la intriga monárquica, hizo un lúcido diagnóstico de la situación del país, en el que señaló al “espíritu de partido” como la causa de la incapacidad de los mexicanos para ponerse de acuerdo sobre el tipo de Constitución que debía adoptarse, lo cual había llevado al país a la ruina.²⁵⁶

Según él, todas las constituciones habían sido producto de la arbitrariedad de una facción, no de la voluntad del pueblo, por lo cual no tardaban en ser derogadas a causa de su falta de legitimidad. Por ello, condenaba el partidismo, aunque reconocía al mismo tiempo que no había manera de que todo el pueblo apoyara al fin una Constitución. Tal vez esa actitud en contra del partidismo no era más que simple evasión ante una terrible necesidad: que, ante la imposibilidad de que la masa políticamente inactiva diera su expresa aprobación a una Constitución, la lucha entre facciones tenía que ser a muerte, si se quería que una de ellas quedara como triunfadora absoluta y pudiera así constituir a la nación de manera definitiva. En el momento que estudiamos, comenzaba a notarse el hastío de que la lucha por la soberanía no hallara solución; sin embargo, lo normal era que se tuviese gran consideración hacia los vencidos, quienes, como observara González Cosío,²⁵⁷ simplemente se retiraban a sus casas o iban a prisión o al destierro a esperar otra oportunidad de volver a la liza política. No estaba lejos el día en el que los miembros de la élite cobraran conciencia de la necesidad de resolver el problema fundamental y entonces comenzaran a fusilarse unos a otros en las guerras civiles posteriores a 1847.

²⁵⁶ El manifiesto de Salas puede verse en Riva Palacio, 1981, v8, p. 136.

²⁵⁷ *Vid.* capítulo 2.

Cuatro días después de la publicación del segundo manifiesto de Salas, a bordo del buque británico *Arab*, Santa Anna escribía a don Valentín: “Cumpliendo el encargo de U. estoy en marcha para Veracruz. Mi vapor se ha atrasado un poco, pero si los americanos no nos estorban, estaremos en el citado puerto el 15 del corriente”. A lo que Gómez Farías contestó: “Venga U. pronto a desempeñar la empresa importante que ha tomado a su cargo. Haciendo U. lo que me anuncia, ocupará un lugar muy distinguido en los fastos de nuestra patria”.²⁵⁸ El acuerdo con “los americanos” no salió en la correspondencia sino hasta el final. La alianza liberal-santanista había alcanzado su cometido y al parecer los liberales y el ejército estaban unidos para establecer definitivamente el federalismo y llegar a un arreglo con el ambicioso vecino. Sin embargo, era de señalar que resultaba absurda por la incompatibilidad de sus componentes, de los que no podían esperarse sino segundas intenciones, sobre todo de Santa Anna, quien, como veremos, no tenía más interés que el de alcanzar el poder autocrático, por lo cual era de esperarse que pronto abandonara a sus aliados y la causa liberal republicana para imponer un gobierno autoritario. En previsión de esto, como veremos, los radicales iban a organizar una coalición de estados que se encargaría de arruinar tales veleidades despóticas.

Ante espectáculo tan difícil de entender, José Fuentes Mares no pudo evitar este comentario: “Los nombres de Farías y Santa Anna enlazados para siempre, como si los dos formaran una sola persona ¡cuánta ternura! ¡qué gran pícaro Santa Anna y qué gran ingenuo don Valentín, que de un golpe tragó el anzuelo y el cordel!”²⁵⁹ Como hemos visto, la alianza de fuerzas incompatibles no se debía a la ingenuidad de Gómez Farías y sus

²⁵⁸ Citado por Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 235-236.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 236.

seguidores, sino a las exigencias de la política internacional, que superaron a las de la interna. Por otra parte, esto era común en la lucha por la soberanía, en la cual dos o más facciones se unían para eliminar a la que estaba en el poder, para luego tratar de eliminarse entre sí, sin más resultado que el de que si una lograba imponerse era pronto derrocada por una nueva alianza de sus rivales, para volver a empezar en un sinfín de alianzas y contra alianzas en las que, en ocasiones, se asignó un papel decisivo a la intervención extranjera, dando por resultado ese amargo dejo de traición que tanto ha preocupado y consterna a generaciones de historiadores mexicanos.

Dinero para comprar la paz

El informe de Mackenzie llegó al escritorio de Buchanan el 25 de julio y, al parecer, su contenido reforzó la confianza de Polk en la empresa.²⁶⁰ Dada la importancia que había adquirido el futuro tratado de paz y la promesa que Santa Anna hizo a Mackenzie de firmarlo en los términos idóneos, el presidente reanudó el cabildeo con miras a conseguir el dinero necesario para dar un anticipo de la proyectada transacción, y encargó a su secretario de Estado preparar una nota en la que, de nueva cuenta, propusiera al gobierno mexicano iniciar negociaciones.²⁶¹ Es evidente que la redacción de esta nota estaba calculada para cuando el general Santa Anna llegara a México.²⁶² El 1° de agosto, el presidente Polk expuso al gabinete su intención de proponer al Senado, en sesión ejecutiva (es decir, en secreto), la aprobación de una partida, esta vez de dos millones de

²⁶⁰ En realidad, una de las tres versiones del informe que MacKenzie escribió desde La Habana para asegurarse de que por lo menos una llegara a Washington, Nelson, *op. cit.*, p. 109.

²⁶¹ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 101.

²⁶² Nelson, *op. cit.*, p. 109.

dólares,²⁶³ para que en caso de que ese cuerpo estuviese de acuerdo pudiera presentarse la iniciativa de ley con la seguridad de que la asignación de recursos sería aprobada y no importaría si se hacía público el objeto de la misma.²⁶⁴

El mensaje al Congreso fue enviado el 4; se informaba haberse vuelto a ofrecer la paz a México, la posibilidad de que éste, acuciado por su situación económica y sus derrotas, aceptara ceder territorio, y la necesidad de dar un anticipo para asegurar el negocio.²⁶⁵ La asignación de dos millones de dólares fue aprobada por la Cámara de Representantes la noche del 8 de agosto, pero con una enmienda que Polk tachó de “perversa y tonta”, por la que se declaraba que en ningún territorio que se adquiriese de México se permitiría la esclavitud. Según el presidente, la inclusión de la que se conocería como enmienda Wilmot sólo fue una táctica de los wihgs y los demócratas del norte para provocar una discusión que consumió el tiempo en el Senado, hasta que llegó el momento de levantar la sesión sin que éste tuviera oportunidad de votar la asignación.²⁶⁶ Se confirmaba así la oposición wihg y otros sectores a obtener territorio de México.

En su frustración por no ver consumado el trámite, el presidente se desahogó en su diario repitiendo una y otra vez que los informes que tenía (que no podían ser otros que los de MacKenzie) le daban la seguridad de que podía obtener los territorios deseados mediante tratado pagando una compensación.²⁶⁷

²⁶³ Recuérdense que la primera vez que Polk pensó en comprar la paz consideró un millón de dólares, *vid. supra*.

²⁶⁴ Polk, *op. cit.*, v.1, p. 103.

²⁶⁵ *Ibid.*, v. 2, apéndice Q, doc. 3, p. 649.

²⁶⁶ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 108.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 108-109.

Una vez frustrada la esperanza de poner fin a la guerra en el corto plazo apoyando con dinero a Santa Anna, Polk tampoco dudó en dar acogida a la asesoría estratégica que éste dio a MacKenzie. El 29 de agosto expuso al gabinete y obtuvo su aprobación para el plan de campaña que iba a seguir, en caso de que la guerra no terminara en noviembre; consistía en tomar el puerto de Veracruz mediante el desembarco de un ejército fuera del alcance de la fortaleza de Ulúa, el cual sitiaria a la ciudad por detrás y cooperaría con la escuadra de bloqueo para doblegar a la guarnición, con lo que esas fuerzas podrían avanzar hasta la capital del país. También se discutió la conveniencia de tomar Tampico y se concluyó que esa acción sería necesaria si la paz no se conseguía para la fecha deseada. En esa misma junta, Polk recibió la noticia de que Santa Anna había por fin desembarcado en Veracruz.²⁶⁸

Una respuesta compleja

Todo lo anterior nos lleva a contradecir la tesis de David M. Pletcher, quien sostiene que la guerra fue innecesaria y fácil de evitar si los mexicanos hubiesen practicado la que en apariencia era la única política racional: reconocer la independencia de Texas y comprometerse a pagar las reclamaciones estadounidenses. Según dicho autor, Polk siempre estuvo dispuesto a este arreglo.²⁶⁹ Como hemos visto, no sólo ceder el Bravo resultaba imposible para cualquier gobierno mexicano sometido al asedio constante e irracional de sus enemigos políticos, sino que para frenar la intervención europea que creían inminente, Santa Anna y los liberales solicitaron a Polk que invadiera, incluso más

²⁶⁸ *Ibid.*, p, 112.

²⁶⁹ Pletcher, *op. cit.*, v.2, p. 134.

allá del Bravo, para propiciar la caída de Paredes y le ofrecieron corresponder el favor accediendo a su propuesta de compra-venta de California y Nuevo México, operación financiera que sería insertada en el tratado de paz, con lo cual la guerra se hizo necesaria para llegar a tan feliz resultado. Esto explica la precipitación con la que el inquilino de la Casa Blanca declaró la guerra después de meses de considerar que no se llegaría a ese extremo y buscar un acuerdo con los gobiernos de Herrera y Paredes.

Lo que aquí salta a la vista es que, desde el punto de vista jurídico, los conservadores no han sido los únicos traidores de nuestra historia, como se ha venido manejando en la historia oficial, pues la guerra y el regreso de Santa Anna, de la manera en que la alianza liberal-santanista los propuso a Polk, no fueron otra cosa que invitar a una potencia extranjera a intervenir en la pugna interna por la forma de gobierno, en la lucha por ejercer el poder constituyente, es decir, la soberanía.

Tal disposición a abrir el país al poder extranjero se explica no sólo por la necesidad de eliminar al rival para imponer la propia Constitución, sino también por el hecho, más fundamental, de que, después de la Revolución Francesa, los principios ideológicos se habían identificado con la nacionalidad - pues la palabra nacionalismo, que en el lenguaje común significa tener apego a las características propias de una nación,²⁷⁰ en el lenguaje político ya designaba o hacía referencia a la ideología del Estado nacional²⁷¹-, por eso, tanto liberales como monarquistas no dudaban en buscarse un tutor ideológico extranjero que los apoyara en la lucha por imponer su ideología y por tanto su particular concepto de

²⁷⁰ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

²⁷¹ Lucio Levi, entrada "nacionalismo", en Norberto Bobbio *et al.*, *Diccionario de política*, 13 ed., México, Siglo XXI, 2002.

nacionalismo. Los segundos ansiaban conservar la estructura colonial, mientras los primeros preferían aceptar la invitación monroísta y anexionista de Polk antes que renunciar a los ideales de libertad y progreso: recordemos lo dicho por González Cosío, quien prefería la anexión a perder la libertad bajo la hipotética dominación jesuítica que ya sentía tener encima. Para afirmar esto era necesario no encontrar problema alguno en unir al pueblo mexicano con otro tan distinto en casi todos los aspectos (religión, idioma, raza, economía, etc.), por lo que resulta evidente que no veían a la nación en términos históricos, sino modernos. Para los liberales, tal como lo insinuaron Santa Anna y Rejón en su correspondencia con Gómez Farías, la unión de dos pueblos distintos era posible si ambos compartían los mismos principios ideológicos: la elite liberal ya profesaba los de la Constitución estadounidense y el pueblo tradicional podía ser educado en ellos. Como afirma David Brading, mientras los ideólogos de la independencia (como Carlos María de Bustamante y Servando Teresa de Mier) habían cimentado el nacionalismo mexicano sobre una base histórica (la antigüedad clásica indígena, el mito guadalupano), los padres fundadores estadounidenses sustentaron su nacionalismo en los ideales de la modernidad, en principios de aplicación universal, “accesibles a toda sociedad humana”,²⁷² mismos que profesaban los liberales mexicanos, quienes imbuidos de esta forma de nacionalismo invocaban la voluntad del pueblo para decidir la intervención de los Estados Unidos e incluso la anexión a este país.

¿Se trataba de una traición? Como hemos mencionado antes, la respuesta no es simple, sino doble: desde el punto de vista jurídico sí lo era, a la vez que, desde el de la

²⁷² Brading, 1996, p. 81.

realpolitik, se trataba de la necesidad de imponer la propia ideología y, con ello, definir a la nación y lo que debería entenderse en adelante por nacionalismo mexicano, nada menos.

Igual que el carácter divino de la soberanía de los reyes, la del pueblo es tan solo una ficción jurídica, pues es evidente la imposibilidad de que esa masa llamada pueblo de verdad tenga voluntad y pueda ser definida (lo cual es más evidente en el caso del pueblo mexicano del siglo XIX, que era apático en política), de ahí que fuera posible que los caudillos y las facciones se la arrogaran continuamente para legitimar cualquier medida extrema o radical, desde una revolución que condujera a un cambio de gobierno o sistema político hasta convocar la intervención del extranjero con el mismo fin. Esto explica la paradoja de que tanto liberales como conservadores se presentasen como patriotas aliados del extranjero interventor, sin importarles que, jurídicamente, estuviesen cometiendo una traición.

Si se considera que quien convocaba las intervenciones extranjeras era la elite política, el único sector capaz de encarnar al pueblo soberano, entonces, en términos teóricos, la traición se legitimaba mientras la elite invocara la voluntad del pueblo. En otras palabras, la intervención que se solicitaba, según sus promotores, no lo sería en sentido estricto, pues no podía atentar contra la soberanía cuando la convocaba el pueblo soberano (en realidad, la facción que se arrogaba la soberanía). Éste parece ser el sentido que los liberales pretendían dar a sus palabras al proponer a Black una intervención con el argumento de que, para evitar la intervención europea, “el pueblo” estaba conforme con

que se convocara en su auxilio a una intervención estadounidense.²⁷³ En el caso de la anexión era prácticamente lo mismo: “Preferirían [los liberales, en su papel de “el pueblo”] convertirse en un estado soberano de la Unión Americana antes que someterse a esa monarquía que los amenaza”.²⁷⁴

Si todo esto parece anómalo, hay que subrayar que, en efecto, lo era: el desacuerdo entre la elite política sobre lo que debía ser la Constitución, y con ella, la nación y el nacionalismo, resultaba anómalo, y provocaba que cada partido se arrogase la voluntad del pueblo para, apoyado por el extranjero, zanjar la cuestión en favor de sus ideales, con lo que las acciones de retribución al extranjero con territorios o tronos entraban en el marco de la lógica política moderna y la traición jurídica quedaba legitimada desde el punto de vista político.²⁷⁵

México vivía una situación anómala desde el punto de vista de la política moderna, por lo que a Pletcher no le falta razón al referirse a él como “el enfermo de América del Norte”. Tal vez pudiéramos ponerle nombre a la enfermedad: *hiposoberanitis aguda*, pues nadie en el país tenía la fuerza política y militar necesaria para encarnar al soberano (ya fuera en forma de pueblo o de príncipe) y restaurar la continuidad jurídica de manera permanente, de allí que esa fuerza tuviera que solicitarse prestada del extranjero, incluyendo al soberano, como hacían los monarquistas cuando rogaban no sólo por una fuerza militar, sino también por un príncipe.

²⁷³ *Vid. supra.*

²⁷⁴ *Ibid.*

²⁷⁵ Recuérdese que, en el capítulo 1, hemos aclarado que *traición* significa entregar.

Capítulo IV

Reforma, dictadura y guerra a ultranza

Antonio López de Santa Anna embarcó en el buque británico *Arab* el 9 de agosto de 1846. El cónsul Robert Campbell, al verlo partir, confirmó al comodoro David Conner las esperanzas del gobierno de Washington: “Creo que será más fácil negociar con él que con los actuales dirigentes del gobierno [de México]... Comparto decididamente su opinión de que no debe oponerse ninguna obstrucción a su desembarco y que, si es necesario, deben incluso dársele facilidades”.²⁷⁶ Como gesto amistoso, el cónsul envió al comodoro con el caudillo mexicano 500 puros habanos, “su marca favorita”.²⁷⁷

El *Arab* llegó a Veracruz el 16. Conner se encontraba a bordo del *Princeton*, en Sacrificios, y reportó a Bancroft que permitió el paso de Santa Anna sin siquiera entrar en contacto con su transporte, para “que apareciera como si hubiese entrado sin mi permiso”.²⁷⁸ Sin embargo, el comandante del buque estadounidense *St. Marys*, anclado en Veracruz, no fue tan circunspecto; luego de abordar el *Arab* para inspeccionarlo, escribió al comodoro: “...mandé un oficial a bordo para transmitir vuestro permiso para desembarcar. El general Santa Anna expresó gran agradecimiento y deseo de verlo a usted. También envió a bordo la carta cerrada y una caja dirigidas a usted por el general Campbell”.²⁷⁹ En la caja, por supuesto, estaban los puros.

²⁷⁶ Campbell a Conner, 7 de agosto de 1846, citado por Nelson, *op. cit.*, p. 83.

²⁷⁷ Conner a su esposa, 16 de agosto de 1846, *Ibid.*, p. 84.

²⁷⁸ *Ibid.*, Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice J, doc. 3, p. 310.

²⁷⁹ Nelson, *op. cit.*, p. 85.

A pesar de los preparativos para su regreso, que incluyeron la promoción de su persona en la prensa como el único militar capaz de dirigir una defensa efectiva ante la invasión, Santa Anna encontró un recibimiento francamente frío por parte de la población y autoridades de Veracruz y, sobre todo, sospechas y recelos acerca de cuál sería su futura conducta. Ya para entonces, según Carlos María de Bustamante, era noticia en el puerto que el general, durante su residencia en La Habana, tuvo pláticas con un comisionado de Washington, con quien, se rumoraba, negoció ciertos preliminares de paz, de los cuales el más importante era la cesión de California a los Estados Unidos.²⁸⁰ Los rumores comenzaron a filtrarse a México por lo menos desde junio, cuando un corresponsal en Nueva York escribió a un diario mexicano diciendo que en Washington se confiaba en que el partido santanista derrocaría a Paredes y haría “migas” con el país del norte.²⁸¹

El hecho de que el caudillo llegara acompañado del grupo de exiliados de La Habana: Manuel Crescencio Rejón, Ignacio Basadre, Antonio Haro y Juan N. Almonte, quienes, se sabía, estaban relacionados con los dirigentes de la rebelión de la Ciudadela y se disponían a ocupar puestos importantes, puso en evidencia la implicación de las nuevas autoridades en la intriga, por lo que don Carlos María comentó: “He aquí a Santa Anna descubierto de *traseiro*, y el gobierno no lo ha denunciado... señal de que andaba en la maroma o era muy tonto”.²⁸² La confabulación entre los liberales, Santa Anna y Washington se hacía evidente si se consideraban estos hechos, sin embargo, la prensa no

²⁸⁰ Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, op. cit., v. 2, p. 90.

²⁸¹ *El Monitor Republicano*, 26 de julio de 1846.

²⁸² Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, op. cit., v. 2, p. 91.

denunció la conjura ni comentó la cauda de rumores que rodearon el regreso de Santa Anna por la sencilla razón de que estaba dominada por los liberales.

El ambiente era de aquellos en los que sólo los locos se atreven a decir la verdad; tal fue el caso de Bustamante, y también de *Don Simplicio*, quien, acorde con su estilo picaresco, advirtió que el menú que se le estaba preparando a México era el siguiente:

Pasta de republicanos rellena de yankees, que traen por divisa: *Premio a la infamia.- Impunidad al crimen.- Y arte de robar al pueblo vecino... 2° Pastel confeccionado a lo imperial, guarnecido de títulos y amasado con esencias, primera clase.- 3° Merengue de nueva invención; las entrañas son todas acciones e inscripciones, y la cubierta de la más exquisita traición*".²⁸³

De cualquier manera, el silencio general de la prensa es una muestra de la cohesión de la alianza liberal-santanista y del dominio que ejercía sobre la política del país, lo que podría responder a las eternas preguntas de por qué Santa Anna regresó de manera tan abierta a través del bloqueo y si no temió que retorno semejante pudiera tener efectos secundarios poco convenientes. Tal como el jalapeño había confesado a un agente de Polk, era fácil manipular a los pocos miembros de la elite política y, por otra parte, resultaba lógico que quienes habían derrocado a Paredes y se disponían a imponer su proyecto de nación mediante un nuevo ejercicio del poder constituyente gozasen del dominio total de la política, al menos en el lapso necesario para refundar el Estado.

Al desembarcar, el caudillo se apresuró a publicar una "Exposición" en la que, igual que hizo en la correspondencia con Gómez Farías, abjuró de su pasado centralista y conservador, se declaró ferviente liberal demócrata, ratificó los principales puntos del

²⁸³ *Don Simplicio*, 5 de agosto de 1846.

Plan de la Ciudadela, y denunció que los monarquistas – aquellos que nunca habían permitido a la nación constituirse “según sus deseos” – habían provocado a los Estados Unidos para obligar a los mexicanos a aceptar una intervención europea que instauraría un trono, por lo que su regreso tenía el propósito de impedirla y poner a la patria “en libertad de adoptar la forma de gobierno que más le acomode”. No dejó de rendir tributo a la interpretación polkiana del monroísmo al afirmar que, “si se tratase de realizar semejantes demasías [la intervención europea y la monarquía] fácil sería que enmudeciesen *intereses de raza* para que alzasen la voz de *todo un continente*, no siendo entonces extraño que se viese a un mundo frente al otro”.²⁸⁴

Con su protección y la de sus partidarios liberales, decía el caudillo, el Congreso constituyente podría, como establecía el Plan de la Ciudadela, no sólo redactar una nueva constitución, sino también “determinar sobre todo lo relativo a la grave cuestión de nuestras fronteras septentrionales”, lo cual, como hemos señalado y seguiremos viendo a lo largo de este trabajo, obedecía al objetivo que Santa Anna se había impuesto de que, tarde o temprano, la decisión de entregar el norte al invasor fuese tomada por el Congreso constituyente, y así resultara ser una decisión soberana. Siguiendo el Plan de la Ciudadela, el caudillo agregó que la Constitución de 1824 debía regir la administración de los departamentos mientras se elaboraba la nueva Constitución.²⁸⁵

²⁸⁴ Antonio López de Santa Anna, “Exposición del general Antonio López de Santa Anna a sus compatriotas, con motivo del programa proclamado para la verdadera regeneración de la República”, *Diario del Gobierno*, 21 de agosto de 1846. También puede verse en Colección Lafragua, 4953.

²⁸⁵ *Ibid.*

Para algunos autores resulta extraño que, en plena guerra, los mexicanos se ocuparan prioritariamente de convocar un Congreso constituyente, en vez de dirigir todas sus energías a detener al enemigo en la frontera.²⁸⁶ Hemos visto que la meta a la que se encaminaban todos los esfuerzos era el cambio de Constitución y la guerra se había convertido en tan sólo un pretexto para alcanzarla. Para los políticos modernos, la defensa de la nación no tenía sentido si ésta no era moderna, pues, en términos teóricos, los principios eran la nacionalidad misma, y ésta podía incluso llegar a identificarse con el nacionalismo estadounidense.

Por supuesto, todo el plan dependía de la armonía y buena fe de los aliados para llevarlo a la práctica; de que el grupo que se disponía a ejercer el poder constituyente permaneciera unido, lo cual parecía algo imposible de lograr. Primero, porque los liberales, uno de los aliados, estaban profundamente divididos desde hacía una década entre radicales y moderados, entre Gómez Farías y Gómez Pedraza, quienes, si bien habían trabajado en conjunto por el retorno de Santa Anna, en cuanto cayó el gobierno de Paredes volvieron a su irreconciliable disputa sobre la forma en que debía practicarse la democracia (voto universal o capacitario) y la manera como había de reformarse a la sociedad (inmediata y violenta, o gradual y evolutiva). Tal disputa se evidenció en la agitación política y social que empezó a hacerse notoria en la capital con motivo de una serie de asambleas populares, que los radicales celebraban hacia el momento de la llegada de Santa Anna a Veracruz y denominaron con el término anglosajón de *meetings*, y que llamaban la atención por su ardoroso carácter anticlerical y de denuncia contra las

²⁸⁶ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 40

clases acomodadas y monarquistas. Según algunos observadores, la promoción de estas reuniones tenía por objeto resucitar la política reformista de Gómez Farías y por ello los oradores hablaron efusivamente de matar a Lucas Alamán y a otros conservadores, ocupar los bienes eclesiásticos, clausurar los conventos, establecer el matrimonio civil y la tolerancia religiosa, suprimir la confesión y establecer la Guardia Nacional. Fue tal el escándalo de una parte del público asistente y la condena de los moderados, que éstos no tardaron en proponer que la proyectada Guardia Nacional fuese en efecto levantada, pero en defensa del clero.²⁸⁷

La formación de la Guardia Nacional era otro asunto que amenazaba la estabilidad y funcionamiento de la alianza, pues el federalismo siempre había pugnado por la reducción e incluso la desaparición del ejército para sustituirlo con milicias cívicas regionales, y ésta fue una de las razones por las que Santa Anna dio la espalda a Gómez Farías en 1833. Ahora resultaba que el federalismo estaba ligado a un ejército al que se consideraba pilar del sistema político surgido de la revolución de la Ciudadela, y que no tenía más control que el de Santa Anna. De ahí que Los radicales, una vez vueltos al poder, no tuvieran empacho en resucitar su antiguo programa y retar abiertamente al caudillo y al ejército, con lo que hicieron peligrar la unión.

Sin embargo, al principio, dada la necesidad de unión y no obstante los signos de tormenta, existió un gran acuerdo entre los aliados: Salas procedió de inmediato a derogar las leyes que restringían la libertad de imprenta; las propuestas del Plan de la

²⁸⁷ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, 1969, p. 389-392. José Fernando Ramírez, *México durante su guerra con Estados Unidos*, México, Viuda de Ch. Bouret (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México publicados por Genaro García y Carlos Pereyra, v. 3), 1905, p. 143-144.

Ciudadela y el Manifiesto de Santa Anna se convirtieron en decretos y la Constitución de 1824 se declaró vigente el 22 de agosto y, por tanto, se restablecieron los estados y sus constituciones, mientras que los gobernadores quedaron a merced de la obligada purga que los federalistas efectuarían en interés de la reciente revolución. Ese mismo día, otro decreto del Ejecutivo amplió las facultades del Congreso para que se ocupara de todos los ramos de la administración pública que fueran de su competencia y tuviesen por objeto el interés nacional.²⁸⁸ El 28, el gabinete de Salas quedó formado al prestar juramento Rejón en Relaciones Interiores y Exteriores, Gómez Farías en Hacienda, José Ramón Pacheco en Justicia y Almonte en Guerra, es decir, el grupo de La Habana dominó por fin el gobierno. Para observadores como José Fernando Ramírez, dentro del gabinete parecía reinar la mayor armonía, pues, según comentaba, Santa Anna venía decidido a entregarse a la democracia aconsejado por Rejón, quien a su vez se había integrado a los radicales. Éstos exigían la renovación total de las asambleas estatales para limpiarlas de monarquistas, decembristas y pedracistas, lo que el caudillo apoyaba pues decía odiar a las dos últimas facciones. Ramírez agrega que el ejército estaba muy preocupado por el decreto de formación de la Guardia Nacional, y más porque Santa Anna parecía sostener esa medida.²⁸⁹

Sin embargo, las observaciones de Ramírez nos dan también una pauta para ver la complejidad de la situación y el inicio de las pugnas entre los aliados, pues al afirmar que había un gran acuerdo entre Santa Anna y los radicales, daba testimonio de que los moderados estaban siendo excluidos. Esto parece confirmarse por el hecho de que Rejón,

²⁸⁸ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 140.

²⁸⁹ Ramírez, *op. cit.*, p. 134-140.

como ministro de Relaciones Interiores, publicó el 31 de agosto una circular en la que se disponía que las Guardias Nacionales de los estados pasaran al mando de los comandantes generales, lo cual venía a ser una aberración, pues el levantamiento de la Guardia Nacional siempre obedeció al afán federalista por contar con una milicia capaz de defender a la Federación de un ejército poco confiable, de modo que someterla al mando de los altos oficiales del ejército alteraba su naturaleza. Sin embargo, también parecía obedecer al espíritu del Plan de la Ciudadela, que había proclamado la unión del pueblo y el ejército, esto es, entre Gómez Farías y Santa Anna. En el fondo, como veremos, lo más probable era que la medida obedeciera a un pacto establecido entre ambos, por el cual el primero iba a permitir al segundo establecer una dictadura militar a cambio de la oportunidad de destruir el patrimonio económico de la Iglesia. Por su parte, los moderados, que estaban fuera del pacto, no tardaron en advertir las implicaciones de la aberración y denunciar la dictadura militar que se preparaba.²⁹⁰

Sin embargo, a pesar de la evidente disposición de los radicales a servir al caudillo, éste comenzó a demostrar que, en realidad, no confiaba en ellos (y no se iba a equivocar), por lo que comenzó a exhibir un comportamiento muy ambiguo. Mientras que al desembarcar el grupo de La Habana, Rejón se separaba y marchaba de inmediato a la capital para preparar su recepción, y Salas lo apremiaba mediante mensajeros para que tomara las riendas del gobierno, pues su legitimidad estaba en entredicho por la indefinición de su papel en el poder Ejecutivo, el general se instaló en su hacienda de El Lencero con el pretexto de reposar su antigua herida, irritada por el viaje, lo cual fue

²⁹⁰ *Don Simplicio*, 14 de octubre de 1846.

interpretado por algunos observadores, como el ministro británico Charles Bankhead, como una medida dilatoria en espera de que surgiera en la capital un grupo opuesto a Gómez Farías con el cual unirse.²⁹¹

Por otra parte, se acercaba el momento en que los aliados tendrían que responder al compromiso contraído con Polk. Diez días después del desembarco de Santa Anna, Conner recibió la nota de Buchanan, fechada el 27 de julio, en que se hacía una nueva propuesta de paz al gobierno mexicano. El comodoro, en un gesto que ponía en claro a quién en realidad iba dirigida la nota, la remitió de inmediato a El Lencero, pero el jalapeño respondió que en ese momento no tenía poder para negociar. Aunque los historiadores estadounidenses piensan que era consciente de que su regreso había sido visto con mucha suspicacia y temía un movimiento en su contra si se atrevía a declararse por la paz, de modo que declaró que la cuestión tendría que ser pospuesta hasta la reunión del Congreso en diciembre,²⁹² hemos visto que, en realidad, no temía ser objeto de sospechas, por lo que puede decirse que éste fue el primero de varios mensajes con los que, de manera sutil, comunicó al inquilino de la Casa Blanca que el encargado de cumplir el trato que tenían (la paz y la entrega del norte) iba a ser el Congreso mexicano.

La nota de Buchanan fue entonces remitida a Relaciones Exteriores, su destinatario oficial. El secretario de Estado decía en ella que el presidente de los Estados Unidos proponía la inmediata apertura de negociaciones. Si el gobierno mexicano aceptaba,

²⁹¹ Santoni, *op. cit.*, p. 254.

²⁹² Nelson, *op. cit.*, p. 93.

Washington enviaría a la ciudad de México un plenipotenciario, o podría recibir un enviado mexicano, con tal de que se llegara a un acuerdo lo más pronto posible.²⁹³

La respuesta de Rejón a tal excitativa fue la misma dada por Santa Anna. Luego de afirmar que el general Salas, encargado interinamente del poder Ejecutivo, no podría acceder a la propuesta de Polk sin antes discutir las causas de la guerra, declaró que en México se consideraba necesario reunir a los representantes de la nación para que, reunidos en un Congreso a partir del 6 de diciembre, se encargasen, entre otros asuntos, de todo lo relativo a la guerra. A dicho Congreso se sometería la nota de Buchanan para que resolviera lo más conveniente a los intereses de México. “Espera por consiguiente el Gobierno del infrascrito la determinación de la citada Asamblea, para dar la correspondiente respuesta”.²⁹⁴

De manera oficial se comunicaba así a Washington que el responsable de todo lo relativo a la guerra, tal como lo había determinado Santa Anna desde La Habana y en el Plan de la Ciudadela, era el Congreso. La opinión pública aplaudió tal respuesta y la figura de Santa Anna pareció recobrar prestigio pese a los continuos rumores de traición que circulaban tanto en el país como en el extranjero. El encubrimiento fue tan efectivo que algunos historiadores se dejaron impresionar, al grado de absolver al caudillo de todo rastro de sospecha a partir de ese momento.²⁹⁵

²⁹³ Buchanan a Relaciones Exteriores de México, 27 de Julio de 1846, en Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice I, doc. 1, p. 287.

²⁹⁴ Rejón a Buchanan, 31 de agosto de 1846, *Ibid.*, doc. 2, p. 288-289. El subrayado es de Rejón.

²⁹⁵ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 144.

La respuesta de Rejón llegó a Washington el 19 de septiembre y al parecer no fue comprendida, pues causó decepción y dudas, y tan sólo se pudo concluir que la lucha de facciones en México no permitía al caudillo mexicano cumplir con su palabra.²⁹⁶

El propio Santa Anna se apresuró a explicar la política que se proponía seguir en una charla que sostuvo con dos agentes estadounidenses, tres días después de que Relaciones contestara a la nota de Buchanan, y que fue descrita por Conner al ministro de Guerra en una carta que llegó a Washington poco después que dicha respuesta.

Los mencionados agentes respondían a los nombres de Louis S. Hargous y J. M. Pommares, quienes por entonces se encargaban de enviar información a Polk, de servir como conductos de comunicación entre las escuadras bloqueadoras del golfo y el Pacífico, y después surtirían de suministros al ejército de Winfield Scott. Según Conner, Santa Anna se declaró dispuesto a negociar condiciones de paz; “pero añadió que tendría buen cuidado de no asumir la responsabilidad de semejante paso”.²⁹⁷ Hizo ver a sus visitantes que, en su anterior gobierno, había actuado con patriotismo, sin más recompensa que el destierro: “No me expondré a una repetición de lo mismo, y estoy completamente decidido a dejar todo el asunto a la decisión de los congresistas”.²⁹⁸ Entre tanto se limitaría a repeler a los invasores por la fuerza de las armas.

Pommares aseguró a Conner que Santa Anna no intentaría ningún tratado desde situación tan inestable, y el comodoro concluyó que el caudillo no negociaría “a menos

²⁹⁶ Bankhead a Palmerston, 28 de septiembre de 1846, citado por Nelson, *op. cit.*, p. 94. Slidell a Polk, 4 de noviembre de 1846, en *Ibid.*, p. 113.

²⁹⁷ Citado por *Ibid.*, p. 97.

²⁹⁸ *Ibid.*

que sus conciudadanos a una voz lo llamaran a hacer la paz".²⁹⁹ En otras palabras, se confirmaban la aseveración de Atocha de que el gobierno mexicano tenía que aparecer como obligado a ceder los territorios del norte, pero, al parecer, los agentes estadounidenses tuvieron problemas para captar la sutileza de la política santanista, pues no veían de qué manera el jalapeño podría inducir a los legisladores a firmar la paz. Los historiadores estadounidenses también han perdido de vista la jugada de Santa Anna, pues no obstante su declaración explícita de que la clave de la paz iba a ser el Congreso, se han limitado a indicar que, a fin de cuentas, la posposición mexicana de la negociación no hacía más que inspirar esperanzas en Washington de que en algún momento Santa Anna cumpliría su palabra.³⁰⁰

En cuanto a la advertencia del caudillo de que, entre tanto, defendería al país con las armas, halló explicación en un reporte de John Black, quien escribió que aquel había confiado a Bankhead que su plan era obtener una victoria en el campo de batalla antes de entrar en arreglos con los Estados Unidos, y así poder negociar desde una posición más ventajosa.³⁰¹

Por su parte, Polk mostró una notable fe en Santa Anna; al principio creyó que, por miedo a una revolución, simplemente estaba haciendo tiempo hasta sentirse seguro en el poder.³⁰² Pero incluso en octubre, cuando el caudillo parecía haberse olvidado de su compromiso y hacía gala de patriotismo organizando ejércitos y jurando sacrificarse en el campo de batalla, el presidente escribía que no creía en tales preparativos y declaraciones

²⁹⁹ *Ibid.*

³⁰⁰ *Vid.*, por ejemplo, Selph, 1989, p. 158 y Nelson, *op. cit.*, p. 111.

³⁰¹ Black a Buchanan, 22 de septiembre de 1846, en Nelson, *op. cit.*, p. 112.

³⁰² Pletcher, *op. cit.*, v. 2, p. 268.

y que “No tengo sino pequeñas dudas de que últimamente estará dispuesto a hacer la paz”.³⁰³ No sabemos hasta qué punto comprendió el papel que Santa Ana asignaba al Congreso mexicano, pero parece que al menos entendió el mensaje básico de que la guerra tendría que proseguirse, hasta encontrar la coyuntura favorable para la negociación. También escribió que no quedaba más alternativa que “proseguir la guerra con vigor” hasta que sus propuestas de terminarla encontrasen “un sentimiento correspondiente de parte de México”.³⁰⁴

Tanto el caudillo como los federalistas habían dado a Buchanan la misma respuesta, lo que habla de que los aliados, a pesar de sus diferencias y desconfianzas, seguían de acuerdo en el punto de dejar al Congreso la responsabilidad de la guerra, de allí que, como veremos más adelante, los esfuerzos de Santa Anna iban a encaminarse a convencer al futuro Congreso constituyente de la necesidad de negociar y la conveniencia de vender. La guerra tendría que continuar hasta lograr esta meta, la política mexicana iba a girar en torno a ella y, como veremos enseguida, esto vuelve su análisis en extremo complicado.

El único elemento de legitimidad al que el gobierno formado por el general Salas podía aspirar en septiembre de 1846 era que el hombre que había sido proclamado por el Plan de la Ciudadela tomara el mando, pero lejos de llenar lo antes posible el vacío de poder, este hombre, poco dispuesto a recibir órdenes, permaneció en El Lencero. Obligado a gobernar, Salas se esforzó por cumplir con el programa trazado, a pesar de que

³⁰³ Citado por Greenberg, *op. cit.*, p. 149.

³⁰⁴ Buchanan a Rejón, 26 de septiembre de 1846, en Polk, *op. cit.*, v.2, apéndice I, doc. 3, p. 291.

los radicales se empeñaban en cuestionar su autoridad; sin embargo, gracias a que juró lealtad incondicional al caudillo y la revolución,³⁰⁵ no había duda de que con un miembro del ejército en el poder Ejecutivo, Santa Anna podía darse el lujo de jugar con la situación como lo estaba haciendo.

Sin embargo, era un hecho que Gómez Farías y los radicales avanzaban cada día en su consolidación como facción dominante; José Fernando Ramírez observaba que, para la primera mitad de septiembre, se habían apoderado de la dirección de los negocios, pues en el gobierno figuraban los más ardientes oradores de los *meetings*. La agitación y el peligro de que la alianza se desintegrara se veían acelerados por el empeño de los radicales en hablar abiertamente de asesinar a los monarquistas más destacados y provocar un saqueo general para solemnizar la esperada entrada de Santa Anna a la capital. Las prevenciones entre los ministros, santanistas y radicales, llegaban al grado de que ni siquiera se atrevían a ir a El Lencero a llamar al caudillo, “porque los que se quedaran desconfiaban del que fuera, a la vez que éste temía de lo que los otros pudieran hacer en su ausencia”.³⁰⁶ Lo que decidieron fue enviar a Manuel Baranda a entrevistarse con Santa Anna para exigirle que se presentara en la ciudad de México, se encargase de inmediato del gobierno y no fijara su residencia en Tacubaya como tenía pensado hacer. Gómez Farías le encargó que advirtiera al general que se consideraría como un abierto

³⁰⁵ Mariano Salas, “Manifiesto”, en *El Monitor Republicano*, 26 de diciembre de 1846.

³⁰⁶ Ramírez, *op. cit.*, p. 145.

rompimiento con el pueblo no ir a la capital, intimación que fue apoyada por el resto del gabinete.³⁰⁷

El caudillo cedió y emprendió el camino, no sin antes advertir al gobierno que aún estaba decidido a no tomar el poder y a servir en el frente como militar.³⁰⁸ Más adelante veremos que en ese momento el mando del ejército era más útil a sus planes que la presidencia. El 15 de septiembre verificó su entrada a la ciudad y los radicales aprovecharon el evento para hacerlo coincidir con los festejos del Grito de Dolores y el restablecimiento de la Constitución de 1824; sin embargo, apenas podía disimularse la tensión imperante.³⁰⁹

En medio de los festejos, Santa Anna desairó a Gómez Farías negándose a asistir al banquete dispuesto en su honor, y en cambio se fue a comer a Tacubaya, acompañado de algunos amigos de *confianza* (subrayaba Ramírez). Evidentemente, el acto de la entrada triunfal no había consolidado el poder de los radicales: “Esto es para mí lo mismo que buscar la salud y la vida en un vasto cementerio”.³¹⁰ Por el contrario, se hacía evidente que el general se aprestaba a aliarse con los moderados para contener el ánimo reformista de Gómez Farías: Gómez Pedraza se había ido a vivir a Tacubaya hacía pocos días, y se sabía que Santa Anna tenía intención de hablar con él para enfrentar al líder radical.³¹¹

³⁰⁷ *Ibid.*, p. 146.

³⁰⁸ AHSEDENA, exp. 2208, f. 266.

³⁰⁹ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 142.

³¹⁰ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal*, *op. cit.*, v. 2, p. 96.

³¹¹ Ramírez, *op. cit.*, p. 151.

Monterrey

En medio de estos conflictos partidistas, la guerra seguía su curso. Luego de las batallas de Palo Alto y Resaca de Guerrero en mayo, el general Taylor había cruzado el río Bravo y tomado Matamoros, luego condujo a su ejército por la margen del mismo hasta Cerralvo, donde se preparaba para emprender la marcha hacia Monterrey, ciudad en la que el general Pedro Ampudia, al mando del ejército que se había retirado del Bravo, disponía a toda prisa fortificaciones para la defensa. Fue en la marcha a Monterrey cuando Taylor se enteró del arribo de Santa Anna; según Eisenhower, no dio importancia alguna a la noticia,³¹² pero un testimonio mexicano afirma lo contrario. El 31 de agosto, un informante escribió a Ampudia desde Cerralvo para darle la relación de soldados y armas que el enemigo tenía en este punto, así como en Matamoros, Frontón y Camargo y le comentó que días antes Taylor había recibido noticias acerca del pronunciamiento de la Ciudadela y del llamado que se hizo a Santa Anna para que mandara el ejército como jefe supremo, “suceso que han manifestado [él y sus oficiales] serles grato no sé por qué motivo”.³¹³ Nosotros sabemos el motivo: para esas fechas Slidell McKenzie había informado al general estadounidense acerca de la postura cooperativa del caudillo y la posibilidad de que la guerra terminara pronto mediante una negociación; como veremos, esto es muy importante para explicar el absurdo desenlace de la defensa de Monterrey.³¹⁴

³¹² John S. D. Eisenhower, *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, pról. Josefina Zoraida Vázquez, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 169.

³¹³ A. H. SEDENA, exp. 2254, f.13.

³¹⁴ Los detalles de la estancia de MacKenzie en el cuartel general de Taylor pueden verse en Nelson, *op. cit.*, p. 74-75.

Luego de la pérdida del Bravo, Santa Anna insistió en la necesidad de que Ampudia abandonara Monterrey para fortificar Saltillo, considerada una especie de Paso de las Termópilas mexicano por estar ubicada en el paso montañoso más importante del noreste, capaz de impedir el tránsito a cualquier ejército invasor que marchara desde Texas.³¹⁵ Se trataba de una de las ventajas estratégicas de México comentadas en la introducción de este trabajo, y que los estadounidenses describían “como la gran línea militar de la Sierra Madre, que flanqueada por el puerto de Tampico, y fortificados sus pasos principales de Victoria y Saltillo [constituía] un fuerte límite natural y seguro políticamente”,³¹⁶ por ello, como veremos más adelante, Polk consideraba que esa podía que ser la nueva frontera. Sin embargo, Ampudia se empeñó en defender Monterrey a partir del 20 de septiembre y, a pesar de contar con abundante artillería y fortificaciones (que hacían de la ciudad una plaza fuerte comparable a la de Quebec, según opinión de Taylor³¹⁷), con 10,000 soldados que doblaban en número al invasor, el cual marchaba con serias carencias de suministros,³¹⁸ y con una población decidida a defenderse, su actuación fue tan carente de coraje y pundonor que, según Balbontín, entregó al enemigo las defensas externas luego de sangrientos combates en que los atacantes llevaron la peor parte. Y cuando éstos, carentes de provisiones, agotados y acobardados por los duros combates dentro de la ciudad, lejos de estar dispuestos a lanzar un asalto final, estaban a punto de retirarse, pidió una tregua la mañana del 25 – no obstante sus abundantes

³¹⁵ El propio general Ampudia opinaba que si los pasos de la sierra se perdían, ni con 50,000 hombres iba a ser posible recuperarlos, Ampudia a Almonte, 9 de septiembre de 1846, A. H. SEDENA, exp. 2254, f. 190-191.

³¹⁶ *El Norteamericano*, 20 de marzo de 1848, *El Monitor Republicano*, 20 de marzo de 1848.

³¹⁷ *El Tribuno de Nueva York*, s/f, en *Diario del Gobierno*, 19 de abril de 1847.

³¹⁸ *Ibid.*

recursos y que sus tropas presentaban un espíritu combativo muy superior al del enemigo-, sobre la falsa base de que en la ciudad de México el gobierno estaba dispuesto a negociar la paz. Luego de breves conferencias, Ampudia y Taylor llegaron al acuerdo de que la guarnición mexicana entregara la ciudad y se retirase desarmada. Se firmó una capitulación en estos términos, además de un armisticio que suspendía las hostilidades por ocho semanas, en espera de que las supuestas negociaciones que estaban por iniciarse concluyeran y se firmara la paz.³¹⁹

La seguridad con que Ampudia utilizó el argumento del pacifismo mexicano para convencer al jefe invasor de aceptar un convenio por el que prácticamente le regalaba el triunfo indican que, ya fuera por los rumores de la traición de Santa Anna, y/o por los informes que había recibido acerca de la posible connivencia de éste con el enemigo, Ampudia estaba enterado de la postura del general en jefe ante el conflicto, y no dudó en aprovechar esa información para entregar la plaza, sin importarle que con ello violara la ordenanza del ejército³²⁰ y pusiera en serio riesgo la posición del recién llegado, pues cualquiera habría podido cuestionarle sobre qué base había firmado un convenio que, además de materias militares, incluía una cláusula diplomática basada en el supuesto de que el gobierno estaba dispuesto a negociar, cuando la postura oficial era sostener la guerra. Fue curioso que nadie protestara; se publicó la capitulación de Monterrey y se supo de la salida de las tropas mexicanas de la ciudad, de la pérdida del armamento (que incluía un tren de artillería de 42 piezas) y de la tregua para discutir la paz, pero nadie

³¹⁹ Eisenhower, *op. cit.*, p. 168-203. Balbontín, *Memorias*, 1958, p. 36. *Don Simplicio*, 17 de octubre de 1846 y *El Monitor Republicano*, 2 de mayo de 1847.

³²⁰ Que en su artículo 8, títulos 7 y 10, obligaba a todo jefe de ciudad o fortaleza sitiada resistir hasta el último recurso, *Don Simplicio*, 30 de diciembre de 1846.

cuestionó a qué paz se refería aquella capitulación ni de dónde había sacado Ampudia, ya no digamos la autoridad para avalar un acuerdo internacional de ese tipo, sino la suposición de que los mexicanos estaban dispuestos a negociar.

Esto contrastaba notoriamente con lo sucedido en 1838, cuando luego del bombardeo francés de San Juan de Ulúa, el general Manuel Rincón, comandante en jefe de las fuerzas mexicanas en Veracruz, firmó una capitulación que incluía una tregua de ocho meses para negociar una paz entre México y Francia; en ese entonces el Congreso no dudó en someter a Rincón a un consejo de guerra por firmar acuerdos diplomáticos sin contar con la investidura necesaria, sobre la base de que los mexicanos estaban dispuestos a tratar.³²¹ ¿Sería que todas las facciones envueltas en el regreso de Santa Anna temieron quedar exhibidas junto con éste si se criticaba ese aspecto de la capitulación de Monterrey? ¿Qué habría pasado de exigirse explicaciones a Ampudia en un consejo de guerra? Veremos más adelante de qué manera el jalapeño se encargó de que eso nunca sucediera. La opinión pública parecía estar, una vez más, supeditada a los intereses de la alianza liberal-santanista, y el gobierno, que debió ser el primer encargado de aclarar lo irregular del comportamiento de Ampudia, no lo hizo.

Los meetings

Mientras en el norte se perdía Monterrey, los *meetings* organizados por los radicales seguían celebrándose en la capital, y para el momento en que Santa Anna entró en la ciudad y se retiró a Tacubaya, tenían a la sociedad capitalina dividida. Desde la primera de

³²¹ Faustino Aquino, *op. cit.*, p. 265.

tales asambleas, el radicalismo vehemente de los oradores y sus amenazas contra el clero provocaron tal indignación entre el público asistente que, parte de éste, tuvo la idea de apoyar uno de los puntos del programa radical: la formación de una Guardia Nacional, no para garantizar los derechos y la existencia de la Federación, como se postulaba, sino para garantizar los de la Iglesia.³²²

Los *meetings* se caracterizaron entonces por un apasionado enfrentamiento entre los enemigos y los defensores del clero, que abarcaba prácticamente a toda la sociedad, pues, según Prieto, el público presente en las sesiones estaba constituido lo mismo por carniceros y verduleras que por militares e intelectuales, y la agitación política que produjeron quedó asociada a la organización de la Guardia Nacional. El resultado fue, para colmo, consternación y desgracia de Gómez Farías y sus seguidores, que algunos batallones surgieron como corporaciones proclericales; así, los batallones Victoria, Hidalgo, Independencia, Mina y Bravo, formados por gente poseedora de medios de subsistencia (comercios, profesiones, oficios, etc.) y que entraba por tanto en la categoría de “hombres de bien”, fueron señalados por los miembros de menor fortuna de otros cuerpos con el mote de *polkos*, “alusivo a un baile de moda [la polka] soldados de ¡Ay mamá!”.³²³

Según Costeloe, no hay duda “de que a pesar de sus esfuerzos por motivar al populacho con promesas de educación, tierras, redistribución de la riqueza y erradicación del odiado impuesto del diezmo, los radicales no pudieron granjearse ningún apoyo

³²² Prieto, 1969, p. 389.

³²³ *Ibid.* p. 389-392.

popular significativo”.³²⁴ No obstante su participación en motines y revueltas, a veces muy violentos (como el de la Acordada), o de su presencia entusiasta en eventos políticos, como las entradas triunfales de generales a la capital, antes de la guerra con los Estados Unidos el pueblo más humilde de las ciudades, conocido en la época como “los léperos”,³²⁵ se había mantenido alejado de la política, de donde surgía el pavoroso problema de soberanía que hemos analizado; por ello, uno de los hechos más notables de la guerra fueron los *meetings*, pues resultaron ser un excelente instrumento pedagógico con el que, por primera vez, los radicales lograron difundir con éxito, al menos en la capital, la ideología moderna, sembrando con ello la semilla de un primigenio pueblo soberano, al incluir en la élite ilustrada a estratos sociales que, por su ignorancia, no habían conocido hasta entonces más opción ideológica que la ofrecida por la Iglesia y otras instituciones tradicionales. A partir de entonces fue notorio que los radicales ganaron un liderazgo efectivo entre la plebe capitalina, a la que, como veremos, utilizaron para atacar al gobierno moderado de Salas, quien “comenzó a temer los desmanes del pueblo que empezaba a desarrollar las ideas que le inspiraban los oradores de los Meetings [*sic*] pues ya *todos querían casarse civilmente*”.³²⁶ Es indudable que la arenga a viva voz resultó mucho más efectiva que la difusión de ideas por la prensa entre un pueblo iletrado;³²⁷ el resultado fue que, en contrapartida de los batallones de guardia nacional

³²⁴ Costeloe, *op. cit.*, p. 55.

³²⁵ Un excelente estudio sobre esta clase social urbana puede verse en Ana María Prieto Hernández, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2001.

³²⁶ Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, v. 2, p. 111. Las cursivas son de Bustamante.

³²⁷ Siempre hubo oradores arengando al pueblo, pero normalmente lo hacían para convocarlo a un motín o a participar en eventos de apoyo a ciertos personajes; nunca se había hecho con el propósito calculado de

proclericales, se levantaron otros integrados exclusivamente por léperos, *de facto* al servicio de Gómez Farías, con lo que la capital se convirtió en una bomba de tiempo que terminaría por estallar meses después con el llamado motín de los polkos.

El radicalismo de Gómez Farías produjo también fuerte oposición en la prensa de la capital, pues el *Diario del Gobierno* publicó dos artículos en que se afirmaba que el gobierno tenía que tomar medidas arbitrarias para obtener y financiar la defensa, lo que despertó temores (que después resultarían ciertos) de que el líder radical preparaba un ataque a la propiedad, tal como proponían los oradores de los *meetings*.³²⁸

Era evidente que tal división de opiniones hacía peligrar la alianza, la unión necesaria para llevar a buen término lo acordado con Polk, de ahí que Santa Anna se viese obligado a tratar de meter en cintura a Gómez Farías llamando a los moderados para contrapesar la influencia de los radicales. Si desde su llegada dio veladas muestras de su intención de acercarse a éstos, una vez en su residencia de Tacubaya, desde donde dirigía al gobierno de Salas, asestó el primer correctivo al jefe radical al hacerlo renunciar a la cartera de Hacienda y tomar la presidencia del recién formado Consejo de Gobierno, con la amenaza de que, en caso de negarse, dicha presidencia sería entregada a Gómez Pedraza. Tal maniobra produjo la indignación de Gómez Farías y Rejón, pero se vieron obligados a obedecer.³²⁹

impulsar un programa político, difundiendo ideas de manera sistemática a través de un cierto periodo de tiempo.

³²⁸ *Diario del Gobierno*, 23 y 24 de septiembre de 1846. *El Monitor Republicano*, 30 de septiembre de 1846. Smith, 1963, v. 2, p. 3.

³²⁹ Ramírez, *op. cit.*, p. 152-157.

Con ello Santa Anna paró momentáneamente la embestida radical contra el soporte social de los moderados. Sin embargo, más adelante tendría que cumplir con el pacto establecido en La Habana con los radicales y respaldar sus planes de despojar a la Iglesia, y con ello, destruir al partido moderado.

Repliegue en el norte

Entre tanto, en la Casa Blanca, de acuerdo con la estrategia propuesta por Santa Anna, comenzaron a trazarse los planes para tomar Tampico. El 22 de septiembre se ordenó al comodoro Conner apoderarse del puerto en cuanto fuera posible, auxiliado por las tropas de los generales Robert Patterson, Gideon J. Pillow y James Shields.³³⁰ Los mexicanos no tardaron en enterarse del golpe que se avecinaba. El 29 de septiembre, el general Ampudia - quien se había retirado a Saltillo y, a pesar de haber sido notificado de que tendría que responder ante un consejo de guerra por los hechos de Monterrey, permanecía al frente de las tropas que evacuaron esa ciudad - comunicaba al gobierno que acababa de interceptar una comunicación dirigida al general Taylor en la que se le informaba que el gabinete de Washington planeaba hacer un desembarco en la costa del golfo tan luego como llegara la estación propicia.³³¹ El objetivo principal de la toma del puerto, decía la comunicación, era convertirlo en base de una ofensiva contra San Luis Potosí, pues se pensaba que la ocupación de las provincias septentrionales de México

³³⁰ Polk, *op. cit.*, p. 120-121.

³³¹ Marcy a Taylor, *s/f*, citado en *El Monitor Republicano*, 7 de octubre de 1847

llevaría a la guerra a “un feliz término”. Sin embargo, se dejaba a Taylor estudiar este plan y emitir un juicio sobre si era posible llegar a San Luis Potosí desde Tampico.³³²

Estas decisiones trascendieron casi de inmediato a la prensa del vecino del norte; varios periódicos se encargaron de comentarlas y calcular cuál sería la postura de Santa Anna ante ellas. Para entonces, la opinión pública de los Estados Unidos tenía formado un juicio sobre los últimos acontecimientos (el viaje de MacKenzie a La Habana, la solicitud de Polk de dos millones, el retorno de Santa Anna sin obstáculos, la caja de puros, la propuesta de paz del 27 de julio, el ambiguo rechazo de ésta): le pareció evidente el acuerdo entre Santa Anna y Polk.³³³ Sin embargo, la noticia de la próxima ofensiva en el golfo de México le generó confusión.

En general, la prensa estadounidense consideró un acierto emprender la toma de Tampico, pues permitiría amenazar la capital enemiga (aunque siempre se correría el riesgo de la fiebre amarilla), pero eso mismo la hizo pensar que el acuerdo entre Santa Anna y Polk difícilmente hallaría realización. Aunque era sabido que el último deseaba la paz y esperaba mucho de la cooperación del mexicano, los periódicos no veían cómo éste podría adoptar una actitud conciliadora ante la nueva ofensiva ni cómo manipularía a un Congreso tal vez no tan dócil y seguramente en desacuerdo con desmembrar el territorio.³³⁴

³³² *Ibid.*

³³³ Nelson, *op. cit.*, p. 98.

³³⁴ AHSEDENA, exp. 2255, f. 63-66.

Sin embargo, En la Casa blanca se seguía pensando que Santa Anna estaba fingiendo patriotismo,³³⁵ y según el cónsul Black, también en la ciudad de México, pues había quienes pensaban que “el general de hecho arreglaría las cosas de manera amigable cuando se encontrara lo suficientemente fuerte para tomar su parte de la indemnización”.³³⁶

Po su parte, el caudillo seguía exhibiendo patriotismo. Al salir de la capital hacia San Luis Potosí con 3,000 hombres, ya como general en jefe de todas las fuerzas mexicanas, pagó los gastos de la marcha de su propio peculio, y al recibir la noticia de la caída de Monterrey se jactó de haber previsto el desastre y deploró que su consejo de ordenar a Ampudia retirarse a tiempo a Saltillo no hubiera sido escuchado. Pidió al ministerio de Guerra 20 piezas de artillería y a los gobernadores de Querétaro, Michoacán, Guanajuato y Jalisco que enviaran las tropas disponibles a San Luis Potosí, donde tenía decidido instalar su cuartel general.³³⁷

Sin embargo, también giró orden a Ampudia de abandonar Saltillo y unírsele en la capital potosina. Esto equivalía a dejar a merced del enemigo las gargantas de la sierra, con lo que facilitaba al invasor lo que había recomendado a MacKenzie en La Habana: la inmediata toma de Saltillo por su valor estratégico. Su justificación fue haber recibido informes de Ampudia que aseguraban que era imposible defender esa ciudad (ya sabemos cuál era el espíritu combativo de este personaje y su posible acuerdo con la actitud

³³⁵ Pakenham a su gobierno, 29 de octubre de 1846, citado por Nelson, *op. cit.*, p. 101.

³³⁶ Black a Buchanan, 22 de septiembre de 1846, *Ibid.*, p. 102.

³³⁷ Santa Anna al ministro de la Guerra, 29 de septiembre de 1846, A. H. SEDENA, exp. 2260, f. 59

negociadora de Santa Anna), y haber interceptado un correo para Taylor en el que se le ordenaba atacar San Luis Potosí mientras la marina atacaba Tampico.³³⁸

Lo curioso era que todo el mundo sabía que la mejor barrera para contener al invasor eran los pasos montañosos que rodean a Saltillo, por lo que resulta absurdo que Santa Anna no volara con todas sus fuerzas a unirse con las de Ampudia en ese punto. Iniciaba así el jalapeño el rosario de inexplicables errores que iban a dar al traste con las ventajas mexicanas, comentadas en la introducción de este trabajo, y que iban a ser señalados una y otra vez por Manuel Balbontín, nuestro perito en la estrategia de esa guerra, quien en ese momento no veía obstáculo alguno para establecer una línea de defensa de Saltillo a Tampico (como prescribían los mismos diarios estadounidenses) que estimulara la participación de la población de los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas;³³⁹ de allí que sea inevitable preguntarse si no era Santa Anna quien dirigía la situación para que el enemigo pudiera “obligarnos a pedir la paz, estrechándonos con sus fuerzas en el interior de la República”.³⁴⁰ El “obligarnos” se refería, parece ser, a obligar al Congreso, en el cual se había hecho recaer la responsabilidad de firmar la paz. Éste era el plan de acción propuesto a Polk desde La Habana con las palabras de Atocha: “tienen que aparecer como que se les obliga”.

Para terminar el repliegue en el norte, el general en jefe urgió al gobierno que comunicara al comandante general de Tamaulipas las intenciones del enemigo sobre

³³⁸ Santa Anna al ministro de la Guerra, s/f, AHSEDENA, exp. 2251, f. 45.

³³⁹ Manuel Balbontín, *Memorias, op. cit.*, p. 43-46.

³⁴⁰ Santa Anna al ministro de la Guerra, s/f, AHSEDENA, EXP. 2251, F. 45.

Tampico, y le repitiera la orden de evacuar el puerto en caso de no poder resistir a una fuerza superior.³⁴¹

El repliegue ocurría en momentos en que se recibía la noticia de que Santa Fe, la capital de Nuevo México, había caído en manos enemigas, con lo que la prensa dio la provincia por perdida para siempre: “se pierde absolutamente la esperanza de que esas ricas y fértiles comarcas vuelvan a la unión nacional...” California, a juicio de un observador, podía salvarse sólo por el interés que en ella tenía Inglaterra, aunque al fin sería necesario cederla a esta última potencia.³⁴² Es decir, la opinión general era la de que los territorios del norte iban a perderse fatalmente. El 15 de octubre la noticia de la pérdida de California confirmó este pesimismo.³⁴³

Golpismo radical

Al mismo tiempo, en la capital, la aparición de un nuevo periódico, *El Federalista Puro*, que insistía en llamar al pueblo a tomar la riqueza de las clases acomodadas para financiar la campaña de Santa Anna, aumentó la animosidad entre los batallones léperos de la Guardia Nacional, al servicio de los radicales, y los de “hombres de bien”, leales al presidente Salas, al grado de que continuamente se daban conatos de enfrentamiento, pues, a expensas del comercio de la ciudad, las corporaciones identificadas con los moderados no dejaban de comprar armamento nuevo gracias que, por decreto de 28 de agosto, el gobierno había permitido la introducción y venta franca de armas y municiones,

³⁴¹ AHSEDENA, exp. 2251, f. 45.

³⁴² *El Monitor republicano*, 9 de octubre de 1846.

³⁴³ *Ibid.*, 18 de octubre de 1846.

incluidos cañones, sin pagar derechos de importación.³⁴⁴ La violencia estuvo a punto de estallar y generalizarse el 14 de octubre debido a la agitación producida por las elecciones y al rumor de que Gómez Farías y Rejón iban a derrocar a Salas para imponer sus planes de reforma, que incluían la inmediata expropiación de los bienes de la Iglesia. Y es que, al parecer, los radicales no querían impulsar dicha reforma en un Congreso en el que los moderados pudieran presentar una resistencia importante.³⁴⁵

Ante el desfile de grandes contingentes de léperos por las calles, que ya festejaban la caída de Salas, el gobierno de la ciudad dio la alarma y los batallones de “hombres de bien”, así como multitud de “gente decente” (artesanos, comerciantes, profesionistas), se reunieron en La Profesa y otros edificios importantes, con lo que lograron disuadir a los radicales de su intento. La decisión mostrada por las clases medias para enfrentar a los batallones léperos demostró que los “hombres de bien” no estaban dispuestos a tolerar otro motín de la Acordada y saqueo del Parián.³⁴⁶ La facilidad con que los milicianos se armaban, cuando la mayoría de los autores subrayan la escasez y mala calidad del armamento en México, demuestra que esto último es tan sólo un mito, pues la liberación del comercio de armas tuvo efectos inmediatos.

La desconfianza y falta de armonía no terminaron ahí. Los periódicos moderados comenzaron a recomendar la destitución de Rejón al considerarlo, por su carácter

³⁴⁴ *Ibid.*, 7, 13 de octubre de 1846. *Don Simplicio*, 10 de octubre de 1846. Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, v. 2, p. 121-122. Lafragua, *op. cit.*, s/f. Juan Nepomuceno Almonte, *Memoria del Ministerio de Estado y del Despacho de Guerra y Marina del Gobierno Supremo de la república Mexicana. Leída al Augusto Congreso Nacional el día 9 de diciembre de 1846 por el general Almonte*, México, Imprenta de Torres, 1846, p. 26.

³⁴⁵ José Ramón Malo, *Diario de sucesos notables (1832-1864)*, 2 v., México, Patria, 1948, p. 308-309.

³⁴⁶ Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, v. 2, p. 125-126.

exaltado, una amenaza para la unión de los mexicanos y la marcha del gobierno.³⁴⁷ El aludido solicitó la protección de Santa Anna, quien prometió investigar los hechos y le recomendó que se negara a dimitir, aun cuando Salas se lo exigiese. Esto bastó para que el 18 los puros repitieran el intento golpista del 14, pero el gobierno reaccionó de nuevo con decisión y, protegido por el batallón Hidalgo y otros contingentes ubicados en edificios estratégicos, como la Profesa y la Universidad, siguió despachando sus asuntos.³⁴⁸

Al día siguiente, la prensa moderada hizo notar que la marcha del gobierno era imposible mientras el conflicto de facciones no se resolviera a favor de una de ellas, por lo que exigió a Salas la destitución de Rejón y un gabinete moderado.³⁴⁹ El presidente atendió esta petición y de inmediato se anunció la salida de Rejón del gabinete y del radical Pedro Lemus de la comandancia general.³⁵⁰ Los radicales contraatacaron con un folleto, en el que lo acusaban de traidor, moderado y monarquista y reproducían la carta en la que, se decía, Santa Anna había instruido a Rejón negarse a renunciar mientras no aclarara con Salas “varios particulares de importancia, y principalmente [decía el caudillo] ciertas medidas que juzgo tienden a preparar una reacción, y también para prevenir los desaires que se intenta hacer a mis amigos”.³⁵¹

Resultado de esta pugna fue la develación del poder de Santa Anna pues, al recurrir a él como árbitro, los contendientes pusieron de manifiesto que ejercía el poder tras bambalinas. Los editores de *El Monitor Republicano* fueron de los primeros en

³⁴⁷ *El Monitor Republicano*, 19 de octubre de 1846.

³⁴⁸ Carlos M. de Bustamante, *El nuevo bernal...*, op. cit., p. 127-128.

³⁴⁹ *El Monitor Republicano*, 19-20 de octubre de 1846.

³⁵⁰ *Ibid.*

³⁵¹ *Ibid.*

vislumbrarlo al declarar que la carta tenía que ser apócrifa, pues el caudillo había renunciado al poder y la República estaba bajo un régimen constitucional, aunque, si se trataba de un documento auténtico, la pregunta era si el general Santa Anna había engañado a la nación con su desinterés por el mando y sus declaraciones de republicanismo.³⁵² Para los redactores, el gobierno no tenía por qué condescender a los deseos de un hombre que no tenía autoridad para imponerle decisiones.³⁵³

Las confusas noticias que le llegaban de la capital, pero que hacían evidente el peligro de ruptura que corría la alianza que lo había traído de vuelta al país, produjeron la inmediata reacción de Santa Anna, materializada en forma de un decreto expedido por el gobierno de San Luis Potosí el 22, en el que se ratificaban los principios del Plan de la Ciudadela; se recordaba que él era el verdadero e indiscutible líder llamado por la nación y aclaraba que el general Salas sólo ejercía la presidencia en calidad de sustituto. Teniendo en cuenta estos dos hechos, se decretaba que el caudillo tenía derecho a ejercer el poder o a designar para ello a una persona de su elección, y que si el orden llegaba a subvertirse en la capital, o éste siguiera viéndose amenazado por agitaciones políticas, el Congreso constituyente se reuniría donde Santa Anna designara.³⁵⁴

La confusión en la capital continuó por varios días más. Las primeras noticias procedentes de San Luis Potosí fueron de alarma, pues se aseguraba que el estado se había pronunciado en contra del gobierno y proclamado a Santa Anna como jefe supremo de la nación. Sin embargo, una comisión nombrada por el gobierno y encabezada por

³⁵² *Ibid.*

³⁵³ *Ibid.*, 22 de octubre de 1846.

³⁵⁴ *Ibid.*, 23 de octubre de 1846.

Ignacio Basadre partió a aquella ciudad para dar explicaciones al caudillo.³⁵⁵ Todo hacía evidente, en primer lugar, que el general seguía ostentando el poder efectivo en el país, y en segundo, que ni puros ni moderados se atrevían a eliminar al otro sin su apoyo. Los puros intentaron adjudicarse este apoyo con un golpe de mano que lo obligara a aceptar el hecho consumado de la caída de Salas y el ascenso de Gómez Farías; su fracaso los ponía en la necesidad de aceptar que sus rivales mantuvieran su presencia en el gobierno y las elecciones del futuro Congreso, las cuales cada día cobraban mayor importancia. La desesperanza de Gómez Farías ante esta situación se reflejaba en su correspondencia con el caudillo, en la que insistía en que Salas había caído bajo la influencia de los moderados, se quejaba por el respaldo que el jalapeño daba éste y lo urgía a tomar en sus manos las riendas del gobierno, tal vez con el objeto de obligarlo a cumplir con el compromiso adquirido de imponer a su regreso un gobierno radical. Lejos de esto, Santa Anna se mantenía firme en su empeño de no tomar el poder oficialmente, apoyaba a Salas y pedía a Gómez Farías que buscara la unidad entre las facciones.³⁵⁶

Es evidente que la unidad era la aspiración del general, pues de ella dependía el consenso en el futuro Congreso a favor del compromiso con Polk. Es decir, venía a ser crucial que se mantuviese la alianza política que iba a ejercer el poder constituyente, no sólo para constituir a la nación, sino para ceder ante los Estados Unidos. Tanto Santa Anna dependía de los puros como éstos de él, por eso los unos no renegaban del caudillo a pesar de su evidente acercamiento a los moderados, mientras que él no se atrevía a eliminarlos de manera directa, y sólo pretendía limitar su influencia mediante maniobras

³⁵⁵ *Ibid.* 21 y 26 de octubre de 1846.

³⁵⁶ *Ibid.*, p. 52.

como la del Consejo de Gobierno. Por ello también, a pesar de la algidez de la lucha política y de que casi se llegaba a las manos, nadie fue señalado ni encarcelado, y los periódicos de ambas facciones y el propio Santa Anna acusaron del desorden a los típicos e indefinidos “enemigos de la nación”, a los “agentes del enemigo exterior”.

Siguiendo esta política de mantener la unión a toda costa, el general publicó un manifiesto en el que aclaraba su postura ante los hechos del 18 y 19 de octubre. Decía que había protegido a Rejón porque no tenía clara la situación en la capital y había recibido falsos informes de que Salas estaba influenciado por enemigos de la revolución de la Ciudadela, pero éste ya le había dado explicaciones satisfactorias. Finalmente concluía: “Que no se intente impedir de ninguna manera la reunión del Congreso [...] y por mi parte nada tendré que objetar a la conducta del gobierno provisorio de la República”.³⁵⁷ No hay duda, el Congreso era la piedra angular de su política.

Por lo anterior, y como respuesta a las acusaciones de traición a la revolución de la Ciudadela, Salas se apresuró a publicar, el 23, un decreto por el que adelantaba para noviembre la reunión del Congreso constituyente y de las legislaturas de los estados. El 25 expidió otro decreto por el que ratificó su adhesión a la revolución y reconocía no ser más que un sustituto del jalapeño en la presidencia.³⁵⁸

La prensa moderada celebró que todo quedara aclarado, se burló de la posición en que quedaron Rejón y Gómez Farías y los acusó de haber intentado engañar a Santa Anna con el supuesto peligro en que estaba la revolución de la Ciudadela para justificar un

³⁵⁷ Santa Anna, *Manifiesto* de 26 de octubre de 1846, en *El Monitor Republicano*, 28 de octubre de 1846.

³⁵⁸ *El Monitor Republicano*, 26 de octubre de 1846.

levantamiento y hacerse dueños del gobierno.³⁵⁹ A los puros no les quedó más remedio que justificarse ante la opinión pública. Melchor Ocampo escribió una carta a Santa Anna el 31 de octubre, en la que aseguraba que las actitudes de Gómez Farías y Rejón se debían simplemente a malos entendidos y al carácter explosivo de ambos personajes.³⁶⁰

Por supuesto, las disculpas de Ocampo fueron insuficientes para disimular el hecho, evidente, de que los líderes radicales habían intentado tomar por asalto el mando de la revolución de la Ciudadela para imponer de un plumazo su programa de reformas, su proyecto de nación y así, no sólo obligar a Santa Anna a aceptar el hecho consumado, sino incluso relegarlo a un lugar secundario. Los moderados se opusieron firmemente a la maniobra y la hicieron fracasar.

La sumisión de los puros con respecto a Santa Anna parecía total; los moderados, en cambio, comenzaron a partir de entonces a dar muestras de una notable independencia de opinión, e incluso de una capacidad crítica que ponía en tela de juicio el poder que, *de facto*, aquel gozaba, y por tanto parecían desafiarlo. En su editorial del 26 de octubre, *El Monitor Republicano* hizo notar que la revolución de la Ciudadela no había llamado a nadie a ejercer el Ejecutivo, por lo que el reconocimiento que hacía Salas del poder de Santa Anna venía a ser ilegal.³⁶¹

Tales opiniones fueron apoyadas por *Don Simplicio*, el cual afirmó que el plan de San Luis era subversivo y reprochó a Salas que no lo hubiera denunciado en su manifiesto como un abuso. Santa Anna, al reconocer que ordenó no renunciar a Rejón, había atacado

³⁵⁹ *Ibid.*, 27 de octubre de 1846.

³⁶⁰ *Ibid.*, 8 de noviembre de 1846.

³⁶¹ *Ibid.*, 26 de octubre de 1846.

la facultad del presidente de destituir a los secretarios del despacho. Los redactores pidieron al jalapeño que no olvidara que no era más que el general en jefe del ejército, “y por lo mismo; súbdito del gobierno y no su director”.³⁶²

La prensa moderada inició también una crítica abierta a la actuación militar del caudillo; *El Monitor Republicano*, al anunciar que tenía noticia de que en el norte de Zacatecas había partidas enemigas, comentó: “Comienzan a palpase las fatales consecuencias de que nuestras tropas hayan abandonado la ciudad del Saltillo y concentrándose en San Luis. Nosotros quisiéramos que el general Santa Anna meditase más detenidamente sobre lo muy perjudicial que es semejante medida, pues por su medio se pierde un territorio inmenso”.³⁶³

Postura moderada

Con la invasión de California y Nuevo México, Polk parecía haber logrado sus metas y bien podía dar por terminadas las operaciones, pues podía retenerlos como botín de guerra. Si alguien le exigía una justificación más complicada, podía declarar que los territorios constituían la indemnización de las reclamaciones y el costo del conflicto. Así se lo aconsejó el general Tomson³⁶⁴ en un plan de campaña en el que, además, éste se declaraba en contra de que la invasión se llevara más allá de lo conquistado. Por su parte, el general Taylor hizo ver que una frontera en la Sierra Madre daría a los Estados Unidos las ciudades de Matamoros y Monterrey, así como los estados de Chihuahua y Sonora. La

³⁶² *Don Simplicio*, 7 de noviembre de 1846.

³⁶³ *El Monitor Republicano*, 26 de octubre de 1846.

³⁶⁴ Polk no asienta el nombre completo de este general en su *Diario, op. cit.*, v1, p. 129.

línea de la Sierra Madre, según el general, sería fácilmente defendible.³⁶⁵ Varios políticos eran también partidarios de la “guerra limitada” y, por un tiempo, el presidente pensó en recomendar al Congreso, en su mensaje anual, el fin de la guerra activa y la mera ocupación de México a lo largo de la línea de contacto establecida.³⁶⁶

Sin embargo, el 10 de octubre, siempre conforme con las recomendaciones de Santa Anna, se discutió en junta de gabinete la posibilidad de extender la expedición de Tampico hasta Veracruz. Se sabía que un ejército podía desembarcar frente a la isla de Sacrificios y sitiar por detrás a la ciudad. Polk pidió a Buchanan que confirmara eso con el antiguo cónsul de los Estados Unidos en Veracruz, F. M. Dimond; pensaba que, si era posible sitiar este puerto, debía hacerse y sus ministros estuvieron de acuerdo.³⁶⁷

La noticia de la caída de Monterrey y el armisticio resultante se recibió el 11 de octubre. El presidente condenó la decisión de Taylor de suspender la guerra, porque daba tiempo a los mexicanos para reorganizarse. No tenía idea de que su general se había salvado de la derrota y de tener que retirarse al Bravo, ni de que Ampudia les había regalado una victoria, por lo que lamentó que aquel no hubiera destruido al ejército mexicano y le ordenó cancelar el armisticio y proseguir la guerra.³⁶⁸

El 17, Polk y los secretarios de Guerra y Marina escucharon las explicaciones que les dio el señor Dimond sobre las condiciones geográficas y topográficas de los alrededores de Veracruz, y concluyeron que era posible un desembarco cerca de la isla de

³⁶⁵ Greenberg, *op. cit.*, p. 221.

³⁶⁶ Polk, *op. cit.*, v.1, p. 128-129.

³⁶⁷ Polk, *op. cit.*, v.1, p. 129.

³⁶⁸ *Ibid.*, p. 132.

Sacrificios. Dos factores más reforzaron su decisión de continuar la guerra: las provincias conquistadas no estaban dispuestas a anexarse y Santa Anna, aunque Polk siguiera confiando en su voluntad de cumplir con el acuerdo que permitió su regreso, estaba haciendo efectiva su advertencia de que, mientras el Congreso constituyente no se reuniera para asumir la responsabilidad de la guerra, combatiría al invasor y buscaría una gran victoria, de modo que preparaba un ejército en San Luis Potosí. La nueva campaña contra las costas del golfo quedó decidida; se despachó entonces orden a Taylor para que se limitase a conservar los territorios conquistados y no avanzara más allá de Monterrey. Todos los recursos serían dirigidos ahora a las expediciones de Tampico y Veracruz.³⁶⁹

Casi al mismo tiempo, el 27 el general Winfield Scott presentó un plan de campaña que proponía llevar la invasión más allá de la costa. Estimaba necesario un contingente de 10,000 hombres para sitiar Veracruz desde tierra, sin embargo asignaba poca importancia al puerto y fortaleza de Ulúa: “Para conquistar la paz, estoy persuadido, debemos tomar la ciudad de México, o ponerla en inminente peligro de captura”. Se trataba de marchar a través de los estados de Veracruz, Puebla y México, que sumaban 2.3 millones de habitantes, y el éxito dependía de aumentar el ejército a 20,000 efectivos. El plan descansaba en otra de las recomendaciones dadas por Santa Anna a MacKenzie: evitar despertar el odio y patriotismo del pueblo mexicano mediante un buen comportamiento de las tropas invasoras y el castigo de los abusos que pudieran surgir, como los que ya estaban cometiendo las tropas voluntarias en la campaña de Taylor.³⁷⁰

³⁶⁹ *Ibid.*, p. 136-137.

³⁷⁰ Timothy D. Johnson, *A Gallant Little Army, The Mexico City Campaign*, Lawrence, University Press of Kansas, p. 15.

Según puede verse en su *Diario*, El presidente iba a pasar un mes dudando de adoptar el plan de Scott, pero, como veremos, Santa Anna y el senador Thomas Hart Benton le iban a informar de que los problemas que el partido moderado estaba causando al caudillo en México exigían una línea de acción más decidida; además, Benton iba a insistir en que sólo una victoria total, y no la guerra limitada, podría asegurar el triunfo del Partido Demócrata en las siguientes elecciones presidenciales, para las cuales los *Whigs* comenzaban ya a postular al general Zachary Taylor como héroe de guerra.³⁷¹

En México ya se vislumbraba un desembarco en el golfo pues, por esas mismas fechas, Santa Anna dirigió a Juan Morales, comandante general de Veracruz, instrucciones precisas sobre cómo defender San Juan de Ulúa y el puerto. Al parecer, el caudillo no quería que se repitiera el bochorno de 1838, cuando la fortaleza, una de las más inexpugnables del mundo, cayó en manos francesas sin resistir al menos un asalto;³⁷² por ello, en sus instrucciones subrayó tal inexpugnabilidad y por lo mismo ordenó que quien fuera nombrado su comandante debería defenderse a toda costa, sin rendirse "bajo ningún pretexto".³⁷³ La seguridad del caudillo de que Veracruz no iba a caer, y la inflexibilidad de sus instrucciones, venían de que, desde años atrás, San Juan de Ulúa había sido bien artillado con el aumento del número y calibre de sus piezas, totalmente modernas (entre las que se contaban cañones a la Paixhans, que disparaban bombas, especialmente adecuados para destruir barcos de guerra). "Ya contamos, pues, en el oriente de la República, con una fortaleza bastante defendida; y si los norteamericanos

³⁷¹ Eisenhower, *op. cit.*, p. 214-215.

³⁷² Aquino, *op. cit.*, p. 250-263.

³⁷³ Santa Anna al comandante general de Veracruz, 20 de octubre de 1846, A. H. SEDENA, exp. 2260, f. 67 v.

intentan atacarla, no se repetiría hoy la triste escena de ser tomada cual lo fue el año de 1838. Esa parte del país está bien guardada, no sólo natural, sino artificialmente”.³⁷⁴

En cuanto al puerto, el caudillo estaba seguro de que podría defenderse "ventajosamente" con 4,000 mil hombres que se estaban reuniendo. Afirmaba que no pretendía dar lecciones al comandante general de Veracruz sobre la ventaja de contar con murallas y fuertes edificios que podían convertirse fácilmente en sólidas barreras contra el avance enemigo, pero le advertía: “Que debe hacerse desaparecer la idea de capitulación, y que prefiero saber que han desaparecido las fortalezas de Veracruz y Ulúa y que sus defensores han quedado sepultados bajo sus escombros, que la noticia de haber sido humillado el pabellón nacional con un tratado o capitulación indignos del nombre mexicano”.³⁷⁵

Prevenía específicamente contra cualquier tratado o capitulación que repitiera los actos de Rincón en 1838, y recientemente de Ampudia, de firmar rendiciones que incluyeran asuntos diplomáticos sin contar con la investidura correspondiente. Por supuesto, lo que aquí salta a la vista es el contraste entre la negligencia de Santa Anna en el norte y su celo defensivo en Veracruz. Más adelante, cuando hablemos de qué manera este comportamiento contradictorio del general se conjugó con la batalla de La Angostura, quedarán claras sus razones para actuar de tal manera.

A pesar de que parecía que los dos bandos se aprestaban a una lucha prolongada, la posibilidad del acuerdo entre Santa Anna y Polk estaba siempre presente. El 28 de

³⁷⁴ Almonte, *op. cit.*, p. 22-23 y 25.

³⁷⁵ *Ibid.*, f. 68.

octubre, *El Monitor Republicano* había publicado una carta tomada del diario español *La Patria*, en la que se afirmaba que ambos estaban de acuerdo en librar batallas arregladas, celebrar tratados para ceder territorio y erigirse después el segundo en dictador.³⁷⁶ Los redactores moderados de *El Monitor Republicano*, tanto como los de *El Republicano*, no dieron crédito a semejante idea y de inmediato la tacharon como un ardid de Polk para confundir y dividir a los mexicanos.³⁷⁷

Entre tanto, la guerra se reanudaba. El 8 de noviembre se recibieron pliegos del general Taylor, fechados el 5, por los que Santa Anna se enteró de que su contrincante tenía orden de romper el armisticio celebrado en Monterrey el 24 de septiembre, y de reanudar las hostilidades a partir del 13 de noviembre.³⁷⁸ Respondió en tono gallardo que podía reanudar las hostilidades cuando quisiera, pues serían bien correspondidas; pero sobre las posibilidades de paz contestó con una explicación de cuál era la situación en México y lo que podía esperarse:

por el espíritu y decisión que advierto en todos los mexicanos, debe V. S. desechar toda idea de paz entre tanto un soldado americano, pise, armado, el territorio de esta república, y subsistan al frente de sus puertos las escuadras que los hostilizan. Sin embargo, el Congreso extraordinario debe reunirse en la capital a fines del presente mes, y este augustísimo cuerpo resolverá lo que juzgue más conveniente al honor y a los intereses de la nación.³⁷⁹

Santa Anna explicaba así la postura que comenzaba a adoptar el partido moderado y, una vez más, entre expresiones de orgullo patriótico mezclaba de manera sutil el

³⁷⁶ *El Monitor Republicano*, 28 de octubre de 1846.

³⁷⁷ *Ibid.*, 29 de octubre de 1846.

³⁷⁸ AHSEDENA, exp. 2255, f. 44.

³⁷⁹ Santa Anna a Taylor, *Ibid.*, f. 60 v., y *El Monitor Republicano*, 14 de noviembre de 1846

mensaje de que el Congreso podría, próximamente, satisfacer los deseos de Polk, y sólo era cuestión de tiempo lograr la ansiada meta. Sin embargo, al parecer existió una correspondencia paralela a la oficial en la que el mensaje era explícito, según puede verse en los informes de Eduardo González, vicegobernador de Coahuila, quien en una carta a Almonte, además de advertir que los invasores habían avanzado hasta adueñarse de Saltillo, le decía que, al entrevistarse con Taylor, éste le manifestó que el estado “quedaba bajo el dominio de los Estados Unidos mientras no se estableciese la paz que debía ser pronto porque así se lo había[n] escrito el general Salas y el señor Santa Anna que luego que el Congreso se reuniera, sería todo arreglado”.³⁸⁰ Una correspondencia directa entre las autoridades mexicanas y Taylor era un hecho irregular, del que no teníamos noticia, y menos que en ella se asegurase lo que en la correspondencia oficial tan solo se insinuaba.

El involucramiento de Salas implicaba el de los moderados en la intriga y, si en un principio *Don Simplicio* la había denunciado definiendo a la guerra como una “pasta de republicanos rellena de yanquis”, ahora aplaudía la constancia del jalapeño en dejar que el Congreso decidiera todo lo relativo a la guerra.

Con sumo placer hemos leído este interesante documento [la respuesta de Santa Anna a Taylor] en que el general en jefe de nuestras tropas ha manifestado una dignidad y patriotismo, dignos de todo elogio. Aplaudimos sobre todo la idea de dejar, como es debido, al Congreso constituyente, la decisión de un punto tan delicado, como el que promueve el general enemigo, y no menos la insinuación de que no se oirán proposiciones de paz, mientras ocupe el ejército norteamericano un solo palmo de territorio nacional.³⁸¹

³⁸⁰ Eduardo González al ministerio de la Guerra, 17 de noviembre de 1846, A. H. SEDENA, exp. 2251, f 17.

³⁸¹ *Don Simplicio*, 2 de diciembre de 1846.

En principio, tal postura resultaba absurda pues, en esos días, todos eran conscientes de que los territorios del norte estaban perdidos de manera definitiva, ya que su reconquista parecía poco menos que imposible. Así, la exigencia de que el enemigo fuera expulsado del territorio nacional, o éste lo evacuara voluntariamente, y sólo entonces iniciar negociaciones de paz, resultaba vana e ilusa. Llama también la atención la manera como el redactor aplaudía que Santa Anna no olvidaba que la decisión de la paz tenía que recaer en el Congreso Constituyente, como aplaudiendo más bien que el general recordase que tenía aliados a los que debía respetar. Todo ello sugiere que se había operado un cambio en la postura de los moderados dentro de la alianza, que sólo podía estribar en que, a raíz de los sucesos de octubre y el decreto de San Luis Potosí, además del rumor, transmitido por un artículo del *New York Herald*, de que Santa Anna había firmado un tratado secreto con Washington en El Lencero, desconfiaban del caudillo y temían que pudiera imponer una dictadura y firmar la paz por cuenta propia.

Este temor puede verse en una carta de Ramírez a Francisco Elorriaga:

Pero si hubiera algo de cierto [en el rumor de que el jalapeño había firmado un tratado secreto con Polk, descrito en un artículo del *Herald* de Nueva York, sin informárselo a sus aliados, *vid. infra*] nada conseguiríamos con dar pleno ascenso [*sic*] a la especie y por lo mismo hemos convenido en sacar ventaja de este incidente, comprometiendo con él a Santa Anna para que corra el albur hasta el fin. Tal es la dirección dada al negocio...”³⁸²

En otras palabras, los moderados temían que Santa Anna hubiera negociado con Washington sin incluirlos, por lo que - a juzgar por el tono de la prensa moderada a partir

³⁸² Ramírez, *op. cit.*, p. 174.

de ese momento - habían decidido obligarlo a sostener la guerra, al menos hasta obtener garantías.

No se cuenta con un testimonio semejante sobre la postura del partido radical, pero a juzgar por los acontecimientos analizados, aún los posteriores, era claro que seguían firmemente ligados a Santa Anna, pese a las evidentes muestras de que éste apoyaba al gobierno moderado, su empeño por meter en cintura a Gómez Farías y su reciente abandono de Rejón. Más adelante veremos que esta fidelidad radical era sólo aparente y que por el momento era necesario permanecer a lado del caudillo.

Por su parte, para comodidad y beneplácito de los invasores, el jalapeño continuó con su decidido movimiento de repliegue en el norte. Conforme a sus instrucciones, el puerto de Tampico fue evacuado sin tener enemigo al frente y sin poderse por tanto juzgar si el puerto era o no defendible. El supuesto ataque a San Luis Potosí seguía sirviendo para justificar la retirada, aun cuando ya se sabía que el ataque principal vendría por Veracruz y no se tomaba en cuenta la cauda de protestas por el abandono de Tampico provenientes del estado de Tamaulipas, las cuales fueron bien resumidas por Salvador Bermúdez de Castro:

La continuación del abandono de Tampico, ordenada por Santa Anna bajo el frívolo pretexto de la dificultad de la defensa y su fácil ocupación por las fuerzas de los Estados Unidos, ha dado nuevos visos de probabilidad a los rumores que atribuyen la inexplicable conducta de aquel general a su connivencia con el gabinete de Washington. La importancia de tan interesante punto valía la pena de disputar su posición; no se concibe cómo se manda evacuar sin tener un solo enemigo a la vista y contando con guarnición suficiente para impedir un desembarco.³⁸³

³⁸³ Citado por Figueroa, *op. cit.*, p. 199.

Cuando al fin llegó la noticia de la ocupación de Tampico, el gobierno se apresuró a justificar al jalapeño minimizando la pérdida con el argumento de que se había evitado una nueva derrota.³⁸⁴ El gobierno consideraba necesario defender el prestigio del general en jefe porque en esos momentos circulaba, entre la clase política, de mano en mano y secretamente, un artículo del *Herald* de Nueva York, al que se había referido Ramírez en su carta a Elorriaga, donde se aseguraba que un tratado secreto suscrito con los Estados Unidos por Santa Anna lo obligaba a abandonar los estados invadidos y disponer las cosas de manera que las tropas mexicanas opusieran poca resistencia, hasta que luego de sufrir varios reveses la nación se prestara a firmar la paz a cualquier precio. Como premio, se le había garantizado la presidencia (es decir, la dictadura) por diez años.³⁸⁵

Carlos María de Bustamante afirmó ante esto que el abandono del puerto “era principio de la operación de otras que le seguirían para consumir la *venta* de la República mexicana ya pactada con los enemigos”.³⁸⁶ Dueño de una peculiar y apasionada personalidad, llegó incluso a dar crédito al rumor de que el general Tomás Requena tenía en su poder el texto del supuesto tratado de venta, firmado por Santa Anna en la hacienda de El Lencero. Aunque resulta dudosa la existencia de tal documento, pues es difícil pensar que el caudillo repitiera el error de Velasco, si se toma en cuenta que Atocha había desembarcado en Veracruz en septiembre,³⁸⁷ no es descabellado pensar que la relación con Polk no era descuidada.

³⁸⁴ AHSEDENA, exp. 2208, f. 343.

³⁸⁵ Ramírez, *op. cit.*, p. 172-174. Según Nelson, *op. cit.*, p. 103, por esas fechas existía en los Estados Unidos un rumor muy extendido de que Santa Anna ofrecería una resistencia meramente simbólica.

³⁸⁶ Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, v. 2, p. 130.

³⁸⁷ *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1846.

La conmoción se generalizó en la capital cuando, el 26, siguiendo la estrategia anunciada por Ramírez de exhibir a Santa Anna, *El Republicano* publicó el artículo del *Herald*, pero una vez más el gobierno reaccionó con rapidez y firmeza para cuidar del prestigio de Santa Anna contra los rumores y la desconfianza que eran más fuertes cada día. El *Diario del Gobierno* publicó una circular del nuevo ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, José María Lafragua (uno de los artífices del regreso del caudillo), dirigida a los gobernadores de los estados, en la que además de solicitar su cooperación en el esfuerzo de guerra, aseguraba la lealtad del general en jefe.³⁸⁸

Tenemos entonces que, al mismo tiempo que Ramírez, miembro del gobierno moderado, fue uno de quienes decidieron publicar el artículo sensacionalista en un diario moderado,³⁸⁹ el mismo gobierno se empeñaba en defender al general en jefe. Tal situación pone en evidencia un doble juego en la política moderada: exhibir a Santa Anna en la prensa y defenderlo de esa misma exhibición, con el objetivo de obligarlo a sostener la guerra mientras no incluyera al partido en sus tratos con Washington.

Según el gobierno, se calumniaba al general Santa Anna por parte del gabinete de Washington, el cual, al ver a la nación mexicana dispuesta a defenderse y causar grandes gastos y problemas políticos a su país, trataba de alentar la discordia y la desconfianza en ella: “Se ha hecho pensar con tan innoble fin, que el general Santa Anna está comprometido a *hacer la paz*, halagado con la esperanza de obtener el mando de la República. Pero tal idea no puede sostenerse, cuando se considere que el general Santa

³⁸⁸ *Diario del Gobierno*, 27 de diciembre de 1846.

³⁸⁹ Ramírez, *op. cit.*, p. 174.

Anna no necesita ser traidor para ser el primer hombre de México” [...] El soberano congreso podrá, pues, si lo cree conveniente, hacer la paz: el gobierno no puede ni quiere hacer más que la guerra”.³⁹⁰ De nueva cuenta se afirmaba que todo era cuestión de ofrecer al Congreso una paz razonable.

En medio de este ambiente de desconfianza, se celebraron las elecciones y, para decepción de Gómez Farías y sus radicales, el resultado fue un Congreso constituyente dividido casi a la mitad con los moderados, lo que terminó de inhabilitarlos para romper la alianza e imponerse.³⁹¹ Una vez formado el Congreso, a *El Monitor Republicano* no le pasó inadvertido que, ahora sí, el nuevo Legislativo tendría que enfrentarse a la gran cuestión: continuar o terminar la guerra. Según los redactores, lo gravoso de la guerra y las ofensas de los estadounidenses hacían que las razones para optar por una u otra opción fueran parejas, de modo que se confesaron incapaces de atinar a la mejor solución.³⁹²

Lo que en el fondo querían decir los moderados, a nuestro entender, era lo antes señalado: que, ante la política reformista de los radicales, la actitud dictatorial de Santa Anna reflejada en el decreto de San Luis, y la posibilidad de que se les estuviera marginando de los tratos con Polk, les resultaba muy difícil respetar el pacto sobre el cual se basó el regreso del caudillo, es decir que, como parte del nuevo Congreso encargado no sólo de constituir a la nación sino de decidir sobre la guerra, ellos votarían por la paz

³⁹⁰ José María Lafragua, circular a los gobernadores, col. Lafragua, 398, s/f, y Antonio López de Santa Anna, *Apelación al buen criterio de los nacionales y extranjeros, Informe que el Exmo. Sr. General de División, benemérito de la patria D. Antonio López de Santa Anna, dio por acuerdo de la Sección del Gran Jurado sobre las acusaciones presentadas por el señor diputado Don Ramón Gamboa. Acompañan a dicho Informe diversos documentos de la mayor importancia para la historia, y de los cuales algunos no se habían publicado hasta hoy*, México, Ignacio Cumplido, 1849, p. 32.

³⁹¹ *El Monitor Republicano*, 7 de noviembre de 1846.

³⁹² *Ibid.*, 14 de noviembre de 1846.

cuando llegara el momento; ahora ya no parecían dispuestos a sancionar cualesquiera términos que les presentaran. Esto explica que estuvieran decididos a obligar a Santa Anna a sostener la guerra: lo que exigían era respeto y garantías.

Entre tanto, en Washington, Polk seguía dudando entre la guerra limitada o la conquista de la capital mexicana. El gabinete discutió el 7 de noviembre el presupuesto de gastos para el siguiente año fiscal, y se acordó aumentar el ejército a 35,000 hombres. Pero la cuestión de hasta dónde llevar la invasión quedó sin resolverse. Esa misma noche, el senador Benton visitó al presidente. Este personaje, luego de ser uno de los principales opositores a la declaración de guerra, por considerarla injusta, ahora era partidario de asestar un golpe audaz, no sólo con la toma de Veracruz, sino mediante un rápido y aplastante movimiento desde el puerto a la ciudad de México. Opinaba que la mera retención de territorios prolongaría el conflicto por años y desacreditaría al Partido Demócrata al presentarlo como pasivo, cuando se requería de energía y audacia.³⁹³

La expedición a Veracruz estaba decidida, pero la marcha hasta la capital era un asunto delicado que exigiría recursos, de allí que Polk siguiese consultando con amigos y colaboradores. El 9 de noviembre, Benton volvió a exponerle su idea de tomar la ciudad de México y enviar con el ejército una comisión encargada de ofrecer la paz en cualquier momento de la marcha hacia el centro, pero esta vez lo escucharon también los ministros de Guerra y Marina. Se le informó que el ataque a Veracruz estaba decidido, pero no la marcha contra la capital. El 10, el senador insistió una vez más en sus puntos de vista, pero como el gabinete se oponía a reclutar más tropas, se decidió esperar a los informes sobre

³⁹³ Polk, *op. cit.*, p. 146-147.

las posibilidades de avanzar al interior, solicitados al general Taylor desde el 22 de septiembre. Éstos llegaron esa misma noche pero, aunque el general aconsejaba limitarse a las conquistas logradas, Polk los juzgó poco satisfactorios. Para entonces, escribía en su diario que desconfiaba de Taylor por juzgarlo influenciado por la oposición y lamentó no poder decidir por falta de informes fidedignos.³⁹⁴

El 10 le mintió a Benton afirmando que, si bien se planeaba la toma de Tampico y Veracruz, “el movimiento hacia la ciudad de México no se había proyectado hasta ahora, ni se pensaba hacerlo” (recuérdese que el general Scott había trazado un plan con ese objetivo). Por su parte, Benton insistió en que la paz no se alcanzaría sin la toma de la capital. El 11, repentinamente, Polk le dijo que se inclinaba a seguir su consejo.³⁹⁵

Cabe preguntarse si, en la inclinación del presidente por tirarse a fondo, habrían influido posibles noticias sobre la situación de Santa Anna en México, recibidas en una nueva entrevista con Atocha, quien al embarcarse en Veracruz posiblemente se dirigió a Washington.³⁹⁶ Cabe preguntarse incluso si no sería el mismo Benton quien estaba influenciado por Atocha pues, como veremos más adelante, ambos personajes estaban en contacto, de modo que era posible que la insistencia del congresista de atacar a la ciudad de México procediera en realidad de Santa Anna, quien comenzaba a ver claro que sus dificultades para mantener la alianza entre las facciones y la postura del partido moderado podrían obligarlo a seguir el plan trazado en La Habana hasta sus últimas

³⁹⁴ *Ibid.*, p. 147-148.

³⁹⁵ *Ibid.*, p. 151-152.

³⁹⁶ Había reembarcado en Veracruz hacia los Estados Unidos el 2 de octubre. *Vid. El Monitor Republicano*, 9 de octubre de 1846. El viaje hasta Washington tardaba alrededor de un mes, lo que significa que pudo llegar a esa ciudad al mismo tiempo que el otrora pacifista Benton comenzó a insistir en la necesidad de tomar la ciudad de México.

consecuencias: llevar la guerra al corazón del país y así, cuando llegara el momento, disponer de mayores elementos de presión contra el Congreso. Tal vez nunca lo sabremos con certeza.

El hecho es que el 19 el presidente Polk, quien hubiera preferido poner al mando de la expedición a Veracruz a su amigo y consejero Benton, aprobó el plan de campaña del general Winfield Scott, el oficial de más alto rango en el ejército, y a quien la ley designaba para esa responsabilidad. Llama la atención que, en adelante, Polk se empeñara absurdamente en lograr que el Congreso restableciera el cargo de teniente general del ejército, que implicaba el mando supremo de todas las fuerzas de los Estados Unidos, para dárselo a Benton, quien apenas tenía el grado de coronel y cuando había militares con mayores méritos y graduación, empezando con el propio Scott. ¿No sería que, además del hecho de que éste era un whig, prefería mandar a México a un personaje empapado en los vericuetos del juego de agentes secretos que mantenía con Santa Anna?

Mientras el presidente se decidía a amenazar la capital mexicana, en ésta el Congreso Constituyente inició sesiones el 6 de diciembre de 1846, con lo que se abrió la posibilidad de que esa asamblea decidiese terminar la guerra si el gobierno era capaz de convencerla. Al parecer, Santa Anna y los radicales seguían de acuerdo al respecto pues, el 7 de diciembre, Manuel Crescencio Rejón, electo diputado por el Distrito Federal, quedó incluido en la comisión de Relaciones Exteriores, mientras se presentaban las propuestas

de paz que Buchanan envió a raíz del regreso del jalapeño.³⁹⁷ Como veremos, se trataba de una posición clave desde la que podría abogar por la paz.

Sin embargo, la composición del Congreso, dividido entre puros y moderados con un pequeño grupo de diputados independientes, resultaba ser un importante obstáculo para el logro de esa meta, por lo que la lucha en su seno por la elección presidencial se convirtió en un siguiente campo de batalla. Los radicales comenzaron a pugnar porque se eligiese a un presidente y un vicepresidente, y sus candidatos para tales puestos fueron el general Santa Anna y Valentín Gómez Farías, respectivamente. No ha faltado quien observe que el caudillo pretendía deshacerse a toda costa del líder radical y que fue increíble que, después de todas sus intrigas contra el segundo, los radicales no dudaran en postularlo para la presidencia.³⁹⁸ Como veremos más adelante, la verdad era que necesitaban a Santa Anna en el Ejecutivo para imponer su política reformista, a la vez que éste contaba con su apoyo para a su vez imponerse como dictador: estaban obligadamente unidos por la complicidad, y las intrigas de Santa Anna contra Gómez Farías eran tan sólo una forma de atemperar sus ansias reformistas y mantener la gran alianza que, a través del Congreso, debía aceptar la paz y entregar el norte.

Los moderados, en cambio, al vislumbrar la alianza (dentro de la alianza mayor) entre la reforma y la dictadura, no titubearon en tratar de marginar a Santa Anna postulando como candidato para la presidencia, sin mancuerna, a Francisco Elorriaga (a quien Ramírez mantenía al tanto de la política moderada), ni en seguir expresando

³⁹⁷ *El Monitor Republicano*, 8 de diciembre de 1846.

³⁹⁸ Santoni, *op. cit.*, p. 317.

desconfianza en las páginas de su principal órgano de difusión. El 22 de diciembre, *El Monitor Republicano* insistía en que el caudillo no disimulaba ser el verdadero dueño del poder al comentar las órdenes que el 4 de diciembre había dado, sin tener autoridad, al gobierno de Zacatecas, en el sentido de entregar al federal cuantos recursos pecuniarios tuviera en sus arcas, sin importar el contingente que se le hubiese fijado. Los redactores hacían notar que con él y Gómez Farías se veía venir la misma situación de 1833, con lo que el caos y el despotismo estaban a la puerta y se hacía evidente que quien se había declarado “soldado del pueblo” y jurado acatar la voluntad de la nación se estaba convirtiendo en un “dictador supremo”.³⁹⁹ Así, la legislatura de Zacatecas envió una queja al Congreso de la Unión, en la que denunciaba el atentado contra su soberanía y hacía temer que Santa Anna se dispusiera a imponer una dictadura militar.⁴⁰⁰

En marcado contraste con estas francas y severas críticas, Rejón llegó al extremo de defender al caudillo en el Congreso con el ingenuo y absurdo argumento de que su conducta derivaba de que las ordenanzas del ejército no estaban “en consonancia con las instituciones”.⁴⁰¹ Aunque en realidad la actitud de aquel ante Zacatecas se debía a que el gobernador, Manuel González Cosío, se negaba a aportar ninguna clase de recursos al para sostener la guerra,⁴⁰² al finalizar 1846 tanto los moderados como los gobiernos estatales tenían la opinión de que lo que se estaba viviendo era una especie de dictadura disfrazada, tras de la cual estaba el jalapeño. El sometimiento de las milicias estatales al

³⁹⁹ *El Monitor Republicano*, 22 de diciembre de 1846.

⁴⁰⁰ *Ibid.*

⁴⁰¹ *Ibid.*

⁴⁰² Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, p. 627-628.

ejército y la develación del poder del último durante la crisis de octubre en la capital eran los principales argumentos para sostener tal opinión.⁴⁰³

Por su parte, Rejón y Gómez Farías seguían sirviendo fielmente al supuesto dictador y el 23 de diciembre lograron que el Congreso lo eligiera presidente interino de la República.⁴⁰⁴ Sin embargo, parece ser que se estaban apoyando en las convicciones ideológicas de los gobernadores y las legislaturas para poner un dique al creciente poder del jefe militar, pues los radicales de los estados comenzaron a echar mano del tradicional instrumento de resistencia del federalismo contra cualquier actitud dictatorial del centro: la coalición de estados. Por esos días, Manuel Doblado aseguró a Gómez Farías que mientras fuese gobernador de Guanajuato, el estado sostendría a la Federación y, llegada la ocasión, la defendería contra cualquier enemigo, y agregó: “supongo que el señor Olaguíbel lo habrá impuesto a usted de nuestros trabajos para una coalición y supongo también que estará bien informado de lo ocurrido últimamente en Zacatecas”.⁴⁰⁵

Así como Santa Anna atemperaba las ansias reformistas de los radicales, éstos atemperaban sus ansias dictatoriales. Ambas partes daban muestras de no estar dispuestas a cumplir con el pacto de La Habana. Era imposible que semejante forcejeo durara mucho tiempo, e iba a ser causa de ruptura y del fracaso de Gómez Farías como reformador de México.

Por lo pronto, se remitió al general en jefe el decreto del Congreso que lo hacía presidente de la República, con Gómez Farías como vicepresidente. Santa Anna no dejó

⁴⁰³ *Don Simplicio*, 14 de octubre, y 4,7 y 11 de noviembre de 1846.

⁴⁰⁴ *El Monitor Republicano*, 1 de enero de 1846.

⁴⁰⁵ Manuel Doblado a Valentín Gómez Farías, 28 de diciembre de 1846, AVGF, 2174.

pasar la oportunidad de hacer sus acostumbradas declaraciones de desinterés y patriotismo; el 27 expresó su agradecimiento al Congreso y aseguró que no había estado en sus planes obtener el poder, que tomaba ahora como un sacrificio más por la patria.⁴⁰⁶

Sin embargo, al finalizar diciembre, la anulación de las elecciones del Ayuntamiento del Distrito Federal, decidida arbitrariamente por el gobernador Vicente Romero, dio a los moderados una prueba más para afirmar “que no somos libres ni federalistas más que en el nombre”, y acusar al caudillo y a Gómez Farías de despotismo.⁴⁰⁷

Por su lado, la prensa estadounidense publicaba noticias contradictorias, ya que mientras en Nueva Orleans se anunciaba que el gobierno planeaba atacar Veracruz,⁴⁰⁸ los periódicos de Filadelfia no salían de su perplejidad al observar que Washington esperaba confiado proposiciones de paz por parte de México, cuando era claro que la prensa mexicana seguía siendo muy beligerante, las autoridades y el propio Santa Anna habían declarado que no se rendirían y en Monterrey se enfrentó una resistencia mucho mayor a la esperada.⁴⁰⁹ Evidentemente era en los Estados Unidos donde mejor podía palpase la política truculenta de ambos presidentes, encaminada a presionar al Congreso mexicano a resolver la guerra, y a ocultar a la opinión pública su juego astuto y audaz.

No obstante, bastaba observar los movimientos estratégicos del general en jefe para ver la traición. El 26 de diciembre, *El Defensor* de Tamaulipas destacaba que, con tan

⁴⁰⁶ *El Monitor Republicano*, 1 de enero de 1846.

⁴⁰⁷ *Don Simplicio*, 30 de diciembre de 1846.

⁴⁰⁸ *Ibid.*, 13 de diciembre de 1846.

⁴⁰⁹ *Ibid.*, 21 de diciembre de 1846.

sólo 8,000 hombres repartidos entre Monterrey, Saltillo y Tampico, los estadounidenses estaban amagando a la nación en el norte y preguntaba en qué país se había visto que un invasor recorriera con toda libertad una extensión de territorio tan grande sin que se le combatiera continuamente. Diseminados como se encontraban, los invasores podían ser combatidos con ventaja si las fuerzas mexicanas no estuvieran a tanta distancia en San Luis Potosí. “¿Será posible que la nación no tome la iniciativa, y que sólo se den algunos combates cuando el enemigo emprende sobre los puntos en que se hallan nuestras tropas? Esto no puede honrar a los que se glorian de ser dignos sucesores de los Hídalgo y Morelos”.⁴¹⁰

Esto sí era posible, y nada menos que por órdenes explícitas del general en jefe. Su decisión de no estorbar los movimientos del invasor fue más evidente cuando Taylor se propuso tomar Ciudad Victoria atravesando un territorio montañoso en el que sus tropas, divididas en varios contingentes, pudieron ser fácilmente emboscadas y derrotadas en *detall*.⁴¹¹ Aunque el gobernador de Tamaulipas pidió refuerzos para batir a los invasores, le fueron negados por órdenes expresas de Santa Anna, quien además ordenó al general Gabriel Valencia, jefe de las fuerzas que se vio obligado a destacar en Tula a causa de las críticas por el abandono del norte, no hostilizar de ninguna manera a los estadounidenses, todo lo cual produjo una cascada de denuncias de negligencia y hasta de traición por parte del gobernador y la prensa tamaulipecos.⁴¹²

⁴¹⁰ *Ibid.*, 22 de enero de 1847.

⁴¹¹ Selph, *op. cit.*, p. 195-97. En *Detall* significaba atacar y derrotar al enemigo en partes cuando se hallaba dividido.

⁴¹² *El Monitor Republicano*, 8 de enero y 1 de febrero de 1847.

La actitud de Santa Anna resultaba a la vez inquietante y desmoralizadora, pues de nueva cuenta era claro que abandonaba al enemigo el territorio nacional. Los sentimientos de sus subordinados pueden ser comprendidos en la siguiente carta que, proveniente de Tula, describía el estado de ánimo del general Valencia:

De noticias sólo diré a V. que el señor general Valencia se va a morir seguramente sólo de cóleras; pues ha hecho prodigios porque el presidente y general en jefe le dé tropa suficiente, y este señor, sordo; de que resultó que los enemigos se apoderaran de Victoria con grande facilidad, y hoy tienen establecida su línea hasta Tampico, con la mayor tranquilidad”.⁴¹³

El mismo Valencia, para evitar que se le culpara del abandono de Ciudad Victoria, aclaró al ministerio de la Guerra:

Si no lo verifiqué, [el ataque el 25 y 29 de noviembre] no fue culpa mía, sino por haberseme negado el refuerzo de 2,500 hombres que pedí con este objeto, y por haberseme prohibido por repetidas y terminantes ordenes que diera un paso fuera de Tula, ni sacara un solo soldado; órdenes tan terminantes que no me dejaban el menor arbitrio a interpretarlas.⁴¹⁴

Para justificar su conducta, el jalapeño se apoyaba en el argumento de que era imposible enviar refuerzos a Tamaulipas por falta de recursos, lo que de por sí hacía difícil mantener al ejército acuartelado en San Luis, que por entonces ascendía a más de 15,000 hombres.⁴¹⁵ Sin embargo, se ha comprobado que, en el momento en que debió impedir la toma de Ciudad Victoria, la situación del ejército estaba lejos de ser desesperada.⁴¹⁶

⁴¹³ *Ibid.*, 3 de febrero de 1847.

⁴¹⁴ *Ibid.*

⁴¹⁵ Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 238.

⁴¹⁶ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 111-119.

Santa Anna no consiguió engañar a la opinión pública. *El Monitor Republicano* no dudó en destacar que el general era libre de renunciar si estaba tan a disgusto con el apoyo del gobierno; además, sabía “por un principal funcionario del ministerio de hacienda, que hasta el mes pasado [noviembre] tenía S. E. cubierto su presupuesto: si esto es así no son tan fundadas sus quejas”.⁴¹⁷ También se sabía que son numerosos los donativos para la guerra. Publíquese la inversión que de todo esto se hace, y estamos ciertos que una vez inspirada la confianza, sobraré dinero para hacer la guerra con buen éxito”.⁴¹⁸

Efectivamente, a raíz de que Gómez Farías se encargara de designar gobernadores de su confianza, o de permitir la permanencia de aquellos en los que podía confiar por su liberalismo, el entusiasmo por aportar recursos para la guerra por parte de varios estados había sido notable.⁴¹⁹ De modo que las quejas de Santa Anna no engañaron a nadie, sino que en cambio recordaron su conocida tendencia a enriquecerse a costa del erario, y lo más importante, despertaron sospechas fundadas en su contra, y un enconado resentimiento en el general Valencia, lo cual, como veremos, tendría su desenlace en Padierna.

En prevención de que Santa Anna estuviera negociando con el enemigo por cuenta propia, los moderados hicieron constar su postura con respecto a la guerra cada vez con mayor claridad. Al darse el anuncio de que se había presentado al Congreso la oferta de mediación inglesa, *Don Simplicio* no titubeó al afirmar que, “en el estado actual de la lucha

⁴¹⁷ *El Monitor Republicano*, 5 de diciembre de 1846.

⁴¹⁸ *Ibid.*

⁴¹⁹ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, *passim*. Almonte, *op. cit.*, p. 13.

no cabe medio de transacción".⁴²⁰ Pero, aun cuando la mediación fuera aceptada, si las propuestas de paz no comprendían "la completa indemnización, para México, de todas sus propiedades usurpadas, volviendo sus límites a la época de 1834, y respetando los tratados anteriores entre ambas partes, puede decirse que de hecho su nacionalidad ha terminado".⁴²¹ Lo absurdo de la postura moderada, repetimos, no hacía sino poner en evidencia que en realidad planteaban al caudillo la política descrita por Ramírez a Elorriaga: obligarlo a sostener la guerra.

En función de dicha política, la prensa moderada comenzó a presionar al caudillo para que ejerciera un mando más dinámico. En noviembre, cuando quedó claro que Santa Anna no se atrevía a hostilizar al enemigo en el norte, *Don Simplicio* señalaba que en las "guerras nacionales" nada desalentaba tanto como "la impericia, la cobardía y la vacilación de los generales", y que era hora de ver ya "un indicio" de talento militar.⁴²²

Mientras se pensó que el ejército de Taylor, después de tomar Saltillo, se lanzaría sobre San Luis, a nadie extrañó que el mexicano se estacionara allí en su espera,⁴²³ pero a mediados de diciembre la prensa moderada comenzó a hacer notar que lo más lejos que el invasor había llegado era Agua Nueva, pocas leguas al sur de Saltillo, y para el 28 se tuvo noticia en la capital de que Taylor tenía orden de conservar el territorio conquistado sin avanzar más al sur.⁴²⁴ Con ello, se pensó que quedaba nulificado el plan de Santa Anna de atraer al interior al ejército enemigo, por el cual "se abandonó a los enemigos la plaza

⁴²⁰ *Don Simplicio*, 19 de diciembre de 1846, el subrayado es del original.

⁴²¹ *Ibid.*, 19 de diciembre de 1846.

⁴²² *Don Simplicio*, 25 de noviembre de 1846.

⁴²³ *El Monitor Republicano*, 1 enero de 1847.

⁴²⁴ *Ibid.*, 29 de diciembre de 1846.

de Tampico, se dejó sin defensa también el estado de Coahuila... y se ha querido privar de tropas y de todo auxilio a los de Zacatecas, Durango, Chihuahua y Veracruz”.⁴²⁵ Mientras que el enemigo consolidaba sus conquistas, juzgaba el redactor de *El Monitor Republicano*, el general en jefe seguía en San Luis, “nomás esperándose para resistirlos”; esta inacción no podía verse con indiferencia: “el gobierno está obligado a pedirle explicaciones, y si esto también descuida, debe tomar el negocio por su cuenta el congreso constituyente, facultado ampliamente para intervenir en él”. La desconfianza de los moderados hacia Santa Anna era expresada abiertamente por su órgano de difusión: “se le ha visto ya intentar un nuevo ataque a las instituciones federales, y sin una garantía capaz de aquietar los ánimos, por miles de razones conturbados, parece muy difícil que la nación marche”.⁴²⁶

Llama la atención que ahora que Gómez Farías ocupaba la vicepresidencia y el gobierno comenzaba a adquirir un tinte radical y dictatorial, los moderados le señalaran su obligación de pedir cuentas a Santa Anna y revisar la manera cómo estaba dirigiendo la guerra, cuando no habían dicho lo mismo mientras Salas ocupó la presidencia; por el contrario, ni siquiera se atrevieron a cuestionar el sospechoso regreso del caudillo y en diversas ocasiones le expresaron su apoyo y confianza. El peligro de que éste y los radicales impusieran un gobierno autoritario y negociaran con el enemigo sin incluirlos parecía ser la razón por la que ahora exigían la guerra a ultranza.

⁴²⁵ *Ibid.*

⁴²⁶ *Ibid.*,

Por otro lado, el nuevo gobierno implicó cambios en el gabinete. El 21 de diciembre, el general Almonte renunció a la cartera de Guerra, a la vez que Joaquín Ladrón de Guevara y José maría Lafragua hacían lo propio en Justicia y Relaciones Exteriores; lo notable fue que a los ocho días se ofreció al primero la legación de Gran Bretaña, con la condición de que se marchara en el término de unos cuantos días, lo que hizo evidente a los ojos de la prensa que el gobierno estaba incomodo por su presencia no sólo en el gabinete, sino en el país.⁴²⁷ Al parecer, el ambicioso Almonte daba muestras de inconformidad porque Santa Anna se había opuesto a su candidatura a la vicepresidencia; más tarde veremos con cuanto ahínco buscó la máxima magistratura y hasta qué grado, por disputársela a su jefe, estuvo dispuesto a develar la conspiración habanera. Otro hecho notable en la formación de este gobierno fue que Rejón rechazara la cartera de Relaciones para permanecer como diputado en el Congreso, y Gómez Farías, quizá por orden del jalapeño, ofreció el puesto nada menos que al moderado José Fernando Ramírez, lo que parecía ser una prueba de que el caudillo trataba de reforzar la cohesión de la alianza liberal-santanista calmando la inquietud de los moderados respecto a sus intenciones. El santanismo quedó representado por el general Valentín Canalizo en Guerra, con lo que el caudillo mantenía con firmeza el dominio del ejército.

Con Santa Anna en la presidencia se cumplía con un compromiso más de los conjurados de La Habana: él tenía el Ejecutivo y las facciones liberales el Legislativo. El federalismo fue restablecido y el Congreso, dividido entre puros y moderados, iba a ejercer el poder constituyente cambiando la Constitución y decidiendo sobre todo lo

⁴²⁷ *Ibid.*

relativo a la guerra; si decidía hacer la paz, ésta sería un acto soberano. Los políticos mostraban tener conciencia clara de que negociar con el invasor estaba fuera de las posibilidades del Ejecutivo, por ello, con toda intención, se le despojaba de la facultad de dirigir la política exterior para que ésta fuera decidida por el Congreso liberal.

Por ello también el general afirmó no estar interesado en la presidencia de la República – se entiende por qué razón el plan de la Ciudadela, propuesto por él desde La Habana, no designó a nadie en particular para ocuparla -, y declaró que su única ambición era servir como militar en el frente, pues en esta posición, como veremos, podía servir mejor a la meta de convencer al futuro Congreso sobre la necesidad de la paz, allanando al invasor el camino hacia el interior del país, al tiempo de enviar a Washington mensajes velados (y no tanto, si tomamos en cuenta sus declaraciones a Hargous y las cartas que Taylor mencionó a Eduardo González), en los que explicaba cuál iba a ser el tenor de la guerra. Funcionarios mexicanos (como el propio González y los informantes de Ampudia) que tuvieron contacto directo con Taylor pudieron palpar ese arreglo, y así lo reportaron, cándidamente, al ministro de la Guerra, uno de los colaboradores de Santa Anna.

Así, tanto el gobierno como la opinión pública fueron sus cómplices, pues el primero estuvo formado por el grupo de La Habana, y la segunda, lejos de denunciar la intriga habanera, fingió ceguera, no obstante su obviedad; ambas instancias apoyaron después al caudillo al no criticar la capitulación de Monterrey. La alianza liberal-santanista funcionó, aunque con importantes problemas, tales como el activismo de los radicales con miras a imponer de un plumazo su programa de reformas y la postura moderada de obligar al caudillo a sostener la guerra.

A pesar de que cada uno de los miembros de la alianza liberal-santanista no dejó de defender sus intereses y perseguir sus propias metas, el liderazgo del jalapeño y la complicidad que se generó mantuvieron a flote la alianza. La cohesión no se perdió ni siquiera en el momento en que los moderados sospecharon que el caudillo mantenía nuevos tratos secretos con Washington en los que no los estaba incluyendo, lo que anunciaba su marginación del poder, de ahí que postularan a Francisco Elorriaga como candidato a la presidencia y comenzasen a denunciar la dictadura radical-santanista y a exigir la guerra a ultranza. El que ni siquiera entonces se atrevieran a denunciar la intriga habanera, lo absurdo de exigir la expulsión total del invasor y su crítica tardía y a medias del repliegue del norte ponían de manifiesto, no sólo que su belicismo era en realidad un reclamo o advertencia al caudillo acerca de su supuesta intención de dejarlos de lado, sino también que no existe en el mundo mejor argamasa que la complicidad.

Capítulo V

Despojo frustrado, paz frustrada

Hasta nuestros días, es común oír y leer que durante la guerra con los Estados Unidos la Iglesia mexicana se portó de manera egoísta, e incluso traidora, porque se negó a auxiliar al gobierno con sus abundantes recursos económicos, y que cuando éstos le fueron expropiados mediante el decreto del 11 de enero de 1847, organizó el llamado motín de los polkos para derrocar al gobierno de Gómez Farías, en el momento mismo en que los estadounidenses desembarcaban en Veracruz. No obstante que, desde 1965, Michael P. Costeloe mostrara que la resistencia clerical a entregar recursos estuvo justificada por lo endeble de sus finanzas en el momento de la guerra,⁴²⁸ y que cada vez es más claro que el verdadero responsable de aquel motín fue el partido moderado, el prejuicio se ha mantenido, tal vez por esa postura pro-liberal que es tan notoria tanto en la historia oficial como en muchos historiadores mexicanos.

Quienes señalan a la Iglesia con dedo flamígero parecen ignorar u olvidar que, desde la segunda mitad del siglo XVIII, la corona española y después los diversos gobiernos mexicanos tuvieron en las arcas clericales una fuente de crédito barato que rara vez se les cerraba y de la que incluso comenzaron a abusar cuando, a raíz del caos que caracterizó a la política del país después de la independencia, las finanzas públicas cayeron en bancarrota. La actitud de la Iglesia como prestamista contrastó

⁴²⁸ Michael P. Costeloe, "Church-State Financial Negotiations in Mexico during the American War, 1846-1847", *Revista de Historia de América*, # 60, julio-diciembre, 1965: 91-123.

radicalmente con la de los grandes agiotistas, quienes con créditos leoninos desangraron las arcas nacionales durante décadas y lograron amasar enormes fortunas.

Gracias a una serie de documentos clericales, cuyo contenido no fue refutado por el gobierno de Gómez Farías, conocemos el detalle de las relaciones financieras entre la Iglesia y el gobierno durante la guerra.⁴²⁹ En el periodo de 1835-1847, y particularmente en el bienio de 1846-1847, la primera hizo préstamos al segundo que rebasaron los parámetros de todo lo que había prestado anteriormente (alrededor de dos millones de pesos), pues dejó de contar con las fuertes entradas que alguna vez representaron los diezmos respaldados por la coacción civil. A falta de este ingreso, la Iglesia había tenido que alterar la vida interna de sus distintas corporaciones retirando los recursos destinados a actividades específicas con el fin de reunir lo necesario para préstamos, lo que agravó su crisis de liquidez y la obligó a vender inmuebles. En particular la diócesis de México (cuyos ingresos por diezmos: 40,000 pesos anuales, representaban la décima parte de lo que habían sido a principios de siglo) sufrió un descalabro financiero por ser el blanco principal

⁴²⁹ *Breve resumen de lo ocurrido en esta Diócesis arzobispal y de lo tratado con el Supremo Gobierno hasta fines del presente año, para proporcionarse recursos por cuenta de los Bienes Eclesiásticos. Lo publica el cabildo metropolitano por creerlo conveniente al interés de la Iglesia*, México, Imprenta de Lara, 1846. *Contestación dada por el Illmo. Sr. Obispo de Puebla, al Exmo. Sr. Ministro de Justicia Dr. Andrés López de Nava, con algunas notas conducentes*, México, Imprenta de José Mariano Lara, 1847. *Contestación del venerable Cabildo metropolitano, a las dos notas del Supremo Gobierno del día 14 del corriente Enero*, México, Imprenta de la Sociedad Literaria, a cargo de Agustín Contreras, 1847. *Representación del Illmo. y venerable Cabildo metropolitano al Soberano Congreso, fundando la justicia y necesidad de la derogación de las leyes de 11 de Enero y 4 de Febrero del corriente año, relativas a la ocupación de bienes eclesiásticos*, México, Imprenta del católico, 1847. *Despojo de los bienes eclesiásticos. Apuntes interesantes para la Historia de la Iglesia Mexicana* [México] Imprenta de Abadiano, 1847.

de las solicitudes del gobierno, ya que la situación económica de las restantes diócesis era francamente precaria.⁴³⁰

El cabildo metropolitano trató de defenderse alegando, en primer lugar, que su capital estaba invertido en créditos y fincas arrendadas, por lo que su afectación dañaría a la sociedad; y segundo, la injusticia de que se pretendiera costear la guerra casi exclusivamente con sus recursos y mediante contratos que sólo iban a beneficiar al agio. Sin embargo, la llegada al poder de Gómez Farías en agosto de 1846 inició una etapa de notable tirantez, pues el nuevo ministro de Hacienda, Antonio Haro y Tamariz, además de exigir más préstamos de manera autoritaria, planteó la posibilidad de vender la totalidad de los bienes eclesiásticos sin indemnización, y sin más justificación que el hecho de que se requería de recursos urgentes para sostener la guerra y salvar a la patria.⁴³¹

La verdad era que este golpe a la riqueza eclesiástica estaba siendo impulsado justo cuando Gómez Farías y los radicales, luego de preparar un ambiente anticlerical con los *meetings*, luchaban por apoderarse del gobierno para imponer su programa de reformas, lo que los pondría en posición de apoyarse en la agitación popular y sugiere que el despojo a la Iglesia formó parte de los acuerdos concertados en La Habana entre Santa Anna y los radicales.

⁴³⁰ Brian Connaughton, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 203-208.

⁴³¹ *Breve resumen, op. cit.*, p. 35-46.

Un testimonio que lo evidencia es una carta del doctor Mora como respuesta a otra de Gómez Farías del 29 de agosto de 1846, en la que éste lo puso al tanto del reciente triunfo de la revolución de la Ciudadela.

agradeció la noticia y se congratuló de “los golpes rudos que han recibido aquí los principales agentes de la camarilla del difunto gobierno de Herrera y el negocio de la conversión frustrado” (en nuestros términos, se congratulaba del fracaso del protectorado británico sobre California ofrecido por Herrera y Paredes), y más adelante sentenció: “De todas maneras es indispensable acabar con el clero lo más prontamente posible quitándole el fuero y los bienes”.⁴³² Es decir, el aspecto externo de la política habanera era el rechazo al monarquismo intervencionista europeo; el interno, el rechazo al monarquismo nacional y la destrucción de su base económica, ideológica, política y espiritual: la Iglesia y sus bienes.

Sin embargo, los moderados, que a través de José María Lafragua habían participado del regreso del jalapeño, no parecían conocer ese acuerdo, y si lo conocían, ahora se mostraban en desacuerdo, pues desde el inicio de la agitación anticlerical se erigieron en defensores de la Iglesia; de modo que, tan luego como los radicales perdieron la partida en la crisis de octubre, y Manuel Crescencio Rejón salió del gabinete, ya no se habló más del proyecto de venta de bienes de manos muertas sino hasta que Gómez Farías retomó el gobierno en enero.

⁴³² José María Luis Mora a Valentín Gómez Farías, 27 de octubre de 1847, AVGF, 2027.

Es importante observar que la defensa del clero por parte de los moderados era lógica, pues su partido representaba a la clase media, la más activa en términos económicos y por lo mismo la más ligada a la riqueza eclesiástica mediante créditos, arrendamientos y otras operaciones y contratos financieros. El propósito radical de destruir el poder material del clero, secularizar a la sociedad y dañar a sus rivales políticos era evidente. Como dijimos, la presencia militar extranjera podía ser utilizada para eliminar a cualquier rival, siempre que se supiera sacar ventaja de las circunstancias. Así, la declaración de Haro de que el atentado contra la Iglesia obedecía a la obligación del gobierno de salvar a la patria venía a ser demagógica, pues éste, en ese momento, no era otro que el grupo de La Habana, el mismo que llamó al invasor y solapaba a Santa Anna en la entrega del norte.

Aquí debemos repetir las críticas que hace Costeloe al plan de reforma clerical de los radicales. Hace notar que, si bien los liberales hablaban de la necesidad de una redistribución de la propiedad para formar una sociedad de pequeños propietarios, nunca presentaron leyes que afectaran a la propiedad privada, como no fuera la de la Iglesia. Siempre propusieron utilizar los bienes inmuebles eclesiásticos para amortizar la deuda pública y lo justificaban sosteniendo que uno de sus resultados sería la redistribución de la propiedad; pero es muy probable que supiesen que dichos inmuebles eran relativamente pocos y casi todos estaban arrendados a seglares. En realidad, su argumentación estaba basada en estimaciones exageradas, lo que implicaba plena conciencia de que la confiscación no iba a producir los beneficios que

le atribuían.⁴³³ Así, el programa liberal no perseguía la realización de una reforma social y económica, sino simplemente despojar a la Iglesia de su poderío financiero y reducir su influencia política haciéndola depender del Estado.⁴³⁴

El decreto de 11 de enero de 1847

Las negociaciones entre clero y gobierno para que el primero aportara recursos al sostenimiento de la guerra produjeron un debate en los círculos políticos que, en realidad, se reflejó poco en la prensa, si bien afloraría con la promulgación del decreto de incautación de bienes de manos muertas de 11 de enero de 1847.

Al iniciar ese año, los temas sobresalientes en la prensa seguían siendo la reunión del Congreso constituyente,⁴³⁵ la denuncia de los moderados de las intenciones dictatoriales de Santa Anna y su empeño en obligarlo a combatir mediante constantes insinuaciones de que su estacionamiento en San Luis Potosí se debía a cobardía o

⁴³³ Un documento del clero metropolitano llegó a aceptar la cifra de 80 millones de pesos como el valor total de los bienes de la Iglesia mexicana (no se aclara quien hizo el cálculo), aunque consideró esa cifra un poco exagerada, *vid. Representación del Illmo. y venerable Cabildo Metropolitano...*, *op. cit.* Jan Bazant, en *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, El Colegio de México, México, 1971, p. 13-14, coincide al calcular esa riqueza, también sobre bases optimistas, en 80-90 millones de pesos; estimó que estas cifras representaban un quinto o tal vez un cuarto de la riqueza nacional. Sin embargo, más adelante veremos que durante el debate provocado por el decreto de incautación de bienes eclesiásticos, diversos personajes manejaron el dato de que el valor total de las propiedades en México ascendía a 6000 millones de pesos - mientras que las actividades económicas (agricultura, minería, ganadería, etc.) producían una renta anual de 300 millones de pesos- con lo cual, de ser cierto, los 80 millones de la Iglesia representarían en realidad un 1.33% de la riqueza nacional. Esto no parece exagerado si se recuerda que, por ejemplo, en el año de 1816 la corona extrajo de su colonia una renta de 370 millones de reales (Juan José Mateos Santillán, *Los derechos históricos de México sobre el territorio de los Estados Unidos. Génesis de un imperio colonial*, México, Grupo editorial Tomo, 2010). Ernest Sánchez Santiró, en su reciente estudio sobre la economía mexicana en este periodo, ya citado, no dice una palabra sobre el peso que la riqueza eclesiástica haya podido tener, lo que sugiere que en efecto no era muy grande.

⁴³⁴ Costeloe, *op. cit.*, 1983, p. 442.

⁴³⁵ *Diario del Gobierno*, 1 de enero de 1847.

traición.⁴³⁶ El tema de los recursos para la guerra cobró relevancia debido a las quejas del caudillo, quien, para disculparse por su inacción, afirmaba que el gobierno había abandonado al ejército y no atendía sus necesidades.⁴³⁷

La verdad era que, como veremos más adelante, el gobierno de San Luis Potosí se había echado auestas la responsabilidad de mantener al ejército, de modo que las dramáticas quejas del general presidente no eran sino demagogia dirigida a provocar alarma, con la cual justificar el despojo a la Iglesia y el repliegue en el norte. Aun así, a fin de ayudarlo, el 30 de diciembre, se había autorizado al gobierno a hipotecar las rentas generales de la nación por un millón de pesos.⁴³⁸

Sin embargo, al mismo tiempo Rejón habló en el Congreso de la necesidad de que ese cuerpo se ocupara de un proyecto “en grande”, con lo que, sin decirlo, hacía referencia a la riqueza clerical. La propuesta se vio favorecida por el hecho de que el 5 de enero el ministro de Hacienda informó que no había sido posible negociar la hipoteca autorizada.⁴³⁹

De donde el Congreso comenzó a discutir la posibilidad de ocupar los bienes eclesiásticos. Una comisión propuso un proyecto de ley que permitía al gobierno proporcionarse hasta 15 millones de pesos, “pudiendo para ello hipotecar o vender los

⁴³⁶ *Don Simplicio*, 2 y 6 de enero de 1847.

⁴³⁷ Lillian Briseño, *et al.*, *Valentín Gómez Farías y su lucha por el federalismo, 1822-1858*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Gobierno del Estado de Jalisco, 1991, p. 234.

⁴³⁸ *El Monitor Republicano*, 8 de enero de 1847.

⁴³⁹ *Ibid.*, 10 de enero de 1847.

bienes de manos muertas". A este dictamen se le dispensó segunda lectura, y sin dar tiempo a los diputados ni a la prensa para debatir se discutió y votó.⁴⁴⁰

Los opositores de esta medida alegaron que era anticonstitucional porque otorgaba al Ejecutivo facultades de tipo legislativo en el ramo de Hacienda, y plantearon las mismas objeciones que el cabildo metropolitano hizo el año anterior, cuando se le propuso vender la totalidad de los bienes eclesiásticos, sobre la tremenda afectación social que implicaba.⁴⁴¹

En un discurso que se hizo célebre, el diputado Galindo (desconocemos el nombre completo y el estado que representaba) vaticinó consecuencias de mucha gravedad, incluida la violencia. Consideraba que la venta de los bienes del clero era injusta, inconstitucional (la Constitución federal, recién restablecida, consideraba la propiedad de las corporaciones como propiedad privada), no producía ventaja alguna a la nación, desacreditaría al Congreso y provocaría una reacción de los monarquistas.⁴⁴² También ilustró con datos más precisos la desproporción con que se pretendía que la Iglesia cooperara para la defensa: si en 1833 se había calculado el valor de los bienes de manos muertas en 80 millones de pesos, y suponiendo que el clero estuviera obligado a cooperar en la defensa del país con la totalidad de sus bienes, el resto de los propietarios de la República tendría que hacerlo con 6,000 millones de pesos, "que es en lo que se calculan por lo bajo todas las propiedades; y si queremos que la contribución gravite sólo sobre el

⁴⁴⁰ *El Republicano*, 8 de enero de 1847.

⁴⁴¹ *Ibid.*

⁴⁴² *El Monitor Republicano*, 8 de enero de 1847.

que tiene 80, y no sobre el que tiene 6,000, ya se ve que cometemos la mayor injusticia".⁴⁴³

Otro discurso en el que posteriormente se basó la oposición a la ley de muchos sectores y de las legislaturas de los estados fue el pronunciado por el diputado Ramón Gamboa, quien señaló que para obtener 15 millones de pesos se iban a perder al menos siete en fincas y créditos; que los agiotistas, como siempre, iban a hacer su agosto entregando la tercera parte del capital en papeles, lo que llevaría a una nueva pérdida, en suma, una fuente de riqueza y producción iba a ser destruida y esto, a la postre, iba a dejar al gobierno sin recursos. También cuestionó la afirmación del gobierno de que México estaba en la miseria cuando no se había tomado la molestia de establecer medidas recaudatorias y sólo apuntaba contra el clero.⁴⁴⁴ Basados en estos criterios, los opositores proponían fijar una contribución general.

Luego de que Gómez Farías había afirmado entre sus partidarios que el país tenía recursos para enfrentar a los Estados Unidos, los defensores del proyecto sostenían que la República estaba en tal miseria que, o se perdía la nacionalidad, o se ocupaban los bienes eclesiásticos. Declararon estar dispuestos a admitir modificaciones que evitaran los abusos y expusieron teorías que mostraban que las corporaciones no tenían derecho a la propiedad privada.⁴⁴⁵

⁴⁴³ *Ibid.*

⁴⁴⁴ *Ibid.*, 18 de enero de 1847.

⁴⁴⁵ *Ibid.*

Finalmente, el proyecto de ley fue aprobado en lo general en la misma sesión por 44 votos contra 41. No obstante que era evidente que los radicales habían dado un alzado, existía entre los diputados el consenso de que la ley de manos muertas no pasaría, a menos de que contara con la aprobación de Santa Anna.⁴⁴⁶ Esto viene a dar razón de por qué, luego que la alianza liberal-santanista consumara los objetivos de restaurar el federalismo y evitar la intervención europea, los radicales se mostraron sumisos ante el caudillo, solaparon la entrega del norte y se empeñaron en llevarlo a la presidencia. Tal como expuso el doctor Mora, el sometimiento de la Iglesia mexicana mediante el despojo formaba parte de la política habanera. Entonces, ahora que el caudillo era presidente de la República y gozaba del mando del ejército debía cumplir con su parte y apoyar a quienes lo habían apoyado. Así, dio carta libre a los radicales para proceder.⁴⁴⁷

Los reproches del clero contra la ingratitud del gobierno por favores pasados fueron inútiles.⁴⁴⁸, los líderes radicales exhibieron la carta de Santa Anna como el visto bueno del general presidente y siguieron impulsando en el Congreso la ley de manos muertas. La noche del 9 al 10 de enero se discutió y aprobó el resto de los artículos y el 11 Gómez Farías firmó el decreto y ordenó su publicación.

La prensa comenzó a advertir sobre la posibilidad de guerra civil, a negar la supuesta falta de recursos y a deplorar que por la mísera cantidad de 400,000 pesos, que era lo que importaba el presupuesto del ejército, el gobierno estuviese dispuesto a destruir la única

⁴⁴⁶ *Ibid.*, 10 de enero de 1847.

⁴⁴⁷ Santa Anna a Rejón, 2 de enero de 1847, en *El Monitor Republicano*, 15 de enero de 1847.

⁴⁴⁸ *Despojo de los bienes eclesiásticos*, *op. cit.*, núm. 2, p. 2-6.

fuentes de créditos baratos que siempre tuvo a su disposición.⁴⁴⁹ El déficit de las finanzas públicas no pasaría de 200,000 pesos, y por esa cantidad “se ha dispuesto afectar intereses que pueden traernos una reacción más funesta que la del malhadado año de 1834”.⁴⁵⁰ Los estados podían auxiliar al gobierno y así evitar la reacción que ya preparaban los centralistas al grito de *religión y fueros*: “¿Cómo no habían de poder facilitar los estados al gobierno federal 200,000 y más pesos al mes?”⁴⁵¹

El último redactor citado expresó algo muy significativo: “¡oprobio eterno a los que cobardes o traidores preparen una paz que no sea gloriosa, y ajustada a la sombra de nuestras águilas triunfantes!”. Tal parece que había plena conciencia de que la guerra era sólo un pretexto para esquilmar a la Iglesia, pues, como veremos más adelante, la paz estaba en proceso de negociación, al parecer su involucramiento con la conspiración de La Habana impedía a los moderados revelar la verdad.

El cabildo metropolitano publicó el 10 y 12 de enero dos protestas en las que se negaba a acatar la nueva ley y declaró que era una necesidad social respetar los bienes de manos muertas, pues de ellos dependían los menesterosos, los labradores y los pequeños negociantes.⁴⁵² Esto levantó una ola de rebeldía a favor del clero que incluyó cierre de iglesias, prédica contra el gobierno desde el púlpito, motines populares en varias ciudades, renuncia de ministros del gabinete (José Fernando Ramírez y Pedro Zubieta) y

⁴⁴⁹ *El Monitor Republicano*, 9-10 de enero de 1847.

⁴⁵⁰ *Ibid.*, 12 de enero de 1847.

⁴⁵¹ *Ibid.*

⁴⁵² *Despojo, op. cit.*, núm. 2, p. 6.

de funcionarios encargados de aplicar la ley. Las legislaturas de Querétaro, Guanajuato y Puebla solicitaron su derogación y las de México y Durango suspendieron sus efectos.⁴⁵³

A pesar de todo, Gómez Farías parecía feliz de ver que su anhelo de mermar el poder económico de la Iglesia estaba en vías de realización, aunque no olvidaba aludir siempre a la salvación de la patria: “Anoche ha votado por fin [el Congreso], la autorización como yo la quería: vamos pues, mi querido amigo, a tener muy pronto recursos suficientes con qué hacer la guerra”.⁴⁵⁴ Por su parte, Santa Anna aplaudió la medida desde San Luis, pues decía estar seguro de que aliviaría las supuestas carencias del ejército. Calificó al decreto de 11 de enero de “salvador y eminentemente patrio”.⁴⁵⁵

Léperos y polkos

El apoyo de Santa Anna resultaba crucial para Gómez Farías, porque la oposición no era de carácter meramente político, como la presentada por los moderados en el Congreso y el gabinete, o por la jerarquía eclesiástica con sus protestas. Como se recordará, la división entre radicales y moderados había alcanzado a la Guardia Nacional y, para enero de 1847, podían distinguirse batallones adictos al gobierno y sus políticas radicales, formados por gente de extracción humilde y léperos, y batallones formados por “hombres de bien”, opuestos al radicalismo. El decreto del 11 de enero ahondó la división y, al día siguiente de ser publicado, cundió la alarma en la capital cuando la Catedral y otros templos cerraron sus puertas en señal de protesta y grupos de gente se dirigieron a los cuarteles de los

⁴⁵³ *Ibid.*, núm 1, p. 9-11. Briseño, *op. cit.*, p. 235. Santoni, p. 339. *Diario del gobierno y El Monitor Republicano*, enero-febrero de 1847.

⁴⁵⁴ Gómez Farías a Santa Anna, 9 de enero de 1847, citado por Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 239.

⁴⁵⁵ Santa Anna a Rejón, 14 de enero de 1847, *Diario del Gobierno*, 16 de enero de 1847.

batallones Hidalgo y Victoria gritando muertas a Gómez Farías y al Congreso y vitoreando a dichos cuerpos, como para hacer patente que los opositores a la ley de manos muertas contaban con un brazo armado.⁴⁵⁶

Tampoco el gobierno de Gómez Farías disimuló estar consciente de que en ciertos batallones de la Guardia tenía enemigos declarados. Ya el 2 de enero se nombró comandante general de la capital al conocido radical Pedro Lemus⁴⁵⁷ y el 3 se despojó al general Martín Carrera de la Dirección de Artillería para dársela al general Pablo Anaya, viejo partidario del vicepresidente.⁴⁵⁸ Éste también mandó dar de baja y arrestar a ciertos miembros de los batallones Hidalgo y Victoria,⁴⁵⁹ y el 16 prácticamente declaró su desconfianza de manera oficial al disponer que ciertos cuerpos de la Guardia fueran pagados por el tesoro público y en lo sucesivo quedaran a cargo del servicio de guarnición en Palacio y otros puntos clave.⁴⁶⁰

Las medidas del gobierno contra cuerpos específicos de la Guardia, varias incluso anteriores a la propuesta de incautar los bienes de la Iglesia, evidenciaban que Gómez Farías y sus seguidores sabían de antemano que su atentado contra el clero tendría que sostenerse con las armas. Por otro lado, a juzgar por la reacción de una parte del pueblo, que azuzaba a los batallones considerados aristocráticos en contra del gobierno, era claro que toda la ciudad sabía que el enfrentamiento entre radicales y moderados era inevitable.

⁴⁵⁶ *El Monitor Republicano*, 16 de enero de 1847.

⁴⁵⁷ *Ibid.*, 2 de enero de 1847.

⁴⁵⁸ *Ibid.*, 3 de enero de 1847.

⁴⁵⁹ *Ibid.*, 7 y 15 de enero de 1847.

⁴⁶⁰ *Ibid.*, 23 de enero de 1847.

Y si todo el mundo lo sabía, ¿cómo no iba a saberlo Santa Anna? Desde principios del año, advirtió a Gómez Farías que iba a estallar un movimiento subversivo en la capital, a lo que éste respondió estar consciente de ello.⁴⁶¹ Cada día que pasaba era claro que radicales y moderados definían posiciones, lo que tal vez llevó al jalapeño a tratar de prescindir de sus impredecibles y conflictivos aliados. El 18 estalló en Mazatlán, Sinaloa (conocido emporio de corrupción santanista⁴⁶²) un pronunciamiento encabezado por el comandante general Ventura de Mora,⁴⁶³ que lo proclamaba dictador e investía del derecho a decidir sobre la guerra y la paz.⁴⁶⁴

Parecía que Santa Anna se había decidido a emplear una vieja táctica política: tantear el terreno mediante el pronunciamiento de un colaborador, que proclamaba su dictadura, y ver así la posibilidad de que ésta hallara partidarios y triunfase, lo que sugiere que buscaba prescindir de la cooperación de los partidos para obligar al Congreso a negociar con el enemigo.⁴⁶⁵ El acuerdo definitivo con el gobierno yanqui encontraba su principal escollo en el irreconciliable divisionismo entre la élite política, que Santa Anna no había logrado disolver con la restauración del federalismo ni con sus continuos esfuerzos por formar un gobierno de coalición. De allí que, al parecer, ahora intentara marchar solo hacia la meta.

⁴⁶¹ Briseño, *op. cit.*, p. p. 232.

⁴⁶² “El puerto de Mazatlán.- Sus revoluciones.- Sus cabecillas.- Tolerancia de las diferentes administraciones”, en *El Monitor republicano*, 10 de diciembre de 1847.

⁴⁶³ *El Monitor Republicano*, 25 de enero de 1847.

⁴⁶⁴ *Ibid.*, 5 de febrero de 1847.

⁴⁶⁵ Aunque después se dijo que Ventura de Mora se pronunció tan sólo para evitar ser aprehendido por solapar la corrupción en la aduana de Mazatlán, parece ser que su movimiento tenía ramificaciones en México y Veracruz, él mismo declaró haber actuado por instrucciones de Santa Anna, quien se apresuró a desmentirlo, *vid. El Monitor republicano*, 20 de enero y 8 de febrero de 1847, y *Don Simplicio*, 13 de febrero de 1847.

Al caudillo no le faltaba razón para intentar medidas audaces, pues la paz encontraba obstáculos en el Congreso. En la sesión del 21 de enero, el diputado Ramón Gamboa propuso contestar al mensaje anual del presidente Polk, al que se juzgaba lleno de “imputaciones, falsedades e injurias” contra los mexicanos,⁴⁶⁶ lo cual fue aprovechado por Rejón para proponer que también se diera respuesta a la última invitación estadounidense a abrir negociaciones.⁴⁶⁷ Ante la indignación de uno de los diputados, quien lo acusó de urgir al Congreso a negociar, Rejón aclaró que si la nación quisiera la paz, él respetaría su deseo, pero el asunto de dar respuesta a Polk siguió relegándose.⁴⁶⁸

Días después de haber puesto sobre la mesa las instancias pacíficas de Polk, Manuel Crescencio Rejón regresó al ministerio de Relaciones Exteriores.⁴⁶⁹ Daba la impresión de que el único objeto de su corta permanencia en el Legislativo había sido el de impulsar la política de llegar a la paz mediante el Congreso. Podríamos añadir lo curioso que resultaba que, luego de ser considerado el más rabioso antiyanqui gracias a sus apasionados escritos y declaraciones en defensa del territorio nacional, ahora expresara que estaría conforme si el Congreso constituyente decidía hacer la paz, aun en circunstancias poco favorables a México. En realidad tal conducta no tiene por qué parecer extraña, si se recuerda que se trataba del integrante más conspicuo del grupo de La Habana, después del propio jalapeño.

⁴⁶⁶ Se refería al del 8 de diciembre de 1846, en el que Polk presentaba a México como el único responsable de la guerra, pero al mismo tiempo explicaba que había permitido el desembarco de Santa Anna para apoyar a los liberales en su lucha contra el monarquismo y la intervención europea.

⁴⁶⁷ La que Polk envió a México basado en el informe de MacKenzie y fue entregada a Santa Anna poco después de su arribo a Veracruz. *Vid.* cap. 4.

⁴⁶⁸ *El Monitor Republicano*, 25 de enero de 1847.

⁴⁶⁹ *Ibid.*, 27 de enero de 1847.

También resultaba curioso que, no obstante conocerse el último mensaje del presidente Polk al Congreso de su país, ni el *Diario del Gobierno* ni la prensa moderada hicieran el más mínimo comentario sobre los párrafos en los que aquel explicó que su motivación para permitir el desembarco de Santa Anna había sido apoyar al partido liberal en su lucha contra el monarquismo y la intervención europea. No obstante que a su regreso, al hacer alarde de su monroísmo, el jalapeño prácticamente confirmó su acuerdo con Polk, la prensa se limitó a refutar aquellos párrafos en los que éste último culpaba a México de ser una potencia agresiva y contraventora del derecho internacional por no pagar las reclamaciones, pero no dijo nada acerca de la confesión de Polk.⁴⁷⁰

El límite de la denuncia estaba marcado por los intereses de partido. Radicales y moderados se dirigían continuas amenazas con motivo de la ley de manos muertas y los segundos denunciaban las supuestas intenciones de Santa Anna y los radicales de imponer una dictadura y entregar el país, a la vez que presentaban a los batallones polkos de la Guardia Nacional como salvaguardia del pueblo en contra de ese plan y garante de los derechos de la Iglesia.⁴⁷¹ Si el levantamiento de Mazatlán hubiera tenido eco, Santa Anna habría podido despreocuparse de esta lucha y cortar por lo sano, sin importar su fracaso en unir a la élite a su derredor, pero el pronunciamiento no sólo fue mal recibido por la opinión pública, sino que aumentó las sospechas de traición en su contra y provocó que se formara una coalición de estados radicales en defensa del federalismo y las instituciones democráticas. La prensa moderada arrojó sus críticas exigiendo al caudillo explicaciones

⁴⁷⁰ El mensaje de Polk fue publicado por partes en varios números de *El republicano*, pero los párrafos en cuestión aparecieron en el número del 21 de enero de 1847.

⁴⁷¹ *El Monitor republicano*, 20, 22 y 25 de enero de 1847, *Diario del Gobierno*, 18 de enero de 1847.

sobre el rumor de que preparaba una dictadura apoyada por los Estados Unidos y por la inmovilidad del ejército en el norte, que había permitido a Taylor hacerse de los pasos de la sierra y de una base de operaciones en Tampico. También reprodujo artículos estadounidenses que cuestionaban la misión de Slidell MacKenzie, las peticiones de dinero de Polk al Congreso y la relación de tales hechos con el desembarco de Santa Anna,⁴⁷² cuando todo podía quedar claro con tan sólo revisar los discursos de los presidentes supuestamente enemigos; pero, repetimos, se jugaba con disimulo en función de la conveniencia.

Lo que convenía a los moderados, ya lo hemos dicho, era presionar a Santa Anna para obligarlo a combatir y así impedirle negociar la paz dejándolos al margen e imponer la dictadura, sin llegar a la denuncia de la intriga habanera. La postura radical, como también hemos dicho, era más compleja, pues mientras los líderes estaban coludidos con Santa Anna en su acercamiento a Polk, los gobernadores adictos a Gómez Farías y sus legislaturas presentaban una decidida resistencia a la dictadura y a los tratos con los Estados Unidos. El 12 de enero, antes del pronunciamiento de Sinaloa, el Congreso recibió una iniciativa de la legislatura de Jalisco en la que se le pedía no escuchar ninguna propuesta de paz o avenimiento con Washington, mientras las fuerzas invasoras permanecieran en territorio y costas mexicanas; tal iniciativa fue apoyada posteriormente por las legislaturas de los estados de San Luis Potosí, Querétaro, Puebla y Michoacán. Después, al hacerse evidente el peligro de dictadura con el pronunciamiento de Sinaloa, la misma legislatura de Jalisco expidió un decreto en el que se advertía que el estado desconocería cualquier sublevación que atentara contra el federalismo y, en caso de que alguna intentona prosperara, reasumiría su soberanía y se segregaría del resto del país. Para reforzar esta postura, sostener las instituciones

⁴⁷² *El Monitor Republicano*, 19, 21, 22, 26 y 28 de enero de 1847.

republicanas y formar “un nuevo centro de unión”, el decreto facultó al gobernador para formar una coalición con otros estados. La invitación fue aceptada por los gobernadores de Zacatecas y San Luis Potosí, quienes coincidieron en que era necesario un nuevo “centro de unión”.⁴⁷³

La coalición de estados era un claro mensaje a Santa Anna de que, de llevar a efecto sus planes dictatoriales, tendría que enfrentar a gran parte de la República, la cual incluía a algunos de los estados más ricos y celosos de su soberanía, dirigidos, qué casualidad, por gobernadores impuestos por Gómez Farías.⁴⁷⁴ Es muy probable que el jalapeño sospechara, o incluso no le cupiera duda, que esta resistencia obedecía a instrucciones del líder radical, quien al parecer lo había traído a México tan sólo para tener él acceso al poder e implantar su anhelado programa de reforma.

Parecía que la alianza liberal-santanista no lograría la paz con el invasor mediante un acuerdo en el Congreso. Ahora el caudillo se encontraba, como muchas otras veces, aislado en el poder, intentando hacerse dictador, mientras radicales y moderados estaban a un paso de llegar a las manos. En el inevitable conflicto, Santa Anna se vio obligado a tomar partido, y parece claro que, puesto a elegir entre unirse al partido que lo atacaba con simples críticas en la prensa, y otro que tomaba vías de hecho en su contra levantando estados enteros con sus respectivas milicias regionales, la elección era obvia. Varios autores han lamentado y calificado de absurda la negativa de estados como Zacatecas, o Michoacán, a mandar a la campaña del norte a sus guardias nacionales, como

⁴⁷³ *Diario del Gobierno*, 10 de febrero y 23 de marzo de 1847. Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 291.

⁴⁷⁴ Los gobernadores impuestos por Gómez Farías eran los de Jalisco, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato, Sinaloa, Michoacán y México, Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 285.

Santa Anna exigía, para aumentar la capacidad de resistencia,⁴⁷⁵ pero la lógica del momento era otra, lo que más interesaba a los gobernadores era impedir que aquel se erigiese en dictador y terminara con la autonomía de los estados. Si en un principio el mismo Rejón había publicado el decreto que ponía las guardias nacionales a disposición del ejército de línea, desde el 26 de octubre de 1846, gracias a las protestas, el ministerio de Guerra ordenó que tal medida se aplicara sólo en los estados ocupados por el enemigo.⁴⁷⁶ Tal oposición, de la que Gómez Farías podía ser el líder velado, no sería tolerada mucho tiempo más por Santa Anna.

Los panes y los peces

En efecto, la reacción del caudillo fue decidida y directa. El 26 de enero publicó en San Luis Potosí dos manifiestos; en el primero dio marcha atrás a sus planes dictatoriales al condenar el pronunciamiento de Mazatlán, mientras en el segundo declaró que las acusaciones que se le hacían de pasividad y hasta traición lo obligaban a revelar que, si el ejército no se había movido de sus cuarteles, se debía a la incapacidad del gobierno para conseguir los recursos necesarios para salir a campaña.

Según él, se había visto obligado a hacer milagros para reunir tropas, armas, municiones, vestuario y caballos, además entrenar a 14,000 reclutas e instalar una fundición para fabricar cañones.⁴⁷⁷ Se quejó también de que desde diciembre el gobierno

⁴⁷⁵ Josefina Z. Vázquez, *et al.*, *op. cit.*, 1997.

⁴⁷⁶ *Ibid.*, p. 257.

⁴⁷⁷ *El Monitor Republicano*, 30 de enero de 1847. Antonio López de Santa Anna, *Apelación al buen criterio de los nacionales y extranjeros. Informe que el Exmo. Sr. General de División, benemérito de la patria D. Antonio López de Santa Anna, dio por acuerdo de la Sección del Gran Jurado sobre las acusaciones presentadas por el señor diputado Don Ramón Gamboa. Acompañan a dicho Informe diversos documentos*

sólo remitió 175,000 pesos de los 400,000 mensuales que constituían el presupuesto del ejército. En conclusión, resultaba imposible salir a campaña.⁴⁷⁸

Ante la abierta oposición, tanto a la dictadura como a negociar la paz, Santa Anna no dudaba en dar marcha atrás en espera de mejor ocasión, y trataba de justificar la pérdida del norte con toda clase de carencias cuando, como hemos visto, él mismo entregó Saltillo y luego prohibió que los habitantes de Tamaulipas y las tropas ya destacadas en el estado se defendieran. Mentía además al afirmar que en enero el ejército no había recibido auxilio, pues el estado de San Luis había cubierto el presupuesto militar al aportar, entre diciembre y enero, 800,000 pesos y 7,500 hombres.⁴⁷⁹ Por otra parte, el 23 de enero, el ministro de Hacienda informó al Congreso que en San Luis se contrató un millón de raciones para situarlas en la ruta que se seguiría en la campaña.⁴⁸⁰

Uno de los mejores críticos del *Manifiesto* del presidente fue el general Tomás Requena, quien había denunciado el pacto de Santa Anna con Polk y sufría su persecución por ese motivo.⁴⁸¹ Refutó que Santa Anna hubiera tenido que reclutar y entrenar tropas, pues en San Luis se reunieron 10,000 soldados de línea provenientes de los cuarteles de México, Guanajuato, Jalisco y Michoacán; de los 20,000 hombres que conformaron el Ejército del Norte sólo la mitad requirió entrenamiento. Además, el gobierno había

de la mayor importancia para la historia, y de los cuales algunos no se habían publicado hasta hoy, México, Ignacio Cumplido, 1849, p. 177-184.

⁴⁷⁸ *Ibid.*

⁴⁷⁹ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 426.

⁴⁸⁰ *El Monitor Republicano*, 31 de enero de 1847.

⁴⁸¹ Carlos M. de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, *op. cit.*, v. 2, p. 89-90. *Diario del Gobierno*, 4 de diciembre de 1846.

instalado previamente la fundición de que hablaba Santa Anna, y remitió toda la artillería que pidió el general en jefe, así como 600 mulas con municiones y armamento.⁴⁸²

Al pretexto del jalapeño de que faltaba dinero y el soldado requería de instrucción, Requena respondía que, a principios de diciembre, los presupuestos estaban cubiertos y, por tanto, aquel podía moverse con parte de las tropas tomando haberes de las que se quedaban, "las que podían esperar un tanto el resto de sueldos, siempre que en San Luis se les proporcionase el rancho que para las tropas maniobreras podría también conseguirse en los estados del tránsito si necesario fuere".⁴⁸³ Por último, hacía notar que el *Manifiesto* de Santa Anna no respondía a las acusaciones de traición, que eran su supuesto objetivo, sino sólo explicaba su pasividad.

Pero el *Manifiesto* parecía tan convincente (a la fecha, es lugar común afirmar que Santa Anna siempre careció de recursos), que cumplía a la perfección con su objeto de culpar al gobierno de Gómez Farías, a quien el jalapeño dio la puntilla el 29 de enero, con una carta dirigida al Congreso, en la que sin empacho se desdecía de los halagos que había hecho a la ley de manos muertas, le retiraba su apoyo, la acusaba de ser la causa de multitud de conflictos y de que el gobierno se mostrara inepto para obtener recursos.⁴⁸⁴ También anunció que, siendo ya indispensable iniciar la campaña, había decidido tomar bajo su responsabilidad 98 barras de plata pertenecientes a los comerciantes españoles de San Luis, llegadas del mineral de Catorce cuatro días antes.

⁴⁸² Tomás Requena, refutación sin título al *Manifiesto* de 26 de enero de 1847 de Santa Anna, en *El Monitor Republicano*, 22 de abril de 1847.

⁴⁸³ *Ibid.*

⁴⁸⁴ *Ibid.*, 31 de enero de 1847.

Dada la situación política en la capital y la dependencia de Gómez Farías respecto del hombre fuerte que dominaba al ejército, lo anterior constituía una invitación a los moderados a derrocar al gobierno; así debieron verlo los radicales, quienes, tal vez para sacudirse la acusación de ineptitud que les hacía Santa Anna y obtener recursos de inmediato, impulsaron en el Congreso un dictamen que concedía facultades extraordinarias al Ejecutivo en materia de Hacienda y permitía aplicar lo antes posible el decreto de incautación de bienes eclesiásticos. Para entonces existía un pequeño grupo de diputados de filiación indefinida (ni radicales ni moderados), que hacía las veces de fiel de la balanza ante la división del Congreso y al parecer se dejó impresionar por el cuadro desolador que Santa Anna pintó, y por la presencia de José Ignacio Basadre, enviado por el general presidente para hablar de las supuestas penurias del ejército, lo que favoreció la aprobación de un dictamen el 4 de febrero que nulificó las excepciones del decreto del 11 de enero (hospitales, hospicios y objetos de culto) y otorgó al vicepresidente facultades extraordinarias para dotar al erario con cinco millones de pesos adicionales a costa de los bienes de manos muertas.⁴⁸⁵

La segunda misión de Atocha

Esta era la situación en México al finalizar enero. Veamos ahora la de Washington pues, como hemos visto, allí se desarrollaba la segunda parte del doble juego que Santa Anna mantenía para llegar a la paz. Para fines de 1846, el gobierno de Polk pasaba por graves dificultades para obtener el apoyo del Congreso y la opinión pública a su supuesta cruzada

⁴⁸⁵ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 70.

contra la barbarie de la república del sur, lo cual quedaba muy claro al revisar la prensa. Los periódicos opinaban que la guerra era injusta y el ejército debía ser retirado, pues si continuaba el clima malsano de la costa mexicana cobraría muchas víctimas, como sucedió en el río Grande, donde se perdieron más de 2,000 hombres por enfermedades. El descontento por los gastos se había generalizado y los congresistas opinaban que, si México seguía resistiendo, terminaría por desangrar a su oponente. En el Congreso, los debates sobre el territorio conquistado y la esclavitud ahondaban peligrosamente las diferencias entre el Norte y el Sur y la petición de Polk de que se le permitiera nombrar un teniente general del ejército había sido desatendida. Por todo ello, los corresponsales de los periódicos mexicanos afirmaban que todo era cuestión de resistir, pues el tiempo se estaba convirtiendo en el mejor aliado de México.⁴⁸⁶

En medio de tales críticas y polémicas, la guerra fue una vez más objeto de discusión en el gabinete el 2 de enero. Se retomó el problema de hasta dónde llevar la invasión. Buchanan se había opuesto reiteradas veces a la expedición contra la ciudad de México y se declaró a favor de retener el territorio conquistado. La mayoría parecía preferir tal solución y los ministros de Guerra y Correos expresaban francamente sus dudas sobre el éxito de una marcha al interior. Polk, no obstante tener aprobado el plan de Scott, decía que entre tanto el objetivo debía ser Veracruz y las operaciones posteriores dependerían de las circunstancias. Seguía empeñado en que el Congreso nombrara un teniente general del ejército, y autorizase un aumento de tropas así como la partida de dos millones de dólares que quedó atorada y tantas sospechas provocaba. Dos

⁴⁸⁶ *Diario del Gobierno*, 14 y 15 de febrero de 1847.

días después el presidente enviaría un mensaje al Capitolio insistiendo en tales medidas. Sin embargo, en el Congreso había fuerte oposición de los demócratas del Norte, quienes pretendían impedir que la esclavitud se instalara en los nuevos territorios.⁴⁸⁷

Así, el debate de la esclavitud tenía absorta a la Cámara mientras las iniciativas del presidente eran relegadas y casi no se discutían. El 5 de enero, aún temeroso de provocar a Inglaterra, Buchanan afirmó en otra junta de gabinete que era necesario que el Congreso declarara que se retendrían California y Nuevo México como indemnización. Propuso, además, extender el compromiso de Missouri hasta el Pacífico. El presidente se negó a adoptar tales propuestas, “hasta que no se conozcan los acontecimientos posteriores”.⁴⁸⁸ Pero la actitud del secretario de Estado iba a cambiar repentinamente el 12, cuando relató al gabinete una conversación que la noche del 11 tuvo con el coronel Atocha, quien pretendía revelarle “las miras y opiniones de Santa Anna y Almonte a favor de la paz”. Atocha afirmaba tener cartas de ambos mexicanos, así como de Rejón y permiso para mostrarlas al coronel Benton. Por conducto de Buchanan, Polk suplicó a Benton que le mostrara esas cartas.⁴⁸⁹

Benton le escribió el 14 que, en efecto, había leído unas cartas de Santa Anna y Almonte dirigidas a Atocha que, con permiso de éste, pudo retener. El presidente le pidió que lo visitara por la tarde y a las seis allí estaba con las cartas, entre las que llamaba la atención una de Santa Anna, fechada en San Luis Potosí del 24 de noviembre, y otra de Almonte, fechada en la ciudad de México el 29. “En ambas se expresa el deseo de una paz

⁴⁸⁷ Polk, *op. cit.*, v.1, p. 186.

⁴⁸⁸ *Ibid.*, p. 189.

⁴⁸⁹ *Ibid.*, p. 192-193.

honorable y es claro que Atocha goza de sus confianzas [...] Por esas cartas se ve también que la visita de Atocha a Washington se hace a instancia de ellos. Su objeto es abrir el camino a las negociaciones y cerciorarse de los términos en que podría hacerse la paz.”⁴⁹⁰

Según Benton, Atocha le aseguró que Santa Anna, Almonte y Rejón estarían de acuerdo con que el río Bravo fuera la frontera, si el territorio entre éste y el Nueces quedase como barrera entre los dos países; también aceptarían ceder California por 15 ó 20 millones de dólares. Agregó que los tres mexicanos deseaban que se nombraran comisionados de ambas naciones que se reunieran en La Habana a tratar la paz y se levantara el bloqueo de Veracruz mientras duraban las negociaciones.⁴⁹¹

Polk, Benton y Buchanan, convencidos de que Atocha representaba a Santa Anna y colaboradores, discutieron las propuestas con el gabinete y presentaron a su portador una contrapropuesta en la que se aceptaba el nombramiento de comisionados, pero se rechazaba el territorio neutral entre el Nueces y el Bravo, se exigía Nuevo México y se establecía que el bloqueo sería retirado sólo cuando se concluyera la paz. A pesar de que iba a resultar extraño que la nación que iba ganando la guerra hiciera una nueva invitación a negociar, el gabinete decidió que debía ser Atocha el portador de una carta a Relaciones Exteriores de México en la que se invitaba a nombrar comisionados.⁴⁹²

Benton y Buchanan conferenciaron con Atocha el 17 para mostrarle el borrador de la carta que debía conducir. Éste propuso modificar el párrafo en que se declaraba que la guerra continuaría hasta que los comisionados nombrados concluyeran la paz y propuso

⁴⁹⁰ *Ibid.*, p. 193-194.

⁴⁹¹ *Ibid.*, p. 194.

⁴⁹² *Ibid.*, p. 196-197.

otro que asentara que los comisionados de los Estados Unidos estarían investidos de suficiente autoridad para, a discreción, levantar el bloqueo de Veracruz o suspender las hostilidades. El presidente aprobó el cambio y volvió a escuchar de Benton y Buchanan las seguridades de que Atocha era agente de Santa Anna.⁴⁹³

Si fijamos un poco la atención, nos daremos cuenta de que, con la última modificación concedida por Polk, el astuto Atocha consiguió una garantía que podía satisfacer las exigencias de la prensa moderada y la coalición de estados, que ponían como requisitos para la paz la suspensión de hostilidades y evacuación del territorio por parte de los estadounidenses, exigencias con las que presionaban a Santa Anna para prolongar la guerra. Como hemos visto, el jalapeño incluso había informado veladamente al general Taylor de tal situación al responder su carta sobre el rompimiento del armisticio firmado en Monterrey. Así, la benevolencia de Polk no parece gratuita.

Polk autorizó la carta que Buchanan había redactado y, al anochecer del 18 de enero, le fue entregada a Atocha, quien, luego de las gestiones necesarias para conseguirle un barco, saldría para Nueva Orleans al día siguiente.⁴⁹⁴

Entre tanto, Polk siguió conferenciando con algunos senadores para convencerlos de la necesidad de poner en sus manos los dos millones de dólares solicitados, pues seguía convencido de que podían servir para inducir al gobierno mexicano a negociar la paz. También continuaba empeñado en convencerse a sí mismo de que la ganancia territorial proyectada no tendría un carácter de conquista si se pagaba por ella, lo que a su

⁴⁹³ *Ibid.*, p. 200.

⁴⁹⁴ *Ibid.*

vez dejaría a Inglaterra sin argumentos para impugnarla.⁴⁹⁵ Esto explicaría también que se negara de manera sostenida a aceptar la política de simplemente retener lo conquistado, y permitiera que los acontecimientos siguieran su curso hasta arrancar a los mexicanos el indispensable tratado de paz.

Por todo ello no resulta extraño que el gobierno estadounidense accediera a hacer insinuaciones de paz cuando representaba a la nación triunfante; esto sólo puede deberse al contenido de las cartas de Santa Anna y asociados. Aunque lo más probable es que nunca sepamos su contenido, con base en lo visto hasta aquí no es difícil imaginarlo: aquellos debieron señalar a sus contrapartes de Washington que el Congreso constituyente de México estaba reunido y, por tanto, había llegado el momento de inducirlo a negociar. El hecho de que los propios estadounidenses solicitaran la apertura de negociaciones e incluso ofrecieran garantías, como levantar el bloqueo y suspender hostilidades, ayudaría a aplacar a la oposición y a orillar a los congresistas a autorizar al gobierno a entrar en pláticas que condujeran al ansiado tratado de paz, que cedería a los Estados Unidos los territorios del norte y dotaría a la alianza liberal-santanista de una friolera de millones para consolidarse como la facción dominante en el país (sin contar la otra friolera que se planeaba arrebatarse a la Iglesia). Dicho en nuestros términos, había llegado el momento de que el Congreso, haciendo uso del poder constituyente de que estaba investido, reconstituyera a la nación con nuevos límites territoriales y cumpliera con uno de los objetivos que Santa Anna le había fijado desde La Habana.

⁴⁹⁵ *Ibid.*, p. 206.

Lo que no sabían Polk y sus ministros era que el caudillo jalapeño estaba preparando un golpe espectacular que vendría a ser un complemento de sus gestiones diplomáticas, con el fin de erigirse en héroe y propiciar en México una situación aún más favorable para la paz.

Mientras, Rejón volvía a presionar en el Congreso para que la comisión encargada de dictaminar sobre la anterior propuesta de paz de Buchanan emitiera de una vez su dictamen.⁴⁹⁶

La gran batalla

Santa Anna salió de San Luis Potosí al mando de un ejército de 15,000 hombres al finalizar enero.⁴⁹⁷ En nueva carta al gobierno volvió a quejarse de abandono, y puso en primer plano los esfuerzos y sacrificios personales que había tenido que hacer para poner en marcha a un ejército lleno de carencias: se quejó de que, para poder moverlo, tuvo que Hipotecar todos sus bienes para girar libranzas por 180,000 pesos. “Yo no he vacilado en este sacrificio cuando voy a exponer mi vida [...] pero tal es el destino que me ha cabido en mi desventurada patria, donde se me insulta y se me llama traidor en los momentos en que todo lo sacrifico por servirla”.⁴⁹⁸

No ha faltado quien ha creído en las plañideras declaraciones del general y han destacado sus esfuerzos, capacidad de organización y sacrificio ante el enemigo, al grado de afirmar que fue casi exclusivamente a estas dotes de Santa Anna que se debió la buena

⁴⁹⁶ *El Monitor Republicano*, 2 de febrero de 1847.

⁴⁹⁷ La relación completa de las fuerzas que marcharon al norte puede verse en Santa Anna, *Apelación al buen criterio...*, *op. cit.*, p. 66-67.

⁴⁹⁸ Citado por Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 241.

o mala resistencia militar que se opuso a los Estados Unidos;⁴⁹⁹ pero es necesario observar que al salir de San Luis, si bien realmente comprometió su fortuna para garantizar las barras de plata tomadas, sus quejas comunicaciones no dieron relevancia al hecho de que había aplicado en la ciudad un préstamo forzoso por 50,000 pesos,⁵⁰⁰ que hasta entonces el ejército siempre había tenido cubierto su presupuesto, que el ministerio de la Guerra acaba de anunciar con orgullo el completo equipamiento del ejército⁵⁰¹ y que varios estados también hicieron importantes contribuciones.⁵⁰²

Sin embargo, el caudillo y la prensa santanista que se publicaba en San Luis no se cansaban de denunciar al gobierno de Gómez Farías por “abandonar” al ejército, e incluso llegaron a afirmar que tal abandono tenía por objeto producir “la disolución y la ruina del Ejército, para negociar después una paz vergonzosa con el enemigo”.⁵⁰³ Las quejas de Santa Anna eran francamente demagógicas y no tenían otro propósito que el de echar sobre Gómez Farías la responsabilidad del avance enemigo en el norte y de la pasividad de las tropas, las cuales estaban lejos de la situación miserable y desesperada que el general-presidente describía en sus comunicaciones y manifiestos. De esto eran testigos numerosos observadores en San Luis, quienes escribían a la capital diciendo que Santa Anna y sus oficiales se ocupaban poco de la guerra, que junto con los soldados consumían su tiempo en el juego y rara vez se hacían ejercicios y maniobras y ni hablar de planes de

⁴⁹⁹ Véase la introducción de este trabajo, “Estado de la cuestión”.

⁵⁰⁰ Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 241.

⁵⁰¹ Almonte, *op. cit.*, p. 37

⁵⁰² Jalisco aportó una brigada de 1,500 soldados con diez piezas de artillería a un costo de 800,000 pesos, *Ibid.*, p. 290; Zacatecas remitió 19,870 pesos el 9 de enero, *Diario del Gobierno*, 23 de enero de 1847; Guanajuato, una división de 6,000 soldados bien armados, Almonte, *op. cit.*, p. 13 y el gobierno un millón de raciones para la campaña y un total de 262,000 pesos, *Diario del Gobierno*, 17 de febrero de 1847, *El Monitor Republicano*, 19 de febrero de 1847.

⁵⁰³ *El soldado de la Patria*, San Luis, 2 de febrero de 1847, en *Diario del Gobierno*, 11 de febrero de 1847.

campaña. Como oficial en San Luis, Balbontín no dice una palabra acerca de las “espantosas privaciones”, que tanto lloraban Santa Anna y su prensa.⁵⁰⁴

La campaña que el caudillo emprendía en el norte produjo gran expectación en la prensa de ambos países, pues la situación parecía la de un tablero de ajedrez: si Santa Anna se dirigía pronto al norte podía poner en jaque a Scott, quien tendría que cancelar la campaña de Veracruz para auxiliar a Taylor y proteger el Bravo; si los estadounidenses tomaban primero el puerto, pondrían en jaque a los mexicanos al amenazar su capital. Tales cálculos habían provocado, por lo menos desde diciembre, que se esperase una gran batalla en el norte y se respirara un ambiente dramático, que por lo visto el jalapeño tenía pensado aprovechar para – una vez obtenida la victoria con la que, según había confiado a Bankhead y a los agentes de Polk, pretendía llegar a la mesa de negociaciones con un halo de dignidad militar - convencer al Congreso de que, luego de haber puesto en alto el honor nacional, ceder a la realidad de penuria extrema (también invención) y a la irreversibilidad de la pérdida del norte no implicaría deshonor alguno.⁵⁰⁵

Así, Santa Anna se apresuró a mover primero (se entiende ahora por qué razón esperó tanto para salir a campaña y empeñó su crédito personal, pues, como veremos, planeaba combinar la gran batalla en el norte con una heroica resistencia en Veracruz para influir al Congreso en favor de la paz, y necesitaba salir a campaña justo en ese momento) y emprendió la marcha hacia Saltillo, no sin antes cometer otra grave negligencia: salió de San Luis con sólo el 30% de la artillería necesaria, en proporción con

⁵⁰⁴ *Diario del Gobierno*, 11 de febrero de 1847. Balbontín, *La invasión americana*, op. cit., p. 44. Figueroa Esquer, op. cit., 1999, p. 202.

⁵⁰⁵ *Diario del Gobierno*, 15 de febrero, 22 de marzo de 1847.

el número de efectivos que conducía, aun cuando en la ciudad había más cañones y artilleros disponibles; se requerían 52 piezas y Santa Anna sólo tomó 17, dotación inadecuada para un ejército de 15,000 hombres. “Se sabía también que los americanos eran fuertes en artillería, y sin embargo de estas consideraciones, parece que hubo empeño en llevar poca”.⁵⁰⁶

Como es bien sabido, luego de una penosa marcha por el desierto, el ejército mexicano enfrentó al de Taylor los días 22 y 23 de febrero en el paso montañoso conocido como La Angostura, muy cerca de Saltillo, con ventaja numérica de tres a uno, pero sobre un terreno que otorgaba a los estadounidenses todas las ventajas tácticas (lo que era de esperarse, dado que poseían los pasos de la sierra). El resultado fue una batalla en extremo reñida y sangrienta, en la que los mexicanos lograron desalojar a Taylor de sus fuertes posiciones el 23, pero sin alcanzar la victoria total, en buena medida a causa de la superioridad artillera del invasor.

La situación de ambos ejércitos al caer la noche hacía suponer que Taylor no podría resistir un nuevo embate de las tropas de Santa Anna al amanecer del 24 y que, tal como habían previsto los partidarios de la campaña de Saltillo, con ese sólo golpe, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas quedarían liberados, el ejército mexicano dueño otra vez de los pasos de la sierra y de los bastimentos y pertrechos arrebatados al enemigo, sin obstáculos hasta Texas y en situación de desafiar a las tropas enemigas concentradas en Tampico, lo que necesariamente habría obligado a Scott a olvidar Veracruz para contener la sorpresiva y vigorosa ofensiva mexicana sobre el Bravo. A juzgar por la reacción de

⁵⁰⁶ Balbontín, *La invasión americana*, op. cit., p. 49-50.

alarma en Washington ante las primeras noticias sobre la batalla de La Angostura, que sugerían una derrota -“los ánimos estaban desasosegados y no encubría tampoco la administración su zozobra”⁵⁰⁷-, y por la angustia del presidente, expresada en su *Diario*, no resulta aventurado pensar que una victoria total habría alejado en verdad la guerra del centro de México, pues de inmediato Polk comenzó a dar órdenes en el sentido de auxiliar a Taylor con todas las fuerzas disponibles, incluidas las destinadas a atacar Veracruz.⁵⁰⁸

Pero, como también es de sobra sabido, Santa Anna no se decidió a dar el golpe final, y la misma noche del 23 ordenó la retirada de su ejército a Agua Nueva, varios kilómetros a retaguardia. Su desprecio por el glorioso destino que se abría a su paso sorprende cada vez que se repasan estos hechos, y más cuando se considera que el caudillo jalapeño ofreció una explicación absurda años después: adelantándose cuatro días al estallido del motín de los Polkos, afirmó que esa misma noche llegaron pliegos del gobierno con la orden de retirada, para que el ejército pudiera correr a la capital a restaurar el orden.⁵⁰⁹

Sobre el campo de batalla, la retirada fue justificada con el cansancio de la tropa y una supuesta falta de víveres.⁵¹⁰ Sin embargo, no faltan testimonios que refutan tal

⁵⁰⁷ Calderón de la Barca a su gobierno, citado por Figueroa Esquer, *op. cit.*, 156.

⁵⁰⁸ Polk, *op. cit.*, p. 240.

⁵⁰⁹ Antonio López de Santa Anna, *Mi historia militar y política, 1810-1874*, México, Editora Nacional, 1958, p. 64-65.

⁵¹⁰ Balbontín, *La invasión americana, op. cit.*, p. 71.

justificación señalando el entusiasmo de la tropa a pesar del cansancio y la abundancia de arroz y ganado.⁵¹¹

Al llegar el ejército la madrugada del 24 a Agua Nueva, una junta de generales, presidida por Santa Anna, hizo constar que la retirada no significaba renunciar al triunfo; se trataba tan sólo de un respiro de uno o dos días, para permitir reponerse al ejército, y enseguida volver a acosar al enemigo hasta concluir su derrota.⁵¹²

La decisión de volver al ataque no sólo era conforme con la ética militar, sino totalmente posible, dado que en la mañana llegó el coronel Manuel María Giménez con 25 carretas de víveres, 200 reses en pie y las mochilas - con raciones para varios días - que los soldados habían dejado tiradas el 22 en el camino, durante la persecución del ejército de Taylor hasta La Angostura.⁵¹³ La vecindad de pueblos y haciendas, con existencia de alimentos y forraje, y la proximidad de los propios almacenes y convoyes del ejército⁵¹⁴ garantizaban la prosecución de la campaña con una serie de maniobras que permitieran cortar la línea de comunicaciones de Taylor, acosarlo en La Angostura o dondequiera que se retirara, y obligarlo a rendirse. Así que, al amanecer del 24, nadie hablaba de renunciar a la victoria por la situación política en la capital, o por falta de suministros.

⁵¹¹ *Ibid.*, Pedro de Urdimalas, "El general Santa Anna a la faz de sus compatriotas", en *Calendario de Pedro de Urdimalas, con la historia del general Santa Anna, para el año bisiesto de 1856*, Imprenta de M. Munguía, s/a, p. 47. Ramón Gamboa, "Ampliaciones a la acusación...", en *El Monitor Republicano*, 3 de enero de 1848.

⁵¹² Santa Anna, *Apelación al buen criterio...*, *op. cit.*, p. 41-55.

⁵¹³ Manuel María Giménez, *El Coronel Manuel María Giménez a sus conciudadanos*, s. p. i., 1847, p. 99-101.

⁵¹⁴ Para detalles de la ubicación de los lugares donde podía reabastecerse el ejército, *vid.* G. A. y N., *Rápida ojeada que hizo el Sr. General Santa Anna en el estado de Coahuila el mes de febrero próximo pasado por G. A. y N.*, México, Imprenta de Torres, 1847. Juan Ordoñez, *Refutación al cuaderno titulado "Rápida ojeada sobre la campaña que hizo el gral. Santa Anna en el estado de Coahuila el mes de febrero próximo pasado, por J. O.*, México, Mariano Arévalo, 1847.

El ejército permaneció tres días en Agua Nueva, donde recibió mensajeros de Taylor que ofrecían un armisticio, preliminar de negociaciones de paz. Igual que en Monterrey, el general estadounidense parecía seguro de que el jefe mexicano iba a negociar; pero sólo obtuvieron un rechazo tajante y la advertencia de que no habría convenio alguno mientras el país estuviera parcialmente ocupado por el ejército invasor. Tal respuesta no hacía sino repetir lo que la oposición moderada y la coalición de estados exigían, según el caudillo advirtió al propio Taylor meses atrás. Hemos visto que el objeto de enviar a Atocha a ponerse en contacto con Benton y Buchanan había sido obtener de Polk alguna declaración u oferta relativa a tal exigencia, lo cual evidentemente constituía la preparación diplomática del escenario para “la gran batalla” y produjo el ofrecimiento de que, si se iniciaran negociaciones, los comisionados estadounidenses tendrían poderes suficientes para suspender las hostilidades y levantar el bloqueo, lo que podía ser utilizado por Santa Anna para dejar sin argumentos a la oposición y llevarla a negociar, pues era el propio invasor el que respondía a sus exigencias para llegar a un acuerdo.

Ahora bien, la ofensiva contra Saltillo podía estropear los logros de Atocha y hacer que Polk se sintiera engañado. De allí que Santa Anna no dudara en corregir con medidas que hablarían por sí solas cuando aquel se enterara. Así, la noche del 23 retiró a su ejército de La Angostura, y luego, atropellando la resolución de la junta de guerra, procedió a retirarse de manera escalonada por Vanegas, Cedral y Matehuala, al parecer para ir al encuentro de la noticia del motín de los polkos, que era el pretexto que esperaba para llevar al ejército de vuelta a San Luis.

Desde Agua Nueva, el general-presidente comunicó al gobierno que el 26 había celebrado otra junta de guerra que determinó estacionar al ejército en las poblaciones vecinas para volver a combatir en cuanto llegaran provisiones; pero seguía quejándose de falta de recursos y echando en cara al gobierno su “abandono”.⁵¹⁵ El acta de la nueva junta de guerra fue firmada por todos los generales del estado mayor de Santa Anna,⁵¹⁶ quienes, en cartas personales, dieron su reconocimiento al caudillo por empeñar su crédito con el fin de poner en marcha al ejército y secundaron la opinión de que no podía haber otro culpable de la retirada que el gobierno de Gómez Farías, con lo que sus testimonios adquirieron un claro tinte político.⁵¹⁷

El motín de los Polkos

El decreto del 4 de febrero, que autorizó a Gómez Farías a ignorar las excepciones que entorpecían la aplicación del decreto de 11 de enero e hipotecar o vender bienes de la Iglesia por valor de cinco millones de pesos adicionales hizo resurgir la agitación entre los batallones de la Guardia Nacional y el debate en la prensa. El gobierno acusó a algunos de esos cuerpos de haber comprado fusiles con el dinero proporcionado por “conocidos monarquistas” e intentó destituir al comandante del Batallón Matamoros para dar el mando a uno de sus incondicionales.⁵¹⁸ La prensa moderada arremetió entonces contra lo que consideraba una ofensa a todos los jefes de la Guardia Nacional.⁵¹⁹

⁵¹⁵ Santa Anna al gobierno, 26 de febrero de 1847, *Diario del Gobierno*, 16 de marzo de 1847.

⁵¹⁶ Mora, Ampudia, Juvera, Pacheco, Terrés, Ángel, Guzmán, Torrejón, Ortega, Portilla, Luis Guzmán, Mejía, Jauregui, Pérez y Uraga.

⁵¹⁷ *Diario del Gobierno*, 16 de marzo de 1847.

⁵¹⁸ *El Monitor Republicano*, 15 de febrero de 1847.

⁵¹⁹ *Ibid.*, 14 de febrero de 1847.

El gobierno señaló que, con su defensa del clero, los moderados se oponían a que se reunieran recursos para la guerra. Decía que “la funesta facción de 845” estaba de vuelta. Es decir, se trataba de aquellos que, en pos de la paz, estuvieron dispuestos a reconocer la independencia de Texas; los falsos e hipócritas liberales que se atrevían a insultar públicamente al general Santa Anna.⁵²⁰

Varias son las reflexiones a las que llamaba el discurso del gobierno. En primer lugar, se sostenía la mentira de que el despojo del clero era el único medio para sostener la guerra, cuando, como hemos visto, el gobierno no se tomaba la molestia de establecer medidas recaudatorias, pues su verdadero propósito era llegar a la paz y, junto con el jalapeño, ya la estaba negociando mediante la segunda misión de Atocha. Esta complicidad explicaba la actitud aparentemente contradictoria de que, no obstante que el caudillo había tomado partido por los moderados, los radicales se le iban a mantener fieles, al menos en el discurso, hasta ser derrocados por la rebelión de los polkos. En consecuencia, si los moderados se oponían a la expoliación de la Iglesia, no era porque estuviesen en contra de recaudar recursos, sino porque sabían que todo era una conspiración en la que los intereses de las clases medias podían salir perjudicados.

De ahí que los moderados no dudaran en hacer suyo el grito de carga contra el gobierno dado por Santa Anna desde San Luis. En sus periódicos comenzó a hacerse general la exigencia de que Gómez Farías renunciara y, qué casualidad, pedían la cabeza del líder radical con las mismas acusaciones que le hacía el caudillo.⁵²¹

⁵²⁰ *Diario del Gobierno*, 12 y 13 de febrero de 1847.

⁵²¹ *Ibid.*

La nueva unión de Santa Anna con los moderados no tenía como único lazo el que éstos hicieran suyo su mensaje del 26 de enero, sino que un agente del jalapeño, Ignacio Basadre, se reunía con Manuel Gómez Pedraza en el Hotel de la Bella Unión, para organizar una conjura dirigida a obligar a renunciar a Gómez Farías.⁵²² Las amenazas contra el gobierno se hicieron moneda corriente: “UN CONSEJO/Amigo D. Valentín/haz pronto tu dimisión/si no la revolución/te ha de dar un San Quintín/a ti y al guapo Rejón”.⁵²³

Para defenderse, Gómez Farías dio a conocer los auxilios enviados al ejército. En su editorial del 17 de febrero, el *Diario del Gobierno* hizo notar que un gran sector de la prensa acusaba al vicepresidente de ineptitud, basado en diversos documentos, pero en particular, en el manifiesto de Santa Anna del 26 de enero. Según el redactor, ese documento era el “Aquiles” de la oposición.⁵²⁴

Para complicar aún más la situación de Gómez Farías, el 11 de febrero por la noche llegó un extraordinario de Veracruz, que informaba del arribo de una fragata de guerra estadounidense en la que viajaba Alejandro Atocha, a quien no se le permitió desembarcar, hasta que comprobó a las autoridades del puerto que era portador de comunicaciones de paz del gobierno de los Estados Unidos, que tenía que entregar personalmente, de modo que se esperaba que el 12 o el 13 llegara a la capital.⁵²⁵

⁵²² Prieto, *op. cit.*, p. 392.

⁵²³ *La Calavera*, 16 de febrero de 1847, citado por *El Monitor Republicano*, 17 de febrero de 1847.

⁵²⁴ *Diario del Gobierno*, 17 de febrero de 1847.

⁵²⁵ *El Monitor Republicano*, 12 de febrero de 1847.

Así sucedió. Atocha se apersonó ante el gobierno el segundo día, sólo para encontrarse con que éste se hallaba sometido a una tremenda presión por la ruptura abierta entre radicales y moderados, que Santa Anna no era dictador, la “gran batalla” no se había librado, Rejón no lograba que el Congreso se pronunciase acerca de la paz. Todo parecía trastornado, y por su parte Gómez Farías decidió deshacerse de él lo antes posible. En cuanto entregó los despachos, Atocha fue instado a abandonar la ciudad y así lo hizo en la madrugada del día siguiente; según supo el cónsul Black, los despachos fueron enviados a Santa Anna de inmediato sin comunicar su contenido al gabinete.⁵²⁶ El ministro español no pudo menos que comentar el secreto con que Gómez Farías guardó la información referente a la misión de Atocha, a quien no sólo hizo partir para esperar respuesta en Perote, sino que le impuso una guardia, encargada de mantenerlo incomunicado.⁵²⁷ Dadas las circunstancias, Atocha representaba un clavo ardiente en las manos de Gómez Farías.

La presencia de Atocha con nuevas propuestas de paz puso a la prensa moderada de nueva cuenta en dificultades para disimular el verdadero fondo de las cosas. Los periódicos se conformaron con desprestigiar al personaje recordando su pasado de corruptelas solapadas por Santa Anna, pero evitaron cuestionar el hecho de que un compinche del jalapeño apareciera ahora como agente diplomático de Washington.

Por otra parte, la nota de Buchanan a Relaciones Exteriores apenas disimulaba su afán por justificar la anomalía de que la nación invicta hiciera repetidas insinuaciones de

⁵²⁶ Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 895.

⁵²⁷ Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1999, p. 426-427.

paz a la constantemente derrotada: “Aunque esto [la oferta de paz] pudiera considerarse por el mundo como una concesión demasiado grande a México [...] el Presidente se halla dispuesto a someterse a este reproche...”⁵²⁸ Polk proponía que ambos gobiernos enviaran plenipotenciarios a La Habana o a Jalapa para celebrar un tratado. Enseguida, venía la oferta que Atocha había conseguido de Washington: “Los comisionados por nuestra parte estarán investidos de facultades discrecionales para suspender las hostilidades y para levantar los bloqueos existentes, inmediatamente después de que se hayan reunido con los comisionados mexicanos, ya sea en La Habana o en Jalapa”.⁵²⁹

Gómez Farías dio El 22, probablemente por medio de Rejón, casi la misma respuesta que Santa Anna daría dos días después en La Angostura: no accedería a nombrar comisionados “sin que antes se acepte *como condición preliminar*, el *levantamiento del bloqueo* de nuestros puertos, y la *evacuación completa del territorio de la República por las tropas invasoras*”.⁵³⁰

Respuesta digna y patriota, si bien lamentable puesto que la propuesta de paz estadounidense había sido solicitada por los dirigentes mexicanos. Sin embargo, el acuerdo con el que Santa Anna y los radicales estaban actuando en lo exterior estaba en peligro de ser destruido por el desacuerdo en lo interior: los moderados continuaron su decidida defensa de la Iglesia y sus ataques al gobierno, apoyados en el manifiesto de Santa Anna;

⁵²⁸ Buchana a Relaciones Exteriores, 18 de enero de 1847, en Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice I, doc. 5, p. 293-294.

⁵²⁹ *Ibid.*, p. 294.

⁵³⁰ Relaciones Exteriores a Buchanan, 22 de febrero de 1847, en *ibid.*, doc. 6, p. 295-296. Curiosamente, este documento no está firmado, presenta una rúbrica de autor desconocido pero no la firma de Rejón. Las cursivas son del original.

por su parte, Gómez Farías se empeñó en aplicar los decretos de 11 de enero y 4 de febrero, hasta que todo terminó en guerra civil.

Es difícil saber en qué medida los moderados influyeron en el fracaso de la incautación de bienes eclesiásticos en casi todo el país, pero los radicales comenzaron a titubear. “Corrió el tiempo; y los mismos puros menos locos se convencieron de que la ley era ineficaz. Se convino, pues, por una mayoría en derogarla.”⁵³¹

Así, el 16 de febrero, la comisión de puntos constitucionales del Congreso presentó un dictamen que recomendaba la derogación de las conflictivas leyes. Gómez Farías siguió justificándolas con la bancarrota del gobierno. En su editorial del 20, el *Diario del Gobierno* decía que eran evidentes las conspiraciones que se organizaban para derrocar al vicepresidente y advertía que una nueva revolución no haría sino hundir al país en la anarquía en el momento mismo en que en el norte se decidía el destino de la patria, lo cual daría al invasor el triunfo que no podía alcanzar por las armas.⁵³²

La oposición no dudó en poner como ejemplo el reciente derrocamiento del gobierno de Oxaca por querer aplicar las leyes de manos muertas, para advertir a Gómez Farías.⁵³³ El *Diario del Gobierno* contestó tachando a la oposición de sediciosa y pérfida y amenazándola con el resentimiento y venganza del pueblo.⁵³⁴ La seguridad con que cada facción decía contar con el apoyo del pueblo procedía de que, en verdad, cada una creía ser el único y verdadero pueblo soberano.

⁵³¹ Lafragua, *op. cit.*, s/f.

⁵³² *Diario del Gobierno*, 20 de febrero de 1847.

⁵³³ *Monitor Republicano*, 21 de febrero de 1847.

⁵³⁴ *Diario del Gobierno*, 22 de febrero de 1847.

El gobierno se valió del batallón Libertad, mandado por Fermín Gómez Farías, el mismo 22 de febrero, para ocupar el cuartel del batallón Independencia, ubicado en la Universidad, a un costado del Palacio Nacional, y obligar a este cuerpo a acuartelarse en el Hospital de Terceros. Según algunos observadores, el vicepresidente temía un atentado contra su persona y por ello trataba de alejarlo.⁵³⁵ Sin embargo, Vicente García Torres, comandante del cuerpo en cuestión, así como propietario y director de *El Monitor Republicano*, el periódico moderado más combativo, protestó enérgicamente, y ante los preparativos del resto de los batallones polkos para oponerse al abuso de autoridad, el gobierno retiró al Libertad, asegurando que sólo pretendió reforzar las inmediaciones del Palacio y eso no implicaba que desconfiara del Independencia. Luego del episodio, el gobierno procedió a encarcelar opositores y a alejar generales de la capital.⁵³⁶

Sin violencia por parte del gobierno, el Independencia abandonó su cuartel en la Universidad el 24, y marchó al Hospital de Terceros. Los redactores de *El Monitor Republicano* describieron esta marcha como un bello espectáculo, y destacaron su composición: profesionistas, comerciantes y artesanos que, a su juicio, presentaban “el modelo más perfecto de la verdadera Guardia Nacional”. También destacaron la identificación y camaradería que había entre ese cuerpo y los batallones Hidalgo, Zapadores y Bravo, así como con la Brigada Mina, los cuáles lo vitorearon mientras recorría las calles. Alarmado ante el entusiasmo de sus enemigos, Gómez Farías mantuvo esa noche sobre las armas a varios batallones y a los empleados de la comandancia

⁵³⁵ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 195.

⁵³⁶ José Ramón Malo, *Diario de sucesos notables (1832-1864)*, México, Patria, 1948, p. 314-315, *El Monitor Republicano*, 24 de febrero de 1847.

general y ordenó a Basadre salir al día siguiente de la capital, igual que hizo poco antes con Almonte, quien andaba azuzando a los batallones polkos en defensa del clero.⁵³⁷

Mientras los agentes de Santa Anna eran objeto de persecución, Gómez Farías intentaba superar el difícil trance en que el general-presidente lo había puesto (la expulsión de Basadre demostraba que sabía de dónde soplaban los aires de revolución). La mañana del 25 se dio orden de que el 26 saliera de la capital un contingente de tropas regulares, con la misión de auxiliar al puerto de Veracruz, donde de un momento a otro se esperaba el desembarco estadounidense; tal cuerpo de ejército incluía al batallón cívico que tanto perturbaba el sueño del vicepresidente: el Independencia.⁵³⁸

La protesta moderada no se hizo esperar. En el editorial del mismo día en que debían salir las tropas a Veracruz, *El Monitor Republicano* criticó que se hubiera dado orden de marchar a la costa a un cuerpo formado por las clases productivas de la ciudad; ello iba a paralizar la economía y dejaría desamparadas a las familias de los milicianos, cuyo propósito era defender sus hogares, no servir como soldados. Resultaba notorio, en cambio, que en la ciudad permaneciera el batallón Libertad, formado por gente pagada por el gobierno, reclutada por leva y en su mayoría vagos sin oficio. Al final de la jornada, las tropas designadas no se pusieron en marcha, pero el gobierno prohibió que se reunieran bajo ningún pretexto.⁵³⁹

La negativa del Independencia a obedecer fue el primer paso a la rebelión. Era evidente que los moderados no iban a permitir que se les despojara de la fuerza armada

⁵³⁷ *El Monitor Republicano*, 25 de febrero de 1847.

⁵³⁸ *Ibid.*, *Diario del Gobierno*, 25 de febrero de 1847.

⁵³⁹ *El Monitor Republicano*, 26 de febrero de 1847.

en que apoyaban su oposición al gobierno y su defensa ante los léperos. A las once de la noche, el general Matías de la Peña y Barragán proclamó el obligado plan político de todo pronunciamiento, en el que el primer artículo anunciaba “la restauración de los verdaderos principios federativos” y se daban por cesados los poderes Ejecutivo y Legislativo. El documento ponía en evidencia que el propósito de los moderados iba más allá de sacar a Gómez Farías y los puros de la escena política, pues el resto del articulado se refería a la formación de un nuevo Congreso y a depositar el Poder Ejecutivo en manos del presidente de la Suprema Corte de Justicia. Por supuesto, se incluía un artículo que derogaba las leyes de manos muertas.⁵⁴⁰

Aunque era evidente que los moderados se levantaban en armas en defensa de los intereses de las clases medias, ligados a los del clero, sus escritores, tal vez por pudor ideológico, negaron que el pronunciamiento tuviera un carácter proclerical. Por ejemplo, Lafragua se declaró confundido al ver que en el movimiento participaban lo mismo monarquistas del gobierno de Paredes que moderados como De la Peña, Salas, Gorostiza “y otros cuyas opiniones no eran ciertamente favorables a la cuestión eclesiástica”. Según él, lo único que los animaba era la repugnancia por el gobierno y por ello se manchaban “proclamando una causa que no era la suya. Así Prieto, así Payno y otros mil que sería inútil citar. Almonte no dio la cara; pero trabajó empeñosamente y su mismo hermano anduvo excitando el celo religioso en los cuarteles”.⁵⁴¹

⁵⁴⁰ *El Monitor republicano*, 27 de febrero de 1847.

⁵⁴¹ Lafragua, *op. cit.*, s/f.

Los autores de los *Apuntes para la historia de la Guerra...* escribieron que el plan del pronunciamiento era un documento de autor desconocido, y tan mal concebido que desagradó a los pronunciados, “porque muchos de ellos, republicanos sinceros, juzgaron que habían sido víctimas de una traición dirigida por el clero y sus agentes, con el único y exclusivo fin de salvar sus bienes, comprometiendo la opinión y la vida de muchos jóvenes...”⁵⁴² Estos autores parecían olvidar la decidida defensa del clero emprendida por la prensa moderada, los diputados moderados en el Congreso, las legislaturas estatales y los mismos cuerpos de guardia nacional que ahora se llamaban a engaño.

La ciudad contempló una vez más en sus calles el espectáculo de la lucha de facciones, pero esta vez cuando el país estaba invadido y Veracruz amenazado, lo que demostraba cuán poco valía la defensa de la nación mientras ésta no se hallara definida.

Una vez más, una simple facción de la élite se arrogaba la voz de toda la sociedad en el juego interminable de imponer su propia voluntad en nombre del pueblo. Sin embargo, a diferencia de lo que solía pasar en los cuartelazos que se daban en la ciudad, el gobierno no cayó en esta ocasión de manera inmediata ni los pronunciados pudieron ocupar el Palacio. Los batallones de Guardia Nacional “populares” (Libertad, Galeana, Verduzco, Morelos, Iturbide, Matamoros, Cazadores de Allende, Aldama, Abasolo, Jiménez, Santa Anna, brigada de artillería de Guerrero), apoyaron a Gómez Farías; a ellos se unieron 800 soldados regulares (Batallón Supremos Poderes, alumnos de la Escuela Militar, Brigada de Artillería Permanente de a Pie, Brigada de Artillería Permanente de a Caballo, Batallón de Zapadores,), acuartelados en la Ciudadela, y el regimiento de

⁵⁴² Alcaraz, *op. cit.*, p. 132.

caballería de Oaxaca. Estas tropas se concentraron en las inmediaciones de Palacio y levantaron barricadas en las calles, mientras dirigían fuego de artillería contra los edificios ocupados por los rebeldes (batallones de infantería de Guardia Nacional Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravo, cuerpos de a pie y de a caballo de la seguridad, brigada de artillería de Mina y Activo de Caballería de México), con el resultado de que la lucha se estancara, sin que ningún bando pudiera tomar las posiciones de su rival.⁵⁴³

El Congreso otorgó de inmediato facultades extraordinarias a Gómez Farías para hacer frente a la rebelión.⁵⁴⁴ El vicepresidente publicó un “Manifiesto” en el que, luego de lamentar que en los momentos en que Veracruz estaba a punto de ser atacada, y en el norte se ponía en juego el destino del país (sólo se sabía entonces que el ejército marchaba hacia Saltillo), el orden público era trastornado y se impedía al gobierno preparar la defensa. Enseguida cuestionó la autoridad de los rebeldes para descalificar la voluntad nacional atacando a un gobierno que era producto del voto del pueblo.⁵⁴⁵

Machetazo a caballo de espadas. Cuántas veces Gómez Farías conspiró contra gobiernos constitucionalmente establecidos. A quien ejercía el poder nominal sólo le quedaba reproducir la ficción democrática, pues al invocar a la soberanía popular como fuente de la legitimidad de su gobierno disimulaba el hecho de que las elecciones en esa época no pasaban de ser una mascarada entre unos cuantos ciudadanos interesados en la

⁵⁴³ *Diario del Gobierno*, 2 de marzo de 1847.

⁵⁴⁴ *Ibid.*

⁵⁴⁵ Valentín Gómez Farías, “Manifiesto”, 27 de febrero de 1847, en *Diario del Gobierno*, 3 de marzo de 1847.

política (sobre todo burócratas, según Justo Sierra), en la que el fraude era la regla y el triunfo de la facción dominante el resultado invariable.⁵⁴⁶

En su desesperación, el vicepresidente mandó realizar embargos de propiedades eclesiásticas a toda prisa, hizo levadas para aumentar sus fuerzas, saqueó las iglesias que quedaron en su zona y fue notoria la absurda animosidad de sus tropas al disparar contra los transeúntes, entre quienes hubo numerosos heridos y muertos, aparte de los producidos por los cañonazos con los que el general Valentín Canalizo, jefe de las tropas leales, quiso acabar con los sublevados.⁵⁴⁷

Gómez Farías se empeñó en mantenerse en su puesto, aun cuando los polkos estaban mejor avituallados gracias al financiamiento del clero que, por supuesto, no estaba dispuesto a dejarse esquilmar por el oportunismo y la manipulación política radicales. Además, debió también estar consciente de que los sublevados pronto tendrían el apoyo de Santa Anna, el verdadero instigador. A este respecto, como quien rinde un parte a su superior sobre la forma que sus órdenes han sido cumplidas, un día después del levantamiento, el jefe de los sublevados, general Matías de la Peña y Barragán, escribió al caudillo para explicarle los motivos del mismo, asegurarle el sostenimiento de la Constitución de 1824 y adjuntarle varios documentos.⁵⁴⁸

Sin embargo, las consecuencias de la retirada de La Angostura no tardaron en verse, pues tres días después, el *Diario del Gobierno* publicó una carta del comandante

⁵⁴⁶ A este respecto, véase la parodia que *Don Simplicio* hace de los procesos electorales de la época en su editorial del 30 de septiembre de 1846, y Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México Porrúa (Sepan cuantos 146), 1998, p. 127.

⁵⁴⁷ *El Monitor republicano.*, 16-17 de marzo de 1847.

⁵⁴⁸ *Ibid.*, 8 de marzo de 1847.

general de Veracruz anunciando el arribo a la isla de Lobos de la escuadra de guerra estadounidense que transportaba al ejército de Winfield Scott, por lo que se esperaba el desembarco invasor de un momento a otro. El gobierno no tardó en utilizar la noticia para desprestigiar a sus enemigos acusándolos de indiferencia ante la nueva invasión.⁵⁴⁹

Pocas veces en la historia nacional se ha visto semejante ejemplo de disimulo y manipulación, pues la guerra exterior poco importaba cuando ya se estaba de acuerdo con el enemigo sobre los objetivos y alcances de la misma, y Gómez Farías no dudó en utilizarla para destruir a sus rivales políticos: la Iglesia y los “hombres de bien”. Conscientes de ello, ni puros ni moderados iban a ceder en su disputa, pues era en ella donde se jugaban sus verdaderos intereses y el futuro del país. En esa tónica, unos a otros comenzaron a acusarse de ser enemigos de Santa Anna. Gómez Farías, con la vana esperanza de separar al jalapeño de los moderados, le aseguraba que el objeto de la rebelión era despojarlo de la presidencia, mientras que Peña y Barragán le seguía escribiendo sobre los avances de la misma.⁵⁵⁰

Pasaron los días y la resistencia del gobierno, y el escaso eco que la rebelión tuvo en los estados, en su mayoría gobernados por radicales, pusieron a los pronunciados al borde de la derrota. Habían perdido el apoyo de los santanistas, quienes pensaron que los moderados trataban de disminuir la influencia del caudillo al proclamar el cese del poder Ejecutivo. Almonte en persona evitó que el general Joaquín Rangel – al principio neutral

⁵⁴⁹ *Diario del Gobierno*, 7 de marzo de 1847.

⁵⁵⁰ *El Monitor Republicano*, 13 y 17 de marzo de 1847.

pero por entonces comprado para la rebelión - se uniera a los Polkos con el 6° Batallón de línea, lo cual impidió que éstos contaran con una superioridad numérica decisiva.⁵⁵¹

Al parecer, los moderados se sobrepasaron en sus pretensiones: la destitución del Ejecutivo y la disolución del Legislativo que proponían atentaban contra la alianza liberal-santanista y los pondría en posición de formar un nuevo constituyente y por tanto decidir no sólo el carácter de la nueva Constitución sino la cuestión de paz o guerra. Los santanistas no podían permitir lo anterior, lo cual explica su repentino viraje hacia el gobierno a fin de conservar el papel del jalapeño como líder de la alianza y árbitro del equilibrio de poderes entre las facciones.

Almonte intentó también que el pronunciamiento se redujera a un solo propósito: el desconocimiento de Gómez Farías y, ambicioso, buscó que el Congreso lo nombrara presidente.⁵⁵² Los pronunciados se disciplinaron y anunciaron el 9 de marzo que el plan original quedaba reducido a un artículo único: “Se desconoce como vicepresidente de la República a D. Valentín Gómez Farías”.⁵⁵³ Esperaban así eliminar suspicacias, con lo que los santanistas desistirían de defender al gobierno al ver que el vicepresidente sería la única víctima y volverían a su unión con la parte de la sociedad “donde [según decía el general Peña y Barragán, en una “Circular a los gobernadores”] se encuentran los hombres honrados y laboriosos que ofrecen garantías, y que es, por decirlo así, la verdadera representación del pueblo”.⁵⁵⁴

⁵⁵¹ Santoni, *op. cit.*, p., 359-364

⁵⁵² *Ibid.*

⁵⁵³ *El Monitor Republicano*, 9 de marzo de 1847.

⁵⁵⁴ *Ibid.*, 10 de marzo de 1847.

En medio de los combates, el Congreso comenzó a reunirse en la Academia de San Carlos, mientras la prensa apelaba a su autoridad para dar solución a la guerra civil. Sin embargo, la mayoría de los diputados radicales se abstuvo de asistir, a fin de asegurar que no hubiese quórum, pues estaban seguros de que los moderados lograrían imponer alguna resolución adversa a Gómez Farías.⁵⁵⁵

Por su parte, los diputados moderados denunciaron esta maniobra firmando un “Manifiesto a la Nación” el 10 de marzo donde, además de quejarse de la falta de quórum, declararon que el único remedio para salvar a la nación era que Santa Anna en persona se hiciera cargo del gobierno.⁵⁵⁶ Al parecer, como el nuevo plan no había servido para aumentar adeptos y doblegar la resistencia del vicepresidente, decidieron cortar por lo sano y llamar al general presidente a la capital para que concluyera su obra.

Los puros les contestaron al día siguiente con su propio “Manifiesto”, en el que compararon sus esfuerzos por reunir recursos con el afán de los moderados por frustrar los efectos de los decretos de 11 de enero y 4 de febrero. Declararon que la guerra civil no era el ambiente más propicio para el libre funcionamiento del Congreso y que no cometerían el error de hacer el juego a los moderados asistiendo a las sesiones. Aceptaban que ahora todo estaba en manos de Santa Anna y, ya en plena competencia por ganar su favor, expresaron su confianza en lograrlo, recordando la lealtad con la que le habían servido.⁵⁵⁷

⁵⁵⁵ Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1999, p. 240.

⁵⁵⁶ *El Republicano*, 11 de marzo de 1847.

⁵⁵⁷ *Diario del Gobierno*, 20 de marzo de 1847.

El caudillo no necesitaba de ningún llamado, pues, como hemos visto, para esas fechas contramarchaba desde La Angostura al encuentro de noticias sobre algún movimiento en la capital y, el mismo 11 de marzo, se supo de sus primeras reacciones ante la rebelión de los polkos. En su primera comunicación, fechada el 6 en Matehuala, reportaba al gobierno que el ejército se hallaba en esa ciudad, El Cedral y Vanegas, recuperándose de la batalla y las enfermedades que lo acosaban y reuniendo víveres para sobrevivir, y que ahí recibió las comunicaciones oficiales sobre “la escandalosa asonada” que había tenido lugar. Decía estar consternado por un hecho que privaba al gobierno de los medios de auxiliar al ejército. Añadía que era imposible continuar las operaciones militares, por lo que dispuso que 4,000 soldados marcharan a la capital para sostener al gobierno y a la vez cubrir la línea de Veracruz. El resto del ejército se quedaría en San Luis Potosí. Taylor ya no le preocupaba, pues juzgaba que había sufrido tales estragos que no se movería y por tanto no representaba más una amenaza.⁵⁵⁸ En efecto, el general invasor no se movió, pero no porque estuviera fuera de combate, como presumía el jalapeño, sino porque acató la orden de no avanzar más allá de Saltillo.

En la misma comunicación, y ya sin el estribillo de que en cuanto el ejército fuera reabastecido volvería al ataque para consumir la victoria, el jalapeño informaba, ahora sí, que había ordenado la retirada definitiva. Después, hasta el final de su vida, diría que la rebelión de los Polkos fue el acontecimiento que le obligó a renunciar al triunfo.

En una segunda comunicación, fechada el 9 en San Luis, Santa Anna repetía estas disposiciones y agregaba que él, en persona, se dirigía a la capital, a donde llegaría antes

⁵⁵⁸ *El Monitor Republicano*, 14 de marzo de 1847.

que la división de 4,000 hombres destacada el 6, y que en el norte se había recibido con indignación la noticia del levantamiento, pues ningún patriota podía apoyar una rebelión que impedía rechazar a los invasores.⁵⁵⁹ Al recibir estas comunicaciones, las tropas que defendían el Palacio las festejaron con júbilo, mientras los sorprendidos redactores de *El Monitor Republicano* afirmaron que los radicales se habían ganado el apoyo de Santa Anna mediante engaños.⁵⁶⁰

Sin embargo, el caudillo volvió a mostrarse consecuente con la política que inició en enero, luego de su fracaso de alzarse con el poder dictatorial: el 13 de marzo, tanto el gobierno como el general Peña y Barragán recibieron comunicaciones en las que, sin condenar a nadie, les ordenaba establecer una tregua y prometía que su regreso terminaría con la guerra civil y serviría para formar un gobierno que “inspire confianza a toda la nación”.⁵⁶¹ Esto sonaba distinto, y el respeto con el que trataba a Peña y Barragán en la carta que le dirigió resultaba también significativo, tanto que el gobierno publicó una versión falsa de esta misiva, en la que supuestamente Santa Anna reprobaba el levantamiento como antidemocrático, inoportuno por la amenaza en Veracruz y reafirmaba la legitimidad del gobierno.⁵⁶²

El mismo Gómez Farías pondría en evidencia cuál era la versión auténtica, cuando intentó impedir a Santa Anna dirigirse a la capital y obligarlo a marchar a defender Veracruz, pero, ante la oposición de los generales Rangel y Canalizo, tuvo que dar marcha

⁵⁵⁹ *Ibid.*

⁵⁶⁰ *Ibid.*

⁵⁶¹ Santa Anna a Gómez Farías, 10 de marzo de 1847, *Ibid.*, *Diario del Gobierno*, 20 de marzo de 1847.

⁵⁶² Santa Anna a Peña y Barragán, 10 de marzo de 1847, *Diario del Gobierno*, 20 de marzo de 1847.

atrás.⁵⁶³ Los moderados no dudaron en proclamar el fin de la rebelión y su triunfo, pues el caudillo volvía a ser consecuente.

En un borrador de carta dirigida a Santa Anna, escrito por Gómez Farías, puede sentirse su frustración; ante el fracaso de su programa político no tuvo más recurso que tratar de reconquistar el favor de Santa Anna recordándole que, hacía unos meses, en La Habana, consideraba enemigos a los moderados.⁵⁶⁴

Entre tanto, se recibían los primeros pormenores de la Batalla de La Angostura, y hacia el 11 de marzo se tenía la convicción de que lo único que había impedido al ejército volver al ataque para consumar la victoria fue la obligación del general presidente de regresar a la capital; la prensa moderada convirtió a Gómez Farías en el culpable al afirmar que sus excesos obligaron a suspender la campaña del norte y a distraer a 4,000 hombres para restablecer el orden. Santa Anna, en cambio, recibía pleno reconocimiento, incluso de los radicales, por su triunfo parcial. Aunque la retirada mexicana podía despertar sospechas, se recurría al expediente de culpar a los indefinidos “enemigos de la patria”.⁵⁶⁵

Se suponía que Veracruz debía estar resistiendo el asedio estadounidense en esos momentos. De la escandalosa división de los mexicanos en circunstancias tan críticas nuevamente radicales y moderados se culparon mutuamente, pero los señalamientos

⁵⁶³ Santoni, *op. cit.*, p. 368.

⁵⁶⁴ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, p. 74.

⁵⁶⁵ *El Monitor Republicano*, 11 de marzo de 1847. *Diario del Gobierno*, 22 de marzo de 1847. *El soldado de la Patria*, San Luis Potosí, 6 de marzo de 1847, en *Ibid.*

contra el vicepresidente pesaron más, pues los periódicos más importantes eran de tendencia moderada.⁵⁶⁶

Santa Anna, en cambio, era el árbitro de la situación; los partidos competían por halagarlo, y en el camino hacia México su coche era interceptado por mensajeros ansiosos de ganar su apoyo. El 15 de marzo se recibió la noticia de que el ejército de Scott, en número de 10,000 hombres, acababa de sitiar Veracruz; el *Diario del Gobierno*, empeñado en ganar el favor del jalapeño, reprochó una vez más a los amotinados las críticas y acusaciones que habían dirigido a éste, así como su rebelión en tan cruciales momentos, y urgió a Santa Anna a regresar a la capital.⁵⁶⁷

Dos días después se supo que el caudillo se encontraba en Arroyozarco, y que el 21 por la madrugada llegó a la Villa de Guadalupe.⁵⁶⁸ Desde allí envió instrucciones a Canalizo y a Peña y Barragán de acuartelar a las tropas y retirar las barricadas para dar fin a las hostilidades, pues, según afirmaba, ¡le repugnaba entrar a la capital en medio de la guerra civil!⁵⁶⁹ Ambos generales obedecieron y firmaron un acuerdo.⁵⁷⁰ El *Diario del Gobierno* anunció el 22 que la guerra civil había concluido y el Ejecutivo estaba en manos de Santa Anna desde la madrugada de ese día, cuando el Congreso, reunido al fin en número suficiente, decidió rechazar la invitación del general de pasar a Guadalupe para conferenciar con él, así que se nombró una comisión de diputados, encargada de irle a

⁵⁶⁶ *Diario del Gobierno*, 10 de marzo de 1847.

⁵⁶⁷ *Ibid.*, 16 de marzo de 1847.

⁵⁶⁸ *Ibid.*, 19 y 21 de marzo de 1847.

⁵⁶⁹ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 200.

⁵⁷⁰ *Diario del Gobierno*, 23 de marzo de 1847.

tomar juramento como presidente interino de la República.⁵⁷¹ Para entonces, con su notoria deferencia hacia los emisarios del partido moderado, se confirmaba quién había ganado el favor de Santa Anna”.⁵⁷²

Finalmente, a las cinco de la tarde del 23, el jalapeño hizo una entrada triunfal en la capital ante la mirada impotente de los radicales, quienes no dejaban de advertirle que se estaba aliando con los falsos liberales que lo derrocaron en 1844, atentaron contra su vida el año anterior, lo ofendieron recientemente acusándolo de traición y estaban lejos de ser sus verdaderos partidarios.⁵⁷³

Pero las advertencias no sirvieron de nada y los radicales comenzaron a ser desplazados casi de inmediato. El caudillo formó nuevo gabinete el 24 con el general José Ignacio Gutiérrez en Guerra, Juan Rondero en Hacienda, Mariano Otero en Relaciones Interiores y Exteriores y Francisco Suárez Iriarte en Justicia y Negocios Eclesiásticos. Al día siguiente, José Ignacio Trigueros fue nombrado gobernador del Distrito Federal y el general Pedro María Anaya comandante general.⁵⁷⁴

Con todo, el caudillo no olvidaba la importancia de la unidad para sus planes y, lejos de eliminar a los vencidos de manera total, a través del *Diario del Gobierno* anunció que “S. E. el presidente de la República [...] desea la unión de los mexicanos, y la procurará

⁵⁷¹ Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 75, *Diario del Gobierno*, 21 de marzo de 1847. Debe recordarse que Santa Anna recibió su nombramiento de presidente interino en San Luis, pero no había hecho el juramento de rigor. *Vid. supra*.

⁵⁷² *El Monitor Republicano*, 24 de marzo de 1847.

⁵⁷³ Un mexicano, *México en 1847. Contiene una ligera relación de las revoluciones y algunos sucesos ocurridos entre nosotros, desde que comenzó la guerra contra los Estados Unidos y varias reflexiones acerca de las causas que han influido en la decadencia actual de la república*. Por un mexicano, México, R. Rafael, 1847, p. 26-27. *Diario del Gobierno*, 29 de marzo de 1847.

⁵⁷⁴ *Diario del Gobierno*, 24-25 de marzo de 1847.

con la buena fe y la voluntad firme de que está dotado”. Aseguraba que los ciudadanos útiles y honrados serían atendidos y empleados sin importar sus opiniones políticas y las “odiosas distinciones introducidas durante nuestras lamentables discordias” no tendrían valor en la nueva administración. Deseaba que todos los mexicanos se empeñaran en defender la independencia y conservar las instituciones federales, y esperaba, tanto del Congreso como de sus compatriotas, “el olvido de todo lo pasado”, para que la concordia presidiera el esfuerzo por liberar a la patria. “¡La Providencia, que nos unió en 1821, volverá a concedernos esta gracia en 1847!”⁵⁷⁵ Tales deseos entraron en vías de convertirse en ley al día siguiente, cuando Baranda presentó al Congreso una iniciativa de Santa Anna, que decretaba una amnistía de todo delito político desde 1821.⁵⁷⁶

A juzgar por lo que estaba a punto de pasar, lo que el caudillo planteaba era la restauración de la alianza liberal-santanista, pues no podía permitir que el calor de la lucha política alterara el orden establecido por la revolución de la Ciudadela, justo cuando iba a perfilarse hacia la negociación con Polk. Así, aunque hubo cambios en el gobierno, Gómez Farías conservó la vicepresidencia y los moderados que organizaron el motín de los polkos no fueron perseguidos. El levantamiento resultó ser tan sólo una válvula de escape a la tensión acumulada entre radicales y moderados, un choque acotado para dirimir la disputa por los bienes de la Iglesia así como un medio para refrendar el sitio de Santa Anna como amo de la política nacional después del desafío de la coalición de estados. En otras palabras, para el jalapeño era necesario asignar al movimiento polko la calidad de motín y que no llegara a convertirse en una revolución que diera a los moderados el

⁵⁷⁵ *Ibid.*, 25 de marzo de 1847.

⁵⁷⁶ *Ibid.*, 27 de marzo de 1847.

dominio del Ejecutivo y el Congreso. Este último tenía sobre todo que mantenerse intacto, pues allí residía el poder constituyente y por esa razón lo había convertido en el vértice de su política. El llamado a la unión y al olvido no era gratuito.

Se conservaba así el delicado equilibrio de fuerzas establecido desde el regreso de Santa Anna: éste no podía deshacerse de los radicales porque, como hemos visto, estaban de acuerdo con él en cuanto a negociar con Washington, y tampoco podía deshacerse de los moderados porque constituían el instrumento más eficaz para contrarrestar los excesos y la rebeldía de los primeros. A la vez, las distintas facciones carecían del poder suficiente para eliminarse entre sí o para deshacerse de él que era el dueño del ejército.

Luego de que las fuerzas de la capital, tanto fieles como rebeldes, fueron retiradas a los cuarteles que ocupaban antes del motín, se derribaron las barricadas y fortificaciones de las tropas del gobierno antes que las de los polkos. El 29 se celebraron las elecciones del Ayuntamiento que los radicales habían suspendido indefinidamente, y los moderados obtuvieron un triunfo aplastante.⁵⁷⁷

La cuestión de los recursos y el acoso sobre los bienes del clero, punto central del programa reformista de Gómez Farías, se resolvió en sentido opuesto a las aspiraciones del líder radical; Santa Anna comenzó a cobrar el préstamo que el cabildo metropolitano se había comprometido a dar a partir de febrero de 1847, pero aumentado a dos millones

⁵⁷⁷ *El Monitor Republicano*, 30 de marzo de 1847.

de pesos, a condición de que derogara las leyes de manos muertas.⁵⁷⁸ Esto tuvo lugar dos días después, el 27, a través de un decreto publicado el 31.⁵⁷⁹

Aun cuando el caudillo parecía dominar por completo la escena política, el Congreso tomó una precaución importante: el artículo 2° del decreto le negaba autorización para entregar “en todo ni en parte el territorio nacional”,⁵⁸⁰ al parecer, las facciones seguían temerosas de que pudiera negociar sin incluirlas.

La caída de Veracruz

El mismo 27 de marzo se recibió la noticia de que Scott había iniciado el bombardeo de Veracruz el 22. El general Rómulo Díaz de la Vega, jefe de las fuerzas destacadas en Puente Nacional, advirtió al gobierno que si el puerto no era pronto auxiliado, difícilmente resistiría la despiadada destrucción a la que estaba siendo sometido.⁵⁸¹ De inmediato Santa Anna comunicó al comandante general Juan Morales que ya estaban en marcha fuerzas suficientes de auxilio, incluso para tomar la ofensiva y le recordó las instrucciones que le había dado de resistir a toda costa.⁵⁸²

Las noticias de Veracruz sirvieron a los moderados para reafirmar su postura, *El Monitor Republicano* publicó un editorial el 28 de marzo en el que afirmaba soberbio que, aun cuando la toma del puerto parecía inevitable, los estadounidenses no ganarían nada, pues, aunque lo usaran como base de operaciones para triplicar sus tropas en México,

⁵⁷⁸ *Ibid.*, 29 de marzo de 1847.

⁵⁷⁹ *Ibid.*, 31 de marzo de 1847.

⁵⁸⁰ *Ibid.*, 29 de marzo de 1847.

⁵⁸¹ *Diario del Gobierno*, 27 de marzo de 1847.

⁵⁸² Santa Anna a Juan Morales, 27 de marzo de 1847, *Diario del Gobierno*, 28 de marzo de 1847.

jamás podrían tomar la capital de la República: “ningún ejército es bastante poderoso para subyugar un pueblo decidido”.⁵⁸³ Los redactores destacaban que el invasor tendría que hacer campaña en territorio poblado, no en desiertos. México opondría al invasor desde Veracruz hasta la capital tantos combatientes cuantos eran sus habitantes, las probabilidades estaban a favor de la República.⁵⁸⁴

Santa Anna envió por fin refuerzos a Veracruz. El 28 de marzo salieron el batallón Supremos Poderes, el 6° regimiento de infantería, el batallón fijo de México y ocho piezas de artillería. Para acabar de neutralizar a Gómez Farías, estos refuerzos incluyeron a los batallones de Guardia Nacional Libertad y Galeana, con lo que los radicales perdían su brazo armado.⁵⁸⁵

La defensa de Veracruz iba a constituir la culminación de la política seguida por Santa Anna hacia la paz: ya había librado, con apariencia de triunfo, la esperada “gran batalla” en el norte, tenía acordada con Polk, para acallar a la oposición moderada y coalicionista, la suspensión del bloqueo y las hostilidades si México accedía a entrar en negociaciones, sólo faltaba convencer al Congreso de dar ese paso. La primera insinuación en este sentido la hizo el 29 de marzo en una "Exposición dirigida al augusto congreso general constituyente", en la que, en primer término, puso de relieve el dramatismo de la situación militar y enseguida hizo oficial la versión de que el motín de los polkos le obligó a

⁵⁸³ *Diario del Gobierno*, 28 de marzo de 1847.

⁵⁸⁴ *Ibid.* Tales opiniones fueron ratificadas por *El Republicano* de 29 de marzo.

⁵⁸⁵ *Diario del Gobierno*, 28 de marzo de 1847.

retirarse de La Angostura.⁵⁸⁶ Después, por primera vez desde su regreso, no sólo planteó la posibilidad de hacer la paz, sino también las condiciones en que ésta sería admisible:

La paz, sí, la paz es lo que conviene a la nación; pero una paz que sea ganada por nuestro valor y constancia, comprada con victorias, obtenida con esfuerzos propios de un pueblo que detesta la opresión: esa paz nos salvará y nos hará ocupar en el concepto de las potencias que nos observan, el lugar que corresponde a la República Mexicana.⁵⁸⁷

La Angostura y la defensa de Veracruz iban a ser las victorias que comprarían la paz. La perspectiva era excelente, pues los doce mil hombres que se dirigían a romper el sitio,⁵⁸⁸ sumados a los más de tres mil que componían la guarnición del puerto, hacían probable que los invasores tuvieran graves dificultades para doblegar la resistencia (los ejércitos contrincantes se equipararían en número y los mexicanos tenían la ventaja de estar a la defensiva). Todo esto prolongaría el sitio e incluso permitiría romperlo, y el gabinete de Washington se vería presionado (al confirmarse los temores expresados por la prensa estadounidense sobre lo absurdo e inconveniente de la guerra y el peligroso clima de la costa), mientras el jalapeño cobraba el prestigio suficiente para culminar su política, planteando ante el Congreso que las condiciones para tratar con el invasor estaban dadas. Lo que no sabía el caudillo, cuando expuso dicha política por primera vez, era que todos sus planes, esfuerzos y esperanzas habían rodado por el suelo el día anterior, pues la guarnición de Veracruz capituló ante Scott el 28 de marzo.

⁵⁸⁶ *El Monitor Republicano*, 3 de abril de 1847.

⁵⁸⁷ *Ibid.*

⁵⁸⁸ *Diario del Gobierno*, 3 de abril de 1847. En una arenga que Valentín Canalizo dirigió al Ejército de Oriente en Jalapa para anunciar que el gobierno acababa de darle el mando, aseguró que éste se componía de más de doce mil hombres provenientes de México, Puebla y lo más selecto del Ejército del Norte. También aseguró que Santa Anna se les uniría muy pronto. Greenberg, *op. cit.*, p. 200, confirma que Santa Anna iba a auxiliar a Veracruz con un ejército de 12,000 hombres.

Veracruz cayó porque, como en 1838, los militares mexicanos exhibieron su inexperiencia en la guerra marítima al permitir el 9 de marzo que el enemigo desembarcara sus tropas en una playa cercana, sin estorbar lo que fue un desembarco anfibio (pasar de los barcos a tierra mediante lanchas o chalupas) en extremo peligroso, desperdiciando la mejor ocasión de causar daño al invasor.⁵⁸⁹ Éste tampoco fue hostilizado durante los nueve días que duraron los nortes que cortaron su línea de comunicación con la flota, y que le impidieron desembarcar el equipo necesario para sitiar la ciudad. Al mismo tiempo, la población del puerto careció de voluntad de resistencia, pues a la llegada de la flota enemiga entró en pánico, comenzó a huir y trató de persuadir a guarnición de que la siguiera para preservar la vida.⁵⁹⁰ Scott tuvo noticias de esta apatía, lo que constituyó un excelente augurio para el plan de aplacamiento del patriotismo mexicano que tenía pensado implementar.⁵⁹¹

Scott completó la circunvalación de la plaza el 22 de marzo y conminó a rendirse al general Morales; éste se negó, por lo cual el jefe estadounidense inició un despiadado bombardeo que de inmediato comenzó a cobrar víctimas entre los civiles y a destruir edificios. Era el cuadro de muerte y destrucción propio de toda ciudad sitiada, del que la historia contaba ya con numerosos ejemplos, y en los que no era raro el caso de poblaciones enteras decididas a resistir hasta los últimos extremos. Sin embargo, no fue el de la población de Veracruz; luego de cuatro días de bombardeo, Morales comenzó a ser

⁵⁸⁹ Johnson, *op. cit.*, p. 22, considera que fue un craso error de parte de Juan Morales no estorbar el desembarco.

⁵⁹⁰ Miguel Lerdo de Tejada, *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, México, Secretaría de educación Pública, 1940, v. 2, p. 511, Alcaraz, *op. cit.*, p. 161-162.

⁵⁹¹ Johnson, *op. cit.*, p. 34.

objeto de las presiones de los cónsules extranjeros y de las mujeres para que se rindiera y salvara la vida de extranjeros, mujeres y niños inocentes. Especialmente estremecedor fue el espectáculo de una procesión de mujeres que, con sus hijos en brazos, recorrió la ciudad llorando y suplicando a las autoridades que se rindieran para detener la catástrofe. La presión fue tal que, el 26, Morales solicitó abrir negociaciones para una capitulación, pero como Scott exigió la rendición incondicional, prefirió renunciar al mando a la media noche del mismo día y depositarlo en manos de su segundo, el general José Juan Landero, quien, con el pretexto de que no se contaba ya con municiones de artillería suficientes para seguir contestando el fuego, decidió negociar la capitulación más honrosa que pudiera conseguir y que sus representantes firmaron el 27. Los jefes ratificaron el documento al día siguiente y el 29, mientras en la capital Santa Anna proponía al Congreso comprar la paz con victorias, la bandera mexicana fue arriada de las murallas del puerto y la guarnición entregó sus armas en un paraje cercano. Las tropas invasoras ocuparon Veracruz de inmediato.⁵⁹²

Una vez más en la historia militar de México, una guarnición prácticamente intacta (la guarnición de Veracruz, que llegaba a 3400 hombres, había sufrido 300 bajas en cinco días de bombardeos, mientras la de Ulúa, que pasaba de mil, casi no había sufrido) entregaba a un enemigo extranjero una plaza y una fortaleza inexpugnable sin resistir siquiera un asalto.⁵⁹³ Igual que en Monterrey, los invasores se habían visto colocados en un aprieto, pues Scott esperaba que la guarnición se rindiera mediante el bombardeo,

⁵⁹² Lerdo de Tejada, *op. cit.*, p. 517-526. Greenberg, *op. cit.*, p. 169, coincide en que los veracruzanos casi no opusieron resistencia.

⁵⁹³ Recuérdese el caso de la caída de San Juan de Ulúa en manos francesas el 28 de noviembre de 1838.

pero sabía que la ciudad no podría ser tomada debido a la artillería de Ulúa. De pronto comenzó a darse cuenta de que su retaguardia estaba a punto de ser amenazada por un ejército mexicano de auxilio, lo que lo obligó a preparar un asalto que iba a ser muy costoso en vidas. Tal como había planeado Santa Anna, la situación no era favorable para los invasores, pero la rendición de la plaza y de Ulúa terminó con sus problemas.⁵⁹⁴

La noticia de la capitulación se recibió en México el 30 por la noche.⁵⁹⁵ Es de imaginarse lo que Santa Anna habrá pensado y sentido, pues la seguridad de que Veracruz no iba a caer - anunciada por Almonte desde diciembre - se vio defraudada, y sus órdenes de que por ningún concepto ni Ulúa ni Veracruz capitularan fueron desobedecidas. Su reacción debió ser de apoteosis, y puede calcularse porque, desde entonces, fue notorio su empeño por ofender el honor de los defensores de Veracruz.⁵⁹⁶

Esta actitud contrastaba notablemente con la mostrada ante la caída de Monterrey, en la que Ampudia también cometió la falta de rendirse sin resistir el asalto decisivo, a pesar de contar con abundantes elementos de defensa e incluso con una ventaja relativa sobre Taylor. A pesar de que la opinión pública exigió a coro su castigo, la reacción del caudillo fue la de mantenerlo a su lado, a pesar de tener iniciada una corte marcial, y permitirle reivindicarse dándole el mando del primer ataque contra las tropas de Taylor en La Angostura el 22 de febrero. Morales y Landero, en cambio, recibieron orden de presentarse presos en la fortaleza de Perote para responder ante una corte marcial. La diferencia es clara, Ampudia había actuado conforme a la absurda estrategia

⁵⁹⁴ Johnson, *op. cit.*, p. 30-48. En la p. 54 menciona que los estadounidenses se dieron cuenta de que la ciudad había sido bien fortificada. La fortaleza de Ulúa los impresionó, pues estaba bien artillada y municionada.

⁵⁹⁵ *El Monitor Republicano*, 31 de marzo de 1847.

⁵⁹⁶ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 215-216.

de repliegue en el norte, mientras Morales y Landero, al no actuar conforme a los planes del caudillo, echaron a perder la ocasión de presentar la paz como una opción honorable.

La noticia de la pérdida de Veracruz fue muy mal recibida por la opinión pública, que igualmente reprochó a los defensores su falta de tenacidad.⁵⁹⁷ Sin embargo, meses después, los veracruzanos, para responder a las injurias de Santa Anna, reconocieron que, en efecto, habían carecido de entusiasmo por la defensa, pero debido a que estaban al corriente de los contactos que el caudillo había tenido con el enemigo en Cuba y, sobre todo, por la llegada de una serie de cartas de la capital “anunciando la proximidad de una batalla por el norte, con el solo fin de salvar el honor de las armas mexicanas y entrar después en convenios de paz”, lo que hizo suponer “que estaba decidido que Veracruz corriera la misma suerte de Tampico”, y “que éstos dos puntos [...] estaban ofrecidos en garantía de compromisos hechos en La Habana”.⁵⁹⁸

Cabe preguntarse si Morales y Landero no estarían afiliados al partido moderado y, enterados de las intenciones del caudillo de presentar La Angostura y Veracruz como justificantes para presentar la paz ante el Congreso como una opción aceptable, actuaran conforme a la política de su partido y le metiesen la zancadilla, aun a costa de su prestigio militar. Es notorio que el primero decidiera rendirse un día antes de la procesión de las mujeres, que fue el acto más impresionante a favor de la rendición, y que Santa Anna se hubiese opuesto a su nombramiento como comandante general de Veracruz.⁵⁹⁹

⁵⁹⁷ *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1847.

⁵⁹⁸ *El Estado de Veracruz a todos los de la Federación Mexicana. Tributo a la verdad sobre los sucesos y el estado político de la República desde 16 de agosto de 1846, hasta 30 de junio de 1847*, en *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1847-1 de enero de 1848.

⁵⁹⁹ *Ibid.*, Alcaraz, *op. cit.*, p. 163, AHSEDENA, exp. 2260.

Que las intenciones de Santa Anna de abrir negociaciones luego de una digna defensa en Veracruz eran conocidas por muchos, se comprueba con dos informes de Charles Bankhead a su gobierno, fechados ambos el 1 de abril, en los que anunciaba el próximo restablecimiento de las relaciones México-Estados Unidos, pues muchas personas pensaban que, luego de algunas muestras de resistencia, Santa Anna entraría en algún arreglo pacífico con Scott. “Es la única persona en esta República que podría aventurarse a hacer tal en el momento presente”.⁶⁰⁰

Las consecuencias catastróficas de la caída de Veracruz para los planes del caudillo fueron inmediatas. El 31 de marzo, el gobierno solicitó que el Congreso le diera permiso para salir al día siguiente a comandar al ejército, y que se nombrara un interino para que se encargara del poder Ejecutivo.⁶⁰¹ Ambas solicitudes fueron aprobadas, pero la salida de Santa Anna implicaba el regreso de Gómez Farías, lo que no podían permitir ni santanistas ni moderados, por lo que fue necesario eliminar al vicepresidente. Esto llevó a la cúpula radical, como veremos, a virar hacia la postura de sostener la guerra a ultranza.

La destitución del vicepresidente se realizó con base en el argumento - planteado por Lafragua - de que cuando aquél asumió el cargo la Constitución de 1824 - que contemplaba la figura vicepresidencial - aún no regía, por lo que podía separársele legalmente.⁶⁰²

Así se hizo. La lucha partidista se centró entonces en la elección de la persona que sustituiría a Santa Anna. El candidato del caudillo y los moderados era el general Pedro

⁶⁰⁰ Foreign Office, v. 209, fs. 73-78.

⁶⁰¹ *El Monitor Republicano*, 31 de marzo de 1847.

⁶⁰² Lafragua, *op. cit.*, s/f.

María Anaya, mientras los radicales, en contra de la opinión de Gómez Farías, propusieron a Almonte, personaje que para entonces ya estaba enemistado con Santa Anna. La estrategia de los puros fue no asistir a las sesiones del Congreso para evitar que la elección se efectuara, de modo que Santa Anna saliera a campaña dejando la cuestión pendiente y Gómez Farías regresara al Ejecutivo, pero les faltó constancia y, ante la declaración de aquel de que no se movería si la elección recaía en Almonte, acabaron por ceder. Así, el 1 de abril, el Congreso aprobó un decreto que concedía permiso al jalapeño para mandar al ejército en persona y suprimía la vicepresidencia. Ese mismo día, el general Anaya fue elegido presidente sustituto y se le tomó juramento.⁶⁰³

Esta elección exhibió el derrumbe del grupo de La Habana, pues tres de sus principales miembros ya eran enemigos a principios de abril de 1847. A pesar de que Almonte pudo devolver a los puros parte de la influencia perdida, Gómez Farías se opuso a su elección, tal vez por el papel que jugó en el motín de los polkos. Santa Anna también se mostró enemigo de su antiguo colaborador, pues se enteró de su intento de obtener la presidencia. Ahora bien, esto no implicaba necesariamente el derrumbe de la política habanera, pues aún faltaba que el Congreso redactara una nueva Constitución y, como veremos más adelante, el caudillo iba a seguir empeñado en que fuera la representación nacional soberana la que autorizara entrar en arreglos con el enemigo y cargara con la responsabilidad. Por el momento, quedaba asociado a los moderados, los que sin embargo parecían decididos a impedirle ajustar la paz desde las alturas de una dictadura.

⁶⁰³ *El Monitor Republicano*, 2 de abril de 1847.

Consciente de ello, al otro día de recibir la infausta noticia de la caída de Veracruz, Santa Anna se retractaba de la política anunciada el 29 y se plegaba a la política moderada en un “Manifiesto a la nación”, en el que se decía resuelto a salir al encuentro del enemigo. A la vez llamaba a la unión y a cooperar en el esfuerzo de guerra.⁶⁰⁴ Recurriendo a su típico recurso de presentarse como un patriota - “Quizá os hablo por la última vez” - convocó a todos al sacrificio en un tono notablemente pesimista que daba por perdida la causa de México y expresó sus esperanzas de que la caída de Veracruz inflamara el patriotismo. “Venganza clama Veracruz, seguidme a lavar su deshonra”.⁶⁰⁵

Su indignación por la caída del puerto traslucía su frustración por la oportunidad perdida; nadie dejó de notar que calificara de deshonrosa la defensa del puerto,⁶⁰⁶ pero el hecho era que el invasor tenía ahora abierto el camino hacia la capital, por lo que resultaba oprobioso acceder a sus renovadas ofertas de paz. No importaba que se hubiera “triunfado” en La Angostura, ni que el invasor fuera el primero en tender la rama de olivo y ofreciera condiciones excepcionales: negociar bajo tal amenaza resultaría indigno. Muy diferente habría sido todo si Veracruz hubiese resistido heroicamente. El caudillo tuvo entonces que repetir la retórica empleada a su regreso: un llamado a la unión para lograr la victoria, pero con la advertencia de una posible desgracia, aun sobre los esfuerzos por evitarla, lo que dejaba traslucir su verdadera propuesta: unión para aceptar juntos la derrota y negociar al fin.

⁶⁰⁴ *Ibid.*, 1 de abril de 1847.

⁶⁰⁵ *Ibid.*

⁶⁰⁶ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 216.

Sólo fue un susto

En Washington, entre tanto, la paz también era la gran meta. El 20 de marzo, Buchanan había informado al presidente que Atocha acababa de regresar y le presentó la respuesta del gobierno mexicano a sus últimas propuestas. Al enterarse de que se insistía en condicionar la apertura de negociaciones a la previa retirada de las fuerzas estadounidenses del territorio y costas mexicanas, Polk lo declaró inadmisibles, "y que no nos quedaba otra alternativa sino la de efectuar un enérgico y aplastante movimiento de nuestras armas contra México". Buchanan volvió a oponerse a marchar hasta la capital enemiga, a lo que el presidente, tal vez sintiéndose burlado, replicó "que no solamente marcharía yo hasta la ciudad de México, sino que perseguiría yo al ejército de Santa Anna donde quiera que estuviese para capturarlo o destruirlo".⁶⁰⁷

Esa misma noche llegaron alarmantes rumores sobre una batalla librada cerca de Saltillo. Al día siguiente, se tuvieron más noticias sobre ese encuentro, que llevaron a Polk a considerar crítica la situación del ejército de Taylor. Comenzaba a culpar al general de un posible desastre por haber avanzado más allá de Saltillo en contra de las instrucciones recibidas. El 22 analizó con el secretario de Guerra la información contenida en los periódicos de Nueva Orleans y acabó convenciéndose "de que nuestras fuerzas en el río Grande y especialmente los puestos avanzados del general Taylor, están en una situación muy crítica". Ahora recriminaba también a Scott, quien "parece haber tomado el mando

⁶⁰⁷ Polk, *op. cit.*, v1, p. 238.

teniendo en su cabeza únicamente la idea de tomar Veracruz, y probablemente con esta mira, redujo las fuerzas del general Taylor a un número demasiado pequeño".⁶⁰⁸

En su alarma el presidente ordenó apresurar el reclutamiento de los regimientos autorizados y el envió a la frontera de los hombres enrolados, así como que los gobernadores de los estados fronterizos y el propio general Scott enviaran a Taylor todos los refuerzos disponibles. Para mayor angustia, esa noche se recibió un periódico de Nueva Orleáns donde se afirmaba que las comunicaciones entre Monterrey, Camargo y el ejército de Taylor habían sido cortadas por el enemigo.⁶⁰⁹

Este estado de alarma continuó hasta el 30 de marzo, cuando se recibieron informes de que el ejército en Saltillo había sobrevivido al encuentro con Santa Anna.⁶¹⁰ El 1° de abril llegó por fin el informe detallado de Taylor, por el que Polk se enteró de la retirada del ejército mexicano. Más tarde, el 10 de abril, supo que Scott había tomado Veracruz.⁶¹¹ Entonces su actitud cambió radicalmente: desapareció el guerrero implacable, que perseguiría a Santa Anna hasta destruirlo, y resurgió el negociador en busca de la paz: retomó la idea de enviar a México un comisionado con poderes plenipotenciarios encargado de acompañar al ejército para aprovechar cualquier oportunidad que pudiera surgir para tratar.⁶¹²

Parece evidente que Polk supo leer el mensaje implícito en la retirada de Santa Anna: éste manipulaba la guerra para conducir a los mexicanos a la mesa de

⁶⁰⁸ *Ibid.*, p. 239-240.

⁶⁰⁹ *Ibid.*, p. 240.

⁶¹⁰ *Ibid.*, p. 245.

⁶¹¹ *Ibid.*, p. 250.

⁶¹² *Ibid.*, p. 251.

negociaciones y más que nunca podía estar seguro de su postura, sin importar lo agresivo o espectacular de sus movimientos militares y sus declaraciones patrióticas. El mismo Buchanan dejó de oponerse a la campaña contra la ciudad de México. Sin embargo, también comprendió que debía seguir esperando el momento oportuno y por ello, aparte de ratificar su decisión de marchar contra la ciudad de México, confirmó también la necesidad de contar con un plenipotenciario en el lugar de los hechos.

El presidente quería que el comisionado fuera el mismo Secretario de Estado, pero, ante la incertidumbre sobre el momento en que los mexicanos aceptarían negociar, éste propuso a su oficial mayor, Nicholas P. Trist.⁶¹³ La elección no era gratuita, pues este señor era considerado digno de confianza como amigo de Buchanan, demócrata convencido y disciplinado funcionario. Además, como amigo de Slidell, “había visto las maquinaciones de la administración en primera fila”.⁶¹⁴

Sin embargo, la verdad era que Trist tenía una faceta desconocida. Había apoyado la guerra con México, pero al hacerse evidentes los engaños de que se había valido el presidente para obligar al Congreso a reconocer el estado de guerra (la agresividad mexicana y el derecho de Texas al Bravo), su sentido de la moral y justicia que su abuelo político Thomas Jefferson le había inculcado se rebeló, y sin sincerarse con Polk, quien llegó a creer que en Washington nadie era más confiable y leal que Trist, forjó en su interior, como veremos, el plan de castigar la perversidad del presidente traicionando su confianza. En 1862 escribió a Scott que Polk “había obtenido al menos una mirada de mi

⁶¹³ Nelson, *op. cit.*, p. 251.

⁶¹⁴ Greenberg, *op. cit.*, p. 174.

interior. Pero éste permaneció como un libro sellado para él”.⁶¹⁵ Aunque Buchanan le prometió, a sugerión de Polk, grandes recompensas en caso de lograr la paz, incluida, nada menos, la candidatura presidencial, interiormente Trist se burlaba de ellos: “Qué lejos está usted de ser capaz de entenderme”.⁶¹⁶

El gabinete acordó por unanimidad su nombramiento. Además de plenos poderes, el comisionado llevaría un proyecto de tratado al gobierno mexicano. El 13 de abril, Buchanan presentó el borrador de dicho proyecto que, en esencia, proponía la “cesión” de Nuevo México y la Alta y Baja Californias, así como del Río Bravo como límite oriental; un artículo por separado concedía a los Estados Unidos el derecho de paso por el istmo de Tehuantepec. Se fijaba la compensación por el territorio “cedido” en 15 millones de dólares, pagaderos en abonos de tres millones anuales, aunque Polk declaró estar dispuesto a pagar hasta 30. Estos términos fueron aprobados por el gabinete y el 15 Buchanan entregó sus instrucciones a Trist.

En éstas, el secretario de Estado le explicaba que las recientes victorias podían inducir a los mexicanos a negociar, sin embargo, el presidente no debía arriesgarse a la humillación de que una nueva propuesta de paz fuese rechazada, de modo que lo más conveniente era enviar al cuartel general del ejército en México a un agente, para aprovechar cualesquiera circunstancia favorable que pudiera inclinar a los mexicanos a

⁶¹⁵ Citado por *Ibid.*, p. 175.

⁶¹⁶ *Ibid.*, p.176.

hacer la paz. Por consiguiente, Trist quedaba designado como comisionado ante el gobierno de México para desempeñar los deberes de tan importante misión.⁶¹⁷

Este acechamiento diplomático del momento propicio para la paz era, evidentemente, el complemento del plan de Scott de poner a la ciudad de México en inminencia de ser tomada, y parece ser que Polk no se decidió a completar el plan militar con el diplomático sino hasta que palpó una evidencia definitiva de que Santa Anna seguía siendo digno de confianza. Más adelante veremos que iba a ser el propio caudillo quien iba a señalar a los invasores el momento y la manera de poner a la ciudad de México en peligro y obligar al Congreso constituyente a escuchar a Trist. La sombra de Santa Anna en todo esto se hace notar por el hecho de que antes del desembarco en Veracruz el senador Benton – que, como hemos visto, estaba influenciado por Santa Anna a través de Atocha – había disputado públicamente a Scott la autoría de la idea de marchar contra la capital mexicana.⁶¹⁸

Ahora bien, no obstante estar investido de plenos poderes, Trist debería apegarse lo más posible al contenido del proyecto de tratado, el cual podía modificar de ser necesario, pero sin perder de vista que la expansión de la frontera sobre Nuevo México y Alta California constituía una condición *sine qua non* de la paz, es decir, un ultimátum. Tal vez previendo las intenciones de Santa Anna – algunos dirían que, más bien, consciente de los planes del caudillo –, Buchanan advirtió al comisionado que las revoluciones en México

⁶¹⁷ Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice L, doc. 2, p. 337-338.

⁶¹⁸ Johnson, *op. cit.*, p. 18.

se sucedían con tanta rapidez que era difícil conjeturar la forma de gobierno que encontraría a su llegada, por lo cual

Usted no vacilará sin embargo en celebrar un Tratado *con cualquier Gobierno que encuentre a su llegada*, siempre que presente una perspectiva razonable de ser capaz de sostenerse. *Si existe un dictador que hubiere subvertido la Constitución de 1824* y asumido el Supremo Poder, *la ratificación del Tratado por él será suficiente, sin la previa aprobación del Congreso General*. Si ese Gobierno se rehusare a celebrar un Tratado de paz hasta que el Gobierno Mexicano hubiere asumido una forma permanente constitucional, la guerra tendría que continuar todavía por muchos años más.⁶¹⁹

Tales palabras parecían confirmar la denuncia hecha por los diarios estadounidenses en el sentido de que Santa Anna tenía acordado con Polk establecer una dictadura apoyada por los Estados Unidos, lo que a su vez concordaba, a nivel interno, con el aparente acuerdo entre el jalapeño y los radicales de hacerlo dictador a cambio de la destrucción de la Iglesia. Por otra parte, no cabe duda que los estadounidenses veían muy claro cuál era el problema político central de México: la falta de “una forma permanente constitucional” y por ello estaban dispuestos a firmar hasta con un dictador ilegítimo pero capaz de sostenerse en el poder.

Para entonces, Polk había logrado convencer al Congreso de autorizar fondos para comprar la paz – más adelante veremos el escándalo que esto produjo –, por lo que con sus instrucciones Trist recibió un certificado del Tesoro por tres millones de dólares, mismos que no debería entregar al gobierno mexicano sino después de que éste hubiese ratificado el Tratado. Con tales instrucciones bajo el brazo el comisionado salió de Washington rumbo a México el 16 de abril.

⁶¹⁹ Polk, *op. cit.*, v. 2, apéndice L, doc. 2, p. 342, las cursivas son de Buchanan.

Hasta aquí parece claro que si la política habanera sobrevivió al complicado juego de poder que venimos analizando fue tan sólo porque, como siempre, ninguna facción contaba con la fuerza necesaria para deshacerse de las otras. Los radicales lo habían intentado en octubre de 1846, Santa Anna tanteó en enero de 1847 la posibilidad de hacerse dictador y finalmente los moderados pretendieron imponerse en febrero.

Por otra parte, conforme avanzamos se hace más evidente la necesidad de desechar algunas de las verdades que hasta aquí vimos como incuestionables, pues ni la Iglesia fue la institución egoísta y traidora que siempre hemos condenado ni Gómez Farías intentó sacrificarla en aras de la patria. Así mismo, queda claro que la disputa por los bienes de manos muertas no sólo incumbía al clero, sino también a las clases medias, de ahí que para su defensa contaran con la facción moderada del partido liberal, algo que éste se empeñó siempre en disimular, pues desde el primer momento sus escritores afirmaron que el clero contó con los moderados sólo mediante engaños. La realidad fue que la estrecha relación entre la riqueza de la Iglesia y la economía de importantes sectores sociales determinaba que cualquier atentado en su contra implicase la guerra civil, lo que demostró no sólo el motín de los polkos, sino también la guerra de Reforma.

Otro mito es la legendaria miseria con la que el gobierno mexicano debió de enfrentar la invasión estadounidense; como hemos visto, ésta fue un invento de Santa Anna y Gómez Farías para justificar el abandono del norte y la agresión contra la Iglesia. La opinión pública cuestionó la falta de recursos y propuso medios para conseguirlos; sin embargo, no se aplicaron medidas fiscales, no se molestó a los agiotistas y otros

grandes propietarios, ni tampoco se intentó organizar a los estados para que aportaran recursos; por el contrario, éstos hicieron aportaciones de manera irregular, esporádica y descoordinada, o se negaron a cooperar por miedo a las intenciones dictatoriales de Santa Anna. Las posibilidades económicas de los estados para sostener la guerra eran cuantiosas, pues hemos visto que algunos eran capaces de mantener por sí solos al ejército o aportar brigadas enteras con todo y artillería; la historia de las guerras civiles demostraba que cada uno era capaz de levantar fuerzas considerables. Hemos mencionado la verdadera capacidad económica y, por tanto, militar, del país en ese momento; sin embargo, la falsa impotencia de los mexicanos nos ha sido inculcada en las escuelas desde la infancia.

Capítulo VI

Los estados Vs. el centro

Si bien la caída de Veracruz desarticuló la política del general Santa Anna, sus elementos más importantes permanecieron de pie: el Congreso constituyente no había sido alterado, lo que permitiría al caudillo perseverar en su empeño de llegar a la paz por medio de él; y la complicidad, que era el aglutinante de la alianza liberal-santanista, demostró ser indestructible, no sólo porque ni la guerra civil sacó a flote la verdad, sino porque, en lo sucesivo, los aliados iban a seguir en la misma tónica, es decir, tratando de eliminarse unos a otros, pero guardando el secreto de los arreglos con Polk. El jalapeño pudo continuar su búsqueda de la paz y, si al principio no dudó en entregar el norte, esta vez tampoco iba a titubear ante la necesidad de entregar la ciudad de México.

Luego de que el general Anaya asumiera el cargo de presidente sustituto, Santa Anna salió a campaña el 2 de abril, con la misión de detener el avance del invasor en algún punto de la ruta entre la capital y Veracruz.⁶²⁰ Al mismo tiempo, en un discurso ante el Congreso, el diputado Ramón Gamboa describió el ambiente de alarma que reinaba en la capital y trató de imponer calma y optimismo sobre la confusión. Descartó la posibilidad de que Scott, incluso con su moderna artillería, pudiera llegar a la capital y, aun cuando lograra hacerlo, pudiera doblegar a una ciudad de 250,000 habitantes.⁶²¹

⁶²⁰ *Diario del Gobierno*, 2 de abril de 1847.

⁶²¹ *Ibid.*, 9 de abril de 1847.

El general Anaya convocó al día siguiente a una junta de generales a fin de establecer una estrategia de defensa y decidir si era conveniente defender la capital. De inmediato se hizo evidente que la mejor manera de frenar la invasión era fortificar el camino de Veracruz a México en los puntos en que era defendible, concentrar en ellos las fuerzas, disputar uno a uno dichos pasos montañosos y cortar las líneas de comunicación del enemigo atacando sus convoyes en su retaguardia con tropas organizadas en guerrillas, que a su vez podían reunirse en divisiones cuando conviniese dar grandes acciones. En este proyecto la capital debía fortificarse sólo para prevenir un golpe de mano. Los generales estaban seguros que este plan detendría infaliblemente una invasión mucho más fuerte que la de Scott.⁶²² El presidente Anaya publicó ese mismo día un Manifiesto, en el que anunció su decisión de sostener la guerra; afirmó que el territorio perdido hasta entonces y la sangre derramada por defenderlo obligaban a proseguirla. Pensar en la paz equivalía a consentir en la desmembración del país.⁶²³

El gobierno ordenó a los estados de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Querétaro, Zacatecas, Puebla y México poner sus Guardias Nacionales a las órdenes de los comandantes generales.⁶²⁴ También prevenir a los dueños de haciendas y ranchos para que retirasen de la ruta del invasor toda clase de víveres, forrajes y materiales que le

⁶²² A. H. SEDENA, exp. 2469. Mariano Otero, "Comunicación que sobre las negociaciones diplomáticas habidas en la casa de Alfaro, entre los plenipotenciario de los Estados Unidos y México, dirigió al Exmo. Sr. Gobernador de Jalisco, el Lic. Mariano Otero, diputado por aquel estado", en *El Monitor republicano*, 29 de octubre-3 de noviembre de 1847.

⁶²³ Pedro María Anaya, "Manifiesto", 3 de abril de 1847, 1 f., puede verse en *El Monitor Republicano*, 6 de abril de 1847.

⁶²⁴ Circular del ministro de la Guerra a los gobernadores, 7 de abril de 1847, en *Diario del Gobierno*, 14 de abril de 1847.

podieran ser útiles.⁶²⁵ El Congreso, por su parte, decretó penas a quienes intentaran evadir la obligación de enrolarse en la Guardia Nacional.⁶²⁶

Tales aprestos se debían a que, ahora sí, el gobierno de Anaya y el partido moderado estaban decididos a poner en juego el verdadero potencial militar del país y presentar una verdadera resistencia. Sin embargo, como veremos en este capítulo, en el gabinete se encontraba el santanista Manuel Baranda, quien se disponía a usar la mediación ofrecida por el gobierno británico para iniciar negociaciones de paz con Washington. Es por ello que, en adelante, la situación sería bastante confusa pues, a la vez que el presidente Anaya y la prensa moderada llamaban a la resistencia, el ministro de Relaciones buscaba la manera de poner fin a la guerra. Por su lado, los radicales iban a volver por sus fueros apoyándose en la coalición de estados.

De manera que el *Diario del Gobierno* convocó al combate. Olvidando o disimulando que Santa Anna y Gómez Farías no se ocuparon de convocar a los estados ni a las clases acomodadas a cooperar en el esfuerzo de guerra, el periódico les reprochó su supuesta indiferencia ante la invasión, cuando “con un ligero esfuerzo” podían aliviar los problemas económicos del gobierno. Parecía, según el redactor, que los gobiernos estatales pretendían olvidar los deberes que les imponía el pacto federal, su obligación de aportar recursos en beneficio general y el hecho de que si los invasores seguían cosechando triunfos, lo perderían todo si no abandonaban su “egoísmo local”.⁶²⁷ Según él, era indudable que podían contribuir a la defensa sin menoscabo de su economía, por cual

⁶²⁵ *Diario del Gobierno*, 14 de abril de 1847.

⁶²⁶ *Ibid.*, 19 de abril de 1847.

⁶²⁷ *Ibid.*, 2 de abril de 1847.

concluyó excitando a los estados a auxiliar al gobierno.⁶²⁸ Este llamado a los estados se hizo oficial el 7 de abril, cuando Baranda, como ministro de Relaciones, expidió una circular a los gobernadores en ese sentido.⁶²⁹

En cuanto a los ricos, otro editorial del *Diario del Gobierno* les recordó que todas las naciones, al ver amenazada su independencia, hacían grandes esfuerzos para defenderla. Desgraciadamente, entre los mexicanos no ocurría así pues, si bien para entonces habían tomado las armas algunos ciudadanos, “las clases ricas y los hombres acomodados no se han manifestado tan generosos como debieran en beneficio público”. Parecía que no habían comprendido la importancia de la guerra e imaginaban que el triunfo estadounidense no importaría más que un cambio de gobierno.⁶³⁰

Por supuesto, el tono de urgencia reprensora que utilizaba el órgano del gobierno moderado se debía a que tenía claro que se estaba dirigiendo a sus enemigos: los gobiernos estatales dominados por los radicales (que estaban organizando una coalición para amagar al gobierno federal, a la cual iban a adherirse la mitad de los que debían entregar sus guardias nacionales al ejército), y los agiotistas, que intentaron aprovechar el expolio contra la Iglesia. La propaganda del gobierno de Anaya en pro de la resistencia estaba, por tanto, condenada al fracaso.

Mientras el gobierno hacía estos llamados, la prensa moderada comenzó a plantear la necesidad de tomar medidas extremas, entre otras aquellas a las que siempre se había

⁶²⁸ *Ibid.*, las cursivas y mayúsculas son del original.

⁶²⁹ Manuel Baranda a los gobernadores, 7 de abril de 1847, en *Diario del Gobierno*, 8 de abril de 1847, y *El Monitor Republicano*, 9 de abril de 1847.

⁶³⁰ *Diario del Gobierno*, 5 de abril de 1847.

opuesto, como la ocupación forzosa de la propiedad privada y un gobierno dictatorial, por lo cual pidió para el Ejecutivo facultades extraordinarias.⁶³¹

La traición se hace evidente

La traición quedó en evidencia por dos noticias que consternaron a la opinión pública. El 31 de marzo, un día antes de que Santa Anna pusiera el poder Ejecutivo en manos de Anaya, el ministerio de la Guerra dispuso por orden suya sobreseer la causa seguida al general Pedro Ampudia por no haber cargos en su contra y, particularmente, por el comportamiento de éste general en la batalla de La Angostura.⁶³²

La noticia de la exculpación de Ampudia causó sensación porque era evidente que Santa Anna invadía las atribuciones del poder Judicial para salvar a quien se consideraba culpable de entregar la plaza de Monterrey al enemigo, lo que convertía al jalapeño en cómplice de tal delito. Se subrayó la contradicción que había entre exonerar a Ampudia y al mismo tiempo procesar a los generales Juan Morales y José Juan Landero, acusados también de violar la ordenanza al no defender Veracruz hasta el último extremo.⁶³³ Sin embargo, el caudillo, haciendo gala de cinismo, respondió desde Cerro Gordo jurando que comenzaría a hacer efectiva la responsabilidad de los oficiales.⁶³⁴

⁶³¹ *Monitor Republicano*, 2 de abril de 1847. *Diario del Gobierno*, 10 de abril de 1847. *El Republicano*, 11 de abril de 1847. Dictadura romana o constitucional es aquella en la que se concentra el poder en un órgano constitucional, comúnmente el Ejecutivo, más allá de los límites ordinarios, con el fin de salvar al Estado en una situación de emergencia. Bobbio, *op. cit.*, v.1, p. 493.

⁶³² *El Monitor Republicano*, 10 de abril de 1847.

⁶³³ *Ibid.*, 19 de abril de 1847.

⁶³⁴ *Ibid.*, 13 de abril de 1847.

La otra noticia que puso en evidencia la traición apareció en dos artículos de un periódico estadounidense, que comentaban la reanudación de las gestiones del presidente Polk para obtener del Congreso la aprobación de una partida, esta vez de 3,000,000 de dólares (dinero que le fue entregado a Nicholas P. Trist), para "facilitar" la firma de un tratado de paz. En el primero, el redactor estadounidense de *El diario de la Marina* decía que la comisión de guerra del Congreso, al dar su dictamen, estipuló que el tratado que se concluyera debería tener por base la cesión de Nuevo México y California a los Estados Unidos, y al explicar los motivos por los cuales la comisión consideraba que había fundamentos para pensar que tal tratado era alcanzable, decía:

Esta opinión está basada en el examen de una correspondencia que el presidente ha comunicado a la comisión, y según la cual, procediendo de donde procede, se puede considerar como probable que la paz se concluirá bajo las condiciones de que acabamos de hablar. Si se pregunta cómo en la situación actual de México puede esperarse que se concluya una paz duradera, diremos que las noticias que posee el presidente dan lugar a creer que haciendo a los mexicanos los adelantos necesarios para pagar su ejército y algunos otros gastos, consentirían en ceder las ya mencionadas partes del territorio.⁶³⁵

La prensa de los Estados Unidos opinaba que esa correspondencia (que no podía ser otra que las cartas presentadas por Atocha en Washington durante su segunda misión) tenía que proceder de personas con una posición elevada en México y, como algunos la atribuían a Santa Anna, no faltaron periódicos como el *Courrier des Etas Unis* que

⁶³⁵ *El Diario de la Marina*, 3 de febrero de 1847, en *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1847.

afirmaron: "nada hay que justifique semejante suposición, que llevaría consigo evidentemente la idea de una traición y de una deshonrosa venta".⁶³⁶

Un segundo artículo ampliaba poco después la crítica de esta noticia. Aunque la cita de los siguientes párrafos puede resultar excesiva, su contenido es tan ilustrativo que preferimos reproducirlos:

No creemos que exista precedente de una asamblea legislativa a la cual una administración pida abiertamente el dinero necesario para pagar la traición de jefes de un país enemigo, y que delibera con calma, no para saber si debe o no votar una consignación, sino para fijar anticipadamente lo que este dinero debe producir, lo que debe producir la paz cuya compra se prepara. Creemos que no se ha pensado bastante en lo que hay en esto de anormal, y aun pudiéramos decir de chocante. Sin duda que la política no debe someterse a las reglas de hierro de una moral austera, pero hay medios que, por lícitos que puedan ser, deben permanecer envueltos en los secretos de las carteras diplomáticas.

La publicidad dada a esas esperanzas, a esas inteligencias ocultas que con México existen, es también altamente impolítica. Si las cartas en que Mr. Polk funda la certidumbre del éxito de sus negociaciones, emanan, como se ha pretendido, de Santa Anna o de alguna de las influencias soberanas en México en este momento; ¿cómo no se ha pensado en que la paz arrojada sobre estos tenebrosos pasos debe reducirlos necesariamente a la impotencia, y quitar a los conspiradores la voluntad de cumplir lo que hayan podido ofrecer? ¿Cuál es el hombre que se atreverá a hablar de paz a México, cuando los Estados Unidos dicen en alta voz: con tres millones de pesos vamos a comprar la paz? Ese hombre jugaría, no sólo su posición, sino su honor y su vida, y lo que es más, las jugaría neciamente: no hay un jefe mexicano que quiera su fortuna a ese precio.

Por otro lado, hay una flagrante contradicción entre la seguridad con que se piden los medios de comprar la paz, y la persistencia con que se solicitan los medios de proseguir la guerra con grandes costos.⁶³⁷

⁶³⁶ *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1847.

El tamaño de la evidencia no podía llevar, irónicamente, más que al escepticismo. Los diarios estadounidenses habían ya señalado la contradicción entre los rumores de que era posible comprar la paz y los esfuerzos por mantener la guerra; pero apenas podía aceptarse que existiese una correspondencia que probara la disposición del gobierno mexicano a vender y del estadounidense a comprar y pedir dinero exhibiendo dicha correspondencia como garantía de la transacción. Sin embargo, los periodistas no entendían que en México Santa Anna y sus aliados gozaban del dominio de la política, que era lo que les permitía hacer tratos velados con el enemigo sin el riesgo de una oposición capaz de denunciarlos, pues la verdadera oposición, el conservadurismo monárquico, había sido eliminado de la escena política, y radicales, moderados y Santa Anna podían, al mismo tiempo, tratar con Washignton y pelear entre sí.

Esta complicidad fue exhibida por los gobiernos de Salas y Gómez Farías cuando se empeñaron en solapar la entrega del norte y defender a Santa Anna de los rumores de traición.⁶³⁷ Ahora que la prensa estadounidense hacía pública la existencia de las cartas relativas a la segunda misión de Atocha, el gobierno moderado de Anaya no dudaba en volver a proteger al jalapeño de los efectos de la noticia desviando la culpa hacia personajes fantasmagóricos: en su editorial del 12 de abril, el *Diario del Gobierno* aceptó el hecho de que el público estaba enterado de que el presidente Polk había pedido al Congreso tres millones de dólares “para gastos secretos de guerra”, y para explicar tal

⁶³⁷ *El Diario de la Marina*, s/f, en *El Monitor Republicano*, 16 de abril de 1847.

⁶³⁸ *Vid.* capítulo 4.

anomalía anunció la existencia de ciertos “agentes secretos del enemigo” encargados de desprestigiar al general Santa Anna mediante la difusión de noticias falsas.⁶³⁹

Es evidente que el gobierno de Anaya estaba más que dispuesto a proteger a Santa Anna, no sólo para asegurar la continuidad de la alianza liberal-santanista, sino para mantener la asociación con él, que era lo que lo protegía de cualquier reacción que pudiera emprender la en apariencia derrotada facción radical. Resultaba notable la capacidad manipuladora del gobierno, pues, en primer término, los artículos estadounidenses no hablaban de “gastos *secretos* de guerra”, sino de que existían pruebas de que Santa Anna tenía la paz en venta, y con ella, el territorio. Por lo demás, el tema de lo secreto lo adjudicaba a supuestos agentes del enemigo, con la misión de desprestigiar a las autoridades, cuando los únicos y reales agentes secretos estaban al servicio de Santa Anna y Polk.

Es de notar también que el presidente Polk, contra su costumbre de anotar pormenorizadamente en su *Diario* lo relativo a la diplomacia secreta que seguía con Santa Anna, y en particular, al problema de decidir la marcha a la ciudad de México y sus gestiones en el Congreso para obtener dinero, de pronto dejó de escribir sobre tales temas. Pareciera que su necesidad de escribir estaba en relación inversa a su confianza en el caudillo mexicano; es decir, a menor confianza, más anotaciones, a mayor confianza, menos anotaciones. Fue como si después de la retirada mexicana de La Angostura prefiriera ser más discreto y se abstuviese de dejar más testimonios. Otro indicio de su creciente confianza en Santa Anna fue el monto de sus solicitudes al Congreso: como se

⁶³⁹ *Diario del Gobierno*, 12 de abril de 1847.

recordará, luego de las primeras visitas de Atocha pensó en solicitar un millón de dólares, luego de la misión de Slidell MacKenzie solicitó dos - cuya gestión quedó atorada en el Congreso -. Esta vez, luego de la segunda misión de Atocha y de La Angostura, subió la apuesta a tres y, al parecer, ante la seriedad de la oferta santanista, el Congreso decidió autorizar el dinero.⁶⁴⁰

Optimismo oficial

La inquietud causada por la evidencia de la traición llevó al gobierno a olvidarse de los poderes extraordinarios para el Ejecutivo y concentrarse en los anunciados preparativos de defensa. El 10 de abril dio instrucciones a los generales Manuel Rincón, Nicolás Bravo, Juan N. Almonte y José Gil Partearroyo para que, en compañía de los ingenieros necesarios, recorrieran los caminos que llevaban a la capital desde Puebla, Pachuca, Calpulalpan y Tlaxcala y fortificasen los pasos montañosos más a propósito para impedir el avance del invasor.⁶⁴¹ Al día siguiente se dio orden de inundar los potreros adyacentes a la capital por el norte y el oriente en previsión de que el enemigo llegara a las goteras de la ciudad.⁶⁴² Ésta, por otra parte, sería fortificada bajo la dirección de los generales Benito Quijano, José Mariano Salas, Luis Guzmán, Mariano Monterde y Casimiro Liceaga.⁶⁴³

Considerando que el país tenía recursos para defenderse, el gobierno se esmeró en difundir una imagen optimista de la situación. Los estados no tardarían en enviar sus

⁶⁴⁰ La partida de los tres millones fue solicitada por Polk el 13 de enero de 1847 y aprobada el 15 de febrero, *El Monitor republicano*, 26 y 30 de abril de 1847.

⁶⁴¹ A. H. SEDENA, exp. 2469, f. 23-25.

⁶⁴² *Ibid.*, *El Monitor Republicano*, 13 de abril de 1847.

⁶⁴³ *El Monitor Republicano*, 13 de abril de 1847.

Guardias Nacionales al teatro de operaciones; “con el menor gravamen posible, se cuenta con los servicios de una fuerza armada muy respetable”, y los recursos que fueran destruidos en la ruta del enemigo serían pronto resarcidos.⁶⁴⁴ La orden de fortificar los pasos de la sierra se veía como la medida más a propósito para calmar la ansiedad pública, pues mostraba que el gobierno era consciente de que, desde el punto de vista estratégico, permitir el sitio de la capital sólo podría ser producto de grave negligencia. En su editorial del 6 de abril *El Monitor Republicano* hizo ver que, como se sabía desde antes del conflicto, el país tenía defensas naturales que podían ser cien veces más inexpugnables que cualquier ciudad o fortaleza.⁶⁴⁵

En el Congreso, por primera vez, moderados y radicales parecían estar de acuerdo en algo. El 14, la representación nacional publicó un manifiesto en el que prometió que la guerra se sostendría por medio del sistema de guerrillas y llamó al pueblo a participar en la defensa.⁶⁴⁶

La prensa moderada secundó al gobierno en su convocatoria a los estados, pues juzgaba que no era posible que la guerra se sostuviese tan sólo con los recursos federales y de la Iglesia.⁶⁴⁷ Sin embargo, los moderados sabían bien que, para lograr la cooperación de los estados radicales, tenían que convencer a sus autoridades de la necesidad de trabajar con Anaya, de modo que recurrieron al argumento de que la patria iba primero:

⁶⁴⁴ *Diario del Gobierno*, 15 de abril de 1847

⁶⁴⁵ *El Monitor Republicano*, 6 de abril de 1847.

⁶⁴⁶ “Los representantes del pueblo a sus comitentes”, 14 de abril de 1847, col. Lafragua 398, *Diario del Gobierno*, 17 de abril de 1847, *El monitor Republicano*, 19 de abril de 1847.

⁶⁴⁷ *El Monitor Republicano*, 15 de abril de 1847. A éste respecto, en su número del 11 de abril, el mismo periódico anunció que el clero capitalino acababa de garantizar un nuevo préstamo al gobierno por un millón y medio de pesos.

“Sería una desgracia que, por mala fe de algunos gobernantes, el principio federativo, el lazo de unión que debe estrechar a todos los Estados, se convirtiese en el pretexto para obrar cada uno de ellos sin unión ni concierto”.⁶⁴⁸

El Republicano fue más directo al afirmar que la coalición de estados era uno de los proyectos más extravagantes y funestos del radicalismo y la traslación de los poderes a otra ciudad un “asunto favorito de los profundos cálculos de ese partido”. El peligro de que el Congreso se viese afectado por las turbulencias de la capital o la amenaza del invasor era un pretexto y la coalición sólo produciría el descrédito del sistema federal y el aislamiento del gobierno central. La coalición evidenciaba la desconfianza de algunos estados (con gobierno radical) hacia los esfuerzos del gobierno, y esto podía llevar a los ciudadanos a negar sus servicios.⁶⁴⁹

Cerro Gordo

De acuerdo con la visión optimista del gobierno, Cerro Gordo era presentado como una posición inexpugnable: defendida por un ejército numeroso, sus fortificaciones impedían eficazmente el paso de un enemigo atrapado en el clima malsano.⁶⁵⁰ En cuanto a dinero y pertrechos, el discurso moderado sonaba diametralmente opuesto al radical: “ni un solo

⁶⁴⁸ *El Monitor Republicano*, 16 de abril de 1847.

⁶⁴⁹ *El Republicano*, 15 de abril de 1847. *El Monitor Republicano*, 21 de abril de 1847.

⁶⁵⁰ *Diario del Gobierno*, 15-16 de abril de 1847

momento ha desperdiciado el supremo gobierno para proporcionárselos y remitir lo necesario al general Santa Anna”.⁶⁵¹

El optimismo creció al día siguiente al recibirse un parte de Santa Anna en el que daba noticia de los primeros tiroteos con las avanzadas del enemigo en Plan del Río, y que éste, atemorizado por el aspecto de las fortificaciones mexicanas, había regresado a Veracruz, y “por consiguiente la capital se encuentra ya segura”. Esto, reseñaba *El Monitor Republicano*, debía “alejar por ahora los temores de los habitantes de la capital, pues retirado ya el enemigo a la costa, está expuesto a los peligros del clima”.⁶⁵²

En realidad, Polk no se equivocaba al confiar en Santa Anna y ordenar el avance en territorio enemigo: ya le había entregado el norte de México y su retirada de La Angostura puso en evidencia que, en efecto, manipulaba la guerra; ahora el jalapeño estaba a punto de facilitar al ejército invasor otra victoria gracias a la errónea elección de la posición defensiva de Cerro Gordo, que la prensa moderada pintaba como inexpugnable. Como es bien sabido, el jalapeño despreció la opinión del coronel de ingenieros Manuel Robles y el teniente coronel Juan Cano , que recomendaban Corral Falso como el punto adecuado para detener a Scott - porque permitía maniobrar a la caballería, arma en la que los mexicanos eran muy superiores –, y eligió una posición difícil de fortificar y que, no obstante su aspecto atemorizador, presentaba el obvio inconveniente de que podía ser flanqueada, como en efecto ocurrió en la batalla librada los días 17 y 18 de abril y que terminó por ser otro desastre. Tal como se previó, una vez

⁶⁵¹ *Ibid.* 16 de abril de 1847.

⁶⁵² *El Monitor Republicano*, 16 de abril.

rodeado el ejército mexicano, fue imposible salvar la artillería y se perdió un tren de 43 piezas, además de 5,000 fusiles y los equipajes de todo el ejército; 3,000 prisioneros quedaron en manos del invasor, lo que fue una deshonra por el hecho de que entre ellos había cinco generales.⁶⁵³

Cerro Gordo fue flanqueado por disposición del propio jalapeño, quien se negó a fortificar una de las elevaciones contiguas a su posición (el cerro de la Atalaya), y después a defenderla cuando se hizo evidente que los invasores querían tomarla, no obstante las llamadas de alarma de todos quienes le rodeaban.⁶⁵⁴ Ante tal noticia, un diario de Nueva Orleans concluyó:

Esto indica lo suficiente para sospechar que Santa Anna está haciendo traición a los suyos. El resultado del próximo encuentro aclarará todo el misterio, pues no hay duda de que si Santa Anna está decidido a “vencer o morir”, como ha dicho tantas veces, o es fiel a su patria, puede obtener un triunfo completo sobre el pequeño ejército que se dirige a la capital. Solamente haremos unas preguntas por ahora: ¿Si logran entrar los americanos a la capital, serán tan imbéciles los mexicanos que no vean claramente la villanía de Santa Anna? ¿Le dejarán sin el merecido castigo? ¿Se dejarán engañar más tiempo?⁶⁵⁵

Facultades extraordinarias para no hacer nada

La noticia de la derrota llegó a la capital el día 20 de abril. Una vez más, el *Diario del Gobierno* llamó a salvar la independencia, aunque agregó: “Para esto es indispensable,

⁶⁵³ Alcaráz, *op. cit.*, p. 173-182, Eisenhower, *op. cit.*, p. 349-353, Roa, *op. cit.*, V. 2, p. 300-308. “El Estado de Veracruz a todos los de la Federación Mexicana...” *op. cit.*

⁶⁵⁴ *Ibid.*

⁶⁵⁵ *El Monitor Republicano*, 12 de octubre de 1847.

forzoso, que el gobierno que nos rige pueda obrar de una manera expedita, y que se le faculte extraordinariamente y sin otra restricción que la de no poder celebrar la paz”.⁶⁵⁶

El ministro de Relaciones se presentó ante el Congreso con el parte de Valentín Canalizo, en el que se informaba del desastre y, luego de manifestar que el gobierno no desmayaba en sostener la dignidad de la nación, solicitó que “se le concediesen facultades omnímodas para poder obrar con la libertad y energía que el caso exige, con sólo la única taxativa de no poder celebrar tratados de paz con los Estados Unidos”.⁶⁵⁷

Con tal declaración, el gobierno daba garantías a los radicales. Sabía que, en el Congreso, éstos jamás accederían a otorgar las facultades sin una garantía de que Anaya y los moderados, o Santa Anna, no se adelantarían a cosechar el fruto de la política habanera. La comisión extraordinaria encargada de dictaminar sobre lo relativo a la guerra se retiró y, horas después, presentó un decreto propuesto por Anaya, que ambos partidos aprobaron por unanimidad.⁶⁵⁸ En su artículo 1° el documento concedía facultades extraordinarias al Ejecutivo para para sostener la guerra y salvar la nacionalidad y la forma republicana y federal de gobierno; el artículo 2° precisaba que esto no lo autorizaba para hacer la paz, “concluir negociación con las potencias extranjeras, ni enajenar en todo o en parte el territorio de la República”.⁶⁵⁹

El decreto preveía también que alguien más (¿Santa Anna?, ¿la coalición de estados?) pretendiera hacer la paz, en el artículo 4° declaraba nulo y sin valor todo arreglo

⁶⁵⁶ *Diario del Gobierno*, 20 de abril de 1847.

⁶⁵⁷ *El Monitor republicano*, 26 de abril de 1847.

⁶⁵⁸ *Ibid.*

⁶⁵⁹ *Diario del Gobierno*, 21 de abril de 1847.

o tratado que se hiciera entre los Estados Unidos y cualquier autoridad subversiva que sustituyera a los poderes legalmente establecidos, a la vez que en el 5° se declaraba traidor a todo individuo que firmase tratados con el gobierno enemigo.⁶⁶⁰

Como ha señalado Reynaldo Sordo, estamos ante otra anomalía. Por primera vez puros y moderados se pusieron de acuerdo en algo; lo curioso era que al unirse se anulaban, pues ningún gobierno, fuese moderado, puro o santanista, podría hacer la paz, aunque ésta llegara a ser factible o necesaria. “Por una de esas ‘anomalías’ del sistema representativo, al Poder Ejecutivo se le otorgaban facultades extraordinarias para no hacer nada”.⁶⁶¹

La anomalía radicaba en que, lejos de disputar el honor de ser los primeros en distinguirse en combate, los partidos lo hacían por la ventaja de ser quien entregara el territorio y cobrase millones de dólares mediante el tratado de paz ofrecido a Polk desde la primera misión de Atocha. Por ello, el acuerdo tácito y real era que ninguno se adelantara hasta llegar a una fórmula o suceso que resolviera la situación. En efecto, de lo que se trataba era de que nadie pudiese hacer nada.

Por ello también, los testigos de los hechos, no obstante haber estado en el Congreso o visto en la prensa las evidencias de la traición, prefirieron fingir ignorancia, aunque no pudieron más que reconocer el carácter ilógico, desconcertante, de la política y los acontecimientos del momento:

⁶⁶⁰ *Ibid.*

⁶⁶¹ Reynaldo Sordo, en Josefina Z. Vázquez, *México al tiempo...*, *op. cit.*, p. 83.

[...] muchas de las causas determinantes de sucesos que no sabe hasta hoy cómo interpretar el público, permanecen envueltas en secreto; los justificantes de ellas existen en poder de personas que no han creído oportuno someter a la censura contemporánea revelaciones sin las cuales aparece como sin trabazón ni complemento la serie de acontecimientos que se verificaron en esa época de la invasión.⁶⁶²

No podía ser de otra forma, si quienes escribieron los primeros apuntes históricos sobre la guerra eran miembros o prosélitos de la alianza liberal-santanista. José Fuentes Mares, al observar el confuso “remolino” de los acontecimientos del verano de 1847, tuvo razón al decir que no se nos ha permitido ver más que las apariencias, y que es necesario “taladrar” en las fuentes para encontrar “las oscuras consignas y los pecados irredimibles”.⁶⁶³ Intentemos, pues, encontrarlos.

El voto particular de Mariano Otero

El Congreso cumplía por primera vez la misión que Santa Anna le asignó en el Plan de la Ciudadela: decidir lo relacionado con la guerra, aunque, ante el fracaso de la jugada La Angostura-Veracruz, lo hizo en un sentido diametralmente opuesto al planeado por el caudillo. Ahora su política de llegar a la paz mediante el constituyente también comenzó a tambalearse. El 5 de abril, la comisión de Constitución del Congreso emitió dos dictámenes relativos a la urgencia que había entre los diputados de fijar de una vez la Constitución del Estado. El primero, respaldado por la mayoría de la comisión, ponía de relieve el hecho de que los miembros del Constituyente, temerosos de que las

⁶⁶² Alcaráz, *op. cit.*, p. 198.

⁶⁶³ Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 267.

circunstancias del país no les permitieran cumplir con la misión de redactar la nueva Carta Magna, clamaban por que se declarara definitiva la vigencia de la Constitución de 1824, y que ésta fuera proclamada “única constitución legítima del país [...] mientras no se publiquen todas las reformas que determine hacerle el presente Congreso”.⁶⁶⁴

El segundo dictamen era un voto particular de Mariano Otero, único miembro de la comisión que opinaba que era necesario reformar de inmediato esa Constitución. A su juicio, el país no podía defenderse sin una organización definitiva que canalizara correctamente todas sus energías hacia la defensa, y el “estado provisorio del orden constitucional” no podía tener la fuerza necesaria para dominar las circunstancias, por lo que era necesario resolver de una vez el problema y dar a la nación ese orden.⁶⁶⁵

Otero tenía muy claro que la manía de hacer constituciones se había convertido en el estado normal de los mexicanos, lo cual resultaba ridículo al ver que todas habían sido “arrancadas de cimiento por el torrente de las revoluciones”. Mientras que en países, como Inglaterra, nadie se atrevía a tocar las leyes primigenias de la nación, que hacían las veces de Constitución, en México, en solo doce años se habían reunido cuatro asambleas constituyentes con discusiones interminables sobre reformas, sin que se adelantara un solo paso en el camino hacia una organización definitiva y sin más frutos que la guerra civil convertida en hábito, la desmembración del territorio y la corrupción.⁶⁶⁶

⁶⁶⁴ *Diario del Gobierno*, 21 de abril.

⁶⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶⁶ *Ibid.*

Según Otero, todo ello era prueba del respeto con que debían mirarse “las instituciones primordiales de un pueblo”; y como únicamente la primera Constitución adoptada por un país podía contar con la legitimidad que daba el tiempo, se pronunció a favor de la conservación de la de 1824 con algunas reformas, “esta especie de abdicación de la omnipotencia del poder constituyente ante la legitimidad de nuestro pacto primitivo, sería un ejemplo tan útil para la República como honroso para el Congreso”.⁶⁶⁷

Otero llegó a la conclusión de que se había caído en un abuso del poder constituyente, por medio del cual cualquiera que se sintiese iluminado por una ficticia voluntad popular podía promover el cambio de constitución, lo que impedía poner fin a la lucha por la soberanía restaurando la continuidad jurídica de manera definitiva. Al parecer, intentaba poner fin a esta situación sustituyendo a la voluntad del pueblo como fuente de legitimidad con la antigüedad de las leyes. Basta leer su famoso *Ensayo* político-social para ver que, igual que muchos de sus contemporáneos, estaba consciente de que la población del país era una nulidad en política y, por tanto, la voluntad del pueblo le parecía carente de sentido, de modo que proponía una fuente de legitimidad alterna, más concreta.⁶⁶⁸ Desde entonces, el principio de que “un país sólo una vez se constituye” se convirtió en bandera del partido moderado.⁶⁶⁹

Otro aspecto interesante del discurso de Otero es la urgencia con que llamó a concluir la misión del Congreso constituyente. Según el voto de la mayoría de la comisión,

⁶⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁶⁸ Mariano Otero, *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, 2ª. ed., pról. Daniel Molina Álvarez, Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964, *passim*.

⁶⁶⁹ Agustín Cue Cánovas, *El federalismo mexicano*, México, Libro-Mex, 1960, p. 106.

existía un acuerdo general de que era apremiante restablecer la Constitución de 1824, el problema de reformarla podía esperar tiempos más tranquilos y, entre tanto, seguiría rigiendo provisionalmente como lo venía haciendo desde el regreso de Santa Anna. Ese dictamen, por supuesto, era el que convenía a los planes del jalapeño, pues prolongaba de manera indefinida la existencia del constituyente. Otero, en cambio, llamaba a poner fin a éste con la reforma inmediata de la Constitución, y es de notar que el Congreso adoptó su dictamen cuando, hasta entonces, nadie había señalado al “estado provisorio del orden constitucional” como un impedimento para sostener o dirigir la guerra, lo que habla de que la política de Santa Anna de fincar la responsabilidad del desenlace en los legisladores ya era evidente y por ello se apresuraron a tomar la salida que les propuso Otero. Éste presentó enseguida un proyecto de *Acta de Reformas* de 22 artículos, que sería discutido apresuradamente durante abril y mayo.⁶⁷⁰

La mediación inglesa

Un indicio que sugería con más claridad que los legisladores no pensaban caer en el juego del caudillo - y expone que los millones de la paz eran el objeto de disputa entre las facciones - fue el resultado del debate que se dio en el Congreso el 23 de abril, acerca de la mediación propuesta por el ministro británico desde agosto de 1846. Como se recordará, Rejón, como ministro de Relaciones y de acuerdo con la política habanera, había contestado a Charles Bankhead que el Congreso decidiría rechazar o aceptar la mediación de su país. Pero el británico solicitaba ahora una respuesta definitiva, lo cual

⁶⁷⁰ Puede verse en *Diario del Gobierno*, 24 de abril de 1847.

provocó una acalorada polémica en el seno del Legislativo sobre qué debía decirse, en la que no tardó en aflorar la lógica y el sentido común cuando los moderados declararon - haciendo a un lado el Plan de la Ciudadela - que el asunto debía turnarse al Ejecutivo por ser la dirección de la política exterior su facultad exclusiva, pero con la condición explícita de que fuera el general Anaya, el presidente en funciones, el único que pudiera decidir sobre la mediación.⁶⁷¹

Tal salida resultaría imposible por la postura que adoptaron los radicales: "en la espantosa división que reina en el Congreso, el partido puro ha tomado como enseña la guerra, sin otro designio que el de desacreditar y perder a sus contrarios si quieren tratar la paz". En efecto, cuando la comisión encargada de analizar el problema dictaminó que el expediente de la mediación debía volver al gobierno se desató "una borrascosa tormenta de imputaciones [...] con que el partido puro derrotó a sus contrarios [...] La animosidad con que se debatió el punto [...] dio lugar a que se hablara de traidores, haciéndose muy serias alusiones al corruptor efecto de los tres millones concedidos a Polk".⁶⁷²

Lástima que la prensa nunca aclaraba en qué consistían concretamente las acusaciones y alusiones. Al final no se decidió nada; sin embargo, era evidente que la disposición del Plan de la Ciudadela de que el Congreso invadiese la órbita del Ejecutivo (situación planeada desde La Habana) ya estaba en tela de juicio, y que si no se decidió devolver a éste la facultad de dirigir la guerra y la política exterior fue por la oposición de los radicales a que el gobierno moderado pudiera alcanzar la paz.

⁶⁷¹ *El Monitor Republicano*, 25 de abril de 1847.

⁶⁷² Ramírez, *op. cit.*, p. 224 y 236-237.

La paz constituía el botín máspreciado: valía millones de dólares, pero alcanzarla implicaba predicar la guerra, no sólo para evitar el señalamiento de traidor, sino sobre todo para ganar tiempo y tratar de llevar las cosas a algún desenlace favorable al propio partido. La hipocresía y manipulación detrás del belicismo mexicano fueron señaladas por Ramírez, al afirmar que el debate sobre la mediación inglesa había sido “Un fiel representante del pueblo que veo a mi alrededor en cuanto al entusiasmo *vocal* para hacer la guerra y el desaliento *mental*, y quizá aún *cordial*, para llevarla a cabo”.⁶⁷³

El asunto de los tres millones de dólares había generalizado la certidumbre de que Santa Anna buscaba procurar una situación propicia para negociar el territorio nacional; sin embargo, era tal su invulnerabilidad que el odio popular no se dirigió contra él, sino contra Manuel Crescencio Rejón, debido a la noticia de que el general Benton⁶⁷⁴ se disponía a partir para tomar el mando en México, con tres millones y el primordial objetivo de comunicarse con Rejón.⁶⁷⁵ Este último tuvo que defenderse en el Congreso, negar su participación en la intriga habanera, desmentir los rumores de que estaba encargado de negociar la venta del territorio y disimular las ocasiones en que como diputado había abogado por escuchar las propuestas de paz de Washington,⁶⁷⁶ pero las sospechas en su contra eran grandes e incluso en los Estados Unidos había aparecido una novela - entre los muchos trabajos de ficción que se publicaron sobre la guerra - titulada

⁶⁷³ *Ibid.*, p. 34-35. Los subrayados son del original.

⁶⁷⁴ Como se recordará, Polk había solicitado al Congreso autorización para dar a Benton el grado de teniente general, equivalente al de general en jefe de todas las fuerzas de los Estados Unidos; en marzo, el Senado autorizó para Benton el grado de mayor general, con lo cual el presidente se vio imposibilitado para sustituir a Scott y a Taylor con un oficial de la misma graduación, pero menor antigüedad. Esto provocó que Benton rechazara su nuevo nombramiento, pues su ambición era dirigir la guerra como general en jefe, Polk, *op. cit.*, p. 225-234.

⁶⁷⁵ *Comercial Advertiser*, 6 de marzo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 20 de abril de 1847.

⁶⁷⁶ *Diario del Gobierno*, 18 de agosto de 1847. *El Monitor Republicano*, 25 de abril y 1 de mayo de 1847.

The mexican ranhero, la cual, mediante una trama romántica y erótica entre personajes mexicanos y estadounidenses, proponía subliminalmente la anglosajonización de México y la prevalencia del norte sobre el sur hispano. El personaje principal era llamado el ranhero Rejón, un guerrillero que combatía a los invasores pero que al final de la novela resultaba ser un diplomático amigo de los Estados Unidos.⁶⁷⁷ La elección del nombre del personaje ¿ue casualidad? ¿Era parte de una propaganda anexionista en la que, como veremos, un sector del liberalismo mexicano estaba involucrado? ¿O era una denuncia velada? No es de extrañar que Manuel Crescencio Rejón fuera víctima de un intento de linchamiento en la calle al grito de “¡muerte al traidor!”.⁶⁷⁸

En el ínterin, *El Republicano* daba noticia de la presencia de Atocha en el campamento enemigo. La constante aparición del antiguo compinche de Santa Anna en los problemas con los Estados Unidos produjo la indignación de la prensa, sin embargo, nadie se atrevía a evidenciar la obvia relación de Santa Anna con él.⁶⁷⁹ Parece claro que todas las facciones que ejercían el poder en ese momento estaban involucradas en la intriga. Esto era lo que los periodistas estadounidenses no entendían, y por eso no concebían que Santa Anna pudiese practicar un juego político tan osado con la seguridad de salir indemne. En vez de usar la evidencia para incriminar al caudillo, las irreconciliables facciones la usaron para culparse y tratar de eliminarse entre sí.

En efecto, Alejandro Atocha había desembarcado nuevamente en el puerto de Veracruz, ostensiblemente para atender negocios privados, pero en realidad armado de

⁶⁷⁷ Greenber, *op. cit.*, p. 215-218.

⁶⁷⁸ *El Monitor Republicano*, 20-21 de abril de 1847.

⁶⁷⁹ *El Republicano*, 19 de abril de 1847; *El Monitor republicano*, 21 de abril de 1847.

cartas de presentación del gobierno de Washington para los generales Scott, Shields y Perry.⁶⁸⁰ Su presencia en el campamento estadounidense, en vísperas de una nueva derrota mexicana, da mucho que pensar, sobre todo cuando existe la posibilidad de que haya insistido ante Benton y Polk sobre la necesidad de que sus tropas marcharan contra la capital mexicana.

Otro Agua Nueva: “volveré al ataque”

Huyendo a través de bosques y cañadas con algunos acompañantes luego de la derrota de Cerro Gordo, Santa Anna logró llegar a Orizaba, donde se le reunieron los dispersos de la infantería, mientras la caballería, que durante la batalla había resultado inútil y fue la primera en huir, recibió orden de permanecer en Chalchicomula. Enseguida ordenó defender la fortaleza de Perote, pero ésta ya había sido evacuada el 20 por orden de Canalizo por no contar con material de guerra ni tropas suficientes para defenderse.

Ahora bien, no obstante las graves pérdidas materiales y humanas, la situación estratégica resultaba la misma que antes del desastre: siempre sería factible bloquear el paso del enemigo en cualquiera de los numerosos puntos a propósito que ofrecía el camino a la capital, y mientras mayor fuese el avance invasor, más fácil sería cortar su línea de comunicaciones con la costa. La posición del ejército mexicano, con la infantería en Orizaba y la caballería en Chalchicomula, era excelente para, en cuanto Santa Anna lo ordenara, flanquear cualquier avance de Scott y cortar su línea e incluso atacar su base en

⁶⁸⁰ Smith, *op. cit.*, p. 388.

Veracruz.⁶⁸¹ Por ello, a pesar de la derrota y en una actitud que recordaba a la que mostró en los días posteriores a la batalla de La Angostura, en Agua Nueva, al rendir el parte de la reciente derrota el caudillo prometió observar la dignidad militar a que lo obligaban tales ventajas estratégicas. Reportó que el enemigo parecía dispuesto a seguir hasta la capital pero que él se encargaba de reorganizar sus fuerzas con las tropas llevadas por el general Antonio León desde Oaxaca y que podía asegurar que, con los pocos auxilios que recibiera, se dedicaría a hostilizar la retaguardia de Scott.⁶⁸²

Al mismo tiempo, adoptando la postura política correcta, Santa Anna optó por predicar la guerra. Recomendó que la derrota no fuera causa para celebrar tratado alguno con el enemigo, se dijo admirado "de la apatía y egoísmo de nuestros conciudadanos" que observaba en pueblos y ciudades a su paso y recomendó que el Congreso dictara severas medidas contra quienes se mostrasen tibios en cumplir sus deberes. Lejos de reconocer su error en la elección del último campo de batalla, acusó al ejército de ineptitud y cobardía, en particular a la oficialidad y a la Guardia Nacional de Puebla.⁶⁸³

Para el 1° de mayo, la situación del jalapeño en Orizaba parecía más firme, aunque no dejaba de pedir recursos. En una de sus comunicaciones al gobierno decía que había logrado reunir 4,000 hombres y no tenía con qué atender sus necesidades. Esta vez, lejos de decir que no disponía de medios, el gobierno contestó el 3 de mayo que había

⁶⁸¹ Alcaráz, *op. cit.*, p. 191. Smith, *op. cit.*, v.2, p. 67.

⁶⁸² *El Monitor Republicano*, 24 de abril de 1847.

⁶⁸³ *Ibid.*

despachado una batería proveniente de San Luis con dotaciones completas, y que esa misma semana se le remitirían los caudales, municiones y vestuario que pedía.⁶⁸⁴

Capital apática, estados armamentistas

La reacción del gobierno de Anaya ante la derrota en Cerro Gordo fue minimizarla, calmar la alarma y decepción generales y mantener el optimismo. El *Diario del Gobierno* del 23 de abril afirmó que el peligro serviría para destruir las rencillas partidistas, que la pérdida en soldados y pertrechos podía repararse y el país estaba lejos de ser conquistado. Los mexicanos podían aún reponer fuerzas, mientras los invasores iban a quedar aislados en territorio hostil. El tamaño del ejército de Scott era insignificante, pero, aunque fuese más grande, no haría desaparecer a la República. Si los estadounidenses pensaban, como afirmaban sus periódicos, que tomada la capital podrían firmar la paz “en los palacios de los Moctezumas”, debían desengañarse.⁶⁸⁵ Aun cuando la capital llegara a ser tomada, lo cual tocaba “la línea de lo imposible”, los invasores tendrían que volver a empezar, pues “habrían tomado una ciudad más; pero no conquistado el país”. En tal caso, el gobierno abandonaría la capital y no sólo no firmaría la paz, sino tampoco autorizaría capitulación u acto alguno que no tendiera a proseguir la guerra.⁶⁸⁶

Ante las noticias sobre la traición del jalapeño en Cerro Gordo (por la manera en que dejó descubierto el flanco izquierdo), que de inmediato comenzaron a circular,⁶⁸⁷ el

⁶⁸⁴ López de Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 73.

⁶⁸⁵ *El Diario del Gobierno*, 23 de abril de 1847.

⁶⁸⁶ *Ibid.*, 28 de abril.

⁶⁸⁷ *El Monitor Republicano*, 23 de abril de 1847.

gobierno no dudó en culpar de nuevo a anónimos “agentes secretos del enemigo” encargados de difundir noticias alarmistas, de manera que “los hombres en quienes mayores confianzas ha colocado la nación [Santa Anna] [y que] están, es cierto, acusados de traidores”,⁶⁸⁸ salieran siempre perjudicados ante la opinión pública.

Al mismo tiempo comenzaron a circular folletos y artículos – cuyos autores serían después identificados como los mentados “agentes secretos del enemigo” - en los que se analizaban con detenimiento la estrategia y logística aplicadas por el general en la campaña del norte y que ponían al descubierto graves errores, exageraciones sobre el mérito personal del caudillo en la formación y mantenimiento de los ejércitos, la falsedad de que en La Angostura faltaron provisiones y la evidente necesidad de llamarlo a cuentas.⁶⁸⁹ El mismo *Monitor Republicano* llegó a afirmar que era inadmisibile que el general Santa Anna volviese a tomar el poder supremo sin antes dar cuenta de su conducta.⁶⁹⁰

El caudillo respondió a los ataques en una carta dirigida a un particular el 1° de mayo, en la que se quejaba de que varios de sus subalternos lo acusaran de la derrota en Cerro Gordo. Decía que ésta no era más que un tropiezo en el que sólo se perdieron unos cuantos cañones, recuperables si la nación prescindía de faccionalismos.⁶⁹¹

La consecuencia lógica de noticias tan inquietantes fue el derrumbe de lo que en la época llamaban “espíritu público”, concepto que *El Monitor Republicano* definió como

⁶⁸⁸ *Diario del Gobierno*, 24 Y 30 de abril de 1847.

⁶⁸⁹ Véase, por ejemplo, Arista, *op. cit.*, y Tomás Requena, *Manifiesto*, en *El Monitor Republicano*, 22 de abril de 1847.

⁶⁹⁰ *El Monitor Republicano*, 25 de abril de 1847.

⁶⁹¹ *El Monitor Republicano*, 4 de mayo de 1847.

“uniformidad de sentimiento en todos los que forman una nación para la conservación y engrandecimiento de la nación misma”.⁶⁹² Se trataba del concepto moderno de nación, según el cual un individuo pertenece a la nación por voluntad propia.

En la capital se intentó levantar el espíritu público llamando a la formación de guerrillas como único medio de prolongar la guerra y agotar al enemigo. También se repitieron las ventajas de fortificar los pasos de la sierra: “allí es donde deben utilizarse cuantos elementos tengamos de acción y de resistencia, y lo que en esos puntos no pueda conseguirse es una imprudencia imperdonable solicitarlo en ciudades abiertas”.⁶⁹³ Por otra parte, se dijo, no sería la primera vez que una nación perdiera su capital y eso no reportara ningún beneficio al invasor.⁶⁹⁴

Para justificar su postura de sostener la guerra, los periódicos moderados seguían afirmando que el gobierno tomaba prontas y eficaces medidas para la defensa nacional, que nuevas fuerzas y armamento se estaban preparando y que de los estados llegaría toda clase de auxilios.⁶⁹⁵

En efecto, en uso de las facultades extraordinarias, el presidente Anaya publicó dos decretos el 26 de abril: uno que declaraba en estado de sitio a todas las poblaciones próximas a ser invadidas,⁶⁹⁶ el otro que ordenaba que los estados de México, Puebla, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí, Jalisco, Sonora, Sinaloa, Zacatecas, Aguascalientes, Durango y Distrito Federal contribuyeran con reemplazos para el ejército

⁶⁹² *Ibid.*, 24 de abril de 1847.

⁶⁹³ *Ibid.*, 22 de abril de 1847.

⁶⁹⁴ *Ibid.*

⁶⁹⁵ *Ibid.*, 26 de abril.

⁶⁹⁶ *Diario del Gobierno*, 29 de abril de 1847.

de línea hasta hacerlo llegar a un total de 32,000 hombres.⁶⁹⁷ Esto, aunado a la instrucción anterior de que los estados entregaran sus guardias nacionales a los comandantes generales, bosquejaba un ejército de más de 50,000 efectivos.

La respuesta de los estados fue favorable; de hecho, anticipándose a las órdenes del gobierno, sus legislaturas concedieron facultades extraordinarias a los gobernadores, y éstos decretaron impuestos especiales para levantar tropas y comprar o fabricar armamento. Así, varios establecieron maestranzas, Jalisco logró introducir “muchos millares de fusiles” por el puerto de San Blas y los periódicos reportaron los contingentes de tropas que se organizaban en diversos lugares.⁶⁹⁸

Un buen ejemplo de esta actividad armamentista lo constituye una carta del gobernador de Guanajuato, Lorenzo Arellano, a Relaciones, en la que reportaba que en el estado se formaban juntas patrióticas para recaudar dinero y armas. El Congreso le había concedido facultades extraordinarias y en virtud de ellas convocó a los ciudadanos para que se alistaran, lo que había “surtido un efecto maravilloso, en términos que puedo contar ya con mil voluntarios [...] Lo único que me hace suma falta son armas; pero ya he mandado comprar seis mil fusiles, de mayor cantidad que, según tengo noticia, existen en Guadalajara, introducida últimamente por el puerto de San Blas”.⁶⁹⁹ Por supuesto, cabe preguntarse cuántos fusiles habría en Guadalajara, si se podía vender seis mil tan sólo a Guanajuato. Arellano afirmaba contar también con una maestranza para fundir cañones y

⁶⁹⁷ *Ibid.*, 28 de abril.

⁶⁹⁸ *Diario del Gobierno*, 30 de abril, 4-5 de mayo de 1847, *El Monitor Republicano*, 28 de abril, 1 y 4 de mayo de 1847.

⁶⁹⁹ Lorenzo de Arellano a Relaciones Interiores y Exteriores, 29 de abril de 1847, en *Diario del Gobierno*, 5 de mayo de 1847.

que, como faltó metal, la mayor parte de los prelados enviaron campanas para ser fundidas. Para terminar, hacía notar el retraso con el que el gobierno federal convocaba a los estados a la defensa, y que esto se debía a la “falta de franqueza” que imperó hasta entonces entre “los que gobiernan”.⁷⁰⁰ Por supuesto, el gobernador llamaba falta de franqueza a la desconfianza entre los gobernadores radicales y el gobierno central moderado, situación que, como veremos, iba a determinar que el entusiasmo de las provincias pronto fuera enfilado, no tanto contra los invasores, sino contra el gobierno central para impedir que Santa Anna lograra cuajar sus planes dictatoriales y pacifistas. Sin embargo, los menos perspicaces no dudaban en afirmar que “esa decantada falta de recursos y de patriotismo que tanto se vocifera no son más que exageraciones”.⁷⁰¹

Al mismo tiempo, en la capital reinaba un ambiente de apatía. El 28 de abril, *El Monitor Republicano* afirmaba entusiasta que en la prensa no había nada que expresara desunión, nada que aumentase los enconos políticos y que “despertar el espíritu público es su principal intento”.⁷⁰² El 1° de mayo, Anaya declaró al Distrito Federal en estado de sitio⁷⁰³ y Nicolás Bravo, como comandante general, llamó a las armas a todos los ciudadanos de entre 15 y 60 años, publicó los criterios con los que se organizaría el Ejército del Centro y ordenó la requisición de armas y caballos.⁷⁰⁴

Sin embargo, el desaliento se hizo patente en la negativa abierta de la población a comprometerse en la defensa. El mismo periódico intentó vengarse de los agiotistas (a los

⁷⁰⁰ *Ibid.*

⁷⁰¹ *El Monitor Republicano*, 13 de mayo de 1847.

⁷⁰² *Ibid.*, 28 de abril de 1847.

⁷⁰³ *Ibid.*, 2 de mayo de 1847.

⁷⁰⁴ *Ibid.*, 7 de mayo.

que se refería en general como “los ricos”) que, en complicidad con Gómez Farías, intentaron esquilmar a la Iglesia; los acusó de desear la paz para asegurar sus fortunas y de estar dispuestos a recibir con hosannas a los invasores.⁷⁰⁵

El Ayuntamiento convocó a los ciudadanos a integrarse a la Guardia Nacional el 28 de abril para salir a defender los pasos de la sierra y evitar que la ciudad de México llegara a ser sitiada. “¿Qué son veinte ni treinta mil soldados aislados frente a una ciudad que puede hacer salir cincuenta mil valientes que combatan por su libertad, por la de sus hijos, esposas y madres?”⁷⁰⁶ Sin embargo, un anónimo contestó francamente que, ante el espectáculo de familias enteras que huían de la capital, quienes se enrolaran en la Guardia serían tomados por tontos.⁷⁰⁷

El *Diario del Gobierno* usó días después un tono más apremiante, señalando que, mientras en México se expandía la desconfianza, el tono de los periódicos y los actos del gobierno en los Estados Unidos apuntaban a que se pretendía dominar a México por derecho de conquista. Sin embargo, los mexicanos acomodados esperaban impasibles la paz, confiando en la magnanimidad del invasor.⁷⁰⁸

Se opinaba que la guerra de Texas y las reclamaciones parecían haber pasado a la historia; “hoy se trata de consumir una formal conquista, y de afianzar su dominación sobre los mexicanos para siempre”. Una prueba era el arancel que los invasores acababan de imponer en los puertos ocupados, con el fin de destruir el comercio, la hacienda y la

⁷⁰⁵ *Ibid.*, 28 de abril.

⁷⁰⁶ *Ibid.*

⁷⁰⁷ *Ibid.*

⁷⁰⁸ *Diario del Gobierno*, 3 de mayo de 1847.

industria del país. Otra prueba, las afirmaciones de *The American Eagle*, publicado en Veracruz, de que los mexicanos estaban dispuestos a aceptar una ocupación militar.⁷⁰⁹

Ante tal ambiente de apatía, *El Monitor Republicano* recurrió a ofender francamente a los ricos y a los apáticos.⁷¹⁰ Sin embargo, la gente no se dejó engañar. Igual que en Veracruz, en la capital reinaba la apatía por las noticias sobre la connivencia de Santa Anna con el enemigo y acerca de que tenía en venta la paz, de modo que los ricos siguieron escondiendo sus caudales y el comandante general de México tuvo que recurrir a la leva para cubrir con vagos y menesterosos las vacantes en el ejército y la Guardia Nacional.⁷¹¹ Tampoco se obedeció la orden de que fueran destruidos todos los elementos de utilidad que se encontraran en la ruta del invasor.⁷¹² Cuatro días después, el mismo diario se quejaba de que entre el pueblo persistiera la misma renuencia a enrolarse en la Guardia Nacional.⁷¹³ Los oficiales del Batallón Victoria llegaron al extremo de pedir a Bravo autorización para obligar a las clases productivas a tomar las armas.⁷¹⁴

Entre tanto, los generales comisionados para realizar viajes de reconocimiento por las distintas rutas de Veracruz a la capital concluyeron su labor y rindieron informes en los que describían los pasos montañosos susceptibles de ser fortificados, los recursos de las comarcas en que éstos se hallaban y los requerimientos de tropas y pertrechos. Tanto Almonte como Rincón estuvieron de acuerdo en que los pasos entre San Martín

⁷⁰⁹ *Ibid.*, 4 y 7 de mayo.

⁷¹⁰ *El Monitor Republicano*, 6 de mayo de 1847.

⁷¹¹ *Ibid.*, 7 de mayo de 1847.

⁷¹² *Ibid.*, 27 de abril.

⁷¹³ *Ibid.*, 10 de mayo de 1847.

⁷¹⁴ *Ibid.*, 16 de mayo de 1847. A juzgar por el nombramiento de Lorenzo García como oficial de la Guardia Nacional, los batallones de esta fuerza iban a ser originalmente regimientos, pero ante la escasa conscripción quedaron como batallones, colección Museo Nacional de las Intervenciones, 10-218177.

Texmelucan, Río Frío y la barranca de Xalilo eran los mejores para la defensa, mientras que en los valles de Puebla, Tlaxcala y llanos de Apam tan sólo se podía hostilizar al invasor con algunas escaramuzas y secando pozos para que le escaseara el agua en una zona predominantemente árida.⁷¹⁵

Con base en ello, el 25 de abril, el presidente Anaya firmó un acuerdo por el que se formaba una Junta Directiva de obras de defensa, encargada de levantarlas en los puntos recomendados: los caminos de Cuesta de Córdoba a Río Frío, de Río Frío a San Martín, de San Salvador el Verde a Tecama y de Ozumba a Cholula. De San Cristóbal Ecatepec a la Cuesta de Barrientos se construyeron doce fortificaciones y se inundaron los llanos con las aguas de la laguna de Ecatepec.⁷¹⁶

Días después, en su editorial del 1 de mayo, el *Diario del Gobierno* reaccionó ante la publicación de la noticia de que Santa Anna tenía a la paz en venta. Acusó a la prensa de inspirar desconfianza y discordia. Afirmó que no tenía importancia cuáles hombres rigieran al país, “sean cuales fueren sus opiniones políticas, son mexicanos, y esto basta para confiar en ellos”. Lo único que podía salvarlo era la unión.⁷¹⁷

Ante esta reacción gubernamental, el responsable de exhibir a Santa Anna respondió en su editorial del 4 de mayo que, para beneplácito de todos los ciudadanos, hasta ese momento no se había descubierto ninguna traición y, haciéndose eco del gobierno, declaró no tener duda de que los tres millones de dólares aprobados por el

⁷¹⁵ AHSEDENA, exp. 24 69, fs. 31-33 y 37-40.

⁷¹⁶ *Ibid.*, exp. 2451, fs. 21-37.

⁷¹⁷ *Diario del Gobierno*, 1 de mayo de 1847.

Congreso estadounidense no tenían otro fin que el de pagar a los hipotéticos agentes secretos encargados de sembrar desconfianza para dividir a los mexicanos.⁷¹⁸

No obstante las adhesiones de este tipo al gobierno, en uso de las facultades extraordinarias, Anaya mandó publicar el 5 de mayo un decreto que suspendía en la capital por tiempo indefinido la libertad de imprenta en "lo relativo a discusiones políticas y militares, censuras de las primeras autoridades, y en cuanto conduzca al descrédito del ejército y sus jefes"; se daba como razón que la prensa se había convertido en un medio de promover la discordia interior, la desconfianza y la desunión.⁷¹⁹

Otra razón para acallar a los diarios fue, según el gobierno, que los radicales estaban en vías de aprovechar el descontento y los temores para derrocarlo.⁷²⁰ Esto no era una exageración, pues no faltaba mucho para que se dejara sentir esta amenaza.

La embarazosa corporación

Como hemos mencionado, la administración se encontraba dividida entre el presidente Anaya, que deseaba continuar la guerra, y Manuel Baranda, ministro de Relaciones, que tenía el propósito de entrar en tratos preliminares con el invasor. Anaya y los moderados promovían la resistencia y estaban empeñados en terminar lo antes posible la reforma de la Constitución, mientras que Baranda, en contra de la postura oficial, intentó impulsar la paz solicitando a los legisladores que aprobaran la mediación inglesa y devolvieran al

⁷¹⁸ *El Monitor Republicano*, 4 de mayo de 1847.

⁷¹⁹ *El Monitor Republicano*, 6 de mayo de 1847.

⁷²⁰ *Diario del Gobierno*, 6 de mayo de 1847.

gobierno la facultad de dirigir la política exterior. Fue por ello que la misma prensa moderada denunció las intenciones pacifistas del gobierno (es decir, del Ministerio de Relaciones) desde principios de abril, y cuando el 30 el Congreso rechazó el dictamen favorable a la mediación inglesa y a devolver al gobierno la política exterior, Baranda no vio más salida que buscar cómo hacerlo entrar en receso para poder actuar libremente. Esta pugna es relatada por Ramírez, quien afirma que el ministro intentó simultáneamente entrar en contacto con el general Scott a través de la legación británica y convencer a Otero de la necesidad de eliminar, de momento por lo menos, a la representación nacional.⁷²¹

De hecho, el ministro británico, Charles Bankhead, escribió a su gobierno el 30 de abril afirmando que tenía razones para pensar que el fin de Baranda era lograr el restablecimiento de las relaciones con los Estados Unidos, no obstante que el resto del gabinete pensaba de manera distinta. Decía también que el ministro mexicano le había preguntado si estaría dispuesto a sondear a Scott sobre su disposición a suspender las hostilidades en caso de que los mexicanos decidieran aceptar la mediación de su país. Bankhead aceptó, pero un mes después informó a sus superiores que el general estadounidense se negó a suspender hostilidades y nunca presentó proposiciones, a pesar de que ya se sabía que había llegado a México un diplomático (Trist).⁷²²

Por su parte, Otero se negó en redondo a suspender o disolver el Congreso, pues aún no se concluía la reforma de la Constitución, y valiéndose de los diputados de Oaxaca,

⁷²¹ Ramírez, *op. cit.*, 245-256.

⁷²² Charles Bankead a su gobierno, México, 30 de abril y 29 de mayo de 1847, Foreign Office, v. 209, fs. 162-171 y 240-241.

quienes pugnaban porque fueran restablecidas las autoridades liberales de su estado, depuestas a raíz de la rebelión de Paredes, neutralizó el intento de Baranda de comprar legisladores (los oaxaqueños no se dejaron comprar) para que faltaran a las sesiones y el Congreso entrara en receso por falta de quórum. Además denunció esta maniobra en *El Republicano*.⁷²³ Ramírez juzgaba que tal actitud se debía a la pueril ambición de Otero de ser el reformador de México, pero, como hemos visto, es posible que se debiera también a su empeño de librar al Congreso del indigno papel de ser instrumento del jalapeño: en el seno del Constituyente había pugnado por que fuera devuelta al gobierno la facultad de dirigir la política exterior y animó al ministro a aceptar la mediación inglesa sin hacer caso del Legislativo, prometiendo apoyarlo.⁷²⁴

Otro interés de Baranda, implícito en la eliminación del Congreso, era asegurar a Santa Anna la prórroga de su mandato presidencial impidiendo la elección que estaba por celebrarse el 15 de mayo, así como el libre ejercicio de las facultades extraordinarias de que el Ejecutivo estaba investido. Así, presionó a Anaya para renovar el gabinete y acabar con el Legislativo y, al no conseguirlo, el 10 de mayo renunció.⁷²⁵

Al mismo tiempo, un nuevo elemento de peso se añadió a la balanza; el general Gabriel Valencia no cesaba de solicitar un mando de tropas y, luego de Cerro Gordo, reclamó que ante el fracaso de Santa Anna no se llamara a otros generales de igual rango a dirigir la guerra.⁷²⁶ La negativa del gobierno había provocado su disgusto y su

⁷²³ *El republicano*, 7 y 12 de mayo de 1847.

⁷²⁴ Ramírez, *op. cit.*, p. 251.

⁷²⁵ *Ibid.*, p. 256.

⁷²⁶ *Ibid.*, p. 262, Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 227, *El Monitor Republicano*, 30 de abril de 1847.

acercamiento a los radicales;⁷²⁷ ahora se temía que encabezara un pronunciamiento para imponer su dictadura, lo que era muy factible debido al total desprestigio de Santa Anna, a quien los jefes y oficiales del ejército culpaban por la derrota, ya por ineptitud, ya por connivencia con el enemigo.⁷²⁸

Receloso, Santa Anna escribía constantemente para oponerse a las pretensiones de mando de Valencia.⁷²⁹ Desconfiaba tanto de él que, después de los sucesos de Ciudad Victoria, que le dieron un halo de héroe frustrado, lo envió a San Miguel el Grande para alejarlo del teatro de la guerra y después, a principios de febrero, lo sometió a la estrecha vigilancia de un destacamento de 60 hombres que tenían orden expresa de impedir que se trasladara a San Luis Potosí.⁷³⁰

Lo último llama la atención, pues este estado, junto con otros como México y Querétaro, acababa de unirse a la coalición de estados. También Zacatecas aceptó la invitación y, a los objetivos iniciales de defender la independencia, el territorio y la federación, su gobernador, Manuel González Cosío (viejo colaborador de Gómez Farías), propuso agregar que, si el Congreso nacional se disolvía o carecía de libertad para deliberar, la coalición asumiera la representación de los coligados; además, debía oponerse a cualquier convenio o tratado de paz con el invasor mientras éste amenazara u ocupara cualquier punto de la República, y sólo se disolvería si el Congreso nacional salía

⁷²⁷ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, op. cit., v. 2, p. 196, Riva Palacio, op. cit., v. 8, p. 227.

⁷²⁸ Ramírez, op. cit., p. 262.

⁷²⁹ Riva Palacio, op. cit., v. 8, p. 227.

⁷³⁰ *El Monitor Republicano*, 4 de febrero de 1847.

de la capital a un lugar donde estuviera a salvo del enemigo extranjero.⁷³¹ Esto demuestra que la coalición respaldaba la oposición radical a que Santa Anna consumara la política de alcanzar la paz a través del constituyente.

Otro estado dominado por los radicales era Guanajuato, el cual, si bien no se unió a la coalición, se negó a facilitar su guardia nacional⁷³² y, tal vez con participación del propio Valencia y según había anunciado el gobernador, estaba organizando una fuerza con los fusiles tapatíos ya mencionados, lo que indica que la coalición se estaba dotando de un brazo armado con el cual hacer valer su postura y sus advertencias.⁷³³

El hecho es que los radicales seguían apoyándose en los gobiernos y legislaturas estatales, pero no lo hacían nada más para defender a la Federación, como al inicio de la coalición, sino para impedir que Santa Anna y los moderados negociaran con los Estados Unidos. Por el momento, sus rivales no pudieron más que intentar desprestigiarlos.

En efecto, *El Monitor Republicano* declaró en su editorial del 27 de abril que no había justificación para que los estados se negaran a auxiliar al gobierno, pues la Federación no estaba en peligro y, por tanto, tampoco podía justificarse la existencia de la coalición. Las libertades de cada estado eran respetadas, pero el gobierno federal se encontraba abandonado a sus propios medios, cuando en los estados había “copia de

⁷³¹ Josefina Z. Vázquez, 1997, p. 637-638.

⁷³² *Ibid.*, p. 258-259.

⁷³³ Valencia, “Manifiesto”, 14 de mayo de 1847, col. Lafragua, 394, *Diario del Gobierno*, 15 de mayo de 1847.

recursos” y tenían la obligación de sacrificarlos, pero “no aisladamente, porque eso sería inútil y ridículo, sino armados y bajo la dirección del jefe general de la nación”.⁷³⁴

El *Diario del Gobierno* abordó también la renuencia de los estados a cooperar con el gobierno central. Su redactor los dividió en los que, conscientes de que el gobierno federal no podía sostener por sí solo la guerra, habían contribuido con recursos de toda especie (San Luis Potosí, Guanajuato y Jalisco, mientras Gómez Farías estuvo al frente del gobierno federal); los que sólo apoyaban con migajas; y los que sólo trataban de salvarse a sí mismos (¿México, Zacatecas, Durango?), siendo el resto indiferente ante el peligro.⁷³⁵

Al parecer, ante la amenaza radical tanto en la capital como en los estados, Anaya temió perder el apoyo de Santa Anna. Así, se negó a aceptar la renuncia de Baranda, se unió a la causa de la paz y ofreció a éste realizar una junta con personas que facilitarían la realización de sus exigencias y que tuvo lugar el 13 de mayo, con la asistencia de los jefes moderados: Rodríguez Puebla, Gómez Pedraza, Riva Palacio y Otero. El ministro de Relaciones presentó sus condiciones: remover a los ministros de Justicia (Francisco Suárez Iriarte) y Guerra (José Ignacio Gutiérrez), exigir el receso del Congreso para el 15 de mayo y contar con el apoyo del partido moderado para estas medidas. Otero se resistió porque aún no concluía la reforma de la Constitución, pero prometió el apoyo del partido. Los demás lo cubrieron de imprecaciones y, ante la presión, terminó por prometer que

⁷³⁴ *El Monitor Republicano*, 27 de abril de 1847.

⁷³⁵ *Ibid.*

⁷³⁵ *Diario del Gobierno*, 8 de mayo de 1847. El subrayado es del original.

aceleraría la reforma para que la “estorbosa corporación” entrara en receso hacia la fecha propuesta. *El Republicano* abrazaría entonces la causa del gobierno, es decir, la paz.⁷³⁶

Es interesante analizar la política de Baranda; al pedir la destitución de Suárez Iriarte y de Gutiérrez estaba pidiendo eliminar del gabinete a dos santanistas para reemplazarlos con dos moderados, Lino José Alcorta y Luis de la Rosa.⁷³⁷ Seguramente pensó que, ante Valencia, el santanismo tampoco podía quedar aislado y se propuso reforzar la alianza con los moderados, conformes con mantener a Santa Anna en el poder antes que ver estallar la rebelión que los radicales preparaban en la capital.

Esto debió alarmar a Santa Anna pues, además de la amenaza de Valencia, su reelección no era segura y Baranda estaba a punto de eliminar al Congreso y hacerle perder influencia en el gobierno. Así, a pesar de que, como hemos mencionado, luego de Cerro Gordo había quedado en excelente posición estratégica para seguir bloqueando el paso de Scott - cuyas fuerzas se hallaban en Perote y Tepeyehualco – y amagarlo con cortar su línea de comunicaciones, decidió renunciar a sus ventajas a fin de retirarse a Puebla con el evidente objeto de acercarse a la capital y hacer sentir su influencia.

Puebla

Tal como había prometido, el gobierno comunicó al caudillo el 6 de mayo que ese día salía de la capital un importante contingente con artillería y abundante dinero para

⁷³⁶ Ramírez, *op. cit.*, p. 266.

⁷³⁷ *Diario del Gobierno*, 14 de mayo de 1846.

incorporársele en Orizaba.⁷³⁸ Pero el jalapeño respondió el 9 desde San Agustín del Palmar que él y los restos del Ejército de Oriente (4,500 hombres) estaban en camino hacia la ciudad de Puebla. Como de costumbre, pretextaba que “la necesidad me compele, pues no es posible explicar las angustias que he padecido por la miseria”. Se quejaba de que hasta entonces se le había auxiliado con menos de 25,000 pesos; pero con los recursos de Puebla y los enviados por el gobierno, esperaba contar muy pronto con diez o 12,000 hombres “en disposición de obrar contra los invasores”. Para justificar el abandono de una excelente posición estratégica, afirmó que la capital poblana era una buena base de operaciones que igualmente cubría la ruta a la ciudad de México. El dinero, artillería, vestuario y armas, que el gobierno enviaba “los he mandado detener en Puebla”.⁷³⁹

En su marcha, la infantería avanzó por la ruta de Cumbres de Acultzingo, cañada de Ixtapan, Amozoc y Puebla, mientras que la caballería, luego de salir de Chalchicomula y llegar al Palmar, siguió el mismo camino cubriendo la retaguardia del ejército. En cuanto Scott observó este movimiento, puso a su vez en marcha a sus fuerzas y destacó una división de 4,000 hombres al mando de William J. Worth para perseguir a Santa Anna a tan sólo una jornada de distancia. El 11, desde Amozoc, éste informó al ministro de Guerra que era perseguido por una división enemiga y que en el camino no pudo aumentar su ejército debido a que, desde la campaña de Cerro Gordo, todos los pueblos de la zona habían sido esquilados.⁷⁴⁰ Al rendir tal informe, el caudillo comenzó a mostrar una curiosa afición por la historia, que después iba a resultar comprensible: afirmó que la

⁷³⁸ *El Monitor Republicano*, 8 de mayo de 1847.

⁷³⁹ Santa Anna al ministro de la Guerra, 9 de mayo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 12 de mayo de 1847.

⁷⁴⁰ Santa Anna al ministro de la Guerra, 11 de mayo de 1847, Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 72-75.

apatía generalizada que observaba hacía comparable la conquista española de México con la que estaban realizando los estadounidenses.⁷⁴¹

Enseguida anunció que esa tarde debía entrar en Puebla, pero que, como no se sentía “en disposición de comprometer un combate”, se trasladaría a San Martín Texmelucan, donde pensaba encontrar el convoy de auxilios.⁷⁴² Tal como había sucedido en el norte, la ruta del invasor era despejada por el propio general en jefe. Desde el punto de vista estratégico, era evidente lo absurdo de sus actos: abandonaba una posición ventajosa sin que se le presionara, cuando estaba a punto de recibir auxilios, para convertirse en el perseguido guía de Worth hasta Puebla. Todo ello no puede explicarse por una hipotética ineptitud militar; semejante absurdo estratégico sólo podía obedecer a sus necesidades políticas y a su nula voluntad de dañar al enemigo. Su anuncio de que seguiría de frente hasta San Martín Texmelucan, sin detenerse a defender la ciudad de los Ángeles, revelaba que su verdadero propósito era dirigirse directo a la de México.

Entre tanto, en la capital seguía el juego político. Como resultado de la junta del 13 de mayo, Baranda comenzó a patrocinar la publicación de un nuevo periódico, *El Razonador*, órgano que defendió abiertamente la opción de hacer la paz,⁷⁴³ sin importar que los demás periódicos habían cobrado conciencia de que, en realidad, la capital estaba siendo amenazada por un ejército insignificante que podía ser derrotado con tan sólo los recursos de los estados de México, Puebla y Veracruz.⁷⁴⁴

⁷⁴¹ *Ibid.*, p. 75.

⁷⁴² *Ibid.*

⁷⁴³ *Diario del Gobierno*, 12 de mayo de 1847.

⁷⁴⁴ *El Monitor Republicano*, 13 de mayo de 1847.

En su primer número, aparecido el 14, *El Razonador* alegó que ya no había recursos para la guerra y que por tanto era necesario escuchar las proposiciones de paz que pudiera hacer el enemigo, las cuales tal vez no serían oprobiosas. Hizo cargos a Gómez Farías por ocultar las propuestas que Atocha condujo de parte de Buchanan, y al Congreso por no discutir a tiempo el tema de la mediación inglesa.⁷⁴⁵

La prensa moderada cumplió con su parte del trato. *El Monitor Republicano*, uno de los periódicos que con más pasión llamó a la resistencia, elogió el mérito del *Razonador* por ser el primero en ventilar públicamente la posibilidad de hacer la paz. Sus redactores justificaron no haber puesto ellos mismos tal cuestión sobre la mesa por el temor de que el análisis público de la situación del país, sobre el que debería estar basada la decisión sobre la guerra o la paz, sirviera al invasor para dirigir sus pasos.⁷⁴⁶

Baranda permaneció en el gabinete, pero, al parecer, no hubo más remedio que aplacar a Valencia: en la misma junta del 13 de mayo se decidió aceptar un plan propuesto por él, que consistía en que se le diera el mando de una división de 4,000 hombres y 12 piezas de artillería con la que saldría a colocarse entre Puebla y Tepeyehualco con el objeto de cortar a Worth y dejarlo aislado en la primera ciudad. El gobierno aseguraba que podía reunir 12,000 hombres para aplastar a Worth en Puebla.⁷⁴⁷

Al día siguiente, Valencia publicó un manifiesto en el que daba esta noticia, con palabras que apenas disimulaban su decisión de evitar que se repitiera la historia de

⁷⁴⁵ *El Razonador*, 14 de mayo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 15 de mayo de 1847.

⁷⁴⁶ *El Monitor Republicano*, 15 de mayo de 1847.

⁷⁴⁷ Ramírez, *op. cit.*, p. 267.

Tamaulipas. Comenzaba anunciando que el gobierno le ordenaba salir a campaña con un cuerpo de ejército compuesto en buena medida por las guardias nacionales del Distrito Federal y que era una vergüenza que una fuerza insignificante amagara a una ciudad como la de México. Enseguida llamaba a las armas y ponía de ejemplo a los estados de Guanajuato y San Luis Potosí que, sin ser tan populosos como Puebla y México, aportaron recursos y tropas y aludió a los 6,000 efectivos de Guanajuato.⁷⁴⁸ Como puede verse, su discurso constituía una advertencia a Santa Anna de que esta vez no permitiría que se allanara el camino al invasor.

Las bravatas de Valencia resultaron inútiles pues, en Puebla, Santa Anna se encontró con una ciudad desarmada y sin fortificar a causa de las rencillas entre puros y moderados locales, que impidieron trasladar recursos de los departamentos del sur del estado⁷⁴⁹ y con una población apática que, igual que en Veracruz y ciudad de México, sentía una desconfianza extrema hacia el caudillo por su evidente entendimiento con el enemigo y por el hastío de siempre terminar sirviendo a la corrupción de la clase militar que gobernaba al país. En las tres ciudades existía una ansiedad no satisfecha por conocer el contenido de los pliegos conducidos por Atocha, así como las razones de que Santa Anna se reservase el derecho exclusivo de darles respuesta y del hermético silencio que se guardaba al respecto. “Todo el mundo desea salir de la tutela militar a cualquier precio, y

⁷⁴⁸ Valencia, “Manifiesto”, 14 de mayo de 1847, col. Lafragua, 394, *Diario del Gobierno*, 15 de mayo de 1847.

⁷⁴⁹ *El Monitor Republicano*, 26 de abril de 1847.

este deseo [...] es, a nuestro juicio, el origen de la desunión y del proceder [apático] de los pueblos en la presente guerra”.⁷⁵⁰

La justificada indiferencia poblana constituyó un magnífico pretexto para que el jalapeño declarara que era imposible defender la ciudad y, de acuerdo con sus planes, continuar la retirada hacia San Martín Texmelucan, donde estaban los recursos necesarios para enfrentar a Worth.⁷⁵¹ Así, el 14 de mayo, luego de que las autoridades de Puebla recibieran una conminación a rendirse,⁷⁵² el caudillo dispuso que la infantería saliera hacia San Martín, mientras que él, al mando de la caballería, acampaba sobre el camino de Amozoc para atacar por sorpresa al día siguiente a un convoy enemigo de 200 carros que, según informes, avanzaba por el camino de Nopalucan separado de la fuerza principal.⁷⁵³

Al amanecer del 15, Santa Anna hizo una de sus típicas representaciones teatrales (puesto que ya tenía decidida la retirada); avanzó al frente de 2,000 jinetes en busca del convoy, pero a las ocho de la mañana éste logró acercarse al cuerpo principal de Worth en Amozoc, el cual con fuego de artillería lo obligó a retirarse.⁷⁵⁴ De regreso en Puebla, a las 5 de la tarde, ordenó la retirada de todas las fuerzas por la carretera a México. Una vez en San Martín, convocó un consejo de guerra en el que se aprobó un nuevo absurdo estratégico: la retirada inmediata hasta la capital para convertirla en el último bastión de

⁷⁵⁰ “El Estado de Veracruz a todos los de la Federación”, en *El Monitor Republicano*, 22 de diciembre de 1847.

⁷⁵¹ Más tarde, en una *Esposición que eleva al Soberano Congreso Nacional el Exmo. Sr. Presidente interino de la república, General de división y benemérito de la patria D. Antonio López de Santa Anna*, aparecida en *El Monitor Republicano* de 20 de noviembre de 1847, el caudillo reconoció que se abstuvo de defender Puebla con el fin de evitar que el gobierno abandonara la capital, como se tenía previsto, y hacer de ésta el último bastión de resistencia.

⁷⁵² Puede verse en *El Monitor republicano*, 14 de mayo de 1847.

⁷⁵³ *Diario del Gobierno*, 16 de mayo de 1847.

⁷⁵⁴ *Ibid.*

resistencia y decidir en ella, de manera definitiva, el resultado de la guerra. Tal decisión tenía una importante y genial justificación histórica: aztecas y españoles perdieron el país porque perdieron la capital, ¡los mexicanos de 1847 no cometerían el mismo error!⁷⁵⁵

Ayotla

La noticia del abandono de Puebla causó en la capital nueva indignación contra Santa Anna, tanto que el 16, ya en San Martín, el general escribió al gobierno que si la prensa le recriminaba tal abandono era "tal vez porque se ignoran los fundamentos en que me he apoyado para tomar esa resolución", por lo cual pedía que los partes que había escrito luego de Cerro Gordo fueran publicados para que sus actos no se interpretaran "en perjuicio de mi honor y reputación".⁷⁵⁶ Éstas no fueron, sin embargo, las únicas noticias alarmantes que recibió: al llegar a Río Frío el 17 se le presentó su eterno incondicional, el coronel Manuel María Giménez, quien de parte del recién destituido ministro de la Guerra, Gutiérrez, le advirtió que el gabinete, con el acuerdo de Anaya, planeaba destituirlo y concertar un tratado de paz sin su participación, por lo que le recomendaba no entrar a la ciudad de México.⁷⁵⁷

La reacción de Santa Anna fue acelerar la marcha y enviar un mensaje a la capital con el anuncio de que, en breve, se presentaría en ella con todas sus fuerzas, sin importarle lo más mínimo pasar de largo y dejar atrás las fortificaciones recién levantadas,

⁷⁵⁵ Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 73-80.

⁷⁵⁶ López de Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 79.

⁷⁵⁷ Manuel María Giménez, *El coronel D. Manuel María Giménez. Su vida militar en 52 años*, México, s. i., 1863, p. 107.

que representaban un recurso más no sólo para dañar al enemigo, sino tal vez para detenerlo. Para disculparse de esta nueva falta y evadir una vez más la responsabilidad, más tarde declararía que en Río Frío no encontró más fortificaciones que algunos árboles talados,⁷⁵⁸ cuando la verdad era que Almonte levantó fortificaciones que costaron nada menos que 11,448 árboles y el trabajo de 4000 campesinos de los alrededores.⁷⁵⁹

El mensaje del general fue recibido por el gobierno en la noche del mismo 17, causando tal agitación en la ciudad que tuvo que hacer grandes esfuerzos para evitar el estallido del anunciado pronunciamiento radical. Según Olavarría, los conjurados temían la dictadura y que Santa Anna se empeñara en defender la capital, exponiéndola así a un bombardeo.⁷⁶⁰ Aunque no da nombres, es lógico pensar que, en realidad, se trataba de Valencia y los radicales, lo cual es confirmado por Bustamante.⁷⁶¹ Al parecer, los radicales trataban de aprovechar el miedo de la población a un sitio para derrocar a Anaya.

Una vez sofocado el movimiento revolucionario, se decidió enviar una comisión a Santa Anna, integrada por Baranda, Trigueros y Ramírez, con la misión de enterarlo de los esfuerzos que se hacían para mantenerlo en el poder, de las medidas tomadas para defender el camino a la capital y para promover la desertión de los irlandeses del ejército invasor, y con esta información hacerlo desistir de entrar a la capital.⁷⁶²

⁷⁵⁸ López de Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 44.

⁷⁵⁹ AHSEDENA, exp. 2594. Cuando en agosto siguiente esas fortificaciones fueron abandonadas a merced del enemigo, el diputado Ramón Gamboa comentó amargamente: “¿Todo esto para qué? Para que ni un solo hombre se pusiera en el tránsito y les estorbara el paso [a los invasores]”, Gamboa, “Ampliación a la acusación...”, en *El Monitor Republicano*, 3 de enero de 1848

⁷⁶⁰ Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 228.

⁷⁶¹ Carlos maría de Bustamante, *El nuevo Bernal*, *op. cit.*, p. 196.

⁷⁶² Ramírez, *op. cit.*, p. 285.

La comisión, que apenas se puso en camino supo que el ejército había continuado su marcha y ya se encontraba en Ayotla, casi en las goteras de la ciudad, se presentó ante el caudillo, quien pidió a Ramírez que redactara una carta dirigida al presidente Anaya, en la que se dijo informado de que su aproximamiento a la capital con el Ejército de Oriente había generado alarma y rumores de revuelta por creérsele dispuesto a resistir un sitio, por lo cual aclaraba que su llegada obedecía a la resolución de la junta de guerra de la que había dado parte el 16, y por la cual se había acordado poner fin a la guerra mediante la defensa de la capital. Tenía pensado someter tal decisión a una nueva junta de guerra, pero amenazó con renunciar si ésta contradecía su resolución. Por último, preguntó si el gobierno creía necesaria su separación “de los cargos que se me han confiado”.⁷⁶³

Santa Anna sabía, por supuesto, que con la amenaza de los radicales encima el gobierno no lo despediría, y que la suerte de la capital estaba echada. No obstante que declaró que esperaría la respuesta a su misiva en Ayotla, al día siguiente entró sorpresivamente con su ejército en la capital en previsión de que en efecto el gobierno estuviera pensando en marginarlo de la negociación de la paz.⁷⁶⁴

El regreso del caudillo propició que el Congreso terminara apresuradamente la reforma de la Constitución (sólo faltaba discutir y aprobar ciertas adiciones a algunos artículos del *Acta de Reformas*)⁷⁶⁵, “y los diputados entendieron que con ella terminaron las facultades del gobierno”.⁷⁶⁶

⁷⁶³ Santa Anna al ministro de Guerra, 18 de mayo de 1847, en López de Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 79-82.

⁷⁶⁴ Giménez, *op. cit.*, p. 111.

⁷⁶⁵ *El Monitor Republicano*, 11 de mayo de 1847.

⁷⁶⁶ Ramírez, *op. cit.*, p. 286-287.

Como veremos, lejos de pensar que con la reforma de la Constitución las facultades extraordinarias del Ejecutivo expiraban, Santa Anna se iba a valer de ellas para entregar la ciudad de México al invasor. El que sí fenecía era el Congreso constituyente pues, una vez concluida su labor, debía cerrar sus sesiones, lo cual habría dado un triunfo a Otero y obligado a Santa Anna a asumir la responsabilidad del futuro tratado de paz, y de la venta territorial que este documento iba a legitimar. Sin embargo, por lo establecido en el Plan de la Ciudadela no sucedió así: como se recordará, este documento asignó al Congreso la facultad de dirigir la guerra y después, el 22 de agosto de 1846, a sugerencia de Santa Anna, el gobierno le cedió facultades para que también se ocupara de todos los ramos de la administración pública de su competencia; según Reynaldo Sordo, ambas medidas hicieron de él un híbrido entre constituyente y constitucional u ordinario. Tal ambigüedad, en apariencia irrelevante, tenía consecuencias pues, de haber sido puramente constituyente, habría tenido que cerrar sus sesiones, pero “por el carácter híbrido que le adjudicó el gobierno, a sugerencia de Santa Anna, podía seguir subsistiendo”.⁷⁶⁷

La política habanera, por tanto, no moría del todo, pues el Congreso seguía en funciones, y con ello, obligado a decidir sobre la guerra, lo que daba a Santa Anna la posibilidad de mantenerse en el rumbo trazado y seguir buscando la manera de echar sobre la representación nacional la responsabilidad de la paz y sus consecuencias. La astucia del jalapeño al concebir y poner en marcha el Plan de la Ciudadela salta a la vista, pues su política mostraba gran resistencia. Todo equivale a decir que se mantenía encendido un último rescoldo habanero.

⁷⁶⁷ Sordo en Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 51.

El 19 de mayo, la capital se levantó con el desfile de los restos del Ejército de Oriente y con la alarma de que Santa Anna se aprestaba a exponerla a un sitio. Los periódicos, olvidándose de la prohibición de opinar sobre la dirección que el gobierno daba a la guerra, reprobaron tal medida e insistieron en que lo lógico era mantener a raya al enemigo defendiendo los pasos de la sierra, ya fortificados, y exigieron que el ejército volviera sobre sus pasos a cubrir esos puntos: “¿Por qué dejar franco al enemigo el camino de Puebla, o por lo menos, debilitar las guarniciones que en él se hayan dejado? ¿Por qué manifestarles que hemos resuelto retirarnos al último atrincheramiento, cuando de aquí a Puebla hay varios puntos en que tentar un lance decisivo?”.⁷⁶⁸

El objetivo de Santa Anna al llevar la guerra hasta la capital no pasó inadvertido, pues era evidente que a la hora de la verdad los defensores de la ciudad no podrían resistir los lamentos y temores de la población “sin amedrentarse ellos mismos, y precipitarse entonces a una capitulación que será imputada al pueblo, y que éste diga a su turno que con ese plan se emprendió la defensa”.⁷⁶⁹

En efecto, la retirada de Santa Anna hasta la capital resultaba ilógica cuando apenas el 18 Almonte reportó que las fortificaciones en Río Frío estaban listas y representaban un importante escollo para el avance del invasor.⁷⁷⁰ Sin embargo, tales obras fueron ignoradas y dejadas atrás por el caudillo en su prisa por defender sus intereses políticos y, de paso, crear un estado de ansiedad y pánico que, suponía, le ayudaría a presionar al Congreso y lograr así la consumación de los tratos con Polk.

⁷⁶⁸ *El Monitor Republicano*, 20 de mayo de 1847.

⁷⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁷⁰ AHSEDENA, exp. 2469, f. 10.

El mismo 20 de mayo, como prometió en su comunicación del 18, convocó a consejo de guerra a todos los generales que se hallaban en la ciudad, incluyendo al aún presidente sustituto y sus cuatro ministros.⁷⁷¹ En la reunión, celebrada con la ausencia de Anaya, confesó que nunca pensó defender Puebla por ser más importante correr a sofocar el pronunciamiento que se gestaba en la capital y llamó a los presentes a manifestarse sobre si estaban de acuerdo con continuar la guerra y hacer de la defensa de la ciudad de México la batalla última y por tanto decisiva.⁷⁷²

La junta no tardó en manifestarse a favor de ambos puntos por unanimidad; aclaró, para mayor satisfacción del caudillo, que lo hacía de acuerdo con el pensamiento del general en jefe de que la defensa de la capital era la medida necesaria para obtener la victoria definitiva, con lo que todos los generales presentes cayeron en el mismo absurdo estratégico, y por tanto, en la misma responsabilidad histórica que el jalapeño.⁷⁷³

Enseguida, se pasó a discutir el plan de operaciones, que resultó un nuevo absurdo pues se decidió adoptar una estrategia defensiva fortificando los principales caminos a la ciudad en sus propias goteras, en un círculo de apenas tres leguas, lo cual constituiría la primera línea de defensa, mientras que la segunda se formaría en las garitas. Este brillante plan que, de manera definitiva, cedía al invasor los pasos de la sierra, estaba concebido ex profeso para violar los principios básicos de la guerra: concentración de fuerzas y

⁷⁷¹ *El Monitor Republicano*, 20 de mayo de 1847.

⁷⁷² López de Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 83-87.

⁷⁷³ *Ibid.*

superioridad numérica,⁷⁷⁴ ya que dividía las fuerzas que defenderían a la capital en diversos puestos avanzados, con lo cual cedía a Scott la superioridad numérica en cada uno y por tanto exponía a las tropas mexicanas a ser batidas en *detall* (como en efecto iba a suceder). Fue forjado por los generales González, Valencia, Tornel, Rincón, Liceaga, Alcorta y Ampudia.

El director de ingenieros, Casimiro Liceaga, debería presentar un proyecto de fortificaciones para ambas líneas de defensa y como complemento se organizarían cuerpos de ejército encargados de amenazar los flancos del enemigo. También se formaría un nuevo Ejército de Oriente con las milicias de los estados de México, Querétaro, Puebla, Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Chiapas, que estaría a las órdenes de Nicolás Bravo con Manuel Rincón como su segundo, mientras que el Ejército del Norte sería reforzado con fuerzas de San Luis Potosí, Guanajuato, Morelia, Guadalajara y Zacatecas. El general Valencia partiría a San Luis para ponerse al frente de este ejército y conducirlo a la capital con el general Mariano Salas como su segundo; esto evidenciaba que Valencia era el verdadero dueño de las fuerzas de la coalición. Por último, la capital quedó como base de operaciones, "y por consecuencia, defendida a toda costa".⁷⁷⁵

Concluida la discusión, el general en jefe declaró solemnemente que, no obstante sus instancias para que se le permitiera retirarse de los asuntos públicos, el general Anaya insistió en los términos de su nota del 19 - en la que le pedía que retomara las riendas del

⁷⁷⁴ Karl Von Clausewitz, *De la guerra*, 2 v., México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1991, v. 1, libro III, caps. 8, 11 y 12.

⁷⁷⁵ López de Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 87.

gobierno -, por lo que, "haciendo un nuevo sacrificio", se hallaba dispuesto, a encargarse del poder.⁷⁷⁶

Los resultados de la junta mostraron que Santa Anna contaba aún con poder suficiente para imponer su voluntad, lo cual se explica por el mando que ejercía sobre un importante cuerpo de ejército y el dominio de los moderados sobre la Guardia Nacional. También evidenciaban que el caudillo no permitiría que nadie, sino él, asumiera la dirección de la guerra y la negociación de la paz. Así, todos los generales, incluidos aquellos que habían levantado las fortificaciones en las montañas, tuvieron que manifestarse conformes con su plan de llevar la guerra al corazón mismo de la República, allanándole de nuevo el camino al invasor. Una vez más, también, los actos del jalapeño resultaban incoherentes con la estrategia militar y cada vez más coherentes con la estrategia política propuesta a Polk: llevar a los mexicanos a una situación tal que su única opción fuera la paz. También coincidía con el plan de Scott de poner a la ciudad de México en inminencia de ser tomada.

Sin embargo, el poder de Santa Anna no bastó para deshacerse de Valencia; es de notar que en la junta aquel culpó a anónimos generales, supuestos prófugos de Cerro Gordo, de la inquietud en la capital, que lo obligó a llevar la guerra hasta sus goteras, mientras que Valencia, el evidente líder del movimiento en su contra, obtuvo en el consejo precisamente el cargo en el que menos quería verlo: el mando del Ejército del Norte, que pronto sería reforzado con tropas de los estados coligados. Es claro que, de

⁷⁷⁶ *Ibid.*

haber pretendido dar ese mando a otro general, la guerra civil habría estallado de nuevo, por lo que al parecer se prefirió mantenerla en estado latente.

El regreso oficial de Santa Anna a la presidencia se formalizó el 21 de mayo, al jurar la Constitución de 1824 recién reformada.⁷⁷⁷ En ese acto llamó a los estados a ser solidarios con el gobierno federal. Al día siguiente publicó un “Manifiesto”,⁷⁷⁸ con el que justificó, esta vez ante la opinión pública, la decisión de convertir a la capital en el último bastión de resistencia, con el argumento de que ésta era tan importante por sus recursos que su pérdida implicaría la de la República.⁷⁷⁹ Volvió a hacer referencia a los agentes enemigos que desvirtuaban sus esfuerzos. “Mi obligación era pelear y he peleado: ¿Soy dueño de la victoria para detenerla como mi esclava?”⁷⁸⁰

Los absurdos del discurso santanista no dejaron de ser cuestionados por la prensa, a través de la cual los moderados expresaron su oposición a las intenciones entreguistas del caudillo, sin importar la prohibición de opinar sobre la guerra y su dirigente. Le reprocharon el incumplimiento de la promesa de que no iba a permitir que los invasores llegaran a la capital y que no diera suficientes elementos de confianza a los estados.⁷⁸¹

Los redactores de *El Monitor Republicano* no podían creer que todo fuera a jugarse en una sola batalla y se sorprendían de la puerilidad de los argumentos que en privado exponían los ministros: éstos aseguraban que si el gobierno salía de la capital para instalarse en otra ciudad perdería respetabilidad y prestigio y no contaría con dinero ni

⁷⁷⁷ *Diario del Gobierno*, 21 de mayo de 1847.

⁷⁷⁸ Santa Anna, “manifiesto”, 22 de mayo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 24 de mayo de 1847.

⁷⁷⁹ *Ibid.*

⁷⁸⁰ *Ibid.*

⁷⁸¹ *El Monitor Republicano*, 22 y 24 de mayo de 1847.

para los gastos corrientes.⁷⁸² No faltaban ejemplos en la historia de naciones que habían perdido su capital sin ser derrotadas, por lo que resultaba ridículo pensar que la caída de ésta implicara la derrota definitiva cuando siempre se podría seguir peleando.⁷⁸³

Ante la obviedad de que los militares estaban preparando la derrota, a los periodistas moderados no les quedó más que el sarcasmo: “Ya hemos mostrado varias veces nuestro parecer sobre la defensa de México [lo decisiva que era la defensa de los pasos montañosos]; mas si personas sabedoras del arte militar han opinado en contra de nosotros, no somos tan necios que pretendamos entrar en lid en un terreno que nos es absolutamente desconocido”.⁷⁸⁴

Los “agentes secretos del enemigo”

Observadores de la época nos han dejado testimonio de un Santa Anna aislado en el poder, odiado por toda la capital por el peligro a que la exponía, procurando rodearse únicamente de sus partidarios y desesperado porque no podía entrar en pláticas con el enemigo ante las constantes y abrumadoras acusaciones de traición.⁷⁸⁵ Fue por ello que, para mantenerse en el poder, esgrimió las facultades extraordinarias con mano dura. Mandó arrestar sin orden judicial a quienes, aprovechando la información que tenían, se encargaron de esparcir sospechas y acusaciones luego de Cerro Gordo. Los mentados “agentes secretos del enemigo”, encargados de desvirtuar sus heroicos esfuerzos,

⁷⁸² *Ibid.*, 29 de mayo de 1847.

⁷⁸³ *Ibid.*

⁷⁸⁴ *Ibid.* 1 de junio de 1847.

⁷⁸⁵ Bankhead a su gobierno, 29 de mayo de 1847, Foreign Office, v. 209, fs. 281-283. Bermúdez de Castro a su gobierno, en Figueroa Esquer, *op. cit.*, p. 221.

resultaron ser, por supuesto, los generales Arista, Ampudia, Almonte y todo aquel que se atrevió a criticar sus campañas. El primero como redactor del famoso folleto *Rápida ojeada...* que expuso los errores y exageraciones del caudillo en la campaña del norte. El segundo porque ya militaba en el bando de los puros y había llamado la atención por su indisciplina como oficial del ejército, siempre con la protección de Santa Anna, quien sin embargo quiso alejarlo despachándolo a Cuernavaca, y al negarse a salir pretextando enfermedad, fue arrestado y expulsado el 1° de junio.⁷⁸⁶

Por último, Almonte patrocinaba *El Boletín de la Democracia*, el diario que con más acuciosidad e inquina criticó la derrota de Cerro Gordo y, prácticamente, lo acusó de traición. También fue señalado como uno de los principales líderes de la conspiración que pretendió derrocar al gobierno moderado y con él a Santa Anna. Ahora, tomaba la retirada del general presidente hasta la capital y el abandono de las fortificaciones levantadas en la ruta de Puebla como prueba de traición.⁷⁸⁷ Según una investigación del ministerio de Guerra, Almonte se volvió contra Santa Anna desde que el Congreso eligió a Anaya como presidente sustituto - recuérdese que él fue candidato de los puros - frustrando sus propias aspiraciones, y suponía, no sin razón, que ello se debió a su influencia. Como se recordará, el caudillo se opuso en efecto a la candidatura de Almonte porque éste intentó hacerse con la presidencia durante el motín de los polkos y, luego de la ruptura de Santa Anna con los puros, quedó en el bando de éstos. Dados los secretos que guardaba Almonte como parte de la conspiración habanera, las acusaciones que ahora dirigía contra el jalapeño - que además eran difundidas en *El Boletín de la*

⁷⁸⁶ *Diario del Gobierno*, 2 de junio de 1847, *El Monitor Republicano*, 26-27, 30 de mayo de 1847.

⁷⁸⁷ AHSEDENA, exp. 255, fs. 31-36.

Democracia - resultaban realmente peligrosas, y al parecer las hacía porque de nueva cuenta era uno de los rivales de Santa Anna en las elecciones que en esos momentos desarrollaban las legislaturas estatales.⁷⁸⁸

Es de notarse el tacto con el que Santa Anna trató al resentido Almonte pues, a pesar de que desde Ayotla supo que estaba comprometido en la revolución que se fraguaba en la capital, lejos de tomar medidas en su contra trató de alejarlo dándole el puesto de comandante general del estado de Veracruz el 21 de mayo, “previniéndole que en el término de veinticuatro horas marche a Córdoba”. Sólo cuando dos días después supo que Almonte ponía pretextos para salir y seguía acusándolo, ordenó su arresto y total incomunicación en la cárcel de Tlatelolco, acusado de traición a la patria.⁷⁸⁹

Por su parte, *El Boletín de la Democracia* no tardó en salir en defensa de su patrón y en un editorial comentó que, mientras varios generales eran perseguidos, “el hombre de la Angostura, de Cerro Gordo y Amozoc, cansado de exterminar mexicanos en los campos de batalla, vuelve tranquilamente a sentarse en la silla presidencial. ¡Y a pesar de los gritos de execración que por todas partes se levantan, este *hombre-desastres* encuentra todavía cómplices y esclavos!”⁷⁹⁰ Pretendiendo ignorar el hecho de que Almonte estuvo con Santa Anna en La Habana, donde, ya se sabía, le sirvió de intérprete en las entrevistas con Alexander Slidell Mackenzie,⁷⁹¹ sus amigos continuaron su defensa en términos por demás

⁷⁸⁸ *Ibid.*

⁷⁸⁹ *El Monitor Republicano*, 23 y 25 de mayo de 1847.

⁷⁹⁰ *El Boletín de la Democracia*, 25 de mayo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 26 de mayo de 1847.

⁷⁹¹ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, op. cit., p. 196.

notables por su aparente ingenuidad: lo presentaron como una víctima de Santa Anna que sólo buscaba salvar a su país.⁷⁹²

Sin embargo, el caudillo aplastó de un golpe las aspiraciones de Almonte y, sobre todo, paró en seco las maniobras de quienes tenían en su poder información para inculparlo. Su orden de que nadie entrara o saliera de la capital sin pasaporte fue otra medida abusiva que aumentó el descontento en su contra y no ayudó a hacer popular la defensa; la prensa lo acusó de dar a los ciudadanos las incomodidades de un sitio sin sitiador,⁷⁹³ pero también puede ser que la intención fuera evitar la dispersión de los miembros del Congreso.

La proclama de Scott

En medio de ese ambiente de descontento y desconfianza, en la capital se dio a conocer el texto de una proclama publicada por Scott en Jalapa el 11 de mayo, la cual recordaba que la invasión, del derrocamiento de Paredes y el regreso de Santa Anna habían tenido por objeto prevenir la intervención de Europa en América; pero, "nos equivocamos nosotros, como acaso se equivocaron los mexicanos también al juzgar de las verdaderas intenciones del general Santa Anna, a quien éstos llamaron y nuestro gobierno permitió regresar".⁷⁹⁴

También subrayó el divorcio entre los dirigentes mexicanos y la sociedad, pues ésta era

⁷⁹² *El Monitor Republicano*, 27 de mayo de 1847.

⁷⁹³ *Ibid.*

⁷⁹⁴ *Ibid.*, 25 de mayo de 1847.

víctima de los abusos del gobierno y los militares, lo cual era peor que la invasión y por tanto más convenía al pueblo mexicano rendirse ante los Estados Unidos.⁷⁹⁵

El jalapeño, a su vez, procuró sacar todo el partido posible del documento, interpretándolo conforme a las teorías conspirativas del *Diario del Gobierno*. Estando aún en Puebla, en una carta al ministro de Guerra afirmó que la proclama parecía escrita originalmente en español y esperaba que no fuese obra de uno de los famosos “agentes secretos del enemigo” que estaban llevando a los mexicanos a desconfiar de sus autoridades.⁷⁹⁶ Por supuesto, no dejó de aprovechar el reproche de Scott: “me honra demasiado cuando dice *que ellos se equivocaron al juzgar de mis verdaderas intenciones, y que por eso me permitió su gobierno regresar a mi país*. En efecto, Sr. Exmo., los Estados Unidos se engañaron cuando creyeron que yo sería capaz de traicionar a mi patria”.⁷⁹⁷

Hay que hacer notar que el caudillo se atrevía a reconocer que Polk le permitió regresar porque, desde enero, la prensa había publicado el mensaje del segundo al Congreso estadounidense, en el que aclaró que permitió tal retorno para apoyar al partido liberal en su lucha contra el monarquismo. Toda la elite política lo sabía de sobra, aunque se empeñaba en disimular, lo cual explica que la proclama, como el mensaje de Polk en su momento, no produjesen ningún comentario relevante en los periódicos.

Lo que sí comenzó a circular en la prensa fue el rumor de que tanto radicales como monarquistas estaban volviendo a sus viejas obsesiones. Los primeros, ante la pérdida de

⁷⁹⁵ *Ibid.*

⁷⁹⁶ Santa Anna al ministro de la Guerra, 13 de mayo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 15 de mayo de 1847.

⁷⁹⁷ *Ibid.* Las cursivas son de Santa Anna.

hegemonía en favor de Santa Anna y los moderados, se disponían a trabajar por su opción más radical: la anexión a los Estados Unidos, mientras que los segundos insistían en promover una intervención europea y el establecimiento de un trono.⁷⁹⁸

Según los autores del manifiesto de Veracruz, varias veces citado, quien sí manifestó un comentario importante fue el pueblo mismo, quien no dudó en dar su aval a la denuncia que hizo Scott sobre la opresión de que era objeto por parte de los distintos gobiernos y la detestada casta militar.⁷⁹⁹

Al final, la proclama de Scott contenía una declaración interesante: advirtió que, de ser necesario, su gobierno enviaría a México un ejército de cien mil hombres, y que “los Estados Unidos no terminarían sus diferencias con México teniendo que hacerlo por las armas de un modo incierto ni precario ni menos deshonroso”.⁸⁰⁰

Tal declaración obedecía a que no sólo la opinión pública mexicana era consciente de la insignificancia del ejército invasor, sino que la prensa internacional también hacía notar la falta de seriedad con que Mr. Polk estaba dirigiendo “su” guerra. Las críticas procedían, en primer lugar, de la propia opinión pública estadounidense. En el último tercio de enero de 1847, el *New York Express* y el *Herald* publicaron una carta del general Zachary Taylor, dirigida a su colega Edmund P. Gaines, en la que le describía las carencias que su ejército tuvo que sufrir en la campaña del río Bravo en materia de suministros y transportes, que costaron miles de muertos por enfermedades e hicieron tan difícil la

⁷⁹⁸ Bankhead a su gobierno, 30 de abril de 1847, Foreign Office, v. 209, fs. 142-145 v.; *El Monitor Republicano*, 12 y 20 de mayo de 1847.

⁷⁹⁹ *El estado de Veracruz a todos los de la Federación mexicana...*, loc. cit.

⁸⁰⁰ *El Monitor Republicano*, 25 de mayo de 1847.

toma de Monterrey. Ese documento causó conmoción, sobre todo la indignación de Polk,⁸⁰¹ pues se le acusaba de hacer la guerra sin elementos suficientes.

Esto dio a los periódicos tela para cortar, pues ésa era la opinión generalizada entre ellos, que de manera continua denunciaban que las tropas habían sido enviadas a una guerra “de cartucho sin bala”, que así no era posible dominar a ocho millones de mexicanos y se necesitaba un ejército de al menos 50,000 hombres.⁸⁰² Ya hemos mencionado que de hecho Polk había puesto sobre las armas a poco más de 40,000 hombres y que iba a terminar la guerra con un ejército de 100,000 voluntarios bisoños, pero que por carecer de oficiales para entrenar y dirigir grandes contingentes estaba haciendo la guerra básicamente con su ejército de línea, menos de 9,000 soldados. De hecho el gobierno nunca pudo darle a Scott el ejército de 20,000 soldados de línea contemplado en el plan de campaña contra la ciudad de México.⁸⁰³

En Londres, el *Times* del 18 de febrero también publicó la carta del general Taylor. El redactor afirmaba que el documento era una prueba de la locura de Polk al pretender conquistar México, y de la imposibilidad de obligar a los mexicanos a pedir la paz. Monterrey fue tan sólo una de las ocasiones en que el ejército estadounidense se libró de la derrota, y el que Taylor concluyera que en esas condiciones resultaba imposible continuar la campaña por el norte, era consecuencia de “proclamar una guerra astuta”, sin tener el poder de adoptar todas las medidas que exigía. Las contribuciones impuestas para

⁸⁰¹ Polk, *op. cit.*, v.1, p. 208-211.

⁸⁰² *El Tribuno de Nueva York*, s/f, en *Diario del Gobierno*, 19 de abril de 1847. *Diario del Gobierno*, 6 de marzo de 1847.

⁸⁰³ *Vid.* introducción de este trabajo. McCaffrey, *op. cit.*, p. 176-177, menciona que el ejército de Scott estaba integrado en su mayoría por soldados profesionales. Johnson, *passim*.

sostenerla ya estaban causando un descontento general, y aun así, eran insuficientes para poner a una nación desprovista de la adecuada infraestructura militar en condiciones de emprender grandes operaciones ofensivas.⁸⁰⁴

La guerra de Mr. Polk es ridícula y despreciable. Injusta en su origen, ha querido justificarse con la hipocresía, y se ha llevado al cabo con impotencia. La única esperanza de una pronta conclusión o de un éxito feliz, es la traición del jefe mexicano más influyente; pero aunque el gabinete de Washington ha hecho varias tentativas de obtener los medios de *comprar* la paz, confiamos en que el general Santa Anna no cometerá jamás tal infamia.⁸⁰⁵

La renuncia

Ante el creciente descontento en su contra y la oposición moderada a entregar la ciudad de México, Santa Anna decidió someterse a una prueba de fuego: presentó su renuncia mediante oficio dirigido al Congreso el 29 de mayo. Decía ser objeto de intrigas de aquellos que deseaban la paz y que el enemigo esperaba una revolución en su contra para poder avanzar desde Puebla. "Yo puedo parar con una palabra ese movimiento revolucionario [...] Esa palabra es la renuncia formal que hago por la presente nota de la presidencia interina de la República".⁸⁰⁶

Al parecer, lo que el caudillo buscaba con este acto espectacular e inesperado era poner a los moderados ante la perspectiva de enfrentar solos a Valencia y la coalición, y ver si, luego de pensarlo, apoyaban la medida extrema de entregar la ciudad de México

⁸⁰⁴ [The] Times, 18 de febrero de 1847, en *Diario del Gobierno*, 18 de abril de 1847.

⁸⁰⁵ *Ibid.* Las cursivas son del original.

⁸⁰⁶ Santa Anna al Congreso, 29 de mayo de 1847, en *El Monitor Republicano*, 29 de mayo de 1847.

para obligar al Congreso a autorizar la apertura de negociaciones con el invasor. Por supuesto, no resulta sorprendente que los moderados recularan ante tal perspectiva y se mostrasen dispuestos a sostenerlo en la presidencia.

El Republicano y *El Monitor republicano* reaccionaron calificando la renuncia de calamidad, pues se daba en momentos en que el país se estaba desintegrando por la actitud de los estados, reacios a entregar recursos y dispuestos a separarse del territorio nacional. "¿Se levantará con la admisión de esa renuncia la compuerta a todos los horrores de la anarquía?" El Congreso tenía entonces una grave cuestión para reflexionar.⁸⁰⁷

La prensa moderada que llamó apasionadamente a la resistencia, que afirmó que la paz era inaceptable, que criticó el abandono de las fortificaciones en los pasos de la sierra, que pidió que Santa Anna fuera destituido de la presidencia y sometido a juicio, y que juzgó una tontería convertir a la capital en el último bastión de resistencia, terminaba tragándose sus palabras y recomendando al Congreso prudencia, con lo que en realidad planteaba la necesidad de que el partido moderado se adhiriese a la causa del caudillo: la entrega de la capital, para evitar "todos los horrores de la anarquía", es decir, el regreso de los radicales.

A este respecto, Gabriel Valencia salió el 24 hacia San Luis Potosí para tomar el mando del Ejército del Norte,⁸⁰⁸ y el 31, en Lagos, los representantes de Jalisco, San Luis

⁸⁰⁷ *El Republicano*, 29 de mayo de 1847. *El Monitor Republicano*, 29-30 de mayo de 1847. *El Razonador*, 1 de junio de 1847, en *El Monitor republicano*, 3 de junio de 1847.

⁸⁰⁸ *El Monitor Republicano*, 26 de mayo de 1847.

Potosí, Querétaro, México, Zacatecas y Aguascalientes establecieron formalmente la coalición de estados, y sus dirigentes ratificaron, en un manifiesto a la nación fechado el 6 de junio, la postura que habían expresado en diversos documentos:

en el evento de que por cualquier accidente llegue a faltar la representación nacional, o aunque no falte, no tenga el soberano congreso nacional toda la libertad necesaria en sus deliberaciones, a juicio de la coalición, reasumirá ésta la representación de los estados coligados, como centro de unión de los mismos. Protestan, que jamás consentirán, ni pasarán por ningunos convenios o tratados de paz que se estipulen y celebren con el enemigo norteamericano, mientras éste amenace u ocupe la capital o algún otro punto de la República Mexicana: como así mismo, que no reconocerán ninguna suspensión general de armas que comprenda todas las fuerzas beligerantes de la nación.⁸⁰⁹

Ahora que Gómez Farías y sus partidarios estaban fuera del poder, y por tanto, de los beneficios de la paz, se mostraban partidarios de la guerra. Salta a la vista la preocupación por la libertad del Congreso, lo que demuestra su temor de que el jalapeño lograra consumir la política habanera. La postura de no aceptar ningún acuerdo con el enemigo mientras éste ocupara cualquier parte de la República, había variado, pues ahora se hacía énfasis en rechazar un tratado que se firmase con la capital amenazada u ocupada, lo cual redundaba en lo anterior. No menos notable resultaba la advertencia de que no se reconocería ninguna suspensión general de armas; con ella, los coaligados preveían el armisticio de agosto-septiembre, producto, como veremos, del acuerdo entre Santa Anna y Scott de librar un combate en las afueras de la capital, para entonces

⁸⁰⁹ *Ibid.*, 15 de junio de 1847.

justificar una suspensión de hostilidades que propiciase la apertura de negociaciones. Es evidente que el plan de Santa Anna resultaba obvio para todo el mundo.

Que la coalición y su postura eran obra de Gómez Farías también parecía ser claro para observadores como don Carlos María de Bustamante.⁸¹⁰ En realidad, fue obra de colaboradores del líder radical como Manuel Doblado y Francisco M. Olaguíbel, quienes, al menos desde diciembre de 1846, lo mantuvieron informado de sus trabajos para organizarla.⁸¹¹

Así, ante el resurgimiento de la influencia de Gómez Farías, concretada con el apoyo armado de varios estados, los moderados no tuvieron más remedio que sostener a Santa Anna. Este acercamiento siguió reflejándose en la prensa de la capital. Dos días después de la renuncia del caudillo, apareció un nuevo periódico titulado *La Guerra*, que defendió con pasión las tesis sobre las que Santa Anna pretendía llevar la guerra hasta la capital y refutó todas las críticas que se hicieron a sus campañas militares. Por supuesto, era posible que esta publicación estuviese auspiciada por el propio jalapeño, pero es un hecho que los demás periódicos, la mayoría de tendencia moderada, fueron olvidándose de las evidencias de traición para lamentar las consecuencias del retiro del general.

El Monitor Republicano, en su editorial del 30 de mayo, acabó de plano adoptando el discurso del *Diario del Gobierno* al advertir que estaba triunfando la supuesta política estadounidense de difundir entre los mexicanos el miedo a la traición, "para que nosotros mismos seamos el instrumento de nuestra derrota". Enseguida venía el ataque a la

⁸¹⁰ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, op. cit., v.2, p. 207.

⁸¹¹ Manuel Doblado a Valentín Gómez Farías, Guanajuato, 28 de diciembre de 1846, AVGF, 2174.

coalición al afirmar que los estados pervirtieron a la federación al convertirla en instrumento de su egoísmo. "El gobierno reprimiendo todos los partidos, debería congregarlos alrededor del estandarte sagrado de la patria, y así verificaría la unión que hace invencibles a los pueblos".⁸¹²

Esta última cita debió ser música para los oídos de Santa Anna. Aunque la opinión moderada se esforzaba por parecer crítica, al abjurar de la tesis de su traición y condenar la postura de la coalición, hacía evidente que estaba dispuesta a sostenerlo, y la propuesta de reprimir a los partidos significaba en realidad que aceptaba aliarse con el caudillo para "reprimir" a los radicales.

El espaldarazo final vino del Congreso: el 30 de mayo se aprobó una ley que dispuso que las elecciones presidenciales, que debieron celebrarse el 15, se pospusiesen hasta el 30 de septiembre,⁸¹³ y el 31 la comisión de puntos constitucionales, compuesta por los moderados Lafragua y Urquidi, recomendó no aceptar la renuncia del presidente.⁸¹⁴ Al parecer, todo ello convenció a Santa Anna de que contaba con el apoyo moderado y, antes de que los radicales pudieran rechazar el dictamen, se apresuró a retirar su renuncia el 2 de junio, con el pretexto de que estaba enterado de que Scott se aprestaba a atacar la ciudad aprovechando la inquietud que aquella había causado: "Forzoso es, por tanto, hacer un nuevo sacrificio: no soy capaz de desertar del peligro, ni de dar motivo a un desastre".⁸¹⁵

⁸¹² *El Monitor Republicano*, 30 de mayo de 1847.

⁸¹³ *Ibid.*, 31 de mayo de 1847.

⁸¹⁴ *Ibid.* y 1 de junio de 1847.

⁸¹⁵ Santa Anna al Congreso, 2 de junio de 1847, en *Diario del Gobierno*, 2 de junio de 1847.

Al mismo tiempo, luego de los ataques de la prensa moderada contra los gobiernos estatales, el *Diario del Gobierno* anunció con regocijo que las fuerzas de varios estados, convencidos de la necesidad de auxiliar al gobierno federal, se dirigían ya a la capital.⁸¹⁶ Sin embargo, parece claro que estas fuerzas – que después Santa Anna se acreditaría como uno más de sus milagros – no iban a la capital a combatir en primer término al invasor, sino a impedir que el jalapeño y los moderados la entregaran y consumaran la política habanera.

Como puede verse, el juego de fuerza entre las facciones consistía en decidir quien tendría el privilegio de lograr la paz. En un principio, Santa Anna, Almonte y Rejón armaron la jugada La Angostura-Veracruz con objeto de convencer u obligar al ala moderada del Congreso a aceptar la apertura de negociaciones con Washington; ante el fracaso de la estratagema, Baranda intentó lograr este objetivo en contra de la oposición de moderados y radicales, reflejada en el acuerdo de ambas facciones dentro del Congreso a favor de continuar la guerra. Esta decisión se debía, por parte de los radicales, a que iban a quedar fuera de los beneficios de una paz acordada por Santa Anna, y por parte de los moderados, a que planeaban poner en juego el verdadero potencial bélico del país para enfrentar la invasión con mayor eficiencia y tal vez lograr una paz digna. La derrota de Cerro Gordo parece entonces propiciada por el caudillo con el doble objeto de facilitar el avance del invasor y con ello romper el entusiasmo guerrero de los moderados. El objetivo ahora era llevar la guerra hasta la capital para provocar artificialmente un desenlace.

⁸¹⁶ *El Monitor Republicano*, 31 de mayo de 1847. Brevísimas descripciones de estas tropas, al parecer bien armadas y equipadas, pueden verse en el mismo diario, 24, 28, 29 de mayo y 1 de junio de 1847.

Tal estrategia política parecía realizable debido a dos factores: primero, gracias al Plan de la Ciudadela, la política habanera resistió la desaparición del carácter constituyente del Congreso, de modo que el caudillo podía seguir manipulando la guerra para presionar y obligar a este último a autorizar negociaciones de paz; y segundo, la derrota de Cerro Gordo, la conspiración radical para derrocar al gobierno de Anaya y la coalición de estados llevaron a los moderados al bando de Santa Anna.

La caída de la capital se hacía inexorable porque todo lo anterior se conjugaba con lo que sucedía en Washington. Lejos de ver a la ofensiva sobre Saltillo como una traición, el presidente Polk no daba muestras de perder la confianza en Santa Anna. Por el contrario, siguiendo las primeras recomendaciones del caudillo, decidió enviar a un agente diplomático armado con dinero al terreno de los hechos para acechar el momento propicio de hacer la paz, lo cual venía a ser ahora el complemento ideal para la decisión de Santa Anna de poner fin a la guerra en la ciudad de México. Esto coincidía notablemente con el plan de campaña del general Scott, que descansaba en la premisa de que la paz iba a obtenerse en el momento en que dicha ciudad fuera puesta en peligro inminente de ser tomada.

Capítulo VII

El rescoldo habanero

El dictamen que recomendaba no aceptar la renuncia del general Santa Anna a la presidencia de la República encontró gran oposición en el Congreso; justo cuando iba a ser rechazado el caudillo se retractó.⁸¹⁷ Esto confundió a todo el mundo, incluso algunos afirmaron que el caudillo había enloquecido: "la historia de su renuncia y contra renuncia, son el mejor indicante de su situación y del estado de su cerebro".⁸¹⁸ Salvador Bermúdez de Castro, quien venía observando los pasos del general desde su regreso, y con quien éste se permitía incluso cierto grado de confianza, le preguntó francamente si al renunciar de verdad se proponía retirarse, o si tal paso era tan sólo la antesala de la dictadura; la elusiva respuesta fue que "se hallaba convencido de la imposibilidad de prolongar la guerra o concluir la paz, mientras existiese la anarquía federal y un legislativo adverso, los cuales anulaban completamente la acción y la autoridad del ejecutivo".⁸¹⁹

De allí que podamos suponer que las principales metas de Santa Anna en junio de 1847 eran, primero, someter o eliminar "la anarquía federal" (dígase los radicales y su coalición de estados), y segundo, ganar la voluntad del Congreso, hasta convencerlo de autorizar la apertura de negociaciones de paz.

⁸¹⁷ *El Monitor Republicano*, 3 de junio de 1847.

⁸¹⁸ Alcaráz, *op. cit.*, p. 204.

⁸¹⁹ Citado por Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1999, p. 222.

Fortificación de la capital

Por el momento, la meta inmediata, que a su vez le serviría para alcanzar las antes mencionadas, era la fortificación de la capital, medida necesaria si se quería mantener la postura oficial de que de su defensa dependía el resultado de la guerra. A la salida del Ejército de Oriente a la campaña de Cerro Gordo, el gobierno de Anaya dispuso que se emprendieran obras de fortificación en la ciudad, y desde el primer momento resultó evidente que esto exigiría gran cantidad de trabajadores, materiales y herramientas, difíciles de pagar con los modestos recursos del ramo de contribuciones directas del Distrito Federal. Para colmo, muchos causantes tomaron el partido de ausentarse de la ciudad o negarse a pagar las exacciones que se les impusieron. Las obras se detenían frecuentemente por falta de materiales o trabajadores, mientras que la población no superaba su falta de entusiasmo, hasta que el gobierno dispuso tomar por la fuerza lo que fuere necesario.⁸²⁰

En cuanto a recursos, Anaya había decretado el 27 de mayo que todas las contribuciones directas e indirectas de los estados pasaran al gobierno federal, y durante abril y mayo el clero y varios particulares lograron recaudar donativos para la fabricación de cañones a la Paixhans.⁸²¹ El 30, con Santa Anna recién llegado, el gobierno absorbió el derecho del 3% sobre pastas de plata y oro, mientras que una vez más el clero garantizó con sus bienes un préstamo, esta vez por casi dos millones de pesos. Independientemente

⁸²⁰ A H SEDENA, exp. 2591, f. 37-41 y exp. 2511, *passim*.

⁸²¹ *El Monitor Republicano*, 15 de junio de 1847. Los cañones a que se hace referencia se distinguían por disparar granadas, no simples balas de hierro.

de esta última operación, se consiguió un millón más mediante derechos de exportación, empeños de alcabalas y un préstamo con Manning y Mackintosh.⁸²²

Con el fin de presentar a Scott un cuadro desalentador en caso de que llegara hasta el valle de México, el gobierno de Anaya había mandado inundar los terrenos llanos que rodeaban a la ciudad por el oriente y el sur rompiendo los diques de la laguna de San Cristóbal y otros mantos acuíferos, mientras que por el poniente y el norte la ciudad quedaba protegida por las montañas. De esta forma, tal como en los días en que Cortés puso sitio a Tenochtitlán, los estadounidenses tendrían que atacar forzosamente por las calzadas que quedaban arriba del nivel de las aguas, lo que implicaba casi un suicidio.

Al llevar la guerra hasta la capital, Santa Anna cedió, por segunda vez (recuérdese lo ocurrido en Tamaulipas), los pasos de la sierra, esta vez los ubicados entre los valles de Puebla y México. Con todo, el plan de defensa de la ciudad, trazado en la junta del 28 de mayo, aun cuando dividía a las fuerzas mexicanas y eximía a Scott de la obligación de imponer un sitio, le planteaba retos casi insuperables. Consistía en fortificar las principales calzadas de acceso a la ciudad por el oriente y el sur, así como los cerros del norte y el poniente, todos de tránsito obligado para el enemigo. Las mencionadas calzadas se unían a los caminos de Puebla y Acapulco, respectivamente, y por tener sus costados inundados representaban puntos de defensa inexpugnables; las fortificaciones fueron levantadas en el cerro Peñón Viejo, sobre el camino de Puebla, y la hacienda de San Antonio Coapa, sobre el camino de Acapulco. Al norte se determinó fortificar los cerros de Zacoalco y Guerrero, próximos a la Villa de Guadalupe, y por el poniente el castillo de Chapultepec

⁸²² Carlos Rodríguez, en Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 128-130.

fue convertido en fortaleza con artillería suficiente para dominar todos los caminos que desembocaban a la ciudad por ese viento. Esta línea de defensa, que era la principal o externa, fue reforzada con una segunda interna apoyada en las garitas de la ciudad: San Lázaro, San Antonio Abad, Puente y Convento de Churubusco por el oriente-sur, y Nonoalco, Vallejo, Peralvillo, Belén y San Cosme por el norte-poniente.⁸²³

Todo era, de nueva cuenta, representación teatral, pues como veremos, igual que Scott, el caudillo tenía pensado poner a la ciudad de México en peligro inminente de ser tomada. En primer término, convencería al Congreso de abrir negociaciones de paz sin que Scott tuviera que pisar el Valle de México; y en segundo, en caso de no lograrlo, convencer al jefe invasor de librar un combate en alguno de los puntos fortificados, y entonces, con la ciudad bajo amenaza, convencer al Congreso de autorizar negociaciones.

Los trabajos de fortificación en las garitas despertaron inquietud y confusión en la ciudad, pues parecían confirmar que se tendría que soportar un sitio. Por tal razón, el 3 de junio, las autoridades del Ayuntamiento se permitieron hacer a Santa Anna la pregunta que todo el mundo ansiaba hacerle: "¿Se quiere acaso que México sucumba como Veracruz no por el valor americano ni bajo influencia de la fortuna, sino por la aflicción y las lágrimas de las mujeres, de los niños y de los ancianos?" El general contestó que su resolución era mucho más firme que la de los jefes de Veracruz.⁸²⁴

Semejante pregunta desató su ira. Quizá se sintió desnudo ante la mirada inquisitiva de los funcionarios municipales, quienes pusieron en evidencia que todo el

⁸²³ A H SEDENA, exp. 2591, fs. 149-150.

⁸²⁴ *Ibid.*, exp. 2749, fs. 4-11.

mundo vislumbraba sus intenciones, y por eso reaccionó violentamente acusándolos de traición y cobardía. La actitud y las acusaciones del interpelado se tornaron tan serias y amenazantes que el presidente municipal y la mayor parte de los concejales optaron por huir de la ciudad u ocultarse, lo cual fue aprovechado por Tornel para convencer u obligar al resto del Ayuntamiento a aceptar el plan de defensa.⁸²⁵

Sin embargo, la actitud draconiana del caudillo no evitó que las críticas y las suspicacias siguieran manifestándose, igual que sucedió en San Luis Potosí antes de La Angostura, con respecto a la organización del ejército y su inexplicable estacionamiento en la capital.

Para cubrir las líneas de defensa, era necesario hacer una gran concentración de tropas y, en efecto, para cuando Santa Anna tomaba las riendas del gobierno y aceleraba los trabajos de fortificación, en la ciudad ya había grandes contingentes de soldados. La prensa anunciaba que sumando las tropas que condujo el general presidente desde Orizaba, las que llegaron del sur bajo el mando de Juan Álvarez, los contingentes de Guardia Nacional enviados por Toluca, Morelia, Guanajuato y Querétaro y la Guardia Nacional de la propia México se contaba con 16,000 hombres, "provistos de todo lo necesario para presentarse al combate".⁸²⁶ Esto fue lo que hizo expresar a los autores de los *Apuntes para la historia...* que "Sólo porque son tan comunes las exageraciones en

⁸²⁵ Prieto, *op. cit.*, p. 397.

⁸²⁶ *El Monitor Republicano*, 1 de junio de 1847.

nuestro país, puede haberse permitido que se diga sin contradicción, que el general Santa Anna fue el único que formó el ejército que combatió en el Valle de México".⁸²⁷

En efecto, la versión de que Santa Anna volvió a crear un ejército de la nada se debe a la continua repetición de las palabras del propio caudillo, quien en varios documentos describió, con su acostumbrada falta de modestia, supuestos esfuerzos para aprontar la defensa, de manera muy similar a como afirmó que había generado de la nada el ejército que combatió en La Angostura.⁸²⁸

Nuevo gabinete de coalición

Al mismo tiempo que se levantaban las obras de defensa, en el terreno político el jalapeño volvió a su casi ininterrumpido empeño de aglutinar a su alrededor a las facciones en pugna, con el evidente propósito de ganar la voluntad del Congreso. El 8 de junio *El Monitor Republicano* anunció que el general presidente se disponía “a entregarse en brazos del partido puro” mediante próximos cambios en el gabinete.⁸²⁹ En efecto, cuatro días después, Baranda renunció al ministerio de Relaciones, repudiado por Santa Anna, quien al parecer no le perdonó que apoyara a Anaya en el intento de concertar la paz dejándolo al margen, o que intentara eliminar al Congreso, o ambas cosas. Pero no fue sustituido por un radical, sino por el moderado Domingo Ibarra, al tiempo que un radical,

⁸²⁷ Alcaraz, *op. cit.*, p. 201.

⁸²⁸ *Vid.*, sobre todo, Santa Anna, *Detall de las operaciones ocurridas en defensa de la capital de la república, atacada por el ejército de los E. U. del Norte*, México, Ignacio Cumplido, 1847, p. 9-11.

⁸²⁹ *El Monitor Republicano*, 8 de junio de 1847.

Vicente Romero, tomaba la cartera de Justicia.⁸³⁰ Así, el caudillo pretendía formar un gabinete de coalición en el que, según Lafragua, radicales y moderados pugnaron por imponerse a sus rivales.⁸³¹

Al mismo tiempo, el general presidente declaró que la unión tenía que conseguirse a toda costa y que por ello daba por terminados los juicios que se seguían a “algunos mexicanos”. El 14 de junio decretó que cesara todo procedimiento en las causas formadas hasta la fecha por delitos políticos, y que se liberase a los presos por ese tipo de delitos.⁸³²

De esta forma cesó su persecución en contra de los “agentes secretos del enemigo”, es decir, Almonte y otros generales presos o desterrados de la capital bajo los cargos de conspiración y traición. Podría pensarse que tal medida se debía a que Santa Anna estaba seguro de que había logrado aplacar a los agitadores luego de darles un buen escarmiento, pero tal vez se debía también a que la prensa se mostraba preocupada por las desavenencias en el ejército y lo acusaba de tratar de eliminar a Almonte por ser su rival en las elecciones presidenciales. Era de notarse que el gobierno tenía desavenencias con demasiados generales: Bravo, Rincón, Canalizo, Arista, Miñón, Urrea, García Conde, Requena, Morales, Almonte y Ampudia.⁸³³

Sin embargo, conforme el caudillo fue recuperando su influencia, sus partidarios comenzaron a resucitar el viejo proyecto de su dictadura,⁸³⁴ sobre todo ahora que había asegurado su permanencia en el poder gracias a la posposición de las elecciones

⁸³⁰ *Ibid.*, 15 de junio de 1847.

⁸³¹ Lafragua, *op. cit.*, s/f.

⁸³² *El Monitor Republicano*, 15 de junio de 1847.

⁸³³ *El Monitor Republicano*, 7 de junio de 1847.

⁸³⁴ *Ibid.*, 8 de junio de 1847; Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1999, p. 226.

presidenciales. Ante el peligro, la prensa moderada retomó su postura crítica y de presión sobre él y, una vez más, tal como sucedió en la campaña del norte, cuando se dejó a Taylor andar a sus anchas por el estado de Tamaulipas, los diarios comenzaron a criticar la pasividad con que mantenía al ejército reunido en la capital, tan solo en espera del siguiente movimiento de Scott. Nadie se explicaba por qué razón no se avanzaba siquiera a 1000 hombres de los 16,000 con que se contaba para que abatieran a las partidas enemigas que deambulaban por el camino de Puebla.⁸³⁵

El letargo del caudillo pareció más absurdo pocos días después, cuando llegaron noticias de que Scott sólo disponía en Puebla de 6,500 hombres,⁸³⁶ pues acababa de perder 3,000 voluntarios que regresaron a los Estados Unidos al cumplir el plazo para el que fueron reclutados.⁸³⁷ Por más que lo negara el general invasor, la verdad era que su gobierno estaba dirigiendo la guerra de un modo “incierto, precario y deshonesto”, ya que dejaba a su comandante en jefe con pocos soldados en medio de territorio enemigo, frente a un ejército rival con superioridad numérica que podía cortar su línea de comunicaciones en cualquier momento e infligirle una derrota definitiva.

De nada servía que la prensa moderada aplicara la estrategia. Todo indicaba que Scott no podía avanzar a la capital, entonces, si en México había 16,000 hombres, bien podían destinarse 4 o 5,000 a Huamantla o Nopaluca para cortar las comunicaciones del enemigo con Perote. Era importante hacer este movimiento antes de que Scott recibiera refuerzos y así dejarlo aislado en Puebla; sin embargo, mostrando a la vez escepticismo

⁸³⁵ *El Monitor Republicano*, 7 de junio de 1847.

⁸³⁶ *Ibid.*, 10 de junio de 1847.

⁸³⁷ Eisenhower, *op. cit.*, p. 371-372.

sobre la disposición del caudillo a detener al invasor, y una aguda crítica de sus actos arbitrarios, los diarios expresaban su desencanto.⁸³⁸

Además del miedo a la dictadura, las críticas de la prensa moderada se debían también a su inconformidad por el regreso de los radicales al gobierno. En su editorial del 10 de junio, los redactores *El Monitor Republicano* decían que “realmente no existe plan ni en las operaciones ni en la política del actual gabinete” y afirmaron que la inclusión en él de los radicales sólo podría llevar al debilitamiento del gobierno y a su alejamiento del partido moderado. “¿Qué necesidad hay de buscar a los apóstatas políticos, a los traficantes de opinión para formar *meeting* permanente, que distraiga cuando menos la atención del gobierno?”⁸³⁹

La necesidad era ganar al ala radical del Congreso; aun así, los moderados trataban de ridiculizar el intento de Santa Anna y parecían olvidar la amenaza de Valencia y la coalición de estados. Bermúdez de Castro también ridiculizaba ante su gobierno los movimientos del general presidente, sin apreciar su tacto político.⁸⁴⁰ Sería el propio Santa Anna quien se encargaría de explicar a los moderados el objetivo del gabinete de coalición. El 17 de junio llamó a su presencia a uno de los redactores de *El Monitor Republicano* para quejarse por “el giro turbulento y anárquico que había tomado la prensa”. Afirmó que deseaba conciliar los intereses de todas las facciones para formar un gran partido nacional, pero como la prensa (moderada) se encargaba de fomentar la discordia, amenazó a ese diario con suprimirlo si no dejaba de fomentar la desunión. El

⁸³⁸ *El Monitor Republicano*, 10 de junio de 1847.

⁸³⁹ *Ibid.*

⁸⁴⁰ Citado por Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1999, p. 222.

periodista anónimo contestó que la prensa sólo ejercía un derecho al criticar los actos del gobierno, que las personas de las que el general se rodeaba no inspiraban confianza y que el nombramiento del nuevo ministro de Justicia había causado gran disgusto. La entrevista concluyó con la queja del caudillo de que se sentía a merced de los escritores y con la respuesta de que *El Monitor Republicano* sólo cumplía con su deber.⁸⁴¹ Al día siguiente, el editor Vicente García Torres recibió un recordatorio del decreto del 8 de junio, que prohibía, so pena de ser acusado de traición, que la prensa comentara cualquier hecho referente a los preparativos de defensa⁸⁴² y, además, la amenaza de ser enviado a la fortaleza de Acapulco si su periódico seguía negándose a respetar la prohibición.⁸⁴³

No obstante las amenazas contra *El Monitor Republicano*, otro periódico, *El Razonador* (propiedad del seguramente resentido Baranda) mantuvo la postura crítica de la prensa al insistir en que Santa Anna tenía que salir a campaña, pues no había explicación para que miles de soldados permanecieran inactivos en la capital, cuando el invasor se encontraba mermado en Puebla. Juzgaba necesario salir a cortar la línea de comunicaciones del invasor, de lo contrario, era mejor hacer la paz de una vez y no dar a Scott oportunidad de fortalecerse para marchar a imponerla a la capital.⁸⁴⁴

⁸⁴¹ *El Monitor Republicano*, 18 de junio de 1847.

⁸⁴² *Ibid.*, 9 de junio de 1847.

⁸⁴³ *Ibid.*, 19 de junio de 1847.

⁸⁴⁴ *El Razonador*, s/f, en *El Monitor Republicano*, 27 de junio de 1847.

Se confirma el acuerdo

Entre tanto, Nicholas P. Trist, el ministro plenipotenciario estadounidense, encargado de negociar un tratado de paz, se hallaba en Veracruz desde el 6 de mayo. Al no encontrar transporte para reunirse con el general Scott en Jalapa, decidió enviarle una nota en la que lo ponía al tanto de su llegada, así como del objeto de su misión, a la vez que le adjuntaba una nota de James Buchanan proponiendo al gobierno mexicano la apertura de negociaciones y el proyecto de tratado de paz redactado por el secretario de Estado, con la súplica de que los remitiera de inmediato al ministerio de Relaciones Exteriores de México. El mensaje de Trist era muy parco, pues no daba detalles de su misión ni de la importancia de que Scott la apoyara, ni hacía un reconocimiento explícito de la autoridad de éste en el terreno militar, por lo que el grado de autoridad con el que el diplomático llegaba a México quedaba un tanto confuso. Así, la petición de que el proyecto de tratado fuera remitido de inmediato sonaba más como una orden que como una petición.⁸⁴⁵

Da la impresión de que la ansiosa descortesía del diplomático estadounidense se debía a que desembarcó en Veracruz con el absoluto convencimiento de que el gobierno mexicano estaba dispuesto a negociar, de modo que pensaba que cuanto más pronto recibiera la nota de Buchanan y el proyecto de tratado más se adelantaría el final de la guerra. Sin embargo, Scott, quien para entonces tenía interés en ser el encargado de negociar la paz, sintió que Polk lo dejaba al margen para privarle del lauro diplomático, así que su reacción fue negarse a remitir el proyecto de tratado con el pretexto de que el gobierno mexicano estaba imposibilitado para abrir negociaciones por prohibición expresa

⁸⁴⁵ Eisenhower, *op. cit.*, 374-378; Sobarzo, *op. cit.*, p. 216-221.

del Congreso. Al mismo tiempo, descargó su frustración sobre Trist reprochándole su descortesía y advirtiéndole que debía cuidarse de pretender ser su superior y de que su misión diplomática pudiera darle facultades para decidir sobre aspectos estrictamente militares, lo que parecía desprenderse de la especulación que el comisionado hacía en su carta sobre una próxima y necesaria suspensión de hostilidades.⁸⁴⁶

Trist contestó con una nota igualmente airada, tras lo cual ambos hombres quedaron seriamente enemistados. El diplomático llegó a Jalapa el 14 de mayo y, con objeto de evitar todo contacto con Scott, se refugió en el cuartel del general Persifor F. Smith. Poco después, Scott marchó a Puebla, a donde llegó el 28 de mayo, sosteniendo ambos otro intercambio de notas ofensivas que sorprendían por su acritud y preocuparon al gobierno de Washington al recibir copia de esa correspondencia,⁸⁴⁷ al grado que Polk temió por la realización del plan de campaña: “Tengo serios temores de que *el preciso momento* de hacer la paz (a saber, en el momento en que nuestro ejército se aproxime a la ciudad de México), se pierda a causa de la arrogancia y de la desordenada vanidad del general Scott y en razón de su desobediencia a las órdenes y por no obrar en armonía con el señor Trist”.⁸⁴⁸

El comisionado estadounidense llegó a Puebla a principios de junio y, nuevamente presa de la ansiedad - tenía en México más de 20 días y no lograba ponerse en contacto con el gobierno mexicano -, decidió saltar a Scott y buscar un conducto alternativo para hacer llegar la documentación de que era portador al ministerio de Relaciones Exteriores.

⁸⁴⁶ *Ibid.*

⁸⁴⁷ *Ibid.*

⁸⁴⁸ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 283. Las cursivas son nuestras.

Enterado de que el mes anterior Charles Bankhead había ofrecido de nueva cuenta la mediación de Inglaterra, se dirigió a él para pedirle que entregara a Domingo Ibarra, ministro de Relaciones Exteriores, la nota sellada del secretario de Estado James Buchanan, y le informara de su presencia en Puebla. Bankhead se mostró dispuesto a intervenir; luego de comentar a Trist que acababa de perderse un momento precioso para la paz, pues por un momento el ministro Baranda se mostró dispuesto a abrir negociaciones, le avisó que enviaría a Puebla al secretario de la legación británica, Edward Thornton, con el encargo de recoger la nota de Buchanan, llevarla a la ciudad de México y ponerla en manos de Ibarra. Previamente, Bankhead averiguó si Santa Anna estaría dispuesto a recibir el documento y, como sabía que en el Congreso había un gran partido favorable a la paz (¿los moderados?), envió una nota privada a Ibarra para ponerlo al tanto de sus gestiones.⁸⁴⁹

Thornton viajó a Puebla, se entrevistó con Trist y recibió la nota de Buchanan. En el informe que rindió a Bankhead, el secretario comunicó la súplica del comisionado estadounidense de que se informara al gobierno mexicano que, si quería hacer una proposición que aconsejara suspender el avance del ejército contra la capital, tendría un tiempo razonable (de diez a quince días) para estudiar la nota de Buchanan y dar una respuesta. Trist usaría su influencia con el general Scott para inducirlo a detener el avance, agregando que no tenía duda de conseguirlo. Thornton tampoco dudaba de la posibilidad de que el ejército invasor permaneciera en Puebla, pues, “como el general Scott mismo me dijo, él había reflexionado frecuente y seriamente sobre lo mucho que las dificultades

⁸⁴⁹ Bankhead a su gobierno, 26 de junio de 1847, Foreign Office, v. 210.

para concluir un tratado se incrementarían con la presencia del ejército de los Estados Unidos en la capital”. El secretario de la legación británica hizo ver a Trist que los tres millones de dólares autorizados por el Congreso para concluir un tratado fueron muy mal vistos en México; universalmente se supuso que estaban destinados a sobornar a ciertos miembros del gobierno, pero que, si al concluir un tratado de paz alguna suma pudiera ser puesta en manos del gobierno mexicano, eso lo pondría en condiciones de “mantener en el terror” a aquellos que se opusieran a la renovación de relaciones. Trist contestó que era imposible emplear los tres millones en sobornos, por la necesidad de exponer tales materias ante el Congreso; pero, en caso de concluirse un tratado, sería dada una suma al jefe del gobierno mexicano, de modo que pedía a Bankhead que aprovechara “cualquier oportunidad de propagar la idea de que ese sería el caso”.⁸⁵⁰

Este testimonio ha llevado al historiador Carlos E. Castañeda a adjudicar a Thornton la autoría de la idea de corromper a los políticos mexicanos para lograr la paz.⁸⁵¹ Sin embargo, dado que la idea de dotar al gobierno mexicano de los recursos necesarios para sofocar a la oposición en cuanto se firmara un tratado era original de Santa Anna, y le fue propuesta directamente a Polk desde la primera misión de Atocha, más bien parece que el secretario británico trató de confirmar, quizá por encargo del jalapeño, si Polk seguía en lo dicho; como se ve, Trist fue muy enfático al confirmarlo.

⁸⁵⁰ Thornton a Bankhead, 14 de junio de 1847, *ibid.*

⁸⁵¹ Carlos Eduardo Castañeda, “El proceso del general Scott por sus relaciones con el general Santa Anna”, *Memoria de la VIII Reunión del Congreso Mexicano de Historia celebrada en la ciudad de Durango en el mes de septiembre de 1947*, México, 1949, p. 160.

Cuando Thornton regresó a la capital y entregó a Relaciones Exteriores la nota de Buchanan, y una copia a Santa Anna, éste expresó con franqueza que ansiaba un arreglo con los Estados Unidos y prometió que, tan pronto fuera posible reunir una fracción importante de partidarios de la paz en el Congreso, sometería la nota a éste cuerpo y pondría su mayor empeño en su inmediata y favorable consideración.⁸⁵²

De acuerdo con la política de lograr la paz a través del Congreso, la respuesta oficial de Relaciones Exteriores a Buchanan fue que el presidente Santa Anna había decidido que, “estando reservado el arreglo del negocio de que se trata [la apertura de negociaciones] al Soberano Congreso de la Nación, a él transmite la citada nota de V. E.”. Agregaba que la resolución del Congreso le sería comunicada más tarde.⁸⁵³ Como se ve, el caudillo seguía aferrado a su política, aunque fuese con un Congreso ordinario, obligado a ocuparse de la guerra pero, como enfatizaba el propio jalapeño, en última instancia depositario de la soberanía. Esa supuesta obligación del Congreso, pronto iba a ser cuestionada, pues con el restablecimiento de la Constitución de 1824 y la desaparición del carácter Constituyente del Congreso, el Plan de la Ciudadela ya no tenía validez.

Thornton, de regreso en Puebla para entregar la respuesta mexicana, se presentó ante Trist el 24 de junio, acompañado de Ewen C. MacKintosh, cónsul general británico en Puebla, y de un tal Mr. Turnbull, comerciante inglés en la misma ciudad. Le informaron que Santa Anna estaba dispuesto a abrir negociaciones, pero necesitaba tiempo para vencer la oposición que pudiera presentarse en el Congreso. Era necesario que el ejército

⁸⁵² Bankhead a su gobierno, 26 de junio de 1846, Foreign Office, v. 210.

⁸⁵³ Bosch, *op. cit.*, p. 593-594; Foreign Office, v. 210, f. 68-69.

invasor permaneciese en Puebla hasta que se alcanzara tal objetivo, pues su avance contra la capital disiparía toda esperanza de paz. Turnbull, como avanzando una insinuación, afirmó que si el general presidente tuviera fondos a su disposición para cabildear en el Congreso, estaría en mejor situación de conseguir el nombramiento de comisionados para discutir con Trist las bases de un tratado.⁸⁵⁴

Animados por el interés que el ministro estadounidense mostraba ante estos preliminares, los agentes de Santa Anna procedieron a exponer abiertamente los términos de la propuesta: suspensión de la marcha contra la capital, 10,000 dólares en efectivo como anticipo para suavizar la actitud de ciertos opositores de la paz y un millón de dólares en el momento en que se firmara un tratado.⁸⁵⁵

Trist se declaró convencido de que la única forma de cumplir el ardiente deseo de Polk por un tratado de paz era aceptar esa propuesta, sin que importara su naturaleza irregular. Pero también se dio cuenta de que la única forma de cumplir con la petición de suspender la marcha del ejército invasor era contar con la cooperación del general Scott. De modo que decidió hacer a un lado el rencor y se dispuso a dar un primer paso de acercamiento. Al día siguiente, le escribió la nota que debió escribirle desde su llegada a Veracruz, con la que hubiera evitado el violento malentendido que se suscitó entre ambos. Le explicó los detalles y objetivos de su misión, con la esperanza de borrar las iniciales suspicacias del militar. Éste aceptó el gesto y enseguida se mostró interesado por las negociaciones secretas que Trist mencionaba de manera imprecisa. El mismo 25 de

⁸⁵⁴ Castañeda, *El proceso del general Scott...*, *op. cit.*, p. 161.

⁸⁵⁵ *Ibid.* ⁸⁵⁵ Bosch, *op. cit.*, 1985, p. 593-594; Foreign Office, v. 210, f. 68-69.

junio ambos personajes escribieron a su gobierno elogiándose mutuamente y asegurando que, en adelante, trabajarían cordialmente; sin embargo, ninguno de los dos mencionó que estaban a punto de inmiscuirse en un negocio de dudosa naturaleza.⁸⁵⁶

Puestos a discutir los medios y las formas de cumplir con su parte del trato, Trist y Scott concluyeron que suspender el avance hacia la capital no era problema, pues, de hecho, la escasez de efectivos y municiones impedía al el ejército invasor ponerse en marcha. El mismo Trist, en una comunicación a su gobierno - y coincidiendo con la opinión de Santa Anna -, había expresado su inquietud porque el avance hacia la capital pudiera tener consecuencias adversas, pues seguramente el gobierno y Congreso mexicanos se trasladarían a un lugar remoto y eso reforzaría la posición de los opositores de la paz.⁸⁵⁷ Por lo tanto, la primera petición del jalapeño no sólo era fácil de satisfacer, sino que obraba en beneficio de los invasores.

El asunto de los fondos que pedía el caudillo mexicano era un poco más complicado. Trist expuso que no era posible tomar dinero de los tres millones votados por el Congreso sin comprobantes públicos. Scott tenía la solución, sin embargo, pues contaba con un fondo destinado a gastos secretos, del cual podría tomarse el anticipo de 10,000 dólares destinado al cohecho de desconocidos congresistas mexicanos. Después, de la partida de los tres millones de dólares, Trist podría desviar un millón hacia el mismo fondo para ser entregado a Santa Anna, mientras que los dos restantes serían dados al gobierno mexicano en el momento de firmar la paz, tal como el presidente Polk había previsto. No

⁸⁵⁶ *Ibid.*, p. 161-162.

⁸⁵⁷ Trist a Buchanan, 13 de junio de 1847, Manning, *op. cit.*, p. 312.

obstante estas decisiones, el general Scott se tomó tres semanas antes de ponerlas en ejecución. Primero hizo partícipe del plan al general Gideon Pillow, amigo cercano de Polk, al parecer con el fin de convencerlo de que no había más alternativa si se quería obtener la paz, y de que el soborno era algo común en la diplomacia; esperaba obtener su aprobación y, dada la estrecha relación de Pillow con la administración Polk y su influyente posición en el partido demócrata, tener una especie de aval político en caso de que su trato reciente con Santa Anna fuera descubierto y cuestionado.⁸⁵⁸ Por desgracia para el jalapeño, con ello lo privó de un tiempo precioso y de recursos indispensables para poner en práctica su deseo de seducir al Congreso con miles de argumentos estadounidenses.

Desfacer el entuerto

Sin el dinero en la bolsa, el general presidente comenzó a hacer gestiones para que el Congreso se reuniera. El 21 de junio, al mismo tiempo que entregaba la nota de Buchanan, Santa Anna solicitó a Luis de la Rosa, entonces presidente del Congreso, que hiciera cuanto estuviese en su mano para reunir a este cuerpo; así se hizo y la comisión permanente acordó llamar a los diputados a sesionar por ocho días consecutivos, pero sin resultado.⁸⁵⁹ Al parecer, la mayoría había salido de la capital y no tenían recursos para regresar, pues los gobiernos estatales les adeudaban sus sueldos.⁸⁶⁰

⁸⁵⁸ Castañeda, *El proceso del general Scott...*, op. cit., p. 163-165.

⁸⁵⁹ *El Monitor Republicano*, 28 de junio de 1847.

⁸⁶⁰ *Ibid.*, 4 de julio de 1847.

Para la opinión moderada, este problema era obra de los radicales, decididos a paralizar al Congreso con su inasistencia, lo que llevó a que los diputados de otros partidos se desesperaran y marchasen a sus estados. Los radicales obtuvieron el premio a su constancia y ahora eran ellos los que se presentaban a sesionar para acusar a los ausentes de promover la disolución del Congreso.⁸⁶¹

No obstante su disgusto por el reciente acercamiento de Santa Anna a los radicales y el tono agresivo de su prensa contra el gobierno, los moderados seguían decididos a apoyar al caudillo en la búsqueda de la paz, y prueba de ello fue su intento de deshacer el entuerto creado por el Congreso con el decreto del 20 de abril de 1847, que concedió facultades extraordinarias al Ejecutivo, pero que también prohibió a todo el mundo pensar siquiera en negociar con el invasor. Se propusieron entonces formar una comisión permanente de legisladores con funciones de Consejo de Gobierno, con base en lo que establecían los artículos 6 y 7 del mencionado decreto para el caso de que el Congreso se viera imposibilitado de continuar sus sesiones. Tal comisión tendría importantes facultades, como la de nombrar presidente interino en caso de vacante, pero, a nuestro modo de ver, dado que se recurría a este recurso para suplir al Congreso, también podía usársele para autorizar a Santa Anna a negociar. Así, el 17 de junio 36 diputados pidieron la instalación del Consejo y el 18 notificaron al ministro de Relaciones que estaba hecho, con el general Anaya como presidente y Octavio Muñoz Ledo como vicepresidente. Sin embargo, los radicales reaccionaron y denunciaron que el Consejo era ilegal, argumentando que, con la promulgación del *Acta de Reformas*, la ley del 20 de abril

⁸⁶¹ *Ibid.*, 5 de julio de 1847. *El Republicano*, 1 de julio de 1847.

quedaba derogada y que la existencia misma del Congreso era dudosa por ser un cuerpo no emanado de la Constitución. Ante la oposición radical, el gobierno se limitó a declarar que no creía conveniente juzgar si era tiempo de formar el Consejo y que lo único que deseaba era la reunión del Congreso por todos los medios posibles.⁸⁶² Evidentemente, se había intentado desplazar a los radicales para que Santa Anna pudiera acercarse al enemigo con la anuencia de los moderados; pero los primeros seguían empeñados en impedir que el jalapeño lograra la paz.

Por supuesto, la prensa moderada no dejó de expresarse y el Congreso y los diputados ausentes fueron el centro de sus comentarios. Para *El Razonador*, era claro que el Congreso evadía escuchar propuestas de paz, mientras que el gobierno evitaba ser acusado de traidor y por eso quería transferir la decisión al Legislativo, aun cuando tomarla estaba dentro de sus facultades.⁸⁶³

Por su parte, *El Monitor Republicano* siguió cayendo en ambigüedades y contradicciones. Puntualizó que el artículo 110 de la Constitución facultaba al gobierno para negociar tratados de paz a reserva de la aprobación del Congreso, pero que al consultar este asunto con la representación nacional daba una muestra de “circunspección”. En franco apoyo a Santa Anna, sus redactores afirmaban que sólo el Congreso podía discernir hasta qué punto la dignidad y la conveniencia quedarían comprometidas dando oídos al invasor, por lo que terminaban condenando al Legislativo por su negativa a reunirse. “El Congreso está haciendo muy crítica nuestra situación, y

⁸⁶² Sordo, en Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, 1997, p. 90.

⁸⁶³ *El Monitor Republicano*, 27 de junio de 1847.

nosotros, federalistas, enemigos de la dictadura, y amantes de la causa de la guerra y del honor del país, clamaremos sin cesar, porque no acaben con el sistema y la nacionalidad también unos cuantos”.⁸⁶⁴

Difícil resultaba entonces casar la decisión por la guerra y la condena de aquellos que se negaban a escuchar al enemigo. La verdad era que Santa Anna y los moderados se aferraban inútilmente al rescoldo que había quedado de la política habanera pues, luego de la promulgación del *Acta de Reformas*, el Congreso seguía en funciones tan sólo por una argucia de Santa Anna, su existencia era dudosa por no emanar de la Constitución, junto con su carácter constituyente se había extinguido su poder absoluto y por tanto era incompetente para ocuparse de las relaciones internacionales.⁸⁶⁵

“Sí, señores; precisamente eso es”

Ante la completa paralización del Congreso, al iniciar julio la prensa moderada se decidió a hablar con franqueza y exigió que el Congreso se reuniera para ponderar la posibilidad de entrar en negociaciones con el enemigo. *El Monitor Republicano* volvió a calificar de antipatriotas a los diputados faltistas y afirmó abiertamente que lo que más urgía en ese momento era dar respuesta a las proposiciones de paz estadounidenses.

⁸⁶⁴ *Ibid.*, 28 de junio de 1847.

⁸⁶⁵ Sordo, en Josefina Z. Vázquez, *op. cit.*, p. 90.

No obstante el apoyo de los moderados al caudillo jalapeño, la prensa criticó la salida de Domingo Ibarra de Relaciones para ser sustituido por José Ramón Pacheco. Una vez más, *El Monitor Republicano* afirmó que el gobierno actuaba sin un plan definido.⁸⁶⁶

Ante la reiteración de esta crítica, Santa Anna cumplió sus amenazas. El 10 de julio un piquete de soldados se presentó en la imprenta de Vicente García Torres para apresarlo, pero logró escapar. Por supuesto, los redactores de *El Monitor Republicano* denunciaron la violación a la libertad de imprenta,⁸⁶⁷ lo cual no sirvió de nada, pues al día siguiente el gobierno ordenó la supresión de todos los periódicos de la capital, a excepción del *Diario del Gobierno*, que no hizo un solo comentario sobre la medida, pero se dedicó a refutar las acusaciones de traición que pesaban sobre el presidente, repitiendo que éstas fueron inventadas y difundidas por Washington para eliminar a su peor enemigo. Contestó también a las críticas de que el gobierno no tenía programa afirmando que Pacheco apenas había tomado el ministerio y no tardaría en definir su política.⁸⁶⁸

Ante todo lo visto, puede decirse que las críticas de la prensa contra el caudillo no eran realmente importantes y, en el caso de la moderada, por momentos incluso decantaban en su apoyo, lo cual, según algunas fuentes,⁸⁶⁹ puede explicarse por el hecho de que el caudillo mantenía una rígida mordaza sobre los periódicos - el llamado a su presencia de impresores y escritores cuando el tono de la opinión pública no era de su

⁸⁶⁶ *El Monitor Republicano*, 9 de julio de 1847.

⁸⁶⁷ *Ibid.*, 10 de julio de 1847.

⁸⁶⁸ *El Diario del Gobierno*, 12 de Julio de 1847.

⁸⁶⁹ *Reclamación. Que la mayoría de los diputados residentes en la capital de la república, dirigió a la suprema corte de justicia, pidiendo que las legislaturas de la unión declaren anticonstitucional el decreto de 11 de junio de 1847, que suspendió la libertad de imprenta en el distrito federal, 4 de agosto de 1847, El Monitor Republicano, 24 de noviembre de 1847, "El estado de Veracruz a todos los de la Federación Mexicana", en El Monitor Republicano, diciembre de 1847-enero de 1848.*

agrado es un evidente indicio de que así era -; por ello, la supresión de la prensa resultaría difícil de explicar de no ser porque, en lugar de periódicos, lo que comenzó a circular en la capital fue una serie de folletos con los que se trataba de convencer al público de la conveniencia de una dictadura,⁸⁷⁰ justo cuando el Congreso tenía un mes debatiendo sobre la última comunicación de Buchanan solicitando la apertura de negociaciones y se ponía en marcha el acuerdo corruptor concertado con Scott: El 16 de julio, el general invasor entregó a un oficial mexicano de alta graduación el anticipo de 10,000 dólares (que al final, parece ser, Santa Anna se embolsó). La correspondencia entre Trist y los representantes de Santa Anna se activó y Thurnbull asumió el papel de intermediario.⁸⁷¹

Sin embargo, era tarde. El Congreso se reunió por fin y, al parecer, los moderados terminaron rindiéndose ante la oposición radical: el 13 de julio una comisión, compuesta por Otero y Lafragua, concluyó que la Constitución era clara y explícita al afirmar en su artículo 110 que era facultad del Ejecutivo dirigir la política exterior y firmar tratados, por lo que la representación nacional no podía ni debía ocuparse de las comunicaciones en las que el gobierno estadounidense proponía abrir negociaciones de paz. Se decidió la traslación del Congreso a Querétaro y se declaró que no se permitiría que los Estados

⁸⁷⁰ *Reclamación...*, *ibid.* Mariano Otero, "Réplica a la defensa que el ministro de Relaciones...", *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1848.

⁸⁷¹ Enrique Cárdenas de la Peña, *Tiempo y tarea de Luis G. Cuevas*, México, Talleres de Contabilidad Ruf Mexicana, 1982, p. 174-175. En su editorial de 24 de noviembre de 1847, ya libre de la mordaza santanista, *El Monitor Republicano* interpretó la supresión de la prensa y la búsqueda de la dictadura como elementos de la política traidora de Santa Anna: la primera "no pudo ser menos a propósito, pues era cuando más se necesitaba de ese auxilio. Ya se ve que entonces no habría podido el general Santa Anna *desplegar su actividad*, como lo hizo para sumergir a la patria en un abismo de males [...]", mientras que la segunda venía a ser la confirmación de que existió un acuerdo basado en una dictadura santanista sostenida por los Estados Unidos.

Unidos obtuviesen una paz que, dadas las circunstancias, resultaría afrentosa para México y les aseguraría la conquista de los territorios ambicionados.⁸⁷²

¿Cuál habría sido la postura del Congreso si, en efecto, Santa Anna hubiera tenido a tiempo dinero estadounidense para seducir a políticos y diputados capaces de influir sobre ese cuerpo? Jamás lo sabremos.

La reacción del Jalapeño era obligada, y ahora toda su energía y habilidad se centró en impedir que el Congreso, una vez sentada su postura, efectivamente huyera de la capital o se dispersara, y con ello la posibilidad de la paz, situación muy temida tanto por él como por Trist y el general Scott. Su siguiente paso fue dirigir una comunicación al Congreso, en la que se empeñaba en mantener encendido el rescoldo habanero.

En dicha comunicación, fechada el 16 de julio, José Ramón Pacheco, nuevo ministro de Relaciones Exteriores, decía al Congreso que el general presidente aún tenía dudas sobre lo que debía hacer respecto de la proposición estadounidense de abrir negociaciones. El gobierno tenía bien claro cuáles eran las facultades que la Constitución le concedía, sin embargo, insistía en solicitar a la representación nacional que declarara francamente si el gobierno debía o no escuchar proposiciones de paz, pues “no quiere hacer más que la voluntad del Congreso”. Agregaba que al Ejecutivo no le bastaba la libertad en que se le dejaba para hacer uso de sus facultades, pues la ley del 20 de abril contradecía la resolución del Congreso de no entender en negociaciones diplomáticas. Hacía notar que, luego de publicada la Constitución, a nadie se le ocurrió revocar esa ley.

⁸⁷² *Diario del Gobierno*, 14 de julio de 1847. Mariano Otero, “Réplica a la defensa...”, *El Monitor Republicano* 4 de abril de 1848.

Además: “Si este decreto se dio por un Congreso llamado a entender en todo lo relativo a la guerra con los Estados Unidos, subsistiendo esta guerra, y subsistiendo este Congreso, es claro que subsiste este decreto”.⁸⁷³ Sobre la traslación del Congreso, el ministro apeló al patriotismo de los diputados para que no abandonaran la ciudad, pues era en ella donde iba a decidirse la guerra.⁸⁷⁴

Si los diputados pensaban que “lo que quiere el gobierno es que nosotros le saquemos del embarazo”, Pacheco les respondía: “sí, señores; precisamente eso es”. Afirmaba que el gobierno se veía embarazado para actuar por “los manejos calumniosos” en su contra, que evidentemente, no le permitían escuchar proposiciones de paz.⁸⁷⁵

El documento resulta notable porque obligaba al Congreso a resolver su propio entuerto (la ley del 20 de abril) y cuestionaba su patriotismo en caso de no hacerlo, con lo que Santa Anna aseguraba la permanencia del Congreso en la capital, y con ello la posibilidad de seguir presionándolo.

No fue gratuito que Trist se deshiciera en halagos para la pieza concebida por Santa Anna y Pacheco: “es uno de los más hábiles documentos oficiales que haya leído. Nada podría ser más lúcido o concluyente que sus argumentos [...] Su fuerza es irresistible, y el Congreso no puede sino postrarse todo ante él”. Añadía que ahora ese cuerpo tendría que derogar la ley del 20 de abril o asumir la responsabilidad por la prolongación de las hostilidades, responsabilidad que, según Trist, los diputados no

⁸⁷³ *Diario del Gobierno*, 18 de julio de 1847.

⁸⁷⁴ *Ibid.*

⁸⁷⁵ *Ibid.*, en la fe de erratas publicada por el *Diario del Gobierno* el 19 de julio la frase “le saquemos del embargo” fue cambiada por “le saquemos del embarazo”.

estaban dispuestos a tomar. Tal parece que comprendía con claridad el doble juego de Santa Anna, pues se percataba de que aun cuando la comunicación de Pacheco estaba llena de las acostumbradas invectivas contra los Estados Unidos, de las más decididas expresiones bélicas y del tan repetido concepto de que la paz implicaría la desaparición de la nación mexicana, era claro que el presidente Santa Anna estaba ansioso por tomar el asunto en sus manos con toda libertad. Así, el caudillo era, a los ojos de Trist, el hombre clave: “Es, evidentemente, no sólo *el* hombre de este país, sino el único capaz de ejercer una decisiva o ejecutiva influencia sobre sus asuntos”.⁸⁷⁶

Sin embargo, la confianza de Trist en la capacidad de Santa Anna para arrastrar a los mexicanos a la paz resultó exagerada. Si bien el Congreso suspendió su traslado a otra ciudad, ya no volvió a reunirse, por lo visto para evadir la obligación de responder a Pacheco y, por otra parte, aunque la prensa había sido eliminada, la opinión pública, ahora expresada en rumores de pasillos y cantinas, denunció la traición del presidente. Para contrarrestarla, el único periódico en circulación, el *Diario del gobierno*, y otras publicaciones santanistas no hacían sino deshacerse en halagos para el caudillo: lo defendían de las críticas que se hacían a sus campañas, le atribuían la formación del nuevo ejército y publicaban la avalancha de ascensos y premios con que fueron distinguidos casi todos los oficiales que participaron en la batalla de La Angostura, medida que evidenciaba los esfuerzos del general presidente por afianzar la fidelidad del ejército.

Haciendo a un lado el abandono de Puebla y las fortificaciones de Río Frío, la fortificación de la capital fue tomada por el santanismo como prueba irrefutable de las

⁸⁷⁶ Trist a Buchanan, 23 de julio de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 916.

rectas intenciones del caudillo. En uno de sus editoriales, el *Diario del Gobierno* repitió con orgullo que la ciudad lucía imponente, como nunca, gracias al “genio creador” de Santa Anna, y que era casi imposible que fuera tomada. Por ello, los redactores no podían más que asombrarse de que esto no bastara para acallar a los enemigos del general, quienes aseguraban que éste se disponía a hacer la paz y entregar a la República.⁸⁷⁷

Sin embargo, la contradicción no abandonaba el lenguaje del gobierno, pues luego de prometer la victoria, al día siguiente el mismo periódico abogaba por la paz. En un nuevo editorial afirmaba que el general Santa Anna no podía negociar o recibir a Trist sin echarse encima a todos los partidos, y que sin embargo, iniciar negociaciones era “la acción no sólo más sencilla, sino prudente, racional y debida”. La ley del 20 de abril colocaba al gobierno en situación muy comprometida y saltar esa barrera había sido el propósito de la nota del 16 de julio dirigida por Pacheco al Congreso.⁸⁷⁸ En los días siguientes los redactores siguieron insistiendo en que “la resolución soberana” del Congreso era la única que debía fijar la política del gobierno.⁸⁷⁹

Sin embargo, el Congreso parecía tener oídos sordos ante estos llamados, a pesar de que Santa Anna y algunos diputados hacían cuanto podían por atraer a los ausentes a las sesiones.⁸⁸⁰ Debido a la intransigencia de los moderados, que por lo visto no querían tener nada que ver con los radicales, el intento del caudillo por ganar la voluntad de las facciones mediante el gabinete de coalición no había servido de nada, lo cual reforzó el

⁸⁷⁷ *Diario del Gobierno*, 24 de julio de 1847. El Cronista Mexicano, *La feliz aparición del 19 de mayo del corriente* año, México, Imprenta de Mariano Arévalo, 1847, p. 5.

⁸⁷⁸ *Ibid.*, 25 de julio de 1847.

⁸⁷⁹ *Ibid.*, 26 y 31 de julio de 1847.

⁸⁸⁰ *Ibid.*, 31 de julio de 1847.

empeño de los segundos por impedir que el jalapeño se adelantara en la consumación de la política habanera.

Santa Anna y Scott

El caudillo jalapeño decidió llevar las cosas hasta el último extremo. Volvió a ponerse en contacto con Trist a través de su agente en Puebla. Le informó que las gestiones para lograr que el Congreso se reuniera y autorizara la apertura de negociaciones habían encontrado fuerte resistencia. Por tanto recomendaba que el general Scott marchara hacia el valle de México y amenazara a la capital. Esto le permitiría intimidar al Congreso con la responsabilidad de exponer a la ciudad a un sitio por negarse a hacer la paz.⁸⁸¹ Da la impresión de que Santa Anna estaba dando a Scott la señal para poner en práctica la parte medular de su plan de campaña y, que por tanto, estaba enterado de su existencia.

Trist comunicó tal recomendación a Scott, quien, por supuesto, no dudó en ponerla en práctica: de inmediato ordenó hacer preparativos de marcha y al general Franklin Pierce, quien acababa de desembarcar en Veracruz con refuerzos, que se apresurara, para lo cual se le facilitaron transportes.⁸⁸²

Al mismo tiempo, Santa Anna confió al ministro español que el objeto de todos sus esfuerzos había sido siempre la dictadura. Según testimonio de Bermúdez de Castro, el 25 de julio, durante una charla con el caudillo, éste le dijo que estaba convencido de que

⁸⁸¹ Castañeda, "El proceso del general Scott...", *op. cit.*, p. 170.

⁸⁸² *Ibid.*, p. 171.

Washington en efecto deseaba la paz y por ello estaba dispuesto a ceder la Alta California aunque no el río Bravo.⁸⁸³

Respecto a las dificultades que enfrentaba para llegar a este acuerdo con los Estados Unidos, Santa Anna confesó estar seguro de que todo se simplificaría en cuanto se quitara la máscara liberal con que se cubrió para volver al país. La había tomado sólo para contemporar con el partido que se había adueñado de la República, pues en realidad pensaba que “Era necesario que la federación acabase de desacreditarse y para conseguirlo la dejó entregarse a sus excesos”.⁸⁸⁴ Creía que las clases acomodadas estarían convencidas ahora de la necesidad de sostenerlo en el poder, pues, mientras él combatía, la opresión de los radicales de los estados había exasperado a la gente de influencia contra el sistema federal. Por eso también había despreciado el poder en los primeros momentos y se dedicó a organizar el ejército.⁸⁸⁵

Con tales declaraciones el general corroboraba que el año anterior los radicales habían tenido razón al oponerse a sus veladas aspiraciones dictatoriales, y que el motín de los polkos fue el resultado de esa pugna. Bermúdez de Castro no hizo ningún comentario al respecto; lo que llamó su atención fue que el caudillo parecía tener al fin, gracias a su dominio sobre el ejército, las condiciones ideales para erigirse en dictador.⁸⁸⁶

Así, según el ministro español, lo único que faltaba al caudillo para dar el golpe era estar seguro de que la opinión pública estaría dispuesta a aceptar un cambio que acabase

⁸⁸³ Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1999, p. 434.

⁸⁸⁴ *Ibid.*, p. 228.

⁸⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁸⁶ *Ibid.*, 228-231.

con la Federación.⁸⁸⁷ El diplomático observó que la dictadura era imposible mientras el enemigo estuviera cerca de la capital, ante lo cual Santa Anna le confió que su objetivo secreto era permitir al enemigo llegar a la capital, y entonces concluir la guerra en caso de sufrir una derrota.⁸⁸⁸

Escéptico ante la simplicidad del plan, Bermúdez de Castro le cuestionó enseguida si el general Valencia (como brazo armado de la coalición de estados) aceptaría la dictadura, a lo que el general presidente respondió: “El general Valencia [...] vendrá conmigo, pero por si alguno intentara resistir al movimiento, va a publicarse un decreto por el cual se [declara] al presidente de la república, general en jefe de todas las fuerzas que se hallen en su territorio [es decir, también del Ejército del Norte y las tropas estatales]. Estoy resuelto, poco después a acabar con esta situación a todo trance”.⁸⁸⁹

Es de notar la claridad con la que el caudillo confesó que el plan de defensa no tenía otro objetivo que el de abrir negociaciones. También es interesante que ahora Santa Anna se sintiese capaz de dominar a Valencia; tal vez, el consenso que había logrado entre los jefes del ejército era ya tan fuerte que no dudaba que aquel tendría que plegarse a sus deseos. Sin embargo, el optimismo del jalapeño estaba lejos de ser realista, pues, como iba a verse en los hechos, las Guardias Nacionales enviadas por los estados a la capital e incluso ciertas unidades del ejército permanente tenían el velado propósito de oponerse al plan esbozado ante el ministro español y, además, al parecer los radicales también estaban cortejando a Scott. Esto se desprende de la información que obraba en poder de

⁸⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸⁸ *Ibid.*, p. 230.

⁸⁸⁹ *Ibid.*, p. 231.

la legación británica sobre las intenciones de los radicales. Desde antes de servir a Trist como intermediario, Thornton tenía fuertes sospechas de que Rejón estaba acercándose al general estadounidense a fin de llevar a su partido al poder con ayuda del ejército invasor. Igual que Santa Anna, el líder radical deseaba que Scott llegara a México para que su partido pudiera tomar el poder y hacer la paz (¿También conocía el plan de Scott? Hay que recordar que también estuvo en contacto con Washington a través de Atocha). El diplomático inglés decía que tales sospechas las veía confirmadas por “varias pequeñas circunstancias [...] y por unas expresiones usadas por el último en mi entrevista con él”. El general habló de que las grandes dificultades para hacer la paz pedían su presencia en la capital, pero que una paz hecha con un gobierno formado por él mismo no obligaría a los estados restantes (¿para lo cual requería de la influencia de Rejón?). Thornton decía que Scott se mostró muy sorprendido de la mala opinión que tenía de Rejón, “el cielo sabe que no sin razón”, y que se había enterado de que el nombre del radical mexicano era ampliamente familiar entre los generales del Estado Mayor. Todo esto, a juicio de Thornton, daba razón del perseverante grito de guerra sostenido por los radicales, y mucho temía que su siguiente paso fuera reunir al Congreso para tomar en consideración la nota de Buchanan.⁸⁹⁰

Si hemos de creer a Thornton, su testimonio confirma el empeño de Rejón y los radicales por evitar que Santa Anna consumara la política habanera, y que la inminente defensa de la ciudad de México en realidad iba a ser una pugna entre Santa Anna y los moderados, por un lado, y los radicales, por el otro. Ambos grupos se disputarían el

⁸⁹⁰ Thornton a Bankhead, 29 de junio de 1847, Foreign Office, v. 213, f. 14-15.

privilegio de lograr la paz, y con ello, pagar con territorio la invasión que, como dijo Scott, evitó la intervención europea.

Entre tanto, el Ejército del Norte llegó a la Villa de Guadalupe con 4000 efectivos el 26 de julio. Al anochecer, Valencia asistió a la junta de guerra convocada por el general presidente, quien al parecer se proponía informar a los jefes del ejército que - en consonancia con sus planes - la estrategia que pensaba seguir era de carácter meramente defensivo. El general Valencia reaccionó al instante declarándose en desacuerdo, pues el paso lógico a seguir, desde el punto de vista estratégico, era salir a detener al enemigo en el camino a Puebla e incluso dar una batalla campal. Tal desacuerdo fue visto después como un "¡Funesto preludio de los aciagos acontecimientos posteriores!".⁸⁹¹

Bankhead, en cambio, ofrece una versión distinta de esa junta y del encuentro entre Santa Anna y Valencia. En carta a su gobierno, el británico expresó que por muchos días estuvo en estado de ansiedad al ver que las dificultades entre el presidente Santa Anna y el Congreso seguramente terminarían destruyendo las esperanzas de paz. Fue sólo después de prolongadas discusiones "que el general Santa Anna ha sido capaz de proclamar su deseo de paz de la manera más abierta", mientras que los congresistas terminaron retirándose a sus respectivas casas. Al mismo tiempo, el diario oficial publicó artículos "fuertemente indicativos de un deseo de paz", lanzados como "medidores del espíritu público" y, según opinión del ministro, fueron bien recibidos.⁸⁹²

⁸⁹¹ Alcaráz, *op. cit.*, p. 225.

⁸⁹² Bankhead a su gobierno, 29 de julio de 1847, Foreign Office, v. 210, f. 178-182.

En este ambiente se realizó la junta del 26 de julio, en la que el presidente requirió la opinión de los generales sobre la situación, pero éstos prefirieron “no aparecer con una postura definida”. La razón de éste fracaso de Santa Anna en convencer de una vez a los generales de la necesidad de hacer la paz (o tal vez de que lo apoyaran para erigirse en dictador), fue comúnmente atribuida a la llegada el mismo día del general Valencia y su ejército, quien, se sabía, estaba decidido a derrocar al caudillo al menor indicio de que éste se aprestaba a negociar con los invasores. Lógicamente, Bankhead creía que, en adelante, los esfuerzos de Santa Anna se dirigirían a someter a Valencia, o a desterrarle para quitarlo del camino.⁸⁹³

Como se ve, el testimonio de Bankhead es el que va al meollo del asunto. Por lo visto, Santa Anna se equivocó al creer que podría dominar a Valencia, pues éste, apoyado en el Ejército del Norte y las guardias nacionales de los estados radicales, llegó decidido a impedir que lograra la paz. Es lógico que los generales dudaran en apoyar al jalapeño, pues eso habría significado el inmediato estallido de la guerra civil. El ministro británico no se equivocaba al afirmar que eso ponía a Santa Anna en la obligación de neutralizar o eliminar a Valencia. Y El primer paso en este sentido fue disponer que el Ejército del Norte permaneciera acuartelado en Guadalupe, lejos de la capital. Según Bankhead, la disposición de fortificar esa villa se dio en previsión de un ataque por ese rumbo, pero en realidad para mantener vigiladas a las tropas del norte.⁸⁹⁴

⁸⁹³ *Ibid.*

⁸⁹⁴ *Ibid.*

La actitud de Valencia obligó al jalapeño a dirigir una nueva comunicación al general Scott por medio de sus agentes. Tal mensaje llegó a Puebla en la primera semana de agosto, justo cuando el ejército invasor estaba a punto de ponerse en marcha y esta vez Santa Anna afirmaba que el nombramiento de comisionados mexicanos, encargados de negociar un tratado de paz, exigía que Scott no se limitara a acercarse a la ciudad de México, sino que además emprendiera un ataque formal sobre las defensas exteriores de ésta y las tomara. Dueño de tales posiciones, suspendería el fuego y esperaría la llegada de comisionados mexicanos.⁸⁹⁵ Esto confirma que la intención del jalapeño al no fortificar la capital para resistir un sitio, y en cambio rodearla de fortificaciones exteriores, a tres leguas de distancia, era la de ceder al enemigo la ventaja numérica en cada una de ellas y así facilitarle el triunfo.

Este ajuste en los acuerdos con el invasor evidenciaba que la postura de Valencia hacía imposible para Santa Anna abrir negociaciones sin combatir; eso habría dado a sus enemigos políticos un poderoso argumento para acusarlo de negligencia y traición. De haber tenido a Valencia en la bolsa, como esperaba el caudillo, le hubiera sido relativamente fácil anunciar la apertura de negociaciones apoyándose en la apatía y el terror de los capitalinos hacia un sitio y en la buena acogida que tuvieron los artículos del *Diario del Gobierno* en favor de la paz. Por otra parte, es probable que Santa Anna temiera que, con el enemigo al frente, Valencia no permanecería impasible y provocaría un enfrentamiento para obligarlo a pelear y ofrecer un trato a los radicales. No podía permitir ser arrastrado a tal posición, por lo cual decidió advertir a Scott que la apertura de

⁸⁹⁵ Castañeda, *El proceso del general Scott... op. cit.*, p. 171

negociaciones iba a exigir una cuota de sangre, pero que, a pesar de ello, tenían que seguir coordinando esfuerzos para alcanzar la paz.

La nueva petición hizo dudar a Trist y a Scott, pues satisfacerla exigía una confianza ciega en el caudillo. El jefe invasor había aceptado marchar contra la capital sólo como una demostración de fuerza y porque, como hemos dicho, esa era su misión, pero comprometer un combate, exponiéndose a ser derrotado, con su línea de comunicaciones cortada y a cientos de kilómetros de su base en Veracruz, era casi un suicidio. Sin embargo, al valorar la situación más fríamente, los estadounidenses accedieron una vez más a los deseos del jalapeño. Scott sólo exigió a éste que, en el momento en que alguna fortificación fuese tomada, los mexicanos exhibieran bandera blanca y con ello tener un pretexto válido para frenar el impulso de su ejército. Nuevas notas fueron intercambiadas acerca de este punto, pero Santa Anna se negó a ser él quien públicamente pidiera el alto al fuego. Una vez más, Scott terminó por ceder, aunque advirtió que no podía garantizar que pudiera detener el impulso de su ejército, a menos que los mexicanos quienes pidieran una tregua.⁸⁹⁶

De no saber el grado de connivencia que existía entre la cúpula mexicana y los estadounidenses, la mansedumbre de Scott ante Santa Anna parecería inaudita; sin embargo, es probable que el general invasor supiera que las facciones mexicanas ansiaban abrir negociaciones y no aspiraban a destruir a su ejército, sino a destruirse entre sí, para que quien quedara en pie entregara a Polk el tratado de paz y los territorios. Por otra parte, quienes estaban cerca de Santa Anna no hacían sino asegurar que desde el

⁸⁹⁶ *Ibid.*, p. 172.

momento en que fue incapaz de arrancar al Congreso la autorización para abrir negociaciones, se la pasó diciendo abiertamente “que está obligado a permitir al general Scott avanzar, incluso muy cerca de México; y que [...] como jefe militar tiene que intentar hacer la paz. No hay duda de su ansiedad por la paz”.⁸⁹⁷

Sin embargo, el carácter aparentemente descabellado de las decisiones de Scott no escapó al criterio del general Pillow, quien no pudo sino estallar de indignación cuando por Trist se enteró de que aquel estaba poniendo la seguridad de su ejército en manos de Santa Anna, al aceptar un trato que encerraba una serie de absurdos estratégicos: el general en jefe invasor parecía dispuesto a cortar su línea de comunicaciones para internarse en territorio enemigo, densamente poblado, e ir a atacar, con un ejército pequeño, una ciudad de más de 200,000 habitantes, protegida por montañas y pantanos, bien fortificada, defendida por un ejército que doblaba numéricamente al suyo; sin tropas, suministros ni artillería suficientes para poner sitio a la ciudad en caso de un descalabro al atacar sus defensas avanzadas y, lo más increíble, fiado en que, en el último caso, el comandante mexicano no aprovecharía la ocasión para exterminar a su ejército. En tales condiciones, una sola derrota significaría el fin, y por tanto, Scott se ponía a sí mismo en una situación que todo militar en su sano juicio trata de evitar a toda costa: vencer o morir. Meses después Pillow declaró que “Todo ello me parecía una miopía de Scott y de

⁸⁹⁷ Thornton a Trist, 29 de julio de 1849, Manning, *op. cit.*, p. v. 8, p. 918.

Trist por lo fatuos que eran y me parecía un experimento criminal con las vidas y con la sangre del ejército americano".⁸⁹⁸

El propio duque de Wellington, uno de los estrategas más brillantes de su tiempo, no pudo sino expresar su asombro y consternación cuando, sobre un mapa, analizó el paso que su viejo amigo se atrevió a dar: "Scott está perdido. ¡Sus triunfos lo hicieron perder la cabeza! No puede tomar la ciudad y no puede retirarse a su base".⁸⁹⁹ Sin embargo, luego del encarnizamiento de las guerras napoleónicas, el duque estaba lejos de imaginar un pueblo desinteresado en defender su territorio. Scott se dio cuenta de que el prometido ejército de 20,000 soldados de línea no se iba a hacer realidad y, aun así, decidió recoger las guarniciones que había dejado en el camino a Puebla y cortase a sí mismo para marchar contra la capital por la sencilla razón de que su plan de pacificación (o la recomendación de Santa Anna de tratar con benevolencia al pueblo mexicano para no despertar su patriotismo) estaba funcionando espléndidamente: la práctica que había observado hasta entonces de respetar las propiedades y dignidad de los mexicanos y pagar todos los suministros que se tomaban le iba a permitir seguir avanzando. La estrategia de tierra quemada decretada por Anaya no había tenido ningún eco, de lo cual podían dar testimonio las guerrillas que se habían organizado y que no lograron ganar el apoyo de la población para privar al invasor del sustento que necesitaba en tierra extranjera.⁹⁰⁰ Los soldados estadounidenses notaban que el pueblo bajo era totalmente indiferente a su presencia, mientras que la clase media comercial estaba feliz haciendo

⁸⁹⁸ Declaración del general Pilow en el juicio que se le formó al general Scott, citada por Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 628-630.

⁸⁹⁹ Citado por Eisenhower, *op. cit.*, p. 374.

⁹⁰⁰ Johnson *op. cit.*, p. 139-140 y 252.

negocios con Scott, por eso, uno de ellos concluyó: “estamos peleando contra el ejército y la aristocracia *no* contra el *pueblo* de México”.⁹⁰¹

No obstante el dudoso comportamiento del caudillo a lo largo de la guerra, no obstante la información que circuló en la prensa de la época acerca de sus relaciones con el enemigo, no obstante las evidencias que los historiadores estadounidenses exhibieron después de la guerra, los historiadores mexicanos que fueron testigos de los hechos y escribieron en el propio siglo XIX se empeñaron, como reconocieron los autores de los *Apuntes*, en evadir la responsabilidad de exhibir los hechos, al parecer por interés partidista; como consecuencia, los del siglo XX no pudieron señalarlos por no explorar la prensa de la época y, como resultado del estupor que la idea de traición produce, algunos incluso tendieron a defender a Santa Anna, alegando que al entrar en contacto con Scott y proponerle un acto descabellado, lo que intentaba era atraer al invasor a una trampa mortal y burlarse una vez más de la diplomacia estadounidense. Tal vez ya es hora de que comencemos a aceptar el hecho de que, para los mexicanos de la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo, o el apego a las características de una nación, según el lenguaje común,⁹⁰² no tenía sentido si antes no se decidía la forma que ésta debía adoptar: monarquía o república - pues, en efecto, a raíz de la Revolución Francesa, en el lenguaje político la palabra “nacionalismo” comenzó a designar o referirse a la ideología del Estado nacional⁹⁰³ - y en aras de resolver tal dilema a su favor, tanto liberales como monarquistas

⁹⁰¹ Citado por *Ibid.*, p.109. Las cursivas son del original.

⁹⁰² Real Academia de la Lengua, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

⁹⁰³ Lucio Levi, entrada “nacionalismo”, en Norberto Bobbio, *et. al.*, *Diccionario de política*, 13° ed., México, Siglo XXI, 2002.

estuvieron dispuestos a correr el riesgo de que su patriotismo (el amor al suelo en que se ha nacido) pudiera ser puesto en tela de juicio por la posteridad.

Capítulo VIII

Las batallas del valle de México

Winfield Scott puso en marcha a su ejército el 7 de agosto de 1847. Su pretensión de atacar una ciudad de más de 200,000 habitantes, con su ejército de menos de 10,000 soldados y carente de artillería suficiente para imponer un sitio, parecía ridícula, sin mencionar el peligro de que el ejército mexicano de 20,000 hombres podía, en una batalla campal, infligirle una derrota definitiva. Sin embargo, como hemos mencionado, el plan de defensa de la capital, consistente en quebrantar el principio de concentración de fuerzas para defender una serie de fortificaciones situadas en los alrededores, estaba pensado para librar a Scott del peligro tanto de una batalla campal como de la obligación de imponer un sitio. Así, tan sólo tendría que atacar, gozando siempre de superioridad numérica, alguna de dichas fortificaciones, lo cual daría a Santa Anna nueva ocasión de convocar y presionar al Congreso alegando el peligro que corría la capital.

Ante la noticia del movimiento de Scott, recibida en México el 9 de agosto, Santa Anna aparentó respetar el principio de concentración de fuerzas disponiendo que la brigada de caballería de Juan Álvarez y las tropas de Valencia se convirtieran en columnas volantes, con la misión de observar y seguir al enemigo para atacarlo de flanco o por la retaguardia en el momento en que se lanzara al asalto de cualquiera de los puntos fortificados de la línea de defensa. Y decimos que aparentó porque el caudillo iba a encargarse de que los ataques de flanco y retaguardia nunca se realizaran.

Dada la desventaja numérica del ejército de Scott, la posibilidad de cogerlo a dos fuegos cuando atacara alguna de las fortificaciones del perímetro de la ciudad era totalmente factible, con lo que la suerte del invasor parecía decidida de antemano. “Por otra parte una sola derrota era suficiente para la destrucción de las tropas americanas, al paso que las nuestras podían sufrir varias, sin que se decidiera el éxito de la contienda”.⁹⁰⁴

Visto así, aún podría pensarse que el jalapeño estaba conduciendo a Scott a una trampa mortal, pero, en su afán por ocultar a la posteridad los tratos secretos entre ambos gobiernos, los historiadores contemporáneos a los hechos omitieron hacer mención de las fortificaciones de Río Frío. El caudillo tuvo que exhibir una vez más su entreguismo dando orden a Juan Álvarez - quien acababa de recibir el mando de toda la caballería del ejército -, de permitir a los invasores cruzar aquellas fortificaciones sin ser molestados y colocarse a su retaguardia.⁹⁰⁵ Semejante acto sorprendió a los mismos invasores.

El enemigo, luego de pasar grandes trabajos para fortificar una larga cadena de alturas que forman el paso de Río Frío, las ha dejado desocupadas, tal como hizo con similares fortificaciones, en numerosos puntos, a todo lo largo del camino desde Jalapa hasta este lugar. Toda la ruta, en verdad, presenta una serie de defensas naturales, las cuales habrían sido ampliamente suficientes a nuestros montañeses para despedazar *cualquier* ejército de cien mil hombres que hubiese persistido en intentar la marcha de Veracruz a México; y eso no habría requerido más que mil de nuestros rifleros. Hay cientos de puntos donde éstos habrían

⁹⁰⁴ Alcaraz, *op. cit.*, p. 208.

⁹⁰⁵ AHSEDENA, exps. 2594, 2601 y 2618.

diezmado al enemigo, con la certeza de efectuar su retirada sin la pérdida de un solo hombre.⁹⁰⁶

Trist no exageraba al ponderar la importancia de las fortificaciones mexicanas, pues Clausewitz explica que los pasos montañosos, debidamente fortificados, se convertían en posiciones inatacables, capaces de detener a ejércitos completos sin necesidad de emplear grandes contingentes y sin apenas sufrir bajas.⁹⁰⁷ Según Johnson, el ejército de Scott comprendió que se le estaba dejando el paso franco hasta la capital,⁹⁰⁸ lo cual hizo comentar a un capitán que “los mexicanos tienen un don natural para erigir fortificaciones, pero muy poco valor para defenderlas”.⁹⁰⁹

En la capital, la mañana del mismo 9 de agosto Valencia se presentó en Palacio para celebrar una junta de guerra con Santa Anna. Conforme al plan de atrapar a Scott a dos fuegos, se convino en que las fuerzas del primero - denominadas división del norte luego de ser incorporadas al Ejército del Centro - marcharan a Texcoco para que amagaran el flanco derecho y la retaguardia del enemigo en caso de que atacara el Peñón, principal punto de defensa al oriente, que después de ser hábilmente fortificado estaba siendo dotado de gran cantidad de tropas y artillería. En caso de que la división de Valencia fuera

⁹⁰⁶ Trist a Buchanan, 14 de agosto de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 919-920. Las cursivas son de Trist. Johnson *op. cit.*, p. 105 también hace notar que los invasores encontraron varias fortificaciones abandonadas desde Veracruz a Jalapa.

⁹⁰⁷ Clausewitz, *op. cit.*, v. 2, p. 452-453. El general Jesús de León Toral, en *Historia Militar. La Intervención Francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962, p. 36, afirma que los puertos o gargantas de las sierras entre los valles de México y Puebla son fáciles de defender mediante fortificaciones, pero no fueron aprovechados en la intervención francesa por falta de iniciativa de las autoridades. En 1847 sí hubo tal iniciativa, pero, como se ha visto, Santa Anna los entregó al enemigo.

⁹⁰⁸ Johnson, *op. cit.*, p.151.

⁹⁰⁹ Citado por *Ibid.*, p. 178.

atacada, debería retirarse a sus atrincheramientos en Guadalupe, obviamente para permitir que las tropas del Peñón rodearan al invasor.⁹¹⁰

Valencia obedeció y partió la madrugada del 10 con sus 4,000 efectivos y 22 piezas de artillería, y llegó a Texcoco el 11. Sin embargo, ambos caudillos habían protagonizado con anterioridad curiosas e interesantes escenas. El 8, Santa Anna había pasado revista a las fuerzas de Valencia; haciendo alarde de capacidad de disimulo, éste ofreció un banquete al general presidente, quien a su vez dirigió a las aguerridas tropas norteñas uno de sus característicos discursos, lleno de retórica.⁹¹¹ Sin embargo, la pugna entre ambos generales acerca de la estrategia a seguir, defensiva u ofensiva, se reflejó en los discursos y versos pronunciados, por ejemplo, Valencia declamó: “Yo no soy más que soldado/Hablo como militar:/No quiero que digan vienen/sino irlos a buscar”.⁹¹²

La tensión que reinaba bajo las apariencias tampoco fue relatada después por los autores de los *Apuntes* y otros testigos, quienes, por el contrario, afirmaron que en esos momentos existía gran armonía entre los mexicanos y que Santa Anna gozaba de enorme prestigio como líder de la defensa, por lo que el comportamiento conflictivo de ambos jefes en la batalla de Padierna iba a resultar una sorpresa inexplicable.⁹¹³

La situación política que produjo el motín de los polkos se repetía: moderados y Santa Anna unidos en contra de los radicales, sólo que esta vez un choque llevaría a una guerra civil que enfrentaría al gobierno federal con los estados, pues de lado de aquel

⁹¹⁰ Alcaraz, *op. cit.*, p. 226-227.

⁹¹¹ *Ibid.*

⁹¹² *Diario del Gobierno*, 9 de agosto de 1847.

⁹¹³ Alcaraz, *op. cit.*, p. 227.

estaba el ejército de línea y los batallones polkos de la Guardia Nacional capitalina, mientras que por los otros lucharían la división del norte, los batallones radicales capitalinos y las Guardias Nacionales de la coalición. Ya hemos visto que, a la llegada de Valencia y sus tropas, los generales del ejército decidieron evitar la conflagración entre el jalapeño y los radicales negando su apoyo a la dictadura de Santa Anna, pero la rivalidad permanecía y, en ese juego político, el ejército estadounidense, como tercero en discordia, iba a desempeñar el papel de comodín para los bandos mexicanos, que tenían contemplado utilizarlo para inclinar la balanza del juego político en su favor.

Como dijimos antes, el problema de Santa Anna era mantener inactivo a Valencia mientras Scott atacaba y tomaba alguna de las fortificaciones de la línea exterior. Por supuesto, el jalapeño no pensaba realizar el plan de atrapar al pequeño ejército estadounidense entre dos fuegos, pues, como siempre, se disponía a hacer cuanto fuese necesario para salvarlo de la aniquilación. No está muy claro cuál era el plan de Valencia y los radicales, pero, a juzgar por lo sucedido, parece ser que intentarían hacer fracasar el plan del caudillo amenazando a Scott y buscando la ocasión de derrocar al gobierno.

Entre tanto, los testigos no podían sino burlarse de las impresionantes fortificaciones levantadas en el Peñón de los Baños, pues ya se sabía que quienes habían asediado la capital en el pasado siempre habían procurado evadir los llanos pantanosos del oriente para situarse en Tacubaya. Baste recordar que el propio jalapeño, al acechar la capital con el ojo del estratega que pretende tomarla en 1832 y 1841, lo había hecho

así,⁹¹⁴ lo que además hace evidente que conocía muy bien los alrededores de la ciudad, en especial el sur-poniente, lo cual, como veremos, le iba a servir para guiar a Scott en el valle hasta conducirlo, tal como habían acordado, a la conquista de una fortificación mexicana. Por ello, José Fernando Ramírez escribió: “Yo dudo mucho, mucho que el enemigo caiga en esta trampa [el Peñón]... Mis temores son que dé la vuelta a tomar Tacubaya”.⁹¹⁵ Al anochecer de ese mismo día Ramírez, convertido en estratega, añadía: “Escriben del Peñón que esperan sea el ataque que decida de nuestra suerte mañana o pasado. Inconcebible me parece todavía que los americanos hayan entrado en el cajón que se les ha puesto, sin un temerario arrojito [...] Si el enemigo no retrocede para voltear la laguna por San Agustín [Tlalpan] ciertamente está muy mal situado”.⁹¹⁶ En suma, el carnaval patriótico que Santa Anna y los moderados armaron en el Peñón, con gran acumulación de artillería, tropas y verbena popular para animar a los soldados, consagrado para la posteridad por los *Apuntes*, no era más que propaganda.

Nos parecen mucho más creíbles las noticias que Trist recibió acerca del ambiente que se respiraba entre las tropas mexicanas allí concentradas: “Un mexicano que visitó el campamento del coronel Harvey anteayer dijo que las tropas en el Peñón están muy indispuestas hacia Santa Anna (quien, se reporta, está allí mandando en persona), dijo que éste ha sido comprado para traicionarlas, y lo hará, después de permitir que algunos cientos de ellos mueran, entregará la plaza.”⁹¹⁷

⁹¹⁴ Riva Palacio, *op. cit.*, v.7, p. 301 y v. 8, p. 32.

⁹¹⁵ Ramírez a Francisco Elorriaga, 11 de agosto de 1847, en Ramírez, *op. cit.*, p. 293.

⁹¹⁶ *Ibid.*

⁹¹⁷ Trist a Buchanan, agosto 14 de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 921.

Las primeras tropas invasoras descendieron de las montañas al valle de México hacia el 11 de agosto y comenzaron a explorar, desde Ayotla y Chalco, las rutas de acercamiento a la ciudad que sus ingenieros trazaron en Puebla. Una ruta rodeaba el lago de Texcoco por el norte, otra seguía directamente sobre el camino de Puebla, otra conducía hacia Mexicalcingo para allí virar hacia el norte directo a la ciudad y otra más rodeaba por el sur los lagos de Chalco y Xochimilco.⁹¹⁸

Tal como Ramírez, y seguramente otros improvisados estrategas predijeron, los reconocimientos realizados del 12 al 14 por el capitán Robert E. Lee descartaron, en primer lugar, la ruta directa por el camino de Puebla, pues los terrenos inundados obligaban a marchar sobre una calzada que pasaba frente a las fortificaciones del Peñón, lo cual hacía del asalto una operación muy arriesgada. La ruta de Mexicalcingo también era impracticable debido a la inundación,⁹¹⁹ mientras que la del norte fue descartada para evitar un encuentro con Valencia, cuya división se encontraba en Texcoco.⁹²⁰

Aunque, de hecho, la ruta del sur había sido elegida por Scott desde antes de salir de Puebla,⁹²¹ pues, repetimos, era la que se prescribía para atacar a la capital, encontrar un camino que permitiera rodear los lagos no resultó tan simple, pues no fue sino hasta el 14 que el capitán Lee se fijó en un sendero bastante accidentado que, internándose entre cerros y cañadas, parecía rodear el lago de Chalco por el sur y conectarse con el camino de Acapulco cerca de Tlalpan. Scott ordenó a Worth, quien se hallaba en el pueblo de Chalco,

⁹¹⁸ Selph, *op. cit.*, p. 322-323.

⁹¹⁹ *Ibid.*, Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 399.

⁹²⁰ Johnson, *op. cit.*, p. 154.

⁹²¹ *Ibid.*

reconocer aquella vía para confirmar la teoría de Lee. Como en efecto el sendero conducía hasta Tlalpan y era perfectamente transitable, incluso para la artillería, Scott tenía la manera de burlar el Peñón.⁹²²

La mañana del 15 su ejército - con la caballería y la división de Worth al frente, seguidas por las divisiones de Pillow y Quitman-, inició la marcha hacia Tlalpan haciendo un rodeo de alrededor de 40 Km., a lo largo de los cuales la columna invasora fue continuamente tiroteada por la caballería de Álvarez y las guerrillas organizadas en los pueblos aledaños. El 17, cuando las avanzadas de la caballería estadounidense llegaron a Tlalpan tuvieron que enfrentar a una partida mexicana en la entrada del pueblo. Twiggs permaneció el 15 en Ayotla con el fin de seguir amagando a las fuerzas que defendían el Peñón, y al día siguiente, cuando ya iba también en marcha fue atacado por la caballería de Álvarez, a la que rechazó con cierta facilidad haciendo uso de su artillería.⁹²³

Mientras Scott realizaba estas maniobras, Santa Anna daba muestra de letargo, salvo por la evidente intención de alejar a Valencia del teatro de operaciones. Aunque desde el 14 o 15 resultaba obvio para todo el mundo que Scott buscaba la manera de llegar a Tlalpan y por tanto se hacía necesario tomar medidas para impedirlo, el general mexicano no hizo ninguna movilización para anticiparse. No colocó fuerzas en los puntos defendibles para hostilizar su avance e intentar debilitarlo, como se lo sugirieron muchos

⁹²² Selph, *op. cit.*, p. 323-324.

⁹²³ *Ibid.*, p. 324.

siguiendo la lógica más elemental;⁹²⁴ por el contrario, una vez más hizo gala de su soberbia mostrando indignación cuando alguien se atrevía a darle consejos.⁹²⁵

...se dice generalmente que era un espectáculo singular que a unos causaba burla y a otros furor, ver que los americanos ya esparcidos en las llanuras de Chalco, o ya estrechados en los desfiladeros de Ayotzingo, Tezonapam, Tetelco, Nativitas y Santa Cruz llevaran siempre a su retaguardia una columna de cinco o seis mil hombres de caballería mexicana, los cuales para nada los extorsionaban y afligían, en términos que iban muy tranquilos y con toda seguridad. Un señor diputado me ha referido, que preguntándole al señor general Juan Álvarez el motivo de esa misteriosa conducta, le respondió: que esa era la orden precisa de S. E. el presidente. De este modo [...] no es extraño que se atravesasen fragosidades y aun veredas de nuestras sierras; sino que así se pueden también pasar los estrechos de Dardanelos y [el] temible Gibraltar.⁹²⁶

A la vez, el general presidente quebrantó el plan original ordenando a Valencia que se dirigiera a la capital dando un rodeo por el norte y de ahí pasara a San Ángel con su división, que hasta entonces se había mantenido en Texcoco esperando que el enemigo atacara el Peñón. Según Balbontín, era absurdo que a las fuerzas considerables que el invasor tenía al frente, se añadieran las de Valencia, que hubieran sido más útiles hostilizando y debilitando a Scott por la retaguardia y, sobre todo, atacándolo en el momento decisivo en que se atreviera a asaltar alguna de las fortificaciones de la línea de defensa mexicana.⁹²⁷

⁹²⁴ Josefina Z. Vázquez, "Breve diario de mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", *Historia Mexicana*, vol. XLVII, #2, 1997: 441-455.

⁹²⁵ Urdimalas, *op. cit.*, p. 49.

⁹²⁶ Ramón Gamboa, "Ampliaciones a la acusación...", en *El Monitor Republicano*, 3 de enero de 1848.

⁹²⁷ Balbontín, *La invasión americana...*, *op. cit.*, p. 84.

Lo absurdo del letargo de Santa Anna y sus disposiciones no pudieron sino provocar ironía: “Los americanos, como era de esperarse, no se quedaron en la trampa más tiempo que el necesario para reconocerla, y dando la vuelta por la laguna se aparecieron inopinadamente en San Agustín de las Cuevas, en donde, verdadera o afectadamente no los esperaban nuestros consumados y expertos generales”.⁹²⁸ ¿Inopinadamente? ¡Afectadamente! Estas palabras ponen de manifiesto la conciencia generalizada de que se seguía franqueando el paso al enemigo.

Por si no fuera suficiente tanta decepción, cuando la avanzada enemiga llegó a Tlalpan se reunió con el cuñado de Santa Anna, Bonifacio Tosta, quien se había trasladado en carruaje (que, según se supo, había pertenecido al general Scott) hasta ese pueblo desde la capital, y en la calle, a la vista de todo el mundo, los oficiales invasores tuvieron con él una breve conferencia.⁹²⁹ Tiempo después, Santa Anna explicó que su cuñado se hallaba en Tlapan por invitación del comerciante Pedro Berges, para arreglar asuntos de negocios, y que al llegar al pueblo presenciaron la entrada de la vanguardia enemiga, momento en que varios oficiales se les acercaron para preguntar por la casa del alcalde. Después se dijo que uno de esos oficiales era el propio general Scott. El caudillo alegó en su defensa que jamás hubiera sido tan tonto como para enviar a un miembro de su familia a tratar con el enemigo a plena luz del día y en presencia de todo el mundo: “Sólo suponiéndome hasta falto de sentido común, pueden atribuírseme esas especies”.⁹³⁰

⁹²⁸ Ramírez, *op. cit.*, p. 297.

⁹²⁹ Gamboa, “Ampliación a la acusación...”, en *El Monitor republicano*, 3 de enero de 1848.

⁹³⁰ Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 49.

No obstante la lógica del razonamiento, no hay que olvidar que, a la luz del día y a la vista de todo el mundo, el jalapeño desembarcó en Veracruz con la venia de la escuadra estadounidense, entregó los pasos montañosos tanto en el norte como en el centro del país y propició después la derrota mexicana en casi todas las batallas. Además, la explicación dada no era satisfactoria en la medida de que inspiraba otras preguntas que quedaron sin respuesta. Primero, no resultaba lógico que un particular fuera a tratar asuntos de negocios a una zona de intensa actividad militar entre movimientos de tropas y tiroteos. Segundo, para llegar a Tlalpan por la calzada los viajeros tuvieron que cruzar las fortificaciones de Churubusco y San Antonio Coapa que, por la posición del enemigo, se habían convertido en el principal y más avanzado punto de defensa. Suponemos que algún permiso especial debió tener Tosta para que los oficiales de las guarniciones le permitieran el paso hacia una plaza a punto de caer en manos enemigas, sobre todo cuando el 19 de julio anterior un decreto había prohibido la circulación de coches y caballos particulares así como la salida de la ciudad de cualquier civil luego de que se hubiese anunciado la proximidad del enemigo.⁹³¹ Tercero, resultaba también extraño que, mientras la vanguardia de Scott combatía con algún destacamento mexicano a las afueras de Tlalpan y multitud de carruajes y vecinos huían por diversos caminos, Tosta y su acompañante se quedaran a esperarlo y le salieran al encuentro con la mayor

⁹³¹ *Diario del Gobierno*, 20 de julio de 1847.

despreocupación, según presenciaron muchos testigos (testimonios que, por cierto, no fueron negados por Santa Anna).⁹³²

La versión de que el tema de la conversación entre Tosta y los estadounidenses tan sólo fue el paradero del alcalde de Tlalpan resultaba asimismo absurda, pues, según se afirmó, éste se encontraba parado con una comitiva justo enfrente de Tosta y sus interlocutores, dispuesto a negociar los términos en que sería entregada la plaza.⁹³³

Ante todo lo visto, ya realmente no sorprende un contacto más entre el caudillo y el invasor. Sin embargo, especulando acerca del objeto de la conferencia entre Tosta y Scott, no podemos sino aventurar una hipótesis. Fue notorio que, en cuanto los estadounidenses tomaron Tlalpan, comenzaron a inquirir entre los lugareños acerca de un camino – en realidad, apenas una vereda - que supuestamente llevaba al rancho de Padierna. No es posible explicar cómo fue que supieron de esta vereda, pero el hecho es que les resultaba de extrema importancia: el obstáculo a vencer eran ahora las fortificaciones de San Antonio Coapa, tan inexpugnables como el Peñón por tener sus flancos cubiertos (a la derecha por un terreno pedregoso de roca volcánica conocido hasta la fecha como el Pedregal y a la izquierda por terrenos inundados) y no dejar más opción que el asalto de frente por la estrecha calzada, equivalente a un suicidio. Un camino que atravesara el Pedregal y les permitiera evadir San Antonio y acercarse a la ciudad por el poniente, quedando a un paso de Tacubaya y Chapultepec, como se había hecho siempre,

⁹³² Ramón Gamboa, *Impugnación al informe del Señor General Santa Anna, y constancias en que se presentan las ampliaciones de la acusación del Sr. Diputado Gamboa*, México, Vicente García Torres, 1849, p. 41.

⁹³³ *Ibid.*

constituía la solución, proporcionada, en nuestra opinión, por Santa Anna a través de su cuñado. De otra forma no nos explicamos cómo fue que los invasores supieron tan rápido de aquel camino cuando tardaron varios días en encontrar uno que les permitiera rodear el lago y llegar a Tlalpan.

Mientras tanto, el jalapeño se afanaba en seguir allanando el camino de Scott hacia el poniente. Como se ha dicho, cuando el caudillo por fin reaccionó ante el movimiento de Scott hacia Tlalpan, ordenó a Valencia colocarse en San Ángel y al general Francisco Pérez ocupar Coyoacán con 3,000 hombres. Con estos movimientos, las fortificaciones de San Antonio, de por sí infranqueables, contaron además con una poderosa línea de reserva a retaguardia, compuesta por Mexicalcingo, puente y convento de Churubusco, Coyoacán y San Ángel, cuyas fuerzas podían auxiliarse entre sí. Las posiciones mexicanas eran pues tan fuertes y ventajosas que el mismo Santa Anna tuvo que comentar: “llegué a desear que allí fuera el campo de batalla”.⁹³⁴

Por su parte, el 18 de agosto Scott comprobó que las fortificaciones de San Antonio no podían ser atacadas de frente ni flanqueadas.⁹³⁵ No quedó más opción que el camino a Padierna, ofrecida, tal vez, por el previsor jalapeño. El mismo 18 el capitán Lee exploró la zona hasta encontrarlo y reportó que, a pesar de no ser más que una vereda, con algunos trabajos podía hacerse practicable incluso para la artillería. El 19, Scott ordenó que una

⁹³⁴ Santa Anna, *Detall de las operaciones ocurridas en defensa de la capital de la República, atacada por el ejército de los E. U. del Norte*, México, Ignacio Cumplido, 1847, p. 12.

⁹³⁵ Eisenhower, *op. cit.*, p. 394-398.

cuadrilla realizara las obras necesarias para ponerlo en condiciones de permitir el paso de todo el ejército.⁹³⁶

Mientras Winfield Scott hacía reconocimientos, en el lado mexicano la pugna soterrada entre Santa Anna y Valencia (el empeño de los puros por impedir que el jalapeño consumara la política habanera) estaba por llegar a su clímax. Como se recordará, Valencia llegó a San Ángel el 17, con lo que el propio Santa Anna rompió el plan de mantener una fuerza respetable a retaguardia de Scott. Al reconocer el terreno de inmediato entendió por qué razón el jalapeño lo había puesto allí: el pueblo era una pésima posición táctica, pues ni siquiera se podía maniobrar. Además, varios caminos y veredas comunicaban a San Ángel con Tlalpan, lo que lo exponía a un ataque enemigo en una población aún sin fortificar. El único sitio donde podía colocar a sus tropas en posición de defensa, el rancho de Padierna, presentaba también el inconveniente de ser accesible por varias veredas, además de que, al ofrecer una sola vía de retirada, podía quedar cortado en medio del monte. El general comunicó estas conclusiones a Tornel, ministro de Guerra, así como la opinión de que lo mejor sería que al amanecer del 18 la división del norte cambiara de posición, a menos que se le reforzara con mil infantes para vigilar y proteger las mencionadas veredas.

Santa Anna le contestó el mismo 17 que en Tlalpan sólo estaba la vanguardia enemiga, por lo que podía permanecer en San Ángel un tiempo más en observación del enemigo. Únicamente en caso de que éste avanzara hacia San Ángel, debería replegarse a Tacubaya.

⁹³⁶ *Ibid.*

El 18, a las tres de la tarde, se informó a Valencia que el enemigo estaba amagando San Antonio, al que seguramente atacaría al día siguiente, por lo que se le ordenaba situarse con su división en Coyoacán, desde donde debería enviar su artillería al puente y convento de Churubusco.

Al parecer, enterado de los movimientos de Scott para flanquear San Antonio por Padierna, las intenciones de Santa Anna eran facilitarle la maniobra retirando a Valencia de San Ángel. Mientras, él concentraría sus fuerzas en las garitas de la ciudad, de modo que el movimiento de Valencia a Coyoacán tuviera el propósito aparente de proteger la retirada de las tropas de San Antonio: “Mi plan de concentración sobre la segunda línea, se iba haciendo indispensable, y preciso era también preparar una retirada segura a las tropas y trenes de San Antonio”.⁹³⁷

En otras palabras, San Antonio iba a ser entregado al invasor, quien iba a tomar una fortificación de la línea exterior sin enfrentar ninguna resistencia, lo cual cuadraba con lo acordado entre Santa Anna y Scott en las negociaciones secretas del mes anterior. Una vez el segundo en posesión de San Antonio y San Ángel, podía marchar desde éste último punto directo a la capital por el camino que los comunicaba y evadir así Churubusco, lo que iba a obligar al repliegue de todo el ejército mexicano hasta la segunda línea de defensa, es decir, las garitas. El jalapeño podría entonces presentar la apertura de negociaciones como una necesidad so pretexto de que la línea exterior había sido penetrada y el ejército, acorralado en la segunda línea, se vería obligado a resistir un

⁹³⁷ Santa Anna, *Detall, op. cit.*, p. 12. Santa Anna al ministro de la Guerra, 19 de noviembre de 1847, en *El Monitor Republicano*, 12 de diciembre de 1847.

sitio. Por absurdo que fuera el pretexto, tenía a su favor el miedo de los capitalinos a un asedio y el apoyo de la prensa moderada.

Sin embargo, las avanzadas de Valencia detectaron al capitán Lee explorando el camino hacia Padierna, con lo que el general cayó en la cuenta de que, lejos de pretender atacar San Antonio, lo que Scott buscaba era evadirlo. Al darse cuenta de que si éste llegaba a San Ángel tendría libre el camino hacia México o podría atacar de flanco a las fuerzas mexicanas, se negó a cumplir la orden de retirarse a Coyoacán.⁹³⁸ Es muy posible que el caudillo radical viera que la verdadera intención de entregar San Antonio y San Ángel era abrir negociaciones, lo cual había jurado impedir.

Calculando el efecto que su desobediencia tendría en el alto mando, pues su decisión de defender Padierna arruinaba las intenciones del general en jefe, Valencia dirigió a éste y al cuartelmaestre Tornel sendas cartas personales en las que les suplicaba que la orden de que la división del norte marchara a Coyoacán fuera revocada y se atendiese su razonamiento sobre la necesidad de defender Padierna para impedir que Scott llegara a San Ángel. Trataba de explicar al mismo tiempo la contradicción entre su opinión desfavorable sobre Padierna y San Ángel del 17 y su presente obstinación en defenderlos; “me he convencido [...] de que su abandono sería nuestra pérdida”.⁹³⁹

Al anochecer, también en carta particular, Santa Anna respondió recordando a Valencia la importancia de la unidad de mando y expresando su sorpresa ante su obstinación por defender un punto de escaso valor táctico (en realidad, pretendía ignorar

⁹³⁸ Valencia al ministro de la Guerra, 18 de agosto de 1847, AHSEDENA, exp. 2601, fs. 21-22.

⁹³⁹ Valencia A Santa Anna, 18 de agosto de 1847, citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 406.

el valor estratégico que éste había adquirido, pues Valencia tenía razón al afirmar que era necesario bloquear a Scott en Padierna para evitar que penetrara el dispositivo de defensa). Sin embargo, al parecer consciente de que cualquier acción disciplinaria contra Valencia implicaría la rebelión de buena parte del ejército, lo dejó obrar: “Hágase lo que ud. desea, y que cada uno cargue con la responsabilidad que le corresponda”.⁹⁴⁰

Poco después, el jalapeño trató de justificar su impotencia alegando que se abstuvo de destituir y aprehender a Valencia para evitar un escándalo ante el enemigo.⁹⁴¹ Nada de raro o vergonzoso hubiese tenido que un general en jefe destituyera a un insubordinado frente al enemigo; la mojigatez del caudillo tenía por objeto ocultar el hecho de que en realidad no podía dominar a Valencia.

Por lo visto, Santa Anna había tenido buen cuidado de romper el plan de acorralar a Scott entre dos fuegos retirando a la división del norte de la retaguardia del invasor, primero, y colocándola luego en una zona que limitaba su capacidad de maniobra con el fin de que Valencia obedeciera la orden de retirada; al parecer, no imaginó cuán firme iba a ser su rival en sostener su juramento de impedir la apertura de negociaciones. Por su parte, el caudillo radical se apoyaba en el hecho de que la desventajosa situación del ejército invasor hacía posible bloquearlo incluso en un terreno inapropiado, pues, como observó Roa Bárcena, “la división del norte [...] de cuerpo de observación destinado a cargar sobre el enemigo cuando éste embistiera uno de los puntos de nuestra línea, se

⁹⁴⁰ Santa Anna a Valencia, *Ibid.*

⁹⁴¹ Roa Bárcena, *op. cit.*, v.2, p. 407-408.

convirtió en guarnición de uno de tales puntos”;⁹⁴² En otras palabras, Valencia obligó a Santa Anna a volver al plan original y concentrar fuerzas, pues casi en cualquier circunstancia era posible atenazar a Scott.

Sin embargo, a juzgar por su estado de ánimo la noche del 18 de agosto, que lo llevó a asegurar a sus subordinados que el ejército invasor estaba perdido,⁹⁴³ tampoco Valencia imaginaba cuán grande era la voluntad del jalapeño por salvar a Scott.

Padierna

Al amanecer del 19 de agosto, Valencia comunicó al ministro de la Guerra que ya era indudable el sitio del ataque principal de Scott, pues desde el cerro de Zacatepec podía ver que el enemigo se dirigía con casi toda su fuerza contra Padierna y San Ángel, a la vez que frente a San Antonio dejaba tan sólo un destacamento de mil hombres. La batalla de Padierna estaba a punto de comenzar.

De nueva cuenta, obviemos los detalles de la batalla para centrarnos en los hechos esenciales. Cuando el ejército estadounidense salió del Pedregal y desembocó en el rancho de Padierna hacia la una de la tarde, encontró a la división del norte atrincherada sobre la loma conocida como Pelón Cuahutitla, protegida al frente por las irregularidades y la vegetación del terreno, que impedían a los estadounidenses lanzarse al asalto directo de la posición mexicana, sin embargo, en el transcurso de la tarde lograron rodear la posición

⁹⁴² Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 407.

⁹⁴³ Alcaraz, *op. cit.*, p. 233-234.

mexicana colocando 3000 hombres en el rancho de San Jerónimo, con lo que la División del Norte quedó cortada.⁹⁴⁴

Entonces aparecieron, a retaguardia de los estadounidenses de San Jerónimo, las tropas reunidas de los generales Francisco Pérez y Santa Anna, en excelente posición para aniquilar al contingente enemigo y restablecer la comunicación con la división del norte.⁹⁴⁵

Sin embargo, de nuevo “inexplicablemente” (según los autores de los *Apuntes*), Santa Anna permaneció inmóvil, simplemente en contemplación del enconado duelo de artillería sostenido por Valencia y de su intento de recuperar el rancho de Padierna para amagar a los invasores que habían quedado atrapados en San Jerónimo. Tal situación continuó hasta las siete de la noche, cuando, al extinguirse la luz del día, se suspendió el combate y el contemplativo general en jefe ordenó a su infantería retirarse a San Ángel. Más tarde, el caudillo explicó este comportamiento afirmando que una profunda barranca a la derecha, unos vallados a la izquierda y las tropas enemigas en los caminos le impidieron barrer a los estadounidenses de San Jerónimo y reunirse con Valencia.⁹⁴⁶

Tal explicación nunca fue validada por uno solo de los testigos ni por los historiadores. El propio Roa Bárcena, tal vez el historiador que más se esforzó por justificar los actos de Santa Anna, luego de describir a detalle los tímidos esfuerzos que éste realizó esa tarde para reconocer el terreno y reunirse con Valencia, no pudo sino

⁹⁴⁴ Alcaraz, *op. cit.*, p. 231-242, Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 416-445, Eisenhower, *op. cit.*, 396-407.

⁹⁴⁵ *Ibid.*

⁹⁴⁶ Santa Anna, *Detall, op. cit.*, p. 13.

concluir que sus excusas no fueron más que pretextos, y que, de haber atacado San Jerónimo, se hubiese obtenido el triunfo.⁹⁴⁷

Otros testigos, como Ramón Gamboa y Balbontín, declararon que la barranca no tenía nada de intransitable,⁹⁴⁸ y el propio general Persifor Smith, al mando de las tropas estadounidenses en San Jerónimo, no viendo obstáculo para los mexicanos declaró después que "si Santa Anna hubiera avanzado al pueblo [San Jerónimo] cuando nosotros nos movimos, nos habría puesto en peor situación que aquella en la que pusimos a Valencia". Dos meses después, *El Norteamericano*, diario estadounidense publicado durante la ocupación de la ciudad de México, opinó que Valencia tuvo razón al considerar que Padierna era la llave de entrada al valle y que había que defenderla a todo trance para que San Antonio no cayera, al tiempo que Santa Anna no tuvo obstáculo alguno para atacar.⁹⁴⁹

Sobre la retirada de su infantería del campo de batalla (la artillería y la caballería se quedaron), el caudillo dio una explicación peculiar: afirmó que la mandó a San Ángel a guarecerse de la lluvia que llegó junto con la noche, con el fin de proteger el armamento, que podía inutilizarse por efecto de la humedad: "Para no dejar cabida a suspicacias, advertiré, que los fusiles de la infantería enemiga eran de pistón, y los de la nuestra, de cazoleta; diferencia que daba la ventaja a aquellos en tiempo de lluvias".⁹⁵⁰ La verdad era que la mayoría de los cuerpos estadounidenses portaban fusiles de llave de sílex, similares

⁹⁴⁷ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 429-430.

⁹⁴⁸ Gamboa, *op. cit.*, p. 42, Balbontín, *La invasión americana...*, p. 85-92. *Vid.* críticas al parte de Santa Anna en *El Monitor Republicano* de 13 de diciembre de 1847.

⁹⁴⁹ *American Star*, 31 de diciembre de 1847 y 5 de abril de 1848. *El Norteamericano*, s/f, en *El Monitor Republicano*, 28 de octubre de 1847.

⁹⁵⁰ Santa Anna, *Apelación*, p. 52-53.

a los mexicanos.⁹⁵¹ Además, el pretexto resultaba pueril, pues durante siglos los fusiles de sílex fueron utilizados en clima lluvioso y no se iba a combatir sino hasta el amanecer.⁹⁵²

Todo eran pretextos; Santa Anna se empeñaba en allanar el camino del invasor para lograr la anhelada paz y consolidarse en el gobierno. Por tanto, otra vez intentó alejar a Valencia del teatro de operaciones repitiéndole la orden de retirarse a San Ángel. Argumentaba que la posesión de Padierna era muy desventajosa, podía poner en peligro a todo el ejército si se insistía en defenderla y al amanecer la división del norte no contaría con armas ni hombres en condiciones de pelear a causa de la lluvia, como si los invasores no estuvieran sufriendo el mismo clima.

En Padierna, Valencia festejaba por anticipado con su estado mayor; consideraba que el enemigo estaba tan comprometido que casi era un hecho una victoria al día siguiente. Por ello, al recibir la orden de retirada, dejó escapar su indignación: lo llamó traidor, afirmó que abandonaba a la división del norte “para que la destrozaran y acabaran con la patria”, y que “era claro que estaba vendiendo a los mexicanos”.⁹⁵³ No obstante que Santa Anna exhibía su decisión de salvar a Scott, Valencia porfió en obligarlo a combatir; entregó al ayudante del general en jefe una comunicación en la que le exigía atacar al amanecer con todas sus fuerzas y se negaba a abandonar el campo.⁹⁵⁴

⁹⁵¹ James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny. The American Soldier in the Mexican War*, New York, New York University Press, 1992, p. 41.

⁹⁵² Según Clausewitz, *op. cit.*, v. 1, p. 92, “Rara vez tienen las condiciones atmosféricas una influencia [en el combate] bien definida y, en general, sólo por la niebla desempeñan papel de importancia”. Una opinión análoga apareció en *El Independiente* de Guanajuato de 9 de septiembre de 1847, *vid. El Monitor republicano*, 9 de octubre de 1847.

⁹⁵³ Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 230.232, Prieto, *Memorias*, p. 409, Ramírez, *op. cit.*, p. 298.

⁹⁵⁴ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 431.

El ayudante de Valencia regresó con la reiteración de la orden de retirada hacia las dos de la madrugada. Esta vez se especificaba que la división del norte debía clavar la artillería y retirarse antes de que la sorprendiera el amanecer completamente rodeada por el enemigo. Ante tal inflexibilidad, el jefe radical reaccionó con una postura similar. Alegó que la retirada, además de deshonrosa, resultaba ya imposible, pues tendría que realizarse por caminos angostos y difíciles ante la cercanía de un enemigo que en esos momentos estaba siendo reforzado en San Jerónimo.⁹⁵⁵

La verdad era que ambos generales estaban empeñados en sus respectivas posturas: Santa Anna en abrirle el paso a Scott y Valencia en bloquearlo. Que la necesidad de ambos se debía, no a consideraciones tácticas y estratégicas, sino a intereses políticos antagónicos, se comprueba por el hecho de que los dos se empeñaban en presentar como imposibles acciones que en realidad eran fáciles de realizar: “Por lo demás, a la simple vista del plano [...] se advierte así mismo, que tan posible habría sido para Santa Anna en las altas horas de la noche y, sobre todo, en la madrugada, llevar sus fuerzas de San Ángel a Padierna por el camino carretero, casi libre y seguro a la sazón, como a Valencia retirarse con las suyas de Padierna a San Ángel por el mismo camino”.⁹⁵⁶

No es fácil decir si Valencia tenía la esperanza de que algo o alguien obligaría al caudillo a pelear, pero está claro que para los radicales era decisivo evitar que Scott penetrara las defensas mexicanas y con ello facilitara al jalapeño el anuncio de la apertura de negociaciones, consumando así la política habanera. El hecho es que al amanecer del

⁹⁵⁵ Gabriel Valencia, *Manifiesto del general Gabriel Valencia a sus conciudadanos*, s.p.i.

⁹⁵⁶ Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 433.

20 de agosto los invasores se cercioraron de que las tropas de Santa Anna se encontraban lejos de Padierna, atacaron e hicieron pedazos a la división del norte, que se dispersó por diferentes caminos.⁹⁵⁷ Valencia logró escapar; al enterarse de que el jalapeño había ordenado que se le fusilara de inmediato, fue a refugiarse a Toluca, tierra radical del gobernador Francisco Modesto Olaguíbel, fiel colaborador de Gómez Farías, quien, como veremos, estaba trabajando para seducir al ejército y derrocar a Santa Anna.

Mientras que los estadounidenses tenían listas sus tropas para la batalla desde las cuatro de la madrugada, el jalapeño esperó hasta las siete para salir de San Ángel, dizque a auxiliar a los que acababan de ser masacrados: “a medio camino encontré un pelotón de dispersos, que me comunicaron *la derrota, atribuyéndola a la lluvia, que inutilizó el armamento, y que me presentaban en comprobación*”.⁹⁵⁸ En otras palabras, aunque se esforzó por convencer a Valencia de retirarse y seguirle el juego, Santa Anna, llevado al último extremo, dejó que el invasor destruyera a la división más importante de las fuerzas mexicanas, pero bajo el dominio de sus rivales políticos.

La línea de defensa acababa de ser penetrada y el repliegue parecía necesario para no ser arrollado por un ejército invasor triunfante, que se dirigía a San Ángel y podía tomar la retaguardia de San Antonio Coapa. Por fin pudo (lo había buscado desde el principio) disponer que las tropas de este último punto y de Mexicalcingo se retiraran a las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria, mientras que él mismo, con las de San Ángel y Coyoacán, hacía lo propio. El punto de confluencia de las tropas mexicanas que se

⁹⁵⁷ Eisenhower, *op. cit.*, p. 405.

⁹⁵⁸ Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 52. El subrayado es de Santa Anna.

retiraban desde el sur y el suroeste eran el puente y el convento de Churubusco, de allí que instruyera a los generales Rincón y Anaya defender el segundo para dar tiempo al ejército de alcanzar a salvo la segunda línea de defensa, ubicada en las garitas.

Los defensores del convento cumplieron con su misión; durante cuatro horas contuvieron al grueso del ejército invasor que se empeñó en tomar el edificio, mientras en el puente Santa Anna hacía cruzar al ejército y se retiraba a la garita de San Antonio Abad, donde logró contener a la caballería y algunos cuerpos estadounidenses. Por su parte, Scott, luego de tomar el convento, ordenó regresar a las tropas que habían cruzado el río y con ello puso punto final a las acciones de ese día.⁹⁵⁹

Parece absurdo que Scott (en una más de las tantas incoherencias o anomalías de esta guerra), teniendo al ejército mexicano en plena desbandada y a la capital al alcance de la mano, haya frenado el impulso de su ejército y se conformara con tomar el convento; esta vez parecía que era él, no Santa Anna, quien despreciaba el triunfo decisivo.⁹⁶⁰ El absurdo fue explicado por Trist a Buchanan de esta manera: “nuestras tropas debieron, más allá de toda duda, haber penetrado [la ciudad] posiblemente sin ninguna lucha adicional. Esto no fue vedado por consideraciones de humanidad hacia los indefensos habitantes, no diré nada de las *razones de política* que se atravesaban en el camino”.⁹⁶¹

⁹⁵⁹ Alcaraz, *op. cit.*, p. 243-248; Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 456-466. Johnson, *op. cit.*, p.

⁹⁶⁰ Johnson, *op. cit.*, p. 196-197.

⁹⁶¹ Trist a Buchanan, 22 de agosto de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 925. Las cursivas son del original. En su parte sobre las acciones del 19-20 de agosto, publicado en *El Monitor Republicano* de 7 de enero de 1848, Scott confirmó las aseveraciones de Trist.

“En el punto crítico de su destino”

Las inconfesables *“razones de política”* no podían ser otras que los acuerdos con Santa Anna y el temor de que el Congreso mexicano, ante la caída de la capital, se disolviera o huyese a otra ciudad. Scott cumplió religiosamente conformándose con tomar una fortificación mexicana; y siguió cumpliendo, el 21 se apresuró a hacer proposiciones de paz, tal como se tenía acordado. Por lo visto, una vez que el jalapeño le entregó la línea exterior, a él le tocaba corresponder ahorrando al jefe mexicano la vergüenza de pedir cuartel. En carta a Santa Anna afirmaba que ya era tiempo de que las diferencias entre ambas repúblicas fuesen solucionadas y que para ello – le recordaba - se encontraba a su lado el comisionado estadounidense, investido con plenos poderes. El jefe invasor se declaraba dispuesto a firmar un armisticio para facilitar un arreglo.⁹⁶²

Para entonces, el jalapeño llevaba horas preparando el terreno para la nota de Scott en Palacio Nacional. La noche del 20 celebró una junta de ministros y otras personas notables, en la que expuso la urgente necesidad de una tregua; se acordó solicitarla por medio de las legaciones de España y Gran Bretaña y se envió una comisión al campamento de Scott con tal fin, pero como el mismo general reportó a su gobierno, rechazó sus términos y “despaché mi [...] comunicación [del 21] al presidente Santa Anna omitiendo la intimación” y siendo él quien proponía el armisticio.⁹⁶³ ¡Cuánta generosidad!

De inmediato, José Ramón Pacheco, ministro de Relaciones, contestó a Scott que la propuesta de armisticio era aceptada y que dos comisionados se presentarían en su

⁹⁶² Scott a Santa Anna, 21 de agosto de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 922-923.

⁹⁶³ Citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 486.

campamento para acordarlo. Advirtió al mismo tiempo que el acuerdo o tratado a que llevaran las negociaciones con el comisionado Nicholas P. Trist tendría que ser aprobado por el Congreso. No se perdió tiempo para convocar a éste y celebrar sesiones extraordinarias, lo cual, como hemos dicho, fue el principal objetivo de Santa Anna al llevar al invasor a la capital de la república. Pacheco se dirigió al presidente del Congreso, Antonio María Salonio, para avisarle que el Ejecutivo, en virtud de sus facultades constitucionales y ajustándose al acuerdo del mismo Congreso de 16 de julio, había decidido oír proposiciones de paz y celebrar una suspensión de armas. “Como el negocio es del más grande interés para la república, el E. S. presidente desea que el congreso nacional tome en él la parte que le corresponde; y al efecto me manda excitar a V. E. con el fin de que se sirva disponer se cite con el mayor empeño a los señores diputados para que se reúnan en sesión a las doce del día de hoy”.⁹⁶⁴

Difícil resulta explicar cuál era la parte que le correspondía al Congreso en el negocio, si el gobierno acababa de reasumir la dirección de la política exterior y a la representación nacional sólo le competía aprobar o desaprobar el tratado que se ajustara con el enemigo; no tenía por qué intervenir en las negociaciones de paz. Obviamente, Santa Anna insistía en que el Plan de la Ciudadela obligaba al Legislativo a decidir en todo lo relativo a la guerra; se trataba del último intento de resucitar a la política habanera y hacer que aquel asumiera la responsabilidad de entregar los territorios del norte. Sin embargo, esta vez se apoyaba en la intimidación que implicaba la presencia del ejército invasor en las goteras de la ciudad y en la supuesta incapacidad del ejército mexicano para

⁹⁶⁴ *Diario del Gobierno*, 21 de agosto de 1847.

detenerlo. Para desgracia del jalapeño, todo su esfuerzo, y lo peor, su exhibicionismo como traidor, iban a resultar inútiles: si en julio no quedaba más que un rescoldo de la política habanera, en agosto tan solo quedaban cenizas. Salonio respondió poco después que a las tres de la tarde sólo se habían reunido 26 diputados, “por hallarse muchos fuera de la capital” y que si bien volvería a citar a los ausentes, recomendaba acudir al apoyo de los gobernadores para reunirlos.⁹⁶⁵

Tiempo después, Roa Bárcena no tuvo duda: los diputados “habían abandonado sus asientos en la cámara temerosos de la presión moral y material que una ciudad populosa como México, amenazada de los estragos de un asalto, pudiera ejercer sobre el Congreso obligándole a ratificar bajo el cañón enemigo una paz vergonzosa”.⁹⁶⁶ La opinión de Otero fue similar y por ello fue de los que se abstuvieron de volver a la capital.⁹⁶⁷ Dos meses más tarde los redactores de *El Monitor Republicano* lamentaron que no se hubiera cumplido el decreto de traslación del Congreso: “No parece sino que a propósito se dejó al enemigo el campo libre para que progresara hasta donde quisiera”.⁹⁶⁸ Los autores de los *Apuntes*, en cambio, identificados con la causa jalapeña, no dudaron en escribir: “Este es, sin duda, el lugar en que debe manifestarse la indigna conducta de la mayoría de los representantes del pueblo, que por indiferencia, por cobardía o mala fe, desatendieron sus más santos deberes en los momentos de mayor conflicto para la patria. ¡La historia

⁹⁶⁵ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 489.

⁹⁶⁶ *Ibid.*, p. 521.

⁹⁶⁷ Mariano Otero, “Comunicación que sobre las negociaciones diplomáticas habidas en la casa de Alfaro, entre los plenipotenciarios de los Estados Unidos y México, dirigió al Exmo. Sr. gobernador, el Lic. Mariano Otero, diputado por aquel estado”, en *El Monitor republicano*, 29 de octubre de 1847.

⁹⁶⁸ *El Monitor Republicano*, 15 de noviembre de 1847.

imparcial y severa les destinará una página de oprobio e ignominia!...”⁹⁶⁹ Se referían, por supuesto, a los diputados radicales, pero también hubo moderados renuentes a participar en el juego, como Mariano Otero.

Santa Anna y los moderados no fueron los únicos decepcionados. Al día siguiente, Nicholas P. Trist reportaba a su gobierno la difícil situación en que la resistencia del Congreso puso al gobierno, con lo cual ponía en evidencia que Santa Anna se coordinaba con el enemigo para lograr la paz. Decía a Buchanan que, aun cuando la perspectiva de obtener un tratado era auspiciosa, la dificultad iba a residir en la ratificación del mismo. La falta de quórum persistía “y no hay esperanza a este respecto”. Santa Anna no contaba más que con el apoyo de una pequeña minoría en ese cuerpo “y nada de lo que hagamos ahora recibirá su sanción”; por el contrario, las facciones de que se componía el Congreso estaban decididas a destruir cualquier acuerdo. El caudillo mexicano estaba considerando el expediente de llenar con sus partidarios las curules vacías; pero a Trist le pareció que la ratificación de un Congreso así compuesto pondría en peligro la validez del tratado y se negó a aprobar ese plan, al menos “hasta que pueda yo ver una fuerte probabilidad de que él se establezca firmemente con poderes dictatoriales”⁹⁷⁰ (sus instrucciones lo autorizaban a tratar con un dictador).

Mientras Santa Anna estuviese solo, agregaba el comisionado, ninguna esperanza de paz iba a presentarse; por lo cual era necesario que los estadounidenses le dieran todo

⁹⁶⁹ Alcaraz, *op. cit.*, p. 261.

⁹⁷⁰ Trist a Buchanan, 24 de agosto de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 927.

el apoyo posible, pero siempre de manera discreta. El general Scott estaba consciente de todo, por ello, en el armisticio accedió a no ocupar Chapultepec.⁹⁷¹

El armisticio negociado el 22 por comisionados de ambos ejércitos fue ratificado el 23 y 24 por Scott y Santa Anna. En términos generales estableció el cese de hostilidades en un radio de 30 leguas (150 Km) de la capital mientras duraran las negociaciones de paz o hasta que el jefe de uno de los dos ejércitos diera aviso de la reanudación de hostilidades con 48 horas de anticipación. En el ínterin, ambos ejércitos conservarían sus líneas y, no obstante la preocupación de Trist y Scott por evitar poner en evidencia la colusión de Santa Anna con ellos, se estableció también el libre aprovisionamiento de ambos ejércitos, punto vital para los invasores, cuya carencia de provisiones estaba llegando a un punto crítico.

Ante el hecho de que el jalapeño no pudo obligar al Congreso a autorizar negociaciones de paz y su difícil y hasta peligrosa situación, la postura mexicana en las negociaciones que estaban por iniciar a cuenta y riesgo del gobierno tuvo que ser totalmente digna, “tratar la paz como si se hubiera triunfado, y como quien puede todavía llevar adelante la guerra con ventaja”, según palabras de Pacheco. Las bases propuestas por el gobierno para negociar la paz fueron aprobadas el 24 en junta de ministros, a ellas tendrían que sujetarse los comisionados mexicanos que posteriormente serían nombrados: cesión de Texas hasta el Nueces, evacuación del territorio nacional antes de

⁹⁷¹ *Ibid.*, p. 927-928.

tratar sobre otros territorios, rechazo del paralelo 26° como límite, cesión de algún puerto de Alta California como concesión máxima, indemnizaciones de guerra.⁹⁷²

Trist se dirigió a Pacheco al día siguiente manifestándole estar listo para reunirse con el comisionado o comisionados que el gobierno nombrara para tratar. El ministro mexicano contestó que aún faltaba nombrarlos, pero que los designados concurrirían a las cuatro de la tarde del 27 a Azcapotzalco, punto intermedio entre ambos ejércitos.⁹⁷³

El 27 en la mañana las negociaciones estuvieron a punto de arruinarse por el tumulto que se levantó en la capital en contra de un convoy de carros del invasor que, de acuerdo con los términos del armisticio, fue a la ciudad por provisiones y dinero; lo absurdo de que se hubiera convenido en garantizar la supervivencia del enemigo provocó la indignación popular y la protesta contra la ya evidente asociación entre Scott y Santa Anna. El rumor de que, por las noches, el caudillo pasaba al campo enemigo se había generalizado, así que la gente apedreó los carros gritando muera al traidor. Ese mismo día, el *Diario del Gobierno* publicó un impreso suelto con el que se empeñó en defenderlo de la indignación creciente por su actuación en Padierna, pues el pueblo vio en el abandono de Valencia la prueba definitiva de la traición.⁹⁷⁴ Este último, ya en Toluca, dirigió a los gobiernos estatales una circular acusando al general presidente, mientras que

⁹⁷² Citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 491-492.

⁹⁷³ *Ibid.*, p. 492; Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 930-931.

⁹⁷⁴ "Relación de las causas que influyeron en los desgraciados sucesos del día 20 de agosto de 1847", en *Diario del Gobierno* 27 de agosto de 1847.

el gobernador mexiquense envió una insultante nota a Santa Anna recriminándole por haberse prestado a escuchar propuestas de paz y por celebrar un armisticio.⁹⁷⁵

La traición no era sólo la percepción del pueblo bajo, como alegrían después los defensores del jalapeño, sino también de la legislatura del estado de México, y del gobernador de Guanajuato, Manuel Suárez, quienes, en oficio de 21 de agosto, comunicaron al gobernador Olaguíbel que la traición y derrota del día anterior habían sido previstas y esperadas por la clase política del estado de México, pues era evidente que el ejército se disponía a volver las armas en contra del pueblo para imponer una dictadura. Ése iba a ser el resultado del armisticio acordado con los invasores. Para evitarlo, la legislatura se declaraba partidaria de la coalición de estados y pedía a Olaguíbel que no permitiese que la guardia nacional del estado se pusiera a disposición del ejército ni del gobierno general. Le pidieron también ponerse de acuerdo con la Coalición para defender los derechos de la Federación.⁹⁷⁶

Como respuesta a sucesivas circulares del gobierno federal pidiendo recursos a los gobiernos estatales, Olaguíbel respondió que el de México ya había enviado a la capital tropas bien armas y equipadas, pero que esas fuerzas no habían sido bien dirigidas, “porque acaso entre nosotros el arte de la guerra sólo ha sido conocido para arruinar al país”; no era culpa de los ciudadanos, pero sí de que éstos no hubieran “encontrado un

⁹⁷⁵ Salvador Bermúdez de Castro a su gobierno, 17 de septiembre de 1847, en Figueroa Esquer, *op. cit.*, 2002, p. 140.

⁹⁷⁶ “Conflicto entre el poder central de la república y el gobierno del Estado de México y la conducta irregular y sediciosa del responsable de éste, Francisco M. Olaguíbel”, AGN, Gobernación, caja 0687 (335 sin sección)/51012/exp. 8, f. 3-5v.

jefe digno de mandarlos”.⁹⁷⁷ En adelante, el gobernador iba a insistir en sus comunicaciones con el gobierno federal en que, si se quería que los estados aportaran más recursos “con confianza”, era necesario un cambio de autoridades federales.⁹⁷⁸

Otro incidente que da cuenta del grado de disgusto general en contra del jalapeño fue la acusación presentada ese mismo día en el Congreso por el diputado Ramón Gamboa:

Acuso, pues, en primer lugar al general Santa Anna por su traición en la batalla de la Angostura.

Lo acuso por su traición en Cerro Gordo.

Por el abandono que hizo de la ciudad de Puebla.

Por haber dejado expedito el camino desde Puebla hasta Venta de Córdoba [es decir, por abandonar las fortificaciones de la sierra].

Por su traición dejándoles libre [a los invasores] absolutamente el camino de Ayotzingo a Tlalpan...

Por no haber atacado a la división del enemigo en el Arenal de Tlalpan y pueblo de Tepepa.

Por no haber auxiliado al general Valencia en la batalla del 19.

Por el abandono que hizo del fuerte de San Antonio [Coapa] dejándose flanquear.

Por su traición dejando flanquear el puente de Churubusco y no dar el más mínimo auxilio.

Por el infame armisticio que ha celebrado cuando sabe que el enemigo no tiene arriba de 7,000 hombres útiles, que carece de muchísimos artículos necesarios, que su tren es voluminoso y lleno de estorbos [...] y cuando, por

⁹⁷⁷ Olaguíbel a Relaciones Interiores, 26 de agosto de 1847, *ibid.*, f. 14-16v.

⁹⁷⁸ Olaguíbel a relaciones Interiores, 31 de agosto de 1847 y 2 de septiembre de 1847, *ibid.*, f. 7-8 y 25.

otra parte, en la capital hay más de 15,000 hombres y es público el ardor de venganza en que están los mexicanos.⁹⁷⁹

El general José Joaquín de Herrera, José Bernardo Couto, el general Ignacio Mora y Villamil y Miguel Atristáin recibieron sus nombramientos como comisionados en las negociaciones de paz, y dedicaron la primera conferencia del 27 no sólo al intercambio de credenciales con Trist, sino a ofrecer disculpas por aquella inoportuna muestra de dignidad por parte del pueblo de la capital.

Inútil nos parece cansar al lector con los detalles de una negociación que nació destinada al fracaso. Baste recordar los hechos principales. En las siguientes conferencias (celebradas entre 28 de agosto y el 6 de septiembre), Trist presentó el proyecto de tratado de que era portador y por el cual Polk exigía la cesión del río Bravo como límite de Texas, la cesión de Nuevo México, Alta y Baja California y el libre paso y transporte de ciudadanos y mercancías estadounidenses por el Istmo de Tehuantepec; a cambio, ofrecía renunciar a que México pagara reparaciones de guerra, entregar la suma de dinero que se acordase como indemnización por los territorios y el compromiso de su país a saldar las reclamaciones de sus ciudadanos en contra del gobierno mexicano. Tales condiciones llevaron al gobierno a dar nuevas instrucciones a sus comisionados; les ordenó sostenerse en las condiciones iniciales, pero además exigir a Trist que declarara los motivos y fines de la guerra, que aclarara si sus pretensiones se fundaban en la fuerza y con qué derecho o intención incluyó su gobierno a California y Nuevo México, incuestionablemente

⁹⁷⁹ Citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v2, p. 528-529.

mexicanos, en sus pretensiones. En cuanto al tránsito por Tehuantepec, el gobierno lo negó absolutamente.⁹⁸⁰

La dignidad con que Santa Anna y Pacheco exigían de Trist una explicación sobre el derecho con el que el gobierno estadounidense exigía la cesión de California y Nuevo México era parte de la fachada honorable que el jalapeño quería dar a la negociación, pues Trist jamás declararía que las exigencias de su presidente eran nacidas de las promesas hechas por el propio caudillo a Slidell McKenzie en La Habana.

Ante el rechazo de sus pretensiones, Trist declaró estar dispuesto a renunciar a Baja California y al Bravo como límite de Texas, advirtiendo que necesitaría de la prolongación del armisticio para solicitar a Washington la autorización de tal acto.⁹⁸¹

Santa Anna respondió con un contraproyecto por el cual proponía que el territorio entre el Nueces y el Bravo quedara como un desierto entre ambos países, cedía la Alta California hasta el 37° de latitud norte y negaba terminantemente el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, así como Baja California y Nuevo México.

Antes de que los comisionados mexicanos entregaran a Trist este contraproyecto el 6 de septiembre, y en vista de los informes verbales que éstos daban diariamente al gobierno y de que Trist manifestó que la cesión de Nuevo México era condición *sine qua non* de la paz, el jalapeño declaró, al parecer obligado por el acoso de sus enemigos, que el comisionado estadounidense no dejaba a su gobierno más arbitrio “que el que sugiere el honor, y él es el que cierra la puerta a toda posibilidad de hacer la paz”. Consideraba que

⁹⁸⁰ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 495-499.

⁹⁸¹ *Ibid.*, p. 501-504.

con Texas y California se habían hecho las concesiones máximas y no olvidó dejar bien sentado que ni contando con la autorización del Congreso se prestaría a ceder más.⁹⁸² Por supuesto, cuando al día siguiente el contraproyecto le fue presentado a Trist, declaró que el documento era inadmisibile y que consideraba rotas las negociaciones.⁹⁸³

Éstas no habían sido más que un trámite obligado con resultado previsible. Dada la endeble posición política del jalapeño, en medio de un ambiente enardecido por las acusaciones de Gamboa, amenazado por la coalición radical que lo privó del apoyo del ejército para su dictadura y de la posibilidad de manipular al Congreso, no se atrevió a disolver al cuerpo legislativo como hizo otras veces ni a llenarlo con parciales suyos para poner fin a la guerra. De acuerdo con sus instrucciones, Trist sólo podía aceptar un tratado ratificado por el Congreso o firmado por un dictador y, tal como informó tiempo después a Buchanan: “Fue por terror a sucumbir a esta misma influencia [radical] que Santa Anna, en el punto crítico de su destino, vaciló en hacer el tratado, que era lo único que podía salvarlo, y que le habría dado el poder de llevar al cabo sus despóticos designios”.⁹⁸⁴

En efecto, el caudillo tuvo que renunciar a la dictadura y se limitó a aprovechar las negociaciones para proyectar patriotismo en los documentos, como las sucesivas instrucciones de Pacheco a los comisionados y la última nota a Trist, la cual, en términos

⁹⁸² Pacheco a los comisionados mexicanos, 5 de septiembre de 1847, citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 507.

⁹⁸³ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 495-516; Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 933-945.

⁹⁸⁴ Trist a Buchanan, 6 de diciembre de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 992. Salvador Bermúdez de Castro, en oficio a su gobierno de 17 de septiembre de 1847, afirma que lo que hizo desistir a Santa Anna de hacer la paz a toda costa fue el temor de que los estados hicieran causa común con Valencia y Olaguíbel, *vid. Figueroa Esquer, op. cit.*, 2002, p. 140.

jurídicos, puso a éste y a su gobierno contra la pared y lo obligó a dar una respuesta llena de absurdos y contradicciones.⁹⁸⁵

Los historiadores contemporáneos a los hechos no cooperaron menos en mantener la imagen patriótica de Santa Anna, pues siguieron empeñados en obviar el origen monroísta de la guerra. Roa Bárcena afirmó que era justo observar que el gobierno “ni por un momento dio margen al cargo de poco celo a favor de los intereses nacionales” y que, por el contrario, “hasta lo último permaneció fiel a su programa de negociar como si se hubiera triunfado”.⁹⁸⁶ Los autores de los *Apuntes* lo presentan como angustiado por el futuro de la patria y agobiado por la responsabilidad histórica que le tocó enfrentar.⁹⁸⁷

De hecho, la necesidad de disimular u ocultar el verdadero fondo de las cosas llegaba a tal extremo que el propio Mariano Otero, luego de criticar, en carta abierta al gobernador de Jalisco, que Santa Anna estuviese dispuesto a ceder territorios que nunca estuvieron en disputa (California) y él y los generales hubieren decidido llevar al invasor a las puertas de la capital luego de entregarle los pasos de la sierra,⁹⁸⁸ se empeñó en presentarlo como un patriota, y con él a su partido: “Ni merece crédito la sospecha de una traición, que no tendría una sola causa de tentación, ni puede exigirse del hombre que ha sido objeto de ella otra prueba en contra que su presencia en los lugares donde la muerte segaba a nuestros defensores”.⁹⁸⁹ La actitud de Otero era de llamar la atención pues, no

⁹⁸⁵ Trist a los comisionados mexicanos, 7 de septiembre de 1847, en *ibid.*, v. 8, p. 945-955.

⁹⁸⁶ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 517.

⁹⁸⁷ Alcaraz, *op. cit.*, p. 278-279.

⁹⁸⁸ Mariano Otero, *Comunicación que sobre las negociaciones diplomáticas habidas en la Casa de Alfaro, entre los plenipotenciarios de los Estados-Unidos y México, dirigió al Exmo. Sr. Gobernador de Jalisco el Ciudadano Lic. M. Otero, diputado por aquel estado*, México, Vicente García Torres, 1847.

⁹⁸⁹ Citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 524-525.

obstante ser moderado, se oponía a que Santa Anna alcanzara la paz mediante el Congreso y, en un acto que no parece casualidad, informaba abiertamente de los pasos del caudillo al gobernador de Jalisco, quien, al parecer, tenía armamento suficiente como para equipar un ejército. Esto aparece entonces como una clara advertencia de que la coalición de estados seguía empeñada en impedir que Santa Anna pudiera negociar.

No quedó al caudillo más camino que seguir fingiendo y llevar las cosas al último extremo: entregar de una vez la ciudad para consumir la derrota mexicana. ¿El método? El de siempre: propiciar la derrota y masacre de mexicanos en cada batalla.

No obstante que Trist declaró rotas las negociaciones, Scott no utilizó este argumento para, a su vez, reanudar las hostilidades. El 7 de septiembre dirigió a Santa Anna una nota en la que lo acusaba de violar los artículos 3°, 7° y 12° del armisticio, relativos al abasto de las fuerzas estadounidenses y a la prohibición de aumentar los recursos bélicos de ambos contendientes. Es curioso que el jefe invasor acusara al jalapeño de no surtirlo de víveres, no tanto por el absurdo que ello implicaba en un estado de guerra, sino porque, luego del tumulto popular del 27 de agosto, las tropas estadounidenses fueron abastecidas puntualmente en el sigilo de la noche.⁹⁹⁰ Un testimonio de la manera en que Santa Anna aseguró la supervivencia del ejército enemigo se encuentra en las memorias del coronel estadounidense Hitchcok, quien no pudo sino expresar su perplejidad ante la fingida candidez militar mexicana: “Nuestro agente ha traído de la ciudad 151 mil dólares en efectivo y una considerable cantidad de provisiones. Esto se ha hecho según los artículos del armisticio, y nuestros hombres ocupados en eso

⁹⁹⁰ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 518. Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, p. 244.

en la ciudad están protegidos por una guardia mexicana. ¿Cuándo se ha oído hablar de cosa semejante en la historia de la guerra?”⁹⁹¹

El jalapeño se apresuró a responder en la misma tesitura negando los cargos, y agregando al final que tenía claro que la razón de que Scott reanudara las hostilidades era que “no me he prestado a suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente [...] el territorio de la república.”⁹⁹²

La derrota se consuma

Sólo quedaba por ver en qué punto ocurriría el siguiente choque. So pretexto de que era necesario evitar que los capitalinos vivieran la violencia de los combates, el jalapeño y su estado mayor decidieron en junta de guerra que el ejército no se encerraría en la ciudad, sino que contendría al invasor en las fortificaciones de la segunda línea de defensa - es decir, las garitas. En otras palabras, se seguiría violando el principio de concentración de fuerza para ceder a Scott la ventaja numérica en puntos dispersos, defendidos por escasas fuerzas mexicanas. Semejante absurdo no pudo ser disimulado ni por aquellos que, más tarde, se empeñaron en eximir a Santa Anna del cargo de traición; por ejemplo, Roa Bárcena lamentó que el caudillo fuera a perder las siguientes batallas “por no haber podido aglomerar o no haberse resuelto a concentrar sus fuerzas defensivas en algunos o alguno de los puntos atacados”.⁹⁹³ A la inversa, “Scott fue capaz de concentrar el grueso de

⁹⁹¹ Citado por María Gayón Córdoba, 1847-1848. *La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México*, [México] CNTE-Corre la voz [1997] p. 22-23.

⁹⁹² Roa Bárcena, *op. cit.*, p 518.

⁹⁹³ *Ibid.*, p. 540.

su ejército contra el punto débil del enemigo, y al final forzó al ejército mexicano a pelear en extrema deventaja”.⁹⁹⁴

Así, lo que siguió fue un nuevo rosario de derrotas. Debido a que el grueso de las tropas de Scott se encontraba acuartelado en Tacubaya, el punto lógico para reanudar hostilidades era el conjunto de antiguos edificios ubicado al noreste de esa villa y al poniente del Castillo de Chapultepec, conocido como Molino del Rey. El 7 de septiembre Santa Anna formó una línea de batalla entre dicho conjunto y una casamata⁹⁹⁵ ubicada a tiro de fusil más al poniente y la dotó de la siguiente manera:

En el Molino, que era la izquierda de la línea, colocó tropas mayoritariamente voluntarias: la brigada del general oaxaqueño Antonio León, compuesta por la Guardia Nacional de Oaxaca (representante de un gobierno estatal liberal), los batallones de Guardia Nacional capitalina Libertad, Unión y Santa Anna (que se habían caracterizado por ser incondicionales del gobierno radical de Gómez Farías), el batallón de Guardia Nacional de Querétaro (un estado que se había unido a la coalición de estados), el Batallón Activo de San Blas (representante del estado líder de la coalición), el batallón Morelia (otro representante de un gobierno liberal) y el batallón de artillería de Mina (originario de Minatitlán). La única tropa permanente era un batallón de la brigada del

⁹⁹⁴ Johnson, *op. cit.*, p. 98.

⁹⁹⁵ Sobre esta palabra hay que hacer una aclaración. Una casamata es un refugio antibombas fortificado, es decir, un pequeño fuerte. La casamata a que nos referimos aparece como tal en el “Plano de los puntos atacados por el Ejército Americano”, publicado en Alcaraz, *op. cit.*, p. 380. Si se observa las litografías “Combate de Casa Mata”, de Carl Nebel y “Vista de Chapultepec y Molino del Rey”, de H. Méndez, también puede verse que era un fuerte. Sin embargo, la mayoría de los autores se refieren a ella como Casa Mata, es decir, como si se tratara de una casa-habitación perteneciente a una familia Mata. La confusión tal vez se debe a que en dicho plano y otros documentos se escribe Casa mata (con mayúscula y minúscula) o Casamata; H. Méndez incluso escribe Casa de Mata. Por su parte, Guillermo Prieto, en sus *Memorias, op. cit.*, p. 416, escribe, correctamente, “Casamata”.

general Joaquín Rangel: Granaderos de la Guardia. El Molino iba a contar con el apoyo de la artillería del castillo de Chapultepec.⁹⁹⁶

En el terreno ubicado entre el Molino y la casamata, que constituía el centro, Santa Anna colocó, protegida por una zanja que hacía las veces de trinchera, a la brigada de infantería permanente del general Simeón Ramírez: batallones Fijo de México, 2° Ligero y 12° de Línea.⁹⁹⁷

En la casamata, que constituía la derecha, fue ubicada la brigada del general Francisco Pérez: 4° Ligero y 11° de Línea. Para garantizar el triunfo, Santa Anna colocó en la hacienda de Los Morales a la caballería, compuesta de 3000 jinetes bajo el mando del general Juan Álvarez, con orden de barrer el flanco izquierdo del enemigo cuando atacara la derecha mexicana, es decir, la casamata.⁹⁹⁸

En Chapultepec acampó una reserva, compuesta del 1° y 3° Ligeros. Todas estas fuerzas hacían un total aproximado de 8,000 hombres.

Por su parte, el general Scott, enterado de que desde tiempo atrás en el Molino había una fábrica de pólvora, y que por esas fechas los mexicanos habían instalado una fundición de cañones, centró su atención en esos edificios cuando, además, vio que Santa Anna se proponía defenderlos con un impresionante despliegue de fuerza y se propuso atacarlos al amanecer del 8 para tomar la pólvora y destruir la fundición. Encargó tal misión a la división del general Worth, reforzada con la brigada Cadwalader, tres

⁹⁹⁶ Alcaraz, *op. cit.*, cap. XXI. Roa Bárcena, *op. cit.*, cap. XXVIII. Balbontín, *Invasión...*, *op. cit.*, p. 127-128. Eisenhower, *op. cit.*, p. 417-422. DePalo, *op. cit.*, p. 134-137.

⁹⁹⁷ *Ibid.*

⁹⁹⁸ *Ibid.*

escuadrones de caballería y parte de la división del general Pillow, que hacían un total aproximado de 3,400 hombres con nueve piezas de artillería.⁹⁹⁹

Al ver que Scott no se decidió a atacar el 7, Santa Anna ordenó al anochecer de ese día que casi la mitad de los cuerpos de la derecha y todos los del centro se retiraran a pernoctar en otros puntos, con lo cual redujo a la mitad la fuerza del dispositivo. Durante la noche recibió informes de que, frente a las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria, se notaba actividad enemiga, por lo que decidió marchar a esa zona dejando debilitada la línea de Molino del Rey-casamata y sin nombrar un general responsable.¹⁰⁰⁰

En la madrugada del 8 los invasores colocaron su artillería en lo alto de lomas que dominaban tanto al Molino como a la casamata y, al amanecer, su infantería emprendió el ataque contra el Molino, su principal objetivo. Sin contar con el apoyo del centro y la derecha, sin un jefe que dirigiese las acciones, el Molino resistió como pudo y logró rechazar el primer ataque gracias a la oportuna llegada del general Echeagaray con el 3° Ligero; pero el resto de las tropas que el día anterior habían constituido el centro y la reserva, y estaban acampadas en las inmediaciones, no solo no se presentaron a combatir, sino que se alejaron del campo de batalla, mientras que la caballería nunca emprendió la carga que, se suponía, iba a dar el triunfo. En una segunda carga, esta vez dirigida también contra la casamata, los estadounidenses lograron desalojar de sus posiciones a todas las

⁹⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰⁰ *Ibid.*

tropas mexicanas a pesar de los esfuerzos de oficiales como el general León, que intentaron asumir el mando y dirigir la defensa.¹⁰⁰¹

Se repetía lo sucedido en Padierna: Santa Anna abandonaba a su suerte a tropas adictas a gobiernos radicales de los estados. El abandono, que fue notorio, pudo parecer casualidad, pero esta impresión desapareció cuando días después Santa Anna volvió a abandonar a las Guardias Nacionales del Estado de México, Jalisco y Michoacán, así como a los batallones radicales Unión y Patria, que defendieron el Castillo de Chapultepec el 13 de septiembre,¹⁰⁰² al incumplir la promesa que hiciera al general Nicolás Bravo, comandante del castillo, de auxiliarlo en el momento oportuno con su reserva. Desde entonces quedó en evidencia ante la opinión pública del país la traición de Santa Anna y su alevosía contra las Guardias Nacionales.¹⁰⁰³

Una vez caído Chapultepec, los asaltantes se lanzaron en persecución de las reservas de Santa Anna por las calzadas de San Cosme y Belén hasta adueñarse de las garitas del mismo nombre, acciones en las que el general en jefe se abstuvo una vez más

¹⁰⁰¹ *Ibid.*

¹⁰⁰² DePalo también hace ver que los defensores del castillo eran en su mayoría Guardia Nacional, *op. cit.*, p. 137.

¹⁰⁰³ Reproches de diversos personajes contra Santa Anna por abandonar a las Guardias Nacionales frente al enemigo, mientras dejaba en reserva al ejército de línea, pueden verse en *El Monitor republicano*, 3, 6, 14, 24 y 27 de octubre; 3, 10 y 17 de noviembre, 23 de diciembre de 1847; 16 de enero, 14 de marzo, 2 y 14 de abril, 6 de mayo de 1848. Isidro Alemán, *Apuntes para la historia del batallón matamoros de Morelia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1997, p. 59. Santa Anna, *Detall, op. cit.*, Balbontín, *La invasión americana...*, *op. cit.*, p. 102. Nicolás Bravo, declaración en el Consejo de Guerra que se le formó por la pérdida de Chapultepec, AGN, Archivo de Guerra, v. 273, exp. 2672, f. 23 y “parte del general Bravo al ministro de la Guerra sobre los sucesos ocurridos los días 12 y 13 del actual, en la acción de Chapultepec”, en *El Monitor republicano*, 28 de septiembre de 1847. El general Joaquín Rangel dio testimonio de la alevosía con la que Santa Anna se aseguró de dejar solas ante el enemigo a las tropas del Estado de México, Michoacán y Jalisco en “Parte de las operaciones ejecutadas por la tercera brigada de infantería del Ejército mexicano en los días 12 y 13 de septiembre de 1847, dirigido al Exmo. Sr. General en jefe del ejército, benemérito de la patria Antonio López de Santa Anna, el día 15 del mismo mes y año”, *El Monitor Republicano*, 17 de octubre de 1847.

de oponer al invasor todo el poder de su ejército y abandonó a su suerte a las Guardias Nacionales de México, Guanajuato y Lagos.¹⁰⁰⁴ Nos parece inútil y tedioso cansar al lector con la narración que el caudillo hizo en su *Detall de operaciones* de la “defensa” de las garitas, llena de desplantes dramáticos.¹⁰⁰⁵ Aunque por reglamento era la Guardia Nacional la encargada de formar la primera línea de choque en combate, el ejército no prestó apoyo oportunamente, lo cual se consideró un abandono intencional, y no parece casual que los abandonados fuesen los rivales políticos del jalapeño. El abandono pareció tan evidente, que no pasó desapercibido ni para los estadounidenses: *The North American* hizo notar que en las acciones del valle de México Santa Anna mandó al combate a los voluntarios de las Guardias nacionales mientras él huía con los mejores cuerpos del ejército permanente.¹⁰⁰⁶ Sus conciudadanos lo iban a apellidar traidor para siempre.

No faltó quien cuestionara por qué razón no se empleó a la caballería para hostilizar a la retaguardia enemiga o, por lo menos, apoderarse del tren de bagajes estadounidense, que quedó mal custodiado en momentos en que casi la totalidad del ejército invasor estaba empeñada en el ataque al castillo y las garitas.¹⁰⁰⁷

¹⁰⁰⁴ “Guadalupe Perdígón Garay ante sus conciudadanos”, 8 de octubre de 1847, en *El Monitor Republicano*, 18 de octubre de 1847. En una “Contestación del general Terrés al último parte del general Santa Anna”, *El Monitor Republicano*, 26 de enero de 1848, el primero afirmó que el segundo hizo cuanto pudo para desorganizar la defensa en la garita de Belén y además declaró: “La desmoralización del ejército mexicano es uno de los grandes crímenes que pesan sobre el general Santa Anna, pues a él y solo a él es a quien esta desmoralización se debe [...] Es público y notorio que el día 13 por la mañana, había en México de trece a catorce mil hombres para hacer frente al enemigo. Éste atacó solamente por dos puntos, Belén y San Cosme; y ni a uno ni a otro condujo el general Santa Anna las fuerzas necesarias para rechazarlo”. Los partes del jalapeño, compilados en su *Detall de operaciones*, disimularon estos hechos.

¹⁰⁰⁵ Para Ramón Gamboa, fue evidente que Santa Anna abandonó a su suerte a Chapultepec y las garitas de manera intencional, *vid.* Gamboa, *Ampliación a la acusación...* en *El Monitor Republicano*, 4 de enero de 1848.

¹⁰⁰⁶ *El Monitor republicano*, 10 de octubre de 1847.

¹⁰⁰⁷ Gamboa, *op. cit.*, p. 53.

De hecho, esta operación fue intentada por el gobernador radical Francisco Modesto Olaguíbel, quien después de presentarse en Santa Fe con una fuerza de 700 jinetes reclutados en el estado de México, ejecutó el día 11, por orden del propio Santa Anna, algunos movimientos en la retaguardia de los invasores con el fin de distraer el ataque que éstos preparaban contra Chapultepec. Incluso el general Álvarez le ofreció dos brigadas de caballería para dar más eficacia a la operación; pero Olaguíbel nunca recibió tal refuerzo, por el contrario, lo que recibió el 12 (como correspondía a un declarado enemigo de Santa Anna) fue la orden de estacionarse en la hacienda de los Morales, expuesto al fuego de las baterías enemigas, mientras que esa misma tarde la enorme caballería de Álvarez se retiraba a la capital y quedaba al margen de los combates que iban a tener lugar al día siguiente.¹⁰⁰⁸

Parece que la explicación de esto es que, según expondría después el propio Álvarez, más que auxiliar a la capital, lo que pretendía Olaguíbel, de acuerdo con su insistencia en un cambio de autoridades, era convencerlo de sublevarse con la caballería en contra del gobierno.¹⁰⁰⁹ Se entiende entonces por qué el jalapeño abandonó a su suerte en Chapultepec a las tropas de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Estado de México y demás batallones radicales capitalinos. Insistimos: en ese momento la guerra era entre Santa Anna y la coalición.¹⁰¹⁰ El ejército invasor constituía tan sólo un comodín y la ventaja la tenía quien fuera capaz de utilizarlo en contra del rival; en ese momento la tenía Santa

¹⁰⁰⁸ Alcaraz, *op. cit.*, p. 313-314.

¹⁰⁰⁹ AH SEDENA, exp. 2741, f. 12. *El Monitor Republicano*, 16 de noviembre de 1847.

¹⁰¹⁰ Según Johnson, *op. cit.*, 242, aunque algunos oficiales estadounidenses consideraron brillante la acción de Chapultepec, otros no podían creer la facilidad del triunfo.

Anna, quien, una vez más, se había valido de él para destruir a otra gran parte de las fuerzas de la coalición y así evitar su derrocamiento.

Con la caída de Chapultepec y las garitas, la Ciudadela se convirtió en el último punto fortificado que podía impedir la entrada del invasor en la capital. Con doce o catorce mil hombres, que constituían las dos terceras partes del ejército aún intactas, con sus dotaciones de municiones completas, y al frente un enemigo exhausto y disminuido (según los partes de Scott, sus bajas lo tenían reducido en un 30%¹⁰¹¹), era forzoso que la resistencia continuara, así lo prescribía, ya no digamos la ordenanza, sino la más elemental ética militar. Sin embargo, el caudillo convocó a uno de sus típicos consejos de guerra en la Ciudadela, con el fin de valerse de los altos oficiales del ejército para poner en tela de juicio lo que el deber mandaba. Según un testigo, en esa reunión estuvieron presentes el general Alcorta, ministro de Guerra, el general Martín Carrera, director de artillería, los jefes de brigada Manuel Lombardini y Francisco Pérez y el gobernador Olaguíbel. El jalapeño, que presidía, manifestó que deseaba conocer la opinión de los presentes sobre si debía o no continuarse la defensa de la capital; Carrera, conformándose a los deseos del general en jefe, “manifestó que la desmoralización era suma, y que habiéndose perdido bastante artillería y armas, no juzgaba que produciría ningún resultado favorable la defensa que se continuara haciendo”.¹⁰¹²

Olaguíbel, empeñado en estorbar los actos entreguistas del jalapeño, reaccionó ante tal juicio y manifestó que era necesaria la opinión de más expertos en materia

¹⁰¹¹ *El Monitor Republicano*, 30 de diciembre de 1847.

¹⁰¹² Alcaraz, *op. cit.*, p. 323.

militar; pero entonces los generales Lombardini, Alcorta y Pérez apoyaron la opinión de Carrera en el sentido de que el ejército tenía que evacuar la ciudad. El gobernador radical no se dejó amilanar por la desventaja en que se encontraba ante quienes tenían prisa por, de una vez, entregar la capital, disolver a las guardias nacionales, ya fueran radicales o moderadas, y dejar al ejército regular como única fuerza efectiva del país bajo el mando del jalapeño, de modo que declaró que el abandono de la capital al enemigo iba a ser un terrible cargo contra el general Santa Anna, por lo que propuso se realizara un nuevo consejo de guerra en Palacio Nacional.¹⁰¹³

Por supuesto, el jalapeño, despreocupado respecto del “terrible cargo” que pudiera resultarle, consideró que las reflexiones de Olaguíbel no eran atendibles y puso fin a la discusión: “Yo determino que se evacúe esta misma noche la ciudad”.¹⁰¹⁴

Más tarde, el caudillo afirmó que la decisión de abandonar la capital se tomó de manera unánime y la justificó con el extremo cansancio de la tropa y la inexistencia de municiones.¹⁰¹⁵ Sin embargo, hay testimonios de que para la defensa de la ciudad de México se había fabricado una ingente cantidad de municiones¹⁰¹⁶ y, como bien lo señaló el diputado Gamboa, era imposible que todo el parque se hubiera agotado y toda la tropa estuviera desgastada cuando el 13 de septiembre tan sólo entró en acción una cuarta parte y existían miles de hombres en condiciones de combatir.¹⁰¹⁷ Tales reflexiones no

¹⁰¹³ *Ibid.*

¹⁰¹⁴ *Ibid.*, p.324.

¹⁰¹⁵ Santa Anna, *op. cit.*, 1849, p. 119.

¹⁰¹⁶ A. H. SEDENA, exp. 2604, f. 1.

¹⁰¹⁷ Gamboa, *Impugnación al informe...*, *op. cit.*, p. 57 y “Ampliaciones a la acusación...” en *El Monitor Republicano*, 4 de enero de 1848. En su editorial de 16 de enero de 1848, *El Monitor Republicano* opinó: “El ejército americano no arrojó de la capital a nuestros soldados: éstos huyeron antes [...] sólo se opusieron los

pueden sino ratificar el juicio de Guillermo Prieto: “Ya se sabe que semejantes juntas, por regla general son comedias; se hace siempre lo que quiere el jefe, y el jefe quería evacuar la ciudad, a pesar de las juiciosas y patrióticas observaciones del señor Olaguíbel”.¹⁰¹⁸ Como señala McCaffrey, “felizmente para los americanos” las fuerzas mexicanas “cedieron la capital a los invasores”.¹⁰¹⁹

Con la decisión tomada, entre las ocho y nueve de la noche Ignacio Trigueros se presentó en la Ciudadela y llevó en su coche al jalapeño a la Villa de Guadalupe, donde se reunió con el ejército, no sin antes ordenar la disolución de la Guardia Nacional.¹⁰²⁰ Entre tanto, el ministro de Guerra redactó una circular dirigida a los gobernadores de los estados, en la que anunciaba que, luego de los combates del día 13, y para librar a la población capitalina de los horrores de la guerra, no había quedado al gobierno más arbitrio que cambiar de residencia.¹⁰²¹

Lo que siguió al amanecer del 14 de septiembre fue lo que siempre se ha considerado una de las páginas más tristes y humillantes de la historia de México: los batallones de la Guardia Nacional disueltos, mientras los invasores, que no podían creer que 17,000 soldados mexicanos les estuvieran entregando su ciudad,¹⁰²² entraban en ella

esfuerzos aislados e insignificantes de unos pocos, muy pocos, ciudadanos durante cuya refriega, había salido ya casi intacto todo el ejército, del cual solo una parte muy corta disputó el fuerte de Chapultepec y las garitas, al poniente de la capital”. Y en el de 14 de marzo: “Regimientos ha habido en los que los soldados han llorado porque no los han dejado pelear, y en que han maldecido a sus superiores porque los han tenido en una inacción vergonzosa”.

¹⁰¹⁸ Prieto, *op. cit.*, 1969, p. 422.

¹⁰¹⁹ McCaffrey, *op. cit.*, p. 185.

¹⁰²⁰ Alcaraz, *op. cit.*, 324.

¹⁰²¹ *Monitor Republicano*, 27 de septiembre de 1847.

¹⁰²² Johnson, *op. cit.*, p. 242.

para formar en la plaza central y enfrentar un levantamiento popular en su contra, cuando se disponían a festejar izando su bandera en el asta del Palacio Nacional.¹⁰²³

El alzamiento popular, al parecer organizado por agitadores representantes del radicalismo, puso a Santa Anna en la obligación de volver a la ciudad con algunas tropas. Reunido el ejército en Guadalupe, el caudillo había dispuesto que el general Herrera marchara a Querétaro con el ejército, con la misión de reorganizarlo, mientras él se dirigía a Puebla, con 1500 caballos y la infantería de Álvarez, a reforzar a las tropas mexicanas que mantenían sitiada a la pequeña guarnición que los invasores dejaron en esa ciudad.¹⁰²⁴ Cuando, al llegar a San Cristóbal Ecatepec recibió la noticia de que, en la capital, el pueblo se había sublevado al ver la bandera enemiga en Palacio, y mantenía sitiado al invasor en la plaza, ordenó contramarchar de inmediato. Al atardecer del 14 llegó a la garita de Peralvillo, donde entró a la ciudad con el general Álvarez para observar lo que sucedía. A pesar de la violenta refriega que se desarrollaba en las calles adyacentes a la plaza central, concluyó que no se trataba de ninguna sublevación general y se retiró.¹⁰²⁵

La lucha del pueblo contra los ocupantes se reanudó al amanecer del 15. Al enterarse de que el pueblo capitalino seguía en pie de lucha, Santa Anna destacó varios cuerpos de caballería para que lo apoyaran; pero una vez más afirmó que sus hombres no

¹⁰²³ Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, p. 248. Alcaraz, *op. cit.*, p. 328. Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, ERA-CONACULTA-INAH, 2005, p. 20.

¹⁰²⁴ Santa Anna, *op. cit.*, 1849, 119-120.

¹⁰²⁵ *Ibid.*

observaron ninguna muestra de indignación popular, de modo que volvió a retirarse con todas sus fuerzas a Guadalupe.¹⁰²⁶

De nueva cuenta, el jalapeño hizo cuanto estuvo en su mano para salvar al invasor del desastre; es evidente que, si el ejército hubiera entrado en acción para apoyar el levantamiento popular, allí mismo habría terminado la aventura de Scott. Sin embargo, está claro que no iba a mover un dedo para apoyar una acción que tal vez fue organizada por sus enemigos y que, aun de no ser así, le impediría cumplir con su propósito de entregar la ciudad, licenciar a las fuerzas de sus opositores y, una vez éstos desarmados, seguir buscando la ocasión de concertar la paz.

Por eso afirmó después que el pueblo nunca se levantó contra el invasor. Sin embargo, hay un testimonio que exhibe su negligencia. El general Lino Alcorta, uno de los oficiales que le apoyaron en su decisión de abandonar la capital, confesó semanas después, en un informe dirigido al presidente Manuel de la Peña y Peña, que al cerciorarse el general Santa Anna del levantamiento popular, decidió retirarse y abandonar a los improvisados defensores.¹⁰²⁷

Sin esperanza de auxilio e intimidado por las represalias ordenadas por el general Scott en contra de quienes agredían a sus hombres y por los esfuerzos del Ayuntamiento por calmar el entusiasmo patriótico, inevitablemente el pueblo capitalino se fue debilitando, hasta que al amanecer del 16 concluyó el levantamiento.

¹⁰²⁶ *Ibid.*, p. 121.

¹⁰²⁷ *El Monitor Republicano*, 21 de octubre de 1847.

Los ministros de Guerra y Relaciones se reunieron ese mismo día con el caudillo en la Villa de Guadalupe para hacerle ver que era necesario fijar la residencia del gobierno en Querétaro, a lo cual respondió con un decreto en cuyos considerandos contradijo su anterior afirmación de que de la suerte de la capital dependía la de la guerra y se declaró dispuesto a seguir combatiendo. Por el artículo primero renunció a la presidencia interina de la República y nombró como su sucesor, de acuerdo con el artículo 97 de la Constitución, al presidente de la Suprema Corte de Justicia, Manuel de la Peña y Peña, y como asociados a los generales José Joaquín Herrera y Lino J. Alcorta. Por el artículo segundo declaró que los poderes de la nación residirían, hasta nueva resolución del Legislativo, en la ciudad de Querétaro.

Al dejar el poder en manos de destacados miembros del partido moderado (el ex presidente y el ex ministro que intentaron evitar la guerra), el general Santa Anna parecía poner punto final a sus esfuerzos por la paz. Como hemos visto, el acoso de los radicales y la coalición de estados le impidió lograrla e imponer una dictadura, de modo que, “en el punto crítico de su destino”, no tuvo más opción que aceptar el fracaso y entregar la capital a Scott y la presidencia a un viejo rival. Esto no significaba que se diera por vencido pues, como veremos en el último capítulo, estaba por recibir apoyo, tanto para para su dictadura como para la anexión del país, de parte de aquel movimiento confederalista nacido luego de la caída de Iturbide y que parecía superado con la promulgación de la Carta de 1824, pero que había permanecido latente en los estados y ahora estaba listo para resurgir.

Ignorante de esto último, y a modo de epitafio, Trist hizo elogios al sostenido esfuerzo de Santa Anna por lograr la paz. “Pero la cosa era imposible sobre las únicas bases en las cuales nosotros teníamos que lograrla. No es un patriota, es justo lo contrario”. Luego de tomar conciencia de tal imposibilidad, Santa Anna había dado “a todo el asunto el cariz mejor calculado para protegerse de las denuncias”, igual que lo había hecho desde el principio con “un despliegue de altruismo en la causa de ‘los derechos y la dignidad’ de México, en lo que no podría ser superado por ninguno de sus detractores”.¹⁰²⁸

La indecisión del caudillo para consumar el Tratado y la dictadura determinó que, desde ese momento, Trist y Scott lo consideraran un estorbo para alcanzar la paz y desearan su desaparición de la escena política. Más adelante veremos que ellos mismos iban a encargarse de forzarlo a abandonar el país. El traidor, o lo contrario de un patriota, como decía Trist eufemísticamente, ahora resultaba desechable.

A fin de seguir protegiéndose mediante despliegues de esfuerzo patriótico, el ahora expresidente retomó el plan de dirigirse a la ciudad de Puebla a someter a la guarnición estadounidense sitiada en los cerros de Loreto y Guadalupe por los guerrilleros del general Rea, así que dispuso que el general Álvarez, a quien nombró comandante general de Puebla, marchara a la capital de ese estado con 600 hombres de infantería por el camino de Texcoco y San Martín Texmelucan, mientras que él hacía lo propio por los llanos de Apam con 2,000 jinetes y cuatro piezas de artillería. El 21 entró en las calles de Puebla con el proyecto de reunir 6,000 hombres de la Guardia Nacional.

¹⁰²⁸ Trist a Buchanan, 27 de septiembre de 1847, Manning, *op. cit.*, p. 956.

La idea de recuperar Puebla era obligada desde el punto de vista estratégico, pues con ello se mantendría a Scott aislado en la ciudad de México; pero esta corta campaña estaba destinada a ser otro fracaso que terminó en Huamantla, donde el caudillo no pudo detener a un convoy enemigo que alcanzó Puebla y levantó el sitio.

Con el episodio de Huamantla terminó la intencionalmente desastrosa actuación militar del caudillo jalapeño en la guerra, no así su actuación política, la que ahora se iba a centrar no sólo en evadir la responsabilidad por el desastre, sino en tratar una vez más de valerse del poder constituyente para volver por sus fueros.

Capítulo IX

El confederalismo anexionista

El abandono de la capital y la renuncia de Santa Anna a la presidencia produjeron una situación similar a la que se había dado luego de la caída de Iturbide: los líderes radicales de los estados pretendieron tomar el control de los mismos con el viejo principio de que, antes de la independencia, la Nueva España había estado formada por provincias sin lazos de nacionalidad entre sí y, por tanto, soberanas.¹⁰²⁹ De ahí que comenzaran a declarar que reasumían dicha soberanía, se negaran a reconocer a Manuel de la Peña y Peña como presidente¹⁰³⁰ y no tardasen en llamar a Santa Anna para que acaudillara un movimiento que iba a resultar separatista y traidor. Igual que sucedió en la época del Constituyente de 1823-1824, la afirmación de que México era en realidad una Confederación (unión de estados con soberanía absoluta) iba a ser combatida por los radicales que siempre sostuvieron el principio de que la Nueva España había sido una nación prefigurada y eran fieles a la Federación (unión de estados con soberanía limitada por un pacto), por lo que en adelante veremos al partido radical dividido, con su ala confederalista aliada a Santa Anna, y la federalista a los moderados.

El decreto por el cual Santa Anna designó a De la Peña como su sucesor fue remitido a este último el 18 de septiembre a la hacienda de la Canaleja y el 22 acusó recibo al ministerio de Relaciones. No obstante que la legalidad de tal decreto iba a ser

¹⁰²⁹ Olveda, *op. cit.*, p. 259-262.

¹⁰³⁰ *El Monitor Republicano*, 27 de septiembre de 1847.

cuestionada, De la Peña decidió hacerse cargo del Poder Ejecutivo para evitar la inminente desmembración del país y por considerar que en ese momento el Congreso, disperso, no podía elegir un nuevo presidente interino. Decidió también prescindir de los asociados que nombró Santa Anna, pues únicamente el Consejo de Gobierno tenía facultad para hacer tales nombramientos.¹⁰³¹

A simple vista, sorprendería que el moderado De la Peña, en vez de dirigirse a Querétaro para asumir el poder, se fuera a meter al bastión radical de Toluca, donde expidió una circular a los gobernadores en la que prometía procurar la reunión del Congreso y, como primer acto de gobierno, nombró al Luis de la Rosa ministro universal mientras se formaba el nuevo ministerio. No obstante que se trataba de un destacado moderado, su nombramiento fue considerado una concesión a los radicales.¹⁰³² Todo indica que De la Peña veía la necesidad de unión con los radicales de fe federalista, de modo que sus primeros actos estuvieron dirigidos a establecer tal alianza.

La astucia del nuevo presidente sacó a flote la pugna interna del radicalismo, pues, mientras la Legislatura del Estado de México se negó a tomarle juramento, lo acusó de ser partidario de la paz y expidió un decreto en contra de ésta, en el que además declaraba que no reconocía más autoridad federal que la coalición de estados, el gobernador

¹⁰³¹ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 700-702.

¹⁰³² *Ibid.* *El Monitor Republicano*, 2 de octubre de 1847. Ramón Lozano, encargado de negocios de España a su gobierno, 28 de octubre de 1847, en Figueroa Esquer, *op. cit.*, 2002, p. 147.

Olaguíbel, uno de los forjadores de esa coalición, impidió la publicación del decreto y dio su reconocimiento a De la Peña.¹⁰³³

Al tiempo que el presidente trataba de ganar adeptos, se dio un acontecimiento que complicó aún más la situación. El 29 de septiembre el general Paredes publicó un Manifiesto en el que se quejaba de la persecución santanista de que era objeto desde su regreso al país hacía tres meses, la cual atribuía a “los compromisos anteriores que el jefe del gobierno [Santa Anna] tenía con el de los Estados Unidos (aludo [decía Paredes] al mensaje de Mr. Polk a las Cámaras de la Unión [de diciembre de 1845, en el que anunció la alianza con Santa Anna y los liberales para combatir a los monarquistas mexicanos y evitar la intervención europea] y a los convenios insertos en el escrito del general Requena...[recuérdese que Carlos María de Bustamante y otros aseguraban que este general tenía en su poder el tratado secreto que, supuestamente, Santa Anna había firmado con Polk en el que se le garantizaba la dictadura])”. Aseguró que había militares que lo invitaban a ponerse al frente del ejército y, ahora que Santa Anna había dejado la presidencia, ofrecía su espada al gobierno de De la Peña.¹⁰³⁴

Por primera y única vez, un político mexicano subrayaba el trato con Polk para exhibir a Santa Anna y los radicales. Como hemos visto, todo el mundo había disimulado la publicación del acuerdo monroísta, pero el líder del monarquismo no tenía por qué hacerlo, sobre todo cuando pretendía suplantar al jalapeño; y su acercamiento al nuevo

¹⁰³³ Trist a Buchanan, 1 de octubre de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 957; Lozano a su gobierno, 27 de noviembre de 1847, Figueroa Esquer, *op. cit.*, 1985, p. 457.

¹⁰³⁴ “Manifiesto del general Mariano Paredes y Arrillaga, a sus conciudadanos”, en *El Monitor Republicano*, 25 de octubre de 1847.

gobierno hizo que se sospechara de De la Peña y surgieran denuncias sobre su supuesto monarquismo (no hay que olvidar que buena parte de la cúpula radical-santanista sabía que De la Peña, como ministro del presidente Herrera, había ofrecido a la Gran Bretaña un protectorado sobre California, política continuada por Paredes). El 6 de octubre, en una junta de diputados – el Congreso seguía sin reunirse –, José Guadalupe Perdigón Garay tachó de inconstitucional el decreto por el cual Santa Anna, en ejercicio de las facultades extraordinarias concedidas al Ejecutivo desde el 20 de abril, se había aceptado a sí mismo la renuncia y designado como presidente sustituto al presidente de la Suprema Corte de Justicia, pues esta era facultad del Consejo de Gobierno – a la sazón inexistente –. Según Perdigón, sin Congreso ni Consejo, era necesario examinar los títulos que presentaba De la Peña, sobre todo “cuando una intervención europea, pronto tal vez estará sobre nosotros, y cuando el corifeo monarquista [Paredes] se encuentra en nuestro país”.¹⁰³⁵

La alarma parecía justificada; desde antes de la caída de la ciudad de México se habían publicado artículos que presentaban a Paredes como enemigo de los Estados Unidos y, por tanto, el caudillo ideal; se sabía que en París había sido huésped distinguido en la corte de Luis Felipe de Orleáns y no faltaba quien afirmara tener información de que había traído de Francia la misión de seguir trabajando en favor de una intervención europea, y augurase que la rivalidad entre los Estados Unidos y Europa en Hispanoamérica

¹⁰³⁵ “Protesta que hace el diputado por el estado de México, ciudadano Lic. José Guadalupe Perdigón Garay, ante la junta de Sres. Diputados celebrada en Querétaro, el 6 de octubre de 1847”, en *El Monitor Republicano*, 19 de octubre de 1847.

iba a conducir a una guerra intercontinental, de la que México iba a ser el escenario, con su población dividida entre ambos bandos.¹⁰³⁶

Sin embargo, De la Peña tenía al parecer un as bajo la manga. Todo indica que, para ganar el apoyo de los radicales federalistas, se valió del conocimiento que todos tenían acerca de un plan confederalista para entregar el país a los Estados Unidos, con Santa Anna como caudillo, por lo cual enfiló sus baterías en contra de este último. Luego de lograr el reconocimiento del gobernador del estado de México, el presidente se ocupó del jalapeño. El 7 de octubre, con un lenguaje notoriamente perentorio, De la Rosa escribió a éste último para ordenarle entregar el mando de las tropas que tenía en Huamantla al general Juan Álvarez, retirarse al lugar de su preferencia y allí esperar “las órdenes correspondientes sobre la formación del Consejo de Guerra” que iba a juzgarlo por la pérdida de todas las acciones que había dirigido y, principalmente, por la caída de la capital de la República.¹⁰³⁷

Los movimientos de Dela Peña surtieron efecto pues, ya desde antes de esta orden, varios gobernadores habían desistido de que sus estados reasumieran su soberanía, comenzaron a manifestar su sumisión al gobierno federal y siguieron haciéndolo en los meses siguientes.¹⁰³⁸ Fue nada menos que Joaquín Angulo, gobernador de Jalisco, el estado líder de la coalición, el encargado de denunciar el plan traidor confederal-santanista. En un manifiesto fechado el 27 de octubre, anunció su reconocimiento al gobierno de De la Peña y sonó la alarma contra una revolución que

¹⁰³⁶ *El Monitor Republicano*, 14 y 29 de octubre de 1847.

¹⁰³⁷ AHSEDENA, exp. 2200, f. 469.

¹⁰³⁸ Por ejemplo, Michoacán y Guanajuato, *vid. El Monitor Republicano*, 2 de octubre de 1847.

estaba por romper el pacto federal y desconocer al gobierno. Este plan revolucionario se desarrollaba “en connivencia con los fautores de la alta traición, que quieren hacer caer esta nueva calamidad [la desmembración] sobre la patria [...] se trata de proclamar por único jefe de la nación, al mismo E. Sr. Santa Anna”. No dudaba de la constitucionalidad de De la Peña y llamó a la unión. Nada podía ser más conveniente a los invasores que el que se desconociera a la autoridad central y el país se desmembrara.¹⁰³⁹

El 16 de octubre Santa Anna respondió a la orden de dejar el mando de sus tropas con una carta sumamente altanera, en la que se declaró sorprendido por el nombramiento de Dela Rosa, cuestionó el derecho del gobierno a juzgarlo y, aunque se negó a renunciar a los fueros de presidente, aceptó obedecer y retirarse a Tehuacán.¹⁰⁴⁰ Para ponerlo en su lugar, se le respondió que De la Peña no le reconocía ningún fuero y se le exigió un informe pormenorizado de lo ocurrido en la defensa de la capital para que sirviese como su defensa en el juicio.¹⁰⁴¹

Al mismo tiempo, el plan denunciado por el gobernador de Jalisco comenzó a cobrar forma. Para el 28 de noviembre, en Querétaro los radicales confederalistas estaban decididos a impedir la reunión del Congreso, pues se sentían impotentes para dominarlo; además, se habían puesto de acuerdo con “la pandilla santanista” y escribían a Guadalajara para organizar la anunciada revolución y hacer dictador a Santa Anna.¹⁰⁴² Así, no obstante que el jalapeño había utilizado al ejército invasor para aniquilar a las fuerzas

¹⁰³⁹ “El gobernador interino del estado de Jalisco a sus conciudadanos”, *El Monitor Republicano*, 12 de noviembre de 1847.

¹⁰⁴⁰ AHSEDENA, exp. 2200, fs. 500-502.

¹⁰⁴¹ De la Rosa a Santa Anna, 22 de octubre de 1847, AHSEDENA, exp. 2200, fs. 503-504.

¹⁰⁴² *El Monitor Republicano*, 3 de noviembre de 1847.

de la coalición de estados, una nueva alianza confederal-santanista lo defendía en la prensa. Se tachó de injusta la decisión de procesarlo y se afirmó que las circunstancias y la pésima calidad de los soldados fueron las causas del desastre. Igual que el propio jalapeño, recurrían al gastado recurso de recordar sus supuestos esfuerzos, altruismo y heroísmo derrochados en la defensa.¹⁰⁴³

Esto produjo un debate en la prensa, pues no faltó quien señalara que “sólo quedan en algunas personas candorosas ciertas impresiones que las ciegan hasta el caso de que atribuyan a la ineptitud y venganza de Santa Anna, lo que sin dejar de ser uno y otro, ha sido también la traición más criminal”. ¿Que se expuso a las balas? También supo ponerse a cubierto. ¿Que renunció a las comodidades del palacio para mandar a las tropas? No hubiera podido consumir la derrota sin estar al frente de las filas. Era indudable que había sacrificado a los soldados y que todos sus actos estuvieron dirigidos a debilitar poco a poco al país hasta precipitar su derrota.¹⁰⁴⁴

Presentar al caudillo como un héroe ante la opinión pública fue la primera fase del plan confederal; organizar una nueva revolución santanista, la segunda; y la tercera, desprestigiar al nuevo gobierno, fue puesta en marcha por el propio caudillo, quien el 22 de octubre escribió un Manifiesto desde Tehuacán en el que seguía titulándose presidente y advertía que los mismos que lo acusaban de traición (De la Peña, su gobierno y los

¹⁰⁴³ *Ibid.*, 21-24, 30 de octubre y 1 de noviembre de 1847.

¹⁰⁴⁴ *Ibid.*, 2 y 8 de noviembre de 1847.

líderes radical-federalistas) se aprestaban a hacer la paz con el pretexto de que el país no tenía recursos.¹⁰⁴⁵

Mientras tanto, en efecto De la Peña comenzaba a perfilarse hacia la paz, pues era urgente evitar que la anunciada alianza confederal-santanista lograra desmembrar al país y lo anexara a los Estados Unidos por fracciones. El 13 de octubre llegó a Querétaro y el 14 expidió un manifiesto urgiendo a los diputados a reunirse en esa ciudad, pues el Congreso debió estar reunido desde el 5. Dado que el problema de decidir entre continuar la guerra o hacer la paz era el asunto más importante y el 20 de octubre Trist entró en contacto con el nuevo gobierno con el pretexto de continuar la discusión sobre la justicia o injusticia de la guerra, iniciada en las negociaciones de septiembre, el nuevo presidente quiso formar el Consejo de Gobierno. Para ello consultó con Salonio, presidente del Congreso, quien, luego de una junta con los diputados que ya estaban en Querétaro, comunicó que no había condiciones para nombrar consejeros. De la Peña tomó entonces la iniciativa de responder a la excitativa de Trist. El 30 de octubre, Luis de la Rosa escribió al estadounidense para adelantarle que próximamente se nombrarían comisionados para negociar un nuevo armisticio y después un tratado de paz. Ansioso por encontrar apoyo para impulsar su política pacifista, el presidente interino convocó además a una junta de gobernadores para plantear el asunto en tanto se reunía el Congreso.¹⁰⁴⁶

El Congreso se reunió en Querétaro y el 2 de noviembre inició sesiones. Al día siguiente se hizo una proposición para que Santa Anna diera cuenta de las operaciones

¹⁰⁴⁵ “Antonio López de Santa Anna, general de división Benemérito de la patria y presidente interino de la República, a sus conciudadanos”, 22 de octubre de 1847, *ibid.*, 5 de noviembre de 1847.

¹⁰⁴⁶ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 718-720.

militares que dirigió en la capital y el 4 una alianza confederal-santanista comenzó un ataque al gobierno en defensa de su líder, enarbolando la bandera de la guerra a ultranza y acusando a De la Peña de pacifista y pasivo. Se alegó - mediante una alocución del diputado Vicente Romero -, siguiendo la directriz lanzada por Santa Anna en su manifiesto del 22 de octubre, que todos los estados clamaban por la guerra, pues había abundancia de recursos.¹⁰⁴⁷

En las sesiones siguientes se cuestionó al gobierno sobre las medidas que iba a tomar para proseguir la guerra, pues se insistía en que sobraban los recursos y el gobierno se negaba a aceptarlo; se intentó desprestigiar a De la Peña para que la próxima elección recayera en un santanista; se acusó de traición al gobierno por pretender enjuiciar a Santa Anna y se cuestionaron sus motivos; se anunció la cuarta y más importante fase del plan desmembrador: devolver a los estados su soberanía para que se defendieran por sí mismos y se rechazó la posibilidad de vender a unos estados para salvar a otros.¹⁰⁴⁸

Siguió a esto una discusión entre Mariano Otero y Manuel Crescencio Rejón; el primero presentó la propuesta, ya aparecida en la prensa, de que el gobierno no admitiera proposiciones de paz en que se incluyera la venta de territorio que no estaba en disputa (es decir, California y Nuevo México), a lo que Rejón respondió que la propuesta se quedaba corta, pues, a su parecer, no debía enajenarse “ni un solo palmo de Texas” y rescató la fórmula de no oír ofertas de paz hasta que los invasores hubieran evacuado el país. Siguió un acalorado debate tras el cual se optó por desechar la propuesta de

¹⁰⁴⁷ *El Monitor Republicano.*, 7 de noviembre de 1847.

¹⁰⁴⁸ *Ibid.*, 5,10 y 13 de noviembre de 1847.

Otero.¹⁰⁴⁹ Esto reforzó la convicción general de que los confederal-santanistas querían prolongar la guerra con el único propósito de obligar a los estadounidenses a conquistar todo el país y anexárselo.¹⁰⁵⁰

Ante la actividad confederal-santanista por volver a entronizar al caudillo, la inminente elección presidencial cobró cada día más importancia; los rumores de que se preparaba la dictadura se intensificaron. El 10 de noviembre, *El Monitor Republicano* publicó una carta proveniente de Guadalajara, en la que se afirmaba que en esa ciudad ciertos militares intrigaban para proclamar dictador a Santa Anna. A un día de los comicios presidenciales, los moderados y su órgano de difusión se esforzaron por acabar de desprestigiar al jalapeño y convencer de que sería la peor opción. Tratando de disimular la responsabilidad del partido moderado en la caída de la ciudad de México, los redactores aclaraban que siempre opinaron lo mismo del caudillo y si se habían callado e incluso apoyado al general cuando éste tomó el mando, lo hicieron tan sólo por unirse al esfuerzo común de rechazo al invasor y por no estorbar los actos del gobierno.¹⁰⁵¹

La alianza confederal-santanista sufrió una importante derrota el 11 de noviembre, cuando el Congreso eligió como presidente interino al general Anaya, quien tomó posesión el 12 y dio el ministerio de Relaciones a Manuel de la Peña y Peña, de Hacienda a Luis de la Rosa y de Guerra a Ignacio Mora y Villamil.¹⁰⁵² Una vez que el Congreso hubo realizado la elección, el nuevo presidente interino comenzó a ser presionado por la prensa

¹⁰⁴⁹ *Ibid.*, 13 de noviembre de 1847.

¹⁰⁵⁰ Ramón Lozano a su gobierno, 27 de noviembre de 1847, en Figueroa Esquer, *op. cit.*, 2002, p. 151. Trist a Buchanan, 25 de octubre de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 958-959.

¹⁰⁵¹ *Ibid.*, 9 de noviembre de 1847.

¹⁰⁵² *Ibid.*, 19 de noviembre de 1847.

moderada para que resolviera el dilema de paz o guerra y evitara a cualquier costo el regreso de Santa Anna, pues luego de su derrota, sus partidarios habían convertido al Congreso en el centro de operaciones de la intriga para hacerlo dictador y para desprestigiar al gobierno y a los moderados acusándolos de buscar una paz oprobiosa.¹⁰⁵³

Al mismo tiempo, de Guadalajara llegaban noticias de que el general José María Yáñez se pronunciaría muy pronto por la dictadura y varios agentes llegaron a Querétaro para seducir a la guarnición, aunque sin éxito. Lo inexplicable era que el gobierno no procediese contra ellos a pesar de conocerlos y saber dónde se reunían. En esa ciudad se decía también que varios diputados radicales habían ido a reunirse con Santa Anna en Tehuacán para que el pronunciamiento fuera secundado en Oaxaca. El pretexto sería que el gobierno no proseguía la guerra.¹⁰⁵⁴

Tras la elección presidencial, la prensa expresó su perplejidad al ver que en el Congreso se dejaba a un lado el apremiante problema de decidir si continuar la guerra o hacer la paz, para debatir asuntos “intrascendentes”, como la propuesta de convertir en estado al Distrito Federal o pedir el expediente de la deuda extranjera. La verdad era que tales asuntos no tenían poca monta; como veremos, el primero era parte de la política separatista que la alianza confederal-santanista estaba a punto de anunciar, mientras que el segundo podía parecer intrascendente para los poco enterados (en realidad sabemos que había mucho disimulo), pero, como hemos visto, formaba parte del origen de la guerra. No es de extrañar tampoco que otro asunto en el que, según la prensa, los

¹⁰⁵³ *Ibid.*, 13, 15 y 29 de noviembre, 12 de diciembre de 1847.

¹⁰⁵⁴ *Ibid.*, 29 de noviembre de 1847.

diputados perdían el tiempo, fuera el de dirigirse unos a otros acusaciones “hijas del ciego y furibundo espíritu de partido”.¹⁰⁵⁵ Aunque nunca se especificaba en que consistían tales acusaciones, bien podemos imaginarlo.

Por fin, el 19, el diputado Pedro Zubieta presentó un proyecto de ley que reivindicaba una vieja demanda del radicalismo regional más recalcitrante: la formación de una Confederación, para lo cual era necesario disolver a la Federación existente. En su exposición de motivos, Zubieta sostuvo que el origen de todos los males era que no se hubiese formado una confederación previa a la federación, pues en realidad nunca habían existido estados soberanos. Ello había propiciado que el centro de unión, gobierno y Congreso, fuese siempre una mera apariencia, y que a la sazón aquellos no contaran con los elementos necesarios para hacer la guerra ni para obtener una paz digna. Por tanto, los gobernantes debían hacer “el sacrificio de declarar su nulidad”. Aunque eso equivalía a declarar la anarquía, el diputado radical sostenía que ésta siempre había existido, y que cuando una nación se veía completamente derrotada no tenía más recurso que apelar a sus localidades, y que “se salve cada una como pueda”.¹⁰⁵⁶

En su artículo primero, el proyecto de ley de Zubieta declaraba roto el pacto federal de 1824; en el segundo se llamaba a los estados y territorios a ejercer el poder constituyente como mejor les conviniera. Una vez constituidos, según el tercero, procederían a confederarse para llevar adelante la guerra con los Estados Unidos. El cuarto establecía que las condiciones de la confederación serían establecidas por una

¹⁰⁵⁵ *Ibid.*, 13 de noviembre de 1847.

¹⁰⁵⁶ *Ibid.*, 25 de noviembre de 1847.

Dieta soberana, formada con dos comisionados de cada estado y territorio. El quinto establecía que la Dieta no tendría más restricción que la de no poder hacer la paz con el sacrificio de alguna parte del territorio.

Aunque este proyecto de disolución fue desechado el 22 siguiente por 56 votos (entre los que destacaba el de Gómez Farías) contra 18, es claro que se trataba de la desmembración a la que se había referido el gobernador de Jalisco al dar la alarma contra la alianza confederal-santanista y por más que el proyecto estableciese que el objetivo era proseguir la guerra y mantener la integridad territorial, no faltaba mucho para que este radicalismo regional se quitara la careta patriótica.

Su verdadero rostro comenzó a vislumbrarse en la reunión de gobernadores convocada por De la Peña y que comenzó a celebrarse desde el 21 de noviembre con la asistencia de los gobernadores de cinco estados (Puebla, Querétaro, Michoacán, Guanajuato y San Luis Potosí). Como se había anunciado, el objetivo era escuchar su opinión sobre el problema de paz o guerra y determinar los medios con que se contaba en caso de optarse por la segunda. Es difícil explicar la escasa asistencia de gobernadores, pero el resultado de la reunión fue reflejo de la división que había entre los que estaban dispuestos a apoyar al gobierno federal y los que se habían entregado a la causa confederal de Santa Anna.

En la primera sesión, celebrada el 21 de noviembre, el presidente Anaya, acompañado por los ministros de Relaciones, Hacienda y Guerra, declaró que el gobierno ya no tenía ejército ni ninguna clase de recursos y por ello quería oír la opinión de los

gobernadores. Si los estados prestaban los recursos necesarios, el gobierno estaba dispuesto a seguir combatiendo. Si se optaba por la paz, quería saber hasta qué punto podían llegar las concesiones de México. El ministro de Hacienda añadió que estaba convencido de la necesidad de hacer la paz para salvar la nacionalidad, pero antes de celebrar el armisticio previo a la negociación, venía a ser necesario reunir recursos para presentarse a la mesa de negociaciones en actitud imponente.¹⁰⁵⁷

Una vez que el gobierno hubo declarado su postura, los gobernadores de Guanajuato y San Luis Potosí también mostraron sus cartas, totalmente confederal-santanistas. No sólo reclamaron poder de decisión para los estados en la dirección de la guerra, sino que el primero, Manuel Suárez, advirtió que el anuncio de la paz implicaría el estallido de la guerra civil; indiferente ante la opinión general de que era necesario salvar la nacionalidad y a la raza hispanoamericana de ser exterminada por la anglosajona, y como un anuncio de lo que más tarde iba a revelarse, expresó que en lo personal prefería caer ante los estadounidenses que presenciar otra guerra civil. El de San Luis Potosí, Ramón Adame, creía que, si el gobierno estaba decidido por la paz, aquella reunión le parecía inútil y, conforme con la postura confederal-santanista, declaró que no quedaba más recurso “que refugiarse en el seno de sus instituciones y de sus leyes locales”. Al día siguiente anunció que el objeto de la reunión le parecía vago y confuso y los asuntos que se estaban discutiendo para encontrar recursos tan de poca monta que el gobierno podía resolverlos por sí mismo, de modo que no volvería a presentarse. Por su parte, el

¹⁰⁵⁷ “Circular y actas de las juntas de los gobernadores de los diversos estados de la República, efectuadas con el fin de discutir las consecuencias de la invasión norteamericana, así como las providencias que han de tomarse para el restablecimiento de la paz”, AGN, Gobernación, caja 0687 (335 sin sección), 51012/4/exp. 4, fs. 3-11v.

gobernador de Puebla, José Rafael Isunza, estaba en general de acuerdo con el gobierno mientras que el de Michoacán, Melchor Ocampo, también opinó por la paz, desencantado ante la evidencia de que no existía ninguna nación.¹⁰⁵⁸

Ante la actitud desafiante de dos de los gobernadores y la apatía de todos a la hora de aportar ideas para encontrar recursos, el gobierno decidió no esperar más para reanudar negociaciones con Trist y el ministro de Hacienda propuso que cada gobernador regresara su estado y desde allí informara sobre los recursos en dinero, armas y hombres que pudiera aportar.¹⁰⁵⁹ El general Anaya dio por concluidas las reuniones luego de ocho días de discusiones inútiles.

Desde las primeras reuniones el gobernador de Querétaro filtró la información de que la postura del gobierno era negociar la paz y, con el evidente objetivo de dar a la revolución confederal-santanista un pretexto para estallar, propagó la calumnia de que De la Peña había hecho proposiciones a Trist.¹⁰⁶⁰ Los diputados de dicha tendencia, haciéndose eco del manifiesto de Santa Anna, publicaron un folleto el 28 en Querétaro, en el que se declaraban en contra de una paz a cambio de ceder territorio; en su opinión, además de que ésta sería una paz oprobiosa, el Congreso carecía de competencia para decretar la enajenación de parte alguna del territorio nacional y su responsabilidad sería

¹⁰⁵⁸ *Ibid.*, fs. 11v.-19.

¹⁰⁵⁹ *Ibid.*, f. 32.

¹⁰⁶⁰ *El Monitor Republicano*, 20 y 26 de noviembre de 1847.

más grave si, además de aprobar tal entrega, se estipulaba una indemnización: iba a ser como especular con la población del territorio cedido.¹⁰⁶¹

A juicio de los confederal-santanistas, México tenía recursos que aún no se habían aplicado a la guerra. Repitieron que el país contaba con bienes que ascendían a 6,000 millones de pesos y una industria que producía anualmente 300 millones, por lo que abandonar a las provincias del norte haría al gobierno culpable de un tráfico indigno y daría a éstas el derecho a quejarse de que la unión no cumplió con sus deberes hacia ellas al no defenderlas de acuerdo con las posibilidades de la nación.¹⁰⁶² Igual que hizo con Gómez Farías, el jalapeño acusaba a De la Peña de ineptitud para propiciar su derrocamiento.

Antes de que concluyeran las reuniones con los gobernadores, Luis de la Rosa comunicó a Trist que el presidente Anaya, luego de examinar la situación, había decidido nombrar comisionados para reanudar negociaciones de paz, que serían Bernardo Couto, Miguel Atristain, el general Manuel Rincón y Luis G. Cuevas. En cuanto éstos recibieran instrucciones, le avisarían para iniciar las conferencias.¹⁰⁶³

Sin embargo, para complicar aún más la situación del gobierno y no obstante la agradable noticia que para el comisionado estadounidense representaba la nota del ministro De la Rosa, Trist respondió el 24 de noviembre lamentándose de tener que

¹⁰⁶¹ *Exposición o programa, de los diputados pertenecientes al partido puro o progresista sobre la presente guerra, con motivo de una proposición del Sr. Otero, e imputaciones de ciertos periódicos que se publican en la capital, bajo la influencia del conquistador, y que se dejan correr libremente por el actual gobierno de la unión*, Querétaro, Imprenta de Francisco Frías, 1847. También puede verse en *ibid.*, 23-24 de diciembre de 1847.

¹⁰⁶² *Ibid.*, p. 14.

¹⁰⁶³ Bosch, *op. cit.*, 1985, p. 613.

informar que sus poderes acababan de ser revocados y, de acuerdo con sus nuevas instrucciones, estaba obligado a regresar sin demora a los Estados Unidos.¹⁰⁶⁴

El retiro de Trist se debía a que en Washington el presidente Polk comenzaba a contemplar la posibilidad de aumentar sus pretensiones sobre territorio mexicano. Durante agosto asentó en su diario su extrañeza por la falta de noticias de México, pues ni Trist ni Scott se habían comunicado, de modo que no sabía si la campaña de Scott había tenido éxito ni si la paz estaba próxima,¹⁰⁶⁵ sin embargo, el 4 de septiembre expuso al gabinete que debía fijarse una política clara en caso de que la guerra se prolongara hasta la siguiente reunión del Congreso, y que la unión de los ejércitos de Taylor y Scott en el centro del país era necesaria para hacer presión sobre la capital mexicana y obtener la paz. A su juicio, y en vista de que los gastos de guerra habían aumentado, no había por qué pagar la suma que Trist estaba autorizado a ofrecer si seguía sin firmar un tratado. Y “si México continuaba obstinadamente rehusándose a tratar”, debería insistirse “en la adquisición de más territorio”.¹⁰⁶⁶ El gabinete estuvo de acuerdo en exigir más territorio por menos dinero, aun cuando se acordó no enviar nuevas instrucciones a Trist hasta tener noticias de él y de si ya había firmado un tratado.¹⁰⁶⁷

La nueva postura de Polk y su gobierno se debía a dos factores: en primer lugar, en los Estados Unidos algunos sectores de la sociedad estaban cansados de la guerra debido a que se había prolongado más de lo esperado. Los gastos parecían excesivos y algunos

¹⁰⁶⁴ Manning, *op. cit.*, v 8, p. 980.

¹⁰⁶⁵ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 298-299.

¹⁰⁶⁶ *Ibid.*, p. 320-322.

¹⁰⁶⁷ *Ibid.*, p. 322-324.

periódicos advirtieron que, de seguir así, el tesoro nacional se arruinaría y México terminaría por desangrar a su rival. Por supuesto, los opositores de Polk trataron de sacar provecho político del descontento acusándolo de llevar al país a la ruina. En segundo lugar, en mayo anterior, a partir de un artículo de Moses Y. Beach titulado “México anexo a los Estados Unidos”, surgió un fuerte movimiento expansionista basado en la doctrina del Destino Manifiesto, que trató de aprovechar las consecuencias de la prolongación de la guerra y las fáciles victorias del ejército para proponer la anexión de la totalidad de México. Tal movimiento fue conocido como Todo México. Así, las críticas contra su gobierno y la buena acogida que tuvo entre el público el movimiento convencieron a Polk de que era necesario modificar las condiciones de paz que se habían aprobado en abril. Creía que esto acallaría las críticas y fortalecería su imagen y la del partido Demócrata ante la opinión pública.¹⁰⁶⁸

En los días que siguieron llegaron de Veracruz cartas para el ministerio de Guerra dando parte de las acciones de Padierna y Churubusco, así como un informe de Trist en el que decía estar en pláticas con el gobierno mexicano. A pesar de que ya se contaba con abundante correspondencia de diversos oficiales del ejército, Polk precisaba, “pero ninguna del general Scott”.¹⁰⁶⁹ El 15 de septiembre, el presidente asentó en su diario que ya se tenían más detalles de las batallas libradas frente a la ciudad de México. No tenía la menor idea de que Santa Anna no había logrado que el Congreso mexicano simplemente aceptara y ratificara un tratado de paz, ni de que esto había obligado al caudillo a convencer a Scott de sostener algún combate en las afueras de la capital. De allí que se

¹⁰⁶⁸ Sobarzo, *oip. cit.*, p. 260-263.

¹⁰⁶⁹ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 324-326.

sintiera confundido y preocupado por el armisticio celebrado entre los contendientes: Temía que éste se llevara demasiado tiempo cuando Scott debió aprovechar sus victorias para forzar a los mexicanos a aceptar las condiciones de paz que Trist portaba y tomar la capital en caso de una negativa.¹⁰⁷⁰ Es de notar la confianza de Polk en que su pequeño ejército era perfectamente capaz de conquistar una ciudad como la de México y obligar al gobierno derrotado a satisfacer todas las exigencias estadounidenses sin mayor trámite.

El armisticio no sólo intrigó a Polk, sino en general a la opinión pública, sólo que en términos más lógicos: “Lo que más tiene aquí atónitas a las gentes, es el armisticio celebrado entre las partes beligerantes para tratar de paz pedido por el mismo general Scott después de tantas victorias ganadas, y de hallarse a las puertas de la capital de México, cuyo enigma por vueltas que le dan, nadie puede descifrar”.¹⁰⁷¹

Por supuesto, no tardaría en hallarse la respuesta a tan absurdo armisticio y al extraño silencio que tanto Trist como Scott guardaban desde México. Por lo pronto, en los días que siguieron, el presidente sólo pudo volver a anotar en su diario: “No se han recibido noticias del ejército de México”. Esta falta de información lo llevó a pensar que los mexicanos se negaban a tratar de paz en los términos que Trist proponía, lo que significaba que la guerra tendría que proseguirse con mayor energía. La permanencia de su comisionado en México resultaba entonces no sólo inútil, sino contraproducente: había de evitarse que los mexicanos pensaran que los estadounidenses estaban ansiosos de concluir la paz; ahora ellos tendrían que pedirla y los Estados Unidos serían quienes

¹⁰⁷⁰ *Ibid.*, p. 326-327.

¹⁰⁷¹ Carta procedente de Nueva York insertada en *El Monitor Republicano*, 23 de diciembre de 1847.

escucharan proposiciones. Fue por ello que el 4 de octubre ordenó a Buchanan preparar una carta en que comunicara a Trist la nueva postura del gobierno y le ordenara regresar a Washington.¹⁰⁷² Por fin adoptaban la posición que les correspondía de acuerdo con el desarrollo que había tenido la guerra, la de potencia vencedora que no pide paz, sino que la concede o impone.

Buchanan tuvo lista la carta el 6. Explicaba a Trist que las circunstancias habían cambiado desde la fecha de sus instrucciones originales: la guerra había sido muy costosa y los mexicanos se negaban a rendirse; para mostrar firmeza ante ellos, el presidente lo retiraba de su misión y le ordenaba regresar de inmediato. De haber concluido un tratado antes de recibir su destitución, se limitaría a llevarlo a Washington y, si estaba desarrollando negociaciones, debería suspenderlas.¹⁰⁷³

En igual fecha, el ministro de Guerra, Marcy, escribió al general Scott informándole del retiro de Trist y que en adelante él sería el conducto de las comunicaciones entre ambos gobiernos. Le ordenó informar al respecto al gobierno mexicano y puntualizó: “Si por conducto vuestro propusiesen términos de arreglo o entrar en negociaciones [...] que tales propuestas le sean remitidas sin demora; pero se entiende que ellas no suspenderán ni modificarán vuestros movimientos para llevar adelante las hostilidades”.¹⁰⁷⁴

Polk recibió algunas noticias de México el 20 de octubre. En su diario anotó que habían llegado despachos que cubrían hasta el 18 de septiembre, los cuales anunciaban la

¹⁰⁷² Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 329-330.

¹⁰⁷³ Sobarzo, *op. cit.*, p. 265.

¹⁰⁷⁴ Citado por Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 721.

caída de la capital y del general Santa Anna, la presidencia de Manuel de la Peña y Peña y las graves bajas del ejército en las últimas batallas; sin embargo, se decía “muy desilusionado al saber que no se habían recibido despachos del general Scott”.¹⁰⁷⁵

Al día siguiente se percataría de que en México Trist estaba trabajando en sentido totalmente opuesto al expansionismo sin límites que en ese momento reclamaba una parte de la opinión pública estadounidense, pues recibió despachos suyos que llegaban hasta el 21 de septiembre y no sólo informaban del fracaso de las primeras negociaciones, sino de que el agente se había aventurado a ofrecer a los mexicanos hacer una consulta con el gobierno de Washington respecto a la posibilidad de que la frontera de Texas se situara en el Nueces y de que, en otros puntos, se alejó también de sus instrucciones a favor de México, cuando su única obligación era presentar y sostener el ultimátum de su gobierno. La concesión sobre el Nueces ponía en evidencia la mentira con la que Polk llamó a la guerra, lo cual disgustó mucho al presidente y marcó el principio del fin de la carrera burocrática del comisionado.¹⁰⁷⁶ De allí que el 25 salieran despachos para Scott y Trist con el propósito de disciplinar a ambos funcionarios.¹⁰⁷⁷

La influencia del movimiento Todo México se dejaba sentir en el gobierno, pues, según se desprende del diario del presidente Polk, a principios de noviembre uno de los principales temas de discusión en el gabinete era la cantidad de territorio adicional que se exigiría a México. Ahora Buchanan, presa de ambiciones presidenciales, quería invadir

¹⁰⁷⁵ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 333.

¹⁰⁷⁶ Greenberg, *op. cit.*, p. 219.

¹⁰⁷⁷ Polkm *op. cit.*, p. 334-337.

todo el país, mientras que Polk se inclinaba a hacer depender la ganancia territorial de la resistencia mexicana a firmar la paz.¹⁰⁷⁸

Lo que Polk y Buchanan no sabían, pero iban a lamentar, era que, el 13 de noviembre, Henri Clay pronunció en Lexington un explosivo discurso en el que puso en evidencia que Polk, enarbolando mentiras - el derecho de Texas al Bravo y la provocación mexicana - había obligado al Congreso a declarar una guerra costosa, innecesaria, injusta, rapaz, auto degradante y perversa. Alertó sobre el peligro de hacer de la nación un imperio anexando territorio mexicano y llamó al Congreso a poner fin a la guerra y a exigir explicaciones a Polk. Este discurso produjo un movimiento contrario al de Todo México, que se expandió rápidamente por medio de *meetings* denunciando a Polk en diversas ciudades, hasta que adquirió un carácter nacional.¹⁰⁷⁹

Tampoco sabían que ellos mismos habían colocado en México un agente de este inesperado movimiento, pues Nicholas P. Trist, quien no habría dudado en suscribir todas las ideas de Clay, y desde el momento mismo de su nombramiento se había propuesto frustrar los planes de sus jefes, se disponía a trabajar con el gobierno moderado de México para poner fin a la guerra y con ello al peligro de anexión de México.

Como dijimos, sin saber que su carta de destitución estaba en camino, Trist había tomado la iniciativa hacia la reanudación de negociaciones mediante nota del 20 de octubre,¹⁰⁸⁰ sin embargo, el gobierno no le respondió oficialmente sino un mes después,

¹⁰⁷⁸ *Ibid.*, 338-345.

¹⁰⁷⁹ Greenberg, *op. cit.*, p. 231-236.

¹⁰⁸⁰ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 718

luego de que el general Anaya se hizo cargo de la presidencia y De la Peña fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores. Éste dirigió a Trist una nota el 22 de noviembre en la que le notificaba el cambio de gobierno y el nombramiento de los miembros de la nueva comisión negociadora, la cual estaría formada por los antiguos comisionados Bernardo Couto y Miguel Atristain, así como por Luis G. Cuevas y el general Manuel Rincón en sustitución de los generales Herrera y Mora y Villamil. Los cuatro recibirían pronto sus instrucciones y entonces Trist recibiría aviso.¹⁰⁸¹

Sin saberse en México que Trist pronto quedaría inhabilitado, parecía que el único obstáculo para la paz era la oposición de los confederal-santanistas, la cual en esos momentos impulsaba la política de continuar la guerra con el fin de librar a su caudillo de un enjuiciamiento, convertirlo en dictador y desmembrar al país para que, por separado, cada una de sus partes se anexara a los Estados Unidos. Pero los radical-federalistas y los moderados no cejaban en su empeño de neutralizar esta amenaza; el Congreso, con mayoría moderada, se había ocupado desde septiembre de analizar las acusaciones hechas por el diputado Gamboa y, luego de erigirse en gran jurado, expidió un decreto el 26 de noviembre por el que se ordenaba al general Santa Anna entregar un informe en el que contestara a cada una de las acusaciones.

El decreto estimuló la actividad de los confederal-santanistas pues, a fines de noviembre y principios de diciembre, a la vez que los diputados de esa alianza reforzaban el manifiesto de Santa Anna con el suyo propio, y tal como lo predijera el gobernador de Jalisco, comenzó a hablarse en la prensa sobre la inminencia de un levantamiento

¹⁰⁸¹ *Ibid.*, p. 720.

santanista en Guadalajara y otros puntos que tendría por lema “dictadura y guerra”, y sobre la aparente falta de iniciativa del gobierno para reprimirlo.¹⁰⁸²

Tales rumores, y que se pretendía seducir al ejército acuartelado en Querétaro, cuyos 3,000 efectivos constituían la mayor concentración de fuerzas que restaba al país,¹⁰⁸³ tenían verosimilitud a juzgar por los manifiestos que varios oficiales de diversos cuerpos se apresuraron a publicar, en los que expresaban su convicción de que la desgracia de la nación se debía a la facilidad con que el ejército había sido instrumento de ambiciones políticas, así como su lealtad al gobierno establecido.¹⁰⁸⁴ El criminal abandono de las Guardias Nacionales frente al enemigo y la infame evacuación (calificativos usados por los capitalinos) de la ciudad de México, cuando aún era ventajosamente defendible, hizo aflorar el odio acumulado contra la casta militar. Los oficiales, tachados de cobardes y traidores, no podían salir a la calle en uniforme sin ser insultados de manera franca y directa por toda la escala social, desde los humildes léperos hasta las autoridades civiles;¹⁰⁸⁵ aparecieron manifiestos y artículos en los que se aclaraba que la población en general se había abstenido de participar en la defensa para no apoyar a la clase militar corrupta que esquilma sin piedad al país,¹⁰⁸⁶ y se señalaba a Santa Anna como responsable de la evidente degeneración del ejército que, a raíz de la independencia,

¹⁰⁸² *El Monitor Republicano*, 2-5 de diciembre de 1847.

¹⁰⁸³ Aún se contaba con 8000 soldados, pero dispersos en los estados y en concentraciones que variaban de 50 a 800 hombres. Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 705.

¹⁰⁸⁴ *El Monitor Republicano*, 24 de octubre, 2 de diciembre de 1847.

¹⁰⁸⁵ *Ibid.*, 7 de diciembre de 1847. Manuel de la Peña y Peña al ministro de la Guerra, 16 de noviembre de 1847, *ibid.*, 4 de diciembre de 1847. *Ibid.*, 4 de abril de 1848. “Grandes bordados”, *ibid.*, 23 de abril de 1848.

¹⁰⁸⁶ “El estado de Veracruz a todos los de la Federación Mexicana”, *El Monitor Republicano*, 1 y 8 de enero de 1848.

había sido el orgullo de muchos.¹⁰⁸⁷ Al parecer, este vergonzante y lamentable desprestigio, así como el hecho de que los confederal-santanistas también impulsaban la desaparición del ejército y las órdenes monásticas, hicieron que los militares, en su mayoría, se negaran a secundar una vez más al maldecido jalapeño. Esto parecía ser la razón de la aparente calma e indiferencia que el gobierno mostraba ante la amenaza.¹⁰⁸⁸

Entre tanto, el general Santa Anna seguía defendiéndose desde Tehuacán y azuzando a sus partidarios. Aunque no había recibido la notificación de que, por orden del Congreso, debía entregar un informe detallado de su actuación durante la campaña del valle de México, desde el 12 de noviembre había obedecido la primera orden del gobierno en ese mismo sentido y rendido un parte de las acciones en la capital,¹⁰⁸⁹ que más tarde fue publicado como *Detall de las operaciones ocurridas en la defensa de la capital*. El 2 de diciembre dio a las prensas una segunda edición de este documento con una nueva introducción, en la que una vez más trataba de reivindicar su nombre recordando sus esfuerzos en la defensa y argumentando que la derrota no era un crimen.¹⁰⁹⁰

El general hacía después a la elite política en su conjunto una muy interesante y provocativa pregunta: “¿Por qué se repiten incesantemente hechos que pertenecen a la historia, y de que no pueden ser jueces los contemporáneos, porque más o menos todos

¹⁰⁸⁷ *El Monitor Republicano*, 14 de marzo de 1848. Un corresponsal de Guadalajara escribió el 15 de octubre que, antes de la guerra, México estaba “infatuado con su corrompido ejército, bien le está haberse desengañado”, *El Monitor Republicano*, 8 de noviembre de 1847. En una “Contestación del general Terrés al último parte del general Santa Anna”, *El Monitor Republicano*, 26 de enero de 1848, el primero declaró: “La desmoralización del ejército mexicano es uno de los grandes crímenes que pesan sobre el general Santa Anna, pues a él y solo a él es a quien esta desmoralización se debe”.

¹⁰⁸⁸ *El Monitor Republicano*, 3 de diciembre de 1847.

¹⁰⁸⁹ *Ibid.* 16 de diciembre de 1847.

¹⁰⁹⁰ Santa Anna, *Detall*, *op. cit.* p. 3- 5.

*han figurado en ellos, y no es fácil decidir quiénes sean los culpables?*¹⁰⁹¹ Finalmente, se limitaba a observar que, desde su separación del mando, no se había vuelto a hostilizar al enemigo ni se le molestaba siquiera obstruyendo sus comunicaciones con Veracruz.¹⁰⁹²

¡A buena hora se preocupaba por cortar las comunicaciones del enemigo! Sin embargo, lo importante es señalar que se trata de uno de los documentos más interesantes producidos por el caudillo durante la guerra, pues en tres trazos dejaba ver la esencia de su actuación política (habida cuenta de su estrategia de forzar al Congreso). Primero: protagonismo y altruismo falso. Segundo: el argumento de que la derrota no era un crimen y por tanto un general podía perder sin avergonzarse cuanta batalla dirigiese mientras no hubiera pruebas de traición (parecía olvidar que en el ejército la negligencia y la ineptitud son causa de corte marcial) y tercero: el involucramiento de “más o menos todos” los dirigentes de los partidos moderado y radical en su política entreguista.

Si bien la manipulación de los hechos servía al jalapeño para mantenerse a salvo de la acción penal (hasta hoy le sigue sirviendo), lo que verdaderamente importaba en ese momento era su postura de reanudar y prolongar indefinidamente la guerra, que coincidía (una coincidencia más) con el propósito de Polk de tomar más territorio entre más se prolongara el conflicto. Reiteraba tal postura justo cuando los periódicos estadounidenses hablaban del río de riqueza que correría hacia los Estados Unidos en cuanto se anexara todo México,¹⁰⁹³ mientras que sus partidarios declaraban su fe anexionista sin tapujos: en

¹⁰⁹¹ *Ibid.*, p. 5. Las cursivas son nuestras.

¹⁰⁹² *Ibid.*, p. 5-6.

¹⁰⁹³ Ramón Lozano a su gobierno, 13 de diciembre de 1847, en Figueroa Esquer, *op. cit.*, 2002, p. 157-158. *El Monitor Republicano*, 21, 24, 28 de noviembre, 9, 10, 13 de diciembre de 1847.

Guadalajara, centro de la intriga confederal-santanista, periódicos como *El Republicano Jalisciense* y *La Bandera* promovían un “proyecto de unión continental americana”,¹⁰⁹⁴ basado en el principio de que la invasión del Norte era un hecho no sólo natural, sino necesario, porque “la refundición completa de las nacionalidades de las repúblicas del Norte e hispanoamericanas es eminentemente favorable, pues que a la vista del hombre del Norte desaparecerán nuestro atraso y nuestras preocupaciones [católicas, por supuesto]”.¹⁰⁹⁵ Por lo visto, los ecos del mensaje de Polk de diciembre de 1845 seguían vivos y habían despertado el entusiasmo del regionalismo radical más recalcitrante que, ansioso por hacer avanzar al país trescientos años, y siempre viendo en “el hombre del Norte” a un mentor o maestro, consideraba haber encontrado en el monroísmo y la anexión la fórmula para modernizar al país de un plumazo. Es de suponer que debieron existir lazos entre esta prensa anexionista mexicana y la estadounidense.

La exigencia de los confederal-santanistas de proseguir la guerra, y su acusación de traición y cobardía contra el gobierno por su inclinación a la paz eran, según los moderados, tan sólo un instrumento para desprestigiar a cualquier gobierno que acordara una paz sin la dirección de Santa Anna, quien estaba ansioso por hacerse dictador y así poder recompensar a sus partidarios: radicales regionales que exigían soberanía estatal, reforma, aniquilación de la Iglesia con sus odiadas órdenes mendicantes, tolerancia de

¹⁰⁹⁴ *El Monitor Republicano*, 3 de diciembre de 1847.

¹⁰⁹⁵ *El Mundo*, 3 de diciembre de 1847, en *El Monitor Republicano*, 22 de diciembre de 1847.

cultos y anexión; y santanistas y agiotistas que querían hacer negocios con la indemnización por el territorio y con la riqueza clerical.¹⁰⁹⁶

Tanto el gobierno de Anaya como Trist se empeñaron en evitar todo eso reanudando negociaciones.

“La paz continúa siendo el deseo de mi gobierno”

Para realizar su propósito de frustrar los planes de Polk, Nicholas P. Trist encontró en el general Scott un aliado, pues se trataba de un representante del partido *whig*. Esto explicaría la extraña renuencia de ambos personajes a rendir informes a su gobierno durante varios meses; al parecer, fue en ese periodo cuando se pusieron de acuerdo en la necesidad de desobedecer las instrucciones recibidas para poner un límite al expansionismo demócrata.

Aunque Trist recibió una reprimenda por su actuación en las primeras negociaciones de paz, y el 24 de noviembre comunicó al gobierno mexicano que acababa de ser destituido y por ello debía dirigir sus propuestas al general Scott, también expresó a los comisionados mexicanos su opinión de que su gobierno estaba comprometido a continuar las negociaciones, pues su aceptación de reanudarlas había precedido a la revocación de sus poderes.¹⁰⁹⁷ Por otro lado, a Buchanan le respondió no sólo quejándose

¹⁰⁹⁶ *El Monitor Republicano*, 3 de diciembre de 1847; 14 de enero, 22, 13, 16 de febrero, 2, 20 de marzo, 18 de mayo de 1848.

¹⁰⁹⁷ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 729.

de que su actuación en México no fuera valorada, sino señalando lo inoportuno de su destitución cuando la paz estaba más cerca que nunca.¹⁰⁹⁸

Trist fingía no entender que el objetivo de Polk ya no era tanto la paz como ganar territorio según se prolongase de la guerra y, ante la amenaza confederalista de hacer dictador a Santa Anna, reanudar las hostilidades y prolongar indefinidamente el conflicto (el gobierno recibió la nueva edición del *Detall de operaciones* el 5 de diciembre),¹⁰⁹⁹ lo que podía llevar a la conquista de todo el país, Trist se decidió a escribir a Buchanan, el 6 de diciembre, una larga, manipuladora y altanera carta en la que no sólo anunciaba su decisión de permanecer en México hasta obtener el tratado de paz, sino que trataba de convencer a Polk de que no deseara lo que deseaba pues, según él, la paz seguía siendo el deseo tanto del gobierno como del pueblo estadounidense.¹¹⁰⁰

Trist no sólo fingía no entender la importancia de que la guerra se prolongara para ganar territorio sino que, por el contrario, acusaba al partido radical mexicano de pretender obligar a los Estados Unidos a anexar todo el país. Ante la indignación de Polk porque Trist había reconocido tácitamente la injusticia de la guerra al poner en duda el derecho de Texas sobre el Bravo, el agente simplemente ratificó su opinión de que tal derecho era dudoso. Sobre el disgusto de Polk por el armisticio de septiembre, al que juzgó innecesario, Trist no titubeó en descalificar tal opinión: “La infalibilidad de juicio, sin embargo, no está entre los atributos de un presidente de los Estados Unidos”.¹¹⁰¹ Sin

¹⁰⁹⁸ Sobarzo, *op. cit.*, p. 271.

¹⁰⁹⁹ *El Monitor republicano*, 8 de diciembre de 1847.

¹¹⁰⁰ Trist a Buchanan, 6 de diciembre de 1847, Manning, *op. cit.*, v. 8, p. 985-1020.

¹¹⁰¹ Citado por *Ibid.*, p. 1018.

mencionar el trato corrupto con Santa Anna, hizo una confesión a medias: con tal de alcanzar la paz, él y Scott aceptaron el armisticio, pues al iniciar la campaña del valle de México estaban seguros de que al descender de las montañas se encontrarían con una oferta de negociación.¹¹⁰²

Así, el empeño de los confederal-santanistas por volver a entronizar al caudillo y prolongar la guerra, tuvo el resultado de que Trist y Scott se decidieran a obtener la paz a todo trance. Llama la atención el tono agresivo de Trist en su carta; refleja la misma indignación contra Polk que por esas fechas comenzaba a expandirse por los Estados Unidos a raíz del discurso de Clay. También reflejaba su alianza con Scott, pues es de notar que el agente diplomático se deshacía en elogios para el militar.

Que Trist estaba de acuerdo con Scott parece ser corroborado por el hecho de que el primero no era el único que estaba incurriendo en desacato, pues a su vez el segundo desobedeció las instrucciones de tomar las riendas de las relaciones con el gobierno mexicano y brindó al destituido comisionado todo su apoyo para continuar con su invalidada misión. Este acuerdo puede apreciarse también en la correspondencia entre Relaciones Exteriores y los comisionados mexicanos, en la que se decía que el general Scott estaba conforme con las acciones de Trist, y que ambos hacían uso de un lenguaje que pronto iba a ser adoptado por el partido *whig*, al afirmar, por ejemplo, que “la

¹¹⁰² *Ibid.*, p. 1020.

continuación de la guerra acabará de arruinar a México y *producirá una grave complicación en la política interior de los Estados Unidos*".¹¹⁰³

Scott, no obstante que tenía instrucciones expresas de hacer recaer sobre el erario mexicano el mantenimiento del ejército invasor, y que recibió cerca de 8,000 soldados de refuerzo a mediados de diciembre,¹¹⁰⁴ que le habrían permitido lanzar una ofensiva contra los estados del centro, incluido Querétaro, se conformó con tomar algunas localidades cercanas a la capital y permaneció inactivo.

El gobierno mexicano insistió ante Trist en la necesidad de establecer un nuevo armisticio para que las negociaciones pudieran desarrollarse con seguridad y confianza. Sin embargo, al discutir el tema, ambas partes encontraron que la suspensión oficial de hostilidades tenía más inconvenientes que ventajas. Por un lado, para el gobierno de Anaya equivalía a anunciar la reanudación de las negociaciones de paz, lo cual atraería problemas con la oposición. Por el otro, el general Scott, consciente del disgusto causado en Washington por el primer armisticio y de las órdenes de que Trist saliera del país y temeroso de que las negociaciones en curso o por abrirse fueran suspendidas, declaró que no firmaría un segundo armisticio sino hasta que el tratado de paz fuera un hecho consumado. Por todo ello, tal como Trist anunció a Buchanan en nota de 6 de diciembre, se acordó que las negociaciones se desarrollarían con el mayor sigilo y rapidez, al tiempo

¹¹⁰³ Roa Bárcena, *Op. cit.*, p. 729-730. Las cursivas son nuestras.

¹¹⁰⁴ *El Monitor Republicano*, 17, 19 y 22 de diciembre de 1848.

que se establecía un acuerdo no escrito de suspensión de hostilidades, el cual no se haría oficial sino hasta el momento en que el tratado hubiera sido firmado.¹¹⁰⁵

El Tratado de Paz

En el ínterin, el gobierno moderado tuvo que seguir enfrentando la oposición confederal-santanista y las aspiraciones de regreso del jalapeño. Para contrarrestar la propaganda de los partidarios de Santa Anna, que no se cansaban de pintarlo como un héroe, los redactores de *El Monitor Republicano* afirmaron que el odio en su contra y el ejército no eran gratuitos, pues no habían mostrado voluntad para combatir a pie firme. Ya estaba claro para todo el mundo que el caudillo (con la complicidad de los demás generales, añadiríamos nosotros) había colocado a las tropas de manera que fueran batidas en *detail* y así llevar al invasor, “como por la mano”, hasta el centro de la capital.¹¹⁰⁶

Poco después, se tuvo noticia de que el 12 de octubre, durante la convención del partido whig de Massachusetts, el senador Daniel Webster había declarado: “El objeto de ella [la guerra] ha sido trastornar los proyectos de monarquía de Paredes y restablecer a Santa Anna. Este proyecto ha sido resultado de una inteligencia entre el presidente Polk y Santa Anna”.¹¹⁰⁷ Esto confirmaba el anuncio hecho por el propio Polk en su mensaje de 1846, por lo que el redactor concluyó que la tesis de que los estadounidenses esparcían

¹¹⁰⁵ Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 730-731.

¹¹⁰⁶ *El Monitor Republicano*, 7 de diciembre de 1847.

¹¹⁰⁷ *Ibid.*, 11 de diciembre de 1847.

rumores para desprestigiar al caudillo era falsa y absurda la insistencia de sus partidarios de hacer dictador al verdugo de la nación.¹¹⁰⁸

Los esfuerzos de los confederal-santanistas por encender la rebelión en Guadalajara habían fracasado,¹¹⁰⁹ de modo que trasladaron sus actividades conspirativas a las ciudades de Guanajuato, San Luis Potosí y México.¹¹¹⁰ En la primera, el gobernador del estado, Lorenzo Arellano, se destacó por reprimir a todo periódico o ciudadano que abogara por la paz y se declaró partidario de continuar la guerra, mientras que el 20 de diciembre el comandante general evitó que estallara un levantamiento santanista.¹¹¹¹ En San Luis Potosí, el gobernador Ramón Adame, tal como hizo durante la reunión de gobernadores, no dejó de reprobar la postura pacifista del gobierno ni de manifestar su adhesión al proyecto desmembrador de Zubieta,¹¹¹² mientras que en el Distrito Federal, en contra de un decreto de Anaya de 26 de noviembre que prohibía celebrar las elecciones del Ayuntamiento ni de ninguna otra clase en los estados y territorios ocupados por el enemigo, los confederal-santanistas, con el santanista Francisco Suárez Iriarte a la cabeza y el apoyo del gobernador militar estadounidense, Persifor Smith, que declaró nulo el decreto, nombraron una “junta general de electores” que eligió como ediles a

¹¹⁰⁸ *Ibid.*,

¹¹⁰⁹ El general Yáñez, cortejado por la alianza radical-santanista, declaró su adhesión al gobierno en oficio de 11 de diciembre de 1847 y se marchó a Tepic, *Ibid.*, 4, 15 y 25 de diciembre de 1847.

¹¹¹⁰ *El Monitor Republicano*, 22 de diciembre de 1847.

¹¹¹¹ *Ibid.* 6, 24 de diciembre de 1847, 5 de enero de 1848.

¹¹¹² *Ibid.*, 10 de diciembre de 1847. *Vid. supra.*

confederal-santanistas, con el propio Suárez Iriarte como alcalde primero y gobernador.¹¹¹³

El nuevo Ayuntamiento fue instalado el 25 de diciembre con un discurso de Suárez Iriarte en el que agradeció la ayuda de Smith y se comprometió a servir a los invasores en todo cuanto pudiese. Así lo hizo, al grado de velar porque las disposiciones del gobierno de Querétaro no fueran acatadas sin antes tomar parecer al invasor y escapar así al control federal. Además, retomó la fórmula de Zubieta de realizar la disolución de la Federación y el nacimiento de una Confederación. Presentó unas “Instrucciones” para ser firmadas por los concejales del Ayuntamiento, supuestamente otorgadas por la mencionada junta general de electores, en las que se anulaba el pacto federal al declarar: “La situación verdaderamente anómala en que vino a quedar colocado este Distrito [Federal], le pone en necesidad de atender a su propia existencia por cuantos medios le fueren posibles, sin consultar a más leyes que las de su propia conservación”. La salvación exigía entrar “en la vía de las reformas” y volver a constituir a la sociedad, por lo que “el pueblo” confiaba a la “futura Asamblea municipal” el desempeño de varias “Instrucciones”, de las cuales la primera era formar un nuevo “cuerpo político” con una nueva organización social, “adaptada al siglo en que vivimos”.¹¹¹⁴

Las mencionadas instrucciones se referían a materias más de la competencia de un congreso que de una simple municipalidad, como eran la supresión de alcabalas y estancos, la formación de tribunales, etc.; pero la quinta instrucción anunciaba la

¹¹¹³ Villaseñor, *op. cit.*, p. 295-296. *El Municipal*, 26, 29, 31 de diciembre de 1847, 2 de enero de 1848; *El Razonador*, 5 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 8 de enero de 1848.

¹¹¹⁴ *Ibid.*

transformación del Ayuntamiento en “Asamblea extraordinaria” (es decir, constituyente o soberana), para el caso de que “llegue el momento solemne de que a las autoridades se les anuncie se salve quien pueda”, y entonces los representantes de la ciudad de México “salven la independencia de su administración interior, y que la nueva confederación en que entrare le proporcione respetabilidad en el interior”.¹¹¹⁵

Evidentemente, se trataba de una nueva forma de abuso del poder constituyente. Con la formación de una Asamblea soberana con facultades omnímodas, se pretendía que el Distrito Federal reasumiera su soberanía, tal como Zubieta había propuesto hicieran todos los estados, y entonces formar la Confederación, tan soñada por muchos. Sin embargo, dado el anuncio y promoción del llamado “proyecto de unión continental americana” por los mismos que pretendían realizar tan osados cambios y prolongar la guerra, todos los observadores llegaron a la conclusión de que la meta final no era aquel sistema político, sino la anexión uno a uno de los estados, que no iban a reasumir su soberanía sino con ese propósito.¹¹¹⁶ Por ello, moderados y radical-federalistas recomendaron al gobierno y al Congreso hacer la paz cuanto antes: “ved en ella el único medio que nos queda de conservar nuestra independencia”.¹¹¹⁷

Ahora bien, gracias a las filtraciones de los gobernadores de San Luis y Guanajuato, ya era un secreto a voces que el gobierno estaba reanudando negociaciones.¹¹¹⁸ *El Norteamericano* hizo notar que Trist no había marchado con el último convoy como debió

¹¹¹⁵ Villaseñor, *op. cit.*, p. 297.

¹¹¹⁶ *El Municipal*, 26, 29, 31 de diciembre de 1847, 2 de enero de 1848; *El Razonador*, 5 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 8, 10, 13 de enero de 1848.

¹¹¹⁷ *El Monitor Republicano*, 10 de enero de 1848.

¹¹¹⁸ *El Monitor Republicano*, 1 de diciembre de 1847.

hacer y que muchos mexicanos aseguraban que Cuevas, Couto y Atristain habían sido comisionados por el gobierno y hablaron con él en términos que hacían concebir fundadas esperanzas de llegar a la paz. Ese mismo día, Atristain llegó a Querétaro y todo el mundo supuso que las negociaciones estaban en marcha.¹¹¹⁹

En efecto, el método elegido para mantener comunicación con la comisión negociadora fue que Atristain viajara continuamente a Querétaro para dar informes y recibir instrucciones. Aunque el ministro De la Peña dudaba de si debía o no informarse al Congreso, Couto le recordó que el gobierno tenía derecho a dirigir la política exterior, mientras que al Legislativo sólo competía aprobar o desaprobar el tratado resultante de las negociaciones.¹¹²⁰ De la política habanera ya no quedaban ni cenizas; por fin, un gobierno asumía sus facultades constitucionales.

Una clara mayoría en el Congreso se mostró hostil a la paz y promovió tan acaloradas discusiones que los moderados terminaron por abstenerse de asistir a sesionar para que no se completara el quórum, lo cual prácticamente disolvió al Legislativo a mediados de diciembre.¹¹²¹

La disolución del Congreso tuvo por consecuencia que, al iniciar 1848, no fuera posible que el general Herrera tomara el poder como presidente constitucional, para cuya elección los moderados habían trabajado en los estados libres de la presencia invasora, pero lo prefirieron a cualquier estorbo en las negociaciones con Trist. Como el interinato

¹¹¹⁹ *Ibid.*, 16-19 de diciembre de 1847.

¹¹²⁰ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 728-729.

¹¹²¹ *El Monitor Republicano*, 15 de diciembre de 1847. Riva Palacio, *op. cit.*, v. 8, p. 270.

de Anaya debía durar hasta el 8 de enero, las formas legales fueron cubiertas mediante el expediente de que Manuel de la Peña y Peña, como presidente de la Suprema Corte, volviera a tomar el poder Ejecutivo, lo que permitió a los moderados mantener en sus manos las riendas del gobierno.

La incertidumbre resultaba peor en Washington; el plan de Trist y Scott era mantener a su gobierno ayuno de información hasta que el tratado de paz fuese un hecho consumado. Sin embargo, tal como temían, para esas fechas Polk ya había recibido una carta del general Pillow, en la que denunciaba los tratos corruptos con Santa Anna. El 11 de diciembre, el presidente informó al gabinete que, antes de la toma de la ciudad de México, ambos personajes habían hecho un arreglo con el caudillo para entregarle un millón de dólares como pago secreto por un tratado de paz. Manifestó su reprobación y Buchanan dijo que el general Scott debería ser relevado de inmediato, aunque también que lo mejor sería esperar la llegada de los generales Shields y Quitman.¹¹²²

El rumor de que Trist y Scott intentaron sobornar a Santa Anna comenzó a aparecer en los periódicos de los Estados Unidos, los cuales afirmaban que tal acto era un secreto a voces en los campamentos del ejército en México. El general Shields llegó días después a Washington. El 28 tuvo una conversación con el presidente, a quien aclaró: “Que había habido una conferencia confidencial en el Cuartel General del general Scott [y no una junta de guerra, como afirmaban los periódicos] pero no para cohechar, sino para decidir si sería conveniente pagar una parte de la compensación por la cesión del territorio antes de la ratificación de un tratado, si es que pudiera obtenerse un tratado

¹¹²² Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 348-349.

satisfactorio”.¹¹²³ El general afirmó que Trist no estuvo en esa reunión, pero Polk le dijo que el comisionado tenía instrucciones estrictas y “no tenía facultad para usar ni un dólar de los dineros públicos hasta después que se hubiera celebrado un tratado y se ratificara por parte de México”.¹¹²⁴

Polk se enteró el 30 de diciembre de que Trist había recibido su carta de retiro y al parecer estaba notoriamente disgustado. No se dejó impresionar: “*El señor Trist, por lo que pude saber, se ha entregado al general Scott, y es meramente su instrumento*”.¹¹²⁵

La verdad sobre los actos de Trist comenzó a llegar a Washington. Sin embargo, como el rebelde tenía la ventaja de la distancia, mientras en México estaba a punto de iniciar negociaciones que lo llevarían al tratado, en la Casa Blanca apenas se comenzaba a considerar la necesidad de exigirle informes sobre el rumor de que había caído en un acto de corrupción. En carta de 27 de diciembre, Buchanan le informaba que en los Estados Unidos el ejército estaba publicando notas en las que se decía que en Puebla se ofreció a Santa Anna un millón de dólares a cambio de la paz. Se quejaba de que el gobierno no hubiera sido consultado y ni siquiera informado de semejante gestión y le recordaba que el primer deber de un comisionado era informar a su gobierno. El presidente Polk se lo exigía y a la vez deseaba que Trist no hubiera caído en actos nocivos para la reputación de los Estados Unidos.¹¹²⁶

¹¹²³ *Ibid.*, p. 351.353.

¹¹²⁴ *Ibid.*

¹¹²⁵ *Ibid.*, p. 354, las cursivas son de Polk.

¹¹²⁶ Buchanan a Trist, 27 de diciembre de 1847, en Bosch, *op. cit.*, p. 619.

En México, el gobierno expidió las instrucciones de sus comisionados para negociar la paz el 30 de diciembre, las cuales, aunque contenían algunas que Roa Bárcena pensó pudo abstenerse de calificar de "jocosas", como la de exigir el retiro del invasor del territorio nacional y que aceptara el arbitraje de un congreso de representantes de toda América o al menos de una tercera potencia, contenían también las muy realistas de ceder el Bravo como frontera de Texas y la totalidad de la Alta California y Nuevo México, en caso de que su defensa implicara la ruptura de la negociación, pues se tenía bien claro que éstas eran las concesiones que Trist estaba obligado a obtener como condiciones *sine qua non*. Sólo se recomendó a los comisionados hacer lo posible por que el puerto de San Diego quedara del lado mexicano y no se tocara la más mínima porción de los estados de Sonora y Chihuahua. Eso, en cuanto a lo territorial, que era la parte medular de la negociación, por lo demás, las instrucciones incluían recomendaciones para garantizar la seguridad y los derechos de la población mexicana que quedaría al otro lado de la nueva frontera, así como del culto católico, y varias precisiones sobre prisioneros de guerra, armamento capturado, evacuación de las tropas estadounidenses, etc.¹¹²⁷

Las negociaciones se iniciaron el 2 de enero de 1848. No tardaron en caer por tierra las "jocosas" pretensiones mexicanas. Al día siguiente, se acordó discutir y resolver antes que nada la cuestión territorial, pues de ella dependería el resto de los artículos del tratado. Trist rechazó de plano la pretensión mexicana de retener el territorio entre el Bravo y el Nueces, pero ofreció meditar acerca de la posible cesión de Paso del Norte, población perteneciente a Chihuahua y la orilla izquierda del río Gila, que constituía el

¹¹²⁷ Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 736.

límite de Sonora.¹¹²⁸ Se siguió discutiendo desde el 4 hasta el 12 sobre el monto de la indemnización (Trist ofrecía 15 millones, mientras que a los mexicanos pedían al menos 30) y, decidida la cesión de California, si el puerto de San Diego pertenecía a ésta o no.¹¹²⁹

Las negociaciones comenzaban a llegar a un punto muerto, cuando un suceso recordó al gobierno que no disponía de tiempo. Como mencionamos anteriormente, el gobernador de San Luis Potosí no ocultó sus tendencias separatistas y anexionistas en la junta de gobernadores y regresó a su estado denunciando el pacifismo del gobierno y defendiendo el derecho de los estados a recuperar su soberanía y a formar otra nación más pequeña con los estados que quisieran unirse al de San Luis Potosí, postura que dejó bien clara en un discurso ante la legislatura estatal el 1 de enero de 1848.¹¹³⁰ Días después, el 12, el vicegobernador, Mariano Ávila, presentó a dicha legislatura un proyecto de ley que en el preámbulo acusaba al gobierno central con sede en Querétaro de buscar una paz ignominiosa y en el artículo primero declaraba que el estado de San Luis Potosí reasumía plenamente su soberanía. En consecuencia, el artículo 2° desconocía al gobierno de Querétaro y rompía todo vínculo con él por ignorar “el voto de la nación” y no continuar la guerra con los Estados Unidos. El artículo 3° renovaba la protesta de la coalición de estados de 7 de junio anterior de sostener la guerra. Para que esto se hiciera con vigor, el artículo 4° invitaba a los demás estados a rehacer la coalición y a aportar recursos. Para dar dirección a las operaciones de la guerra, el artículo 5° llamaba a la

¹¹²⁸ *Ibid.*, 738-739.

¹¹²⁹ *Ibid.*, 739-741.

¹¹³⁰ *El monitor Republicano*, 19 de enero de 1848. Francisco Estrada y Francisco Soberón, diputados secretarios de la Legislatura de San Luis Potosí, a Relaciones Interiores y Exteriores, 26 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 3 de abril de 1848. *American Star*, 25-26 de enero de 1848.

formación de una convención con dos diputados por cada uno de los estados que integrasen a la renacida coalición. Tal convención, según el 6º, sería la depositaria de la soberanía nacional; en tal concepto, procedería a nombrar un nuevo jefe del Ejecutivo y, según el 7º, a echar los cimientos “de una nueva confederación”.¹¹³¹

No obstante que la iniciativa de Ávila y Adame fue rechazada por la legislatura al día siguiente, el segundo la hizo imprimir. El 18, el comandante general del estado, Juan V. Amador, se presentó en la ciudad para impedir tal publicación y Adame reaccionó reuniendo a la Guardia Nacional en el convento del Carmen con el respectivo acopio de pertrechos. En vista de ello, la legislatura se reunió el 19 bajo la protección de la tropa de línea y solicitó al comandante el arresto del gobernador y vicegobernador, lo cual tuvo verificativo a las 10 de la noche en el caso de Adame, mientras que Ávila se refugiaba en el Carmen. Aunque al día siguiente se puso en libertad al gobernador y se revocó la orden contra el vicegobernador, los legisladores locales advirtieron al gobierno que el peligro seguía latente.¹¹³²

El gobierno central reaccionó con una circular en la que confirmaba y oficializaba la opinión general de que el proyecto de ley de Ávila (así como sus antecesores, el proyecto de Zubieta y los actos del Ayuntamiento capitalino) era un plan de disolución política de la República, que invitaba al invasor a tomar individualmente a todos los estados luego de declararse disuelta la federación, “y en consecuencia aniquilada la nacionalidad de

¹¹³¹ “Iniciativa dirigida a la honorable legislatura del Estado libre y soberano de San Luis Potosí, por el Exmo. Sr. vice-gobernador en ejercicio del supremo poder ejecutivo, Lic. D. mariano Ávila”, en *El Monitor Republicano*, 23 de enero de 1848.

¹¹³² Francisco Estrada y Francisco Soberón, diputados secretarios de la Legislatura de San Luis Potosí, a Relaciones Interiores y Exteriores, 26 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 3 de abril de 1848.

México". Se trataba de un intento "de abusar de la soberanía".¹¹³³ Otros opinaron que si este abuso por parte de algunos estados era ya evidente y peligroso, las pretensiones soberanas del Ayuntamiento del Distrito Federal no lo eran menos: "No vemos de dónde pueda venir al Exmo. Ayuntamiento el carácter de cuerpo legislativo, y menos *constituyente*, cual se requeriría para el *avanzado paso* que se le atribuye [la anexión]". Más que nunca era necesario recordar "que es moralmente imposible hacer *uno de dos países* enteramente distintos en todos sus caracteres..., nacionalidad, *mexicanismo*: esta debe ser nuestra profesión de fe."¹¹³⁴ Por su parte, al tomar posesión de la presidencia una vez más, Manuel de la Peña y Peña anunció que, para contrarrestar el anexionismo de los estados fronterizos, su principal objetivo iba a ser la reunión del Congreso.¹¹³⁵

La reacción del gobierno no se limitó a la generación de documentos oficiales. El 18 de enero salió de la ciudad de México un destacamento estadounidense de más de 300 jinetes al mando del general Lane que, al amanecer del 25, cayó por sorpresa sobre Tehuacán con la intención de aprehender a Santa Anna.¹¹³⁶ El caudillo logró escapar gracias a que en la madrugada fue advertido de la proximidad de los estadounidenses y se refugió en Teotitlán, luego de que el gobernador de Oaxaca, Benito Juárez, le negara asilo

¹¹³³ Circular de Luis de la Rosa a los gobernadores, 17 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 22 de enero de 1848.

¹¹³⁴ *El Razonador*, 19 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 21 de enero de 1848. Las cursivas son del original.

¹¹³⁵ *El Monitor Republicano*, 14 de enero de 1848. Las cursivas son del original.

¹¹³⁶ *Ibid.*, 19 de enero de 1848. "Los americanos en Tehuacán", *ibid.*, 4 de febrero de 1848. "Parte oficial del Exmo. Sr. General de división benemérito de la patria D. Antonio López de Santa Anna, al supremo gobierno, sobre la sorpresa, que el general Lane con una sección de caballería de los invasores intentó darle en Tehuacán, la madrugada del día 25 de Enero próximo pasado, y el documento que el mismo parte menciona", *ibid.*, 14 de febrero de 1848. Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 662-663.

en ese estado.¹¹³⁷ En los meses que siguieron, sus partidarios denunciaron que el gobierno contaba con el apoyo estadounidense para perseguir al líder del movimiento confederalista,¹¹³⁸ lo cual, por supuesto, resulta muy lógico, sobre todo cuando se considera que la constante llegada de refuerzos para el general Scott hacía cada vez más difícil que éste justificara su inactividad para dar tiempo a Trist de negociar y por tanto era necesario aplastar la resistencia a la paz.¹¹³⁹

Las intenciones entreguistas y la hipocresía del movimiento confederalista de Santa Anna se confirmaron al amanecer el 29 de enero, cuando aquellos que exigían que los estados reasumieran su soberanía para continuar la guerra con mayor eficacia, ofrecieron un desayuno al general Scott en el Desierto de los Leones. Durante el banquete, Suárez Iriarte, y los demás miembros de la supuestamente belicista y autonómada soberana Asamblea capitalina, brindaron por el heroísmo y las victorias de los invasores, y expresaron su admiración por el sistema político estadounidense.¹¹⁴⁰ Aunque no hay testimonios de que también se brindase por la anexión, el propio Scott aclaró meses después que anexionistas mexicanos se le acercaron para ofrecerle 1.25 millones de dólares a cambio de que renunciara al ejército de su país y emitiera una proclama en la que se declarara dictador de México por un periodo de seis años. De aceptar no tendría más que reclutar al 70% de su propio ejército, el cual iba a ser licenciado en cuanto se ratificase el tratado de paz; esto le permitiría mantener el dominio

¹¹³⁷ *American Star*, 8 de febrero de 1848.

¹¹³⁸ *El Monitor Republicano*, 25 de febrero de 1848. José Ramón Pacheco, "Don Luis de la Rosa", 15 de abril de 1848, en *El Monitor Republicano*, 10 de mayo de 1848.

¹¹³⁹ Comisionados mexicanos al gobierno, 23 de noviembre de 1848, en Roa Bárcena, *op. cit.*, v. 2, p. 744.

¹¹⁴⁰ *El Monitor Republicano*, 18 de marzo, 3, 5, 7 de febrero de 1848. *American Star*, 1 de febrero de 1848. En Guadalajara se celebró un banquete similar, *vid. El monitor Republicano*, 19 de abril de 1848.

sobre México, ya que estas fuerzas ocupaban puertos, arsenales, fuertes y hasta minas, y luego desarrollar la política necesaria para solicitar la anexión a los Estados Unidos.¹¹⁴¹ Los confederal-santanistas no tenían idea de que estaban cortejando al personaje menos adecuado para consumir la anexión.

A juzgar por una denuncia hecha por *El Razonador* - periódico del ex-santanista Baranda, quien no escatimaba oportunidad para vengarse de la humillación recibida y exhibir a su antiguo jefe -, este plan, con ciertas diferencias, era bien conocido por lo menos desde octubre, luego de la renuncia de Santa Anna a la presidencia y por los mismos días en que el gobernador de Jalisco advirtió acerca de la traición:

Los estados que se llaman de la coalición, pretenden aniquilar y destruir los miserables restos de nuestro arrollado ejército, sustituyéndolo con sus milicias locales, con el objeto de celebrar la paz con los E U, en caso de que éstos se comprometan a dejar en nuestra república un número de tropas respetable, que afiance y consolide la soberanía de los estados coligados, y siempre que tenga lugar entre ambas repúblicas un tratado de alianza, para repeler, en todos los tiempos, cualquier proyecto hostil que pueda entrañar la Europa contra México.¹¹⁴²

El desayuno del Desierto de los Leones exhibió que el movimiento confederal-santanista proclamaba la guerra no por patriotismo, sino por interés: lo que en verdad querían era la paz, pero no en ese momento, sino cuando hubieran logrado la anexión,

¹¹⁴¹ Eisenhower, *op. cit.*, p. 454. Greenberg, *op. cit.*, p. 258.

¹¹⁴² *El Razonador*, s/f, en *El Monitor Republicano*, 18 de octubre de 1847.

destruir al ejército, imponer la tolerancia de cultos y “acabar con el culto religioso para enriquecerse con los bienes eclesiásticos”.¹¹⁴³

Los hechos de San Luis Potosí produjeron en Querétaro la alarma de un pronunciamiento, sobre todo porque los periódicos de la capital, al parecer de acuerdo con los conspiradores potosinos, se dedicaron a causar alarma, a invitar al pueblo a unirse al plan separatista y a esparcir el rumor de que estados como Jalisco, Zacatecas y Guanajuato estaban dispuestos a resucitar la coalición.¹¹⁴⁴ Sin embargo, siguiendo la pauta de oponerse al separatismo, marcada por el gobernador de Jalisco desde octubre, los gobernadores de antiguos estados coalicionistas habían dado marcha atrás en la asunción de la soberanía estatal y anunciaron su adhesión al gobierno; el propio González Cosío, de Zacatecas, que antes de la guerra se había declarado anexionista y apoyado la intriga monroísta que decantó en regreso de Santa Anna, declaró - tal vez reconociendo la manera como se pretendía abusar del poder constituyente - que la iniciativa de San Luis tenía un claro aroma santanista.¹¹⁴⁵ El general Anastasio Bustamante, a quien se ofreció el mando de las tropas rebeldes potosinas, tal vez por haber sido en 1824 un líder del confederalismo jalisciense, respondió que no participaría en un movimiento pensado para favorecer a los invasores.¹¹⁴⁶

Ante la defección del anexionismo por parte de importantes gobernadores radicales, el peligro cambió su rostro coalicionista por el de las rebeliones indígenas. La

¹¹⁴³ *El Monitor Republicano*, 13 de febrero de 1848.

¹¹⁴⁴ *Ibid.*, 24-25 de enero de 1848.

¹¹⁴⁵ *Ibid.*, 25 de enero de 1848.

¹¹⁴⁶ Anastasio Bustamante al vicegobernador de San Luis Potosí, 18 de enero de 1848, *ibid.*

derrota y el caos producido por la desaparición de la autoridad en las regiones ocupadas por los invasores - también sometidas a los abusos de la soldadesca de ambas nacionalidades y de un sinnúmero de bandidos -, produjo rebeliones indígenas que exigían la restitución de tierras que les habían sido arrebatadas por hacendados en la Sierra Gorda, la Huasteca poblano-hidalguense y en el sur de los estados de Morelos y Puebla.¹¹⁴⁷ Tanto Paredes como Santa Anna trabajaron para canalizar tal descontento en beneficio de sus respectivas causas y se les vio hacer continuos viajes a esas regiones.¹¹⁴⁸

Huahuchinango y varios pueblos de Jalisco se pronunciaron a favor de la iniciativa de San Luis Potosí y el general Juan Álvarez hizo lo propio en Iguala y sus agentes en Temascaltepec y otros puntos del Estado de México.¹¹⁴⁹ No obstante que luego de su escape de Tehuacán, el jalapeño solicitó sus pasaportes para salir al exilio y de que Álvarez aseguró varias veces su adhesión al gobierno, ambos cabalgaron por las regiones del sur tratando de ganar prosélitos.¹¹⁵⁰ Para seguir impulsando el movimiento confederalista, a fines de enero Álvarez llegó incluso al extremo de enviar una gavilla al pueblo de Tenancingo, con la misión de apresar al gobernador Olaguíbel (quien había salido de Toluca huyendo de la ocupación estadounidense) y obligarlo a desconocer al gobierno federal y declarar que el Estado de México reasumía su soberanía.¹¹⁵¹

¹¹⁴⁷ Salinas, *op. cit.*, p. 101.

¹¹⁴⁸ *El Monitor Republicano*, febrero-mayo de 1848.

¹¹⁴⁹ *Ibid.*, 11, 17 de febrero, 5, 27 de marzo, 22 de abril de 1848.

¹¹⁵⁰ *Ibid.*, 12 de marzo de 1848.

¹¹⁵¹ *Ibid.*, 23 de febrero de 1848, 22 de abril de 1848. De la Rosa al ministro de la Guerra, 11 de febrero de 1848, en *Ibid.*, 20 de febrero de 1848. Miguel Salgado a Pascual Ascencio Torres, Teloloapan, 12 de febrero de 1848; Olaguíbel a Manuel Irizarri, Ixcatepec, 13 de febrero de 1848; Olaguíbel a Relaciones Exteriores, Morelia, 14 de marzo de 1848, en *Ibid.*, 27 de marzo de 1848.

En medio de tantas amenazas, los comisionados mexicanos decidieron continuar y acelerar las negociaciones de paz, no sólo porque Trist demostró que, desde su fundación en 1769, San Diego pertenecía incuestionablemente a la Alta California, sino por la actitud del estadounidense, quien declaró que en San Diego residía la paz o la guerra. El 16 de enero recomendaron responder con presteza, pero el gobierno no les contestó sino hasta el 22, insistiendo en que debía conservarse San Diego.¹¹⁵²

Sin embargo, el 25 en la noche, el gobierno decidió aceptar la línea divisoria impuesta por Trist y autorizó a la comisión a celebrar el tratado siempre que Baja California quedara unida a Sonora, no se mermase el territorio de Sonora y Chihuahua, se cumpliesen ciertas condiciones para el cese de hostilidades y ,con la garantía de la indemnización, los comisionados consiguieran algunos fondos para el gobierno, con los cuales pudiera hacer frente a las sediciones que seguramente surgirían con pretexto de oposición a la paz.

Al respecto, de la Rosa no se anduvo con falsos pudores: el gobierno jamás firmaría sin antes contar con 300 a 400 mil pesos y la seguridad de recibir después 200,000 pesos al mes, pues sin tales recursos su disolución era segura ante las dificultades que iban a suscitarse.¹¹⁵³ En cartas del 27, se dejó a la comisión en libertad de acordar con Trist el monto de la indemnización sin poner más condición que la de obtener de inmediato esos fondos tan necesarios. *“El gobierno se resigna con dolor a hacer la paz, para evitar mayores males; pero éstos no se evitan si a la guerra de invasión ha de seguir la guerra*

¹¹⁵² Roa Bárcena, *op. cit.* v. 2, p. 742-743.

¹¹⁵³ *Ibid.*, p. 747.

civil, sin que la administración actual tenga recursos para reprimir las sediciones".¹¹⁵⁴

Aunque no lo decían explícitamente, es claro que los miembros del gobierno se referían a la amenaza confederal-santanista.

Sin embargo, el gobierno tuvo que desistir hasta de la seguridad económica al recibir una comunicación urgente de México, fechada el 29 (el mismo día del famoso desayuno del Desierto), en la que los comisionados daban aviso del inminente fracaso de la negociación. En tono de alarma decían que Trist, presionado por la responsabilidad que se había echado a costas, les acababa de comunicar que no podía permanecer en la ciudad de México más de dos días, y advertían que, de no acordarse de inmediato, lo más probable era que "no se hable ya de negociaciones, sino de ocupación militar de todo el país mientras se decide la cuestión de presidencia y con ella la política definitiva que ha de seguirse con México. En cualquiera de estos casos vemos nosotros comprometida su nacionalidad".¹¹⁵⁵ El gobierno debía tomar una decisión y hacérselas saber, a más tardar, la mañana del 1 de febrero.

Y, en efecto, la noche del 29, los comisionados recibieron una nota de Trist en la que declaraba rotas las negociaciones.¹¹⁵⁶ De ahí que el gobierno no pudiera sino olvidar toda reticencia y autorizar a sus comisionados a firmar el tratado. De la Rosa expresó tal decisión el 31 de enero: "Esta última resolución [romper las negociaciones] comprometería demasiado la existencia de México como nación, y el gobierno no tomará jamás sobre sí la tremenda responsabilidad de continuar la guerra en el estado de

¹¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 747-748. Las cursivas son de De la Rosa.

¹¹⁵⁵ *Ibid.*, 745.

¹¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 746

desorganización en que se hallan muchos de los estados de la Unión, ya por haber sido invadidos, ya por los amagos de revolución que en ellos aparecen”.¹¹⁵⁷ Luego de recordar los sucesos de San Luis Potosí, el ministro concluía que la pronta firma de un tratado evitaría que, en el futuro, los Estados Unidos fueran más exigentes en sus pretensiones, y desbarataría a la vez “los proyectos de agregación a Norte América, que aparecen aún en la capital de la república”.¹¹⁵⁸

La nota se recibió en la capital la noche del 1° de febrero y el día 2, a las seis de la tarde, se firmó en la villa de Guadalupe Hidalgo el tratado de paz que lleva este nombre. Esa misma noche, Trist remitió el documento a Washington con un propio, aunque en la capital mexicana la noticia no se conoció sino hasta el 5. De la Rosa expidió una circular el 6, en la que anunciaba que la paz estaba firmada y prometía publicar un folleto en el que se explicarían las razones que tuvo el gobierno para tomar tal decisión. Aclaró que el tratado sería presentado al Congreso para su aprobación y pronto se firmaría un armisticio para suspender las hostilidades.¹¹⁵⁹

La urgencia del gobierno por la paz resulta comprensible si se consideran no sólo las amenazas internas a la supervivencia de la nacionalidad, sino también el hecho de que en los Estados Unidos la noticia de la caída de la Ciudad de México había provocado que, incluso los periódicos que habían condenado la guerra, cambiaran su postura y recomendaran la anexión. Hasta los partidarios de John C. Calhoun consideraron que el

¹¹⁵⁷ Citado por *ibid.*, p. 748.

¹¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 749.

¹¹⁵⁹ *American Star*, 6 y 11 de febrero de 1848. *El Monitor Republicano*, 11 de febrero de 1848.

“no territorio” era una locura,¹¹⁶⁰ el movimiento Todo México surgió y fue creciendo hasta que pareció alcanzar su culminación cuando el presidente Polk, en su mensaje al Congreso de diciembre de 1847, hizo pública su decisión de exigir territorio adicional al de Texas, y lo justificó declarando que México no tenía otra manera de indemnizar a los Estados Unidos por el costo de la guerra.¹¹⁶¹

A principios de enero, el presidente manifestó a Buchanan y a R. J. Walker, nuevo secretario de Guerra, que ya era tiempo de discutir los términos del tratado de paz que, dadas las nuevas circunstancias (derrota total de México y necesidad de resarcir el costo de la guerra), podrían aceptarse. Pensaba en retirar a Scott del mando y sustituirlo con el general William O. Butler, así como contar en México con un comisionado investido de poderes suficientes para tratar, pues el ultimátum entregado a Trist en abril ya no era adecuado en función de las nuevas aspiraciones territoriales.¹¹⁶²

Respecto de las nuevas condiciones de paz, Buchanan opinó que debía obtenerse lo que los estadounidenses siempre consideraron la frontera natural entre ambas naciones: “Tamaulipas y toda la comarca al oriente de las montañas de la Sierra [lo cual era muy vago, pues el oriente podía llegar hasta Baja California”. Haciendo a un lado su inicial panamericanismo, por el que anunció el derecho de las naciones hispanoamericanas a unirse a la grandeza estadounidense, y que tan encandilados traía a los confederalistas, Polk expresó sus dudas acerca de la conveniencia de obtener un territorio densamente poblado por mexicanos y sugirió aceptar Nuevo México, las dos Californias, el paso a

¹¹⁶⁰ Greenberg, *op. cit.*, p.248.

¹¹⁶¹ Polk, “Mensaje al Congreso”, en *El Monitor Republicano*, 28-31 de diciembre de 1847.

¹¹⁶² Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 358.

través de Istmo de Tehuantepec y el puerto de Tampico, y pagar por todo ello una suma mucho menor que aquella que Trist estaba autorizado a ofrecer. Al finalizar el día Polk dejó testimonio en su *Diario* de la ansiedad que sentía por definir la magnitud de la conquista.¹¹⁶³

No obstante su ansiedad, en los siguientes días, el conflicto personal que había estallado en México entre los generales Worth y Scott y el nombramiento del nuevo general en jefe ocuparon su atención y, cuando el 4 tuvo noticia de que Trist había reanudado las negociaciones, no pudo sino comentar, airado, que eso era sorprendente porque aquel ya había acusado recibo de su carta de retiro y no tenía facultades para negociar. “Indudablemente que *está obrando aconsejado por el general Scott, de quien se ha convertido en el más perfecto instrumento*”.¹¹⁶⁴

La noticia de que Trist había reanudado negociaciones y éstas se hacían con base en el ultimátum de abril se confirmó al día siguiente. Pero Polk no pudo tomar cartas en el asunto pues, para entonces, las denuncias whigs habían surtido efecto. Desde mediados de 1847 se comenzó a relacionar a la guerra con la esclavitud, lo que produjo un movimiento antiguerra, paralelo al de Todo México.¹¹⁶⁵ Los llamados “Catorce inmortales”, los senadores que tuvieron el valor de oponerse al mensaje bélico de Polk, continuaron sus ataques contra el conflicto denunciando el engaño de Polk, aun cuando eran vistos como traidores. John C. Calhoun, demócrata opositor a la guerra desde el principio, trataba de neutralizar el movimiento Todo México con la advertencia de que la

¹¹⁶³ *Ibid.*, p. 359.

¹¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 363, las cursivas son de Polk.

¹¹⁶⁵ Greenberg, *op. cit.*, p. 196-197.

absorción de una raza inferior contaminaría el sistema estadounidense.¹¹⁶⁶ El 22 de diciembre Abraham Lincoln, emulando a Clay, pronunció un discurso en el que demostró jurídicamente que los Estados Unidos estaban jugando el papel de potencia agresora y por tanto Polk era el culpable de las muertes y desgracias del conflicto.¹¹⁶⁷

A Clay, Calhoun y Lincoln se unió Daniel Webster como orador contra la anexión de México, y entre todos denunciaron a Polk como un intrigante que, actuando de acuerdo con Santa Anna, había orillado al Congreso a emprender una guerra para impedir una intervención europea y colocar en México un gobierno títere que le cediese Texas. También hicieron ver lo absurdo y el peligro que entrañaba para el sistema estadounidense la pretensión de unir a dos países tan distintos.¹¹⁶⁸ Gracias a Clay, ya se hablaba de someter al presidente a juicio político para que explicara el origen de la guerra.¹¹⁶⁹

Para colmo, el Congreso que se reunió a fines de diciembre resultó de mayoría *whyg* en la Cámara de Representantes, de modo que ésta no dudó en pedir a Polk que entregara la información relativa al regreso de Santa Anna y Paredes a México, así como las instrucciones dadas a John Slidell como ministro plenipotenciario en 1845.¹¹⁷⁰

El secretario de Estado dijo al presidente que no había problema alguno en entregar la información sobre el regreso de Santa Anna (recuérdese que, en su mensaje de 8 de diciembre de 1846, Polk había aclarado que permitió el desembarco de Santa

¹¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 244-247.

¹¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 248-253.

¹¹⁶⁸ Los discursos de Calhoun, Clay y Webster pueden verse en *El Monitor Republicano*, 2, 17 de diciembre de 1847; 6 de enero y 8 de febrero de 1848.

¹¹⁶⁹ *The Times*, s/f, en *El Monitor Republicano*, 15 de febrero de 1848. Greenberg, *op. cit.*, p. 235.

¹¹⁷⁰ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 365.

Anna para apoyar al partido liberal mexicano en su lucha contra el monarquismo), pero no titubeó en afirmar que todo lo referente a la diplomacia practicada por el gobierno antes de la guerra debía mantenerse en secreto, pues la divulgación de las instrucciones de Slidell “redundaría en gran perjuicio de los intereses públicos”. Por la misma razón, Buchanan juzgaba que tampoco se informara nada sobre la entrevista de Slidell MacKenzie con Santa Anna en La Habana en julio de 1846. Polk estuvo de acuerdo; por lo demás, contaba con el antecedente de que en 1796 el general Washington se había negado a entregar al Congreso las instrucciones de un ministro que había negociado un tratado con Inglaterra. Cuando el presidente consultó el mismo asunto con el resto del gabinete, todos apoyaron el consejo de Buchanan.¹¹⁷¹

Al parecer, ni a Polk ni a su gabinete les agradaba la idea de que con la exhibición de las instrucciones de Slidell quedara al descubierto que, desde antes de la guerra, el presidente pretendía la adquisición de California y Nuevo México: eso se hubiera tomado como prueba de que el motivo de la invasión no fue la supuesta hostilidad mexicana hacia los Estados Unidos, como había asegurado en su mensaje bélico, sino un velado expansionismo, lo que daría al partido whig material para fundamentar sus acusaciones.

Y aunque el Congreso no solicitó las instrucciones con las que el comandante MacKenzie viajó a La Habana para entrevistarse con Santa Anna, la existencia del informe que el agente entregó al Departamento de Estado era algo que inquietaba a Polk y su gobierno, ya que en la misma junta de gabinete en que se decidió negar toda información

¹¹⁷¹ *Ibid.*, p. 366.

sobre la misión de Slidell, se discutió también la conveniencia de ocultar dicho informe.¹¹⁷² Polk lamentó que, luego de salir para La Habana sin instrucciones escritas, el comandante hubiera excedido poniendo por escrito “lo que se suponía ser un mensaje mío para éste”. Negó haber mandado mensaje alguno y afirmó que lo que el agente consignó por escrito fueron sus recuerdos de una conversación que tuvo con él sobre su visita a La Habana, “y esto es lo que él llama un mensaje mío para Santa Anna. Por fortuna, sin embargo, lo que él puso en mis labios no podría perjudicarme, aun cuando fuera cierto y hubiera sido publicado, pero me exhibiría en una posición ridícula”.¹¹⁷³

Llama la atención que el presidente no se hubiera quejado de este abuso en cuanto leyó el informe de MacKenzie el año anterior, y ahora se empeñase en negar que envió un mensaje a Santa Anna, cuando hemos visto que de los resultados de la misión del comandante fue de donde extrajo la seguridad de que el partido liberal mexicano solicitaba su ayuda para eliminar al monarquismo, cosa que no tuvo empacho de informar al Congreso. Pero por lo visto no estaba dispuesto a reconocer su dudoso proceder, pues, luego de que lanzara el anzuelo de la hipotética unión de Norteamérica contra Europa y Santa Anna lo mordiera enviando un agente a Washington, ambas partes cayeron en una truculenta diplomacia, basada en agentes secretos, mensajes no escritos, correspondencia oficiosa, peticiones de dinero para comprar la paz, etc.

Basta ver el lenguaje de Polk y Buchanan al abordar este problema para darse cuenta de que el único recurso que les quedó para justificarse fue la falacia: luego de leer

¹¹⁷² *Ibid.*, p. 366-367.

¹¹⁷³ *Ibid.*, p. 368.

el despacho de McKenzie, Buchanan manifestó que no debería ser entregado a la Cámara. “Dijo que no había nada que pudiera dañar a la administración, pero que *mostraría una falta de buena fe de parte del Gobierno, y que, si se publicara, el juicio del mundo nos condenaría*, y ningún gobierno podría volver a confiar en nosotros”.¹¹⁷⁴ Sólo el señor Buchanan hubiera podido explicar por qué, si nada perjudicial había en aquel informe, ese documento podía exhibir al presidente, producir la condena del mundo y perjudicar la reputación y el honor de los Estados Unidos. Finalmente, el presidente salió del trance argumentando el derecho del poder Ejecutivo a manejar las relaciones exteriores y, en su mensaje al Congreso de 12 de diciembre, se negó a entregar más nada que la orden de que se permitiera el desembarco de Santa Anna.

Luego de que el conflicto surgido entre los generales en México y la sustitución de Scott con Butler ocupara casi toda la atención de su gobierno, el 15 de enero el presidente Polk retomó el tema de las nuevas condiciones de paz que se impondrían a México. Tenía ya un plan de acción para el ejército y, cuando se disponía a presentar al gabinete las condiciones de paz “que podríamos aceptar ahora”, llegó un mensajero portando nada menos que el despacho de Trist del 6 de diciembre, el cual, por supuesto, le sorprendió y enfureció: “es el documento más extraordinario de que he tenido noticia, proveniente de un representante diplomático”. El despacho era “arrogante, descarado y muy insultante para su Gobierno, y aún ofensivo personalmente para el Presidente”. Era obvio que Trist

¹¹⁷⁴ *Ibid.* El subrayado es de Polk.

estaba convertido en un “servil instrumento” de Scott. El presidente afirmaba no haberse sentido nunca tan insultado y pidió a Buchanan reprender de inmediato a Trist.¹¹⁷⁵

Al hablar acerca de la conducta de Trist con otras personalidades del gobierno y el Congreso, Polk encontró que todos concordaban en condenar al ex comisionado. Sin embargo, convenían con él en que si Trist había firmado un tratado con las instrucciones que se le dieron en abril de 1846, el presidente tendría un problema pues, tal vez, quedaría obligado a presentarlo al Congreso para su ratificación. Polk no se mostró, en un principio, muy dispuesto a permitir que Trist arruinara la posibilidad de obtener más territorio: “después de la sangre que se había derramado y del dinero que se había gastado [...] yo no aprobaría los términos del tratado que entonces había autorizado”.¹¹⁷⁶

La creciente indignación por el engaño de Polk y su guerra perversa había llevado al secretario de Guerra, Marcy, a una crisis nerviosa, de modo que no estaba en condiciones de ordenar al general Butler – en camino para sustituir a Scott -, que expulsara a Trist de México. Buchanan intentó calmar al presidente aconsejándole esperar a ver qué tratado resultaba de la nueva negociación, pero Polk estaba tan ansioso por ver a Trist y Scott fuera de México, que ordenó al juez John Y. Mason, procurador general, que escribiera la carta y recabase la firma del secretario de Guerra.¹¹⁷⁷

No obstante, días después, con la cabeza más fría, surgió en él la duda sobre lo que haría si el tratado que estaba por llegar correspondiese, en efecto, a sus instrucciones de

¹¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 374.

¹¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 376-377.

¹¹⁷⁷ *Ibid.*

abril. Al consultar el problema con otros colaboradores, éstos le hicieron ver que si los mexicanos ratificaban un tratado acorde con las pretensiones estadounidenses originales no podría rechazarlo.¹¹⁷⁸

Días después de que Trist firmara en México el tratado de paz y lo remitiese a Washington, el presidente Polk anotó en su diario que había recibido cartas de la ciudad de México, fechadas el 10 de enero, pero que no contenían nada acerca de las negociaciones de Trist con los mexicanos. Éste y Scott volvían a caer en su inquietante silencio. Tampoco el secretario de Guerra o Buchanan contaban con correspondencia oficial alguna, pero el último informó al presidente que tenía en su poder una carta privada, fechada en la ciudad de México el 12 de enero, del señor Alejandro Atocha.

Como buen alumno de Santa Anna, el coronel Atocha hacía la “infame proposición de que se le proporcione dinero para cohechar al Congreso mexicano e inducirlo a que ratifique el tratado de paz”. Polk, escarmentado, lo calificó de “grandísimo bribón”. Atocha no aclaraba si Trist había firmado ya un tratado, aunque lo daba por hecho. Lo más notable era que Atocha decía estar informado de que Trist afirmaba contar con los fondos necesarios para cohechar y, en el colmo del cinismo, observaba que el presidente de los Estados Unidos no había elegido a la persona adecuada para usar tales fondos.¹¹⁷⁹

Polk se alarmó. Escribió que si realmente Trist hizo tal afirmación estaba mintiendo. Por supuesto, debió parecerle claro que sus peticiones de dinero al Congreso (los fondos a los que se refería Atocha) estaban siendo mal interpretadas. Su objetivo, en

¹¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 378-379.

¹¹⁷⁹ Polk, *op. cit.*, p. 383.

efecto, había sido comprar la paz, pero no mediante cohecho, sino como una forma de apoyar a Santa Anna (¿ya hecho dictador?) inmediatamente después de la ratificación de un tratado (recuérdese que esto fue la propuesta original de Santa Anna y lo que Trist confirmó a Thornton en Puebla), con lo que la operación, si bien producto de un acuerdo previo e inconfesable, tampoco caía en el terreno de lo ilegal. Sin embargo, las palabras de Atocha le ayudaron a vislumbrar que el silencio de Trist y Scott “fue una cosa adrede” y que sin duda había “una conjuración entre Scott y Trist para hacer a un lado al gobierno y celebrar un tratado de cualquier clase”.¹¹⁸⁰

Otro punto en el que Alejandro Atocha insistió en sus cartas a Buchanan, anteriores y posteriores a la comentada por Polk en su diario, fue su convicción de que los mexicanos realmente querían la paz y que, si no se firmaba un tratado, era debido a varios factores: primero, el general Santa Anna titubeaba en hacer la paz por temor a que sus compatriotas lo tacharan de traidor. Las acusaciones en su contra por la reunión con McKenzie en La Habana le pesaban mucho, de allí que Atocha juzgara que aquella reunión fue un grave error y que la paz ya habría sido firmada si el presidente lo hubiera empleado a él como emisario.¹¹⁸¹

Un segundo factor era el inadecuado tamaño del ejército de Scott. A juicio de Atocha, los mexicanos deseaban enfrentar a un ejército de 50,000 hombres para aceptar su derrota con honor (recuérdese que los invasores desarrollaron todas las campañas con menos de 10,000 soldados), pues sólo así el gobierno podría argumentar la necesidad de

¹¹⁸⁰ *Ibid.*

¹¹⁸¹ Nelson, *op. cit.*, p. 200.

rendirse ante una fuerza superior. En otras palabras, el aplastante triunfo estadounidense sería más explicable. El tercer factor señalado por Atocha era que los mexicanos deseaban también un trato honorable y negociar con un alto funcionario, como el secretario de Estado, no con un simple empleado como Trist.¹¹⁸²

Los informes sobre el comportamiento de Scott y Trist se hicieron más precisos con el paso de los días; el general Pillow, tal como temían aquellos, informó en carta de 18 de enero que, sin ninguna autorización, ambos personajes entregaron dinero para cohechar a las autoridades mexicanas. “Esta carta revela algunos hechos estupendos respecto a esta infame transacción y debe ser objeto de una investigación posterior.”¹¹⁸³ Sin embargo, como veremos después, Polk iba a dar carpetazo a esa investigación.

Según la prensa estadounidense, la llegada a Washington a fines de enero de la noticia de que estaba por firmarse un tratado llevó a la conclusión de que, en efecto, el presidente iba a verse obligado a presentarlo para su aprobación, pues las circunstancias eran las siguientes: el gobierno no tenía dinero y el Congreso, luego de tantos escándalos, no parecía dispuesto a apoyarlo y se negaba a autorizar más tropas, a menos que fuesen voluntarias.¹¹⁸⁴ Por tanto, o se retiraban las tropas de México o se aceptaba el tratado de Trist. Para todo el mundo quedó claro que el whig Scott había guiado a Trist en las negociaciones. El tratado decepcionaba a quienes deseaban todo México y el gobierno estaba al borde de una crisis ministerial por la inconformidad de Buchanan y Walker.

¹¹⁸² *Ibid.*, p. 201.

¹¹⁸³ Polk, *op. cit.*, v. 1, p. 384.

¹¹⁸⁴ Estaba pendiente la autorización de 10 nuevos regimientos para el ejército permanente, que haría ascender el número de tropas estadounidenses en México a casi 100,000 hombres, *El Monitor Republicano*, 27 de febrero de 1848.

“Compadezco en verdad al pobre Mr. Polk..., la Cámara contumaz lo obligará [con su negación de recursos] a admitir el tratado de Mr. Trist. No tiene otra alternativa que someterlo al Senado, en donde se ratificará, quedando la anexión de México para el porvenir”.¹¹⁸⁵

Aparte de la extrañeza de todos porque se hubiera encargado la negociación con México a una nulidad como Trist, el hecho era que el oscuro funcionario había puesto a la administración en problemas, “animando a la oposición en su tentativa a negar hombres y dinero, bajo la disculpa plausible de que como Mr. Polk declara que no hace la guerra para la conquista ... mejor sería que examinase lo que pedía... antes que pedir más tropas para extenderse sobre la República mexicana. El argumento es irresistible y cae el presidente en su propio lazo”.¹¹⁸⁶

Polk recibió el Tratado de paz el 19 de febrero por la noche. Buchanan se lo leyó y vio que los términos en que estaba redactado se apegaban a las instrucciones originales de Trist. A pesar de que el documento requería un examen cuidadoso, luego de esa primera lectura el presidente concluyó que, “si después de un nuevo examen del Tratado éste es aceptable, no debería rechazarse simplemente por la mala conducta de Trist”.¹¹⁸⁷

En el análisis que se llevó a cabo en el seno del gabinete el 20 de febrero, Buchanan y Walker opinaron que el Tratado debía rechazarse, el resto opinó que se aceptara. El presidente anunció a sus colaboradores al día siguiente que sometería el

¹¹⁸⁵ *Daily Picayune*, 26-27 de enero de 1848, en *El Monitor Republicano*, 1 de marzo de 1848.

¹¹⁸⁶ *Ibid.*

¹¹⁸⁷ Polk, *op. cit.*, p. 386.

documento al Senado para su ratificación. Afirmó que el tratado estaba de acuerdo “en la cuestión principal de límites y línea divisoria, con las instrucciones dadas al señor Trist en abril último” y, aunque era cierto que había contemplado pedir más territorio, tal vez hasta hacer de la Sierra Madre la frontera (lo que significaba tomar hasta Sonora), dudaba mucho de que eso fuese aceptado por los mexicanos. También se sentía amedrentado por las consecuencias de rechazarlo: una importante rama del Congreso se oponía a su gobierno acusándole de iniciar la guerra y pretender la conquista de México, así que lo más probable era que el Congreso no autorizase más hombres ni dinero para continuar la guerra.¹¹⁸⁸ En tal caso, el ejército iría mermándose hasta perder las ventajas logradas, es decir, California y Nuevo México, lo cual sería inevitable si sus opositores lograban triunfar en la próxima elección.¹¹⁸⁹ Lo que no mencionó fue que estaba consciente del hastío del país; aunque los demócratas no cesaban de clamar por todo México, sabía que el movimiento antiguerra estaba en ascenso. Se le culpaba por las muertes y los lisiados, la indignación entre las clases instruidas por las mentiras con que arrastró al Congreso a la guerra tenía nerviosos a los miembros del gobierno y la estrategia de Calhoun de despertar el racismo estadounidense surtió efecto, pues había gran inconformidad con ofrecer la ciudadanía a una “raza inferior”.¹¹⁹⁰ Otro temor que no mencionó fue que el

¹¹⁸⁸ La iniciativa de diez nuevos regimientos para el ejército permanente no fue aprobada por el Senado sino hasta el 17 de marzo, *El Monitor Republicano*, 9 de abril de 1848.

¹¹⁸⁹ Polk, *op. cit.*, p. 392.

¹¹⁹⁰ Greenberg, *op. cit.*, p. 260-263.

Congreso continuara las pesquisas sobre sus relaciones con Santa Anna. Por todo ello, lo más prudente era enviar el tratado al Senado y así lograr la paz lo más rápido posible.¹¹⁹¹

¡Gloria al Coloso!

El general Scott recibió su carta de retiro el 18 de febrero y al día siguiente la noticia fue anunciada por la prensa.¹¹⁹² Con anterioridad habían llegado rumores al cuartel general de que esto iba a suceder y por ello se había anticipado a expresar su inconformidad al secretario de Guerra en una carta fechada el 9 anterior: “el presidente decidió que debo ser sometido a juicio y remplazarme por el general de división Butler. Mis pobres servicios a la cabeza de este ejército de valientes por fin van a ser recompensados tal y como esperaba que iba a suceder”.¹¹⁹³

Con todo, Scott entregó el mando a Butler de buena gana, si bien permaneció en México hasta fines de abril para comparecer ante el Tribunal de Investigación encargado de investigar, primero, las acusaciones que se hacían mutuamente Pillow y Worth por la publicación de cartas en las que se desprestigiaban mutuamente, y después, las negociaciones secretas sostenidas con Santa Anna en Puebla. Sin embargo, a pesar de que dicho tribunal, a lo largo de varios meses y en diversas ciudades de los Estados Unidos, tomó declaración a los generales Pillow, Worth, Smith, Shields, Cadwalader y Quitman,

¹¹⁹¹ Polk presentó el tratado al Congreso el 23 de febrero de 1848, *vid.* “Mensaje del presidente de los Estados Unidos, comunicando un tratado de paz, amistad y límites etc., entre los Estados Unidos de América y la República Mexicana, concluido en Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de 1848”, en *El Monitor Republicano*, 26 de abril de 1848.

¹¹⁹² *American Star*, 19 de febrero de 1848.

¹¹⁹³ Citado por Eisenhower, *op. cit.*, p. 452.

quienes testificaron que el general Scott estuvo dispuesto a participar en los actos de corrupción propuestos por Santa Anna, no pudo llegar a ningún veredicto debido a que tanto Scott como Trist se negaron a rendir declaración, por lo cual se limitó, el 7 de julio de 1848, a entregar al secretario de Guerra dichos testimonios para que el presidente procediera en la forma que le pareciera.¹¹⁹⁴ Polk prefirió dar carpetazo al asunto.

En cuanto a Nicholas P. Trist, el general Butler no perdió tiempo en dirigirle una nota en la que, de acuerdo con los deseos del presidente, le ordenaba partir de inmediato. El ex comisionado tomó tal orden como un abuso de poder y alegó que se encontraba en México como simple ciudadano desde que sus tareas oficiales terminaron y, por lo tanto, ni siquiera el presidente le podía ordenar nada. No obstante la razón que le asistía para oponerse a la arbitrariedad del Polk, el general no se anduvo con miramientos y lo tuvo bajo arresto hasta el momento en que abordó un barco que lo llevó a Nueva Orleans. Años de ostracismo y pobreza le esperaban como fruto de su misión diplomática en México; su osada actuación determinó su total desprestigio en Washington y el fin de su incipiente carrera diplomática y de su ya larga carrera burocrática en el Departamento de Estado. Si bien a Polk le hubiera gustado aplicarle algún castigo, Trist simplemente fue alejado; el presidente no deseaba, de ninguna manera, que su idea original de comprar la paz a Santa Anna o la misión de Slidell McKenzie volvieran a ocupar a la opinión pública o al Congreso. Por su parte, Trist guardó estos elementos bajo la levita, como armas contra cualquier represalia de Polk.¹¹⁹⁵

¹¹⁹⁴ Castañeda, *op. cit.*, p. 178-180.

¹¹⁹⁵ Nelson, *op. cit.*, p. 250-251.

La firma de la paz, tal como temía el gobierno mexicano, produjo ruidosas protestas en varios puntos del país y, con ello, el rumor de que el general Santa Anna preparaba un levantamiento continuó produciendo inquietud. Sus partidarios siguieron pintándolo como un héroe en la prensa y, liderados por José Ramón Pacheco, el ministro que lo ayudó a presionar al Congreso para que autorizara negociaciones de paz antes de las batallas del valle de México, se empeñaron en denunciar a Luis de la Rosa como traidor por firmar un tratado desventajoso.¹¹⁹⁶ El caudillo, perseguido tanto por el gobierno como por los invasores, siguió vagando por diversos puntos en busca de apoyo y, como hemos mencionado, en ello compitió con Paredes, en especial en ejercer influencia sobre las inquietas ciudades del Bajío.¹¹⁹⁷

Para contrarrestar los señalamientos de traición que hacía el movimiento confederalista contra el gobierno, los moderados y otros grupos comenzaron a hacer un balance de la guerra y de la actuación de Santa Anna. Gracias a él, el desprestigio de México en Europa era inmenso, pues los periódicos extranjeros, especialmente los británicos, no se cansaban de tachar a los mexicanos de ineptos y cobardes por haberse dejado vencer por un “ejército bisoño”.¹¹⁹⁸ Ya estaba claro que Santa Anna había dirigido la guerra de tal suerte que el ejército mexicano casi siempre fuera batido en *detall*, que había hecho lo necesario para llevar al invasor hasta la capital, donde había traicionado a

¹¹⁹⁶ José Ramón Pacheco, “Don Luis de la Rosa”, *El Monitor Republicano*, 10 de mayo de 1848. Mariano Otero, “Réplica a la defensa que el exministro de Relaciones D. José Ramón Pacheco ha publicado en favor de la política del gobierno del general Santa Anna por lo relativo a las negociaciones diplomáticas de la Casa de Alvaro; por Mariano Otero, diputado al Congreso general”, *El Monitor Republicano*, 26-27 de marzo de 1848.

¹¹⁹⁷ *El Monitor Republicano*, febrero-mayo de 1848. “Los generales Santa Anna y Rea”, *El Monitor Republicano*, 19 de abril de 1848.

¹¹⁹⁸ *El Monitor Republicano*, 10 de octubre. “Exterior, la guerra de México”, *El Monitor Republicano*, 12 de febrero de 1848.

las Guardias Nacionales, y que al fin la abandonó de una manera “asquerosa [...] después de haberle echado encima al enemigo” y en esta traición los altos mandos del ejército habían sido sus cómplices;¹¹⁹⁹ que el pueblo, cansado de la casta militar que gobernaba desde la independencia haciendo gala de corrupción, autoritarismo y ahora también de traición, se había abstenido de participar en la defensa por no encontrar sentido a ningún esfuerzo o sacrificio hechos bajo la dirección de traidores.¹²⁰⁰ Tan sólo unos cuantos forzados, ingenuos o entusiastas de la política se habían presentado a filas.¹²⁰¹

El hecho de que el caudillo solicitara pasaportes no engañaba a nadie, pues ante su actividad revolucionaria todo el mundo pensó que lo hizo tan sólo para calmar la desconfianza del invasor y el gobierno en su contra.¹²⁰² Sin embargo, el 8 de marzo se anunció que el general Butler acababa de enviárselos y, con ellos, la orden perentoria de salir de la República.¹²⁰³ Al parecer, el caudillo no tuvo más opción que obedecer y el 24 dirigió a la nación un manifiesto, en el que ratificaba su decisión de expatriarse y explicaba “las verdaderas causas que me arrastran a condenarme a un ostracismo voluntario”.¹²⁰⁴ El documento era similar a todos los anteriores calificados por Trist de “imposturas políticas”: es decir, una declaración de su desinterés por el poder a su regreso, una enumeración exhaustiva de sus actos altruistas, una ponderación de sus méritos como

¹¹⁹⁹ *El Monitor Republicano*, 7 de diciembre de 1847, 25, 28 de febrero, 14, 21 de marzo de 1848. “Réplica a la defensa que el ex -ministro de Relaciones José Ramón Pacheco ha publicado en favor de la política del gobierno del general Santa Anna por lo relativo a las negociaciones diplomáticas de la Casa de Alvaro, por Mariano Otero, diputado al Congreso general”, en *El Monitor Republicano*, 26-27 de marzo de 1848.

¹²⁰⁰ “El estado de Veracruz a todos los de la Federación Mexicana”, *El Monitor Republicano*, 1-8 de enero de 1848.

¹²⁰¹ *El Monitor Republicano*, 4 de febrero de 1848.

¹²⁰² *American Star*, 7, 9, 23 y 26 de marzo de 1848. *El Monitor Republicano*, 3 de marzo, 30 de abril de 1848.

¹²⁰³ *El Monitor Republicano*, 8 de marzo de 1848.

¹²⁰⁴ Santa Anna, *Manifiesto del general de división, benemérito de la patria, Antonio López de Santa Anna, a sus conciudadanos*, México, Imprenta de Navarro, 1848, p. 1.

director de la defensa y finalmente la atribución de la derrota a una serie de desgracias: la falta de recursos, la mala calidad de las tropas, la mala suerte, el caos político, los designios de la Providencia, etc.

A pesar de las continuas actividades sediciosas de la alianza confederal-santanista en Guadalajara y San Luis, *El Monitor Republicano* anunció el día 31 que el general había llegado a Perote el 27 y allí fue objeto de un cordial recibimiento por parte de los oficiales estadounidenses.¹²⁰⁵ Al día siguiente continuó su marcha hacia Jalapa; el gobernador militar estadounidense lo recibió en las afueras de la ciudad y le asignó una escolta que, en unión de la mexicana, lo acompañó hasta su hacienda de El Lencero, donde ofreció un elegante banquete a los invasores.¹²⁰⁶ En el resto del camino a La Antigua, donde tenía dispuesto embarcarse, los convites y cordiales relaciones con los estadounidenses, los desfiles de sus elegantes escoltas por pueblos y villas que lo recibían con honores, se multiplicaron hasta que el 1° de abril llegó al puerto.

Allí, los banquetes, fiestas y honores prodigados por autoridades estadounidenses y aduladores nacionales volvieron a repetirse; en el almuerzo que se le ofreció el día de su llegada a La Antigua hubo competencia por recitar encendidos versos en su honor:

¡Gloria al Coloso! Formidable hombre,

Yo te saludo a tu grande nombre.

Cuando naciste le sirvió la norma

¹²⁰⁵ *American Star*, 31 de marzo de 1848.

¹²⁰⁶ *Ibid.*, 12 de abril de 1848. *El Monitor Republicano*, 6, 9 de abril de 1848.

aquel de Rhodas que un asombro forma.¹²⁰⁷

Santa Anna parecía el ídolo de los estadounidenses, quienes llegaban deseosos de conocerlo (no les faltaba razón para ser agradecidos, siempre veló por su seguridad y luchó hasta el límite de sus recursos políticos por el engrandecimiento territorial de los Estados Unidos). Los días que siguieron hasta su embarque recibió numerosas visitas de personas que no escapaban a su poder de seducción y no dudaban en afirmar: “debemos advertir, y aún aconsejar en general, que hoy día, [aquel que] oiga hablar en descrédito del general Santa Anna, y no lo conozca, cometerá un acto de justicia en suspender su opinión”.¹²⁰⁸

Por fin, el caudillo se embarcó para Jamaica el 5 de abril. El editorial del *American Star* no olvidó dirigirle su último elogio: “¡Partió! Y con él llevó las simpatías de todos los corazones nobles que siempre han sabido apreciar el mérito de este grande hombre”.¹²⁰⁹

¹²⁰⁷ *American Star*, 12 de abril de 1848. “Partida del general D. Antonio López de Santa Anna”, *El Monitor Republicano*, 20 de abril de 1848.

¹²⁰⁸ *American Star*, 2 de abril de 1848.

¹²⁰⁹ “Partida del general D. Antonio López de Santa Anna”, *El Monitor Republicano*, 20 de abril de 1848.

Conclusiones

La expatriación de Santa Anna, según un observador extranjero, libró al gobierno de “graves peligros y embarazos”,¹²¹⁰ aun cuando los confederalistas siguieron intrigando a favor de su dictadura en los meses siguientes.¹²¹¹ Al mismo tiempo, en Washington, el Senado aprobó el Tratado de Guadalupe-Hidalgo el 10 de marzo de 1848. El Senado mexicano, no obstante carecer de facultades para ceder territorio al extranjero, hizo lo propio el 25 de mayo siguiente y el cambio de ratificaciones se realizó en Querétaro cinco días después.¹²¹² Así, la guerra terminaba con un saldo bastante cercano al planteado en la reunión de Slidell MacKenzie con Santa Anna en La Habana: los liberales triunfantes sobre el monarquismo y neutralizado el peligro de intervención europea, mientras que Polk lograba acrecentar el territorio de su país con el norte de México.

Hasta ahora, no obstante la importancia que tuvo el miedo a la intervención Europea en el estallido de la guerra, para explicar a esta última no se ha dado la debida importancia a la división ideológica del mundo occidental entre monarquismo y republicanism, aun cuando es un asunto que permea la casi totalidad de las fuentes sobre el tema y la época. Fue motivo de tensión entre Europa y América desde la derrota de Napoleón y el surgimiento de la Santa Alianza. Las antiguas colonias españolas surgieron a la vida independiente amenazadas por el conservadurismo europeo, que nunca ocultó su aspiración a convertirlas en monarquías clientelares de las grandes

¹²¹⁰ Ramón Lozano a su gobierno, México, 13 de abril de 1848, en Figueroa Esquer, 2002, *op. cit.*, p. 165.

¹²¹¹ *El Monitor Republicano*, mayo-junio de 1848.

¹²¹² Los detalles de la aprobación y ratificación del Tratado en ambos países pueden verse en Suárez, *op. cit.*

monarquías; la doctrina Monroe fue la reacción estadounidense a tal amenaza.¹²¹³ Décadas después, la desconfianza mutua llevó a la prensa de ambos lados del Atlántico a esparcir rumores sobre intrigas de las acechantes potencias del Viejo Mundo, como fue el caso de la llamada intriga británica. Es un hecho que ésta fue producto e instrumento de los expansionistas estadounidenses para promover y justificar la anexión de Texas. Por su parte, James K. Polk, al llegar a la Casa Blanca, trató de seguir utilizándola al dar instrucciones al Cónsul Larkin de insuflar miedo en los californios al monarquismo británico como parte de su propaganda en favor de una futura anexión de California.

La injerencia diplomática de Inglaterra y Francia en contra de la anexión de Texas, y su propuesta de imponer en América la doctrina del equilibrio de poderes, inspiró a Polk una reedición de la doctrina Monroe, que incluía el anuncio de un plan de unión continental de Norteamérica contra Europa y una invitación a México a la anexión pacífica, lo cual parece dirigido a anexionistas mexicanos. El hecho de que para 1846 fuese un secreto a voces que los liberales radicales eran anexionistas, y la importancia que al final de la guerra tuvo el movimiento confederal-anexionista mexicano hacen suponer la existencia de fuertes lazos con el anexionismo estadounidense desde antes del conflicto, y tal vez la raíz de esto sea la presunción de políticos como Thomas H. Benton, Sam Houston y el general John E. Wool de que, para 1845, los Estados Unidos tenían conquistadas

¹²¹³ Dexter Perkins, *Historia de la doctrina Monroe*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, p. 43.

ideológicamente a las élites regionales de los estados mexicanos fronterizos, y por tanto, una anexión pacífica era posible.¹²¹⁴

Tal conquista ideológica se hizo evidente también en personajes de renombre nacional como Manuel Crescencio Rejón, Valentín Gómez Farías y el general Santa Anna, quienes reconocían en los Estados Unidos a un maestro ideológico. Incluso parece ser que a Rejón se le convirtió en personaje de una propaganda que promovía en los Estados Unidos la futura anglosajonización de México.

Al mismo tiempo que invitaba a los mexicanos a hacer un frente común contra Europa mediante la anexión pacífica, el recién electo presidente de los Estados Unidos se dispuso a ocupar Texas confiando en que no estallaría ninguna guerra, y que California sería anexada por un proceso similar al texano. Sin embargo, su reedición de la doctrina Monroe surtió efecto, pues produjo la reacción de Santa Anna (anexionista convencido, a juzgar no sólo por su reconocimiento de su pupilaje estadounidense o su declaración monroísta al desembarcar en Veracruz, sino sobre todo por su actuación como líder del movimiento confederal-anexionista al final de la guerra), quien le ofreció territorios a cambio de su apoyo para volver a afianzar el poder en México y le sugirió que esto podría lograrse mediante un tratado, en el que se insertara la cesión territorial y pareciera una imposición a México. Es de notar que Santa Anna, a través de Alejandro Atocha, no habló de un tratado de paz, pues en febrero de 1846 no se había dado acto hostil alguno y

¹²¹⁴ Ángela Moyano Pahissa, *El comercio de Santa Fe y la guerra del 47*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, *passim*. Esta autora cuestiona la conquista pacífica de las élites liberales norteamericanas, pero al mismo tiempo afirma que, al menos en Nuevo México, la traición de las autoridades locales fue evidente. Greenberg, *op. cit.*, p. 57.

menos una declaración de guerra, pero sí habló de que los Estados Unidos no podrían tratar con México sin el empleo de la fuerza, por lo cual debían presionar con su ejército y marina e invadir México hasta el Bravo y bloquear el golfo, lo que significa que aconsejó a Polk provocar la guerra, pues esta era necesaria para llegar al tratado que proponía. Esto bastó para que Polk comenzara a perfilarse hacia la guerra a pesar de que en un principio la había descartado, de que en esos momentos buscaba un acuerdo pacífico mediante la misión de Slidell y de que a todas luces no contaba con un ejército para lanzarse a una guerra ofensiva. Esto último no importaba, pues a su regreso a México Santa Anna iba a firmar un tratado y todo acabaría. Por supuesto, el papel de provocador de la guerra también puede atribuírsele al caudillo mexicano. Como dice DePalo, es un hecho que a final de cuentas la guerra se desarrolló de acuerdo con los lineamientos dictados por Santa Anna desde el principio.¹²¹⁵

Así, el presidente estadounidense siguió con su decidido avance hacia el Bravo y comenzó a meditar la manera de pedir al Congreso el dinero que Santa Anna pedía para asegurar el futuro tratado, lo que equivalía a comprar la paz, una muestra de su decisión de actuar conforme a las sugerencias de Santa Anna. Pero he aquí que un nuevo e inesperado rumor, sobre la existencia de una intriga para instaurar un trono en México, comenzó a alimentar las impresas a ambos lados del Atlántico. Esta vez el rumor parecía una auténtica amenaza, no sólo porque no se trataba de una nueva artimaña anexionista, sino porque la doctrina del equilibrio de poderes y los preparativos bélicos en Inglaterra y Francia le dieron veracidad. La intriga monárquica de Lucas Alamán y Salvador Bermúdez

¹²¹⁵ William A. DePalo, *The Mexican National Army, 1822-1852*, College Station, Texas A&M University, 2004, p. 96.

de Castro apareció entonces como la punta de lanza de la embestida europea; más aún cuando los liberales mexicanos se enteraron de que Paredes ofrecía a los británicos un protectorado sobre California. Todo ello impulsó al liberalismo radical a tomar partido por la nación correligionaria del norte y a pedirle ayuda para derrocar a Paredes a cambio de territorios. Al mismo tiempo Polk también se convenció de que la Gran Bretaña estaba detrás de la intriga monárquica y de que por ello Paredes era el enemigo inmediato, pues sirviendo a los intereses europeos se aprestaba a introducir el régimen monárquico en México - y con ello en América del Norte-, mediante el Congreso constituyente convocado por Alamán.

La guerra, necesaria para llegar al tratado de paz que Santa Anna había propuesto, lo fue aún más porque, de pronto, de lo que se trataba era de salvaguardar el republicanismo americano. Esto dio a Polk el instrumento necesario para doblegar la resistencia de quienes se habrían opuesto tanto a agredir a México como a arrancarle territorios. El miedo del pueblo estadounidense a la asechanza europea, alimentado por la prensa a ambos lados del Atlántico, obligó al partido *whig* a dar por verdades las dos mentiras con las que Polk presentó las hostilidades en el Bravo como un estado de guerra: que Texas tenía derecho al Bravo y que México era la potencia agresora. Dado el rencor que generó en la clase política estadounidense la coacción de Polk sobre el Congreso, al que prácticamente arrastró a la guerra, es evidente que ni con derramamiento de sangre el presidente habría logrado que la mayoría del Congreso se olvidara de los principios de justicia y honestidad más elementales, pues la clase política estaba consciente de que el derecho de Texas sobre el Bravo era inexistente o al menos muy discutible y, por lo tanto,

México estaba defendiendo su territorio y era la parte agredida. Pero el miedo a Europa pesó sobremanera, y por ello es posible concluir que, en última instancia, la guerra, tal como se dio, fue producto de la tensión intercontinental. Como afirma Pletcher, en realidad el pueblo estadounidense no se interesó por Texas y los problemas con México sino hasta que vio a Europa involucrada en ellos.

Tan pronto arrancó al Congreso el reconocimiento del estado de guerra y la condena de México como potencia agresora, el presidente Polk ordenó que se permitiera desembarcar en Veracruz al general Santa Anna para que se encargara de derrocar al presidente Paredes, medida que se veía como la manera más inmediata para detener a Europa, y por ello Polk aclaró a Santa Anna en voz de MacKenzie que permitía su regreso a México porque esperaba que el caudillo no prolongaría la guerra más allá de dicho derrocamiento. Es de observar que, mientras que en sus primeros contactos a través de Atocha ninguno de los dos personajes habló de la amenaza europea, en su segundo contacto a través de MacKenzie ese fue el tema principal (aunque, por supuesto, no se dejó de concretar lo relativo a los territorios que Polk deseaba y Santa Anna estaba dispuesto a ceder), pues el rumor sobre la intriga monárquica no surgió sino hasta después de febrero de 1846.

Polk no fue el único que se propuso manipular al poder Legislativo. Al mismo tiempo que el presidente estadounidense ponía contra la pared a su Congreso, Santa Anna proponía a Gómez Farías echar mano una vez más del poder constituyente, no sólo para restablecer el federalismo y el liberalismo en el país, sino para responsabilizar de la guerra y sus consecuencias al Congreso constituyente que ambos iban a convocar.

Por ello fue que, tras su regreso y el derrocamiento de Paredes, Santa Anna difirió la conclusión de la guerra, a pesar de que el gabinete de Washington, de acuerdo con lo acordado, presentó una propuesta de paz. Como respuesta, Santa Anna hizo saber a Polk el plan de responsabilizar al Congreso mexicano del resultado de la guerra, lo cual iba a tener que esperar hasta la reunión del mismo al final de aquel año. Lo significativo es que el presidente estadounidense no perdiera la confianza en el caudillo y siguiese cabildeando en el Congreso hasta obtener el dinero para comprarle la paz, a pesar de que Santa Anna advirtió que se disponía a rechazar la invasión y de que en efecto se dedicó a organizar la defensa. Obviamente, Polk no se consideró traicionado, aunque la generalidad de los historiadores estadounidenses así lo afirmen.

Y es que, mientras esperaba la reunión del Congreso, Santa Anna dio muestras de ser digno de la confianza de Polk. Luego de la caída de Monterrey entregó Saltillo y los pasos de la sierra, dio órdenes expresas de que no se hostilizara a los invasores en su marcha a Tampico en momentos en que preparaban el ataque a Veracruz y se abstuvo de salir a campaña en el norte a pesar de las protestas y críticas de que fue objeto y que cuestionaron su prédica de falta de recursos. También comenzó a mandar mensajes velados en la correspondencia oficial con la Casa Blanca acerca de la complicada situación política en México, y al parecer siguió manteniendo contacto a través de Atocha, pues luego iba a resultar que éste estaba en contacto con el secretario Buchanan a través del senador Benton.

La espera por la reunión del Congreso constituyente también corrió paralela con la segunda parte del plan atimonarquista. A juzgar por el testimonio del Dr. Mora, la política

habanera tenía un doble objetivo: en el plano externo, detener a la intervención europea, y en el interno, destruir el poder económico de la Iglesia mexicana, institución que era vista como el principal escollo para la instauración de una reforma liberal y principal bastión del conservadurismo monárquico. Aunque no hay pruebas, los hechos parecen indicar que este objetivo fue acordado por Santa Anna y los liberales radicales desde La Habana, y que a cambio de su apoyo a una reforma los segundos ofrecieron al primero apoyar su dictadura. De otra forma es difícil explicar la fortaleza del maridaje entre el caudillo y Gómez Farías, pues el segundo se empeñó en llevar al primero a la presidencia, a pesar de que, desde el momento mismo de su regreso, Santa Anna lo traicionó aliándose con los moderados, quienes a su vez denunciaban y se oponían a la dictadura y al despojo de la Iglesia. Al parecer, Santa Anna cumplió con el trato apoyando la incautación de bienes eclesiásticos, pero, ante la oposición de los radicales de los estados a su dictadura no dudó en llamar a los moderados a derrocar a Gómez Farías.

A pesar de la complejidad de las relaciones entre Santa Anna, radicales y moderados, que debilitó la triple alianza sobre la que se basó el regreso del caudillo, el secreto de los tratos con Polk se mantuvo a toda costa. Por ello, sin importar el color del gobierno o de la prensa - exceptuando un artículo de *Don Simplicio*, que definió a la guerra como una pasta republicana rellena de yanquis y, por supuesto, los conservadores monarquistas, que fueron eliminados de la escena política y cuyo líder subrayó, hacia el final de la guerra, las implicaciones del segundo mensaje del presidente Polk al Congreso - y a pesar de que tanto radicales como moderados criticaron y presionaron al caudillo cuando así convino a su política, gobierno y prensa siempre defendieron a Santa Anna

ante las inocultables pruebas de su involucramiento con el gobierno enemigo: como cuando se abstuvieron de cuestionar la ratificación del monroísmo polkiano por parte del caudillo al desembarcar en Veracruz; la inexplicable capitulación de Monterrey; la confesión de Polk de que permitió el regreso de Santa Anna para apoyar al partido liberal en su lucha contra el monarquismo; la noticia de que Polk, a instancias de autoridades mexicanas, había obtenido del Congreso tres millones de dólares para comprar la paz; la confesión de Scott de que se permitió el regreso de Santa Anna para impedir la intervención europea o la repentina aparición de Atocha como agente estadounidense. El disimulo de la opinión pública mexicana fue una de las constantes de la guerra.

El decreto de incautación de bienes eclesiásticos sacó a flote el monto de la riqueza del país y puso en evidencia la política de extorción contra la Iglesia, a la que se presentó como única fuente de recursos para enfrentar la invasión. Fue patente la extrañeza de la opinión pública ante la falta de recursos pregonada por el gobierno radical, y ante el hecho de que la incautación no iba a beneficiar sino a los agiotistas. En general, se afirmó que existían recursos y sólo era cuestión de implementar medidas recaudatorias. La idea comúnmente aceptada de que la Iglesia acaparaba gran parte de la riqueza del país resulta cuestionable ante la afirmación de que el monto de la propiedad privada se calculaba en por lo menos 6000 millones de pesos, y la producción en cientos de millones, cuando el capital total de la Iglesia apenas llegaría a 80 millones.

En cuanto a recursos, la actitud del gobierno moderado de Anaya que sucedió al de Gómez Farías fue diametralmente opuesta. Intentó organizar una defensa seria e hizo a un lado los lamentos de inopia. Como hemos dicho, la existencia o inexistencia de recursos

fue un asunto que se manejó de acuerdo con las conveniencias políticas, de ahí que las fuentes sean sumamente contradictorias pues; mientras algunas hablan de que el ejército mexicano poseía elementos de guerra desde antes del conflicto (no hay que olvidar que Herrera y Paredes iniciaron preparativos de guerra), así como de organización de tropas voluntarias, liberación del mercado de armas, compra de armamento nuevo por las Guardias Nacionales y al menos dos gobiernos estatales y fabricación de artillería durante la contienda, otras hablan de precariedad, desorganización y armamento obsoleto.¹²¹⁶

La verdad tendría que hallarse en algún punto intermedio pues, como se ha señalado también, las tropas mexicanas pelearon con tal ahínco y eficacia que causaron graves bajas al invasor y lo pusieron en ocasiones al borde de la derrota, lo cual no es compatible con condiciones de miseria, falta de instrucción y oficiales ineptos. Aunque es bien sabido que el ejército mexicano no podía presumir de excelencia profesional, las campañas emprendidas hablan de su capacidad de operación (y, por tanto, organización y recursos), lo reñido de las batallas cuestiona las conocidas versiones de ineptitud de soldados y oficiales, así como de escasez y carácter obsoleto del armamento mexicano (aunque en efecto la artillería estadounidense a la Paixhans era superior, ambos ejércitos estuvieron armados principalmente con fusiles de llave de sílex¹²¹⁷), mientras que el material y bagajes capturados por el ejército invasor (los mexicanos debieron perder entre

¹²¹⁶ Un análisis de estas fuentes puede verse en Noé Martínez Medina, *La tropa mexicana de la guerra del 47. Un estudio a partir de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

¹²¹⁷ DePalo, *op. cit.*, p. 98

250 y 300 cañones, así como varios miles de fusiles y cientos de mulas y carros de carga¹²¹⁸) habla de que los mexicanos no estaban inermes.

La capacidad militar mexicana estuvo a la altura de la que se le atribuía antes de la guerra y del desafío planteado por el invasor, pues este nunca puso en suelo mexicano más de 30,000 hombres¹²¹⁹ y peleó con escasos 5,000 soldados las batallas del norte y con alrededor de 10,000 en la campaña de Scott.

Lo que sí dejó inermes a las fuerzas mexicanas fue esa especie de estrategia inversa de Santa Anna, pensada no para vencer, sino para permitir al enemigo avanzar sobre el territorio nacional según conviniera a sus planes. La tesis del engaño pierde fuerza ante la manera como el caudillo se encargó de anular las ventajas estratégicas de México ante la invasión. No sólo advirtió a Polk de la importancia de Saltillo, sino que él mismo lo abandonó a Taylor junto con toda la línea de la Sierra Madre, tan apreciada por los estadounidenses. Luego despreció el triunfo en La Angostura para intentar poner fin a la guerra mediante las gestiones de Atocha en Washington, sobre unos términos que quizá nunca conoceremos (aunque parece evidente que el argumento iba a ser: los territorios del norte no podía ser recuperados, pero en La Angostura y Veracruz se habían obtenido grandes victorias, por tanto era posible firmar con honor una paz que incluyera una cesión territorial), pues esta maniobra diplomática fue tan obvia que los defensores de Veracruz no dudaron en echársela a perder. El dejarse flanquear en Cerro Gordo fue un error tan elemental, que sencillamente no tiene explicación, pero coincide con el notable empeño

¹²¹⁸ Aparte de los datos ya citados, puede verse Johnson, *op. cit.*, p. 121, 176, 192; DePalo, *op. cit.*, p. 125.

¹²¹⁹ Stepheb A. Carney, *The ocupation of Mexico. May 1846-July 1848, s/c, Perennial, 2016.*

del caudillo en permitir a los invasores llegar hasta la capital desde Veracruz para presionar al Congreso, pues entregó todos los pasos montañosos a lo largo de la ruta, que hubieran permitido diezmarlos e incluso detenerlos; y el abstenerse de atraparlos a dos fuegos en las batallas del valle aprovechando su superioridad numérica habla por sí solo. No por nada Atocha declaró que los mexicanos hubiesen preferido que el enemigo hubiera puesto sobre el teatro de operaciones un ejército de 50,000 hombres, pues la derrota habría sido honrosa. Suponemos que quiso decir que el entreguismo de su jefe habría sido menos evidente.

Esta actitud entreguista del general en jefe y las noticias sobre su connivencia con el enemigo produjeron una apatía generalizada que resultó muy conveniente para la realización del plan de campaña del general Scott, basado precisamente en una presupuesta apatía mexicana, prácticamente anunciada por Santa Anna desde la Habana. Los veracruzanos entregaron el puerto por no encontrar sentido a ningún sacrificio cuando era secreto a voces que Santa Anna estaba en tratos con Polk y la defensa de Veracruz tan sólo iba a ser una pieza en un engranaje poco conveniente para México. Esa fue la misma actitud observada por los pobladores de las comarcas recorridas por Scott hasta llegar a Puebla. En la ciudad de México la apatía se reflejó en el poco entusiasmo de la población por participar en la defensa.

La apatía de la población permitió a Winfield Scott cortar su línea de comunicaciones con la costa para dirigirse desde Puebla a amagar a la capital mexicana (aun sin contar con los 20,000 soldados de línea que había calculado como necesarios), pues el segundo presupuesto que regía su plan de campaña era que los mexicanos se iban

a rendir con tan sólo ver a su capital amenazada. Este fue otro punto en el que las acciones de Santa Anna coincidieron con el plan de Scott, pues fue el propio caudillo quien le indicó al general enemigo el momento más propicio para marchar contra la ciudad de México, amagarla y así presionar al Congreso para que autorizara negociaciones de paz, aunque casi enseguida le solicitó también no conformarse con amagar sino también atacar las defensas externas con el mismo propósito.

Hasta el momento es imposible saber si Santa Anna estaba enterado de la naturaleza del plan de campaña de Scott, pero la coordinación entre ambos personajes para presionar al Congreso mexicano es de llamar la atención, más cuando se observa que dicha coordinación continuó luego de las derrotas mexicanas de Padierna y Churubusco, pues Nicholas P. Trist reportó a su gobierno que él y Scott hicieron cuanto pudieron por apoyar a Santa Anna en sus esfuerzos por reunir y convencer al Congreso de autorizar la apertura de negociaciones.

La continua exhibición de Santa Anna como traidor llevó a la población en general a convencerse de la traición— por más que Roa Bárcena la tache de “ininteligente” -, pues no pudo concluir otra cosa luego del cúmulo de evidencias que se publicó en la prensa extranjera (varias de las cuales la mexicana no pudo dejar de publicar, aunque no sin defender al caudillo), la pésima dirección de la guerra y la manera en que Santa Anna mantuvo en reserva al ejército de línea en los últimos combates y entregó la capital cuando todavía era defendible. Por si quedaba alguna duda, su liderazgo del movimiento confederalista, evidentemente separatista y anexionista, terminó por imprimir en su memoria el epíteto infamante.

Fue Ramón Gamboa, quien, como juez y ministro de la Suprema Corte que era, sustentó la conclusión popular con argumentos jurídicos: “Es doctrina común y trillada en la jurisprudencia, como dicen los autores, que las pruebas no hayan de consistir precisamente en instrumentos o confesión de parte, sino que también probarán los testigos y las presunciones”. Estas últimas, aunque no sean más que conjeturas, se llaman presunciones de derecho cuando son evidentes “y hacen tanta fe, como pudiera hacerla cualesquiera otra probanza, de modo que los jueces pueden regirse por ellas y fulminar su sentencia”. Hay crímenes que sólo pueden sacarse a la luz por inducciones, las cuales, si son claras, bastan para exhibir el crimen. “De esta clase [de crimen] viene a ser la traición, porque consistiendo ésta en fingir que se hace una cosa y obrar en sentido contrario, presupone mucho disimulo, precaución y sagacidad”. Por ello las leyes, al menos en aquella época, llamaban a la traición “delito privilegiado” y su demostración admitía lisa y llanamente las inducciones y conjeturas.¹²²⁰

¿Qué mayor muestra de disimulo y sagacidad para esconder las verdaderas intenciones, que ese cúmulo de documentos producido por Santa Anna, en los que se presentaba como un patriota cuando sus actos lo desenmascaraban? ¿Qué más testigos de su traición que la sociedad que lo denunció y maldijo? ¿Qué inducciones y conjeturas más claras y evidentes que las aportadas por el desarrollo de la guerra misma? “Los defensores del Sr. Santa Anna desearían que tuviésemos una tal credulidad que tocase a la

¹²²⁰ Ramón Gamboa, “Ampliaciones a la acusación hecha en 27 de agosto contra el Exmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna, por el Sr. diputado Gamboa”, *El Monitor republicano*, 2 de enero de 1848.

torpeza más supina, y que fuésemos dando ascenso a todo lo que S. E. ha asegurado de las batallas”.¹²²¹

Así como Clay y Lincoln consideraron evidente que Polk se empeñó en ir a la guerra confiando en que iba a ser corta, y que al final todo se le salió de las manos, lo mismo puede decirse de Santa Anna, para quien el intento de valerse del poder constituyente se complicó a tal grado que terminó en el exilio. La política mexicana resultó ser demasiado compleja como para llevar adelante el plan de entregar el norte de México mediante un tratado de paz, y que por tanto fuera el propio Congreso mexicano, en ejercicio del poder constituyente, el encargado de tal entrega. Su ambición de convertirse en dictador ciertamente no ayudó, pues puso en peligro la alianza entre el santanismo y las dos ramas del partido liberal, las cuales, con tal de obstruirle el camino hacia el poder absoluto, obstruyeron también el de la paz con sus exigencias de evacuación del territorio nacional por el enemigo antes de negociar y que el Congreso se trasladara a un lugar donde estuviese libre de la amenaza o influencia del invasor, lo que a su vez ponía en evidencia que la clase política sabía en qué consistía el juego del caudillo. De hecho, da la impresión de que Santa Anna jugó toda la guerra con la doble posibilidad de dictar la paz desde el poder dictatorial o consumir el plan habanero de obligar al Congreso a aceptarla. De no ser porque al final, mediante el confederalismo y su propaganda anexionista, obligó al gobierno y al Congreso a poner fin a la guerra, cesión de territorios incluida antes que perder todo el país, la actuación de Santa Anna podría calificarse de rotundo fracaso.

¹²²¹ *Ibid.*

Lo que salvó a México de ser absorbido por su vecino fue el carácter racista de la sociedad estadounidense. Los anexionistas de ambos lados no contaron con este factor. La creciente negativa en los Estados Unidos a conceder la ciudadanía a lo que se consideraba una “raza inferior” limitó la ambición del presidente Polk y lo obligó a olvidar su invitación a la anexión pacífica, a dar la espalda a su partido y al movimiento Todo México y finalmente aceptar el tratado que originalmente entregó a Trist y que éste y Scott se empeñaron en imponer al final. A la vez, el general estadounidense se negó a encabezar el plan de los anexionistas mexicanos no sólo por sus convicciones *whig*, sino también por los profundos sentimientos racistas que él y Trist abrigaban y que los llevó a la conclusión de que era una futilidad ocupar el centro de México, habitado principalmente por indios que no debían mezclarse con la raza anglosajona, y por tanto era urgente poner fin a la guerra y con ello frustrar al movimiento Todo México.¹²²² Por ello también se encargaron de perseguir hasta expulsar a Santa Anna cuando estaba empeñado en prolongar el conflicto y así lograr la anexión. La despedida que le dieron los oficiales estadounidenses que, a diferencia de su jefe, sí eran anexionistas, parece un reconocimiento a sus esfuerzos.

Como dice Amy S. Greenberg, esta fue una guerra esencialmente perversa. En el caso estadounidense porque Polk, al arrastrar a su país a una guerra injusta y de conquista, prostituyó los ideales sobre los que fue fundado. La vergüenza y el arrepentimiento llevó a la generación de posguerra a tratar de enterrar el mal recuerdo, sin importar que la victoria aportara al país una inmensa riqueza y la posibilidad de convertirse en una

¹²²² Greenberg, *op. cit.*, p. 222.

potencia de primer nivel. No es gratuito que Polk, a quien los estadounidenses deben tal logro, no sea precisamente uno de los próceres estadounidenses más venerados, o que la guerra con México no sea conmemorada ni existan casi monumentos en su honor.¹²²³

En el caso mexicano la perversión (al menos desde el punto de vista jurídico, pues, como hemos dicho, los liberales profesaban un nacionalismo moderno, aquel que admite la posibilidad de que en un Estado o marco jurídico convivan distintas culturas y etnias) se refleja en la actuación de Santa Anna y los anexionistas, sintetizada y escenificada en el famoso desayuno del Desierto de los Leones. Como dice Edmundo O’Gorman, el problema es de identidad nacional, “el trauma de la historia de México”. Un problema que se concebía como la disyuntiva entre *“seguir siendo como ya se era por herencia del pasado colonial, o llegar a ser, por imitación, como Estados Unidos”*.¹²²⁴ Mientras los conservadores se negaban a abrazar la modernidad y aspiraban a importar una monarquía, los liberales más radicales aspiraban a alcanzar la modernidad mediante la anexión a la nación que había creado en América un verdadero Nuevo Mundo: moderno, libre de los lastres señoriales, católicos y monárquicos que México había heredado de la vieja España. No es gratuito que a la vez que se insistía en prolongar la guerra, se insistiera también en destruir a la Iglesia e introducir el protestantismo. Se trataba del convencimiento liberal de que la Providencia había destinado a los estadounidenses para

¹²²³ *Ibid.*, p. 274-278.

¹²²⁴ Edmundo O’Gorman, *México. El trauma de su historia. Dicit amor patriae*, México, CONACULTA, 2002. El subrayado es de O’Gorman.

ser los forjadores del futuro del mundo, y por tanto había que estar a su para no perecer ante su arrollamiento.¹²²⁵

Tal como advirtieron corresponsales anónimos de *El Monitor Republicano*, México se convirtió en el campo de batalla de la pugna ideológica intercontinental, no sólo porque, como vecino de los Estados Unidos, era asunto de seguridad nacional para este último preservarlo de la contaminación monárquica europea, sino también porque, desde los primeros momentos de la independencia, la pugna intercontinental cobró carta de naturalización en el propio México, pues la nación estaba por definirse. El monroísmo radical y la eurofilia conservadora demostraron que la elite política mexicana carecía de identidad nacional, lo cual era lógico e inevitable, pues México carecía de una opción ideológica propia u original, por ello no hubo más opción que la de tratar de definir dicha identidad con base en las opciones ideológicas imperantes en la época, lo que llevó a una implacable división entre republicanos y monarquistas. Esto explica que para los políticos mexicanos el nacionalismo, o el apego a las características propias de una nación,¹²²⁶ no tuviese tanta importancia como la ideología, o que ambos conceptos les resultaran idénticos, pues, en efecto, a partir de la Revolución Francesa, en el lenguaje político la palabra “nacionalismo” había comenzado a designar o referirse a la ideología del Estado, “la cual se superpone a las ideologías de los partidos y tiende a absorberlas”.¹²²⁷ Por ello fue inevitable que se trabase una lucha sin cuartel por imponer los principios propios, por

¹²²⁵ Velasco Márquez, *op. cit.* p. 150-152.

¹²²⁶ Real Academia de la Lengua, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

¹²²⁷ Lucio Levi, entrada “nacionalismo”, en Norberto Bobbio, *et. al.*, *Diccionario de política*, 13° ed., México, Siglo XXI, 2002.

ejercer el poder constituyente en uno u otro sentido y definir a la nación como monarquía o república mediante una Constitución.

El problema de fondo, la ruptura con el soberano legítimo, y el carácter ficticio de la democracia, determinaron que cualquier caudillo o facción se sintieran con el derecho a ejercer el poder constituyente, la soberanía, sin más derecho que el de la fuerza, con lo cual, como señalaron el general Salas con su manifiesto de agosto de 1846, Mariano Otero con su voto particular y Luis de la Rosa con su circular denunciando el confederalismo entreguista, se cayó en un abuso de ese poder, en una lucha por apropiarse de la soberanía que había pertenecido a la dinastía legítima. Esto explica la paradoja planteada por Josefina Zoraida Vázquez: “Es curioso que los pronunciamientos rompieran el orden constitucional, pero siempre promoviendo la reunión de representantes para ‘constituir a la nación’”.¹²²⁸ En la lucha por la soberanía, cualquiera con poder político y militar podía convocar un Congreso constituyente para derogar una Constitución e imponer otra, se trataba de un acto arbitrario, de la dictadura soberana postulada por Carl Schmitt.

Sin embargo, la paradoja mencionada ha llevado a que se ponga en duda la corrección de caracterizar a la primera mitad del siglo XIX mexicano como una época de autoritarismo dictatorial y, por el contrario, se considere la posibilidad de “concebir esta época como una marcada por la dedicación admirable de la clase política mexicana de encontrar una salida constitucional y representativa (para no decir democrática) a la crisis de gobernabilidad que se dio a partir del vacío de autoridad y legitimidad” que implicó la

¹²²⁸ Josefina Zoraida Vázquez, “El modelo de pronunciamiento mexicano, 1820-1823”, *Ulúa*, # 7, enero-junio de 2006: 46.

independencia. Como consecuencia de este enfoque, el pronunciamiento comienza a verse como “un método curiosamente representativo” de superar la inestabilidad del periodo, como “una práctica problemática pero popular, que se desarrolló junto al sistema, casi como una extensión de él, como un mecanismo de corrección”.¹²²⁹ No nos engañemos, el pronunciamiento es una expresión de la dictadura soberana.

La lucha por la soberanía, que conducía una y otra vez a la dictadura soberana, se evidencia no sólo en el continuo cambio de constitución, sino también en que no se tuviese empacho en acudir al extranjero en busca de ayuda para hacer triunfar determinado ordenamiento jurídico, eliminar opositores, pagar el intervencionismo extranjero con territorios o tronos o asignar a las regiones soberanía absoluta con el fin de anexarlas a la matriz ideológica. Por todo ello es posible ver a las dos intervenciones más importantes de la historia de México, la estadounidense de 1846-1848 y la francesa de 1862-1867, interrelacionadas, pues ambas formaron parte del mismo proceso paralelo de pugna intercontinental y definición nacional.

El llamado al extranjero se hacía siempre aprovechando el carácter ficticio de la democracia, es decir, la ficción de que esa masa llamada pueblo en verdad tiene voluntad y que ésta pueda ser definida. Hemos visto a los liberales afirmar que “el pueblo” rechazaba la intervención europea y en su nombre solicitar la estadounidense para imponer un régimen liberal; de la misma manera, dos décadas más tarde los

¹²²⁹ Will Fowler, “Entre la legalidad y la legitimidad: elecciones, pronunciamientos y la voluntad general de la nación, 1821-1857”, en José Antonio Aguilar Rivera, *et al.*, *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, México, Fondo de Cultura Económica Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010.

conservadores iban a afirmar que “el pueblo” rechazaba el liberalismo y su entreguismo territorial y en su nombre solicitaban la intervención de Francia para imponer una monarquía. Como afirma Carl Schmitt, siempre que se actuara invocando a la soberanía del pueblo, aunque ésta fuese ficticia, había un mínimo de legitimidad, por lo que la teórica voluntad general se convirtió en un justificante legitimador no sólo de revoluciones, sino de traiciones convocantes de intervenciones, lo cual explica la paradoja de ver, tanto a liberales como a conservadores, adoptar la postura de patriotas aliados a potencias interventoras.

Que la memoria del escándalo por las relaciones entre Santa Anna y Polk - más allá de las primeras visitas de Atocha a Washington - no llegara hasta nosotros más que en forma de un inveterado odio contra Santa Anna, se debe a que los cronistas que atestiguaron los hechos - tal como reconocieron los autores de los *Apuntes* - prefirieron soslayar lo que publicaron los periódicos. La intriga entre Polk y el liberalismo mexicano recibió la difusión suficiente como para quedar en evidencia y, sin embargo, no trascendió en el tiempo más que la impotente indignación popular, transmitida de generación en generación contra aquel que no tuvo ningún pudor para exhibirse continuamente como traidor.

Bibliografía

Fuentes primarias

Archivos

Archivo General de la Nación

Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional

Archivo de Valentín Gómez Farías

Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros Británico (Foreign Office)

Periódicos

El Diario del Gobierno, 1846-1847

El Monitor Republicano, 1846-1848

El Republicano, Don Simplicio, 1846-1847

1847

American Star, 1848

Impresos. Colección Lafragua, Biblioteca Nacional.

Al pueblo mexicano. Relación de las causas que influyeron en los desgraciados sucesos del día 20 de agosto de 1847, México, Vicente García Torres, 1847.

Almonte, Juan N., Memoria del Ministerio de Estado y del Despacho de Guerra y Marina del Gobierno Supremo de la República Mexicana. Leída al Augusto Congreso Nacional el día 9 de diciembre de 1846 por el general Almonte, México, Imprenta de Torres, 1846.

Ampudia, Pedro de, Manifiesto del general Ampudia a sus conciudadanos, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1847.

Bases Orgánicas de la República Mexicana, acordadas por la honorable Junta Legislativa establecida conforme a los decretos de 19 y 23 de diciembre de 1842, y sancionadas por el Supremo Gobierno provisional con arreglo a los mismos decretos el día 12 de junio del año de 1843. México, Imprenta de J. M. Lara, 1843.

Breve impugnación a las observaciones acerca del parecer fiscal y acuerdo de la Suprema corte sobre el Ocurso que le dirigen once señores diputados reclamando la inconstitucionalidad de los Tratados de Paz celebrados con el gobierno Anglo-Americano, México, Imprenta de Lara, 1848.

Breve resumen de lo ocurrido en esta Diócesis arzobispal y de lo tratado con el Supremo Gobierno hasta fines del presente año, para proporcionarse recursos por cuenta de los Bienes Eclesiásticos. Lo publica el cabildo metropolitano por creerlo conveniente al interés de la Iglesia, México, Imprenta de Lara, 1846.

Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos, sancionada por el Congreso General Constituyente el 1 de octubre de 1824, México, Imprenta del Supremo Gobierno de los estados Unidos mexicanos, 1824.

Contestación dada por el Illmo. Sr. Obispo de Puebla, al Exmo. Sr. Ministro de Justicia Dr. Andrés López de Nava, con algunas notas conducentes, México, Imprenta de José Mariano Lara, 1847.

Contestación del venerable Cabildo metropolitano, a las dos notas del Supremo Gobierno del día 14 del corriente Enero, México, Imprenta de la Sociedad Literaria, a cargo de Agustín Contreras, 1847.

Couto, Bernardo, *et al., Esposición dirigida al Supremo Gobierno por los comisionados que firmaron el tratado de paz con los Estados Unidos*, Querétaro, Imprenta de José M. Lara, 1848.

Despojo de los bienes eclesiásticos. Apuntes interesantes para la Historia de la Iglesia Mexicana, [México] Imprenta de Abadiano, 1847.

El Cronista mexicano, *La feliz aparición del 19 de mayo del corriente año*, México, Imprenta de Mariano Arévalo, 1847.

Exposición o programa, de los diputados pertenecientes al partido puro o progresista sobre la presente guerra, con motivo de una proposición del Sr. Otero, e imputaciones de ciertos periódicos que se publican en la capital, bajo la influencia del conquistador, y que se dejan correr libremente por el actual gobierno de la unión, Querétaro, Imprenta de Francisco Frías, 1847.

G. A. y N., *Rápida ojeada sobre la campaña que hizo el Sr. General Santa-Anna en el estado de Coahuila el mes de febrero próximo pasado por G. A. y N.*, México, Imprenta de Torres, 1847.

_____, *Segunda parte de la rápida ojeada sobre la campaña que hizo el Sr. General Santa Anna en el estado de Coahuila el mes de febrero próximo pasado, o sea contestación al señor Juan Ordoñez*, por G. A. y N., México, Imprenta de Torres, 1847.

Gamboa, Ramón, *Impugnación al informe del Señor General Santa Anna, y constancias en que se presentan las ampliaciones de la acusación del Sr. Diputado Gamboa*, México, Vicente García Torres, 1849.

García Conde, Pedro, *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, leída a la Cámara de Senadores el día 10 y en la de Diputados el día 11 de marzo de 1845*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1845.

Giménez, Manuel María, *Apología de la conducta militar del General Santa Anna en la acción de cerro Gordo*, México, Mariano Arévalo, 1847.

_____ *Contestación del Coronel Manuel María Giménez al famoso libelo titulado: Boletín de la democracia no. 43*, México, Mariano Arévalo, 1847.

Lafragua, José María, [Carta manuscrita dirigida a Don Manuel de la Peña y Peña, sobre la Guerra con Estados Unidos, sus causas, su desarrollo y la necesidad de concertar la paz]

_____ [Manuscrito con apuntes relativos a su actuación política en 1844 y 1845].

_____ [Manuscrito que trata sobre los acontecimientos de principios de 1846 hasta septiembre de 1847].

La despedida del General Santa Anna. Diálogo entre un Santanista y un decembrista, México, Imprenta de J. M. Lara, 1847.

La Guerra de Tejas sin máscara, México, V. G. Torres, 1845.

La sombra de Mejía, Biografía del general Santa Anna, reimp., México, Uribe, 1847.

López, Abraham, *Calendario de López*, 1847.

_____, *Décimo calendario de Abraham López* [s.p.i.] [1848]

_____, *Undécimo calendario de Abraham López; arreglado al meridiano de México y antes publicado en Toluca para el año de 1849*, México, Abraham López, 1849.

López de Santa Anna, Antonio, *Antonio López de Santa Anna, General de División, Benemérito de la Patria y presidente interino de la República, a los mexicanos* [s.p.i.] 1847.

_____, *Apelación al buen criterio de los nacionales y extranjeros, Informe que el Exmo. Sr. General de División, benemérito de la patria D. Antonio López de Santa Anna, dio por acuerdo de la Sección del Gran Jurado sobre las acusaciones presentadas por el señor diputado Don Ramón Gamboa. Acompañan a dicho Informe diversos documentos de la mayor importancia para la historia, y de los cuales algunos no se habían publicado hasta hoy*, México, Ignacio Cumplido, 1849, VIII, 71.

_____ *Comunicación oficial del Escmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna, benemérito de la patria, al Escmo. Sr. Don Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones, con motivo de su circular del 17 de enero último, a los Escmos. Sres. Gobernadores de los estados, sobre los últimos acontecimientos de San Luis Potosí, Guadalajara*, Imprenta del Gobierno, 1848.

_____ *Contestación al oficio del Exmo. Sr. Ministro de Relaciones Don Luis de la Rosa, que corre impreso en el periódico oficial, Correo Nacional de 26 de octubre último, por el Exmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna*, Orizaba, Imprenta de la Amistad, 1847.

_____ *Detall de las operaciones ocurridas en defensa de la capital de la República, atacada por el Ejército de los Estados-Unidos del Norte*, México, Ignacio Cumplido, 1847.

_____ *Exposición que eleva al soberano Congreso Nacional el Exmo. Sr. Presidente interino de la República, general de división y benemérito de la Patria Antonio López de Santa Anna, con el documento que en ella se cita, dirigido al encargado del Supremo Poder Ejecutivo, Orizava, Imprenta de la Caja de Ahorros, 1847.*

_____ *Manifiesto del Exmo. Sr. presidente interino a la Nación, México, Imprenta de la Calle de las Medinas núm. 6, 1847.*

_____ *Manifiesto del general de división, benemérito de la patria Antonio López de Santa Anna, a sus conciudadanos, México, Imprenta de Navarro, 1848.*

Los defensores de la integridad del territorio mexicano, *La verdad desnuda sobre la guerra de Tejas, o sea contestación al folleto titulado: La guerra de Tejas sin máscara, México, calle de la Palma número 4, 1845.*

Observaciones acerca del parecer fiscal y acuerdo de la Corte Suprema de Justicia, sobre el ocurso que le dirigieron once señores diputados, reclamando la inconstitucionalidad de los tratados de paz, celebrados por el gobierno angloamericano, México, Manuel F. Redondas.

Ordoñez, Juan, *Refutación al cuaderno titulado: "Rápida ojeada sobre la campaña que hizo el gral. Santa Anna en el Estado de Coahuila el mes de febrero próximo pasado", por J. O., México, Mariano Arévalo, 1847.*

_____, *Segunda parte de la refutación a la rápida ojeada. Por J. O., México, Imprenta de Ortega, 1847.*

Otero, Mariano, *Comunicación que sobre las negociaciones diplomáticas habidas en la Casa de Alfaro, entre los plenipotenciarios de los Estados-Unidos y México, dirigió al Exmo. Sr. Gobernador de Jalisco el Ciudadano Lic. M. Otero, diputado por aquel estado, México, Vicente García Torres, 1847.*

_____ *Réplica a la defensa que el Ex-ministro de Relaciones D. José Ramón Pacheco ha publicado en favor de la política del Gobierno del General Santa Anna, por lo relativo a las negociaciones diplomáticas de la casa de Alfaro, México, Ignacio Cumplido, 1848.*

Pacheco, José Ramón, *Exposición del Ex-ministro de Relaciones, con motivo de la comunicación oficial que, acerca de las conferencias tenidas en Agosto y Septiembre con el comisionado de los Estados Unidos, dirigió el Sr. Diputado D. Mariano Otero al Exmo. Sr. gobernador de Jalisco, Querétaro, Luis G. Pérez, 1847.*

Paredes y Arrillaga, Mariano, *Ultimas comunicaciones entre el gobierno mexicano y el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario nombrado por el de los Estados Unidos, sobre la cuestión de Texas y admisión de dicho agente, México, Ignacio Cumplido, 1846.*

Parrodi, Anastasio, *Vindicación del general Parrodi, s. p. i.,.*

Peña y Peña, Manuel, *Comunicación circular que el Exmo. Sr. D. Manuel de la Peña y Peña, extendió en el año 1845 como Ministro de Relaciones, para dirigirse a los gobiernos y asambleas departamentales, sobre la cuestión de paz o guerra, según el estado que guardaban en aquella época*, Querétaro, J. M. Lara, 1848.

_____, *El presidente de la Suprema Corte de justicia en ejercicio del supremo poder ejecutivo a la nación mexicana*, s. p. i.

_____, *Mensaje del Exmo. Sr. Presidente Provisional de la república, Don Manuel de la Peña y Peña, leído en la apertura de las sesiones del Congreso de 1848*, s. p. i.

Poder Ejecutivo, *Colección de los documentos más importantes relativos a la instalación y reconocimiento del Gobierno Provisional del Ecsmo. Sr. Presidente de la Suprema Corte de Justicia D. Manuel de la Peña y Peña*, México, Ignacio Cumplido, 1847.

_____, *Comunicaciones habidas entre el Supremo Gobierno de la nación y el Exmo. Sr. General benemérito de la Patria D. Antonio López de Santa Anna; y una alocución que dirige S. E. a las tropas que mandaba en Huamantla, al separarse de ellas el 16 de octubre de 1847*, Orizaba, Imprenta de la Caja de Ahorros, 1847.

_____, *Contestaciones habidas entre el Supremo gobierno mexicano, el general en jefe del ejército americano y el comisionado de los E. U.*, México, Vicente García Torres, 1847.

_____ [Discurso del general Santa Anna al protestar como presidente interino el 21 de marzo de 1847] recorte de periódico

Rejón, Manuel Crecencio, *Observaciones del diputado saliente Manuel Crecencio Rejón contra los tratados de Paz, firmados en la ciudad de Guadalupe el 2 del próximo pasado febrero precedidas de la parte histórica relativa a la cuestión originaria*, Querétaro, Imprenta de J. M. Lara, 1848.

Representación del Illmo. y venerable Cabildo metropolitano al Soberano Congreso, fundando la justicia y necesidad de la derogación de las leyes de 11 de Enero y 4 de Febrero del corriente año, relativas a la ocupación de bienes eclesiásticos, México, Imprenta del católico, 1847.

Secretaría de Guerra, *Memoria del Secretario de Estado y del despacho de guerra y marina, leída a las cámaras del Congreso Nacional de la República Mexicana en enero de 1844*, México, Ignacio Cumplido, 1844.

Suárez y Navarro, Juan, *Alegato hecho ante el juez primero de lo criminal, por el apoderado del Exmo. Sr. General Don Antonio López de Santa Anna, en la causa que por el delito de difamación se sigue contra el firmón de "El Monitor Republicano"*, Merced Villa, México, José M. Lara, 1849.

_____, *Exposición hecha a la Cámara de diputados del Congreso de la Unión, por el ciudadano Juan Suárez y Navarro, como apoderado del Exmo. Sr. general de división benemérito de la patria D. Antonio López de Santa Anna, pidiendo se desechen las proposiciones presentadas en dicha cámara, que tienden a proscribirlo del territorio nacional*, México, Ignacio Cumplido, 1849.

Un mexicano, *México en 1847. Contiene una ligera relación de las revoluciones y algunos sucesos ocurridos entre nosotros, desde que comenzó la guerra contra los Estados-Unidos y varias reflexiones acerca de las causas que han influido en la decadencia actual de la República. Por un mexicano*, México, R. Rafael, 1847.

Un tributo a la verdad, s. p. i.

Valencia, Gabriel, *El general de división Gabriel Valencia a sus conciudadanos*, s. p. i.

_____, *Manifiesto del general Gabriel Valencia a sus conciudadanos*, s. p. i.

Varios mexicanos, *Consideraciones sobre la situación política y social de la república Mexicana, en el año de 1847*, México, Valdés y Redondas, 1848.

Colecciones documentales

Algunos documentos sobre el Tratado de Guadalupe y la situación de México durante la invasión, pról. Antonio de la Peña y Reyes, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, (Archivo Histórico diplomático) 1930.

Barragán Barragán, José, compilador., *Mariano Otero*, pról., Salvador J. Neme Castillo, México, Senado de la República, LIII Legislatura, (Los Senadores), 1987.

Bosch García, Carlos, *Material para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos, 1820-1848)*, México, UNAM, 1957.

_____, *Documentos de la Relación de México con los Estados Unidos. De las reclamaciones, la guerra y la paz*, v. 4, México, UNAM, 1985.

Figueroa Esquer, Raúl, compilador *España frente al México amenazado, 1845-1848*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002.

Manning, W., *Diplomatic Correspondence of the United States*, Washington, Carnegie Endowment, 1937.

Moreno, Daniel, compilador, *Manuel Crescencio Rejón. Pensamiento político*, México, Secretaría de Educación Pública (Cien de México), 1986.

Olveda, Jaime, *Cartas a Gómez Farías*, prol. Ernesto Lemoine, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

Peña y Peña, Antonio de la, *Lord Aberdeen, Texas y California*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, (Archivo Diplomático Mexicano 15), 1925.

Robles, Vito Alessio, *Coahuila y Texas*, 2 v., 2 ed., México, Porrúa, 1979.

Vázquez, Josefina Zoraida, compiladora., *Manuel Crencio Rejón*, México, Senado de la República, LIII Legislatura, (Los Senadores), 1987.

Ynsfrán, P. M., *Catálogo de los manuscritos del Archivo de don Valentín Gómez Farías*, México, 1968.

Obras que por ser sus autores contemporáneos a los hechos pueden clasificarse como fuentes primarias

Alcaraz, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, ed. Facsimilar, México, Fundación Miguel Alemán, 1997.

Alemán, Isidro, *Apuntes para la historia del batallón Matamoros de Morelia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1997.

Arrangoiz, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, pról. Martín Quirarte, 4 ed., México, Porrúa, 1974.

Balbontín, Manuel, *La invasión americana, 1846 a 1848*, México, Elde, 1958.

_____, *Memorias del coronel Manuel Balbontín*, México, Elde, 1958.

Bustamante, Carlos María de, *Campaña sin gloria y guerra como la de los cacomixtles, en las torres de las iglesias*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1847.

_____, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, ed. facsimilar de la de 1847, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987.

Cuevas, Luis Gonzaga, *Porvenir de México*, 2 v., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

Giménez, Manuel María, *El coronel D. Manuel María Giménez. Su vida militar en 52 años*, México, s. i., 1863.

Lerdo de Tejada, Miguel, *Apuntes históricos de la Heroica ciudad de Veracruz*, 2 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1940.

Livermore, Abiel Abbot, *The war with Mexico reviewed*, facsimilar de la edición de 1850, Nueva York, Arno Press, 1976.

López de Santa Anna, Antonio, *Mi historia militar y política, 1810-1874*, México, Editora Nacional, 1958.

Malo, José Ramón, *Diario de sucesos notables (1832-1864)*, 2 v., México, Patria, 1948.

Otero, Mariano, *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, 2 ed., pról. Daniel Molina Álvarez, México, Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964.

Polk, James K., *Diario del presidente Polk, 1845-1849. Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición de M. M. Quaife*, 2 v., México, Antigua Librería Robredo, 1948.

Prieto, Guillermo, *Apuntes Históricos*, prol. Ernesto de la Torre Villar, Conaculta (Obras completas de Guillermo Prieto, 29), 1999.

_____, *Memorias de mis tiempos*, 6 ed., México, Patria, 1969.

Ramírez, José Fernando, *México durante su guerra con los Estados Unidos*, México, Viuda de Ch. Bouret, (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México publicados por Genaro García y Carlos Pereyra, v. 3), 1905.

Ripley, Roswell Sabine, *The war with Mexico*, New York, Burt Franklin, 1970.

Riva Palacio, Vicente, *et al., México a través de los siglos*, 17 ed., México, Cumbre, [s.a.].

Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, 2 v., México, Cien de México, 1991.

_____, *Biografía de José Joaquín Pesado*, México, Jus (México heróico), 1962.

Tornel y Mendivil, José María, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días*, México, Ignacio Cumplido, 1852.

Urdimalas, Pedro, "El general Santa Anna a la faz de sus compatriotas", en *Calendario de Pedro de Urdimalas, con la historia del General Santa Anna, para el año bisiesto de 1856*, Imprenta de M. Munguía y Compañía, s/a.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, *Antón Lizardo. El Trartado MacLane-Ocampo. El brindis del desierto*, México, Jus, 1962.

Fuentes secundarias

Libros

Abascal, Salvador, *La revolución de la reforma de 1833 a 1848: Gómez Farías-Santa Anna*, México, Tradición, 1983.

Aguilar Rivera, José Antonio, *et al.*, *Las elecciones y el gobierno representativo en México (1810-1910)*, México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010.

Aldington, Richard, *El duque de Wellington*, 2 ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Alvear Acevedo, Carlos, *Historia de México. Épocas Precortesiana, Colonial e Independiente*, 2 ed., México, Jus, 1965.

_____, *La Guerra del 47*, México, Jus, 1957, (Figuras y episodios de la historia de México, 41).

Aquino Sánchez, Faustino Amado, *Intervención Francesa, 1839-1839. La diplomacia mexicana y el imperialismo del libre comercio*, México, INAH (Científica 341), 1997.

Arredondo Muñozledo, Benjamín, *Historia de México en el siglo XIX; la independencia, la traición, la reforma*, 2 ed. México, s/i, 1973.

_____, *... Y pensar que México pudo haber vencido a EE UU!*, México, Porrúa, 1998.

Barragán B. José, *Principios sobre federalismo mexicano: 1824*, México, Departamento del Distrito federal (Conciencia cívica Nacional), 1984

Bazant, Jean, *Antonio Haro y Tamariz y sus aventuras políticas*, México, 1985.

_____, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, El Colegio de México, México, 1971.

Bergeron, Paul H., *The presidency of James K. Polk*, Lawrence, University Press of Kansas, 1987.

Bidart Campos, *Manual de historia política*, Buenos Aires, Sociedad Anónima Editora, Comercial, Industrial y Financiera, 2007.

Bobbio, Norberto, *Diccionario de Política*, 2 v., 13 ed., México, Siglo XXI, 2002.

- Brading, David, *Orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1996.
- Bravo Ugarte, José, *Historia de México*, 3v., México, Jus, 1951-1953.
- Briseño Senosiáin, Lillian *et al.*, *Valentín Gómez Farías y su lucha por el federalismo, 1822-1858*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora - Gobierno del Estado de Jalisco, 1991.
- Bushnell, C. G., *La carrera política y militar de Juan Alvarez*, México, 1988.
- Calcott, W. H. *Santa Anna*, Handen, Connecticut, 1964.
- Cárdenas de la Peña Enrique, *Tiempo y Tarea de Luis G. Cuevas*, México, Talleres de Contabilidad Ruf Mexicana, 1982.
- Carney, Stephen A., *The occupation of Mexico. May 1846-July 1848*, s/c, Perennial, 2016.
- Carreño, Alberto María, *La diplomacia extraordinaria entre México y los Estados Unidos*, 2v., México, Jus, 1951.
- _____, *México y los Estados Unidos de América. Apuntaciones para la historia del acrecentamiento territorial de los Estados Unidos a costa de México desde la época colonial hasta nuestros días*, 2 ed., pról. Francisco Sosa, México, Imprenta Victoria, 1922.
- Caruso, A. Brooke, *The Mexican Spy Company. United States Covert Operations in Mexico, 1845-1848*, Jefferson, McFarland, 1991.
- Castillo Nájera, Francisco, *El Tratado de Guadalupe*, México, s. i., 1947.
- _____, *Invasión norteamericana. Efectivos y estado de los beligerantes. Consideraciones sobre la campaña*, México, Congreso Mexicano de Historia, 1947.
- Clausewitz, Karl Von, *De la guerra*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1991.
- Comisión organizadora de los homenajes del CL aniversario de los niños héroes, *En defensa de la patria, 1846-1847*, México, Secretaria de Gobernación, Archivo General de la Nación, 1997.
- Connaughton, Brian, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Costeloe, Michael P., *La primera República federal de México (1825-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- _____, *La República central en México, 1835-1846. "Hombres de bien" en la época de Santa Anna*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Cotner, T. E., *The military and political Career of José Joaquin de Herrera, 1772-1854*, Nueva York, 1969.

Cue Cánovas, Agustín, *El federalismo mexicano*, México, Libro-Mex, 1960.

Cuevas, Mariano, *Historia de la nación mexicana*, México, Talleres tipográficos Modelo, 1940.

Delgado, J., *La monarquía en México, 1845-1847*, México, 1990.

DePalo, William A., *The Mexican National Army, 1822-1852*, College Station, Texas A&M University, 1997.

Díaz Zermeño, Héctor, *La culminación de las traiciones de Santa Anna*, México, Nueva Imagen, 2002.

Eisenhower, John S. D., *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, pról. Josefina Zoraida Vázquez, México, Fondo de cultura Económica, 2000.

En defensa de la Patria, 1847-1997, pról. de Patricia Galeana, México, Comisión Organizadora de los Homenajes del CL Aniversario de los Niños Héroes, Secretaría de Gobernación, Archivo General de la Nación, 1997.

Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana. Tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, 2009.

Figueroa Esquer, Raúl, *Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta. España ante la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores - ITAM, 1999.

_____, *La guerra de corso de México durante la invasión norteamericana, 1845-1848*, México, ITAM, 1996.

Fowler, Will, *Santa Anna*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2010.

Frías, Heriberto, *La guerra contra los gringos*, México, Leega-Jucar, 1984.

_____, *Episodios militares mexicanos*, México, Secretaría de la Defensa Nacional (Biblioteca del oficial mexicano), 1983.

Fuentes Aguirre, Armando, *La otra historia de México. Antonio López de Santa Anna*, México, Diana, 2012.

Fuentes Mares, José, *Biografía de una nación. De Cortés a López Portillo*, México, Océano, 1982.

_____, *Santa Anna, aurora y ocaso de un comediante*, México, Jus, 1956.

- Garner, Paul, *Porfirio Díaz, entre el mito y la historia*, México, Crítica, 2015.
- Garret, Jenkins, *The Mexican-American war of 1846-1848*, University of Texas at Arlington, 1995.
- Gayón Córdova, María, *1848-1847. La resistencia popular a la invasión yanqui en la ciudad de México*, [México] CNTE-Corre la voz, [1997].
- _____, *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848*, México, INAH, 1997.
- Gómez Álvarez, Cristina y Miguel Soto, coordinadores, *Transición y cultura política. De la colonia al México independiente*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- González Pedrero, Enrique, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna. Vol. I. La ronda de los contrarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- _____, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna. Vol. II. La sociedad del fuego cruzado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Granados, Luis Fernando, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Era-CONACULTA-INAH, 2005.
- Greenberg, Amy S., *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U. S. Invasion of Mexico*, New York, Vintage Books, 20012.
- Guerra, François-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la revolución*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- _____, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 3 ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- _____, *Valentín Gómez Farías: La vida de un republicano*, trad. Marco Antonio Silva, Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 1983.
- Hale, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, 15 reimp., México, Siglo Veintiuno, 2009.
- Herrera Serna, Laura, et al., *México en guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- Historia general de México*, pról. Daniel Cosío Villegas, México, El Colegio de México, 2002.
- Johnson, Timothy D., *A Gallant Little Army. The Mexico City Campaign*, Lawrence, University of Kansas, 2007.
- Jones, O. L., *Santa Anna*, Nueva York, 1968.

León Toral, Jesús de, *Historia militar. La Intervención Francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962.

Lilla, Mark, *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*, pról. Enrique Krauze, Barcelona, Debate, 2004.

Martínez Caraza, Leopoldo, *La Intervención Norteamericana en México*, México, Panorama, 1991.

Mateos, Juan A., *Historia parlamentaria de los Congresos mexicanos de 1821 a 1857*, México, Reyes, 1877.

Mateos Santillán, Juan José, *Los derechos históricos de México sobre el territorio de los Estados Unidos*, México, Grupo editorial Tomo, 2010.

McCaffrey, James M., *Army of Manifest Destiny. The American Soldier in the Mexican War*, New York and London, New York University, 1992.

McPhee, Peter, *La Revolución Francesa, 1789-1799*, trad. Silvia Furió, Barcelona, Crítica, 2003.

Merk, Frederick, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

Miranda Basurto Ángel, *La evolución de México*, 13 ed., México, Porrúa, 2000.

Morales, Francisco, *Clero y política en México, 1767-1834: algunas ideas sobre la autoridad, la independencia y la reforma eclesiástica*, México, SEP-Setentas, 1970.

Moreno, Daniel, *Manuel Crescencio Rejón. Pensamiento político*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

Moreno, Francisco Martín, *México mutilado. La raza maldita*, México, Alfaguara, 2004.

Morgan, Edmund S., *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006.

Moyano Pahissa, Ángela, *El comercio de Santa Fe y la guerra del 47*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 283), 1976.

Muñoz, Rafael F., *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, México, Fondo de Cultura económica, 1983.

O'Gorman, Edmundo, *México. El trauma de su historia*, México, Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes, 2002.

_____, *La Supervivencia de la Política Novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Fundación Cultural de Condumex, S. A., Centro de estudios de historia de México, 1969.

- Pacheco, José Emilio y Andrés Reséndez, *Crónicas del 47*, México, Clío, 1997.
- Paz, Eduardo, *La invasión norteamericana en 1846; ensayo de historia*, s. p. i., 1889.
- Pirenne, Jacques, *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, 13 ed., 10 v., México, Cumbre, 1978.
- Pletcher, David M., *La diplomacia de la anexión*, trad. Jorge Brash, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1999.
- Price, Glenn W., *Los orígenes de la guerra con México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Priego López, Juan, *Literatura militar española y universal*, Madrid, Compañía bibliográfica española, 1956 (Fuentes, 9).
- Prieto Hernández, Ana María, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*, México, Concejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2001.
- Quirarte, Martín, *Visión panorámica de la Historia de México*, 4 ed., México, Porrúa, 1974.
- Quirarte, Vicente, *Vergüenza de los héroes. Armas y letras de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Umbral (El Tule, 2) 1999.
- Rabasa, Emilio, *La Constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México*, prol. Jorge F. Hernández, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002.
- Reeves, Jesse S., *American diplomacy under Tyler and Polk*, Baltimore, John Hopkins, 1907.
- Rousseau, Jean-Jacques, *El contrato social. Discursos*, trad. Leticia Halperin Donghi, Buenos Aires, Losada, 2008.
- Salinas Sandoval, María del Carmen, *Política interna e invasión norteamericana en el estado de México, 1846-1848*, Toluca, El Colegio Mexiquense, 2000.
- Sayeg Helú, Jorge, *El constitucionalismo social mexicano. La integración constitucional de México (1808-1986)*, prol. Jorge Gabriel García Rojas, 2 ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Acciones y Valores de México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987.
- Scheina, Robert L., *Santa Anna. A Curse upon Mexico*, Wshington, Brassey's, 2002.
- Schmitt, Carl, *La dictadura*, Madrid, Alianza, 2007.
- Selph, Henry Robert, *The story of the Mexican War*, New York, Da Capo Press, 1989.
- Serna, Enrique, *El seductor de la patria*, México, Booket, 2003.

Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Consejo Nacional para la cultura y las artes, 1993.

_____, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, Porrúa (Sepan cuantos, 146), 1998.

Sieyès, Emmanuel J., *¿Qué es el Tercer Estado?*, trad. José Rico Godoy, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nuestros clásicos, 40), 1983.

Simposium de Historia Regional. La Angostura en la Intervención Norteamericana, 1846-1848 [Saltillo] Secretaría de Educación Pública de Coahuila, 1998.

Singletary, Otis A., *The Mexican War*, Chicago, The University of Chicago Press, 1962.

Smith, Justin Harvey, *The war with Mexico*, 2 v., Gloucester, P. Smith, 1963.

Sobarzo, Alejandro, *Deber y conciencia. Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la guerra del 47*, 2 ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Solares Robles, Laura, et al., *Entre la lejanía y la incertidumbre. Correspondencia de José María Luis Mora en torno a la guerra con los Estados Unidos*, México, Instituto Mora, 2001.

Soto, Miguel, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*, México, EOSA, 1988.

Suárez Argüello, Ana Rosa, *De Maine a México. La misión diplomática de Nathan Clifford (1848-1849)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores – I. I. Dr. José María Luis Mora, 1994.

_____, et al., *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, UNAM - I. I. Dr. José María Luis Mora, 1997.

Tella, Torcuato S. di, *Política nacional y popular en México, 1820-1847*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Terrazas y Basante, Marcela y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-210*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría de relaciones Exteriores, 2012.

Trueba, Alfonso, *Legítima gloria*. 3 ed., México, Jus, (Figuras y episodios de la historia de México, 1), 1959.

Tutorow, Norman E., *The Mexican American War, an annotated bibliography*, Greenwood, 1981.

Valadés, José C., *Alamán: estadista e historiador*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

- _____, *Breve historia de la Guerra con los Estados Unidos*, México, Patria, 1947.
- _____, *Santa Anna y la Guerra de Texas*, 2 ed., México, Patria, 1951.
- Vázquez, Josefina Zoraida, *Don Antonio López de Santa Anna. Mito y enigma*, México, Condumex, 1987.
- _____, *La Intervención Norteamericana, 1846-1848. Simposium de historia regional. Memoria*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.
- _____, *Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47*, México, Ediciones Ateneo, 1977.
- _____, *México al tiempo de su guerra con los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- _____, y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Vázquez, Mantecón, María del Carmen, *La palabra del poder. Vida pública de José María Tornel, 1795-1853*, 2 ed., Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México (Historia moderna y contemporánea, 28), 2008.
- Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura (1853-1855)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Velasco Márquez, Jesús, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas 196), 1975.
- Vigil Robles, Guillermo, *La invasión de México por los Estados Unidos*, s.p.i.
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *Perfil del traidor. Santa Anna en la historiografía y en el sentido común*, México, Ítaca, 2000.
- Weems, John Edward, *To conquer a peace*, College Station, Texas A & M University Press, 1974.
- Wolcott, R., *The correspondent of W. H. Prescott, 1833, 1847*, Boston, 1925.
- Yáñez, Agustín, *Santa Anna, espectro de una sociedad*, 2 ed., México, Océano, 1982.
- Zorrilla, Luis G., *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958*, 2 v., México, Porrúa, 1977

Artículos y capítulos

Castañeda, Carlos Eduardo, "El proceso del general Scott por sus relaciones con el general Santa Anna", *Memoria de la VIII Reunión del Congreso Mexicano de Historia celebrada en la ciudad de Durango el mes de septiembre de 1947*, México, 1949.

_____, "Relations of General Scott with Santa Anna", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXIX, noviembre, 1949, # 4: 455-473.

Costeloe, Michel P., "The Mexican Church and the Rebellion of the Polkos", *Hispanic American Historical Review*, XLVI, 1966: 170-178.

_____, "Church-State Financial Negotiations in Mexico during the American War, 1846-1847", *Revista de Historia de América*, # 60, Julio-diciembre, 1965: 91-123.

_____, "Valentín Gómez Farías and the Secret Pact of New Orleans", *Hispanic American Historical Review*, # 36, 1956: 471-489.

Fowler, Will, "Fiestas santanistas: la celebración de Santa Anna en la villa de Xalapa, 1821-1855", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. LII, # 2, 2002: 391-447.

Johannsen, Robert W., "La joven América y la Guerra con México", *Historia mexicana*, El Colegio de México, vol. XLVII, #2, 1997: 261-284.

_____, "The War with Mexico and the American Republic", *Papers of the Bi-national Conference on the War between Mexico and The United States, Matamoros, Tamaulipas/Brownsville, Texas February 10-11 1995*, Palo Alto Battlefield National Historic Site, University of Texas at Brownsville/Texas Southmost College, Clegio de la Frontera Norte, 1997.

Hale, Charles A., "Los mitos políticos de la nación mexicana: el liberalismo y la Revolución", *Historia mexicana*, El Colegio de México, v. XLVI, # 4, 1996: 821-837.

Reséndez Fuentes, Andrés, "Guerra e identidad nacional", *Historia Mexicana*, vol. XLVII, # 2, 1997: 411-439.

Terrazas y Bazante, Marcela, "Nuevos enfoques sobre un periodo crítico. Una ventana a la producción bibliohemerográfica de los últimos treinta años sobre las relaciones entre México y estados Unidos, 1822-1848", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, # 34, julio-diciembre 2007: 5-27.

Vázquez, Josefina Zoraida, "Breve diario de Mariano Riva Palacio (agosto de 1847)", *Historia Mexicana*, vol. XLVII, # 2, 1997: 441-455.

_____, "El modelo de pronunciamiento mexicano, 1820-1823", *Ulúa*, # 7, enero-junio 2006

_____, "El origen de la guerra con Estados Unidos", *Historia Mexicana*, vol. XLVII, # 2, 1997: 285-309.

_____, "Santa Anna y el reconocimiento de Texas", *Historia Mexicana*, # 143, 1987: 553-562.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, "Santa Anna y su guerra con los angloamericanos. Las versiones de una larga polémica", *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, vol. XLVII, # 22, julio-diciembre 2001: 23-52.

Velasco Márquez, Jesús, "Regionalismo, partidismo y expansionismo. La política interna de Estados Unidos durante la guerra contra México", *Historia mexicana*, vol. XLVII, # 2, 1997: 311-343.

Tesis

Celis Villalba; Pedro, *Las fuerzas militares auxiliares y de reserva en México: (1821-1824)*, México, UNAM, 2012.

Fuente Marcos, Raymundo de la, "Juan Nepomuceno Almonte, de la República a la Monarquía ¿Transición o traición?", México, UNAM, 2006.

Martínez Medina, Noé, *La tropa mexicana de la guerra del 47. Un estudio a partir de la historiografía nacional*, México, UNAM, 2012.

Nelson, Anna Kasten, "The secret diplomacy of James K. Plok during the Mexican War, 1846-1847", Universidad de Oklahoma, 1972.

Robertson, F. D., "The military and political career of Mariano Paredes y Arrillaga, 1797-1849", Universidad de Texas, 1955.

Samporano, F. N., "The political Role of the Army in Mexico; 1821-1848", Universidad Estatal de Nueva York, 1974.

Santoni, Pedro, "Los federalistas radicales y la guerra del 47", El Colegio de México, 1987.

Shaw, F. J., "Poverty and politics in Mexico City, 1824-1854", Universidad de Florida, 1975.